3 9001 03651 0561

Antonio Rubial

Los libros del deseo

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Ediciones del Equilibrista

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS, Y NO COMERCIALES

LOS LIBROS DEL DESEO

ANTONIO RUBIAL

LOS LIBROS DEL DESEO

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
EDICIONES DEL EQUILIBRISTA
MÉXICO, 1996

En la portada: *La Corrección le enmienda la plana a la Lujuria mientras la Filosofía (según Boecio) cumple su castigo cargando libros libidinosos*. Ilustraciones de la *Iconologia* de Cesare Ripa, ordenadas a la manera geométrica por Diego García del Gállego.

Primera edición en Hora Actual, 1996
Coedición: CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
Dirección General de Publicaciones
EDICIONES DEL EQUILIBRISTA
© Antonio Rubial, 1996
© Ediciones del Equilibrista, 1996
ISBN: 968-29-8856-X

A *Gabriel Labastida*

PRÓLOGO

HAY HISTORIAS QUE parecen tener vida propia y, agazapadas en viejos papeles, esperan que alguien las encuentre para salir a la luz. Cuando unos ojos se han posado sobre ellas, una especie de encantamiento se produce y el descubridor queda atrapado por su hallazgo. Al parecer la escritura funciona como conjuro. Este es el caso de la historia que aquí se narra.

Todo comenzó hace trece años, en el transcurso de una investigación histórica en el Archivo General de Indias de Sevilla. Una mañana especialmente árida saltó, de manera inesperada, un documento titulado "Autos y papeles de un caso criminal de oficio de la justicia eclesiástica"; la curiosidad morbosa me obligó a leerlo. Al terminar, una extraña sensación, una especie de ansiedad incómoda, se apoderó de mí. Sin embargo, la urgencia de mi investigación no me permitía detenerme en cuestiones tan marginales al tema que me ocupaba; el "caso criminal" tuvo que ser relegado por el momento, aunque su presencia perturbó mi concentración por varios días.

Algunas semanas después, otros papeles volvieron a recordarme la historia relegada. Su lectura comenzó a armar un rompecabezas cuyas piezas se iban embonando en una trama fascinante. Los nuevos descubrimientos hicieron huir el sueño, y el insomnio me trajo otras incógnitas que llevaron a nuevas búsquedas. La ansiedad esperaba el día para ir al archivo y ver las sorpresas que me deparaban los legajos. La trama me fue atrapando hasta convertirse en una obsesión que me perseguía día y noche.

Una última pieza salió a mi encuentro al revisar los libros antiguos del fondo reservado de la Biblioteca Nacional de México, un año después. El personaje antagónico que daba al relato su tono trágico comenzó entonces a dibujarse. Todo parecía decirme que había sido elegido por el destino, ese dios ciego hijo del Caos y de la Noche, para ser la voz que contara esta historia. Mi sino, entrelazado al de esas vidas que los viejos documentos narraban, me lo mandaba imperativamente. El sortilegio del que era víctima sólo acabaría al estampar el último signo.

Los ojos que se posen sobre estas páginas podrían, tal vez, quedar también atrapados por el encantamiento.

Terminar la lectura puede ser el conjuro.

I. EL LIBRO DE LOS PERSONAJES

1. ANTONIA DE LEÓN

Toluca, enero de 1667.

La noche llegaba a su fin. Una espesa neblina lamía los muros humedecidos de la ciudad, mientras sobre sus tejados caía una lluvia pertinaz que bajaba hasta las calles formando con la tierra un fango pegajoso. No era tiempo de aguas, pero en algunos años solían darse días como estos, que dejaban al "Nevado", el volcán cercano que los indios llamaban *Chiuhnautzin*, cubierto de blanco.

En una casa vecina al hospicio de La Merced, una madre velaba el sueño de su pequeña hija acosada por la tos y por la fiebre desde hacía varios días. Petronila Ramírez, mujer castiza de treinta años, se asomaba con preocupación a la cuna con su rostro delgado, marcado por las arrugas que dejaron los duros trabajos de su juventud, su matrimonio prematuro y sus muchos partos.

"¡Ay Virgen Santa! —pensó—, ¿por qué no está aquí Joseph para ayudarme en este trance?"

Desde que su marido partió, sentía una aprensión en la boca del estómago que la acompañaba a todas partes. No le gustaba quedarse sola, y menos en esas fechas en que las familias debían estar juntas, como bien había dicho el párroco en el sermón del domingo, para honrar así la venida del Niño Dios. Joseph debía llegar desde hacía diez días, para la Navidad. Un mes atrás, acompañado por Jacinto, su hijo mayor, se marchó a vender mercaderías en el Bajío con esa promesa. La mujer esperaba su entrada por la puerta en cualquier momento. Desposada por sus padres desde los trece años con el modesto mercader Joseph de León, había aprendido a querer a ese hombre con el que compartiera dichas y pesares y la concepción de numerosos hijos, de los que sólo sobrevivían tres.

Petronila se acercó a la cama contigua, donde María, su hija mayor, dormía hecha un ovillo; la cubrió con una manta y miró hacia la ventana iluminada por los primeros destellos del alba. Las canas brillaron con la luz del amanecer sobre una negra cabellera recogida.

Una tosecita persistente llamó de nuevo su atención hacia la cuna de la enferma. Su mano tocó la pequeña frente; la fiebre no cedía. De nada sirvieron las sangrías y jarabes que el médico recomendara el día anterior.

Obscuros presentimientos comenzaron a atormentarla con el recuerdo doloroso de otros hijos muertos a temprana edad. Alguien tocó a la puerta. Una anciana vecina quería saber del estado de la niña y, al verla, la mujer desahogó entre sollozos sus inquietudes y miedos. Cuando se tranquilizó la hizo pasar y le ofreció una bebida caliente. Después del primer sorbo la vieja dijo:

—No se preocupe doña Petronila, a lo mejor Diosito no quiere llevársela todavía; váyase a ver a Juana, la india yerbera que vive por el barrio de San Sebastián, dicen que es medio bruja, pero es muy buena pa' curar. Si quiere na' más me termino mi chocolate y la acompaño a buscarla.

Petronila asintió y se fue a despertar a María para encargarle el cuidado de su hermana. Al poco rato, las dos mujeres salieron tapadas con sus rebozos para cubrirse de la llovizna. La neblina se había retirado a las laderas y aunque el mal tiempo seguía, las calles de la villa comenzaban a animarse con el bullicio matutino. En el camino se cruzaron con los arrieros mestizos y mulatos, que portaban mercancías a lomo de mula a todos los poblados de la ruta entre la Ciudad de México y el reino de Michoacán. Sus blasfemias, silbidos, chanzas y vistosas vestimentas contrastaban con las miradas bajas y con los uniformes trajes de los indios matlatzincas y mazahuas, que llegaban de los pueblos aledaños a pagar el tributo.

En las tiendas llenas de tocinos, jamones y embutidos gritaban y gesticulaban sus propietarios, asturianos y vascos que parecían sentirse en Toluca como en su terruño. Después de caminar el tiempo de cinco credos, Petronila y su amiga pasaron frente a la pequeña ermita dedicada a San Sebastián y ante la imagen del joven asaeteado, patrono contra las pestes, se persignaron con reverencia. Algunas miserables casuchas de paja y adobe distribuidas en forma dispersa bordeaban las sementeras yermas, que en la primavera se cubrirían con los verdes retoños del maíz.

Caminando entre un lodo que se iba haciendo cada vez más espeso, las mujeres llegaron a un jacal arrimado al retorcido tronco de un pirul. La más anciana gritó el nombre de la hechicera. Al momento salió de la casucha una mujer indígena encorvada como el árbol bajo el que vivía, con un pocillo de barro en la mano.

—¿Qué quieren Sus Mercedes? —preguntó taimada.

Venimos —dijo la que guiaba— a que nos venga a curar a una niña enferma de fiebres.

La india hizo un gesto de aceptación y entró a su vivienda; al poco rato

salió con un morral y un rebozo y las tres mujeres emprendieron en silencio el camino de regreso.

Después de unos pasos cesó la pertinaz llovizna y, mientras avanzaban, mejoraba la textura del aire y la luminosidad del ambiente crecía. Cuando llegaron a la casa de Petronila ya el sol clareaba por detrás del espeso manto de nubes.

Juana fue conducida donde se encontraba la niña y pidió que le trajeran un anafre y una olla; cuando se los dieron, dijo que debían estar presentes todas las personas que habían estado cerca de la enferma para prevenir que el mal se extendiera en ellas.

Petronila llamó a la vecina y a María, que esperaban afuera. Ante la silenciosa presencia de las tres mujeres, los negros ojos de la anciana hechicera miraron largamente el pequeño rostro encendido por la calentura, y sus arrugadas manos comenzaron a extraer del morral los objetos que iban a ser utilizados para la curación.

Primero tomó un guaje, vertió su contenido en una jícara y cargando a la niña en brazos colocó su rostro encima del espejo de agua para ver si la enferma sanaría. La recostó de nuevo y pasó una pequeña bola hecha de hierbas desde la punta de la nariz hasta el nacimiento del cabello; si había perdido su buena ventura, con esto la recuperaría. Cuando estuvo segura de que sus remedios darían resultado, se dispuso a hacer lumbre frotando dos piedras de sílex, al tiempo que murmuraba una oración en náhuatl al dios viejo *Huehueteotzin*, Señor del Fuego.

Saltó la chispa, se encendió la paja y la anciana depositó la llama sobre el carbón del anafre y la avivó con su aliento. Tomó después una candela de sebo y acercó la mecha al fuego, mientras musitaba otro ensalmo y arrojaba unos granos de copal y un poco de tabaco sobre las brasas. Con ello protegía la habitación de los espíritus maléficos.

Extendió después un lienzo blanco en el piso, sacó de su bolso un puñado de maíz e hizo un conjuro dirigido a los cinco dedos de su mano y a las semillas, pidiéndoles que le mostraran, sobre el libro-espejo del lienzo, cuál sería el remedio eficaz para el caso. Contó entonces 19 granos, los arrojó hacia la tela de algodón y estuvo un rato observando la disposición que tomaron al caer. Al depositar uno de los granos en el agua de la jícara, éste le anunció que la enferma sanaría. Fue hasta entonces que Juana inició el tratamiento, pues las fuerzas cósmicas benéficas le daban la seguridad de la curación y del remedio.

En la olla con agua puso a hervir unas hojas secas y, mientras el aroma invadía la habitación y se mezclaba con el del copal y el del tabaco, la hechicera acercaba sus labios al pecho de la niña, succionaba para extraer el mal y escupía; frotó después con ungüento el cuerpecito enfebrecido y punzó con una aguja alguna de sus partes, murmurando siempre conjuros y oraciones dirigidos a dioses paganos y a santos cristianos.

Cuando hubo terminado llamó a la madre, que rezaba en voz baja, recordando los primeros pasos y las primeras palabras de su hijita. Juana la tranquilizó y le recomendó continuar con los sahumerios y darle a beber durante varios días infusiones de *mecaxóchitl*, *xiuhcollin* y *cuanenepilli*.

Finalmente le aconsejó ofrecer una peregrinación al Señor de las Cuevas de Chalma y llevarle una ofrenda. De su morral sacó una bolsita de cuero con semillas de *ololiuhque* atada a un cordel y, dándosela a la madre, pidió que se le pusiera a la niña en el cuello; el amuleto evitaría el mal de ojo. Recomendó además enterrar en el quicio de la puerta de la casa una pequeña tinaja como defensa contra el maleficio.

Petronila dio a la anciana una gallina como pago por sus servicios y la despidió; la vecina partió con ella. Al poco rato, después de encargar otra vez a María el cuidado de su hermanita, la madre salió presurosa hacia la cercana capilla de los Dolores.

Allí, de rodillas y con lágrimas en los ojos, pidió a la imagen de la Virgen con el hijo muerto en los brazos que se apiadara de ella, e hizo una angustiosa súplica al Santo Cristo de Chalma para que le diera la salud a su pequeña. En su corazón se concentraron la zozobra y las angustias de muchos días y los sufrimientos de toda su vida; como negras nubes se acumularon los recuerdos de sus partos dolorosos y los dolores por sus hijos muertos. A su desesperación se sumó un sentimiento de soledad y de amargura, acentuado por la lejanía de su marido. Al final la desesperación y el desasosiego estallaron en una promesa: a cambio del favor que pedía, ofreció que Antonia entraría al servicio de Dios como religiosa. Petronila estaba segura de que el Cielo no se negaría a sanar a su pequeña ante tal oferta y, además, siendo monja, no sufriría lo que ella había padecido. Antes de salir del templo, prometió ir en peregrinación al santuario de Chalma y llevar una ofrenda de cera.

Pasó el día y cuando sonaron las campanas de la iglesia de los mercedarios para la hora *nona* y la noche cubría ya con su manto la tierra, la pequeña Antonia abrió los ojos; primero, azorada por no reconocer el lugar

donde estaba, comenzó a gemir; después, al ver allí a su madre, se sosegó. "Agua", dijo dulcemente, y sin esperar a recibirla se quedó de nuevo dormida.

Su madre la arrulló con una canción de cuna, tranquila por el acompasado ritmo de su respiración. Le reiteró al Santo Cristo de Chalma su gratitud y su compromiso para que la vida de su hija fuera dedicada a su servicio. Se le había concedido un milagro.

Como si el mal tiempo se hubiera llevado la enfermedad, Antonia comenzó a resplandecer a partir de la mañana. Dos días después jugaba de nuevo en el soleado patio de la casa y perseguía riendo a las gallinas. Así la encontraron su padre y su hermano al llegar luego de su larga ausencia. La niña corrió hacia ellos gritando de júbilo.

Petronila y María, al oírlos, salieron gozosas a unirse a la alegre recepción. Joseph contó las noticias de Tlalpujahua, la tierra natal, y transmitió los saludos y parabienes de los parientes junto con las aventuras del viaje. Petronila narró los incidentes del mes transcurrido, la desesperación producida por la enfermedad de la pequeña y su milagroso restablecimiento. Antonia, curiosa como siempre, preguntó a su padre qué traía en el saco que estaba en la mula. Joseph, amoroso, la cargó, la besó y fue hacia el animal en busca del objeto requerido.

Los ojos de la pequeña brillaban ante el bulto que ocultaba alguna cosa maravillosa. El padre depositó a la niña en el suelo y del costal sacó una hermosa muñeca de trapo de Michoacán vestida con un traje de muchos colores. La boquita de Antonia estaba abierta del asombro ante tan vistoso regalo y sus manitas lo tomaron con gran emoción. Ese día era Epifanía, cuando los Reyes Magos del Oriente llegaron a adorar a Jesús guiados por una estrella. Joseph sacó dulces y regalos para sus otros hijos y una caja laqueada para su mujer. Era una fecha especial y los niños escucharon de labios de su madre la narración bíblica.

Al poco rato, sentados ante una mesa con humeantes platillos, los padres sonreían al ver a la pequeña Antonia arrullando a la muñeca y cantándole:

Ya bajó la estrella
ya llegó a Belén
duérmete mi niña
duérmete mi bien.

Petronila entrecerró los ojos y se recargó en el hombro de su marido. Por la ventana entró el soplo de un suave viento invernal.

2. MARÍA DEL CASTILLO

Ciudad de México, 20 de enero de 1667.

Mientras alimentaba a los pájaros y regaba los macetones de flores del patio, su tarea cotidiana, María cantaba una alegre tonada, un estribillo de moda. A sus quince años no era una muchacha atractiva; un poco regordeta, tenía nariz y labios demasiado pequeños para su redonda cara. Sin embargo, la falta de gracia física era suplida con un carácter desenfadado y una risa a flor de boca que la hacían encantadora. Al terminar su matinal rutina, levantó los ojos al cielo y sintió en su piel el frío de la madrugada; frotó sus gruesas manos para calentarlas, se acomodó la chalina que traía sobre los hombros y se aproximó a las jaulas que pendían de uno de los arcos del patio.

Desde ellas, los cenzontles y calandrias saludaban con sus cantos al nuevo día y a quien les daba el diario sustento, y con breves sacudidas se echaban sobre el plumaje el agua contenida en pequeños recipientes de cerámica. María estaba embebecida observando y oyendo a las avecillas, cuando una voz amarga y desagradable la sacó de su contemplación.

—María... María.

La voz llamó insistente. La muchacha dejó el patio con el sol brillando sobre la cresta del muro oriente, subió las escaleras de la suntuosa mansión y entró en una de las habitaciones. Al abrirse la puerta, la luz iluminó un recinto donde el frío del invierno y la obscuridad de la noche parecían tener su asiento. Con la claridad que entraba, se vislumbraron los contornos de las gruesas cortinas que cubrían las ventanas, los ángulos de un arcón filipino y de un reclinatorio colocado bajo un crucifijo, y la masa de un gran dosel que cubría el lecho donde yacía la dueña de la casa, doña Elena de la Cruz.

María avanzó con actitud reverente y las manos entrelazadas hacia su protectora y madre adoptiva y observó su rostro demacrado, donde los ojos cerrados se perdían en profundas sombras y la boca mostraba una permanente mueca de enfado. En ese momento la mujer entreabrió los párpados y tratando de incorporarse dijo en un tono quejoso:

—Hija, ponme unos almohadones en la espalda.

Mientras ayudaba a la enferma, María se condolía de sus continuas jaquecas y achaques, de su apariencia avejentada a una edad que, según sus cálculos, debía ser un poco más del doble que la que ella tenía.

La señora dio las órdenes que debían ser transmitidas a los sirvientes. Siempre hacía lo mismo, pues esto le permitía sentir que aún era útil a su marido y que seguía llevando las riendas del hogar. Sin embargo, María recordaba que desde el tiempo de sus primeras menstruaciones, cuando no se le consideró más como una niña, don Diego del Castillo, su padre adoptivo, le encargó el manejo de la casa durante los prolongados periodos que la señora se encerraba en sus aposentos como consecuencia de sus constantes enfermedades.

Con una reverencia, María se despidió, salió de la habitación y continuó con sus quehaceres. Primero fue a la cocina y envió a doña Elena una taza de chocolate por conducto de una muchacha negra; ordenó después a Isabel y a Juana, las dos cocineras mestizas, los guisos que debían prepararse para la comida; desayunó dos tamales y un atole y bajó a los almacenes de la casa en busca de unas telas.

Allí, entre las barricas de vino andaluz y de aguardiente de caña y en medio de las ánforas con aceite de oliva, de los costales de grana cochinilla y de añil y de las cajas llenas de piloncillo, María dio rienda suelta a una de sus diversiones más queridas: acariciar los terciopelos, las muselinas y los damascos, poner sobre su rollizo cuerpo los bellos colores e imaginarse vestida como una princesa, amada por un gentil caballero. Las campanas de la iglesia de Santo Domingo llamaron a *tercia* y la sacaron de sus sueños.

Después de poner todo en orden llamó a uno de los esclavos para que cargara un pesado rollo de brocados que don Diego le encomendara entregar en el palacio virreinal. Tomó una bolsita llena de reales de plata, otra con semillas de cacao y un cesto, le hizo a Isabel un guiño y salió a la calle seguida por el sirviente.

Esta era otra de sus diversiones, caminar entre cajones de frutas y verduras, percibir los aromas que se escapaban de las canastas llenas de guisos de las indias, sentir el contacto de los cuerpos y el bullicioso ambiente de las calles y... comprar. Ella era la encargada de abastecer de víveres a la casa y siempre encontraba ocasión para salir a buscarlos, ya fuera acompañada por dos sirvientas, ya fuera sola, aprovechando un encargo de su padre adoptivo, como ahora.

Encaminó sus pasos seguida del esclavo hacia el palacio, bajó por la calle de Santo Domingo y llegó hasta la plaza de armas; pasó frente a la Catedral, hizo una señal de la cruz en forma rápida y maquinal y finalmente se detuvo frente a una puerta lateral de la mansión de los virreyes. Allí entre-

gó a uno de los guardias el paquete que traía y regresó sobre sus pasos de nuevo hasta el mercado que se extendía en la plaza. La canasta comenzó a llenarse de víveres al ritmo del regateo: pescado blanco de la laguna, tomates, calabacitas, yerbas de olor, setas...Dos libras de ternera compradas en la carnicería de la calle del Arzobispado completaron el cargamento.

Una vez terminadas las compras envió al esclavo con la canasta repleta de regreso a casa y, como aún era temprano, se encaminó hacia la fuente, donde a diario se reunía con sus amigas. La animada charla, que duró varias horas, sólo fue interrumpida para contemplar los cuatrocientos azotes que recibió un mulato por haber dado una bofetada a un clérigo.

A la hora *sexta*, las campanas de Catedral avisaron a María que era tiempo de reunirse con don Diego del Castillo, su padrastro. Con pasos firmes y moviendo la cadera, se dirigió hacia la calle del Arzobispado y al dar la vuelta pudo distinguirlo entre la multitud, frente a la puerta de la Casa de la Moneda, charlando con don Domingo Lorenzana. Don Diego, un granadino de mediana estatura y cuerpo robusto, gesticulaba con las manos regordetas y fruncía las tres arrugas que surcaban su frente, enmarcadas por unos ojos negros y brillantes y por un mechón de cabello que resaltaba su notable calvicie.

Ambos mercaderes hablaban de negocios. Don Domingo comerciaba con objetos de lujo de Europa y de Asia y necesitaba grandes cantidades de plata continuamente. El año anterior, la Nao de China llegó a Acapulco antes de lo que se esperaba y el señor Lorenzana tuvo que pedir un préstamo al señor Del Castillo para poder comprar mercancías en la feria. Ahora necesitaba más dinero pues debía pagar un cargamento de cacao que llegaría del Perú el mes entrante. Don Diego pedía una participación directa en este negocio a cambio del préstamo, ya que la primera deuda tardaría algún tiempo en ser saldada.

Don Domingo se enfrentaba a un sagaz colega. Don Diego del Castillo era uno de los pocos mercaderes que tenían la concesión del comercio de plata en la Colonia; sus agentes compraban los lingotes de metal en los centros mineros de Zacatecas y San Luis Potosí y él los convertía en pesos y reales en la única institución autorizada para tal fin en la Nueva España: la Casa de Moneda de la Ciudad de México. Por fin los comerciantes llegaron a un acuerdo sobre la operación que discutían y, cuando hablaban de ciertos regalos que don Diego había hecho llegar al virrey Mancera y a la virreina esa mañana para conseguir sus favores en cierto negocio, llegó hasta ellos María. Con actitud reverente, la joven besó la mano de su protector y des-

pués de saludar a don Domingo le preguntó por su salud y por la de su mujer e hijos. Recibió la respuesta habitual en estos casos e inmediatamente bajó la mirada, como la buena educación lo exigía en una muchacha de su edad y condición.

El señor Lorenzana elogió las buenas maneras que mostraba la chica, más por deferencia a don Diego que por alabarla a ella, que no era más que una recogida. Pero María se sintió orgullosa pues siempre le daban satisfacción los reconocimientos y se sentía feliz al hacer lo que se esperaba de ella. Don Domingo se despidió después de enviar saludos para doña Elena, y padre e hija se encaminaron hacia el poniente para tomar en su casa la comida del mediodía.

Cuando llegaron la mesa estaba puesta y, como era ya costumbre, sólo ellos dos se sentaron a comer después de hacer una breve visita al cuarto de la enferma. Mientras dos criaditas servían el potaje de alubias, el pescado frito y el guisado de ternera en salsa verde, don Diego comentaba con su acento andaluz sobre diversos temas. María lo escuchaba atenta y le contaba lo que había visto en la mañana.

Aunque mucha gente pensaba que don Diego era un hombre iracundo y arrogante, su hija adoptiva lo amaba y lo trataba como al padre que nunca tuvo. El hecho de ser una niña expósita jamás le importó, y cuando el señor Del Castillo le contó cuatro años atrás que él la recogió recién nacida una mañana en el portón de la casa, recibió la noticia con aparente indiferencia y continuó con el mismo trato que había tenido hasta entonces hacia su padre adoptivo.

Antes de retirarse a dormir la siesta, don Diego encargó a María que tuviera preparados algunos pastelillos y galletas para la tarde, pues unos amigos suyos, cofrades como él de la hermandad del Santísimo Sacramento, vendrían de visita con sus esposas y con una huerfanita.

La muchacha fue a la cocina y preparó unos bocadillos de almendra y unas tartitas de nata, que amasó y horneó con sombríos pensamientos y tristes expectativas. Desde que supo la noticia de la visita, una extraña angustia comenzó a sobrecogerle el pecho; su intuición le dijo que la niña que llegaría esa tarde habría de traer consigo cambios en su vida y eso la llenaba de zozobra. Isabel la miró intuyendo lo que ocurría y pasándole la mano por el cabello le dijo:

—No ponga esa cara, niña, no tiene por qué estar así. Ya verá que esto no la va a perjudicar en nada.

María alzó los hombros e hizo un puchero. Cuando hubo terminado y ponía todo en una bandeja de plata, llamaron a la puerta; como no quería ver aún lo que el destino le traía, envió a Isabel a abrir con el pretexto de que estaba batiendo el chocolate.

Don Francisco de Prado y Castro y don Domingo González de Riaño, dos modestos comerciantes criollos, acompañados de sus respectivas esposas y de una hermosa niña de tres años, fueron conducidos al salón del estrado en el piso superior. Allí los esperaba ya don Diego, quien después de intercambiar los saludos de cortesía y de responder las preguntas de rigor sobre la salud de la enferma, tocó el tema de la niña que doña Adriana de Vergara, mujer de don Domingo, tenía sentada sobre sus rodillas.

Don Francisco respondió ampulosamente que la dignísima archicofradía del Santísimo Sacramento, que tenía a su cuidado la manutención del colegio de niñas huérfanas, había aceptado la petición del señor Del Castillo para adoptar a una de las expósitas que albergaba esa institución. La pequeña elegida que traían se llamaba Francisca.

El señor Del Castillo observó largamente a la criatura, su hermoso cabello rizado, sus ojos verdes y vivarachos, su naricilla respingada y su rosada boquita. Además parecía una niña tranquila que en lugar de lloriquear jugaba embebecida con una cuenta de jade. Era exactamente lo que deseaba y desde el fondo de su corazón dio gracias a la Virgen de las Angustias, patrona de Granada, por este regalo que le concedía. Sabía que su mujer nunca le daría hijos y que su estirpe moriría con él, pero para los planes de acrecentamiento de sus negocios y de su fortuna, esta niña era una pieza importante. Finalmente, pensaba, todo lo hacía para mayor gloria de Dios.

La entrada de María con la bandeja de plata, las confituras y el chocolate lo sacó de sus reflexiones. Detrás de los saludos de cortesía observó enfado, y una mirada de reojo que la joven lanzó a la pequeña le mostró la causa. En ese momento cayó en la cuenta de que la muchacha no estaba al tanto de sus planes sobre el crecimiento de la familia. ¿Por qué se los ocultó? Quizás porque sabía que la veneración de María hacia él no iba a tolerar competencia alguna. Hablaría con ella más tarde.

Los invitados consumieron las viandas y los chismes del día y, cuando el sol se ocultaba detrás de las montañas del poniente, se despidieron. Don Diego tomó a Francisca en brazos, se sentó en un equipal del patio y mandó llamar a María, mientras la niña lo miraba con una mezcla de desconcierto e intriga.

Cuando la muchacha llegó, su padre adoptivo la hizo sentar con una seña y comenzó a decirle parsimoniosamente:

—Hija, ella es Francisca, vivirá en esta casa en adelante y espero que la quieras como a una hermana. Ella también es huérfana y al igual que tú será tratada como una hija mía, pero jamás te desplazará del lugar que ocupas en mi corazón. Te harás cargo de ella y le darás ejemplo, la enseñarás a ser una buena mujer, cuidarás de su crianza y te ocuparás de su comida y de su vestido.

María escuchaba con la mirada baja y, cuando el hombre terminó su alocución, dijo con la tranquilidad que le permitían sus emociones:

—Se hará todo como Su Merced ordene.

Don Diego depositó a la pequeña en los brazos de la mayor, dio las buenas noches y subió por la escalera hacia la habitación de su mujer, donde pidió se le sirviera la cena. María veía a Francisca con curiosidad. Las palabras de su padre la reconfortaron y aunque en el primer instante la llegada de la niña provocó en ella un cierto disgusto, ahora pensaba que podía ser divertido tener una hermanita con quien jugar. Isabel tenía razón, no había por qué estar aprensiva.

Mientras Francisca volteaba su cabecita hacia las paredes del cubo de la escalera por donde subían y veía inquisitiva el redondo rostro de la muchacha que la cargaba, María ya pensaba en los vestidos que confeccionaría para ella y en las muñecas y la cuna que por la mañana iría a comprarle. Por lo pronto, esa noche dormiría con ella en su cama.

3. NICOLASA DE TLALTELOLCO

Tlaltelolco, 2 de febrero de 1667, día de la Candelaria.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida.

—¿Desde cuándo no confiesas tus pecados?

—Desde hace varios años, padre.

—Ante este tribunal divino descarga tu conciencia.

—Me acuso —la joven calló un instante—, me acuso de haber ido con la comadrona pa' que me sacara un niño.

—Sabes que eso es un pecado grave, ¿por qué lo hiciste?

—Onofre. No quiere que tengamos hijos, dice que pa' qué traerlos a que sufran, y me amenazó con dejarme si encargaba.

—¿Onofre es tu esposo?

—No estoy casada con él —fue la respuesta, un susurro.

—Aún más grave —exclamó el sacerdote tajante—; no te puedo absolver mientras no abandones a ese hombre.

—Padre, no puedo dejarlo.

—Pues exígele que se case contigo como lo manda la Santa Madre Iglesia.

—Él no quiere, padre, y si insisto me pega.

—Mayor razón para dejarlo.

—No puedo padre... porque lo quiero.

—¡Ay lujuria, lujuria! Si no te arrepientes y dejas esa vida pecaminosa el Señor te enviará al infierno y ahí sufrirás eternamente.

—Perdóneme padre —imploró la penitente.

—No te puedo dar la absolución si no abandonas a ese hombre con quien vives en pecado —dictaminó el sacerdote.

La mujer se puso de pie y se dirigió al altar mayor. Allí contempló el relieve del apóstol Santiago, quien cabalgaba en un caballo blanco por encima de los cuerpos muertos de unos indios. Posó sus rodillas en tierra y de sus labios salió una breve plegaria al patrono de los conquistadores. Se levantó y fue hacia la puerta. Llevaba la vista baja y la mente cargada de pensamientos que ensombrecían su rostro moreno y sus ojos almendrados. Sus 24 años rebosaban en un torneado y gracioso cuerpo, que mostraba en su delgadez las marcas de la convalescencia. La joven se movía con desgano y desaliento.

Al salir del templo, la joven dirigió sus pasos a la portería de lo que fuera un siglo atrás el colegio de enseñanza superior para indios nobles. Se sentó pesadamente en el suelo y comenzó a llorar en silencio.

Caía la tarde y el sol bañaba con destellos rosáceos los árboles del atrio y el campanario de la iglesia. La muchacha se entregaba a su dolor cuando sintió sobre el hombro una mano y al levantar la vista se encontró con el rostro de una mujer un poco mayor que ella, que la veía con mirada compasiva. No era una cara agraciada, tenía la nariz ancha y los pómulos muy salientes, pero de sus ojos salía un brillo que daba confianza y paz. De inmediato surgió entre ambas una corriente de simpatía. La joven se puso de pie y la recién llegada la tomó del brazo y la llevó caminando hacia la puerta de tres arcos que daba acceso al atrio. Mucha gente llegaba ese día al

templo, pues se celebraba la fiesta de la bendición de las candelas, y hasta ese instante la joven tuvo conciencia de estar rodeada de una multitud.

Caminaron durante largo tiempo por el barrio indígena de Tlaltelolco, casi despoblado por las continuas inundaciones que sufría y por la falta de agua. Al ritmo de sus pasos se contaron parte de sus vidas, mientras pasaban entre perros sarnosos y hambrientos, junto a delgados niños que jugaban a la pelota, a mujeres cargadas con bultos sobre las cabezas y a hombres que regresaban de trabajar o que dormían embriagados por el pulque. La muchacha contó a su acompañante la causa de su llanto: vivía desde hacía más de un año con un mulato de quien quedó embarazada y había abortado, pues de no hacerlo él la hubiera abandonado. Su hombre trabajaba como albañil y estar con él significaba tener el sustento cotidiano y la protección contra los abusos de otros hombres. En general Onofre era bueno, salvo cuando se emborrachaba; entonces se ponía como poseído del Demonio y la golpeaba. En la mañana había tenido que salir huyendo de él, pues llegó ebrio de nuevo, y había vagado todo el día hasta que entró a la iglesia por ver si encontraba algún consuelo, pero sólo consiguió un regaño. Las lágrimas brotaron de nuevo y entre sollozos narró los pormenores de su confesión. La interlocutora la miró comprensiva y le pasó la mano por el cabello varias veces.

Transcurrieron algunos minutos y la caricia se convirtió en una voz que relataba pausadamente sus vivencias en una casita cercana a la ermita de San Antonio Tomatlán, más alla del barrio de La Merced. Su madre, que era partera, y ella, habían llegado desde el amanecer al barrio de Santiago a atender a una prima; fue un alumbramiento difícil que se prolongó hasta después del mediodía y, aunque la criatura nació sana, la recién parida estaba muy débil. Ella y su madre se quedarían para cuidarla hasta el día siguiente. Para distraerse un poco había salido a dar un paseo a la iglesia y entonces la encontró.

La joven sentía un gran alivio al oír esa voz dulce. Después de otra pausa, su nueva amiga le aconsejó que para descargar su alma del peso que tenía fuera en peregrinación al santuario de la Virgen de los Remedios; muchas mujeres que no podían concebir iban allá a pedir un milagro y a veces la Señora escuchaba sus ruegos, ¿por qué no pensar que también atendería los de ella y la consolaría y perdonaría? Por lo pronto le recomendó que tomara infusiones de hojas de aguacate, de epazote, de ruda, de romero, de raíz de limón y de hinojo; todas esas plantas tenían, según le dijo, el poder de evitar la concepción.

La charla siguió su curso hasta que la campana conventual llamó a la oración de *completas*. El vibrante sonido marcó el momento de la despedida. Había ya muy poca luz en el horizonte y los olores y ruidos de la noche comenzaban a llenar el ambiente. Grupos de niños saltaban sobre las recién prendidas fogatas de la Candelaria y parecían realizar el rito de purificación que la muchacha necesitaba. Así, caminando, ambas mujeres llegaron a la casucha donde la joven vivía con su amante, y cuando se aseguró que éste estaba ya sobrio después de haber dormido todo el día, se despidió de su nueva amiga y le prometió que volvería a buscarla pronto.

—¿Cómo se llama Su Merced? —le preguntó.

—Ana del Río, ¿y Su Merced?

—Yo Nicolasa, Nicolasa de Tlaltelolco.

Cuando Ana se hubo marchado, Nicolasa entró en el cuarto que era su casa y miró a Onofre de reojo. El mulato la atrajo hacia él para encerrarla entre sus brazos y besarla con gula en la boca. Con este acto inició los escarceos que terminaron en un jadeante juego amoroso. Cuando la llama se volvió cálido rescoldo, Onofre invitó a su mujer al baile que los negros organizaban esa noche para la fiesta de la Candelaria en un baldío cercano a Peralvillo.

Nicolasa se levantó de la estera con un ágil salto, tomó un peine de madera y comenzó a pasarlo sobre su negra cabellera. Después se puso su vestido de fiesta del color de la grana, con un gran escote, y colocó sobre su pecho el vistoso collar de cuentas verdes que Onofre le regalara el mes anterior. Con el busto erguido y una mirada coqueta se dirigió hacia su amante y le tendió la mano. El hombre sonrió complacido, se puso de pie y la besó de nuevo en los labios.

La pareja salió a la calle iluminada ya por la luna llena. Onofre pasó su musculoso brazo sobre el hombro de Nicolasa y ella rodeó con el suyo, delicado y frágil, la cintura de su amado. En ese momento la muchacha se entregó a la dicha infinita del instante y, embargada aún por el recuerdo de la reciente vivencia erótica y por el feliz encuentro con Ana, olvidó sus angustias y remordimientos.

Al poco tiempo, comenzaron a oírse a lo lejos los rítmicos golpeteos del tambor y el acariciante silbido de la flauta, y al ir avanzando se les unieron los acordes alegres de la guitarra y el bullicioso repiquetear del güiro. Cuando los jóvenes llegaron al baldío, la melodía había ya invadido sus cuerpos y los movía de modo enervante. A su alrededor, las parejas meneaban hom-

bros y caderas, que se unían y separaban con sensual fruición al ritmo de la música. Los hombres hablaban con su cuerpo el lenguaje del asedio amoroso; las mujeres, el de la incitación.

Nicolasa y Onofre se entregaron al éxtasis durante mucho tiempo. Finalmente, exhaustos, se separaron de la multitud y comenzaron a saludar a los amigos que se agrupaban alrededor de las canastas y ollas con comida y pulque que varias indias vendían. La mayor parte de los asistentes eran gente de color, mulatos y mulatas libres y algunos esclavos llegados de África, cuyos liberales amos les daban estas noches de asueto, pero había también mestizos e indígenas de ambos sexos. A la luz de la luna y de las antorchas, entre el olor a sudores y a fritangas, el bullicio de la fiesta hacía olvidar la falta de agua en esos barrios, la enfermedad, el trabajo y la muerte.

Onofre paseaba entre los grupos, oía, hablaba y en cada uno brindaba por la salud de los concurrentes, de tal manera que al cabo de un rato ya estaba ebrio. Nicolasa lo seguía tomada de su brazo, tensa y temerosa al ver cómo iban apareciendo los efectos de la bebida. De pronto, una melodiosa voz masculina acompañada de una guitarra atrajo su atención. Sus pies se movieron hacia donde estaba el cantante rodeado de gente y Onofre, que caminaba ya pesadamente, la siguió unido a su brazo. El dueño de la voz era un atractivo joven moreno y sus coplas hablaban de amor y de traición, de celos e infidelidad.

Cuando terminó el canto, su mirada se cruzó con la de Nicolasa, que lo veía embelesada, y como la muchacha era hermosa y le gustó, el trovador quiso interpretar el destello de sus ojos como una insinuación amorosa y con un piropo le dedicó una copla. Onofre, obnubilado por el alcohol, sintió el desplante del joven como una afrenta y los celos empujaron su puño hacia el rostro del atrevido mozo. Éste esquivó ágilmente el golpe y con dos certeros puñetazos derribó a su agresor, quien quedó tirado.

Nicolasa consiguió que varios amigos la ayudaran a llevar a su hombre a la casa y lo depositaran sobre un petate. Despidió agradecida a los acomedidos acompañantes y limpió con un pedazo de tela humedecida la sangre ya reseca de la nariz de Onofre. Cubrió después su cuerpo con un sarape y se acostó junto a él.

Mientras el cansancio le cerraba los ojos, pasaron por su mente los hechos del día y su último pensamiento, antes que el sueño la invadiera por completo, fue el recuerdo de Ana, el gozoso sentimiento de tener una nueva amiga y la confianza en que la Virgen la ayudaría en sus cuitas.

4. FRANCISCO DE AGUIAR Y SEIJAS

Santiago de Compostela, 7 y 8 de abril de 1667.

La sangre fresca salpicaba los muros de la habitación, que algún día fueron blancos, y la mano seguía golpeando con vehemencia la espalda lacerada. Por fin, las seis tiras de cuero con puntas metálicas detuvieron su furor y el hombre, extenuado por la tortura que acababa de infligir a su cuerpo, cayó sobre los tablones que formaban su camastro y se quedó dormido en medio de la soledad de la noche. Francisco de Aguiar y Seijas había sido nombrado hacía poco tiempo canónigo penitencial de la catedral de Santiago y con su nuevo cargo llegaron también renovadas zozobras. Es cierto que no era el primer honor que recibía. No tenía aún cuarenta años y ya había leído las cátedras de Filosofía en San Jerónimo y de Teología Moral en Santiago y actuado como canónigo magisterial en Astorga. Pero lo de ahora era distinto, pues al estar encargado directamente de la administración penitencial tenía que confesar a las mujeres. La ansiedad que este menester le generaba era tan grande que sólo el dolor de la flagelación la apaciguaba.

Al alba, el canto del gallo lo encontró despierto y pensando en las visiones de sus sueños, en las arañas y otras alimañas que trepaban por sus miembros, en los demonios con senos colgantes y caras animalescas y feroces que lo asediaban. Aún retumbaban en su mente las carcajadas y los alaridos, y en su nariz podía sentir el olor nauseabundo del azufre. Con la respiración entrecortada pretendía dilucidar si lo que había vivido era sueño o realidad y con mirada inquisitiva buscaba entre las sombras algún rescoldo del infernal festín.

Cuando la calma devolvió a su pulso la normalidad, se puso de pie y colocó sobre sus hombros una raída vestidura talar. Con paso lento se dirigió al reclinatorio que estaba en el otro extremo del cuarto y, de rodillas ante un crucifijo, estuvo rezando durante un rato. Era Jueves Santo y sus meditaciones y pensamientos se dirigieron obsesivamente hacia la contemplación de uno de los pasajes que ese día se conmemoraban: la traición de Judas. Pidió a Jesucristo con insistencia la gracia de nunca pecar mortalmente, de jamás convertirse en un traidor como el infeliz suicida.

Una voz que en el pasillo llamaba a las oraciones matinales detuvo sus ruegos para aferrarlo a la rigidez de su rutina. Se levantó y de un baúl extra-

jo una gruesa capa negra. Salió de su celda y caminó por el claustro de la catedral, a través de cuya arquería se contemplaban las minúsculas gotas de una lluvia pertinaz. Dobló en la esquina y entró a la nave de la iglesia apenas iluminada por algunos cirios. Llegó a su asiento en el coro vacío y con la mirada baja comenzó a orar, mientras los otros sitiales del gran rectángulo se llenaban con los canónigos y racioneros que atendían los servicios religiosos de la sede episcopal. Cuando llegó el arzobispo, el cabildo en pleno se puso de pie y, bajo los acordes del órgano, todas las bocas al unísono entonaron los primeros cantos de alabanza del día. Guiadas por el chantre y ayudadas por las notas y las letras pintadas sobre los grandes y vetustos libros corales, las voces bajaban y subían por las escalas invisibles.

Cuando terminaron de cantarse los *laudes* y el órgano enmudeció, el arzobispo se acercó a Francisco, el más virtuoso y ejemplar de sus colaboradores, y le pidió que se encargara de conseguir a los doce pordioseros para la ceremonia vespertina del lavatorio. El prelado solicitaba a menudo este tipo de favores al fiel canónigo, cuyo cuidado de los menesterosos era comentado por todos. Por otro lado, este tipo de peticiones honraba tanto a sus propios merecimientos como a la rancia hidalguía gallega de la familia. Francisco y Su Ilustrísima salieron juntos hacia el claustro y cuando el arzobispo invitó al canónigo a tomar el desayuno en su palacio, éste se disculpó alegando inapetencia. Su humildad le impedía mencionar que había prometido guardar tres días de riguroso ayuno. Besó de rodillas el anillo episcopal, dio media vuelta y fue hacia la portería.

Allí, un grupo de mendigos esperaba la sopa cotidiana con pan de centeno que les otorgaba la caridad eclesiástica. Muchachos tullidos o ciegos, estudiantes famélicos, ancianos que habían perdido en su juventud brazos o piernas luchando en las guerras con Francia, con Portugal y con Holanda, viejas encorvadas llenas de pústulas. Todas las miradas confluyeron en el padre Francisco, que apareció en la puerta. Llamó a cinco de los hombres que presentaban un estado menos lastimoso y después de citarlos para la ceremonia del atardecer, dio órdenes a un sirviente que entraba en ese momento al claustro para que trajera la olla de la comida. Las bateas de madera recibieron el alimento sazonado con una bendición.

Una vez que hubo terminado su caritativa labor, Francisco entró de nuevo a la nave catedralicia para la oración de *prima* y, al concluir ésta, salió a la calle y se encaminó a las iglesias de Santo Domingo y San Francisco a buscar pordioseros para completar el número requerido. La llovizna insidio-

sa acompañó sus pasos por las calles solitarias de la ciudad. Se topó en el camino con algunas viejas campesinas que rompían el silencio con el ruido de sus madroños y cuyos pesados pasos contrastaban con el ligero andar de los clérigos jóvenes que, como Francisco, se dirigían a sus actividades cotidianas. Ni siquiera las campanas perturbaban la tranquilidad matinal pues estaban obligadas a enmudecer durante este tiempo de penitencia.

Subiendo y bajando por las tortuosas calles de Santiago, consiguió finalmente en las porterías de los conventos de los mendicantes a los siete menesterosos que le faltaban. La promesa de una substanciosa limosna le aseguró que acudirían a la cita. Mientras recorría el camino de regreso, sus pensamientos se dirigieron a San Luis, el caritativo rey de Francia que siempre se hacía acompañar de doce pobres para rememorar al Divino Maestro.

Llegó a las puertas de la catedral un poco antes de la oración de *tercia*; en el nártex sacudió compulsivamente las gotas de lluvia que empapaban su negro manto. Cuando acabó con su minuciosa actividad subió la vista y observó, como acostumbraba hacerlo a menudo, las esculturas que adornaban la portada principal, y también, como otras veces, sus ojos se detuvieron obsesionados sobre el mismo detalle: aquella sonrisa en el rostro imberbe del profeta Daniel que contrastaba tanto con la seriedad venerable de Jeremías, Isaías y Moisés, con quienes compartía un lugar destacado en ese portal llamado de La Gloria.

¿Por qué reía?, se preguntó Francisco, si la risa era algo vanal, no propio de la santidad ni de este valle de lágrimas, como bien lo afirmaban San Juan Crisóstomo y San Atanasio. Esa sonrisa petrificada, que desde hacía quinientos años mostraba la humana alegría de estar vivo, le provocó un tic nervioso en el ojo derecho que comenzó a vibrar como ocurría siempre que algo le molestaba. Su cabeza se movió instintivamente, como para expulsar un mal pensamiento, y los pies lo llevaron presurosos a atravesar el umbral hacia la nave del templo. Con paso ligero llegó a su lugar en el coro, en el momento en que se llenaba el recinto con la música del órgano y se iniciaba el rezo canónico.

Aunque el sol se adivinaba ya tras las nubes por arriba del horizonte, las penumbras aún reinaban en el interior de la catedral. A la luz de los cirios, los habitantes de la ciudad y numerosos peregrinos escuchaban los cantos sagrados, algunos de pie, otros de rodillas. Muchos llegaban a la tumba del apóstol de España, del mítico guerrero celestial con cuya ayuda se expulsó a los moros, y besaban el suelo con reverencia. Cuando los cantos se apagaron, arzobispo y canónigos salieron del recinto coral hacia sus respectivas tareas.

Muchas ocupaciones llamaron la atención de Francisco esa mañana, entre las oraciones de *tercia* y de *sexta*. Confesiones, bendiciones y admoniciones llenaron su boca, sus oídos y sus manos y lo dejaron agotado, de modo que el regreso a sus obligaciones en el coro fue para él más un descanso que un deber. Lo que más lo agobiaba era la enorme cantidad de mujeres que llegaban para cumplir con el mandamiento eclesiástico de la confesión anual. Además, su número parecía ser mayor por el contraste con los pocos hombres que había en Galicia, donde la emigración masculina hacia Castilla, Portugal y las Indias era constante.

Pasó el mediodía y al terminar las ceremonias de la hora *sexta*, clérigos y laicos abandonaron la catedral para llenar sus estómagos con la comida permitida en los días santos: pescado, mariscos, huevos... Francisco tampoco acompañó a sus colegas al refectorio en esta ocasión, y después de comer en la cocina un trozo de pan y un poco de agua se retiró a su celda.

Allí, de rodillas ante un crucifijo, comenzó a rezar angustiado y torturado por las tentaciones que le venían al pensamiento. Satanás, él lo sabía, reforzaba sus ataques durante el periodo de Cuaresma, pues conseguía hacer una mayor ofensa a su Creador si lograba que uno de sus fieles cometiera un pecado en esta época. Al no lograr nada con los rezos, desnudó su espalda y comenzó a flagelarla con fuerza, mientras el resto de la comunidad dormía la siesta al finalizar la comida.

La hora de *nona* y las oraciones en el coro lo encontraron exhausto. Entre *nona* y *vísperas* atendió varias confesiones y preparó a los mendigos que participarían en la ceremonia del lavatorio. Los instruyó sobre lo que debían hacer y dio a cada uno la moneda prometida por sus servicios.

Ese día se juntaron excepcionalmente las oraciones de *vísperas* y *completas* y una vez concluidas se iniciaron los prolongados oficios que conmemoraban la Pasión de Cristo. El arzobispo, revestido con ricos ornamentos blancos, salió de la sacristía seguido de Francisco, de otros clérigos y de varios acólitos. Entre el humo del incienso, los oficiantes subieron las gradas hasta el altar mayor e iniciaron la liturgia consagrada a celebrar la institución de la Eucaristía.

Por un momento la Iglesia olvidaba su tristeza y con gran júbilo proclamaba la presencia de su Esposo en la hostia. La blancura de los ornamentos contrastaba con los paños morados que desde el Miércoles de Ceniza cubrían las imágenes en señal de luto. La sonora voz del órgano y el repiqueteo de las campanas, que al iniciarse el canto del Gloria estallaron en un torrente de

alegría, enmudecieron al término de la misa para no volver a sonar hasta el Domingo de Resurrección. También en esta ocasión se ponía en funcionamiento el *botafumeiro*, inmenso incensario que corría por lo alto de la nave y distribuía en toda ella el humo aromático. Después de repartir la comunión entre los fieles, se depositó la Sagrada Forma en un altar engalanado con cirios y flores y se procedió a la representación teatral del lavatorio, narrada en el Evangelio.

Las manos del arzobispo, con sus anillos de rubíes y esmeraldas, tomaron los pies callosos y deformes de los pordioseros que hacían el papel de los apóstoles y los lavaron y secaron, mientras el coro entonaba en latín las Antífonas que contaban el hecho. Francisco lloraba al modular las frases y siguió haciéndolo incluso un buen rato después de que la ceremonia había concluido.

En las calles de Santiago se iniciaron entonces las procesiones que las cofradías de las parroquias de la ciudad organizaban para estas fechas. Las imágenes de Cristos dolientes y las de Vírgenes dolorosas con mantos y palios recamados de filigrana, se paseaban sobre sus andas cubiertas de cirios. Las rodeaba una corte de negros capuchones y espaldas flageladas, de hombros con cruces a cuestas, de manos que sostenían cráneos descarnados y crucifijos, de cabezas sangrantes cubiertas de ceniza y coronadas de espinas, de pies liados con grilletes, de pechos heridos con piedras y de bocas amordazadas con sucios trapos o con huesos de muertos.

Mientras tanto, Francisco estaba arrodillado ante la tumba del apóstol Santiago y meditaba en los hechos que siguieron a la Última Cena. La oración del Huerto, las tentaciones que Satanás puso a Jesús, la poca voluntad de Pedro, Santiago y Juan, que se quedaron dormidos, y la recomendación del Maestro: "velad y orad para no caer en tentación". Una gruesa vela recién encendida iluminaba sus facciones compungidas y su amplia frente. Pasó mucho tiempo con la mirada perdida. Los últimos destellos de la llama consumieron los restos de cera que quedaban en la copa del candelabro y entre las sombras todavía se podía vislumbrar su figura arrodillada como una estatua votiva.

No salió de tal estado sino hasta la mañana siguiente, cuando se iniciaron los oficios del Viernes Santo. Entre textos en latín y sermones en gallego, se recordó a los fieles la narración evangélica de la Pasión de Jesús, desde la traición de Judas hasta la crucifixión. Conforme avanzaba el relato, el ánimo de todos los oyentes se ensombrecía y en el ambiente flotaba una profunda tristeza. Después de la hora *nona* se hizo la representación del des-

cendimiento, con una imagen articulada que fue desclavada de la cruz y que luego se colocó en una urna de cristal. Allí permanecería, al lado de la Virgen de los Dolores, para la veneración pública, hasta el día siguiente.

Francisco estuvo un largo rato meditando ante las imágenes, hasta que el cansancio de tantas horas sin dormir lo obligó a retirarse a su celda. En el camino su mente delirante clamaba al Salvador para que su alma jamás se manchara con un pecado mortal, y así ser digno de recibir la gracia que la sangre y la muerte de Cristo habían conseguido para su miserable humanidad.

Al llegar a su celda colocó sobre su cabeza una corona de espinas, se arrodilló sobre unos guijarros que tenía para mortificarse y con los brazos en cruz inició sus oraciones nocturnas.

5. FRAY DIEGO VELÁZQUEZ DE LA CADENA

Ciudad de México, 31 de mayo de 1667.

La oración de la mañana había terminado y los sacerdotes y estudiantes agustinos del convento-colegio de San Pablo abandonaban el coro para realizar las labores de los sábados. El padre fray Diego Velázquez de la Cadena, doctor en Teología por la Universidad de México, profesor insigne del establecimiento agustino y su actual rector, se dirigió a tomar el desayuno en su celda, pues el que servían en el refectorio era bastante malo. Un sirvientito, de los que llamaban pilguanejos, de rostro delgado y moreno y ojos tristes, le ofreció al llegar una taza de chocolate que había calentado sobre un anafre y una cesta con panecillos de trigo y azúcar.

La cara de fray Diego irradiaba ese día gran jovialidad, pues Juan, su hermano menor, se desposaba con doña Juana de Orduña y Sosa, hija de un rico hacendado poblano.

"Qué esbelto cuerpo el de esa muchacha", pensó mientras tomaba un sorbo de chocolate, "tendrá muchas dificultades durante los partos".

A él no le gustaban las mujeres delgadas, pero este matrimonio arreglado por su madre era muy ventajoso para el linaje De la Cadena y no debía detenerse en nimiedades.

Tomó rápidamente su desayuno pues debía llegar temprano a la iglesia de Santa Inés, donde se celebraría la misa de velación que él presidiría. En-

cargó a su sirviente que sacara una capa y un sombrero del baúl de roble que estaba al pie de la cama y que los llevara a casa de su hermano don Pedro. Poco después caminaba por el barrio indígena de San Pablo con una mezcla de ceremoniosidad, paternalismo, cortesía y altivez y saludaba a frailes y laicos. Como rector del colegio era también prior y administrador espiritual de la parroquia, lo que le daba prestigio entre los fieles de esa zona de la ciudad.

Pasó a espaldas del convento y de la iglesia de la Merced, caminó entre cajones y mercaderías, cruzó puentes sobre acequias, calles lodosas, malolientes y ruidosas, y por fin arribó a las portadas gemelas del templo dedicado a la santa mártir niña Inés y al apóstol guerrero Santiago.

Ninguno de los invitados había llegado y eso le alegró. Su primera aparición en público esa mañana sería soberbia, pues la haría engalanado con los vistosos ornamentos sagrados bordados por las monjas. A fray Diego le gustaba impresionar y hacerse notar, sabía que el mundo de las apariencias, donde él se movía, valoraba en mucho el aspecto externo. A sus 37 años apenas comenzaba su carrera en la política de la provincia agustina y era necesario hacer evidente su presencia en los círculos cortesanos del Virreinato para poder llegar más alto. Ciertamente la ayuda de su hermano, el capitán don Pedro Velázquez de la Cadena, que era secretario de Gobernación y Guerra desde hacía más de veinte años, constituía una influencia muy poderosa para lograr sus fines, pero los méritos personales eran indispensables. Por lo pronto, solicitó al general de su orden el nombramiento de maestro numerario, que de seguro obtendría gracias a la plata enviada a Roma. Ahora, su objetivo era ocupar la rectoría de la Real y Pontificia Universidad para el año próximo, en el que, terminado el periodo de los laicos, tocaba el cargo a los eclesiásticos; éste era el fin de todos sus afanes.

Fray Diego dejó atrás el bullicio de la calle, cruzó rápidamente el silencio de la nave semivacía y llegó a la sacristía. Con el agua de una pileta empotrada en la pared se lavó las manos, mientras decía maquinalmente las oraciones rituales para el caso. Abrió después las puertas de un armario y, de entre los cálices que en él había, escogió uno de oro con incrustraciones de rubíes. Sintió el peso de la pieza, observó el bello trabajo del orfebre y lo valuó en ocho mil pesos. Tomó a continuación una patena y un corporal del mismo sitio. De una gran cajonera de roble extrajo una casulla blanca, recamada con hilos de plata, y la estola y el manípulo que con ella hacían juego. Cuando estaba seleccionando en otro cajón un alba con bordados de seda sobre

lino, entraron a la sacristía, acompañados de tres monaguillos, los dos sacerdotes que concelebrarían la misa: fray Luis de Orduña, exprovincial de los dominicos, y don Jerónimo de Cervantes, tesorero de la Catedral.

Después de los saludos de rigor, comenzó a ponerse ritualmente los ornamentos sagrados sobre el hábito agustino, ayudado por los tres muchachos. Mientras lo hacía, recitaba con voz fuerte y clara las oraciones estipuladas al colocar sobre su cuerpo cada objeto. Parecía realizar este acto más para ser visto por los clérigos presentes que para agradar a Dios. Cuando terminaron de vestirlo y comenzaron con los otros dos sacerdotes, el religioso se asomó hacia la nave para ver quién había llegado. Miró que los Sosa, los Solís, los Cervantes Cassaus y los Gómez de Cervantes estaban sentados ya en el centro, presididos por los condes de Santiago y de Orizaba y por el marqués del Valle de Oaxaca. Alzó la vista hacia el coro alto y clavando sus ojos sobre la negra celosía que separaba del mundo a las esposas de Cristo, pensó en sus cinco hermanas enclaustradas en ese convento. Este recuerdo llevó sus pensamientos a la hacienda de La Llave, cerca de San Juan del Río, donde Mariana, su única hermana casada, cuidaba a sus diez hijos, lo que le había impedido estar presente en la ceremonia.

En ese momento entraba al templo su madre, doña Catalina Cedeño de la Cadena, una mujer de 56 años, criolla orgullosa de pertenecer a una casta que hundía sus raíces hasta los tiempos de la conquista de Tenochtitlan y viuda del capitán castellano Juan Velázquez de León desde hacía más de una década. A los diez hijos que le sobrevivían, de trece que dio a luz, había logrado colocarlos en lugares donde se engrandecía su linaje. A ella se debió el enlace de Pedro, el primogénito, con doña Francisca Tovar Godínez, su primera mujer e hija del anterior secretario de Gobernación; ella fue también la que maquinó el segundo matrimonio de don Pedro con la señora de Yecla, doña Elena Zenteno Maldonado de Silva, y el de Mariana, por el que los Velázquez emparentaron con los poderosos Leonel de Cervantes. A sus otras cinco hijas las metió al convento de Santa Inés, que estaba bajo el patronato de su familia desde hacía medio siglo. Diego, el preferido, era un destacado agustino y a Nicolás, el más pequeño, tenía planeado conseguirle un cargo en la Catedral cuando acabara sus estudios universitarios.

Desde un año antes, doña Catalina había acordado con don Antonio de Orduña el enlace de sus linajes. Cinco meses atrás, se corrieron las amonestaciones y se realizaron los esponsales y la firma del contrato matrimonial ante un notario. Por medio de este documento, ambas familias llegaron al

acuerdo de que la novia aportaría como dote la acostumbrada cantidad de diez mil pesos, mientras que el novio daría a su futura mujer un collar de perlas de seis hilos y un brazalete de plata con zafiros, a título de "donas" o donación. La fecha de la misa de velación fue fijada para el día de Santa Petronila, la hija de San Pedro.

El padre De la Cadena amaba entrañablemente a su madre y estuvo un tiempo contemplándola; admiraba su fortaleza y el dominio que tenía de sí misma. Feliz por saberse parte del abolengo y de sus privilegios, entró a hacer los últimos preparativos y cuando se asomó de nuevo a la iglesia ya estaban sentados en los primeros puestos los oidores y algunos otros funcionarios acompañados de sus esposas, hijos y miembros de la Corte. Pero el virrey y la virreina, como de costumbre, aún no llegaban. El tiempo pasaba y los asistentes comenzaban a impacientarse y a comentar el hecho de que los marqueses de Mancera llegaban siempre tarde a las ceremonias religiosas, cuando de improviso hicieron su entrada con gran ostentación precedidos por sus pajes, damas de compañía y demás familiares. La presencia de tan distinguidos personajes, debida a la prominente posición que tenía don Pedro, dio la pauta para dar inicio a la ceremonia.

El fraile y los dos clérigos se dirigieron hacia el fondo del templo acompañados de los monaguillos, que con incensarios sahumaban su camino. Mientras la comitiva llegaba a la puerta donde se realizaría el rito matrimonial, la madre de la novia, doña Juana María de Sosa y Farfán de los Godos, hija del corregidor de la ciudad, departía con don Pedro Velázquez de la Cadena y le describía las lindezas de la hacienda de Buenavista, propiedad de la familia en las cercanías de Jalapa, donde los recién casados irían a pasar un tiempo.

La ceremonia se inició, como señalaban las actas del Concilio de Trento, "a la faz de la iglesia" y ante cuatro testigos: los padres de la novia y la madre y el hermano del novio. Fray Diego pidió a los contrayentes su mutuo consentimiento y recitó la fórmula ritual: "Yo os uno en santo matrimonio en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". A continuación se hicieron los intercambios de anillos y arras siguiendo el modelo vasallático instaurado cinco siglos atrás, y se colocó el velo nupcial sobre los contrayentes para simbolizar su unión indisoluble.

Al terminar, el agustino hizo una señal hacia el coro y al momento salieron de él las notas del órgano y las voces femeninas de las monjas, que acompañaron con un halo armónico al cortejo nupcial hasta el altar. Fray

Diego caminaba con la dignidad de un obispo; los recién casados y sus parientes lo seguían con parsimonia entre el olor de los nardos y del incienso y el sonido de la música.

Cuando los contrayentes y sus acompañantes estuvieron colocados en sus lugares frente al altar mayor, el fraile inició la misa entrelazando su canto en armonioso diálogo con las voces femeninas y con los acordes instrumentales. Así pasaron la Antífona y el Introito, la Epístola y el Evangelio y llegó el sermón. Fray Diego y los concelebrantes se sentaron al tiempo que subía al púlpito el ilustre orador filipense don Antonio Calderón y Benavides. Un silencio expectante llenó el espacio mientras el predicador dirigía su mirada a la paloma colocada en el ambón que pendía sobre su cabeza. Hizo un gesto como pidiendo la aprobación del Espíritu Santo, que hablaría en breve a través de su boca, e inició su alocución.

Primero alabó la decisión de unir linajes tan ilustres y recordó la epístola paulina que se había leído; la esposa debía estar sometida a su marido como al Señor, porque el marido era cabeza de la mujer como Cristo era cabeza de la Iglesia. Continuó explicando cómo el varón debía gobernar la voluptuosidad pecaminosa de la mujer e insistió en que no agradaban a Dios los matrimonios que incitaban a los hombres a la lujuria como los animales. El tema del deseo carnal le dio pie para hablar de la virginidad inmaculada de María y a divagar por los paraísos de la castidad.

Algunos bostezos de los asistentes movieron al predicador a cambiar el tono del discurso. Sus ojos centellearon y su boca comenzó a pintar con sombrías tintas los temibles tormentos que sufrían por mano de los demonios los lujuriosos en el fuego infernal. Ante la actitud que emanaba del púlpito, algunos hombres se movieron en sus asientos y varias mujeres bajaron la vista. Un pesado silencio inundó entonces la nave de la iglesia y propició que el eco de las últimas palabras reverberara en todas las cabezas. Cuando lo consideró pertinente la voz reinició su sermón, pero ahora sus modulaciones eran calmadas y apacibles y hacían votos para que la pareja fuera bendecida con muchos hijos y con una ancianidad feliz.

Fray Diego había puesto poca atención al contenido del sermón, pero siguió con interés su estructura y las formas retóricas utilizadas en él. Un orador debía estar siempre dispuesto a aprender nuevos recursos. Con esos pensamientos se puso de pie al finalizar la alocución y continuó con la ceremonia. Irrumpieron en el silencio las solemnes palabras latinas de la consagración seguidas por las sonoras frases cantadas del *Pater Noster*. Fue recitada

después la bendición nupcial sobre los nuevos esposos, según la fórmula en la que se recordaba que Dios había creado al varón a su imagen y había sacado a la mujer de su cuerpo, por lo que ésta debía estarle sometida; además se insistía en las obligaciones y virtudes que se esperaban de ella: que fuera amable con su marido como Raquel, prudente como Rebeca, fiel durante una larga vida como Sara... que unida sólo a su marido, huyera de todo contacto ilícito, fortaleciera su flaqueza con la austeridad de su vida, fuera grave por su pudor, respetada por su recato, instruida en la doctrina celestial, fecunda en hijos, virtuosa y pura... De las virtudes que debían adornar al varón nada se decía.

Juana, la novia, no pudo contener unas lágrimas producidas por la emoción que la embargaba. Con la mirada cándida de sus 18 años, veía de reojo al hombre que a partir de ese día era su esposo. Juan, gallardo y altivo, miraba a los santos frailes y monjas del retablo barroco que tenía enfrente y su rostro no denotaba ningún sentimiento. A sus 25 años, su futuro estaba asegurado en la burocracia virreinal gracias a su hermano, el secretario de Gobernación, y el acto era para él un trámite más en su carrera política.

Después de la bendición nupcial transcurrieron veloces los últimos instantes de la misa. Entre sonoros cantos pasó el momento de la comunión y finalmente llegaron el *Ite misa est* y el *Benedicamus Domino*. Fray Diego entró a la sacristía bañado en sudor, pues ya pasaba el mediodía y el calor producido por los pesados ornamentos lo sofocaba. Se deshizo de inmediato de la vestimenta litúrgica, como quien se quita un disfraz, y salió de inmediato con otra máscara hacia la calle a departir con los asistentes.

Cruzó entre charlas, abrazos, besos de manos, risas y llantos; felicitó a los recién casados, ahuyentó con un ademán a los pordioseros que se acercaban a pedir limosna y se dirigió, como todos, al banquete que se ofrecía en la casa palaciega de los Velázquez de la Cadena. No eran comunes tales convivios con motivo de una boda, pero don Pedro estaba interesado en mostrar su munificencia ante la Corte virreinal y en discutir con varios de sus miembros algunos asuntos delicados al calor de la fiesta.

Bajaron los carruajes por la calle del Arzobispado y pasaron frente a la Catedral, que mostraba los andamiajes de unas bóvedas a punto de concluirse después de medio siglo de obras. Atravesaron la plaza mayor luciendo a sus morenos cocheros y lacayos, ataviados con coloridas levitas de terciopelo y cubiertos de perlas, y doblaron por la calle de la Cadena formando una larga fila. En las puertas de la mansión, damas cargadas de joyas bajaban trabajo-

samente de sus carros con sus voluminosos guardainfantes de finas telas, bajo los que crujían los armazones de barbas de ballena. En su descenso eran ayudadas por gallardos caballeros que con elegancia se quitaban el sombrero y lo ponían sobre el negro terciopelo de sus pechos. Al hacer la reverencia a sus damas se erguían orgullosas las espadas encerradas en decoradas fundas, como los espolones de los gallos de pelea, si bien a la entrada de la mansión las armas debieron ser abandonadas para evitar desaguisados y derramamientos de sangre.

Fray Diego descendió de una carroza negra con su madre, su hermano Pedro y su cuñada Elena. Al entrar al gran patio central, quedó gratamente impresionado pues en él se habían distribuido, en armoniosa convivencia, las mesas y las sillas para el banquete con tibores chinos llenos de flores. Una larga mesa, que ocupaba todo el lado sur del cuadrángulo, lucía los manjares que se servirían en breve. En numerosas ollas puestas sobre anafres para conservar calientes sus contenidos, bullían las carnes de pollo, de ternera, de pescado y de cordero inmersas en salsas multicolores, saladas, agridulces y picantes. En otra sección se veían los platones rebosantes con tortas de pichón, empanadas de carne, chiles rellenos, barbacoas y pavos confitados y estofados. Los postres no eran menos llamativos. Las monjas de la familia Velázquez de la Cadena habían enviado dulces de pasta de almendra, alfajores de especias y ates de piñón y de membrillo que compartían las bandejas de plata con las frutas cristalizadas en piloncillo y los huevos reales que habían hecho famosa en toda la Corte a Soledad, la cocinera de don Pedro. Los olores abrieron en fray Diego las puertas del apetito, pero aún no terminaban de llegar todos los invitados, así que decidió subir al segundo piso de la mansión a tomar una copa de vino dulce con doña Catalina, mientras doña Elena, la señora de la casa, atendía los últimos detalles y don Pedro recibía a los invitados.

Debajo de un tapiz flamenco que compartía el muro con un cuadro de la Virgen de Guadalupe, fray Diego comentó a su madre el interés que tenía por ocupar el cargo de rector de la Universidad el año próximo y le pidió que tuviera en cuenta esta inquietud en sus conversaciones durante la recepción. Igual encargo había encomendado a su hermano Pedro y él mismo hablaría también con sus conocidos al respecto. Después de un rato, madre e hijo salieron al pasillo y observaron el patio lleno ya de gente, donde se distinguían entre las largas cabelleras las golas y los escotes cortesanos, algunas casullas monacales y cabezas tonsuradas. Fray Diego localizó dónde

estaba fray Hernando de Sosa, religioso que tenía en sus manos el gobierno de la provincia agustina de México, y hacia allá dirigió sus pasos.

Fray Hernando estaba con su inseparable amigo fray Marcelino de Solís, egresado de la Facultad de Derecho y otro de los candidatos para ocupar la rectoría de la Universidad ese año. El padre De la Cadena los trató con suma deferencia pues a ellos debía el priorato del colegio de San Pablo, aunque la presencia de fray Marcelino le produjo cierta desazón, pues era como ver su propia imagen reflejada en un espejo. Recibió con agrado las felicitaciones por la hermosa ceremonia que habían presenciado y después de conversar sobre los posibles candidatos a la sede archiepiscopal vacante, recibió el ofrecimiento para ocupar uno de los cuatro definitorios de la provincia en el siguiente trienio. Fray Diego sabía que esta era una forma de comprar su retiro de la candidatura para la rectoría, y aunque no le desagradó el trato, pues el cargo de definidor también le daría prestigio, decidió sondear el terreno antes de tomar una decisión.

Al acompañar a sus hermanos de hábito a que tomaran asiento en una de las mesas pasó frente a los lugares de honor, donde ya estaban acomodados los recién casados y sus padres. Saludó a don Diego de Orduña, el abuelo de la novia y alcalde ordinario del Ayuntamiento de la ciudad ese año, a quien no había visto en la misa. Con aparente afabilidad escuchó, sin poner atención, una explicación sobre el manejo de sus haciendas, sobre compras de agostaderos y de potreros y sobre construcciones de trojes, molinos y acequias. Departió con algunos otros parientes y amigos sobre asuntos vanales y finalmente llegó al lugar donde se había sentado el virrey con su familia.

Observó que la marquesa doña Leonor Carreto acercaba su oído a los labios de doña Beatriz de Miranda, viuda del apartador del oro, para recibir el alterado cuchicheo con el que la dama mostraba su indignación por la presencia en mesa tan distinguida del señor Garnica, excomulgado el mes anterior por dar una bofetada a un sacerdote que riñó a su desvergonzado cochero. Mientras tanto, don Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera, charlaba con don Pedro Velázquez de la Cadena y con el alcalde de Corte don Juan de Garnica sobre la necesidad de reunir un ejército para expulsar a los ingleses, que desde enero se habían asentado en las tierras de Tabasco y creaban serios problemas a la navegación del Golfo.

A fray Diego no le interesaron ninguna de las dos conversaciones, pero decidió sentarse en este lugar tan cercano al palacio y encontró una silla vacía junto a la dama de compañía preferida de la virreina, una joven de

16 años llamada Juana de Asbaje. Al religioso le fascinaba la charla amena e ingeniosa de ese portento que tanto asombraba a la Corte por su facilidad para hacer redondillas y por su erudición. La muchacha agradeció a fray Diego los variados elogios que le hizo y recordó los muchos favores que ella debía a los Velázquez de la Cadena, pues don Pedro había ofrecido pagar su dote al convento de las carmelitas descalzas, en donde pronto profesaría. Mientras la escuchaba, el fraile pensó en la situación que orillaba a una mujer hermosa e inteligente como ésta a encerrarse en un convento de vida tan austera. Ser hija bastarda y pobre no permitía por supuesto pensar en un matrimonio, pero podía haber escogido un monasterio menos riguroso. Fray Diego sabía que el padre Núñez de Miranda, su confesor jesuita, estaba detrás de todo y no le había dejado otra opción.

En esos pensamientos andaba cuando comenzaron a llegar a su mesa, traídos por sirvientes vestidos de levita, los platos de cerámica poblana con las primeras viandas y las jarras llenas de diferentes vinos. En una fila interminable pasaron uno detrás de otro los ricos guisos, y dedos y dientes pronto dieron cuenta de ellos. Finos aguamaniles y palanganas y lujosas servilletas de lino empapadas en agua de azahar circularon entre platillo y platillo, en un ininterrumpido rito de purificación ofrecido como intervalo a los placeres de Ceres y de Baco. La gula cabalgó sobre las mesas montada en las salseras, en las bandejas y en las copas de plata; penetró en las insaciables bocas y llenó los abultados vientres y finalmente dejó tras de sí eructos, placidez y somnolencia.

Las conversaciones de sobremesa comenzaron a animarse conforme se hacía la digestión y avanzaba la tarde. A los tópicos comunes sobre el tiempo y las quejas por el calor, la falta de lluvias y las enfermedades, siguieron los chistes y cuentos de variadas tonalidades, sin faltar aquellos sobre la idiotez o la lujuria del príncipe Carlos y sobre sus intenciones de buscar esposa. Encima de los manteles manchados, entre el humo del tabaco producido por hombres y mujeres y al calor de los dulces licores, los grupos comenzaron a formar animadas tertulias. Fray Diego circulaba por el patio y aguzaba su oído para captar las variadas conversaciones. En una esquina, un grupo de damas pasaba atropelladamente de las modas y los trajes de la virreina en la última recepción en Palacio, a los problemas con la servidumbre y las gracias de los perritos falderos. Al ritmo del movimiento de los abanicos, las lenguas femeninas destrozaban reputaciones haciendo gala de su caridad cristiana; con el mismo desparpajo se comentaba la obra teatral representada esa se-

mana en el Coliseo, que los vicios ajenos. Pasaron de los juegos de naipes a los días de campo y a los saraos. "*Vanitas vanitatis*", pensó el fraile y sonrió irónico.

En otro corrillo escuchó a los comerciantes vascos hablar de sus negocios y de sus ganancias, de la crisis que atravesaban el comercio y la minería, de los lugares donde se podía ocultar el grano en tiempos de escasez para que aumentara su precio, de los asaltos del pirata Morgan, de la reciente remesa de artículos de contrabando, de las sinvergüenzadas de los mestizos y de las holgazanerías de los criollos.

Finalmente el religioso se acercó a un corro de nobles terratenientes criollos que escuchaban al conde de Santiago de Calimaya contar por centésima vez la anécdota acaecida entre él y el hijo del impopular virrey Baños, a quien el conde retó a un duelo para desagraviar sus ofensas contra los nacidos en América. Los criollos presentes aprovecharon la ocasión para desahogar sus descontentos exponiendo anécdotas sobre el tema del abuso de poder de algunas autoridades que venían de la Península. Un caballero cercano al Palacio mencionó la sabia política del virrey Mancera, que había tratado de evitar dichos abusos. Pero muy pronto nuevos temas ocuparon la atención: las corridas de toros, la terminación inminente de las bóvedas de la Catedral, las alianzas que se sellarían por medio del compadrazgo, los caballos recién adquiridos, la exuberancia de alguna mulata, la cacería con halcones en Tacubaya, la lentitud con que avanzaban las obras del desagüe por la mucha plata que consumía la armada de Barlovento, protectora de los mares infestados de piratas.

Mientras tanto, habían llegado los músicos y comenzaban a afinar sus instrumentos. Los acordes de los violines, violas y vihuelas se acoplaban con las notas de bajones y flautas y pronto comenzó a sonar la melodía de una alemanda, pieza con la que se abría la suite de danzas en las Cortes europeas. Las parejas comenzaron a acercarse al centro del patio, formaron las hileras y después de las reverencias se entregaron al frenesí del baile. Todos los pasos y danzas de moda se tocaron, desde las antiguas gigas y contradanzas hasta la gallarda portuguesa, la pavana castellana, el saltarello italiano, la zambra árabe y el contrapás catalán. Incluso se bailaron algunos tocotines indígenas y sarabandas y chaconas de los negros.

Fray Diego, al tiempo que se deleitaba con los ritmos, se ponía sus variadas máscaras para hablar con los miembros del claustro universitario y del Cabildo de la ciudad, con el maestrescuela de la Catedral y con algunos fun-

cionarios de la Audiencia, y sondeaba las posibilidades de obtener la rectoría de la Universidad. Al final quedó convencido de que el cargo no sería para él, sino para fray Marcelino de Solís, pero no se desilusionó; sabía que para conseguir ese puesto le faltaba ganar una cátedra en la Universidad. Además tenía ya la promesa para formar parte del definitorio.

Hacía rato ya que había entrado la noche y las antorchas iluminaban el patio, que se veía cada vez con menos gente. Fray Diego, después de despedirse de hermanos y parientes, se fue a las cocinas para dar las buenas noches a su madre, que distribuía lo que quedaba de los guisos después que todos, los sirvientes incluidos, se habían llenado hasta el hartazgo. Mientras mandaba a una muchacha morena que separara las sobras para los mendigos y que colocara la comida en pequeñas ollas de barro para que los invitados se llevaran su itacate, doña Catalina sirvió una taza de chocolate para su hijo y comentó con él sus impresiones de la fiesta. Habló de sus anhelos por tener un nieto que continuara con el apellido de los Velázquez de la Cadena, pues su hijo Pedro no tenía descendencia. Fray Diego la escuchaba con poca atención; la mascarada de ese día llegaba a su fin y, aunque se encontraba satisfecho con lo obtenido, tanta actividad lo había dejado exhausto. Así, con tres grandes sorbos terminó su bebida de cacao y se despidió en breve. Después de besar a su madre en la frente salió con paso lento de la casa de su hermano, precedido por la luz de un farolillo que portaba un sirviente, y se dirigió al convento de San Pablo cubierto con una capa y un sombrero, último disfraz del día. Las autoridades eclesiásticas y civiles tenían prohibido que los clérigos anduvieran por las calles de la ciudad a tan altas horas de la noche y era necesario ocultar la identidad.

6. FRAY JOSEPH SICARDO

Ciudad de México, 11 y 12 de mayo de 1669.

Con pasos firmes y el rostro descompuesto por lo que él denominaba "santa ira", fray Joseph salió del convento de San Agustín después de las primeras oraciones de la tarde, pensando en la situación que acababa de vivir durante la mañana. Una reunión extraordinaria del definitorio, solicitada por el provincial fray Hernando de Sosa, había rechazado la autorización

que los hermanos Sicardo y sus compañeros traían de la reina para reinstaurar la alternativa entre los agustinos novohispanos. De nada valieron la real ejecutoria de Su Majestad ni las letras del general de la orden en las que, con excomunión y censura, ordenaba a la provincia que los recibiese e incorporase en ella para el efecto de la alternativa.

Esta forma de elegir a las autoridades de la orden había sido impuesta a la provincia de México por un breve del papa Urbano VIII en 1627. A partir de esa fecha, el oficio de provincial, que era elegido cada tres años por todos los priores que regían los conventos de la provincia en una reunión o capítulo, recaería un trienio en peninsular y al siguiente en criollo. Igualmente dos de los cuatro definidores y uno de los dos visitadores, que formaban el consejo consultivo de la provincia, debían ser electos entre los nacidos en España. Sin embargo, hacía ocho años que el provincial fray Martín de Peralta había abolido el derecho que tenían los religiosos peninsulares de ocupar el gobierno de la provincia, durante trienios alternativos, con los de los criollos. El pretexto fue que quedaban muy pocos miembros en México de los nacidos en España. La realidad era que el grupo criollo, que gobernaba la provincia como un feudo privado, no permitía la entrada de elementos que pusieran en peligro sus prebendas. Después de varios años un pequeño grupo de reformadores había conseguido que la Corona enviara a fray Joseph y a sus compañeros para restaurar una norma que el Papado autorizara hacía casi cuarenta años.

El joven religioso caminaba rumbo al norte de la ciudad mientras el sol de la tarde otoñal caía sobre las polvosas calles. Era ya pasada la hora *nona* cuando, después de cruzar el puente de Pregoneros, atravesaba la plaza mayor, entre cajones de verduras y puestos de comida, y llegaba al palacio del arzobispo, donde se hizo anunciar ante el clérigo que le abrió la puerta. Ocupaba la sede archiepiscopal desde hacía cinco meses el sevillano fray Payo Enríquez de Ribera, otro agustino reformador que había sido obispo de Guatemala y que a sus 56 años tenía fama de hombre sabio, recto y justo. Fray Joseph ya conocía a Su Ilustrísima desde la visita que él y sus compañeros le hicieran cuatro días antes, cuando, recién llegados de España, todavía no se daban cuenta de la situación grave que se vivía en la provincia.

Ahora iba a ponerlo al tanto de lo que acababa de acontecer en la reunión del definitorio. Fray Payo, vestido con el sayal de su orden, lo recibió con una sonrisa en una de las habitaciones del piso bajo. El rostro del prelado se fue poniendo tenso conforme avanzaba la narración de fray Joseph

y cuando éste terminó, su boca tomó la palabra para explicarle la difícil situación en que se encontraba. Sabía que era fundamental la restauración de la alternativa para poner en orden la provincia (él mismo había sido nombrado por el Consejo de Indias juez especial de la causa hacía más de una década), pero en ese momento estaba con las manos atadas. Desde fines del año anterior, el comisario general de los franciscanos fray Hernando de la Rua había tenido problemas con el obispo de Puebla, al exigir que se devolvieran a su orden las parroquias que 27 años atrás había secularizado don Juan de Palafox y Mendoza. En el conflicto, el virrey marqués de Mancera dio su total apoyo a los frailes, al igual que lo habían hecho sus antecesores desde el siglo XVI. Así, cuando fray Payo llegó a la Nueva España y se puso del lado del prelado poblano, el enfrentamiento con el Palacio fue inmediato. La situación entre el arzobispo y el marqués era delicada y fray Payo no quería aumentar la tensión con un nuevo problema relacionado con el clero regular.

A pesar de la poca ayuda que le podía prestar, fray Payo recomendó a fray Joseph que apelara ante la Audiencia y que fuera a ver a don Juan Ortega y Montañés, inquisidor mayor del Tribunal del Santo Oficio, que estaba al tanto de la situación que vivía la provincia agustina y se interesaba también por su reforma. Él lo podría orientar con mayor seguridad pues conocía mejor la situacion del Virreinato que el recién llegado arzobispo.

Fray Joseph Sicardo salió del palacio episcopal y pasó frente a las puertas de la Catedral. El sol iluminaba con sus últimos rayos la cresta del alto muro sin portadas y el cubo de su única torre inconclusa. Los tonos rosáceos anunciaban que se había hecho tarde y que pronto las campanas de San Agustín llamarían a *vísperas*, por lo que el fraile aceleró el paso. Entró por la portería con el repicar del bronce y llegó al coro en el momento justo en que se iniciaban las oraciones. Se sentó cerca de su hermano y, mientras de su boca salían los cantos de alabanza al Creador, su mente pensaba en la poca observancia que los religiosos criollos tenían de la vida comunitaria. No era raro que varios de los miembros del convento faltaran al coro a alguna de las horas canónicas, pero las ausencias eran mucho más notables para *vísperas* que durante el resto del día. Las tertulias vespertinas, el teatro y cosas peores eran más atractivos para ellos que sus obligaciones monásticas.

Terminadas las obligaciones corales, fray Joseph se dirigió con los otros seis padres peninsulares al refectorio. Juntos llegaban a todos lados y juntos igualmente se sentaban para comer, pues se sentían como aislados y extraños entre sus hermanos criollos. En el comedor la asistencia era aún menor

que la que había para el rezo comunitario ya que muchos frailes salían a cenar fuera, a casa de parientes y amigos. Mientras escuchaba la lectura edificante que un novicio hacía desde el púlpito, fray Joseph pensaba en los religiosos que estaban la mitad del día en saraos y juegos de naipes, olvidados de sus obligaciones conventuales, que salían después del rezo de *nona* y no regresaban hasta muy entrada la noche. Comió rápidamente y pensó que esa bazofia podía ser la razón de tantas ausencias. A pesar de lo poco apetecible de los platillos conventuales, los padres recién llegados de España no tenían posibilidad de elección.

Al acabar la cena, fray Joseph tomó del brazo a su hermano fray Juan Bautista y juntos salieron a pasear por el claustro mayor, mientras lo ponía al tanto de lo que el arzobispo agustino le recomendara. Al poco rato la campana llamó a *completas* y entre los cantos del coro el fraile volvió a meditar sobre la situación que vivían él y sus compañeros. Como las olas del mar sobre la playa, llegaban a su mente obsesionada estas ideas recurrentes alimentadas por la cólera que le ocasionaba la situación del mediodía.

Esa noche, en la celda comunitaria asignada a los frailes peninsulares, el flujo incesante de sus pensamientos impidió a fray Joseph conciliar el sueño y llenó el insomnio con los recuerdos de los últimos meses. Cruzaron por su mente los días de estudiante de Teología en Salamanca y los que pasó como lector en Pamplona. El regreso a su Madrid natal y las remembranzas del anciano comerciante italiano que fue su padre. Detuvo sus pensamientos largamente en esas semanas de estancia en la Corte, un tiempo de intensas vivencias que habían cambiado su destino y que marcaron, a sus 26 años, lo que él llamaba "el camino del Señor".

Recordaba a la perfección el momento en el que se presentaron ante la reina Mariana de Austria, él y su hermano fray Juan Bautista, por ese entonces lector en el colegio de San Gabriel en Valladolid. Llegaron los recuerdos de aquella mañana al final de la primavera de ese mismo año, en el austero salón del palacio donde los recibió la regente del glorioso imperio español, que gobernaba en nombre de su hijo el joven Carlos, bajo la mirada siempre presente del jesuita austriaco Juan Everardo Nithard, su confesor e inseparable amigo. Recordaba la femenina voz que decía haberlos mandado llamar para que se hicieran cargo del restablecimiento de la alternativa en la provincia mexicana de su orden. Era el llamado de Jesucristo para aumentar su gloria y luchar, allende los mares, como soldado de las huestes de Dios contra Satanás.

Pensó entonces en sus compañeros, en los otros cinco frailes castellanos, todos ellos predicadores y maestros insignes, que junto con él y su hermano fueron también asignados a la misión y que ahora dormían a su lado. A ninguno de ellos conocía cuando juntos salieron de la villa y Corte aquel 26 de mayo, día de la Santísima Trinidad, rumbo a Sevilla. En el puerto de Sanlúcar se les unieron otros dos agustinos de la provincia de Andalucía. Ahí también recibieron la noticia del abortado plan que pretendió asesinar a Nithard, detrás del cual, se decía, estaba don Juan de Austria, el hijo bastardo del difunto Felipe IV, a quien se había enviado a Flandes para alejarlo de la Corte. Un importante sector de la nobleza no quería al influyente jesuita y apoyaba en cambio al príncipe don Juan, soldado afamado y ejemplar caballero, por considerarlo el consejero idóneo para los difíciles asuntos del reino.

¡Y el cometa que durante ocho noches permaneció en el firmamento! Él no creía en supercherías, pero incluso sabios y religiosos astrónomos señalaban que la aparición de esos extraños cuerpos celestes eran presagio de calamidades. Y vaya que si las hubo en el ajetreado viaje por mar que los trajo a este reino y que presagiaría las tormentas que ahora pasaban. El navío *San Francisco y San Diego*, donde venía con sus compañeros, varó al salir de la barra de Sanlúcar el día de San Buenaventura y se maltrató tanto que antes de llegar a Puerto Rico amenazó naufragio irremediable. Gracias a Dios venía con ellos el ilustrísimo señor fray Francisco Sarmiento y Luna, religioso agustino que pasaba por obispo de Michoacán y que conocía a fray Joseph. Por su alta dignidad, el prelado fue trasladado con su séquito a la nave del almirante y, a ruegos del obispo, también se recibió en ella a sus hermanos de hábito. La nave averiada fue abandonada con el resto de la tripulación y el pasaje.

Junto al del obispo, el recuerdo dibujó en el muro grisáceo del insomnio otro rostro; era el de fray Antonio Gutiérrez, un sacerdote de 31 años del séquito de Su Ilustrísima el obispo de Michoacán, a quien fray Joseph conocía desde su estancia en el convento de Pamplona y con quien conversó largamente durante los interminables días de travesía. Sus coincidencias en muchos puntos hicieron surgir entre ambos una simpatía inmediata. Destinados a diferentes lugares, se sentían sin embargo unidos por un mismo ideal: la lucha contra el pecado y la búsqueda de la salvación de las almas venciendo al mundo, al demonio y a la carne.

Las primeras luces del alba encontraron al insomne recordando su llegada a Veracruz en una hora similar durante aquel sábado 22 de septiembre.

La sensación que le produjeron la exuberante vegetación, los rostros morenos de la gente del puerto, el calor y los mosquitos. Y después el camino hasta la Ciudad de México, los poblados y paisajes tan cambiantes, la piel de los indios semejante a la de los gitanos, los olores penetrantes y los brillantes colores, tan distintos a los de Castilla, el sabor de la comida y de las extrañas frutas. El toque a *maitines* lo sacó de su camastro. Con un movimiento rápido pasó la mano sobre su cabeza y alisó los cabellos alrededor de la coronilla que marcaba la tonsura. Unos pasos firmes lo llevaron a la puerta de la celda y lo encaminaron al coro, y una vez en él se sentó a esperar la llegada del resto de la comunidad.

De nuevo su mente se hundió en las estrategias de la reforma y mientras en lo exterior observaba la llegada de los otros frailes y cantaba y rezaba los oficios de *laudes*, en su interior ordenaba los datos que tenía sobre la alternativa para la entrevista con el señor inquisidor. El frugal desayuno y el canto de *prima* y *tercia* pasaron para el fraile en ese mismo estado de vida simultánea en el que suelen sumergirse los espíritus obsesionados por una idea. Cuando salía del convento rumbo a su cita, su hermano lo alcanzó y se ofreció a acompañarlo.

Al llegar al palacio del Tribunal del Santo Oficio, los dos frailes se hicieron anunciar por el portero y poco después un ujier los condujo hasta el despacho de don Juan Ortega y Montañés, quien los esperaba sentado detrás de una gran mesa de roble sobre la que se erguía un crucifijo. Se intercambiaron los saludos de rigor mientras fray Joseph observaba el escudo inquisitorial, que estaba en la pared del fondo y que ostentaba el brazo con armadura sosteniendo una cruz de caravaca. Además del escudo, no había otra decoración en el cuarto, salvo una pintura del recién beatificado dominico Pedro de Arbués, inquisidor que en tiempo de los Reyes Católicos fue asesinado por los judaizantes mientras rezaba. Fray Joseph se preguntó si él estaría dispuesto a dar su vida por Cristo como ese mártir de la fe. La respuesta era obviamente afirmativa, pero un sudor frío corrió a lo largo de su espalda.

—¿Que asunto trae a Vuestras Paternidades ante este Santo Tribunal? —inquirió el funcionario, y acto seguido sacó un poco de rapé de una cajita de madera y lo succionó con sus orificios nasales, expulsándolo de inmediato con un discreto estornudo.

—No venimos a ver a Su Eminencia como Inquisidor Mayor de Nueva España, sino como hombre docto y conocedor de los asuntos de este reino —contestó fray Juan Bautista Sicardo y a continuación ambos hermanos

hicieron una breve relación de la situación por la que atravesaban los recién llegados agustinos peninsulares.

Don Juan escuchó atento y cuando acabaron tomó la palabra.

—Conozco demasiado bien la situación de una parte del clero de estas tierras. Han trastocado el cayado de pastor por la piel del lobo y amenazan con devorar el rebaño. En muchos conventos parece gobernar el Demonio y no Cristo y eso lo he podido constatar demasiado a menudo en este cargo en el que Dios me ha puesto. Si supieran Vuestras Paternidades la cantidad de casos de sacerdotes que son denunciados ante este tribunal por solicitar en el confesionario a mujeres, e incluso a varones, para actos torpes. Por otro lado, ya os habréis percatado de la poca obediencia que de las constituciones se tiene en vuestra orden y la falta continua a las obligaciones del coro y del refectorio.

Ambos religiosos asintieron con gesto compungido.

—No tengo tampoco que contaros que los jóvenes frailes, apenas profesos, andan solos por las calles y duele mucho verlos en el corral de las comedias, en los toros y en cuantas fiestas se hacen en las huertas de San Agustín de las Cuevas y en Tacubaya, todo lo cual causa gran escándalo entre la gente de bien; pero es claro que estos muchachos siguen el ejemplo de sus mayores. Y eso de dar el hábito a la escoria de la plebe, mestizos y mulatos, hijos de adulterios conocidos, gente con la que no puede haber observancia religiosa.

De nuevo los hermanos movieron la cabeza afirmativamente y fray Joseph se quedó con la mirada fija en el suelo.

—Yo creí haberlo oído todo cuando un anciano religioso me contó que el virrey duque de Alburquerque tuvo que prohibir en el año de 1654 a los clérigos y frailes que usaran armas, pasearan en compañía de seglares después de las diez de la noche y visitaran casas de juego. Pero, ¡oh satánico dominio! Hace cinco años llegaron noticias a este Santo Tribunal que algo aún más nefasto pasaba en los conventos: el perverso pecado de Sodoma. Por ello solicité a Su Majestad se diese injerencia al Santo Oficio en los casos de ese género que aparecieran dentro de las comunidades conventuales. El Consejo se ha negado a darnos su apoyo.

Profundamente consternados, los dos religiosos levantaron los ojos hacia el gran inquisidor.

—Pero en fin, pasemos al asunto que os trajo. No sé si os habéis percatado en el poco tiempo que lleváis en estas tierras, que uno de los principales problemas que en ellas se sufre es el conflicto entre los españoles nacidos en

Indias a quienes se llama criollos y los que vienen de la Península. Los primeros se quejan de ser excluidos de los cargos rectores en su patria y los segundos tachan a los criollos de flojos e ineptos.

Los oyentes asintieron.

—De ese conflicto no se libran ni el sayal ni el claustro, pero en ellos la situación se ha convertido en escándalo. Cuando los religiosos criollos se apoderaron del gobierno de la provincia por ser mayoría, no solamente excluyeron de él a los peninsulares, sino que han traído también la ambición y la simonía a la clausura, algo que debía estar muy alejado del espíritu en que profesaron. Como sabéis, la alternativa fue instituida a petición de algunos peninsulares doctos y graves que pensaban atajar con ella los abusos y las corruptelas, pero los criollos muy pronto se atrajeron a aquellos religiosos de España que estuvieron dispuestos a secundarlos. Salvo fray Juan Guerrero, que intentó reformar la provincia durante los dos trienios en que ocupó el provincialato, todos los provinciales peninsulares que gobernaron por la alternativa hicieron siempre lo que los criollos les ordenaban. Esto se debió a que eran muy ancianos y a menudo cedían ante las amenazas y violencias de que eran objeto.

Se quedó callado un momento y observó inquisitivo el candelabro que pendía del techo; los continuos sismos que habían asolado la ciudad desde hacía un año lo tenían tenso y pendiente de cualquier sensación de movimiento que percibía. Al ver que su alarma era infundada continuó con su narración, sin comentar nada a sus oyentes.

Durante varios trienios tres criollos contendieron por controlar la provincia: fray Francisco de Mendoza, fray Diego de los Ríos y fray Martín de Peralta. Este último, cuando sus contrincantes habían muerto y casi ya no quedaban peninsulares para alternar, pidió al virrey terminar con el gobierno de los de España basándose en una bula que suspendía la alternativa y que fue conseguida por los criollos con malas artes en 1644. El virrey duque de Alburquerque, que estaba de parte de fray Martín por ser éste pariente de la virreina, reunió una junta de teólogos que resolvió se recurriese al juez competente, que para el caso lo era el arcediano de la Catedral, el doctor don Francisco López de Solís, oidor de Guatemala, quien se hizo clérigo después de enviudar y que era muy amigo de los criollos.

Fray Juan Bautista interrumpió:

—¿Es acaso pariente de fray Marcelino de Solís y Haro, el rector de la Universidad, el que ha sido definidor y prior del convento grande de México?

—Era su padre, ya murió. Él declaró abolida la alternativa y así en el capítulo de 1660 fray Martín de Peralta, con regalos y promesas al virrey y a los oidores, pudo conseguir el cargo de provincial para su sobrino fray Hernando de Sosa, que como sabéis lo es al presente. Él es un buen hombre y no parece tener cabeza para gobierno, ni ánimo para mantener la observancia regular. Mientras vivió su tío se rindió en todo a su voluntad y así, para el siguiente trienio, Peralta volvió a ocupar el provincialato, pero sólo gobernó dos años más pues Dios lo llamó a rendir cuentas. Su sobrino fue nombrado entonces rector provincial por segunda vez. Volvió a ocupar el cargo en el siguiente trienio, que es el actual, y es público que se está preparando para el capítulo del año próximo la elección de fray Marcelino de Solís, amigo y consejero de fray Hernando. Desgracia será para la provincia que la rija este fraile, que cuando ocupó el priorato de Guatemala, gracias a que su padre era oidor, convirtió el claustro en un corral de comedias donde acudían seglares de ambos sexos, amén de otras profanidades indecentes.

Los dos hermanos veían ahora fijamente a don Juan con una mirada que mezclaba el asombro y la indignación.

—¿Pero cómo es posible que estas arbitrariedades sucedan? —preguntó fray Joseph desencajado.

—*Para tener el control de los capítulos y poder elegir a quien mejor conviniera a sus intereses* —explicó el funcionario— *los provinciales criollos desde hace cuarenta años han puesto a la venta los cargos priorales como si estuvieran en almoneda o fueran los oficios públicos que Su Majestad vende al mejor postor. Aquellos que los compran, por fuerza tienen que sacar de las parroquias la renta de lo que han invertido y es claro que esto lo pagan los indios. Así fueron acomodando sujetos en la provincia que lo estaban a su voluntad y como el fin de los principales era mandar y sin tener los votos en el capítulo no lo podían hacer, toleraban en los que habían de votar muchos excesos y faltas. Las rentas y las haciendas de la provincia decaen, la regular observancia no se guarda y los magisterios y presentaturas, que debían ser premios para los mejores, se consiguen con negociaciones y plata ante el generalato en Roma y se conceden a los más ambiciosos, que a veces son los menos aptos.* ¿Podéis ver entonces lo difícil de la situación? No es sólo el provincial el que se enriquece con la venta de los prioratos y las contribuciones que les dan durante el trienio, son también los mismos priores los que salen beneficiados en este negocio. Ninguno querrá soltar sus jugosas rentas. Lo que más consternación me causa es que el mal se extiende como un cáncer a otras órdenes religiosas. El año pasa-

do, el provincial de los dominicos, fray Luis de Orduña, eligió a su sucesor usando de las mismas amenazas y diligencias que se han visto entre los agustinos.

—¿Qué es entonces lo que Su Eminencia nos recomienda hacer? —preguntó fray Juan Bautista, que de los dos hermanos era el que se había mantenido más ecuánime.

—Por lo pronto —sentenció don Juan—, apelar ante la Audiencia para hacer cumplir la real ejecutoria de Su Majestad. Aunque creo que será inútil pues los criollos tienen muchos amigos en el tribunal y a los que no lo son, se les untará con plata. Como todos contribuyen para estos gastos, seguramente el juicio será poco favorable para los religiosos peninsulares. Además, es muy posible que el mismo virrey esté detrás de todo esto y que apoye a los criollos. Pero en fin, no hay peor lucha que la que no se hace.

Los Sicardo agradecieron al inquisidor la relación de los acontecimientos y los consejos; se despidieron de él con una reverencia y salieron consternados del edificio del Tribunal del Santo Oficio.

Como se los recomendó don Juan Ortega y Montañés, lo primero que hicieron fue presentar ante la Audiencia su inconformidad por la actitud del definitorio. El encargado de ver el caso, el fiscal don Gonzalo Suárez de San Martín, sentenció el 22 de octubre contra los recién llegados y a favor de los criollos, y escribió al rey:

"Conviene que los frailes peninsulares vuelvan a los reinos de España, pues no sería justo que estuvieran en éste sin tener a quién obedecer, moviendo pleitos e inquietudes, cuando la dicha provincia se encuentra tan quieta, y más que el capítulo está muy próximo..."

Toda la ciudad comentaba que don Gonzalo y todos los otros funcionarios de la Audiencia habían recibido promesas de prioratos para sus ahijados en el próximo capítulo, y que el mismo marqués de Mancera fue sobornado con algunos regalos.

Mientras tanto, los religiosos peninsulares lograron ganarse las simpatías de algunos criollos reformadores, pero no pudieron enfrentarse a quienes tenían el poder y la riqueza en la provincia. Éstos les hicieron la vida tan difícil, que el 4 de mayo de 1669 tuvieron que salir huyendo del convento de San Agustín de México y pedir asilo a los franciscanos de Santa María la Redonda. Los dirigentes criollos los acusaron de insubordinación e ino-

bediencia grave a la regular observancia, pero ellos se mantuvieron firmes a pesar de las presiones ejercidas por la misma Audiencia.

En el capítulo agustino celebrado el 11 de mayo de 1669, se hizo caso omiso de las órdenes de la Corona y salió electo provincial fray Marcelino de Solís y Haro y un definitorio formado por criollos como él, entre los que se encontraba fray Diego Velázquez de la Cadena. El primer acto del definitorio fue nombrar a fray Jerónimo de la Colina profesor de la Universidad y lector de Teología, para que fuera como procurador de los criollos ante la Corte de Madrid y se adelantara a las acciones que intentaran los Sicardo.

Ante tal situación, los religiosos peninsulares tomaron decisiones drásticas. Fray Juan Bautista marchó a España, acompañado por fray Tomás de León, para presentar ante el Consejo de Indias la situación que se vivía en la provincia agustina del Santísimo Nombre de Jesús de México y para conseguir que fuera enviado un visitador que impusiera el orden y la observancia. Fray Payo les obsequió el pasaje y dinero para el viaje. El resto de los frailes peninsulares se repartieron en diversos lugares de la Nueva España. Aprovecharon que las autoridades civiles y la provincia agustina no se ponían de acuerdo sobre a quién correspondía pagar sus gastos de regreso a la Península.

Fray Joseph Sicardo eligió Michoacán. Ahí, el obispo agustino fray Francisco Sarmiento y Luna y su amigo fray Antonio Gutiérrez le darían asilo y en ese reino podría esperar mejores vientos para llevar a cabo la reforma. De todos modos era necesario, según las constituciones de su orden, que pasaran cuatro años para que pudiera exigir sus derechos a la alternativa. El 23 de junio de 1669 el fraile reformador salía hacia la ciudad de Valladolid lleno de bríos y cargado de esperanzas.

7. PEDRO VELÁZQUEZ

Entre México-Tenochtitlan y Xochimilco, 12 de mayo de 1669.

Cerró la puerta de su gran mansión, volteó hacia el cielo iluminado con la primera luz del día y se subió al palanquín que cargarían dos musculosos esclavos negros. El caballero fue levantado en andas y recorrió así, encubierto por los cortinajes de su sitial, las calles de la ciudad de los españoles que comenzaban a animarse con el bullicio de los mercaderes ambulantes. Baja-

ron hacia el sur por la calle de Monterilla y pronto el bien trazado centro urbano quedó atrás para dar lugar al barrio indígena de San Pablo, con sus casuchas diseminadas desordenadamente entre acequias y terregales alrededor del núcleo conventual y de la parroquia administrados por los agustinos. Por fin llegaron hasta uno de los embarcaderos que había sobre el lago de Chalco, en las inmediaciones del rastro que abastecía de carne a la ciudad y cerca de la garita y de la ermita de San Antonio Abad. El sol apenas empezaba a calentar la laguna.

El rico personaje descendió de su litera y subió con ella y con sus esclavos sobre una embarcación que los esperaba en la orilla. La canoa comenzó a moverse rumbo a las márgenes meridionales al ritmo marcado por los remos que dos indios movían acompasadamente. Arriba de ellos, el cielo sin nubes anunciaba un caluroso día de primavera. Aunque el caballero sabía los inconvenientes de un viaje por agua en estas circunstancias, prefería el suave vaivén de las olas al traqueteo de una carroza, tomando en cuenta su reciente caída del caballo y el dolor que aún atormentaba su cadera. Por otro lado, aunque el asunto que lo llevaba a Xochimilco no era urgente, tenía fuertes motivos sentimentales para solucionarlo lo más pronto posible. Además, aprovecharía el viaje para arreglar algunos negocios.

La barca surcaba lentamente las aguas mientras el poderoso señor, recostado en cojines de terciopelo, admiraba a su izquierda los dos volcanes nevados que surgían atrás de la calzada de Iztapalapa. Sobre este camino construido por los aztecas para comunicar Tenochtitlan con la orilla del sur, marchaban multitudes a pie, a caballo, en literas o en carruajes; el bullicio de la isla parecía extenderse a la calzada y a la superficie del lago, donde decenas de barcazas se dirigían a abastecer los mercados de la capital virreinal de flores, frutas, verduras, muebles, herrerías, cal... Gracias al continuo movimiento de los remos pronto quedaron atrás los islotes que ocupaban la ermita de Natividad y el poblado de Las Ánimas.

Una esmeralda engarzada en un anillo de oro lanzó sus destellos al aire cuando el señor aflojó la gola que oprimía su cuello, mientras en el lago los azules grisáceos se transformaban en índigos pintados por los cambiantes tonos de la luz, por los diferentes niveles de los lechos y por las diversas salinidades disueltas en el espejo líquido. Los fugaces matices se multiplicaban bajo los rayos solares.

El tiempo pasó lento como las aguas bajo la quilla; una hora antes que el sol llegara al cenit, apenas estaban en el entronque donde la calzada se bi-

furcaba en los dos ramales que iban hacia Coyoacan e Iztapalapa. El ambiente era ya tan caluroso que uno de los esclavos tuvo que sostener una sombrilla de palma sobre la cabeza de su amo, mientras el otro lo abanicaba. Pasaron por el estrecho que comunicaba el lago de Tezcoco con el de Xochimilco y avistaron a la derecha el pueblo de Churubusco, rodeado de bosques, y a la izquierda los de Mexicalzingo y Culhuacan. Las verdes algas y los tules daban aquí a las aguas matices turquesa. Por fin, cuando los rayos solares caían perpendiculares sobre la tierra, arribaron a Xochimilco, el lugar de las milpas de flores.

El rico personaje sudaba a mares; los largos cabellos chorreaban sobre la frente gruesas gotas que eran secadas por un pañuelo de algodón, exprimido ya en sucesivas ocasiones, y el traje de terciopelo negro mostraba grandes manchas debajo de las axilas. El agua que ingería de un gran guaje salía expulsada casi de inmediato por sus poros. La barca entró por los canales del poblado, bordeados de las brillantes hojas de los huexotes y de las chinampas llenas de flores, hortalizas y maíz y en breve llegó a los embarcaderos que estaban detrás de la iglesia de los franciscanos. Cuando el señor descendió de la barcaza e hizo bajar su litera, se le veía agotado. Subió de inmediato al palanquín y ordenó a sus esclavos que se encaminasen hacia el barrio de San Agustín.

Mientras llegaba a su destino, recapacitó de nuevo en el asunto que lo traía hasta Xochimilco. Hacía cuatro años había nacido acá un hijo bastardo suyo y venía a verlo cargado de remordimientos y de planes para su futuro. No pudo evitar acordarse de Clara, la sirvienta mestiza que lo había concebido y que fue precipitada en la tumba con su nacimiento. La hermana mayor de la desventurada mujer, que se hizo cargo de ella durante el embarazo, también se había ocupado de criar al niño huérfano durante este tiempo.

La litera atravesó entre casas de herreros, carpinteros, escultores y alfareros, pues Xochimilco era una ciudad de artesanos, y llegó a la capilla dedicada al santo obispo africano. Allí, uno de los esclavos preguntó a una indígena dónde estaba la casa de Juan el carpintero y ella señaló una construcción de adobe con techo de teja y rodeada de flores que se encontraba a un tiro de piedra.

Cuando llegaron a la puerta, el otro negro gritó para llamar a los ocupantes y al poco rato salió una joven de tez morena y mirada inquisitiva; al ver al personaje que bajaba de la litera entró corriendo a llamar a su madre.

Agustina, hermana de la difunta Clara, salió a recibir al recién llegado. En el rostro mestizo surcado de arrugas se dibujó una mueca de enfado al reconocer al que causara la desgracia de su hermana. Con actitud altiva, le preguntó:

—¿Qué desea Su Merced?

—Agustina —contestó el caballero cortesmente—, veo que aún me guardas rencor y no te culpo. Pero aquello es cosa del pasado y espero que Dios me haya perdonado todo el mal que hice a Clara. Ahora quiero remediar de algún modo el daño y para eso vine... Me llevaré a mi hijo a México para que estudie con los agustinos y sirva a Dios Nuestro Señor en el sacerdocio.

Una fuerte tensión en las mandíbulas y un destello de odio en los ojos fueron la respuesta que el duro rostro de la mujer ofreció a su interlocutor. En ese momento apareció detrás de ella Juan, su marido, que lo había escuchado todo, y con una reverencia saludó al caballero. El carpintero nunca había querido al pequeño bastardo y veía con buenos ojos la situación que ahora se presentaba, así que ordenó a su mujer que entrara en la casa y pidió al forastero que pasara al patio posterior. Allí el niño jugaba sentado en la tierra con sus siete primos, todos mayores que él.

Juan, como disculpándose, comentó lo difícil que era mantener una familia numerosa con el trabajo de un artesano mientras señalaba, para demostrar sus esfuerzos, las puertas, ventanas, arcones y canoas que fabricaba. El rico señor sacó una bolsa llena de monedas de plata y la dio al carpintero en pago, dijo, de lo mucho que había hecho por su hijo. Se dirigió después al niño y lo tomó en brazos.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Aún no está bautizado, pero su madre lo iba a llamar Pedro —fue la respuesta del hombre.

Una sonrisa complaciente atravesó por los labios del señor, que salió de inmediato hacia la calle cargando al niño. Éste, que al principio lo miraba asombrado, comenzó a llorar al ver que lo subían en la litera y que lo alejaban de su hogar. Pero el llanto cesó al llegar a la gran plaza que se extendía frente al atrio del conjunto conventual de San Bernardino. Allí, su padre encargó a uno de los esclavos que comprara en el mercado un juguete y comida, puso en la mano del negro unas monedas y se fue hacia la casa del corregidor de la ciudad.

Cuando llegó a la mansión del funcionario español encargado de recolectar los tributos de la Real Hacienda, éste y su familia estaban comiendo.

Por el elevado rango y por los importantes negocios que manejaba el recién llegado, fue recibido y agasajado con prodigalidad. Se le sentó a la cabecera de la mesa, se le sirvió del mejor vino de la casa y se escucharon atentamente sus comentarios sobre los últimos acontecimientos en la capital. Así, mientras comía un potaje de garbanzos, el visitante narró la noticia, llegada esa madrugada, que en España don Juan de Austria había conseguido el envío como embajador a Roma del influyente padre Nithard, alejándolo así de la reina madre. Enseguida, acompañado de unas chuletas de cerdo en salsa verde, contó los pormenores del capítulo agustino celebrado el día anterior y anotó las pugnas que había entre los miembros de esa orden y su hermano de hábito, el arzobispo fray Payo. Finalmente, para los postres, relató la llegada de la Virgen de los Remedios a la Catedral para pedirle lluvias y que aplacase la epidemia de catarro y tabardillo que afectaba desde hacía un mes a la población. Su mujer, refirió, llevaba ya varios días en cama por causa de la enfermedad. El corregidor señaló que era precisamente por el mejor clima que tenía Xochimilco, por lo que él y su familia pasaban en esta casa y no en la de México la época anterior a las lluvias.

Para la sobremesa, que fue breve, el funcionario y su invitado trataron en privado los negocios comerciales y los asuntos administrativos: venta de animales a los indios, controles sobre algunos productos del mercado, cobro y estado de los tributos, administración de los permisos de pesca en el lago. Cuando las campanas conventuales llamaron a *nona*, el rico caballero ya había concluido sus negocios. Después de despedirse salió hacia la plaza a buscar a sus esclavos y a su pequeño hijo para regresar a México. Pasó junto al *tecpancalli*, el edificio sede del gobernador y del cabildo indígenas de la ciudad, y cerca de la picota donde una mujer náhuatl estaba encadenada por adúltera encontró al niño, que jugaba con los dos negros.

Padre e hijo subieron a la litera que los llevó, entre puestos de leña, cal y demás bastimentos, hasta el embarcadero. Al ver que llegaba quien los contrató, los remeros salieron de un tejabán donde se protegían del calor. El caballero y sus acompañantes se acomodaron en la barcaza y emprendieron el regreso a la ciudad de México-Tenochtitlan, navegando sobre las centelleantes escamas que la luz del sol formaba sobre la superficie acuática, convertida ahora en la piel extendida de una serpiente.

El lago de Xochimilco, que momentos antes estaba sin gente, se fue poblando de actividad conforme declinaba el astro rey en el horizonte. En las chinampas de Tepepan y Mexicalzingo, los hortelanos realizaban sus tareas

vespertinas y en las inmediaciones de Churubusco los pescadores sacaban de las aguas dulces el pescado blanco, el *iztacmichin*, con cestas y redes.

El señor paseó su mirada indiferente sobre las márgenes del lago, como quien conoce los lugares desde la infancia; atrás, la mole del Ajusco se delineaba en el horizonte, a su izquierda las cúpulas del colegio de los carmelitas de San Ángel lanzaban al sol el brillo de sus mosaicos. De pronto sus ojos se posaron sobre el niño que, sentado en las piernas de uno de los esclavos, lo preguntaba todo.

—Tiene la mirada y la barbilla de su madre —pensó el señor al ver cómo Pedro abría los ojos asombrado y señalaba con el índice las bandadas de garzas y de patos que cruzaban por el intenso azul del cielo.

Poco después de atravesar el canal que comunicaba los dos lagos, la margen izquierda se encrespaba con una cadena de barrancas labradas por numerosas corrientes de agua. La transparencia del aire y la textura de la luz durante ese trayecto y a esas horas del día, daban una especial brillantez a los bosques desparramados sobre las colinas y entre los desfiladeros. Cuando pasaron frente al poblado de Mixcoac, su iglesia y convento de Santo Domingo, las casas, los obrajes y los molinos eran bañados por una claridad que se diluía desde los amarillos hasta los anaranjados. El sol se ocultó finalmente tras las montañas de Santa Fe y tonalidades rosáceas tiñeron la nieve de los grandes volcanes, mientras los detalles de las cúpulas y de las torres de la capital eran ya distinguibles desde la barca.

Al poco rato el grupo ponía pie en tierra en el mismo lugar por donde saliera en la mañana, aunque con un miembro más, mismo que no había parado de llorar desde la puesta del sol. El caballero subió con el niño a la litera y ésta se comenzó a mover sobre los hombros de los esclavos hacia el interior de la ciudad. Atravesaron por calles solitarias y finalmente, a una orden que la voz del amo dio, los pies de los negros se detuvieron frente a la entrada de una casa cercana a los cimientos de lo que sería con el tiempo la capilla del monasterio femenino de Balvanera.

El señor se apeó y con el niño tomado de la mano entró en el patio de una pobre vecindad. Con paso seguro se dirigió a la puerta de uno de los modestos apartamentos de la planta baja y tocó sobre ella con los nudillos. Una anciana encorvada abrió y como quien ya sabe lo que tiene que hacer, tomó al asombrado pequeño de la mano.

—Acá te lo encargo, Margarita —dijo el amo—; cuídalo como si fuera hijo tuyo. Yo sabré recompensarte con creces.

La mujer inclinó la cabeza, dirigió algunas palabras de despedida al caballero y cerró la puerta.

Ya era entrada la noche y sólo el aullido de los perros interrumpía el silencio. La mortecina luz que el cuarto creciente de la luna derramaba sobre la ciudad acompañó los pensamientos del poderoso señor que, de camino a su mansión, se complacía con las satisfacciones que ese día le había traído. Los negocios con el corregidor ofrecían buenas expectativas y por fin había tranquilizado su conciencia al hacerse cargo del pequeño Pedro.

"Mandaré que sea bautizado este domingo", pensó tocándose las sienes acosadas por un intenso dolor de cabeza.

II. EL LIBRO DE LAS VOCACIONES

1. EL POLÍTICO

Carta de fray Diego Velázquez de la Cadena a fray Jerónimo de la Colina, procurador general de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de México, residente en Madrid.

Hállome deseosísimo de saber de la salud de Vuestra Paternidad y de noticias de sus fortunas, que ha días que me faltan, porque ha mucho que no hay en este reino nueva alguna de esos.

Por acá, las cosas andan muy revueltas a raíz de los pleitos que enfrentan al arzobispo fray Payo de Ribera con el marqués de Mancera, cuyos principios ya se veían desde que salió de este reino Vuestra Paternidad hace dos años, pero que ahora han recrudecido las circunstancias y el paso del tiempo. El señor virrey, que acoge bajo su manto protector a todos los religiosos y apoya siempre nuestras justas demandas, se ha enfrentado a la mala voluntad que el arzobispo nos tiene; las cosas han llegado a ser tan graves qué el marqués amenazó a fray Payo con la expulsión del reino y éste a aquel con la excomunión. Con todo lo sucedido se acrecentaba el odio entre ambos y he aquí que vuestro amigo fray Diego vino a caer, sin quererlo, en el torbellino que ha sido ocasionado por tan encontrados vientos.

Resulta que hará unos meses, el 4 de noviembre del año pasado para ser más exactos, vacó la cátedra de Prima de Teología en la Real y Pontificia Universidad por muerte de su titular, fray Juan de Herrera, religioso mercedario, que era, como recordará Vuestra Paternidad, muy adicto a nuestra orden. Desde que se encontraba enfermo yo me ocupé de sus cursos, y cuando salió a concurso la plaza, me presenté a la oposición. Pero ¡oh desgracia! también lo hizo don Juan de la Peña Butrón, medio racionero de la Santa Iglesia Metropolitana y protegido del arzobispo. En enero de ese año el mismo prebendado había logrado, gracias a los buenos oficios de fray Payo, la cátedra de Vísperas de Teología y poco después la mayordomía del hospital del Amor de Dios.

Cuando se dieron las lecciones para la oposición a la cátedra de Prima, se siguió con todo orden el ceremonial acostumbrado. Se hizo la promesa de pagar los derechos del claustro universitario ante el tesorero bachiller Cris-

tóbal de Plaza y Jaén; un pequeño abrió en tres partes el libro del Maestro de las Sentencias para que de entre ellas fuera seleccionada una para la lección y finalmente los votantes juraron no haber recibido dinero ni regalos de los opositores, ni haber hecho apuestas sobre quién llevaría la cátedra. Hasta ahí las cosas se hicieron con sumo orden y concordia, pero pronto se manifestaron los designios con que fray Payo quiso favorecer a su protegido.

El señor arzobispo y el cabildo asistieron a la lección del racionero, pero faltaron a la mía. Propuse a fray Payo que ya que no quería favorecer mi auto se excusase de intervenir al del racionero, por lo que esta singular demostración podía perjudicar a mi derecho. No lo conseguí, ni que el arzobispo dejase de mostrar su afecto a De la Peña en palabras y acciones; pero con todo y que hubo de su parte algunos sobornos a los votantes, sobre todo a aquellos que eran estudiantes, gané a mi contrincante por un voto.

Don Juan no aceptó la derrota e hizo recusación de la votación alegando que uno de los votos era inválido, el del bachiller Antonio de Ugalde, pues tenía siete días menos que el año requerido para ser votante y era pariente mío. Su Excelencia se puso de mi parte y junto con los oidores de esta Real Audiencia, rechazó tan absurda recusación; consideró que en el cómputo del año en funciones para el votante, se debían contar las vacaciones, y me puso en posesión de mi derecho por auto del 6 de febrero de este año. El rescoldo de las viejas rencillas con el arzobispo amenazó con volverse fuego de nuevo, pero una inesperada y poco discreta actitud de don Juan de la Peña llevó el asunto por otros cauces.

Al conocer el auto proveído por el Real Acuerdo, el racionero lanzó contra mi persona y mi familia una serie de calumnias y exaltó los ánimos de cuarenta estudiantes que, armados y acaudillados por seis o siete clérigos sediciosos, se lanzaron a la calle con injurias y piedras, juntándoseles pronto mucho tumulto de gente, los más mestizos y mulatos. Se perdió el respeto debido al sagrado de las ventanas pretoriales, se intentó violar la puerta del palacio que mira a las escuelas y se procuró dislocar y arrancar una reja para escalarle. Al no lograrlo, se asaltó con fuerza y violencia el edificio de la Universidad, se amenazó al secretario y se despojó al portero de todas las llaves de aulas y capilla. Cuatro o cinco soldados enviados por Su Excelencia pusieron en fuga a la cuadrilla, que se lanzó entonces a apedrear las casas de mi hermano don Pedro y las de los oidores don Juan Miguel de Agurto y don Lope de Sierra y Valdés. El marqués de Mancera tomó las medidas necesarias y envió al arzobispo un billete en que le solicitaba fueran castiga-

dos los clérigos que resultasen culpables; a fray Payo no le quedó otro remedio que cumplir, como máxima autoridad de la justicia eclesiástica, con el deber de castigar a alguno de los provocadores de los desacatos. Como imaginará Vuestra Paternidad el que incitó el motín, don Juan de la Peña Butrón, quedó impune y solamente fueron desterrados de la ciudad un par de años dos de los clérigos sediciosos.

Pronto llegarán al Real Consejo de Indias todos los papeles relativos a la adjudicación de la cátedra y del tumulto provocado por el bachiller Butrón, pues hace dos días ha llegado aviso de Su Majestad, la Reina Mariana, para que se envíen a España los autos respectivos. Si Vuestra Paternidad pudiera, por medio de nuestro procurador en la Corte Juan Pérez de Aller, ver que se me haga justicia y que se ratifiquen los autos hechos a mi favor, os quedaré eternamente agradecido. Por el padre Ramírez de la Compañía de Jesús envío a Vuestra Paternidad alguna plata para los gastos que se ocasionen por estas diligencias.

Sobre el asunto de las alternativas, por acá mucho hemos resentido las multas de mil y dos mil pesos con que fueron castigados el fiscal y los oidores que participaron en los autos contra el maldito Sicardo y sus secuaces. Ha sido un duro golpe para la causa de los criollos, pero todos esperamos que Vuestra Paternidad logre, con sus buenos oficios, estorbar las negociaciones de nuestros enemigos para que haya una visita general a nuestra provincia, pues todos saldríamos en ella muy afectados. Por lo pronto, la provincia se está preparando para el capítulo del año próximo, y todos los pronósticos anuncian que nuestro querido fray Hernando de Sosa saldrá por provincial. Yo, en mi puesto de definidor, lo apoyo incondicionalmente, aunque todavía no estoy muy cierto sobre cuál oficio me dará para el siguiente trienio.

Por otro lado, los asuntos del reino andan sin dificultad, salvo los pleitos que Su Excelencia el virrey ha tenido con el arzobispo y las alarmantes noticias de una conspiración tramada por los negros. Para prevenirla el marqués de Mancera ha creado una compañía de cien hombres armados, con lo que se agrega un gasto más para la defensa, considerando los muchos que se han tenido que hacer contra los piratas que aún habitan las costas de Tabasco. Gracias a Dios el marqués tiene ya controlada la situación y ha sabido enfrentarla con gran acierto, como lo ha hecho con todos los problemas a lo largo de su gobierno. Cuando Vuestra Paternidad tenga ocasión, mencione ante los señores del Consejo de Indias las virtudes y dotes de Su Excelencia el marqués, y las de mi hermano don Pedro, su secretario, que será

nombrado pronto, según esperamos y rogamos a Nuestro Señor, caballero de Santiago.

Por aquellas tierras está el padre Francisco de Florencia, ilustre jesuita criollo amigo mío, si Vuestra Paternidad lo encuentra dele mis parabienes y saludos por su gran labor al dar a conocer los cultos marianos de nuestra amada patria.

No se ofrece decir otra cosa por ahora a Vuestra Paternidad, cuya vida guarde Dios como fervientemente lo deseo. Ciudad de México, septiembre 28 de 1671.

Fray Diego Velázquez de la Cadena. Definidor.

2. LA MONJA

Ciudad de México, domingo 10 de julio de 1672.

Esa noche le había sido difícil conciliar el sueño. Por fin, después de un año de noviciado, llegaba el momento de su profesión religiosa y del pronunciamiento de sus votos. Dos días atrás un representante del arzobispo la examinó sobre sus conocimientos religiosos y le preguntó si entraba al convento por su voluntad. El día anterior la dote de cuatro mil pesos fue pagada por su padre y ahora sólo quedaba dar el sí definitivo.

María del Castillo tenía esa mañana una extraña sensación de vacío, que no era sólo consecuencia del nerviosismo por la ceremonia que se avecinaba. Al hacer los votos su vida quedaría irremediablemente vinculada a esas cuatro paredes que durante el año de prueba la habían cercado y esa era, pensaba, la causa de su desazón. De pronto, como un relámpago pasó por su mente el momento en que don Diego le comunicó que le sería muy grato que tomara el hábito de las concepcionistas en el convento de Jesús María. Su interior recordó esa misma sensación de vacío que ahora tenía y que estaba enraizada en algo que se hundía profundamente en sus más lejanos recuerdos infantiles. El sentimiento de abandono de la niña huérfana, volvía ahora, incomprendido, no asimilado, pero siempre presente. El vacío se convirtió en nostalgia, en añoranza de los días de su juventud, de las calles, de las plazas, de los patios y de los cuartos de su casa; de sus mañanas placen-

teras oyendo el canto de los pájaros. La imagen de las aves en sus jaulas la regresó de nuevo a la sensación de vacío. Mientras besaba su escapulario del Carmen y decía la jaculatoria al ángel guardián que le enseñó don Diego, dos actos que hacía mecánicamente todas las mañanas, María se sumió en un abismo de melancolía.

El repicar de la campana que llamaba a las primeras oraciones de la mañana y el parloteo de sus compañeras en el dormitorio del noviciado la hicieron olvidar sus lúgubres pensamientos. Así, al llegar al coro para las oraciones matinales, María había recuperado algo de su ánimo alegre.

Pasaron las primeras horas de la mañana con las actividades repetidas cotidianamente. Todo parecía indicar que para la comunidad este era un día como otro cualquiera. Pero no lo era para la muchacha huérfana; para ella, la monotonía cotidiana se rompió con la voz de la hermana portera que le avisaba que don Diego del Castillo y doña Elena de la Cruz la esperaban en la portería conventual.

María se aproximó a sus benefactores con la mirada baja y con una reverencia les besó la mano. No quiso ver a ninguno de los dos a los ojos. Mansamente los siguió cuando salieron por la puerta y subieron al coche y, durante el trayecto, contestó con monosílabos las preguntas que le hacía don Diego. No era esto común en ella, de natural parlanchina, pero Castillo comprendió la situación y decidió que era el momento de hacerle el regalo que le tenía. Sacó de la bolsa de su casaca una pequeña caja de madera y se la puso en la mano. Al abrirla, un destello brilló en los ojos de María ante un rosario filipino de cuentas de madreperla, pero sin dejar traslucir su emoción y manteniendo los ojos bajos, dio las gracias. En ese momento el carruaje daba vuelta en la calle de Santo Domingo y se detenía ante un gran portón.

A María se le humedecieron los ojos al llegar a la casa de su infancia y su emoción aumentó cuando, al abrir la puerta, unos pequeños brazos la rodearon del cuello y una boquita infantil le besó el rostro. Francisca tenía ya ocho años y seguía siendo una hermosa niña rubia, algo tímida, pero sumamente afectuosa con quienes amaba. María había sido como una madre para ella y ese año de ausencia fue muy duro, no sólo porque tuvo que hacerse cargo de algunos de los trabajos de la casa, sino también porque sobre ella recayó el cuidado de doña Elena.

Mientras acariciaba el rostro de Francisca, María vio dos caritas que la observaban desde atrás de una de las columnas del patio. En una de ellas reconoció al pequeño Diego con su mirada triste y sus pómulos prominen-

tes. Castillo lo había adoptado poco antes que ella se fuera de novicia y a sus seis años era ya un hombrecito formal que ayudaba en muchas labores domésticas. El otro niño salió de su escondite con desparpajo y se aproximó decidido a la recién llegada diciéndole:

—Me llamo Joseph y tengo cuatro años.

María sonrió y se dio cuenta de que, con ella o sin ella, la vida seguía su curso en aquella casa. Su presencia no era indispensable y su lugar sería ocupado por nuevos huérfanos que don Diego adoptaría en agradecimiento a la Divina Providencia por las riquezas abundantes que ésta le brindaba.

En ese momento salió de la cocina Isabel, secándose las manos en su delantal y llamando a voces a toda la servidumbre para que vinieran a saludar a la niña María, a la cual abrazaba con efusividad.

Fuertes lazos unían a ambas mujeres, María veía en Isabel a una madre, mucho más cercana y cálida que la siempre enferma doña Elena. Isabel, que tendría tan sólo diez años más que María, mostraba hacia ella una profunda simpatía ganada por el buen carácter y la dadivosidad de la muchacha.

Doña Elena de la Cruz interrumpió con unas palmadas la efusiva recepción que las criadas estaban dando a la recién llegada. Con su habitual tono amargo pidió a Isabel y a una esclava mulata que la acompañaran a su habitación para preparar a la futura profesa para la ceremonia. Cuando subían las escaleras sonaron unos golpes en la puerta principal.

Desde su toca negra y sentada en un sillón de brazos, doña Elena dirigió, distante, el rito de vestir a su hijastra. Mientras se palpaba la cabeza, afectada por sus permanentes dolores, la señora seleccionó, señalándolos, los encarrujados, los encajes de Flandes y las ricas sedas orientales bordadas de hilo de oro con que se iba cubriendo el austero hábito que la novicia traía. Se le puso después en la cabeza un tocado de flores en forma de corona y al cuello una cadena de oro, de la que pendía una cruz con esmeraldas, y el rosario de madreperla que le regaló don Diego.

A María esta ceremonia le recordaba sus juegos de adolescente, cuando se engalanaba de terciopelos y satines, y se adornaba con flores. Mientras la vestían, las sirvientas comentaban los acontecimientos más recientes. Isabel contó, con el morbo que siempre ponía en estas narraciones, cómo fueron ajusticiadas a garrote las criadas que habían envenenado a su ama, y describió cómo les habían cortado las manos para clavarlas en la horca de la plaza.

Doña Elena, alterada por la narración, cambió bruscamente de tema mientras se colocaba en la sien unas hojas de ruda.

—En la capilla del colegio de San Ildefonso —dijo quejumbrosa— una imagen de San Francisco Xavier estuvo sudando y los colegiales de los jesuitas la traen en coche y con farol a que visite a los enfermos para curarlos. Ojalá y puedan venir a verme, Isabel.

La sirvienta mestiza respondió sin ponerle atención.

—Sí señora, como Su Merced ordene —y de inmediato pasó a otro tema.

—Está en la ciudad una monja franciscana que ha hecho voto de peregrinar durante 33 años por el mundo. Se hospeda en el convento de Santa Clara y me han contado que de México se irá a Perú y de allí a Filipinas.

"Quién fuera esa monja peregrina", pensó María, "que ha trocado la clausura por el bastón del viajero. Con qué gusto me iría yo a recorrer los caminos."

Después de dar los últimos toques a los pliegues del vestido, Isabel colocó en la mano derecha de la joven una hermosa imagen del niño Jesús, vestida con un trajecito de satín blanco y una diadema de plata. Tomó después un cirio cubierto de flores de papel coloreado y mientras la muchacha lo cogía con su mano izquierda, una pequeña mulata perfumaba con almizcle y estoraque el vestido, la corona y el cirio. La novicia estaba lista para su ceremonia de profesión. Doña Elena le echó un último vistazo al vestido y al tocado con los ojos casi cerrados por el dolor y pidió que la ayudaran a recostarse. Desde su cama lamentó no poder asistir a la ceremonia pues se sentía muy mal.

María hizo una reverencia de despedida hacia doña Elena, quien ya no la veía hundida entre cobijas y almohadas, y se dirigió al pasillo que daba al patio. Al bajar por la escalera vio a don Diego charlando con tres hombres sobre las telas, herramientas y vino que se habían de llevar a vender a los reales mineros. Ella reconoció a dos de esos caballeros, eran Domingo de Liciaga y Joseph de Vilvatua, empleados de don Diego que llevaban los negocios del mercader en San Luis Potosí y en Guanajuato. Pero al tercero no lo conocía. Era un hombre alto y atractivo, de pelo negro y cejas pobladas, que tendría alrededor de cuarenta años. Al verla entrar los cuatro caballeros se pusieron de pie y ella les hizo una reverencia, tan grácil como le permitía el atuendo que llevaba. Don Diego presentó a don Domingo de la Rea, caballero vasco con el que estaba arreglando ciertos negocios; éste dijo algunas frases sobre el arreglo que llevaba la futura profesa. Se hizo un silencio que María aprovechó para despedirse de los caballeros; tras una leve inclinación, se dirigió a la puerta de la casa. Don Diego terminó en breve de hablar sobre préstamos y libranzas que don Domingo debía arreglar y salió poco después.

Sentados en una calesa abierta tirada por dos caballos negros, el mercader y su hijastra se encaminaron al convento de Jesús María. Otras familias ricas acostumbraban hacer este tipo de paseos después de tres días de fiesta, con paso lento, acompañamiento de músicos y una larga comitiva. Pero don Diego era un hombre sobrio que no gustaba de esas fatuas ostentaciones.

Al compás del trote de los caballos, y con la mirada fija en el frente, el señor del Castillo dijo pausadamente:

—Hija, cuando el Consejo de las religiosas aprobó tu ingreso al convento de Jesús María, Dios me dio una gran alegría. Su Majestad tiene este santo lugar bajo su patronazgo y es un gran honor el que se hace a nuestra familia al recibirte en él como religiosa.

Don Diego maldijo para sus adentros a esos mercaderes vascos, sus enemigos en el comercio, que lo acusaban, por ser granadino, de tener sangre de judíos y moros. Con la entrada de María al convento más importante de la ciudad callaba las habladurías y demostraba ser cristiano viejo. Todas esas calumnias, pensaba, no podían ser más que hijas de la envidia, pues sus negocios eran muy prósperos.

—La Divina Providencia —continuó— nos ha favorecido con grandes riquezas, de las que no soy más que un indigno administrador. Por ello he decidido gastar parte de esa fortuna en la reconstrucción de dos conventos, el de los franciscanos descalzos en Churubusco y el de las religiosas de Santa Isabel.

María lo escuchaba atenta, pero no entendía a qué venía todo ese discurso.

—No obstante —agregó—, no puedo olvidarme de mi hija más querida y como se dice, la caridad comienza por casa. Por ello he adquirido para ti una celda privada en el convento, con la venia del señor arzobispo, y una casita adosada a los muros que dan a la calle de la Estampa de Jesús María, de la que podrás obtener alguna renta. Regalaré además a la iglesia conventual un retablo dedicado a Cristo Crucificado y al apóstol Santiago, en agradecimiento por el gran honor que se nos ha hecho.

María estaba sorprendida y agradecida. Con una celda privada podía tener una vida independiente, e incluso la compañía de alguien muy querido. Un rostro le vino a la mente y, antes de meditarlo, su boca ya había hablado.

—¿Podría pedirle a Vuestra Merced que me dé a Isabel para que me ayude y acompañe?

Don Diego sonrió y con una inclinación de cabeza accedió a la petición.

El carruaje dejaba atrás la plaza mayor con su catedral sin portadas y pasaba frente al palacio arzobispal y la Casa de Moneda. María veía a las indíge-

nas cargando sus fardos, a los aguadores que se cruzaban en el camino y a los arrieros con sus mulas. Todos parecían decirle adiós. Nunca más volvería a ver esos muros, esas calles, esos rostros y, cuando pasaba entre el convento de Santa Inés y el hospital del Amor de Dios, con una lágrima se despidió de todo.

El carruaje se detuvo ante las puertas gemelas del templo de Jesús María, don Diego descendió de él y fue hacia la portería conventual para avisar a la comunidad que ya habían llegado. Entró después a la iglesia y se dirigió a una pequeña habitación al lado de la sacristía, donde tres clérigos tomaban chocolate. Uno de ellos, el capellán del convento que se consideraba el anfitrión, le ofreció una silla y una taza de la bebida de cacao; otro, el sacerdote jesuita a quien don Diego había encargado decir el sermón, le hizo algunas preguntas sobre la cofradía del Santísimo Sacramento a la que pertenecía; el tercero, el provisor del arzobispado, interrumpió la charla diciendo que la hora de la ceremonia había llegado.

Mientras tanto María entraba al convento y era recibida por la portera mayor, quien la llevó hasta el coro bajo donde la esperaban todas las religiosas vestidas con sus hábitos de gala, portando cirios en las manos y cantando la Antífona *Veni Sponsa Christi*. La novicia se arrodilló ante la abadesa sor María de San Pedro, que estaba sentada en el centro del coro, y le besó la mano. Su madrina, sor Petronila de San Joseph, comenzó a despojarla de sus galas, al tiempo que las religiosas entonaban el *Te Deum laudamus*. Tomó después unas tijeras y le cortó el cabello hasta la base. Al final la vistió con el hábito de las religiosas concepcionistas. Colocó alrededor de su rostro la toca blanca cubriendo las mejillas, el cuello y la garganta. Puso sobre su pecho y su espalda el escapulario blanco y en sus hombros el manto azul propio de la orden. Ciñó su cintura con una cuerda de cáñamo y colocó sobre su pecho un gran medallón con marco de carey donde estaba pintada la Inmaculada Concepción rodeada de estrellas. María conocía el significado de esos actos: con ellos se despedía del mundo, de la vanidad y del amor propio y era recibida en la comunidad como religiosa.

Después, sor Petronila llevó a María ante la cratícula. Al otro lado de la pequeña ventana que comunicaba el coro bajo con el templo, el provisor, enviado como representante del arzobispo para el acto, recibió el juramento de la profesa de guardar perpetuamente los votos de pobreza, castidad, obediencia y clausura. Al pronunciar las palabras rituales aprendidas de memoria días atrás, María sintió un extraño alivio. En ese momento notó que desaparecían la angustia y la desazón que la habían acompañado du-

rante todo el día. Por fin, llegado el momento culminante, su cuerpo se relajó como si le quitaran un peso de encima.

Sor Petronila tomó a María de la mano y la llevó de nuevo al centro del coro. Allí, se postró boca en tierra mientras las religiosas cantaban la letanía mariana. Cuando las voces femeninas se apagaron, desde atrás del paño negro que cubría la reja, una voz potente y varonil cantó en latín por tres veces: *Veni Sponsa Christi*... Ven esposa de Cristo, recibe la corona que te preparó el Señor desde la eternidad para siempre.

María se incorporó sobre sus rodillas y con los brazos en cruz respondió el canto tantas veces repetido en su memoria:

—Para que traiga conmigo, para guarda de mi cuerpo, al ángel del Señor. Yo he despreciado el reino del mundo y todos los adornos y atavíos del siglo por amor a mi Señor Jesucristo. Esclava soy de Cristo y hago gala del traje servil.

Había pasado casi una hora y aún faltaban los desposorios que unían, de acuerdo con el rito, a la monja con su divino Esposo. Petronila ayudó a María a incorporarse y ambas se dirigieron de nuevo a la cratícula. Allí, de pie, le fue colocado sobre la cabeza y el rostro un velo negro mientras la voz del provisor decía del otro lado:

—El Señor te desnude del hombre viejo con todos sus hechos y te revista del nuevo que fue creado según Dios, en justicia, santidad y verdad.

María respondió lo aprendido:

—Puso el Señor esta insignia o señal en mi rostro para que no arrostre ni admita otro amante fuera de mi divino Esposo.

—Te desposo con Jesucristo —clamó el clérigo—, hijo del Sumo Padre Dios, el cual te guarde indemne de todo mal.

Sor Petronila sacó de las mangas de su hábito una pequeña caja, extrajo de ella un anillo de oro y lo introdujo en uno de los dedos de María. Mientras tanto, una novicia se acercaba con un incensario y esparcía su humo perfumado ante las religiosas. La voz del provisor se escuchó de nuevo:

—Recibe pues el anillo del Espíritu Santo, para que con verdad seas llamada esposa, si le sirvieres fiel y puramente en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dos novicias se aproximaron desde el fondo del coro portando una sencilla corona de flores y una palma que fueron impuestas a la recién profesa.

El provisor terminó su actuación entregando a la nueva esposa a la abadesa, e intimándola a que mirara por ella, pues de ella daría a Dios cuenta.

Sor Petronila, su madrina, tomó de nuevo a María de la mano y la llevó ante la abadesa para ofrecerle obediencia. Arrodillada ante su superiora la recién profesa besó el suelo y, entre los cantos de sus hermanas, se puso de pie para escuchar el sermón.

La joven estaba agotada y sólo esperaba que todo aquello terminase. Pensó en su padre adoptivo, al que no veía pero a quien imaginaba de pie al otro lado de la reja, devoto y atento a lo que se decía. Una profunda tristeza la invadió de nuevo.

—Ven del Líbano, esposa mía... Ven del Líbano y baja a coronarte reina... —con esas palabras dio inicio el padre Antonio Núñez de Miranda su sermón. Aclamado por todos, este jesuita era famoso por sus piezas de oratoria sagrada y por su muy notable capacidad para mover a las almas—. *Profesar una religiosa* —continuó— *es desposarse reina con Cristo, y desposarse reina es entregarse toda, por entero, con todo su ser, cuerpo y alma al Esposo. Es quedar toda de Cristo con todas sus dependencias, quereres y haberes y en nada suya, ni aun en el albedrío, porque toda se ofrece en holocausto por virtud de su profesión. Por el voto de la pobreza, sacrifica los haberes y riquezas y renuncia a su facultad de posesión, incluso de las cosas mínimas útiles para la comodidad o el adorno. Por el voto de la castidad, la religiosa renuncia a todo deleite, aun los decentes del matrimonio, y aun a los más ligeros pensamientos en esta materia, pues todo lo que en una persona seglar es pecado contra el Sexto Mandamiento, en una monja es sacrilegio. Por el voto de obediencia, la religiosa renuncia a su propia voluntad y albedrío, sujetándose enteramente al de sus preladas y superiores y a lo que mandan las reglas y constituciones de la orden. La monja estará a salvo de los ataques demoniacos si se gobierna por obediencia ciega y sincera de sus superiores y padres espirituales. Por el voto de clausura la religiosa ofrece todo su cuerpo y sentidos, los que sepulta vivos entre cuatro paredes para no ver más mundo en toda su vida. Este voto obliga bajo pena de pecado mortal y excomunión a no salir ni ser causa que otra religiosa salga fuera de la clausura, ni que entre persona alguna sin licencia del prelado.*

La plática, subiendo y bajando de tonos como un motete, se dirigió entonces a explicar el significado de los actos que la recién profesa había realizado. María estaba pálida y desencajada.

—*La primera ceremonia* —dijo— *es llevar toda la comunidad con luces en las manos a la profesa como si la acompañaran de entierro, muerta de amor, que se va por su pie a la sepultura, hasta el coro bajo, donde antes de llegar al comulgatorio, que es el tálamo de sus bodas, postrada como muerta, le dicen las*

letanías agonizantes. Cuando profesa, se dice un responso, como ya difunta, para darle a entender y meditar que es la entrada de una tumba a donde llega.

María entendió muy bien la metáfora, de ahí en adelante estaría como muerta, como un cadáver por el que corre la sangre pero que ya no siente. Negros nubarrones cruzaron por su alma mientras los olores mezclados de las flores, del incienso y de la cera le producían una sensación de náusea.

—*Después* —agregó el orador— *vienen la toma de hábito y velo. Con ese amoroso temor sube al tálamo a desposarse con los votos y las promesas, que hace ante su Esposo por manos de su testigo y secretario, diciendo que contrae su desposorio libre y espontáneamente, sin fuerza ni violencia alguna. Acabadas las tres llamadas se le coloca el velo negro, para que sepa esta señora vivir como viuda, como esposa de marido ausente, que sólo se ocupe en llorar y sentir su ausencia. Después se la corona como reina, y se le da una palma en prenda de la virginidad que siempre debe guardar como esposa de Jesucristo y como hija preferida de Dios Padre.*

Esposa de Jesucristo e hija de Dios Padre. Las palabras pronunciadas con fuerza, casi con violencia, entraron a la conciencia de María como si nunca antes las hubiera escuchado. Tener otro padre adoptivo ahora que el suyo la abandonaba. Nunca más volvería a ver a don Diego, quien durante años forjó con su cariño una imagen protectora. Ella debía ahora, a sus 18 años, encontrar un nuevo padre y ese padre, recapacitó, muy bien podía ser Dios.

Las campanas al vuelo que marcaban el final de la ceremonia parecían proclamar la reconciliación de María con el mundo. El malestar que la turbaba desapareció y la alegría inundó de nuevo su interior, reforzada con los abrazos cálidos y los amables besos de sus hermanas, que se acercaban a felicitarla.

Una nueva vida comenzaba para ella. Una vida que, intuía, no debía ser del todo triste, ni parecer la de un cadáver en un sepulcro. Isabel llegaría pronto y eso la hacía feliz.

Después de la solemne ceremonia, la nueva religiosa selló su compromiso escribiendo en el libro de profesiones del convento la siguiente fórmula:

"*Yo, soror María de la Santísima Trinidad, hija de don Diego del Castillo y de doña Elena de la Cruz, vecinos de esta ciudad, de toda mi voluntad y por amor y servicio de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Concepción de su gloriosa Madre, hago voto y prometo a Nuestro Señor Jesucristo y a la bienaventurada Virgen María y a los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo, a*

todos los santos, al señor arzobispo y a todos los ilustrísimos, sus sucesores, de vivir todo el tiempo de mi vida en su obediencia, sin propio, en castidad y en perpetuo encerramiento, guardando la regla de nuestro muy santo padre Julio II de feliz recordación. En fe de lo cual firmo el presente contrato".

3. EL MISÓGINO

Santiago de Compostela, 24 de junio de 1673, día de San Juan Bautista.

—¿Cómo pasó la noche Vuestra Merced?

—Mal, Su Eminencia, en las habitaciones de arriba continuos ruidos me impidieron conciliar el sueño a pesar de venir tan cansado del viaje. Parecía como si un alma en pena estuviera purgando sus culpas por la cantidad de ruidos, lamentos y golpes que se escuchaban.

El cardenal don Antonio Munibe esbozó una sonrisa y respondió:

—No, no tema, que éstas no son obras de muertos sino de vivos. Esas habitaciones son las del canónigo don Francisco de Aguiar y Seijas, hombre de santa vida y ejemplo cuya disciplina sorprende y espanta a quienes le conocemos. Pero dejemos esto y contadme, ¿como dejásteis Madrid?

—Con problemas, como siempre, Su Eminencia.

Don Fernando de Valenzuela hizo una pausa y, después de narrar el incendio de la plaza mayor, que había quedado destruida parcialmente, y de mencionar sus planes para reconstruirla, comenzó a tratar en forma sutil el asunto que lo había traído a Compostela. El pretexto, una piadosa peregrinación para visitar el cuerpo del santo patrono de España y para agradecerle su intercesión en el logro de su recién adquirido título de caballero de Santiago; la razón real, sondear la posición del cardenal respecto a don Juan de Austria, hijo bastardo del difunto Felipe IV, quien ahora era vicario general del reino de Aragón y que pretendía ser el valido de su medio hermano, el inepto príncipe Carlos, para gobernar así sobre toda España.

Don Fernando, que había nacido en Nápoles de padres andaluces, era un hombre de 37 años, de tez morena y mirada penetrante. Conocido en la Corte madrileña como *el Duende de Palacio*, había logrado escalar en el laberinto cortesano y era ahora consejero y valido de la reina Mariana, que fungía como regente por la minoría de edad de su hijo. Valenzuela tenía el apo-

yo del nuevo duque de Medinacelli y era un político que sabía ganar popularidad por todos los medios: control de precios, diversiones públicas, representaciones teatrales.

La reina utilizaba a menudo los servicios del *Duende* y, temerosa del poder que comenzaba a tener el bastardo de su difunto esposo, lo había enviado a Galicia para consolidar su posición atrayéndose el apoyo de don Antonio Munibe, el segundo cardenal de España.

Después de garantizarle todo su apoyo, Su Eminencia acompañó a don Fernando a la puerta de su despacho para mostrarle el camino de la catedral y, al momento de abrir, vio pasar una figura vestida con un jubón de grueso paño pardo. Los brazos cruzados por delante, cubiertos por unas mangas agujeradas por los codos que dejaban ver la camisa, sostenían sobre el vientre un bulto cubierto por el manteo.

—¿Qué lleva ahí don Francisco? —preguntó el cardenal con un dejo de ironía, como quien sabe de antemano la respuesta.

—Pan para mis pobres, Su Eminencia —contestó el interpelado con la mirada baja, como un niño al que su padre hubiera sorprendido haciendo una travesura.

—He aquí a su ánima en pena —dijo el cardenal dirigiéndose a don Fernando, que observaba la escena divertido—. Este es don Francisco de Aguiar y Seijas, canónigo penitenciario de esta santa catedral, un incorregible limosnero. Es tal su caridad para con los pobres que regala aun lo necesario para sí. Yo he ordenado a los mayordomos que reserven algo de sus rentas para su sustento y vestido, por ver si se ponía coto a tan excesiva liberalidad, pero todo es inútil. Ha llegado a tanto que algunas veces regresa a casa medio desnudo, pues regaló el vestido interior a los pobres.

Después, dirigiéndose al canónigo con tono paternal, le amonestó:

—Las calles de Santiago están llenas de falsos peregrinos que no vienen más que a robar y a mentir. Los alemanes, sobre todo, suelen llegar en hatos cada año y se dice que al abandonar sus casas prometen a sus hijas dinero suficiente para pagarles una dote con todas las limosnas que habrán de recoger a lo largo del camino; de suerte que para ellos España es como sus Indias de Castilla. Seleccione Vuestra Paternidad a los pobres a quienes da sus limosnas.

El canónigo, con la mirada baja, respondió que así sería y haciendo una reverencia salió hacia el patio, dirigiéndose a la calle. Cuando se cerró el portón, el cardenal comentó al consejero:

—He ahí un hombre santo que podría ocupar prelacías en España o en Indias. Recomiéndelo Vuestra Merced a la reina.

Don Francisco salió con su talego, el cual pronto se vació consumido por la avidez de los ciegos, tullidos y miserables que esperaban en la puerta su cotidiano sustento.

Una vez desembarazado de su carga se dirigió, como todas las mañanas, a visitar a los enfermos del hospital de San Roque. Salió a la plaza de las platerías y subió por las calles empinadas de la ciudad con la mirada baja, pidiendo a Dios que no se atravesase en su camino mujer alguna y dispuesto a realizar su monotonía cotidiana. De repente y sin darse cuenta se encontró arrastrado por un río de gente que lo empujó hasta la plaza escalonada frente a la iglesia de San Martín. Ahí, en el centro de un espacio que parecía un anfiteatro rodeado de curiosos, una joven se revolcaba en el suelo echando espuma por la boca y gritando blasfemias.

El canónigo se cubrió los oídos, como si de improviso le hubiese dado en ellos un fuerte dolor, y con los ojos entornados por causa de su miopía trató de vislumbrar lo que pasaba.

En esos momentos salía de las puertas del templo un sacerdote y pedía a dos hombres que estaban cerca que detuvieran a la muchacha por brazos y piernas. Cuando la joven quedó inmovilizada, el sacerdote puso sobre ella la estola que traía al cuello y un crucifijo que sacó de su pecho e hizo la señal de la cruz. Con esto las convulsiones aumentaron. Los murmullos de la gente que rezaba se detuvieron para dar paso a exclamaciones de asombro. El clérigo sacó entonces de entre sus vestidos un frasco con agua bendita y la derramó sobre la joven mientras pronunciaba las palabras rituales del exorcismo. Por fin, después de severas contorsiones y agudos gritos, la muchacha quedó inmóvil.

Don Francisco, que había estado absorto ante el insólito espectáculo, volvió en sí y enderezando su cuerpo encorvado por la tensión, dijo una jaculatoria a San Miguel Arcángel, patrono de Galicia, y salió de la plaza velozmente. A cada paso que daba, sus pensamientos regresaban al cuerpo de la joven, a ese cuerpo que se contoneaba y que con sus violentos movimientos dejaba entrever muslos y pechos.

—La mujer es la puerta del infierno —murmuró, al tiempo que movía la cabeza como para despejarla de sus pensamientos. En eso, sintió sobre el hombro una mano que lo hizo voltear.

—Don Joseph —dijo al reconocer el rostro del hombre que lo miraba complaciente—. Bendito sea Dios que lo encuentro. Acabo de ver algo que

me ha alterado sobremanera. La desvergüenza del Maligno no teme ya ni a la luz del día.

Con las manos encrespadas y el rostro alterado, don Francisco contó a su interlocutor lo que había visto. Joseph de Lezamis lo escuchó atento y en su rostro de barba cerrada y pobladas cejas se dibujó una expresión sombría. Él también había pensado a menudo que en los tiempos que corrían el Demonio parecía tener un gran poder. Pero no quería alterar más al canónigo con sus comentarios y para calmarlo dijo:

—Cierto es que el príncipe de las tinieblas tiene poder, pero recuerde Su Paternidad que Dios ha dado más de ese poder a los santos.

Y con gran elocuencia disertó sobre el tema y ennumeró varios ejemplos sacados de la hagiografía en los que los hombres de Dios triunfaban sobre las fuerzas infernales.

Don Francisco quedó muy consolado con las historias e invitó a Lezamis a acompañarlo a la visita del hospital. Ambos clérigos echaron a andar calle arriba y llegaron a San Roque, en donde se ocuparon por casi dos horas en consolar a los moribundos, en limpiar llagas purulentas, en aplicar la reliquia del *lignum crucis* en cancros y tumores y en recomendar paciencia a los enfermos. Hicieron todo esto en el pabellón de los varones y jamás traspasaron el umbral del de las mujeres. Cuando llegó la hora de despedirse, ambos hombres dieron gracias a Dios por tan dichoso encuentro y prometieron seguir frecuentándose.

Cuando don Francisco de Aguiar bajaba hacia la catedral para asistir a los oficios de la hora *sexta*, iba recordando cómo había conocido a Joseph de Lezamis, un joven protegido del cardenal don Antonio Munibe que hacía dos años había llegado de Vizcaya a aprender latinidad. Don Francisco había oído hablar de sus dotes oratorias y sus cualidades morales se le habían hecho patentes con ese encuentro que, según intuía, podía ser el principio de una gran amistad.

Con tales pensamientos llegó a realizar sus obligaciones religiosas. El rezo de *sexta* fue muy conmovedor y Dios lo bendijo dándole abundantes lágrimas. La frugal comida, sin sal y condimentada con cenizas como de costumbre, estuvo sazonada sin embargo con deleites celestiales y arrobos místicos. Pero para la hora de *nona*, el recuerdo de la muchacha endemoniada regresó a su mente y convirtió su estancia en el coro en un infierno.

Al terminar la oración salió apresuradamente y se fue a sus habitaciones. Al llegar a su cama tomó unos cilicios que sobre ella estaban y comenzó a

azotar sus espaldas con furia, mientras pedía perdón a la misericordia divina por sus pecados.

Cuando se dio cuenta de que la tentación había pasado, cesó la rigurosa disciplina y para que los turbios pensamientos no regresaran, se sentó a trabajar un rato sobre una mesa llena de libros que estaba pegada a la ventana. Primero escribió una carta dirigida al jesuita portugués Antonio de Vieyra, a quien admiraba. En ella le daba gracias por el sermón que recientemente le había enviado. Cuando terminó se puso a preparar la lección que debía dar por la tarde en el colegio de Fonseca, en donde era catedrático de Teología Moral. El tema que trataría, el de la castidad, era uno de sus preferidos y se puso a buscar algunas citas para sustentarlo.

Primero tomó un volumen de la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino, y como quien sabe de memoria su contenido encontró la primera cita:

—*Causa 2-2, Cuestión 151, a. 1. Castidad procede de castigo que la razón impone a la concupiscencia domándola como a un niño, como repite Aristóteles.* El pudor consiste en la moderación de los actos que significan, conducen y acompañan al coito, tales como las miradas, besos y caricias. El pudor también se refiere al ornato de las mujeres. La modestia y la austeridad son virtudes que se refieren a los movimientos o actos corporales en orden a prevenir el impulso de la concupiscencia. La continencia consiste en refrenar el ímpetu interior de la pasión que se exacerba por recuerdos, pensamientos o imágenes. Por continencia se entiende la abstención del placer.

Sintió gran satisfacción pues la cita era un mensaje divino para los momentos que estaba pasando. Colocó un trozo de papel para separar la hoja. Ahora necesitaba una cita sobre la virginidad y, buscando, encontró esta:

—Causa 2-2, cuestión 152, a. 5. *La virginidad consagrada a Dios es mejor que la fecundidad carnal.* La virginidad es la mayor de las virtudes, pues son los hombres que no han tenido contacto con mujer los que acompañarán al Cordero el día del Juicio.

Aguiar quedó después de esta lectura como suspendido en una nube de paz. Le vinieron a la mente pasajes de la vida de aquellos santos que desde pequeños habían sido ejemplos de castidad: San Pedro de Luxemburgo, quien hizo voto de virginidad a los seis años; Santa Francisca Romana, que cuando era una niña de brazos lloraba cuando la desnudaban y se cubría las vergüenzas con las manos; San Sisias, quien para hacer penitencia sólo mamaba cada dos días; los nobles San Roberto y Santa Catalina de Suecia, que rechazaban el pecho de las nodrizas que estaban en pecado.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus sublimes pensamientos y lo obligaron a levantarse. Al abrir, un hombre de cara redonda y piel sonrosada le dijo:

—Vuestra Paternidad, es ya hora de ir a su lección.

El canónigo cerró la puerta, colocó los libros que había utilizado en el mismo sitio del que los tomó y acomodó todo sobre su mesa de trabajo con gran minuciosidad.

Como todos los días antes de salir, se arrodilló ante el crucifijo que pendía de una de las paredes e hizo una breve oración. Salió después apresuradamente hacia la calle, pasó a un lado de la plaza del Obradoiro y caminó por la rua de Fonseca. Iba tan metido en sus pensamientos que al torcer la esquina chocó con una mujer ciega, que rodó por el piso impulsada por el golpe. El canónigo se puso frenético y murmurando palabras ininteligibles continuó su camino sin voltear atrás hasta alcanzar la entrada del colegio.

Al llegar al salón de clase estaba descompuesto. Sus alumnos, que lo esperaban ya sentados, notaron un extraño movimiento en su cara, en la que se dibujaba una mueca intermitente producida con la nariz y los labios.

Ante la presencia de sus discípulos, el canónigo se calmó y comenzó la lección. Arrancó con las citas, recitadas de memoria, sobre la virginidad y la castidad que había leído en la *Summa*. Siguió después hablando de la lujuria, el pecado que más enceguece al alma, y de la infelicidad de los que contraen matrimonio, quienes, a pesar de vivir bajo la ley evangélica, pierden la preciosa joya de la pureza.

Clamó escandalizado contra los clérigos que tenían concubinas, esas mulas del diablo. Su pecado de lujuria era más grave que el de los seglares, pues iba contra los votos religiosos; era un pecado de desprecio, como decía Santo Tomás, pues demostraba mayor ingratitud para con Dios y era escándalo para los fieles.

Su auditorio, formado por clérigos, asentía a todo lo dicho, aunque alguno entre ellos recordara en ese momento los brazos de su amada.

—Para vivir en castidad —continuó— es necesario huir de conversaciones y trato con mujeres, esas bestias lascivas, sin control, letales como el veneno, que son la encarnación del mal. *He aquí que la mujer se acerca, dice el proverbio 7, 10, vestida con galas de meretriz para seducir las almas.* Y en efecto, la mujer es la puerta del infierno. El monje Mateo escribía en sus "Lamentaciones" que la mirada de las mujeres es tan mortal como la del basilisco y que son tan banales, habladoras, hipócritas y corrosivas, que pueden destruir has-

ta la carne del hombre. *Vir* remite a virtud mientras que *mulier* habla de molicie. El honor doméstico depende en gran parte de la conducta de las mujeres, el gran peligro es que se abandonen al pecado de la carne al que su temperamento las induce. Por eso, casadas, deben estar sujetas a sus maridos, y viudas o monjas sujetas a los obispos. Como escribe Santo Tomás de Aquino, en la *Suma contra los gentiles*: La mujer, por su naturaleza imperfecta, tiene necesidad del macho, no sólo para engendrar, como los otros animales, sino también para gobernarse, porque el varón es más perfecto por su razón y más fuerte en la virtud.

Conforme iba hablando, su tono iba subiendo. Con los ojos encendidos y las manos crispadas siguió su perorata acerca de los males que las mujeres traían para los varones. Citó a San Agustín diciendo que en el paraíso, el mal había venido porque el deseo penetró esa parte del alma que hubiera debido estar sometida a la razón, como la mujer a su marido. El santo obispo de Hipona deducía de ello que en el día de la resurrección gloriosa, las mujeres tendrían que convertirse en hombres para perfeccionar su estado natural defectuoso. Habló después de Aristóteles, quien acusó a las mujeres de todas las imperfecciones, y de ahí se siguió enumerando sus defectos:

—Las mujeres en su mayoría son caprichosas, volubles, atrevidas y coquetas. La piedad en ellas es con frecuencia fingida y la asistencia a la iglesia un pretexto para satisfacer su vanidad, pues la mayor parte sólo piensan en afeites y adornos. Dichoso es el que puede prescindir de ellas. Dios me ha favorecido mucho en haberme hecho corto de vista, pues con ello me excuso de muchos malos pensamientos no viendo a las mujeres.

En estos momentos la sangre afluyó a su rostro, como si algún oculto deseo quisiera salirle por los poros, y don Francisco se turbó por unos instantes. Pero el ruborizarse del maestro fue interpretado por sus discípulos como un efecto de la enjundia con la que hablaba.

—*La belleza del cuerpo está sólo en la piel* —continuó el canónigo recobrando su seguridad— *pues si los hombres viesen lo que hay debajo de la piel, sentirían asco a la vista de las mujeres*. Odon de Cluny *escribía que su lindeza consiste en mucosidad y sangre, en humedad y bilis. El que considera todo lo que está oculto en las fosas nasales y en la garganta y en el vientre, encuentra por todas partes inmundicias. Y si no podemos tocar con la punta de los dedos una mucosidad o un excremento, ¿cómo podemos sentir deseo de abrazar al odre mismo de los excrementos?*

Algunos de los jóvenes que escuchaban hicieron una mueca de asco ante la vívida descripción. Otros esbozaron una sonrisa recordando la textura de la

piel de alguna muchacha. Con la mirada alterada y un rictus en los labios, don Francisco de Aguiar y Seijas dio por terminada su lección y despidió a sus discípulos.

Durante el trayecto de regreso a la catedral y después, mientras rezaba en el coro las *vísperas* y las *completas*, el canónigo, con las mandíbulas apretadas, siguió mascullando en su mente argumentos sobre la maldad femenina. Con esos mismos pensamientos acompañó la sopa de pan que le sirvió de cena y se fue al dormitorio con su obsesión, pegada a él como su sombra.

Hincado ante el crucifijo no podía concentrarse en la oración, pues a su mente seguían afluyendo textos y argumentos sobre la demoniaca perversión de las mujeres. En eso escuchó un golpe a la puerta seguido de una voz:

—Padre, un muchacho viene a solicitar los santos óleos para un moribundo. ¿Puede Vuestra Paternidad acudir?

Don Francisco abrió la puerta y asintió con la cabeza. Fue hacia la sacristía y de ella tomó el aceite consagrado, el santo viático y la estola litúrgica. Salió de la casa y el muchacho que lo esperaba lo llevó a través de calles solitarias iluminando la obscuridad de la noche con una antorcha. Pasaron la iglesia de San Fructuoso y salieron a descampado cruzando el campo de las Huertas, hasta que llegaron a una pobre choza. Una mujer gimoteaba y mascullaba oraciones de rodillas frente al marido que, tendido sobre una estera y cubierto con una frazada, dejaba ver su rostro escuálido devorado por la enfermedad. El canónigo aproximó al moribundo una vela que alumbraba la habitación desde un cajón, hizo a la mujer una seña para que saliera y comenzó a recitar las palabras rituales de la confesión. Escuchó con indiferencia los pecados del pobre hombre, le dio la absolución, puso en su boca la hostia consagrada y con el aceite bendito le administró el sacramento de la Extremaunción. Cuando estaba terminando las últimas oraciones del rito, un leve estertor en el cuerpo del enfermo le anunció que la muerte había llegado.

Cuando el canónigo salió de la casa pidió al muchacho la antorcha y se marchó sin decir palabra. En el camino de regreso, el impacto de la muerte había ocupado toda su mente con pensamientos sobre la vanidad de las cosas terrenales, haciéndole olvidar a las mujeres. De pronto escuchó en la oscuridad cantos y risas distantes y vislumbró a lo lejos, en medio del campo que estaba al lado del camino, el fulgor de una hoguera.

Conforme se aproximaba, distinguió que las voces eran de mujer y un ciego terror lo invadió; pero como no podía desviarse de la ruta, siguió caminando mientras rezaba oraciones y salmos. Temía sobre todo un encuentro

con las *meigas*, brujas que en la noche de San Juan hacían ritos sacrílegos en los que veneraban a Satanás.

Llegó por fin a la hoguera que iluminaba con sus resplandores los cuerpos semidesnudos de mujeres y hombres que bailaban contorsionándose a su alrededor. Celebraban con risas y cantos, con vino y comida, la noche más breve del año. Uno de los jóvenes descubrió la negra figura del canónigo, que trataba de pasar inadvertido y cruzaba apresuradamente, y le gritó:

—¡Eh tú! ¿A dónde vas tan de prisa?

Fue como la llamada de una campana a la oración. Todos los asistentes a la fiesta voltearon a ver al interpelado y varios de ellos se lanzaron a perseguirlo. Enceguecidos por el alcohol y por las sombras, no cayeron en la cuenta de que el personaje que capturaban estaba revestido de la dignidad sacerdotal. Hombres y mujeres jugaron con él como si fuera un muñeco de trapo; lo empujaron, lo mantearon, le dieron vueltas, lo manosearon. El canónigo gritaba pidiendo ayuda a San Miguel y a los ejércitos celestiales. Con los ojos desorbitados veía las figuras enrojecidas por el fuego de la hoguera como demonios que lo atormentaban. El contacto con manos, brazos y muslos lo quemaba y, como en la más terrible de sus pesadillas, las diablesas lo incitaban con sus lujuriosos cuerpos.

Cuando los jóvenes se cansaron del juego, dejaron al pobre sacerdote en medio del camino como un niño deja la pelota que ya no lo entretiene. Don Francisco se levantó y caminó hacia la ciudad como un fantasma. Su mente estaba en blanco y su mirada perdida.

Los primeros rayos del sol lo encontraron arrodillado frente a la imagen de la Virgen María, coronada de estrellas y pisando la cabeza del dragón. El canónigo había tenido una terrible lucha nocturna con las fuerzas infernales, pero con la ayuda de Dios y de sus santos las había vencido de nuevo. Estaba satisfecho de haber resistido la tentación y con lágrimas abundantes daba gracias a la Inmaculada Concepción por haberlo preservado en la pureza.

4. LA PEREGRINA

Entre Toluca y Chalma, del 28 al 29 de septiembre de 1673.

El fuerte estallido hizo que Antonia se llevara instintivamente ambas manos hacia los oídos y cerrara con fuerza los ojos. Pero al abrirlos, el espec-

táculo de tanta gente reunida y el bullicio que ella producía la regresaban de nuevo a un estado de fascinación que nunca había experimentado.

Es cierto que en las fiestas del *Corpus* y en las demás celebraciones religiosas había gente, cohetes y ruido, pero ahora se trataba de algo distinto. Todo ese movimiento era el inicio de un viaje, de una aventura, de una peregrinación al santuario del Santo Señor de Chalma. Cuando era pequeña ya había estado allí, según le contó su madre, pero de nada se acordaba. En cambio ahora, a los ocho años, su memoria retenía con fruición cada instante y para saciarla, sus grandes ojos del color del cacao se bebían el mundo a tragos. Sus ansias de viajar apenas habían sido colmadas con dos o tres salidas fuera de Toluca. Su padre estaba muy a menudo de viaje, pero nunca la llevaba consigo pues, según decía, el andar los caminos no era para mujeres, y menos para una niña como ella. Así, Antonia guardaba en su memoria como preciados tesoros los recuerdos de su visita a Tlalpujahua, el lugar donde había nacido y la subida al volcán nevado y a la laguna que está sobre él.

Cogida de la mano de su madre, la niña estaba de pie, con su espigado cuerpo erguido y su actitud franca. De pronto, al volver la cabeza para buscar a su hermana María, se le iluminó el rostro con una sonrisa al ver a Juana, la curandera matlatzinca que había llegado también a la peregrinación. La encorvada anciana se acercó a Petronila y a la niña y las saludó, mirándolas con sus negros ojos brillantes. Antonia no la veía desde hacía algún tiempo pero la recordaba con cariño pues cuando iba a visitarlas siempre le llevaba algún regalo.

—¿Cómo se encuentra, Juana? —preguntó Petronila.

—Mal, Su Merced, estuve enferma y... pues son los años, ya estoy muy vieja. Ya me voy a morir.

La niña la miró azorada. La anciana le hizo una caricia tocándole la barbilla como para quitarle cualquier sombrío pensamiento.

En eso pasaron frente a ellas los ancianos que iban a realizar los preparativos para iniciar la peregrinación. Juana tomó a Antonia de la mano y los siguió explicándole que ellos, que eran los que más sabían, guiarían a todos a través de los montes y los valles hasta el santuario. Los ancianos se detuvieron en un cruce de caminos y ahí comenzaron a hacer las bendiciones. Con una candela marcaron la señal de la cruz sobre el suelo hacia los cuatro rumbos del mundo y, mientras recitaban conjuros para pedir un buen viaje, quemaban copal en un sahumerio.

Nuevos estallidos de petardos dieron la señal de la marcha y pronto se formó una larga columna humana. A la cabeza iban los hombres, entre ellos

Joseph, el padre de Antonia y su hermano Jacinto. Los seguían las mujeres llevando los bastimentos. Antonia caminaba tomada de una mano por Petronila y de la otra por María. Juana las seguía apoyándose en un nudoso bastón y masticando hojas de tabaco para aliviar el cansancio.

De vez en cuando, la niña subía a un promontorio para ver a los peregrinos coronados de flores. Juana explicaba:

—Esos que llevan los estandartes de colores son los mayordomos de las capillas; a aquellos, los que portan pebeteros de barro negro donde queman copal, se les llama rezanderos, y estos que se detienen de tramo en tramo para hacer estallar los cohetes son los topiles.

A menudo, al compás del sonido de las campanillas, la niña escuchaba los cantos religiosos en náhuatl, en otomí y en castellano que se oían por doquier y a veces se unía a ellos. Pero la mayor parte del tiempo estaba distraída viendo las grandes flores del maguey o siguiendo el vuelo de los pájaros. De vez en cuando se volteaba hacia su madre o hacia Juana y les preguntaba cosas.

—¿Para qué va toda esta gente en peregrinación? ¿Quién es ese santo con las llaves? ¿Qué árbol es aquel que está solo en medio del campo? ¿Qué fiesta se celebra? ¿Cómo se llama ese pájaro que cruza volando?

Petronila y Juana, y a veces también María, respondían lo mejor que podían. Le contaban que los peregrinos iban cargados de esperanzas y de ofrendas a pedir al Santo Cristo mejores cosechas para el año próximo, o a agradecer las obtenidas en la última temporada. Le explicaban que muchos iban a cumplir mandas, a pagar una promesa hecha a la imagen por haberlos aliviado de una enfermedad, por el socorro obtenido en un aprieto, por librarlos de la muerte en un percance, por haberlos cuidado de los asaltantes del camino. Juana era la que más a menudo contestaba sus preguntas sobre los árboles y los animales. Pinos, robles, encinos, ahuehuetes, conejos, calandrias, cuervos, tlacuaches y mariposas se volvieron personajes de historias maravillosas. Juana hablaba de todos los seres como si fueran personas y los trataba de tíos.

—Hay hombres que conocen el lenguaje de los animales —le decía y la miraba con ese brillo en los ojos que le era tan peculiar. Antonia reía al contemplar a las personas que parecían tener cara de coyote, de gato o de pájaro.

A veces la anciana explicaba a Antonia las propiedades de alguna hierba y le hablaba de la eterna renovación de la naturaleza.

Petronila por su parte enseñaba a su hija los nombres de los santos que los peregrinos cargaban en andas y que representaban a los pueblos y a los barrios. Coronados de flores y cubiertos de ricas telas, acompañados de estandartes y cirios, le parecían a Antonia los muñecos con los que jugaba.

—Aquel con unas llaves es San Pedro y lo lleva el pueblo de Atlapulco. Este es San Francisco, que lleva una calavera sobre su mano llagada... A la cabeza va San Miguel arcángel, cargando su espada y su escudo y pisando la cabeza al dragón, que es el Diablo caído a sus pies. Hoy es la víspera de su fiesta y la peregrinación se hace para honrarlo, pues él es el patrono del santuario adonde vamos.

Por todos lados los devotos colocaban pequeñas cruces de flor de pericón. No iba nadie que no hubiera puesto varias en la puerta y en las ventanas de sus casas y ahora las depositaban en los campos.

Antonia preguntó a Juana para qué servían esas cruces.

—El día de San Miguel —contestó la anciana— el Demonio es soltado para que el santo lo cace. Anda como loco por todos lados y se puede meter en las casas o hacer estropicios en los campos. Por eso hay tantas ventoleras en septiembre. La flor de pericón sirve para espantarlo.

Entre historias y risas, entre cantos y rezos, Antonia y los demás peregrinos pasaron las soleadas y calurosas horas de la mañana. Atravesaron los campos de maíz, con la perpetua presencia del volcán nevado que recortaba su sinuosa cima en el horizonte. Al mediodía, en ese momento en el que ni persona, ni animal, ni cosa hacen sombra, comenzó a soplar un fuerte viento y negros nubarrones se acumularon en el cielo.

Los ancianos que dirigían la peregrinación mandaron hacer un alto para descansar. La gente aprovechó el momento para comer y beber debajo de los árboles, con los que se protegían de un fuerte chubasco que descargaba al cielo de su peso. Joseph y Jacinto se unieron entonces al grupo de mujeres y comieron con ellas algo de lo que traían en sus itacates. Juana, que sacaba de su morral puñitos de pinole que compartía con la niña, le dijo:

—Hay vientos que traen lluvia y hay vientos que traen granizo. Unos bendicen los campos que con el agua nos dan de comer, los otros destruyen las cosechas y siembran hambre. Todo está lleno de espíritus que hacen bien y de espíritus que hacen mal.

Y sacando de su morral una semilla de las que llaman "ojo de venado", se la colocó al cuello agregando:

—Este amuleto te protegerá de aquello que te pueda hacer mal, sobre todo el mal de ojo que causa pesar.

Cuando terminó de llover, el sol se hizo polvo de oro entre los árboles y un fuerte olor salió de la tierra mojada. Joseph se aproximó a su pequeña hija que, acostada sobre la hierba húmeda, veía las cambiantes formas de las nubes. Señalando con el dedo, el hombre le enseñó una que parecía formar un enorme rostro de perfil. Riendo, Antonia gritaba:

—Ahora es un águila... ahora es un árbol —y volteó para darle un beso en la mejilla a su padre, quien la estrechó entre sus brazos.

La voz de los ancianos y las campanillas dieron la señal para reiniciar la marcha. Al salir a cielo abierto, los peregrinos vieron un arco iris sobre ellos que parecía demarcar la puerta hacia otros mundos. La luz del sol caía sobre las hojas húmedas de los árboles dándoles un brillo intenso. Juana se aproximó a un gran árbol y llamó a Antonia para que se acercara a tocarlo.

—Ven y abraza al ahuehuete, al que llamamos el árbol viejo.

La niña extendió sus delgados brazos sobre el tronco, como lo hacía con su padre, y cerró los ojos. La anciana le hizo sentir cómo corría por él la vida y cómo crujían sus entrañas al ser sacudidas sus ramas por el viento. De pronto todos los árboles parecían ancianos que susurraban con sus hojas una plácida charla. Todo a su alrededor comenzó a tener voz, el zumbido de las abejas, el imperceptible murmullo que producían las alas de las mariposas, el trinar de las aves, el soplar del viento.

El fuerte canto de un pájaro hizo voltear a la niña hacia la rama de donde provenía.

—Ése es un cenzontle, el ave de las mil voces —dijo Juana al ver la atención que la niña ponía en el ave y agregó:

—Ese pájaro es tu *tona*.

—¿Qué es un *tona*? —preguntó Antonia.

—Todos tenemos al nacer un *tona*, un animal que nos acompaña y protege durante toda nuestra vida. Cuando el *tona* se nos sale, nuestro cuerpo muere. Cuando eras pequeña y estabas muy enferma yo vi tu *tona* y supe que sanarías, que no ibas a morir.

—¿Qué es la muerte?

La anciana quedó pensativa y por el momento no respondió, pero al poco rato, en una vuelta del camino, un olor nauseabundo a carne podrida les anunció la presencia de la muerte. En una hondonada el cadáver de un burro era devorado por los zopilotes.

—Eso es la muerte —declaró la anciana contundente—. No hay día sin noche, no hay calor sin frío. El señor San Miguel, príncipe de la luz, no puede existir sin Lucifer, señor de la obscuridad. Así como la claridad necesita de las tinieblas, la vida no puede ser sin la muerte. Todo tiene que morir para que todo viva.

Por un rato Antonia anduvo pensativa y se entristeció con la idea de que sus padres, hermanos y amigos podrían morir. Pero al poco tiempo estaba de nuevo riendo y devorando con los ojos la hermosura del campo. La curandera se puso a cortar plantas medicinales mientras murmuraba ensalmos, seguida por la niña que cogía flores y cantaba.

La tarde comenzó a avanzar insinuando la noche y los naranjas y rosas dieron paso a los grises. El cansacio del camino había acallado los cantos y los rezos y los peregrinos avanzaban con pasos lentos y miradas bajas. Por fin, en un gran claro cercano a un manantial, los ancianos guías dieron la señal para descansar. En ese lugar pasarían la noche.

Los hombres fueron a buscar agua y a recoger leña seca y las mujeres sacaron de sus itacates la comida, y las ollas y comales para calentarla. Al rato, las fogatas desprendían ya los olores de los guisos. Las tortillas, los frijoles, los chiles, los tamales, los tlacoyos y las calabazas cocinadas en jitomate circularon por las ávidas manos y entraron en las hambrientas bocas. Tragos de pulque y de agua fueron allá también en su compañía. Los que no llevaban de comer eran convidados en cualquier grupo al que se acercaban; las charlas y los acordes de alguna guitarra despidieron los últimos destellos de luz y dieron la bienvenida a la primera estrella nocturna.

Antonia, acurrucada entre las piernas de su padre, veía fijamente los movimientos del fuego mientras las ranas y los grillos comenzaban su interminable charla con la noche y se oía lejano el ladrido de un perro. La niña viajaba por mundos sin espacio ni tiempo, sumida en una sensación cálida y placentera. De pronto la voz de Juana, que hablaba de la luna recién aparecida, llamó su atención.

—Cuando los señores del Cielo crearon el sol y la luna, los astros no se movían, estaban fijos en el firmamento. Entonces, el señor Quetzalcóatl tomó un conejo que por allí pasaba y lo arrojó, lo estrelló contra la cara de la luna. Con el golpe la luna comenzó a moverse. Vean, la luna tiene un conejo pintado sobre ella.

Joseph, interesado y conocedor del asunto, comentó:

—La luna trae las aguas y hace crecer las plantas y dicen que domina sobre la sangre y sobre los demás flujos del cuerpo.

—La luna también es la puerta de los muertos —agregó Juana mientras señalaba una estrella fugaz que cruzaba el cielo.

—Miren un alma que acaba de dejar su cuerpo —insistió la vieja, acostumbrada a leer el destino de los hombres en el fondo de una vasija y en un cielo estrellado.

Aprovechando el ambiente que había creado la charla, Joseph comenzó a contar la historia de la *Llorona*, una mujer que había perdido a sus hijos y que después de muerta vagaba como un fantasma en las noches de luna llena llorando por ellos. Se contaba que a los caminantes descuidados a quienes se les aparecía, los arrojaba a los precipicios.

Antonia, que escuchaba atemorizada la voz de su padre que salía por encima de ella, comenzó a imaginar en las siluetas de los árboles que veía a lo lejos figuras monstruosas, y a oír, en el crujir de las hojas que alguien pisaba al andar, los pasos de la *Llorona*. La brisa nocturna que soplaba sobre su frente le erizaba la piel y saltando de donde estaba se acurrucó entre los brazos de su madre en busca de protección. Poco a poco el miedo se fue derritiendo como la nieve en el fuego y al calor del regazo materno la niña se quedó dormida.

Cuando comenzaba a clarear, los peregrinos empezaron a levantarse. El viento frío que precede a la salida del sol los encontró llenando sus recipientes de agua y lavándose en el manantial. Antonia se acercó a Juana, que estaba sentada con el rostro hacia el oriente.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Espero que salga el señor que nos da la vida. Ven, siéntate.

Los primeros rayos del sol transformaron la naturaleza en un estallido de luz, colores y sonidos. Antonia escuchó embelesada el canto de los pájaros que saludaban al nuevo día y percibió, junto con él, el murmullo de las oraciones que la anciana pronunciaba en su lengua ancestral. La niña sintió sobre su piel el suave calor y en sus ojos cerrados vislumbró la intensa luz anaranjada, al tiempo que por su nariz penetraba el humo oloroso del copal que Juana quemaba en su rito. La vida se filtraba por todos sus poros y por un rato se entregó a esa dicha simple y sin tiempo que a veces se da en la infancia.

La voz de los ancianos guías, el tronido de los cohetes, los rezos y los cantos marcaron el reinicio de la peregrinación. La niña caminaba cortando flores amarillas y violetas que olía al arrancarlas y que enseñaba a su

madre en el ramo que iba formando. Su inquietud no paraba un instante. Tan pronto se le veía correr junto con María tras una mariposa, como detenerse de improviso a observar la actividad de las hormigas.

Los peregrinos pasaron al lado de un pueblo grande llamado Tenango del Valle y al poco rato se les unió una comitiva de hombres y mujeres con extraños atavíos.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Antonia a Juana, sabiendo que era la única que le podía contestar.

—Son ahuizotes —respondió la anciana— y van a visitar al Señor San Miguel, su patrono. San Miguel es uno de los cuatro señores que rigen el universo.

—¿Y qué hacen? —agregó la niña con su insaciable curiosidad.

—Los ahuizotes son personas que han sobrevivido a un rayo y eso les da poder sobre las lluvias. La gente les llama graniceros, porque detienen el granizo y pueden llamar el agua benéfica. Cuando quieren que llueva, hacen sahumerios entre las milpas y soplan hacia el cielo para invocar a los vientos que traen la lluvia. Cuando quieren detener el granizo arrojan cohetes para espantar a las nubes. Pero no se dejan ver cuando hacen su trabajo. Son tan buenos que hasta los españoles los llaman para que les protejan sus cosechas.

La anciana siguió hablando sobre los curanderos y los hechiceros. Contó de los adivinos de Teotenango, conocedores de los destinos a través del *Tonalpohualli*. Explicó que había magos benéficos que curan las enfermedades y magos maléficos, que soplan sobre la gente el mal de ojo. Narró historias sorprendentes sobre los *nahualli*, brujos que podían transformarse en feroces coyotes y gatos monteses. Relató cómo fue llevada a México acusada de hechicería hacía muchas lunas y lo que sufrió al ser encarcelada y azotada.

Para entonces, la única que la escuchaba era Petronila, pues Antonia se había quedado rezagada metiendo un palo por la boca de una madriguera.

La peregrinación dejó atrás los campos, con sus tallos secos de maíz apilados y sus magueyes, y comenzó a subir hacia las montañas. Al pasar por los desfiladeros, la columna humana se adelgazaba tanto que en algunos pasos estrechos, por donde sólo cabía una persona, parecía una serpiente. Antonia estaba asombrada ante la magnificencia de los muros rocosos y de los umbrosos parajes, pero esto no le impedía jugar con el eco y brincar de una piedra a otra.

El sol no llegaba aún al cenit cuando la peregrinación arribó a Malinalco. En el atrio frente a la iglesia, los romeros hicieron un alto para descansar y abastecerse de agua.

—¿Qué traes en tu morral? —preguntó Antonia al ver que todo lo que Juana encontraba lo metía en él.

La anciana se sentó bajo la sombra de un árbol y sacó de su bolso, ante los ojos curiosos de la niña, cabos de vela, granos de copal, huesecillos, piedritas de diferentes colores y tamaños, insectos disecados, en fin, cosas que protegen de lo desconocido, como los ángeles de la guarda. Le enseñó también las ramas secas del tabaco y del estafiate y las semillas del *ololiuhque*, necesarias en todo viaje pues contrarrestan y repelen las fuerzas malignas. Finalmente, extrajo un saquito de seda roja y le mostró el chupamirto que contenía.

—Este es un remedio para los males de amor.

La niña la miró con ojos de extrañeza y preguntó:

—¿Qué es el amor?

Juana sonrió y pasando su mano sobre la cabeza de la niña le respondió:

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento.

La anciana se puso de pie ayudada por la niña y ambas se incorporaron a la peregrinación que emprendía de nuevo la marcha para recorrer el último tramo del viaje. Dos horas después llegaban al manantial sagrado, el lugar donde todos los peregrinos se bañaban para purificarse antes de subir al santuario. Después de chapotear un rato en el agua, Antonia se sentó a ver los destellos que los rayos solares producían sobre las piedras del fondo del arroyo y jugó con su imagen reflejada en el espejo del agua.

La mano de su madre y una mirada de su padre le dijeron que era ya tiempo de partir y Antonia se reunió con su familia para concluir el peregrinaje. Junto al camino unas personas amontonaban piedras sobre una ofrenda de copal, candelas, madejas de algodón y ramos de pericón y amapola. Juana y los León, coronados con flores frescas, comenzaron el ascenso.

La empinada cuesta los fue llevando hasta el paraje donde se encontraba el santuario. Frente a ellos, una muralla de roca cubierta a tramos por la verde vegetación marcaba el principio de un horizonte montañoso sembrado de cruces, puestas ahí para espantar a los demonios. Abajo, en el fondo de una cañada, el río tronaba con sus caídas de agua y recordaba con su paso lo transitorio de la vida. Al llegar a una pequeña explanada, el grupo se detuvo a contemplar el valle que se abría a sus espaldas y que se extendía hasta terminar en un horizonte dibujado por una cordillera azul. Antonia miró a Jua-

na y la notó muy cansada. Petronila insistió en que descansara un rato más, pero la anciana quiso continuar el ascenso de inmediato.

Por fin llegaron a una explanada que se abría frente a la entrada de una cueva. Había ahí gente que rezaba, que comía y que bebía. Los peregrinos se sentaron a tomar algunos alimentos mientras miraban a un grupo de hombres que danzaban al compás de un tambor. Estaban ataviados con penachos de plumas, con unos taparrabos que cubrían sus caderas y con frutillas secas, que sonaban como cascabeles, atadas a sus tobillos.

Antes de entrar a la cueva, Juana sacó de su morral unas ramas de estafiate que roció con un poco de agua bendita. Con ellas sacudió el cuerpo de todos los miembros de la familia para limpiarlos de los males que se les pudieran haber pegado en el camino y para protegerlos del contacto con lo sagrado.

Al entrar a la cueva, un hombre encorvado de color cenizo y nariz aguileña les dio la bienvenida. Se llamaba fray Juan de San Joseph y era el ermitaño mestizo que cuidaba el santuario de Chalma. Petronila y Joseph se acercaron a él, le besaron la mano y le pidieron que bendijera una vasija y un guaje llenos de agua que después sería usada para curar enfermedades. Él los llevó hasta una oquedad abierta en la roca donde estaba enterrado su maestro fray Bartolomé de Jesús María, el anterior ermitaño, y les habló de su vida y de sus milagros.

Por todo el recinto se escuchaba el murmullo de las oraciones y del llanto y se olía el aroma del copal quemado en los sahumerios de barro. Las paredes de la gruta, lustrosas por la humedad y ennegrecidas por el humo, se iluminaban con la luz de cientos de cirios. Arrimado a un rincón, un indio se azotaba la espalda con un látigo. En el suelo, las ofrendas de los peregrinos daban las gracias por los favores recibidos. Amontonados frente a un altar, estaban las mazorcas de maíz de la primera cosecha, los huacales de fruta, las ollas de pulque, los manojos de chile, las coronas de flores ya marchitas.

Antonia miró hacia el fondo de la cueva y vio la imagen de un Cristo. Al aproximarse observó sus ojos cerrados, sus párpados inflamados, la boca oculta tras la espesa barba y la sangre coagulada y reseca que caía en gruesos hilos por el cuerpo rígido.

—Este es el Santo Señor de Chalma, a quien le debes la salud y a quien vas a ofrecer tu vida —sentenció su madre.

—¿Qué quiere decir con ofrecer mi vida? —pensó la niña mientras la embargaban sentimientos encontrados de compasión y temor. Pero pronto unos murciélagos colgados en una oquedad llamaron más su atención.

—¡Antonia! —la reconvino Petronila—, si no estás con buena disposición ante el Santo Cristo en lugar de premio y ayuda puedes recibir castigo.

La niña bajó la mirada y se puso a rezar mecánicamente un Padre Nuestro. En eso oyó un golpe en el suelo como de alguien que cae y al voltear vio tendida a Juana en el piso. Joseph, Jacinto y otros hombres cargaron a la anciana fuera de la cueva, seguidos por Petronila, por María y por Antonia. La niña miraba compungida el arrugado rostro y aunque el pecho se movía a impulsos de la respiración, ella sentía que la vida de su amiga se escapaba como el agua de una olla quebrada. La obscuridad comenzaba a extenderse por todas partes y un lúgubre ulular se mezcló con el aullido de los perros.

Juana abrió los ojos y dijo pausadamente:

—El canto del tecolote es el anuncio de la muerte.

Entonces la luz que brillaba en su mirada se apagó. La tristeza se fue colando en el alma de Antonia como el viento en una casa vacía. Con los ojos húmedos, volvió el rostro hacia la luna llena que salía por el horizonte y se preguntó si Juana estaría traspasando ya esa puerta.

5. EL VAGO

Ciudad de México, lunes 13 de noviembre de 1673.

El canto de los gallos brincó por las azoteas, penetró por puertas y ventanas y llenó el aire, haciendo competencia al repicar de las campanas que llamaba a *laudes*. Pedro estiró los brazos para desperezarse, retiró de una patada la frazada de lana que lo cubría y de un salto se levantó del petate donde pasaba las noches. Los cuatro años que llevaba viviendo en esa casa no habían sido nada desagradables. Hacía todo lo que le venía en gana y ahora, a sus ocho años, sólo tenía como obligación ir por las tardes a la escuela de primeras letras en el convento de San Sebastián de los agustinos.

Se vistió con un pantalón de manta remetiendo en él la larga camisa con la que dormía, se calzó unas sandalias de cuero y bajó ágilmente los travesaños de la escalera que comunicaba al tapanco con el piso bajo. En la habitación una mujer madura calentaba atole sobre un anafre.

—Buenos días Margarita —saludó el muchacho con rutinaria cordialidad.

—Buenos días Pedro —contestó una boca cercada de arrugas.

En un rincón un hombre sentado en el piso gritó una blasfemia y siguió mordisqueando un pedazo de tortilla.

—Domingo —le dijo Pedro riendo—, tan de buen humor como siempre —y su mano recibió de la mujer un jarro de atole y un tamal que se llevó ávidamente a la boca.

Al terminar el desayuno, Margarita y el niño ayudaron a Domingo a subir a un tablón con cuatro ruedas que le servía como medio de locomoción. Hacía diez años le habían amputado las piernas como consecuencia de una caída en las obras del desagüe y ahora vivía de limosnas. Taciturno, callado y siempre irascible, el hombre pasaba todo el día a las puertas de la recién construida iglesia vecina de Nuestra Señora de Balvanera.

Un golpe en la puerta fue la señal que Pedro esperaba para despedirse y salir. Su amigo Sebastián había llegado a buscarlo. Margarita le dio un gabán para cubrirse, pues la mañana estaba fría y, como todos los días, lo despidió muda con su mirada triste y se puso a barrer la habitación.

Al abrir la puerta, una cara sonriente recibió a Pedro y unos brazos cariñosos se posaron sobre sus hombros. Sebastián era un muchacho mulato de ojos verdes un poco mayor que él y desde que se conocieron tres años atrás, pescando ajolotes en los charcos del barrio de San Pablo, se habían vuelto inseparables.

Caminaron por las calles llenas de hombres y mujeres que cargaban bultos, huacales y canastos. Cruzaron entre jubones, tilmas, huipiles y rebozos y pasaron sus manos acariciando las ancas de caballos y mulas. Se asomaron en los puentes suspendidos sobre las acequias y arrojaron piedrecillas a las canoas que pasaban por debajo con fruta y verdura. Hicieron bromas a los mendigos ciegos apostados a las puertas de las iglesias. Imitaron con burlas los pregones de los vendedores de miel, de petates y de patos. Hicieron huir a pedradas a los perros que les ladraban. Y poco a poco, entre risas y chanzas, fueron dejando atrás las calles empedradas y bien trazadas y comenzaron a caminar entre casuchas dispersas y terregales.

Cuando el sol ya iba muy alto en el cielo, los muchachos se sentaron a las puertas de la iglesia de San Lázaro a descansar. Frente a ellos, en el centro del atrio, sobre un entarimado, un grupo de indios estaba apilando varios montones de ramas secas alrededor de unas estacas.

Los muchachos los estuvieron mirando por un rato, pero se aburrieron pronto. Sebastián, que era muy inquieto, dio un codazo en las costillas a su compañero y le dijo:

—Ven, vamos al cementerio a ver qué encontramos.

Pedro le dio dos leves puñetazos en el brazo; después de propinarle un empujón, Sebastián, perseguido por su amigo, se echó a correr hacia el camposanto del hospital de leprosos.

A pesar de que las puertas estaban cerradas, los muros que rodeaban las tumbas tenían tantas aberturas que los muchachos pudieron entrar fácilmente pasando a través de una gran grieta.

En una de las esquinas, tres perros desenterraban un cadáver y comenzaban su festín. Al verlos, Sebastián y Pedro decidieron tomar la dirección opuesta, pues sabían por experiencia que los perros hambrientos eran peligrosos. Como una parte del cementerio se encontraba empantanada, tuvieron que dar un rodeo hasta que encontraron un área seca. Algunos huesos y calaveras debajo de un árbol atrajeron su atención y Sebastián se puso a recoger falanges y vértebras pensando que a su madre, que era curandera, le serían de utililidad. Pedro, mientras tanto, se quitó el gabán y empezó a tirarle piedras a un nido de pájaros que estaba sobre el árbol.

Unos pasos que se arrastraban los hicieron voltear hacia el muro del hospital y de una figura cubierta de harapos salió el sonido de una campanilla y una voz cavernosa que les dijo:

—Una caridad por el amor de Dios.

Cuando pudieron ver de cerca el rostro del leproso, que tenía un gran orificio en el lugar de la boca y de la nariz, los hizo dar dos pasos atrás.

—Una caridad por el amor de Dios —repitió la voz.

Los muchachos echaron a correr y salieron brincando por una sección desvastada del muro. Mientras huían, Sebastián apretó con fuerza un amuleto que llevaba colgado al cuello y recitó un ensalmo protector. Después de haber recorrido una corta distancia, Pedro se detuvo de pronto y preguntó:

—¿Por qué corremos? Es sólo un leproso.

Ambos rieron y abrazados se dirigieron a la orilla del lago, donde pasaron un buen rato. Con los pies sumergidos en el lodo, rodeados de tules y de juncos, pescaron ajolotes y charales y juntaron huevecillos de mosquito. Después mataron a pedradas algunos pájaros, de esos que los indios llaman chichicuilotes. Todo lo que habían obtenido lo envolvieron en un pañuelo rojo de Palicot y se sentaron a ver la superficie plácida del lago, surcada por el vuelo de las garzas e interrumpida apenas por un peñón lejano. Al fondo, la presencia de los dos volcanes majestuosos invitaba a los niños a imaginar viajes y aventuras más allá de las montañas.

Hacía un buen tiempo que el sol había traspasado el cenit cuando los dos muchachos, empujados por el hambre, se levantaron para emprender el regreso a casa. Sebastián invitó a Pedro a comer en la suya y éste aceptó de inmediato.

Al pasar por San Lázaro, el bullicio de una multitud agrupada en el atrio atrajo su curiosidad. Escucharon primero la voz de un hombre vestido de negro que leía de un papel: "En el obraje de Juan de Ávila en Mixcoac, estos hombres fueron sorprendidos cometiendo el abominable pecado de la sodomía. Por ello se les condena a ser quemados vivos en la plaza pública..."

Siete jóvenes atados a las estacas y rodeados de leña escuchaban la sentencia. Algunos lloraban con los ojos gachos. De pie bajo las gradas, un jesuita con un crucifijo en las manos los miraba fríamente.

Sebastián jaló a Pedro de la manga de la camisa y le hizo con la mano una señal de retirada. No era la primera vez que veía morir a un hombre, en la plaza mayor habían sido ahorcados ese año por lo menos tres individuos; y pese a nunca haber estado en una ejecución por fuego, intuyó que debía tratarse de un espectáculo muy desagradable.

Pedro, a quien también repugnaba observar el dolor, lo siguió obediente. Los dos amigos caminaron un buen rato en silencio hasta que se encontraron con un aguador conocido de Sebastián, que con su desparpajada charla los hizo reír y les ofreció dos jarros de agua. Al despedirse de él, los muchachos tenían otro ánimo y conversando alegremente llegaron a las puertas de un vecindario en el barrio de La Merced.

Los vecinos que estaban en el patio de la casa saludaron a Sebastián y éste, tomando a Pedro por el hombro, lo condujo a unos cuartos al fondo del vecindario. Les abrió la puerta una mulata quien, con un trapo amarrado alrededor de la cara, se quejaba de un tremendo dolor de muelas.

—Buenas tardes, doña Eduviges —dijo Pedro cortésmente.

La mujer respondió al saludo y se fue hacia el anafre donde se cocían los frijoles en una olla. Junto, una negra anciana hacía tortillas.

—Buenas tardes doña Remedios —la saludó Pedro.

—Ya mero está la comida —fue su respuesta, mientras ponía una tortilla sobre el comal.

En tanto la madre y la abuela de Sebastián preparaban los alimentos, Pedro se dedicó a ver el cuarto lleno de curiosidades donde vivía su amigo. Murciélagos y todo tipo de pájaros y roedores disecados colgaban de los muros y de los techos. Por el suelo había ramas secas, manojos de hierbas y

ollas de diferentes tamaños con semillas y líquidos. Sobre un pequeño altar, una vela encendida iluminaba varias estampas de santos pegadas a la pared.

Eduviges llamó a los muchachos a comer y antes de terminar se fue a recostar quejosa en un petate. A la sobremesa, Remedios, con una voz pausada, comenzó a hilvanar sus recuerdos en una charla donde la realidad y la ficción se mezclaban. Recordó sus años de esclava en casa de los judíos portugueses y contó la historia del caballero lusitano don Duarte de Sarraza. El joven, que poseía gran fortuna, había conocido en la Corte a una rica heredera llamada Margarita Jáuregui que estaba al cuidado de su tío, el clérigo Juan de Nava. Él sabía que don Duarte era disipado y mujeriego y se opuso a la relación, pero los amantes no lo obedecieron. Una noche que charlaban, llegó el clérigo encolerizado y los separó. En venganza, esa noche el joven se apostó bajo un puente y cuando el clérigo pasaba le enterró un puñal en la cabeza; temiendo la justicia terrena, dejó de ver por un tiempo a su amada. Pasaron seis meses y decidió regresar a buscarla y estaba dispuesto incluso al rapto si se negaba a ir con él; pero sus intentos fueron fallidos. Se contaba que esa mañana el joven Sarraza apareció cerca del puente estrangulado por un esqueleto que vestía sotana y que tenía un puñal clavado en el cráneo.

Los muchachos escucharon el final de la narración con los ojos muy abiertos y querían seguir oyendo historias, pero el sonido de las campanas que llamaban a *nona* recordaron a Pedro que debía ir a la escuela. Sebastián se ofreció a acompañarlo y ambos salieron de la casa después de despedirse de las dos mujeres.

En el camino, el olor de un perro muerto que se pudría a la orilla de una acequia sirvió a Sebastián para hacer un chiste que fue muy festejado por su amigo. A éste siguieron otros que parecieron a Pedro aún más graciosos y que no lo dejaban parar de reír. Toda la gente que se les atravesaba servía a Sebastián de material para hacer bromas. El zapatero tuerto que martillaba a la puerta de su casa, el limosnero tullido que berreaba pidiendo monedas, la mujer gorda que vendía fritangas... Unos muchachos disfrazados que jugaban a moros y cristianos los hicieron detenerse un momento. Los niños gritaban y fingían pelear con espadas y lanzas de madera, montando en caballitos de palo y cartón.

"Algún día tendré un caballo de verdad", pensó Pedro.

La tarde era espléndida, un sol cálido bañaba con sus rayos las calles y el viento acariciaba refrescante las pieles. Cuando cruzaron la Acequia Real,

varios papalotes que flotaban suspendidos en el aire los hicieron voltear al cielo. Sebastián dijo entonces:

—No vayas a la escuela. Subamos a una azotea a volar papalotes —Pedro se sentía tan contento que aceptó la propuesta.

Después de localizar la casa de donde salían los hilos de tres de los más bellos cometas, Pedro y Sebastián dirigieron hacia ella sus pasos. Era un viejo palacio abandonado al que entraron por la puerta principal, restos de madera carcomida por la polilla en una fachada de filigrana de yesería. Una vez en la azotea, pidieron prestado un papalote azul que estaba tirado en el piso. Su dueño, un muchacho de mirada pícara que volaba una gran cometa amarilla, asintió con la cabeza.

Pedro tomó el juguete en sus manos y lo soltó al viento, que soplaba del norte, aflojando poco a poco su larga cuerda. Después, con abiertas oscilaciones de sus brazos, lo agitó para obligarlo a moverse pero el papalote seguía indolente, detenido en el mismo sitio. Pedro le dio entonces un brusco tirón y el rombo de papel describió un gran arco y luego empezó a subir encontrando su propio viento seguido por su alocada y flexible cauda de trapo. Sostener la cuerda que unía el papalote a la tierra hacía sentir a Pedro poseedor de una gran fuerza. Tenía el poder para someter su voluntad de escapar, pero al mismo tiempo sentía que su ser se fusionaba con el de la cometa en su hermoso vuelo, en sus ansias de libertad.

De repente un cambio de viento hizo dar un brusco giro al papalote, que comenzó a caer en picada. Pedro trató de detener la caída corriendo hacia atrás, pero sólo pudo dar cuatro pasos pues con un crujido el piso se abrió bajo sus pies. Una de las carcomidas vigas de la casa abandonada cedió ante el peso del muchacho y éste cayó al vacío. En fracción de segundos Sebastián, que estaba junto a él, alcanzó a pescarlo de la muñeca y pidió ayuda a los otros tres jóvenes, que lo izaron poniéndolo a salvo. Pedro sintió que sus sienes iban a estallar por el susto, pero la mano de su amigo sobre su hombro y una respiración profunda trajeron poco a poco la calma de nuevo.

La tarde enfriaba pues el sol ya se había ocultado en el horizonte. Pedro recordó hasta entonces que había olvidado su gabán en el cementerio de San Lázaro.

"No importa —pensó—, mi padrino me regalará otro", y bajó por las escaleras de madera siguiendo a los demás muchachos.

La casa estaba toda llena de sombras y los pisos crujían a cada paso. Cuando Pedro y Sebastián se dirigían a la puerta de salida, Benito, uno de

los muchachos, el dueño del papalote azul, los invitó a recorrer las habitaciones. Ambos amigos dudaron si aceptaban o no, pero finalmente, dominando el miedo, se aventuraron por pasillos y cuartos. No había muebles, las telarañas en los muros y el ulular del viento que entraba por las ventanas rotas hacían aún más lúgubre el lugar. Los únicos seres que podían habitar ahí eran los insectos, los cuervos y los murciélagos.

En un amplio recinto que debió servir de sala, los cinco muchachos se sentaron contra la pared y comenzaron a charlar a la luz de un rayo de luna que entraba por la ventana.

—¿De quién sería esta casa? —preguntó una voz gruesa de adolescente.

Sebastián, que conocía la historia escuchada de su abuela cientos de veces, comenzó a narrar.

—Aquí vivieron don Simón Váez Sevilla y su mujer doña Juana Enríquez, que eran judíos de Portugal. Nadie sabía que lo eran hasta que un día los descubrió la Santa Inquisición y los llevaron a la cárcel donde estuvieron presos muchos años. Después los sacaron montados sobre borricos y, medio desnudos, los quemaron en la hoguera. Sus cenizas y las de otros siete que murieron con ellos fueron echadas a la acequia.

—Bien hecho —dijo una voz desde la obscuridad—, los judíos se roban a los niños para matarlos, pisotean los crucifijos y las hostias; son malos.

—Esas son mentiras —aseveró contundente Sebastián—, mi abuela fue esclava en esta casa y dice que sus amos siempre la trataron bien y que todo lo que se cuenta de los judíos son patrañas inventadas por los curas.

La conversación se desvió entonces hacia los aparecidos, fantasmas y almas en pena. Sebastián comenzó a contar la trágica historia de don Duarte de Sarraza, pero no había dicho la primera frase cuando se oyó un graznido en la habitación vecina que provocó una estampida hacia la calle. Afuera, cada grupo tomó su camino. Pedro y Sebastián se despidieron de sus compañeros de aventura y se fueron andando hacia el sur.

En el trayecto comentaron los sucesos del día y rieron de todo lo que había pasado. Se pararon a orinar arrimados a un muro y se despidieron tomando cada uno el rumbo de su casa.

Pedro silbó una tonada que le gustaba mientras llegaba a la puerta del lugar donde vivía. Tocó en ella con el puño cerrado y Margarita lo recibió con una queja.

—¿Qué horas de llegar son éstas muchacho? Ahí te están esperando.

El niño entró en la habitación y vio a un fraile y a un noble señor senta-

dos cerca del fuego, tomando chocolate. Al reconocer a fray Diego, su padrino, se aproximó a él con una sonrisa en los labios.

—¿Qué hace a estas horas por acá Su Merced? —preguntó mientras besaba su mano.

—Venía a buscarte, Pedro, ya que no fuiste a la escuela pensé que acá sí llegarías —le contestó el religioso con tono de regaño.

El niño bajó la mirada, aunque no sintió ningún remordimiento ni se avergonzó de lo que había hecho.

—Este señor es don Pedro; él es mi hermano y tu padre —agregó el fraile secamente.

El muchacho vio al hombre con asombro y titubeó un instante; volteó después a mirar a su padrino como preguntando qué debía hacer. Éste le hizo una seña con la cabeza y Pedro se acercó a besar la mano de quien lo había engendrado.

"Si este señor tan rico es mi padre —pensó—, pronto tendré un caballo."

6. LA MANCEBA

Ciudad de México, domingo 2 de julio de 1674, día de la visitación de la Virgen María a Santa Isabel.

—¿Ya se enteró, Nicolasa, de las últimas nuevas? —llegó gritando sofocada una mujer gorda que vendía tlacoyos en la plaza de Tlaltelolco.

—¿De cuáles Petronila? —preguntó la joven, quien después de mirarla con desinterés siguió arreglándose para salir.

—¿Se acuerda de mi comadre Rosa y de la negra Francisca, a las que ajusticiaron a garrote junto al puente de la leña por haber envenenado a su ama?

Nicolasa hizo una señal de afirmación con la cabeza, un poco harta de su vecina.

—Pues no fueron ellas las asesinas sino el marido, que por irse a España sin la carga de su mujer le dio el veneno y culpó a las criadas. Esto se supo porque en Sevilla fue prendido por el Santo Oficio el tal marido, por judío, y lo confesó todo. ¿Y ahora quién resucita a las muertas? ¿Qué, Onofre no llegó a dormir? Ya anda otra vez en malos pasos...

—Perdóneme, Petronila —interrumpió Nicolasa—, pero voy de prisa; otro día hablamos —y tomándola del brazo, salió con ella de la casa y la despidió.

Aunque ataviada vistosamente, con una falda floreada ceñida a la cintura y una amplia blusa cubierta por una mantilla negra, la joven mestiza caminaba moviéndose con desgano. No era éste el mejor día para salir a la calle, pero había prometido a Ana del Río que la acompañaría a la villa de Guadalupe a cumplir una manda.

Llegó a Peralvillo y se sentó a esperar a su amiga en el quicio de una de las puertas de la aduana del pulque, que por ser domingo estaba cerrada. Cerca de ella, unos arrieros que habían pasado la noche a la intemperie con sus familias y animales, estaban recogiendo su campamento. Frente a sus ojos, cruzaron como sombras las personas y las recuas de mulas cargadas con barriles, huacales y bultos. Nicolasa veía todo lo que pasaba a su alrededor con indiferencia. Una hermosa niña indígena que silbaba con fuerza para arrear una manada de cabras y ovejas atrajo su atención. Al verla pensó: "Más o menos esa edad tendría la hija que..."

La llegada de Ana la interrumpió. La joven indígena, su única amiga, llenó con su presencia el espacio de la calle y la hizo olvidar momentáneamente sus penas.

Ana iba descalza, con un huipil marrón, un morral y un rebozo que le cubría la cabeza y los hombros. Al ver a Nicolasa sus labios dibujaron una sonrisa y, acercándosele, sus brazos la estrecharon. Nicolasa sintió que un calor agradable calentaba su pecho, como los primeros rayos del sol sobre la piel en una mañana fría. Después de preguntarle por la salud de su madre la tomó de la mano.

Sobre la calzada del Tepeyac se fueron caminando las dos mujeres, rodeadas por la laguna.

Con sabor a cobre en la boca, Onofre levantó la cabeza que estaba recargada sobre sus antebrazos y se incorporó. Su mente estaba en blanco, pero conforme iba recobrando la conciencia se fue dando cuenta de que se había quedado dormido sobre la mesa de la taberna.

Junto a él, dos individuos estaban aún inconcientes y Onofre reconoció en ellos a sus amigos Bernabé y Joaquín. Al primero lo quería bien, era un panadero soltero que ganaba buen sueldo y que lo invitaba a menudo a

tomar licor. Al segundo lo conocía poco, sólo sabía que era un indio mixteco que trabajaba en los molinos de Mixcoac. Los despertó con empujones y, tambaleándose, salieron los tres a la calle.

Las campanas de las iglesias llamaban a la primera misa dominical y las personas devotas salían de sus casas para cumplir con su obligación religiosa. El joven mulato se rascó la cabeza y, como quien está acostumbrado a tomar las decisiones del grupo, dijo:

—Vamos a almorzar.

Con paso lento y mirada perdida, los tres hombres caminaron desde la calle de los mesones hasta el Baratillo sin decir palabra. Antes de llegar a la plaza mayor, cerca del Volador, se encontraron con dos conocidos, el *Tuerto* y el *Juanico*, asiduos de las mismas tabernas, quienes se ofrecieron a acompañarlos.

Mientras comían de pie los guisos con tortillas y el atole que les servía una india sentada sobre sus tobillos, los hombres hablaron de amores, de traiciones y de celos. Con picardías contaron sus lances galantes y, gesticulando, narraron sus violentas aventuras callejeras.

Cuando todos estuvieron satisfechos y pagaron lo que habían consumido, uno de los conocidos dijo con acento del norte:

—¿No quieren ir Sus Mercedes a los gallos? —todos asintieron. Después de lavarse la cabeza y la cara en la fuente de la plaza y de persignarse ante las puertas de la Catedral, el grupo se dirigió hacia la parroquia de Santa Catarina.

En el camino Onofre pensaba en su pobreza, en el miserable salario que recibía siempre por sus trabajos. Como peón de albañilería ganaba algo, pero lo habían despedido la semana pasada por emborracharse y ahora estaba desempleado. A tres pesos se reducía toda su hacienda. Estaba harto de ser pobre y soñaba con un cambio de la fortuna. Quizás en los gallos tuviera suerte.

Llegaron por fin a la plaza de Santa Catarina y se metieron por una callejuela. Ante un tendajón cubierto por un techo de tejamanil pidieron se les sirviera pulque. La mujer que atendía se asomó para ver si había guardias en la esquina, porque los días de fiesta sólo se podía expender después del mediodía. Al poco tiempo salió con cinco jícaras llenas de una bebida blanca. Joaquín pidió otra ronda de tepache y Bernabé solicitó una tercera de guarapo o pulque de caña y pagó lo de todos. Con la lengua trabada después de tres cuartillos de alcohol, Joaquín balbuceó:

—Gloria a la reina Mariana, que ha dejado abrir más pulquerías en la ciudad.

—¿Qué significa cuando sueñas que se te caen los dientes? —preguntó Nicolasa preocupada.

—Pues que se ha de morir padre, madre, marido o hermano —respondió Ana con recelo, al tiempo que pasaban por debajo del arco doble que marcaba la mitad de la calzada.

La mano de Nicolasa trazó una rápida y mecánica señal de la cruz sobre su rostro. Al darse cuenta de la turbación de su amiga, Ana agregó como para cambiar de conversación:

—Y si sueñas con toros significa que te has de casar.

Una sonrisa forzada se dibujó en los labios de la joven mestiza y con el dedo índice señaló la iglesia con dos torres que se vislumbraba a lo lejos, en las faldas del cerro del Tepeyac.

Por fin, después de haber andado más de una hora, las mujeres llegaron al último puente de la calzada. Bajo él, unos muchachos se bañaban jugueteando con el agua. Nicolasa los envidió pues estaba agobiada por el intenso calor.

Al cruzar el puente las amigas vieron a varios individuos que habían ido a la villa a vejarse, haciendo penitencias públicas. Unos azotaban sus torsos desnudos con tiras de cuero que terminaban en puntas de metal, otros llevaban su cintura rodeada de espinos o cargaban pencas de nopal que les hacían sangrar el pecho y la espalda. Muchos hombres y mujeres, que avanzaban hincados hacia el santuario, llevaban las rodillas llagadas y llenas de sangre y tierra. Al igual que ellos, Ana y Nicolasa habían ido ahí para cumplir con una promesa y para pedir nuevos favores.

Las amigas llegaron a la puerta del templo y vieron la nave llena de gente que escuchaba el sermón dominical:

—Hoy se celebra el día en que la Virgen María, preñada del divino fruto de nuestra redención, visitó a su prima Santa Isabel, que estaba cercana a dar a luz al que fuera el precursor de Nuestro Señor, San Juan Bautista.

Nicolasa y Ana tomaron agua bendita de una pila, se persignaron y oyeron de pie sermón y misa. Cuando acabó la ceremonia y salió la gente, Ana se hincó y comenzó a caminar sobre sus rodillas hacia el ábside. Cumplía con una manda en agradecimiento a la Virgen de Guadalupe porque había aliviado a Teresa, su madre. Nicolasa iba junto a ella, pensativa.

Al llegar al altar las dos mujeres levantaron la mirada para ver la imagen sagrada, iluminada por la luz de numerosos cirios y lámparas de aceite;

la rodeaban los exvotos de plata que hablaban de sus milagros. Ana comenzó a mascullar una larga cadena de jaculatorias, sacó dos velas que traía en su morral y las encendió y colocó junto con las muchas que había en el piso. Nicolasa observó detenidamente el rostro indígena de la Virgen; su mirada apacible, sus manos cruzadas sobre el pecho y el halo de luz que rodeaba su cuerpo infundieron en ella confianza.

"Madrecita de Guadalupe —rezó con el pensamiento—, tú que todo lo puedes hazme el favor de ayudarme para que acaben mis penas y sufrimientos."

Al salir del templo Ana puso una moneda en la caja de las limosnas y dio otra a un pordiosero cojo que estaba en la puerta. La manda había sido cumplida. Después las amigas se sentaron a comer a la sombra de un árbol. Ana sacó de su morral unas tortillas, un jarro con frijoles y chile y un guaje con agua. Nicolasa compró alguna fruta en un puesto cercano. En el atrio unos hombres con máscaras y trajes de colores bailaban una danza que representaba la lucha entre los moros y los cristianos.

—¡Cieeerren las puertas! —gritó una voz gruesa y potente que se hizo oír sobre el barullo que reinaba en el recinto, mezcla de clamores que ofrecían comida y aguas frescas y de voces que destruían famas y daban noticias. La gente abarrotaba la plaza pues era la última pelea del año. A partir de julio los gallos habrían de mudar su plumaje y no podrían luchar. En el amplio galerón se codeaban clérigos y señores nobles con truhanes, artesanos, lacayos y cocheros; mujeres ricamente vestidas alternaban con vendedoras del mercado.

Habían sido ya pregonadas y recogidas las apuestas, que estaban en manos del depositario sobre la mesa del juez, y el gritón comenzó a vocear el peso de los gallos, el nombre del rancho del que venían y sus motes.

—Pelearaaán el moro contra el carmelo.

Los concurrentes gritaron apoyando a su gallo favorito. Onofre y Bernabé, que habían apostado al moro por recomendación del *Tuerto*, se levantaron de sus asientos y vociferaron varias veces su nombre.

Los despejadores sacaron del redondel a la gente y entraron los soltadores, que cargaban dos hermosos gallos con navajas atadas a sus espolones. Los dos animales fueron enfrentados en el centro antes de liberarlos para probar si serían buenos contrincantes. Este careo mostró que ambos estaban dispuestos a luchar hasta morir. Los gallos fueron colocadas en el suelo

y al principio se quedaron inmóviles, "empalados", como se decía en la jerga del juego. De pronto el carmelo comenzó a moverse de derecha a izquierda y a actuar con coquetería, como si fuera una gallina. Algunos animales, maleados después de varias peleas, utilizaban esta bien conocida treta para descontrolar a su contrincante. El moro, confiado, se acercó a su rival y cuando estaba desprevenido y adormecido con la ilusión, recibió en su cuerpo varias cuchilladas mortales. La plaza se llenó de los gritos de júbilo de los ganadores y de las blasfemias de los perdedores.

Onofre no podía creer lo que veía. Su mente obnubilada por el alcohol le trajo el rostro de Nicolasa. Continuos celos lo hacían imaginarla con otros hombres y la veía engañadora y mentirosa como el carmelo.

"Las mujeres son malas", se repetía, mientras su interior se llenaba de una gran soledad.

Un corredor de apuestas con la cara marcada por una cicatriz lo sacó de sus cavilaciones. Con palabras amables y convincentes, que salían entre el tabaco que mascaba, le aconsejó que en la siguiente pelea apostara a un gallo llamado el colorado. Onofre respondió que así sería y se volvió a hablar con Bernabé para pedirle que lo acompañara afuera a tomar algo.

Frente al tendajón donde se vendía el pulque, los dos amigos desahogaron la frustración por haber perdido la apuesta con dos cuartillos de "sangre de conejo", un pulque mezclado con tuna roja.

Cuando terminaron, dijo Bernabé con los ojos colorados:

—Otro cuartillo, no me hagas la afrenta.

Onofre aceptó y sacó el peso que le quedaba para pagar. Pero su amigo se adelantó y depositó varias monedas en la mano de la mujer que les había servido.

—Hoy por ti y mañana por mí —comentó alegre—; ¿qué no estamos obligados a ayudar al prójimo?

Y chocando las jícaras brindaron por su salud.

—Subamos a la capilla del cerrito —dijo Nicolasa como para huir de sus negros pensamientos. Desde la mañana estaba buscando la ocasión de contarle a su amiga lo que le pasaba, pero no había encontrado el momento.

Comenzaron el ascenso por unas escaleras improvisadas labradas en la tierra de la ladera, a espaldas de la iglesia mayor. Al llegar a la cumbre entraron a la ermita terminada hacía seis años por la devoción del maestro

panadero Cristóbal de Aguirre. Según la leyenda, ese era el lugar donde la Virgen se había aparecido al indio Juan Diego y le había mandado recoger unas rosas, nacidas en pleno invierno, y llevarlas al incrédulo arzobispo franciscano Zumárraga en prueba del milagro. Cuando el indio se presentó ante el fraile, las rosas habían plasmado en su tilma la imagen que se veneraba en el santuario.

Las dos mujeres se arrodillaron ante una escultura del arcángel San Miguel, que estaba en el altar de la ermita, y después de recitar algunas oraciones salieron al atrio. Desde lo alto del cerro, la vista de la ciudad en medio de la laguna y la presencia de los volcanes llenaron a Nicolasa de cierto optimismo. Estuvo un rato contemplando a las personas que, a sus pies, llegaban al santuario y que desde arriba se veían como pequeñas hormigas. Unas nubes negras que se avecinaban por el poniente anunciando lluvia, dijeron a las mujeres que era hora de bajar.

Mientras descendían, Ana comenzó a contar que Tomás, un zapatero que vivía en su barrio, la buscaba requiriéndola de amores. Nicolasa le aconsejó que desconfiara de los hombres y esto le sirvió de pie para hablar de Onofre.

—Anoche no llegó a dormir —dijo— y antes de marcharse ayer tarde me golpeó; sus celos de siempre, ¿sabes?

Un llanto incontenible la obligó a detenerse un momento. Con suavidad, Ana le pasó el brazo sobre los hombros y la consoló. La salida de las lágrimas alivió el lastimoso ánimo de la muchacha que, retomando el camino de bajada, siguió contando:

—Pero ahí no acaba todo; Petronila, mi vecina, me vino a decir anoche que había visto a Onofre con otra mujer —y al decir esta palabra sintió que su pecho se llenaba de rabia—. Y el desgraciado me cela a mí —agregó remarcando esta frase con el puño en alto, embargada por la impotencia.

—Pero ¿lo quieres? —preguntó Ana con una voz tenue, como para tranquilizar a su compañera.

—Sí, lo peor es que lo quiero.

La hija de la partera le dio entonces un remedio para recuperar el amor de su hombre. Le aconsejó perforar el cascarón de un huevo con una paja y colocar adentro unos cabellos de Onofre. Después debía enterrarlo donde él orinaba y con esto quedaría ligado a ella y nunca más volvería a buscar a otra.

—¿Y si no fuera cierto lo que me contó Petronila? —agregó confusa Nicolasa cuando habían llegado a la base del cerro.

—Pues más vale prevenir que remediar —dijo Ana mientras unos mestizos acompañados con las notas de una guitarra cantaban una jácara:

—Si unos brazos te rechazan, otros te están esperando.

Las amigas voltearon a verse y soltaron una carcajada.

Sobre la arena estaban el pinto y el colorado, dos gallos de buena estampa que subían y bajaban la cabeza tanteándose. En un primer encuentro ambos animales se enfrentaron chocando sus patas y batiendo las alas, aunque el pinto se elevaba más alto que su contrincante. En el segundo encuentro, el colorado trató de saltar pero al verse perdido salió huyendo fuera del redondel, con lo que quedó descalificado.

—¡Por el vientre de Cristo! —gritó Onofre encolerizado mientras buscaba con la mirada al corredor que le había recomendado la apuesta. Al descubrirlo se llevó la mano a la cintura y tomó la empuñadura de un cuchillo. Bernabé lo detuvo y le recordó que había un castigo de cien latigazos para los indios y mestizos que portaran tales armas.

El aviso le enfrió los bríos y su mano soltó el metal.

—Bien hecho —agregó Bernabé—, el que no oye consejos no llega a viejo.

De todos modos nada podía hacer, los fallos del juez eran inapelables y éste ya había dado el triunfo al pinto. Onofre tuvo que tragarse su enojo.

Joaquín se acercó a los amigos acompañado de un caballero vestido de negro y tocado con un sombrero de ala ancha.

—Este es don Esteban de la Garza, es mi patrón con quien trabajo y quiere ofrecerte un trato.

Onofre miró al hombre con desconfianza y escuchó taimado su propuesta. Don Esteban le ofrecía dos pesos en préstamo con la condición que al día siguiente se presentara a trabajar en su molino. Al muchacho le pareció bien el trato y aceptó. El señor De la Garza contó, como asiduo al juego de gallos y conocedor de sus trampas, que algunas veces los amarradores de las cuchillas ponían mal los nudos en los espolones o cargaban de balas de metal a los gallos. Eso le habían hecho al colorado en la pelea anterior, por lo que no pudo saltar lo suficiente.

La sangre se agolpó en el rostro moreno de Onofre y sus puños se apretaron. Bernabé notó lo que pasaba y para aplacar su ira lo invitó a salir para tomar una ronda de pulque.

En el expendio se encontraron con el *Tuerto* y el *Juanico*, a los que invitaron. Al darse cuenta de que los amigos tenían dinero, el de *Tuerto* se ofreció a asesorarlos para la siguiente pelea. Les dijo, con su acento del norte, que primero debían conseguir las plumas del gallo que deseaban que perdiera y morderlas, con ello se debilitaba el poder del animal y se daba el triunfo al favorito. Después les aconsejó apostar todo su dinero al prieto, un gallo muy bravo y que había ganado muchas peleas.

Cuando Onofre y Bernabé entraron a la plaza, buscaron a un corredor para hacer su apuesta. Probarían fortuna por última vez. La tercera es la vencida, se decían.

Al tiempo que el gritón daba las voces anunciando la pelea, Onofre acarició el colibrí disecado que traía siempre amarrado al muslo para atraer la fortuna.

Las gruesas gotas de la lluvia veraniega obligaron a las amigas a correr para refugiarse en la capilla de los indios o iglesia vieja, una pequeña ermita construida por los franciscanos en el siglo XVI.

—Creo que estoy preñada de nuevo —dijo Nicolasa mientras se sacudía el agua de su falda. Ana la miró a los ojos asustada y comenzó a recitar un remedio que escuchó de una curandera:

—Para evitar que el marido dé muerte a su mujer porque está encinta, tómese una hilacha de la ropa del marido, júntese basura de las cuatro esquinas de la casa, mézclese un poco de romero y agua bendita y enciéndase un cabo de vela de dos dedos. Todo eso se suelta en la acequia para que se vaya corriente abajo... Meter a San Antonio a un pozo podría también funcionar.

Nicolasa rió por la ocurrencia.

—No —le dijo enseguida—, no volveré con Onofre, y voy a tener a la criatura.

La muchacha indígena la miró con aprobación mientras su boca pronunciaba entusiasta:

—¡Te vendrás a vivir conmigo!

Dijo aquello con tanta naturalidad, con una expresión tan sincera, que Nicolasa comprendió por qué se había encariñado con ella.

Una voz salió del interior de la iglesia:

—Peca quien falsifique reliquias o venda medallas con indulgencias sin ser ciertas, quienes finjan tener éxtasis y revelaciones y quienes crean en

que determinados signos o gestos son remedios para conjurar desgracias o atraer beneficios. Pecan quienes acudan a la magia, que no es otra cosa que contrato o comercio con el Demonio. Peca quien pone las imágenes de los santos de cabeza, quienes las meten al pozo o las encierran en una caja, pensando que así pueden conseguir con amenazas los favores celestiales.

Las amigas salieron de la ermita expulsadas por las palabras. Afuera ya había terminado de llover y el tiempo despejado les permitió continuar con el periplo marcado por la costumbre para visitar el santuario.

Cuando llegaban a la ermita del pocito, las jóvenes oyeron a sus espaldas una voz femenina que llamaba a Ana y que las hizo voltear. Una mujer, un hombre y dos niños se aproximaron a ellas.

Ana presentó a Nicolasa con los recién llegados. Ella, una mulata robusta y parlanchina, se llamaba Juana de Suleta Arroyo. Él, de tez clara, pelo obscuro y mirada penetrante, respondía al nombre de Santiago de Sierralta. Ambos eran jóvenes y a Nicolasa le parecieron gente de bien. Juana, sobre todo, le simpatizó desde el instante que la escuchó hablar. Su tono directo y franco, su voz un poco gruesa, su alegría, todo en ella desbordaba vida.

Juana contó que habían venido a la villa a dar gracias a la Virgen de Guadalupe porque había aliviado a Catalina Josefa de unas fiebres cuartanas. La niña, al oír hablar de ella, asintió con su carita redonda y sonriente.

—Y ahorita —dijo dirigiéndose a Ana— vamos al pocito a darle a Antonio del agua bendita pa' ver si se cura de una vez. Ya sabe Su Merced cómo sufre de la garganta —el pequeño de cuatro años, que miraba al piso silencioso, tosió.

Nicolasa, al ver la felicidad que irradiaba Juana, sintió envidia. ¿Por qué ella no podía tener una familia como ésta? Y su decisión de tener al hijo que llevaba en las entrañas se hizo más fuerte.

Onofre se agachó a recoger las plumas del gallo giro que, durante el careo, su soltador le había arrancado para enfurecerlo. Se las puso en la boca y las masticó con fuerza.

Los gallos quedaron libres y se lanzaron el uno contra el otro. Brincaban con tal ímpetu, que muchas de sus plumas salieron volando por el aire. El prieto tenía ley brava e inició el segundo ataque intentando herir con el espolón metálico a su adversario, pero el giro sorteó el golpe ágilmente. Los dos animales retrocedieron, bajando la cabeza y erizando las plumas de la

cola. Al tercer embate, parecía que el prieto iba a ganar, pero los filos de sus espolones se aflojaron y el giro aprovechó el percance para lanzar la cuchillada mortal. El gallo vencido fue rematado con redoblados golpes hasta que murió. El ganador se irguió soberbio y lanzó un canto triunfal, acompañado del batir de sus alas.

El *Tuerto* miró a Onofre, se puso en pie y levantó los hombros. Se iba a acercar a darle una explicación, pero al ver el rostro iracundo del mulato dio la media vuelta y se fue hacia la mesa del juez seguido del *Juanico*.

Don Esteban de la Garza, que había observado la escena, se aproximó a los amigos y les dijo:

—Esos dos con los que venís son truhanes conocidos. Están de acuerdo con uno de los amarradores y con el juez para desplumar a los incautos. Cuidaros de ellos.

Mientras escuchaba estas últimas palabras, Onofre vio cerca de la entrada al *Tuerto* hablando con un amarrador. Se levantó del asiento impulsado por la ira y fue hacia él con los ojos encendidos por el alcohol y por la furia. Al llegar adonde estaba le dio un empujón que lo derribó. Ambos hombres salieron a la calle seguidos por la gente que había visto la escena. Rodeados de gritos, dos cuchillos brillaron a la luz del atardecer como espolones metálicos. En la improvisada arena dos instintos animales pelearon, cargados de ira, por sobrevivir.

—Mire, Nicolasa, llévese de esta agüita para curarse de cualquier dolencia —dijo Juana mientras Santiago sacaba un cubo lleno del pozo. La pequeña capilla, construida alrededor de él, estaba llena de gente que llegaba a sacar agua milagrosa. La Virgen la había hecho brotar allí para curar todas las enfermedades.

Juana mojó con el agua los amuletos que sus hijos traían en sus vestidos y lavó la cabeza, la cara y el pecho del pequeño Antonio. Nicolasa tomó una poca con la mano y se la pasó por el vientre recitando una jaculatoria. Ana y Santiago se persignaron con ella.

Una vez cumplido el ritual, todos salieron al atrio. La capilla del pocito era la última estación que debía visitar el peregrino del santuario del Tepeyac y era ya hora de regresar a la ciudad. El grupo caminó, charlando y riendo, por la calzada que comunicaba la costa con la isla. Al llegar a Peralvillo, Nicolasa se despidió de sus amigos y caminó solitaria hacia donde el sol se estaba poniendo.

Su barrio la recibió con el repicar de las campanas de la iglesia de Santa Cruz de Tlaltelolco.

—Hoy se celebra el día en que dos preñadas se visitaron —pensó mientras se tocaba el vientre. Una sensación de angustia le oprimió el corazón. La idea de abandonar a Onofre ya no aparecía tan clara como se le había presentado en la mañana, pero el deseo de tener un hijo era ahora más fuerte que nunca. Trataría de convencerlo para que no la obligara a abortar y si no lo lograba lo abandonaría.

Al aproximarse a su casa, Nicolasa vio a Petronila que estaba esperándola a la puerta con varias vecinas. Éstas, que cuchicheaban, se callaron al verla venir. Acelerando el paso llegó hasta Petronila y la tomó con fuerza del brazo.

Sin saber por qué, preguntó, con la certeza de quien sabe las cosas por los silencios:

—¿Adónde fue?

—En los gallos.

7. EL INFORMANTE

Valladolid de Michoacán, 12 de mayo de 1674, día de San Isidro Labrador.

"Regó con su sudor los campos que rodean Madrid y sus templos con lágrimas de ardentísima devoción. A pesar de su pobreza ejercitó la caridad con los necesitados. Casado con Santa María de la Cabeza tuvo un hijo y después vivieron ambos en perfecta continencia. San Isidro es ejemplar y abogado de todos los que, labrando la tierra, quieren cosechar la felicidad en el cielo..."

La voz del fraile continuó vibrando en el refectorio conventual de los agustinos ante los silenciosos hermanos, que comían escuchando la lectura edificante. Mientras la sopa de habas y el guiso de carne se convertían en sus estómagos en bolo alimenticio, las palabras entraban por sus oídos y se transformaban en pensamientos y recuerdos. Con San Isidro, fray Joseph Sicardo voló a su Madrid natal, de la que era natural y patrono el santo labrador. Rememoró las luminosas tardes de su infancia, evocó a sus padres y hermanos, e interiormente suspiró. Pero su obsesionada mente regresó a

recapitular sus propuestas para la reforma de la provincia de San Agustín de México, que ahora parecía más cercana que nunca. Fray Payo de Ribera había tomado posesión del cargo de virrey de Nueva España el pasado 13 de diciembre y fray Joseph estaba seguro de que pronto lo llamaría.

Al terminar de comer, fray Antonio Gutiérrez se acercó a él y lo invitó a salir al claustro a charlar. Con un tono de preocupación en su pausada voz, el fraile secretario del obispo de Michoacán informó a su amigo que Su Ilustrísima fray Francisco Sarmiento y Luna había sido promovido al obispado de Almería. Sin su protector, la presencia de ambos en Valladolid ya no tenía justificación y se verían obligados a regresar a España. Los planes reformadores de Sicardo se frustrarían.

Fray Joseph tranquilizó a fray Antonio contándole las expectativas que tenía ahora que el arzobispo agustino de México era virrey. El religioso madrileño llevó la conversación por los transitados caminos que ambos recorrían siempre. Volvieron a mencionar el corrupto capítulo de 1672, en el que había salido elegido por cuarta vez fray Hernando de Sosa. Sicardo reiteró, como hablando para sí mismo, que según las constituciones un provincial no podía ocupar el cargo durante tantos periodos. Salió a relucir de nuevo la compra de cargos priorales, realizada con el apoyo del oidor don Gonzalo Suárez de San Martín. El hecho le seguía pareciendo al padre Sicardo de lo más escandaloso.

Fray Antonio comentó compartiendo la indignación:

—El hábito de fuera de estos que parecen frailes es de piel de oveja, pero el aforro de dentro es de piel de lobo. Son todos ladrones con capa de santidad.

Sin embargo, nunca llegaban a nada nuevo pues la fragmentaria información de que disponían los hacía moverse siempre en conversaciones circulares. Fray Joseph pasó al tema del visitador y a los problemas que se habían dado en España para nombrarlo. En dos ocasiones se intentó elegir a un fraile que viniera a Indias para acabar con los abusos de los criollos y otras tantas se había dado marcha atrás.

—Los asuntos en la Corte de Madrid llevan pies de plomo —comentó el religioso compungido, y recordó los muchos trabajos que su hermano fray Juan Bautista Sicardo había pasado tratando de conseguir el envío de un visitador.

Estaban ambos tan embebecidos en su conversación, que no notaron la presencia de un fraile que, sentado en el brocal del pozo, los observaba.

—Fray Manuel de Abarca —dijo Sicardo cuando volteó el rostro para estornudar y lo reconoció—, ¿de dónde sale Vuestra Paternidad? ¿Cuándo ha llegado?

El interpelado, un hombre calvo y regordete, respondió:

—Acabo de llegar de México y a mis años estos viajes son muy cansados, pero no he querido dejar pasar más tiempo. Sus Ilustrísimas fray Payo de Ribera y don Juan de Ortega y Montañés le envían a Su Paternidad estas cartas.

Y sacando dos pliegos de una de las mangas de su hábito, los entregó al fraile madrileño.

"Por fin, novedades y más información", pensó el padre Sicardo, mientras en sus ojos aparecía un brillo parecido al de la codicia.

El padre Gutiérrez invitó a sus dos hermanos de hábito a pasar a su celda para que pudieran charlar con más comodidad; una vez en ella, después de pedir a un sirviente tres tazas de chocolate, preguntaron al recién llegado sobre las novedades de la capital.

—¡Ay de México! —comenzó el interpelado—, todo en él son escándalos; escándalos en las calles, en los concursos, en los paseos y aun en los templos santos de Dios. En sus vecindades los amancebamientos son tan públicos, viéndolos todos, sabiéndolos todos, que está perdida la vergüenza. En las conversaciones no se tiene por discreto quien no habla torpezas sin reparo. Y qué decir de la promiscuidad de las viviendas miserables, de la irresponsable liviandad de las familias acomodadas. México es la Babilonia del nuevo mundo, lugar de perdición y laberinto donde se extravían los mejores propósitos de ascetismo y austeridad. La lujuria arruina las familias y expone a los hombres a enfermedades indignas de nombrarse, un caballero...

A pesar del poco tiempo que habían estado en la gran metrópoli, fray Joseph y fray Antonio conocían bien esa situación y aunque les interesaba, su pregunta iba dirigida a algo más concreto. Querían saber las novedades en la provincia agustina y por eso interrumpieron el discurso que según parecía iba a prolongarse por horas.

—Bueno, bueno —dijo Sicardo, que era el más desesperado—, ¿pero qué pasa con la situación en nuestros conventos?

—¡Ah!, bueno, pues de mal en peor —aseveró contundente el fraile, que era un criollo adicto a la reforma—. Fray Hernado de Sosa, como saben Sus Paternidades, es un hombre sin voluntad que hace lo que fray Marcelino de Solís quiere.

Y con los ojos húmedos comenzó a contar los problemas personales que había tenido con este fraile. Fray Marcelino, sabiendo el apoyo que fray Manuel daba a los peninsulares reformadores, lo había maltratado de palabra y lo amenazó con ponerle la cabeza en una parte y los pies en otra. Profundamente alterado, contó que vino a Michoacán huyendo de esta situación. Los dos religiosos le dieron unas palmadas en la espalda para calmarlo. En eso llegó el sirviente con el chocolate y, una vez servido, el padre Gutiérrez le pidió que continuara con su relato.

—Acaban de llegar el pasado día 8 avisos de España y trajeron muchas nuevas. La más notable es que el rey de Polonia venció a los turcos en una de las más sangrientas batallas que se han visto en nuestros tiempos...

Fray Joseph Sicardo interrumpió de nuevo, insistiendo en las noticias que le interesaban.

—¡Ah!, sí, sí— contestó fray Manuel, y después de hurgar en su memoria sobre lo que se le pedía, expresó:

—En los avisos llegó una carta en la que se niega a fray Diego Velázquez de la Cadena la cátedra de Teología. Como saben Sus Paternidades había logrado, con turbios manejos y comprando los votos, que se le adjudicase ésta en perjuicio del otro oponente, el licenciado Juan de la Peña Butrón. Recordarán Sus Paternidades el escándalo de los estudiantes amotinados y el apoyo que el virrey y los oidores dieron a fray Diego, que a través de su hermano, el secretario de Gobernación, tiene la mano metida en palacio.

Los religiosos asintieron con la cabeza y dieron un sorbo a sus bebidas, que ya estaban casi frías.

—Pues en los avisos que llegaron de España no sólo se da la confirmación de la cátedra al licenciado Butrón; se sanciona con fuertes multas a los oidores por su intervención fuera de la ley.

Al oír la noticia, Sicardo se frotó las manos. Por fin la Corona estaba tomando cartas en el asunto, pensó, y aunque el caso de fray Diego era tan sólo una pequeña migaja en el gran amasijo de corrupción en que vivía la orden, por algo se estaba comenzando.

—La provincia está en manos de cien pícaros ignorantes —expresó en voz alta como para concluir sus pensamientos.

El padre Abarca, a quien le gustaba redondear las ideas que expresaba, continuó hablando sobre las autoridades civiles:

—Ya ven Sus Paternidades, la Corona ha actuado con mano de hierro ante hechos tan poco dignos de la autoridad como es el dejarse untar con

plata. A la larga el señor virrey también ha sido sancionado con la destitución. Cuando los señores del Consejo de Indias recibieron las noticias de los muchos conflictos que tenía con Su Ilustrísima el arzobispo y de sus malos manejos de las finanzas (se habla de cien mil pesos faltantes en las arcas), han tomado la decisión de llamarlo a España.

Fray Antonio Gutiérrez, con su tono suave y pausado, preguntó sobre los pormenores del caso, pues tenía noticias muy encontradas. El padre Abarca se explayó, como era su costumbre, contando con todo lujo de detalles:

—Cuando en la Nueva España se supo de la llegada del nuevo virrey duque de Veraguas, nombrado para sustituir a Mancera, fray Payo, que no guardaba ningún rencor al marqués, fue de inmediato a visitarlo para hacer las paces. El señor virrey saliente, contraviniendo las más elementales reglas de la cortesía, no le dio la entrada a su casa ni le ofreció la silla como se merecía tan alta dignidad. Como saben Sus Paternidades, menos de un mes después murió el señor duque y don Juan Ortega y Montañés trajo al real acuerdo un pliego cerrado que nombraba a fray Payo virrey en caso de fallecimiento del duque de Veraguas...

Fray Joseph Sicardo se movió inquieto en su asiento y se rascó el lunar de su mejilla, ademán que hacía siempre que quería estar solo para sentarse a escribir. Además, el peso de los pliegos en su manga le recordaba que en ellos se traía la información que este fraile parlanchín era tan parco en soltar. Así, aprovechando una pausa que hizo Abarca para tomar chocolate, se levantó abruptamente y se despidió de sus hermanos con las fórmulas de cortesía acuñadas por la costumbre.

Caminó por los claustros conventuales alumbrándose con una vela que le había facilitado fray Antonio y al llegar a su celda encendió cinco que estaban en un candelabro colocado sobre su mesa de trabajo. Sacó con nerviosismo las cartas que le habían traído y comenzó a leer la que más le interesaba, la del arzobispo virrey. En ella fray Payo le contaba que en los avisos de España le habían llegado noticias de que el nombramiento del visitador de la provincia agustina iba por muy buen camino y le pedía que fuera a México lo antes posible y que trajera con él a fray Antonio Gutiérrez. Al final de la misiva el prelado le daba los nombres de los frailes criollos y peninsulares de la provincia con los que contaban para la reforma.

La segunda carta, la de don Juan Ortega y Montañés, más que una misiva dirigida a Sicardo era el traslado de un informe que el funcionario, recién nombrado obispo de Durango en Nueva Vizcaya, había enviado el año anterior a

la reina Mariana sobre la situación que vivía la provincia agustina. En él, Sicardo pudo encontrar nuevos datos sobre los orígenes de la situación.

Así se enteró de que en los tiempos de fray Martín de Peralta había sido público que el provincial criollo, a cambio del favor virreinal, otorgó quince prioratos a voluntad del señor duque de Alburquerque. Incluso se dio uno a un tal fray Juan de Carrión por mano de Tomasina de los Ríos, mujer de mala fama que tenía amistad con un sobrino del duque.

También se informó que antes que se reuniera el capítulo de 1672, era público cómo se habían distribuido los cargos. Y así, el día de la elección, en menos de seis horas se eligieron provincial, definidores, visitadores, se hicieron priores, se votaron más de ochenta oficios, se hizo tabla y se leyó, porque estaba escrito antes de que se votara.

Después de leer todo el texto, Sicardo tomó un pliego de papel, afiló con un cortaplumas de mango de marfil la punta de su pluma de ganso, la empapó en la tinta color sepia y escribió algunas notas sobre lo que había leído y lo escuchado de labios del padre Abarca. Con el tiempo integraría esos datos en alguno de los informes que tenía planeado escribir. Su metódica mente registraba todo lo que le podía ser de utilidad, pero más valía anotarlo y no confiar demasiado en la falible memoria.

Durante un rato se quedó pensativo. Recordó a su hermano fray Juan Bautista e imaginó el gusto que le daría saber que sus desvelos estaban por fin dando frutos. Un día de estos le escribiría para darle las más recientes noticias. Cuántas cosas habían pasado desde que se despidió de él hacía ya seis años. Los trabajos realizados durante su estancia en la provincia de Michoacán desfilaron en su mente y se sintió orgulloso. Estaba a punto de concluir un ciclo en su vida y la gran misión que Dios le había encomendado daría pronto inicio. Era ya tiempo de recapitular lo hecho y de fijarlo por escrito. Tomó varios papeles garabateados con notas que guardaba en un cofrecillo, acompañante fiel de todos sus viajes, y los leyó. Al poco tiempo tomó su pluma y escribió:

"Habiendo llegado a la provincia de México, por no haberse dado cumplimiento a los reales despachos y letras del general, el declarante se vio obligado a refugiarse en Michoacán bajo la protección del señor obispo fray Francisco Sarmiento y Luna, en cuyo palacio leyó la Teología Moral a sus capellanes y a otras personas de su familia. El dicho obispo lo nombró examinador sinodal y visitador de la iglesia y curato del pueblo de Santa Ana en el real de minas de Guanajuato. Y en la villa de Santa Fe del dicho real de minas se ocupó en leer un curso de

Artes al cura y a otros clérigos y estudiantes, en administrar el sacramento de la penitencia y en predicar.

"Asimismo fundó en dicha villa de Santa Fe una cofradía de San Nicolás Tolentino, disponiendo le jurasen por patrono de la minería los mineros del dicho real y con su actividad y diligencia se le fabricó al santo una capilla en la parroquia adornándola con todo lo necesario para su culto".

Paró de escribir para consultar un papel que contenía el testimonio que le habían dado las autoridades de la villa. Sacó el dato que necesitaba y continuó:

"...lo que costó 1613 pesos de plata y además de las limosnas que volcó para dicho efecto, también gastó en el servicio de dicha cofradía 442 pesos.

"Fue después vicario del pueblo de Santa Ana donde administró los santos sacramentos, enseñó la doctrina cristiana y predicó el Santo Evangelio, dejando crecidos aumentos. Sublevároнse los indios, negros y mulatos de dos haciendas de minas, unos contra otros, de dicho pueblo de Santa Ana en 12 de septiembre de 1671, y creciendo por instantes las guerras civiles entre ellos, sin esperanzas al parecer de sosegarlos, de que se temían muchas muertes y otros gravísimos daños, fue el suplicante a componerlos y quietarlos, exponiendo su vida en servicio de Vuestra Majestad, como con efecto lo consiguió".

El recuerdo detuvo la pluma. Apareció en su mente dibujada la custodia con el Santísimo que sacó para aplacar los ánimos, y dio gracias a Dios por haberlo librado de una muerte segura. Con una sonrisa siguió escribiendo:

"Y porque en el tiempo en que asistió en el dicho real de minas, reconoció el suplicante los fraudes que se hacían a los derechos reales de los que se deben pagar de diezmos de la plata que se saca de las minas, por la ignorancia de la obligación que tienen a ello en conciencia, se aplicó a escribir sobre esta materia un tratado moral, que no ha sacado a luz por falta de medios".

Había llegado a la base del pliego y al final de lo que quería expresar. Los grandes beneficios que la moral prestaba al Estado podían ser un buen anzuelo para lograr el favor real. Tomó un puño de arena y la arrojó sobre la hoja recién escrita. Recogió después las partículas empapadas de tinta con una escobilla y releyó los caracteres dibujados sobre el papel. De un soplo apagó cuatro de las ondulantes flamas que sobre el candelabro lo alumbraban, y con la que quedó encendida guió su camino hacia su celda.

"Qué día tan fructífero", pensó, "lo recordaré siempre."

El fraile llegó a su cama, puso la cabeza sobre la almohada y, caso excepcional, se dejó arrastrar de inmediato y sin oponer resistencia por el torrente del sueño.

III. EL LIBRO DE LAS MUTACIONES

Ciudad de México, 2 de noviembre de 1675, el día de los Fieles Difuntos.

El camposanto del hospital real de indios parecía un jardín florido, cubierto por una alfombra de colores naranjas y morados. Los dolientes llevaban para sus muertos ofrendas de *cempoalxúchitl* y flor de amaranto y su olor, mezclado con el del copal, impregnaba el aire. Alrededor de una cruz de piedra labrada con los símbolos pasionarios, cientos de velas elevaban sus ígneas plegarias al cielo, mientras la neblina matinal se disipaba.

Nicolasa tenía ese día muy buen humor y, aunque le costaba trabajo caminar, hablaba sin parar moviendo las manos. Junto a ella, Juana de Suleta también gesticulaba y charlaba, volteando de vez en cuando para ver si sus hijos todavía las seguían. El pequeño Antonio venía tras ellas recogiendo piedrecillas y tosiendo; Catalina Josefa caminaba a su lado con una niña en brazos que lloraba inconsolable. Cerca de una fosa común recién sellada, receptáculo de las víctimas de la última epidemia, Nicolasa se detuvo, sacó un pañuelo y limpió con él la nariz y los ojos de la chiquilla. Puso después en su mano una bolita de masa de maíz que la niña se llevó de inmediato a la boca. Francisca Xaviera, llamada así por el santo del día en que había nacido casi dos años atrás, tenía los labios y la barbilla de Onofre, pero en todo lo demás se parecía a su madre.

Después de caminar un buen trecho, el grupo se detuvo ante una tumba que una mulata vieja arreglaba con esmero.

—¡Por fin llegaron! —les dijo la mujer en tono de reclamo mientras rociaba agua sobre las flores para mantenerlas frescas.

—Perdone madre, nos hemos retrasado por los niños, y me entretuve preparando el desayuno para Santiago —se disculpó Juana besándole la mano.

—Bueno, bueno, ponte a quitar las hierbas —ordenó la madre con el rostro cansado. Al igual que mucha gente que allí estaba, la anciana había pasado la noche en vela poniendo la ofrenda de comida y bebida sobre la tumba de su difunto esposo, Diego de Suleta.

De hecho, la celebración se había iniciado desde el día anterior, fiesta de Todos los Santos. La gente recordaba en esa fecha a los que murieron

niños y no existía familia que no tuviera varios de estos difuntitos. Bárbara, la madre de Juana, parió ocho hijos de los cuales cuatro habían fallecido en la infancia. Juana perdió dos niñas gemelas en un mal parto y vivió la muerte por flujos de su primogénito cuando tenía cinco años. Los "santos inocentes" disfrutaban ahora de mejor vida.

El día 2 se recordaba a los muertos adultos, a los padres, esposos e hijos mayores. De éstos, también, ¿quién no tenía varios que llorar? El patriarca de la familia, don Diego, era un indio tlaxcalteca que murió de viejo en el hospital real y yacía aquí, en su cementerio. Pero de muchos no se conocía dónde fueron enterrados. Toribio, el hermano mayor de Juana, perdió la vida en el norte, en manos de los apaches. Andrés, el menor, se despeñó con su mula en la sierra. Bárbara lloraba aquí, en esta tumba, no sólo a su esposo sino también a sus hijos.

El olor de la cera quemada le trajo a Nicolasa el recuerdo de Onofre. Hacía ya mucho que se había acostumbrado a no pensar en él. En el último año su presencia no turbó más sus sueños. El tiempo la había hecho olvidar y los rápidos cambios en su vida fueron un efectivo bálsamo para sus heridas. Poco después de muerto Onofre, conoció a Marcos en casa de Juana. El joven, hermano de Santiago de Sierralta, regresaba a vivir a México, cansado de trabajar en las minas de Zacatecas. Su corto noviazgo, su intempestivo matrimonio en la parroquia de San Pablo y su inmediato embarazo pasaron para Nicolasa como en un sueño.

—¿A dónde van los muertos? —preguntó Catalina Josefa a su abuela como esperando una respuesta conocida.

—Se van a descansar al Cielo, que es un jardín lleno de flores —respondió Bárbara y echó copal en un pebetero.

—Pero no todos se van allí, abuela, hay gente mala que irá al infierno con los diablos.

—Si, es cierto, aunque todos los que mueren hoy, buenos y malos, entran directito al Cielo. Hoy sus puertas están abiertas para dejar salir a los difuntos que vienen de visita a la tierra y, como no hay vigilancia y San Pedro tiene mucho trabajo, se allegan al cielo todos, confundidos entre los que regresan.

Las campanas del vecino convento de San Francisco tocaron el *angelus* y anunciaron a las mujeres que era hora de comer la ofrenda. Los muertos se habían saciado de olores y sabores y tocaba a los vivos alimentarse con lo que dejaron. Una mujer con rasgos indígenas se acercó a saludar.

—Buenas tardes tengan Sus Mercedes.

—Buenas tardes, Margarita —contestaron a coro tres voces y le fueron ofrecidos tamales y pulque.

—¿Qué la trae por acá? ¿A quién vino a visitar? —preguntó Juana, que era quien mejor la conocía.

—Esta mañana murió mi Domingo —contestó la mujer con la resignación de quien está habituado al sufrimiento— y lo acabo de enterrar. Dios quiso llevárselo. Él sabe lo que hace. Lo bueno es que por fin dejó de sufrir. Sus Mercedes saben cuánto padecía sin sus piernas.

Catalina Josefa, que siempre estaba atenta a las charlas de los adultos, comentó risueña:

—No se preocupe, seño, su Domingo ya entró al Cielo. De seguro pudo engañar a San Pedro.

Las risas festejaron la infantil ocurrencia.

Negros nubarrones comenzaron a acumularse en el cielo y anunciaron que era la hora de la partida. La mañana se había ido volando entre rezos, charlas, comidas y remembranzas. Las mujeres y los niños salieron del camposanto y dejaron a sus espaldas la tierra de los muertos.

El grupo caminó hacia el oriente bordeando la Acequia Real, que arrastraba en su corriente de aguas negras animales ahogados y fruta y verdura en descomposición. Sin embargo, ningún olfato parecía notar el fuerte olor a podredumbre, a excremento y a orines. Unos truenos se oyeron a lo lejos.

Al llegar a la plaza mayor el grupo fue recibido por el barullo de la fiesta. Era tal el tumulto, que con muchos trabajos pudieron pasar entre la acequia y el Parián y, cuando lo lograron, estaban tan exhaustas que en el portal de mercaderes tuvieron que hacer un alto. La gente se arremolinaba allí alrededor de los puestos de dulces. Bajo las imágenes de los santos del portal, las aves, sirenas y flores de azúcar y leche, las mitras de almendra, los frailes de pan y los féretros de caramelo, eran adquiridos con fruición por los vivos para ofrendar a los difuntos.

Las tres mujeres y los niños atravesaron rápidamente por la plaza entre pellizcos, manoseos y estrujones. Cuando iban llegando a la vecindad donde vivía Juana, cerca del colegio de *Porta Coeli*, comenzó a caer un fuerte aguacero acompañado de rayos y truenos. Al entrar a la vivienda, Nicolasa, que por su avanzado embarazo se encontraba muy extenuada, se dirigió al cuarto del fondo para recostarse. Bárbara y Juana se sentaron sobre unas esteras alrededor del anafre en la esquina de una espaciosa habitación y se

pusieron a charlar de lo caro de la vida y del elevado precio del alquiler que pagaban al convento de Jesús María. Bárbara aprovechó para hacer uno de sus habituales comentarios contra el clero.

En eso estaban cuando llegaron Santiago y Marcos. Hijos del mismo padre, pero de distintas madres, los dos hombres eran muy diferentes físicamente. El rostro moreno, lampiño y marcado por la viruela de Marcos contrastaba con la extrema blancura y la barba cerrada de Santiago. Sin embargo, en el carácter eran muy parecidos; francos y siempre alegres, a los dos les gustaba el trabajo y la vida hogareña. Los hombres se quitaron las capas que chorreaban agua y, después de pasar a ver a Nicolasa al cuarto contiguo, se sentaron a la mesa. Mientras Juana les servía, Santiago contaba los abusos que cometían contra los indios los encargados de las obras del desagüe de Huehuetoca, donde él era capataz. Bárbara, sentada en el suelo junto al anafre, daba de comer a los niños.

Dos golpes en la puerta anunciaron la llegada de nuevos invitados. Eran Eduviges, su hijo Sebastián y Pedro, el amigo de éste. Los tres venían empapados.

Después de los saludos de cortesía, Juana, con voz compungida, anunció a los recién llegados lo que Margarita les había informado sobre la muerte de Domingo. La noticia iba sobre todo dirigida a Pedro, pues era quien convivía con el difunto; pero el que debía interesarse se mostró indiferente. Domingo había sido siempre frío con él y su muerte, por otro lado ya esperada, no lo conmovió.

Después de preguntar por Nicolasa, los muchachos se sentaron a la mesa y, hambrientos, comenzaron a devorarar lo que Bárbara les servía. Juana estaba pidiendo a Pedro que recomendara a su hijo Antonio con los agustinos para que entrara en la escuela donde él estudiaba, cuando un fuerte gemido se escuchó en la habitación vecina.

—Ánimas benditas del Purgatorio, ya le llegó la hora a Nicolasa —dijo Bárbara, y fue hacia el cuarto a ayudarla. Juana tomó una gran olla con agua y la puso a calentar en el anafre, al tiempo que Eduviges cubría a Pedro y a Sebastián con las capas aún húmedas y, dándoles seña y nombre, los enviaba a buscar a la partera.

Las mujeres actuaban tranquilas, como quien sabe lo que se debe hacer en esos casos. Los hombres estaban nerviosos.

—Qué tiempo éste —comentó Eduviges sacando de un morral varios amuletos—. ¿Cuándo se vio lluvia el día de Muertos?

Los gemidos de Nicolasa, cada vez más frecuentes, hicieron necesaria la presencia de todas las señoras en el cuarto. Eduviges colocó sobre su vientre una estampa de San Ignacio y otra de San Ramón, santos muy efectivos para estos trabajos, y murmuraba ensalmos. Juana rezaba un rosario frente a las imágenes del altar doméstico. Bárbara, con las manos de Nicolasa entre las suyas, le murmuraba al oído palabras de aliento. La joven mestiza, huérfana desde pequeña, se sentía amada y rodeada por una familia, la única que había tenido, y eso le infundía tranquilidad.

Por fin llamaron a la puerta anunciando que la partera había llegado. Nicolasa emitió un profundo suspiro de alivio. Ana del Río y Teresa, su madre, entraron a la habitación sacudiéndose el agua y saludaron a las mujeres presentes con una reverencia. Al ver llegar a su amiga, Nicolasa esbozó una sonrisa y cuando se aproximó a la estera donde yacía apretó con fuerza su mano.

Teresa comenzó a palpar el vientre de la parturienta como si fuera la sacerdotisa de un rito. Con sus sabias manos acomodó a la criatura para ayudarla a salir y colocó sobre el pecho de Nicolasa, arriba de las estampas de Eduviges, un impreso con la oración del Santo Sepulcro al tiempo que recitaba:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pidió después una vela encendida y pronunció varios conjuros al fuego. Tomó un pebetero e impregnó con el olor del copal la habitación y sahumó todo: a las mujeres, a la parturienta, a las hierbas que traía, la tierra sobre la que caería la criatura, el agua con que sería lavada. Puso el sahumerio en el piso e impregnó sus dedos con el humo, pidiendo que fueran ágiles y firmes.

Hecho el rito, la partera dobló las piernas de Nicolasa y las abrió lentamente, como si fueran las hojas de un portón. Observó que los labios de la vulva estaban apenas separados y decidió darle un brebaje que acelerara el proceso y disminuyera los dolores. La parturienta gritó aferrada al brazo de Ana y a la mano de Juana; Bárbara, a su cabecera, secaba con un trapo el sudor de su frente. Las mujeres sufrían junto con Nicolasa, pues sabían por experiencia la dificultad del trance en que estaba.

Teresa y Eduviges salieron de la habitación y regresaron al poco rato con un jarro humeante que contenía chocolate, orégano, ruda, polvos de cola de tlacuache y tierra del quicio de la puerta. Nicolasa dio unos sorbos a la bebida que aceleraría la apertura de sus vías y ayudaría al niño a salir. Al mismo tiempo, la partera decía pausadamente y como para tranquilizar

a la paciente, una retahíla de términos que había oído de un médico y que explicaban en forma científica los beneficios de su brebaje:

—Se debe evitar que los venenosos vapores del útero suban al *selebro*, corazón, pecho y pulmones, pues causan dificultades en respirar, vascas, vómitos, palpitaciones, ansias, desmayos, dolor de cabeza, vaguidos y congojas.

El fluir de un río al reventarse la fuente silenció el erudito discurso. Un pequeño casquete comenzó a salir por la abertura ensanchando sus bordes; lo acompañó un prolongado grito de dolor. Teresa tomó con sus manos experimentadas el cráneo saliente de la criatura y comenzó a sacar la cabeza delicadamente. Cuando tuvo afuera todo el cuerpo, el nuevo ser anunció con un fuerte chillido su llegada al mundo.

—Es un varón —dijo la partera y colocó al niño sobre la fecunda madre tierra.

La batalla llegó a su término y aparentemente la vida triunfaba sobre la muerte, las fuerzas luminosas habían vencido a las tinieblas. Sin embargo, era necesario tomar algunas precauciones. Teresa dirigió al recién nacido unas palabras de halago y bienvenida y cortó el cordón umbilical pronunciando un ensalmo. Guardó después el pedacito de carne en una bolsa de tela para enterrarlo y evitar que alguien pudiera hacerle mal al niño. Con la ayuda de Bárbara, Teresa lo lavó cuidadosamente y le limpió los ojitos con un cocimiento de *xocopatli*. Finalmente estuvo atenta a la expulsión de la placenta, pronunció unas oraciones y colocó un ojo de venado en el cuello de la criatura.

Eduviges leyó la fortuna del recién nacido en los dibujos que unos huesecillos formaban sobre el piso. Colocó después un trozo de peyote al cuello de Nicolasa y la clavícula de una beata bajo su almohada. Todos esos amuletos servirían para evitar que las fuerzas anímicas del mal se metieran al cuerpo debilitado de la recién parida.

Juana salió a dar la noticia a los hombres y a los niños:

—Dios fue servido de sacar con bien a Nicolasa de su trance —entonces todos entraron a felicitarla y a ver al pequeño.

—Le llamaremos Antonio Marcos —manifestó el orgulloso padre de la criatura—; Antonio por una manda que hice al santo de Padua y Marcos porque es mi nombre.

Nicolasa lo miró asintiendo con la cabeza. Un sorbo de pulque con miel humedeció su boca; según Juana, era muy bueno para recuperar las fuerzas.

Cuando se quedó sola y sintió la boquita de su hijo succionando la leche de su pecho, la inundó una ola de paz. Sus ojos se dirigieron a la imagen de la Virgen de Guadalupe, que estaba sobre el pequeño altar doméstico rodeada de flores y de cirios, y le dio las gracias por todo lo recibido.

Afuera llovía a cántaros.

2. EL VIAJE

Madrid-México, del 12 de agosto al 14 de octubre de 1678.

El puente parecía moverse bajo sus pies, a pesar de ser de piedra y de estar sólidamente asentado. Don Francisco de Aguiar y Seijas, apoyado en los hombros de dos jóvenes y con los ojos cerrados, caminaba lento y temeroso escuchando el rugir del caudal que corría abajo. Detrás de él, cinco mulas que un hombre maduro llevaba por las bridas acompañaban la angustia del viajero con el ruido de sus cascos.

—Ya pasamos, Su Ilustrísima —dijo una voz grave y modulada al tiempo que quitaba de su hombro la mano que lo aferraba.

—Gracias sean dadas a Dios y a Sus Mercedes —expresó don Francisco, exhalando un suspiro contenido desde hacía rato.

Los cuatro hombres montaron en sus cabalgaduras y retomaron el camino mientras el sol se ocultaba tras el horizonte. Rebaños de ovejas, empujados por perros y pastores, cruzaban las áridas tierras bajo el colorido naranja de rebaños de nubes que arrastraba el viento. Cuando los violetas se volvieron grises, el grupo estaba llegando a Ciudad Real.

Un mesón a las afueras del poblado les brindó un poco de queso y vino para la cena y unas camas llenas de chinches. Antes de irse a dormir, don Francisco reunió a su séquito y, como todas las noches, los puso a rezar el rosario a coro. Su tío don Baltasar de Seijas y Ulloa, que era el mayor del grupo, se quedó dormido a la mitad del rezo en la silla donde estaba sentado. Su sobrino, don Alonso de Aguiar y Lobera, recitaba las oraciones mecánicamente mientras su mente fantaseaba con los pechos de la hija del mesonero. Tan sólo don Joseph de Lezamis, recién ordenado sacerdote y el único del grupo que no era pariente de don Francisco, seguía a éste, de rodillas, rezando con devoción. Al ver el poco afecto que los dos seglares

tenían por la oración nocturna, los clérigos decidieron que en adelante el rosario se rezaría por el camino.

Esa noche don Francisco de Aguiar y Seijas ocupó sus largas horas de insomnio pensando en la nueva misión que Dios le encomendaba. Se dirigía a Indias con el nombramiento de obispo de Michoacán y, aunque sólo sabía de su diócesis que había sido gobernada por don Vasco de Quiroga, tenía para ella muchos proyectos. Quizá en esa lejana sede podría realizar su sueño de trocar el pecado en virtud. La vieja España estaba ya demasiado corrompida para cambiarla pero en las nuevas tierras todo sería distinto.

Recordó la entrevista que había sostenido con el rey Carlos y con don Juan de Austria, en la que se le dieron varias recomendaciones a las que apenas prestó oídos. ¿Qué le podían decir un rey idiota y un bastardo con cabellos largos y vestido como los franceses con sedas de colores? Aunque ambos llevaban la sangre del rey Felipe IV, habían heredado los vicios de sus madres. El uno, frívolo como hijo que era de una actriz de comedias; el otro, débil e indeciso como la reina austriaca, cansada de buscar validos. Lo único bueno que había hecho don Juan al hacerse cargo del gobierno había sido alejarla de la Corte y mandarla a vivir al alcázar de Toledo.

"Mujeres que gobiernan", pensó, "mal principio."

Un vago recuerdo de su madre que, viuda como la reina, se hizo cargo de la casa familiar, le hizo mover la cabeza con desesperación, cosa que hacía siempre que sentía angustia. Al no lograrlo, tomó el rosario y comenzó a pasar las cuentas con frenesí hasta que se quedó dormido.

Tres días más viajaron por la árida Extremadura, cruzando llanos, subiendo montes, pasando valles y atravesando dehesas de ganado. En las aldeas, cada vez más distantes una de otra, gente miserable, ancianos en su mayoría, languidecía a la sombra de sus casuchas. Don Francisco los veía pensando en el hambre y las epidemias que azotaban a España en esos desdichados tiempos. Dios castigaba muy justamente sus muchos pecados. Al final del tercer día durmieron en las fronteras de Andalucía e iniciaron el ascenso de la sierra Morena. Atravesarla les llevó cuatro días y gracias a la protección divina, no se encontraron con las bandas de bandoleros, soldados desempleados y clérigos fugitivos que asaltaban a los viajeros. Conforme avanzaban por los caminos montañosos se encontraban con más gente. Nobles, frailes, mercaderes, truhanes y mendigos; todos los estados y condiciones iban a Sevilla, ese gran centro que atraía hacia sí a las multitudes, como la piedra imán a los metales.

Por fin, una tarde calurosa de septiembre arribaron a la metrópoli de las Indias. Don Francisco estaba de mal humor, harto del camino y cargado de tensiones. Atravesaron la ciudad buscando un mesón donde quedarse los dos o tres días que tardaría la flota en partir, pero fue imposible, todo estaba ocupado. La animación de la ciudad, el ir y venir de las gentes, el trajín de los carros, el bullicio del puerto y el parloteo de las mujeres atosigaron al obispo, empeorándole el humor. La única solución parecía ser aquello que la humildad de don Francisco quería evitar: pedir posada en el palacio del señor arzobispo de Sevilla.

Los cuatro hombres llegaron frente a la catedral y el obispo ordenó a don Alonso y a don Baltasar que se quedaran en la calle cuidando de las mulas y de los bastimentos. Él y don Joseph entraron al recinto sagrado y, como el arzobispo estaba en el coro terminando las oraciones vespertinas con su cabildo, mientras lo esperaban, se arrodillaron para rezar ante la tumba del recién canonizado rey San Fernando.

Con gran afabilidad, el dignatario recibió a los dos sacerdotes y ofreció gustoso su casa para hospedarlos el tiempo que fuera necesario. Llamó a un joven canónigo y le dio intrucciones para que se hiciera cargo del obispo y de sus familiares y se marchó a atender otros asuntos. Cuando los tres eclesiásticos salieron de la iglesia a buscar a don Alonso y a don Baltasar ya era de noche.

Después de la cena, don Francisco pidió a su sobrino que le entregara el envoltorio que le había dado al salir de Santiago. Don Alonso lo buscó con calma dentro de un bulto con ropa. Desesperado por la tardanza, el obispo estalló en un exabrupto de ira. La tensión le era ya insoportable. Por fin el joven encontró el envoltorio y lo entregó a su tío, quien salió presuroso hacia su habitación.

Con nerviosismo, el sacerdote desató los nudos de cuero que amarraban el deseado paquete y extrajo de él dos gruesos cilicios de púas metálicas que se colocó en la cintura y en el muslo. Después tomó las disciplinas de cuero con puntas de hierro y comenzó a flagelar sus espaldas. Al terminar de infligir a su cuerpo tan cruel tortura, respiró descansado. Una vez libre de la tensión pudo entregarse a sus ejercicios piadosos, a los que siguió un sueño profundo y reparador.

Los tres días que pasaron en Sevilla fueron muy ajetreados, pues era necesario abastecerse para el viaje y pagar los pasajes y derechos. Don Alonso y don Baltasar se encargaron de comprar los alimentos, ollas, colchones y

frazadas para la travesía. Don Francisco y don Joseph se ocuparon de los trámites burocráticos en la Casa de Contratación.

El obispo pasaba largas horas arrodillado en la catedral. Estaba harto de esa ciudad llena de vicios y sólo esperaba el momento de la partida. Le asqueaba el ambiente de avaricia y vanidad que en ella se respiraba. El incesante desfile de riquezas que llegaban por el tráfico con Indias hacía de la ciudad del Guadalquivir un centro de magistrados veniales, de mercaderes inmorales y de pícaros que recogían las migajas de la plata de Zacatecas y del Potosí. Y qué decir de la putería pública, tan común que muchos al entrar a la ciudad iban primero al burdel que a la iglesia.

Por fin llegó el día de la partida. Don Francisco de Aguiar y Seijas recorrió con su séquito por última vez las sucias calles cubiertas de toldos y llegó al Arenal. Una Babilonia se presentó ante sus ojos. Banqueros, mercaderes y corredores genoveses, venecianos, florentinos y alemanes, se codeaban con marineros sicilianos y griegos y con pilotos vizcaínos y portugueses. Rufianes, soldados, aventureros, gitanas, esclavos negros, busconas, celestinas y granujas de toda España se habían dado cita ahí también.

Cuatro docenas de barcos, entre naves mercantes y galeones armados, fondeaban en el río esperando a que subieran los pasajeros y llenando sus abultados vientres con todo tipo de objetos. Cientos de cargadores moviéndose como en un hormiguero las henchían con los vinos y aceites andaluces, con el azogue de las minas de Almadén para refinar la plata, con los paños de Normandía y de Flandes y con los brocados de Italia.

El obispo envió a su sobrino a buscar la nao en la que debían embarcar y una vez encontrada subió a ella con sus acompañantes y equipaje. Como dignatario enviado por Su Majestad, el obispo y su séquito no tuvieron que hacer las largas filas para abordar en las que estaban los pasajeros comunes. Tampoco le fueron registradas sus pertenencias por los oficiales del Santo Oficio, encargados de impedir el paso de libros heréticos.

A bordo de la nave fue recibido por el capitán, quien al mirar sus papeles y darse cuenta de su dignidad hizo un gesto de asombro. Era algo poco común entre las altas jerarquías que pasaban a América el viajar con un equipaje y una compañía tan modestos. Llamó a un grumete y le mandó que llevara a Su Ilustrísima y a su séquito al castillo de proa.

Sobre la cubierta, acomodados entre baúles, cajas, cestos y gallinas, algunos pasajeros miraban atentos sus pertenencias cuidándolas de las manos ávidas de pícaros y cargadores. Al sentir el ligero vaivén del barco, don Fran-

cisco comenzó a llenarse de ansiedad. Caminaba tropezando con los bultos pues, con la zozobra, la vista se le nublaba acentuando su natural miopía. Por fin llegaron al camarote que, teniendo en cuenta la dignidad del obispo, se les había asignado en proa. Aguiar se tumbó en el suelo pálido y angustiado, acosado por Lezamis, quien intentaba en vano calmarlo. Mientras don Alonso y don Baltasar acomodaban el matalotaje, entró al recinto un caballero que se hospedaba en la cámara vecina, que era la del capitán.

Dijo llamarse don Juan de la Cueva y ser oidor nombrado para la Audiencia de Popayán. Como don Francisco no parecía haber notado su presencia, don Baltasar tomó las palabras de la cortesía y le hizo plática. Presentó al señor obispo de Michoacán, quien seguía impávido, a don Alonso como su secretario, a don Joseph como su capellán y a sí mismo como su mayordomo. Para quitar la mala impresión que daba Su Ilustrísima enumeró sus títulos y linaje y preguntó por los de su interlocutor. El oidor, que no tenía muchos, cambió pronto de tema y contó que don Fernando de Valenzuela salía en esa misma flota desterrado para Filipinas; el famoso *Duende de Palacio* había caído en desgracia política, a pesar del apoyo de la reina, y sus enemigos lograban por fin deshacerse de él. De todos modos, con o sin don Fernando, no desaparecerían los muchos problemas que enfrentaba el gobierno de don Juan de Austria.

Hablar de la Corte llevaba como tema obligado el de la guerra con Francia, el de la paz que se estaba tratando en Nimega y el de la esperada boda del rey Carlos con María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV. Agotados los tópicos políticos permitidos entre burócratas, la charla se desvió hacia los viajes. El oidor había hecho en varias ocasiones la carrera de las Indias y contó a sus neófitos oyentes sus aventuras entre piratas y tormentas. Al escuchar esa palabra don Francisco, que ya había logrado cierta calma y estaba al tanto de lo que se hablaba, se puso frenético; agradeció cortante la visita y esperó a que don Juan saliera del camarote para comenzar a convulsionarse. Fue necesario llamar a un médico quien, con la ayuda de una sangría y de una emulsión, logró calmarlo.

Con el medicamento, el obispo se quedó dormido y no se dio cuenta cuando la flota zarpó del puerto. Tampoco vio los paisajes y los pueblos a orillas del Guadalquivir ni sintió la llegada a Sanlúcar de Barrameda. Cuando despertó iban ya camino a las islas Canarias. En el camarote lo acompañaba sólo don Joseph de Lezamis, quien velaba su sueño rezando.

—¿En dónde estamos? —preguntó Aguiar con voz temblorosa.

—Camino de la Gomera, Su Ilustrísima —contestó el capellán mientras lo ayudaba a incorporarse.

Con paso lento, don Francisco de acercó a la salida. Al abrir la puerta, el olor de las sentinas y de la comida provocaron en su estómago vacío una fuerte náusea que lo obligó a cerrarla. Se recostó de nuevo con una palidez sepulcral en el rostro. Sus parientes llegaron con un potaje que habían calentado en la única cocina del barco. El obispo lo probó pero al poco rato lo vomitó.

Saltándole las lágrimas a los ojos, gimió desconsolado:

—Santo apóstol Santiago, ¿cómo te dejé? —sus palabras quebrantaron el corazón de sus acompañantes.

Después de siete días de travesía llegaron a la Gomera, en las islas Canarias. Aguiar pisó tierra bendiciendo a Dios y al apóstol Santiago y, después de oír misa en la iglesia de Santa María del Paso, se fue a sentar con Lezamis a la orilla del mar. A lo lejos se veían hombres y mujeres bañándose, pues por lo menos en treinta días no lo podrían hacer. Don Francisco estaba comentando sobre esa nefasta costumbre de bañarse juntos los dos sexos, cuando Lezamis lo interrumpió para decirle que su sobrino se encontraba entre aquellas personas y que estaba jugueteando con una muchacha. El obispo se levantó con violencia, dispuesto a terminar con la pecaminosa situación, pero su capellán lo detuvo y le aconsejó que arreglara el asunto en privado. Esa noche don Alonso recibió una fuerte reprimenda y tuvo que prometer que el hecho no se repetiría.

La flota zarpó de las Canarias después de cargar agua potable para la larga travesía. Durante 19 días, las naves surcaron veloces las aguas tranquilas, llevadas por los vientos alisios. En ese tiempo el obispo, aunque siempre recluido en su cámara y probando apenas alimento, sobrellevó sus malestares con resignación; pero el vigésimo día amaneció con grandes nubarrones que se movían velozmente arrastrados por fuertes vientos. El suave balanceo de los días anteriores se convirtió en un agresivo vaivén y el violento crujir del maderamen golpeado por las olas sustituyó a los mitigados rechinidos.

Pasaron así tres días y el recio temporal iba desviando a la flota de su ruta. Una noche, un golpe de mar derribó a los que cuidaban el timón y el navío pegó en una peña que estaba cubierta por el agua, provocando un fuerte crujido que dejó más muertos que vivos a los que lo oyeron. A la obscuridad de la noche se unía la confusión de las voces de la gente que gritaba dándose ya por perdida.

—Andamos entre arrecifes —se escuchaba vociferar al capitán quien, asustado, trataba de infundir calma.

Don Francisco, pensando que le había llegado la hora de la muerte, abrió la puerta para mirar el firmamento terreno buscando en él una señal que le prefigurara el celestial. De pronto, sus miopes ojos vislumbraron en la obscuridad a innumerables demonios que vapuleaban el navío por todos lados, apoderados de los elementos del aire y del agua. Un diablo en forma de gigante se mecía sobre el árbol mayor y mientras desgarraba las velas con sus pezuñas decía:

—Francisco, no permitiremos que nos quites las almas que nos pertenecen. No llegarás a Indias.

De pronto, de sus enormes fauces salió un grito como el trueno y cayó al mar arrojado por una luz enceguecedora. Aguiar miró hacia donde salía esa luz y vio a la Virgen María en el cielo, rodeada de rayos y guiando a un ejército de ángeles armados de espadas luminosas. Ante tal visión los demonios corrieron espantados y, perseguidos por las fuerzas celestes, abandonaron su presa. Entonces el mar se amansó.

—Despierte, Su Ilustrísima, despierte que ha pasado ya la tormenta —escuchó el obispo que le decía una voz lejana.

Poco a poco, conforme iba recuperando la conciencia, se fue dando cuenta de que la sensación de náusea que lo acompañó durante todo el viaje había desaparecido. Su cuerpo ya no experimentaba tampoco el vaivén que tantas angustias le causara. Pensó incluso que ya estaba en tierra.

Ayudado por su capellán, el arzobispo se levantó y salió fuera del camarote. A su alrededor reinaba una calma absoluta. El mar parecía un espejo azul y en el cielo no había ni una nube. En esa inmensidad inmóvil, 25 naves con sus flácidas velas reposaban como muertas a causa de la total ausencia del viento que les daba vida.

La tormenta había desviado de su ruta a la flota y lo que quedaba de ella, un poco más de la mitad, yacía allí, perdida, sin poderse mover y sin saber en dónde estaba. Pasaron así varios días y pronto agua y alimento tuvieron que ser racionados. El vino, que de tan amargo podía servir para aliñar lechugas, era ahora un lujo preferido mil veces al agua mohosa y estancada. Las gallinas y los cerdos que sobrevivían fueron desapareciendo poco a poco para saciar el hambre de los desesperados navegantes, que terminaron hasta con los pies de cría y con las ratas. En breve sólo se pudo hacer una comida cada 24 horas.

Desde el primer momento de tan desesperante calma, el obispo desarrolló una gran actividad. Parecía ser el único al que no preocupaba lo que estaba pasando. Todos los días, ayudado por su capellán, ponía sobre cubierta un altar con una imagen y cirios y decía misa con gran devoción. En las noches, bajo la luz de un farol, explicaba la doctrina cristiana y preparaba a las almas para su inminente tránsito al más allá. A estos ejercicios unió el despliegue de su apabullante caridad. Repartió sus provisiones entre los pasajeros necesitados pues, acostumbrado a largos ayunos, no necesitaba casi nada para su sustento. Sus camisas y calzones nuevos pasaron a manos de los miserables, de tal forma que todo el resto del viaje anduvo con la ropa sucia y raída. Incluso retomó sus prácticas habituales, abandonadas por la enfermedad, y se levantaba a deshoras de la noche, pensando que todos dormían, para lacerarse.

Al quinto día despertó con una sensación tan fuerte sobre la vanidad de las cosas de esta vida, que mandó buscasen los sellos que se traían con su escudo de armas. Su secretario le dijo que no venían a mano y que los buscaría cuando bajasen. Pero Su Ilustrísima no quiso esperar y ordenó que se revolviese todo hasta encontrarlos. Varios cajones fueron desclavados para hallar los sellos y, cuando los tuvo, el obispo mandó que se borrasen de ellos con un clavo los blasones de sus ilustres apellidos, a excepción de la imagen del Santísimo Sacramento, uno de los símbolos de Galicia.

Pasaron doce jornadas de angustiosa inmovilidad hasta que una mañana la brisa hinchó las decaídas velas y la flota empezó a moverse rumbo a la isla de Guadalupe. Los gritos de júbilo llenaron el viento que arrastraba las naves por esos reinos verdiazules. Todos estaban contentos de haber salido ilesos de aquel trance menos el obispo, quien regresó a sus achaques y malestares. Éstos se agravaron tanto que llegó incluso a disponer su testamento, asignando que de la cuarta vacante del obispado que el rey le había concedido, se les diesen a sus familiares doscientos ducados para que pudieran volver a sus tierras.

Viajaron dos días con sus noches rodeados siempre del mismo horizonte, hasta que finalmente llegaron a la isla de Guadalupe. Ahí ya no los esperaban y al verlos los recibieron con toques de campanas y gran algarabía. En toda la isla se conoció a esa flota como *la flota del milagro*. Después de decir una misa a Santa Úrsula y las once mil vírgenes por los favores recibidos, los navíos siguieron la ruta acostumbrada hacia Puerto Rico. Ahí se separaron los que iban a los reinos del sur, mientras que los de Nueva España

tomaban el rumbo de Santo Domingo y de La Habana. La cercanía que las islas del Caribe tenían una de otra dio a los viajeros una gran seguridad, haciéndolos olvidar las pasadas jornadas. Los bailes y la alegría de vivir acompañaron la travesía de aquí en adelante y los nuevos sabores y olores deleitaron los sentidos y sustituyeron las antiguas privaciones.

La Habana recibió a *la flota del milagro* con aguardiente y comida fresca y la despidió entre sones y risas. Faltaban veinte días más de viaje, pero en esa última etapa de la travesía nadie parecía ya sentir la estrechez y suciedad del barco. Los olores a orines, excrementos, eructos, vómitos y flatos pasaban ya desapercibidos y las molestas cucarachas, chinches y pulgas se habían vuelto tolerables. Hasta el obispo estaba acostumbrado ya a sus mareos.

En otras ocasiones, tan relajada situación se prestaba para organizar peleas de gallos pero, como se los habían comido, los viajeros se conformaron con admirar bailes y pantomimas. Don Francisco charlaba con don Alonso en el camarote cuando don Joseph llegó alterado:

—Unas gitanas están bailando sobre cubierta con tales atrevimientos que en sus movimientos llegan a levantar la falda hasta media pierna e incitan la lascivia.

El obispo se levantó indignado y, seguido por su capellán y su sobrino, fue hacia allá. Con un manazo hizo callar al muchacho que tocaba la guitarra y con voz tonante comenzó un sermón en el que comparó a los presentes con el inconstante pueblo de Israel, entregado a idolatrar un becerro de oro en el desierto después que Dios lo había librado de la esclavitud de Egipto. Arremetió después contra las mujeres, dirigiéndose en especial a una joven gitana que lo miraba retadora.

—Tú, mujer, con tu cerviz altanera como de serpiente y tu cola y zapatos de tacón que parecen los pies con que pintan a Satanás, eres la puerta del infierno y la causa de que muchos hombres se pierdan. Arrepiéntete o arderás por toda la eternidad.

Ante tales invectivas, la alegre tertulia se disolvió y cada quien se fue a su rincón a rumiar sus pecados o a maldecir a tan impertinente aguafiestas.

Esa noche Aguiar y Seijas durmió muy intranquilo, tanto que a eso de las dos tuvo que levantarse a practicar sus laceraciones. Mientras buscaba los flagelos descubrió que el lugar donde don Alonso solía dormir estaba vacío. El obispo salió a cubierta movido por la intuición de que algo no andaba bien. La luna llena bañaba con una luz de irrealidad a bultos y personas, entre los que el sacerdote avanzaba a tientas. De pronto, oculto tras los ronquidos y

el sonido del mar golpeando contra la quilla, se escuchó un gemido. Aguiar caminó hacia él y descubrió horrorizado lo que ya temía. Don Alonso jadeaba hundido entre las faldas de la gitanilla a la que él había amonestado.

Con santa ira, el sacerdote tiró al joven por el jubón y permitiéndole apenas subirse los calzones, entre las risas y las chanzas de los viajeros, lo llevó cogido por una oreja al camarote. Allí, frente a sus soñolientos y asombrados acompañantes, le habló del monstruoso pecado que acababa de cometer y del escándalo que, como familiar de un obispo, había dado en el barco. Don Alonso respondió que lo del escándalo no había sido culpa suya y eso bastó para hacer estallar el alterado ánimo del obispo. Enceguecido por la ira, tomó los flagelos que estaban sobre un baúl y con despiadada furia arremetió contra su sobrino, dejándolo bañado en sangre. Don Alonso nunca olvidaría esa lección.

A la mañana siguiente, las trece naos que formaban la famosa *flota del milagro* vislumbraban a lo lejos el fuerte de San Juan de Ulúa y el puerto de Veracruz. Era un 14 de octubre, día de San Calixto, obispo de Roma y mártir.

3. LA REFORMA

Carta de fray Joseph Sicardo a fray Juan Bautista Sicardo, Ciudad de México, 10 de diciembre de 1675.

Querido hermano:

En la flota que llegó en septiembre pasado vinieron muy buenas nuevas de aquellas tierras. En ella arribó el señor visitador fray Juan Antonio de Herrera, a quien tanto habíamos esperado, y él me entregó tu carta en la que me informas de tu nombramiento como lector de Prima en Alcalá. Siempre me da gusto recibir noticias tuyas.

Por acá el negocio de la reforma va viento en popa. El visitador, con gran sapiencia, ha corregido muchas de las corruptelas que asolaban a esta provincia y consiguió acabar con las irregularidades del capítulo que se celebró en mayo de este año. Toda la ciudad esperaba con ansiedad la celebración de ese capítulo pues en él se pondría fin a la "monarquía" de fray Hernando de Sosa. Su Ilustrísima fray Payo de Ribera, haciendo uso de la

autoridad virreinal con que está investido, obligó a que se aplicara el breve de la alternativa, suspendido como sabes hace ya casi quince años, y reunió en México a la dispersa comunidad de religiosos peninsulares para preparar, con sus hermanos de hábito, el tan esperado cambio. Yo mismo regresé de mi exilio en Michoacán y traje conmigo a fray Antonio Gutiérrez. Con los compañeros que llegaron con nosotros en 1668, y otros dos frailes andaluces llamados fray Antonio de Quesada y fray Sebastián Trujillo, venidos para desgracia nuestra en 1670, somos en total once peninsulares.

A pesar de los buenos augurios, el capítulo no resultó tan bueno como esperábamos. En él salió electo fray Gonzalo del Valle, ese anciano andaluz inepto que llegó con nosotros y del que decíamos que era más estorbo que ayuda. Sin haber tenido oficio alguno en la provincia de Andalucía, le eligieron por provincial, ¡oh ironía!, los mismos que en el capítulo de 1670 determinaron no recibirle. Fray Hernando de Sosa y fray Marcelino de Solís lograron el apoyo de los cuatro padres andaluces y repartieron entre ellos algunos cargos para comprar sus votos. A Quesada lo nombraron prior de la Casa Grande de México y a Trujillo le dieron uno de los definitorios. Fue comprada la voluntad del oidor Juan Gárate, que presenciaba el acto como representante de la Audiencia, y los criollos aliados recibieron importantes cargos a cambio de su ayuda. Fray Gonzalo del Valle mostró ser no sólo inconstante sino muy ambicioso pues, cinco meses después del capítulo, descubrimos que intentaba sacar a hurtadillas cinco mil pesos del convento. Eso y todo lo que Del Valle hacía no era más que producto de la ciega obediencia a la voluntad de Sosa y de Solís, como hechura que era de sus manos. En fin, las cosas parecían no haber cambiado un ápice.

Pero gracias a Dios y a sus certeros juicios, los manejos de esos discípulos de Satanás duraron poco. Ya desde España fray Juan Antonio mostró su gran celo por la reforma al traer consigo al padre Jerónimo de la Colina, que como recordarás estaba como procurador de los criollos en la Corte. Su Paternidad no quiso dejar en España a esta serpiente, pues de su estancia y ociosidad se podrían reconocer algunos inconvenientes contra el fin de la visita. Creo que por el momento no podrá hacer más daño.

Una vez llegado a este reino, el padre visitador dirigió sus primeras acciones a corregir las relajadas costumbres y a castigar algunos abusos. Primero quitó el hábito y expulsó de nuestro noviciado a siete mestizos y mulatos. Los criollos no aceptan frailes peninsulares, pero son muy pródigos en recibir a este género de gente perniciosa al servicio de Dios y de Su Majes-

tad. Prohibió después que los religiosos fueran a las comedias y a los toros y que anduvieran vestidos con capa y sombrero como los seculares. Obligó a todos los frailes a comer en comunidad en el refectorio y ordenó que nadie tuviera sirvientes personales. Destituyó del priorato a fray Antonio de Quesada por inepto y lo acusó de 28 cargos y en su lugar puso a nuestro fray Antonio Gutiérrez. Fray Juan Antonio llegó como la espada justiciera de Dios y nos ha dado la victoria sobre nuestros enemigos.

Ahora está visitando las casas de la provincia. A México llegaron hace poco noticias de sus trabajos en ellas: pone orden en la administración de sus bienes y sus propiedades y promueve la reedificación de iglesias, la reparación de edificios y la recuperación de la riqueza de algunas sacristías que habían sido saqueadas por sus voraces priores. Alabado sea Dios porque finalmente escuchó nuestras súplicas y corrigió tantos abusos.

Como te podrás imaginar, fray Payo ha prestado a la visita todo su apoyo, lo mismo que los demás señores obispos que gobiernan las diócesis donde nuestra orden tiene casas. Y a propósito, en la flota llegó la designación de nuestro amigo don Juan Ortega y Montañés para el obispado de Guatemala. En mayo de este año fray Payo lo había consagrado obispo de Michoacán, para ocupar el vacío dejado por nuestro querido fray Francisco Sarmiento y Luna. Pero los designios del Consejo lo enviaron a los confines de Nueva España. Quiera Dios que sea nombrado para Michoacán un prelado de tan altas dotes como los anteriores.

Espero, querido hermano, recibir pronto noticias tuyas y de nuestra amada patria que tanto extraño. Dame cuenta de la situación de don Juan de Austria y de lo que sus partidarios están preparando ahora que Su Alteza el príncipe Carlos, que Dios guarde, cumple la mayoría de edad. ¿Cómo están nuestra madre y nuestros hermanos y hermanas? ¿Qué ha acontecido en el último capítulo de nuestra provincia de Castilla? Escribe pronto y que Dios cuide y proteja tus pasos.

Carta de fray Joseph Sicardo a fray Juan Bautista Sicardo, Antequera de Oaxaca, 10 de junio de 1678.

Querido hermano:

La flota que llegó de España en mayo pasado trajo carta tuya en la que me informas de los sucesos acontecidos el año pasado en aquellos reinos. Por acá llegaron ya las noticias de la caída de Valenzuela y de la entrada

triunfal a Madrid de don Juan de Austria. A pocos asombró un hecho que desde hacía tiempo se esperaba, pues nadie mejor que Su Alteza para asistir como consejero a Su Majestad el rey Carlos, que Dios guarde. Bien sabemos que, a pesar de sus buenas intenciones, la reina Mariana estaba sometida a la voluntad del *Duende de Palacio* y que tal situación era ya intolerable. Pero lo que no sabíamos, y eso me ha llenado de gran tristeza, es que, a pesar de los intentos de don Juan por acabar con las corruptelas, su gobierno no logra cumplir con lo prometido y muchos murmuran contra él. Pero ¿con qué armas podría luchar contra las hambres y las epidemias con las que, por nuestros pecados, está probando Dios a su pueblo? Nuestro Señor tenga misericordia de España.

Por estos reinos la situación lleva mejores cauces. Su Excelencia Ilustrísima fray Payo de Ribera gobierna con mano tan firme que se han desterrado corruptelas, escándalos, vicios y pecados públicos. Muchos obstáculos, sin embargo, tuvo que vencer en esta república donde todos son parientes, compadres o amigos y se solapan unos a otros. Incluso su buen celo ha sido a veces engañado por los ministros de justicia y gobierno de Su Majestad, cuyos tratos ilícitos eran vulnerados por la actuación de tan cristiano príncipe. Fue lamentable el caso del desagüe de la laguna, entregado e inaugurado por Su Ilustrísima en julio de 1675 y que después de un año mostró ser totalmente ineficaz. El proyecto fue presentado por el fiscal don Martín de Solís, el oidor don Gonzalo Suárez de San Martín y el ingeniero Pozuelo de Espinosa y prometía, duplicando los gastos y aumentando los operarios, que la obra se acabaría en un año. Y en efecto se acabó, pero con tan precaria vida que al poco tiempo ya no desaguaba. Su Ilustrísima volvió a nombrar a los mismos para continuar la obra y lamentablemente no se ha percatado que la codicia está detrás de todo el asunto y que buena parte del dinero de la obra fue a dar a las arcas de esos funcionarios. Nosotros conocemos bien al oidor Suárez de San Martín pues, como recordarás, fuimos víctimas de sus turbios manejos a nuestra llegada a estas tierras. No es un hombre de fiar, pero Su Ilustrísima tendrá sus razones.

A pesar de este incidente lamentable, las obras del señor arzobispo no pueden ser más meritorias ni su actuación menos brillante. Ha fundado un recogimiento para mujeres pobres y virtuosas, un hospital de convalescientes encargado a los hermanos betlemitas, y varios conventos de religiosas. Ha ayudado con grandes limosnas a la reconstrucción de nuestra iglesia grande de San Agustín de México, que, como te habrás enterado, se in-

cendió en diciembre de 1676. Con sabiduría y buen tino rige esta Nueva España como su pastor y como su príncipe. Fortaleciendo las misiones de Coahuila expande nuestra santa fe entre los paganos. Reforzando las fronteras asoladas por las tribus bárbaras con fortalezas y reuniendo ejércitos para lanzar a los ingleses asentados en Coatzacoalcos y la laguna de Términos, protege a este reino de sus enemigos.

Y no menor es su interés por acabar con las lacras que sufre el estado eclesiástico. Hace poco prohibió que los seglares frecuentasen como devotos los conventos de religiosas y ordenó castigar severamente la menor indecencia que se cometiere en los locutorios. Y sobre todo, lo que más importa a nuestra muy querida religión agustiniana, ha dado todo su apoyo para el feliz término de la visita reformadora de fray Juan Antonio de Herrera. En el reciente capítulo provincial celebrado en México, el señor visitador promovió la elección de fray Juan Ponce que, aunque criollo, es hombre virtuoso y apropiado para terminar con el gobierno despótico de fray Hernando de Sosa y de fray Marcelino de Solís, a quienes siempre se ha opuesto.

En el capítulo se otorgaron muchos prioratos y cargos a los hermanos peninsulares. Fray Antonio Gutiérrez es ahora definidor y yo, indigno siervo del Señor, me ocupo del priorato de Oaxaca. En el poco tiempo que llevo aquí, he tenido que luchar contra las secuelas que ha dejado el tiránico gobierno anterior. El convento estaba en las manos de dos hermanos, fray Diego y fray Ambrosio Pantoja, a quienes tuve que expulsar por irreductibles. Frente a mis pobres fuerzas veo un enorme trabajo por realizar. Aumentar la plata de la sacristía, los adornos de la iglesia y los solares y bienes del convento saqueados por mis antecesores, no es obra de un día; pero Dios proveerá.

Esperando noticias tuyas, recibe con ésta los saludos y afectos de tu hermano.

Carta de fray Joseph Sicardo a fray Juan Bautista Sicardo, Ciudad de México, 28 de agosto de 1680.

Querido hermano:

Hoy, día de San Agustín, hemos celebrado la fiesta de nuestro santo patrono con la asistencia de Su Ilustrísima fray Payo de Ribera. El acto fue muy lucido y se ha dicho misa frente a un hermoso altar con el Santísimo, decorado con joyas en forma de sol y de luna. A falta de iglesia, pues aún

está en obras la nueva, las ceremonias fueron en la capilla de nuestro noviciado. Pero a pesar de la alegría que debe acompañar una celebración tan importante, mi ánimo está triste. La luz del espíritu en que nuestro santo fundador creó nuestra orden ha dejado de brillar en esta provincia, y las tinieblas del infernal abismo se ciernen de nuevo sobre ella.

El año pasado, fray Juan Antonio de Herrera partió de este reino al celestial después de haber dado por terminada su visita. Su último acto como visitador fue una sentencia contra fray Hernando de Sosa, por la que perpetuamente lo privaba del derecho de asistir a capítulo y lo obligaba a vivir a catorce leguas de México. A fray Gonzalo del Valle se le quitó también voz y voto en los capítulos. A pesar de eso, por nuestros pecados, sólo se ha logrado que un nuevo "monarca" se erija en lugar del antiguo.

Como la cabeza de la hidra, que al ser mutilada crea otra, en esta provincia está surgiendo un nuevo tirano que tiene por nombre fray Diego Velázquez de la Cadena. Como hermano del secretario de Gobernación y Guerra y aprovechando sus influencias en la Corte, este monstruo de maldad está, desde hace varios meses, ganándose las voluntades para manipular las elecciones del capítulo del año próximo. Sus métodos son los mismos que siempre han utilizado los criollos: comprar votos con promesas de cargos, untar plata a los oidores, hacer regalos aquí y allá. Y por supuesto, el excesivo número de votantes se presta a las mil maravillas para estas corruptelas. A pesar de estar anulados los votos de gracia y de las recomendaciones del visitador para que no se concedieran más, los criollos procuran dispensaciones de ello obteniendo presentaturas y magisterios supernumerarios. Luego que consiguen cualquier priorato, administración de hacienda o procuración de un convento y sacan de ello algún caudal, lo aplican a solicitar estas gracias, para lo cual se valen de informes siniestros. Con estos votos fray Diego podrá hacer lo que quiera en el capítulo.

Pero su malevolencia va aún más allá. Para guardar las apariencias de legalidad y mantener la ley de la alternativa, ha comenzado a incorporar a la provincia a religiosos vagos que, sin licencia de Su Majestad, llegan a este reino desde España; por que no los hagan volver a sus provincias o pasar a Filipinas toleran e incluso apoyan cuantas relajaciones se practican. Un fray Francisco Castellanos, enviado por la provincia de Andalucía a pedir limosna a Zacatecas, ya está apalabrado con el padre De la Cadena para comprar un priorato. Otro fraile llamado Joseph de Lanzuela, aragonés que había pasado con el visitador de Quito y ha vivido fugado en Oaxaca y

Guatemala, está ahora también en México para el capítulo. Mal nos veremos los padres reformadores peninsulares si estos elementos van a ser el apoyo de nuestra facción. Además, como el trienio entrante toca a los peninsulares por la alternativa, fray Diego de la Cadena prepara para el provincialato a fray Antonio de Quesada, el andaluz a quien el visitador privó de oficio de prior del convento de México por su ineptitud y sus corruptelas.

Imaginarás cómo nos irá con un prelado con tales antecedentes; y peor aún será para esta provincia el caer en las manos de un personaje como el padre De la Cadena, de quien se cuenta que, junto con Sosa y Solís, visitaba la casa de las hermanas Monleone, mujeres de mala nota, donde se hacían juegos y otras indecencias. A esas señoras las llamaban primas de Sosa y después de esto Sosa y Cadena se tenían por primos.

A pesar de haber dejado fray Juan Antonio de Herrera 18 iglesias labradas de nuevo, y adornos en sus sacristías, estos malévolos frailes, para desacreditar la visita, han enviado siniestros informes donde lo acusan de haberse llevado grandes cantidades de dinero y joyas de la provincia y de haber manipulado ilegalmente la votación en el capítulo anterior. Gracias a Dios, fray Juan Antonio nunca se enteró de estas calumnias pues murió en La Habana antes de llegar a la patria. Pero con obras como ésta, las fuerzas del mal vuelven a las andadas. La riqueza y el poder tienen al parecer un peso mucho mayor que las consideraciones dictadas por el servicio del rey y hasta por el de Dios.

Para colmo de males, nuestro protector y auxilio, fray Payo de Ribera, ha sido llamado a España y abandona sus cargos de arzobispo y de virrey. Sin nuestro escudo no podremos hacer mucho. Aunque tenemos el apoyo de algunos criollos como el prior de México, fray Bartolomé Gil Guerrero, y del provincial fray Juan Ponce, enemigos del padre De la Cadena, bien poco es en comparación con los muchos con que éste cuenta. Incluso se dice que ha enviado a pedir a Roma la presidencia del capítulo para su persona o para fray Diego de Reina, un anciano que es de sus incondicionales.

No obstante, todavía podemos esperar un cambio. La seguridad que tiene de su triunfo no es tan grande, pues ha ofrecido a fray Antonio Gutiérrez el priorato del convento mayor de México a cambio de su apoyo, lo que nos hace pensar que está temeroso de no tener a todos de su parte. La única manera de desbaratar su juego es lograr que el general de la orden no consienta en la presidencia solicitada y se oponga a sus malos manejos. Para esto necesitamos tu ayuda en este momento en que te encuentras tan

cercano a la Corte pontificia. En España poco podemos hacer ahora que murió don Juan de Austria y que no hay valido a quien acudir, pues según acá sabemos, la reina ha tomado de nuevo a Su Majestad bajo su custodia y, mujer al fin, poco sabe de cosas de gobierno.

Mañana partirán los avisos para Veracruz con la flota que ha traído a Su Excelencia, el marqués de La Laguna, el nuevo virrey. Aprovecho que en ella va para Roma el padre Pedro Sánchez de la Compañía y con él te envío esta carta. Dios, en sus insondables juicios, quiera ayudarnos en este negocio que es en su servicio. En espera de tener pronto noticias tuyas, recibe mis afectos y mis esperanzas.

Antonio de Robles. *Diario de sucesos notables. Viernes 25 de abril de 1681. A las nueve de la mañana se desbarató el juego del provincial Ponce, porque se fue fray Antonio Gutiérrez a favor de Cadena; a las tres recibieron al presidente, cayó malo el maestro Reina, y entró el maestro Almazán a serlo; asistieron dos oidores don Juan Miguel de Agurto y don Fructos Delgado... Sábado 26, salió electo provincial fray Antonio Quesada con ochenta votos.*

Después de todo algo había cambiado en la provincia... los nombres.

4. EL COMETA

Convento de San Joseph de Gracia, entre el 12 de septiembre de 1680 y el 9 de febrero de 1682.

—Sé humilde y respetuosa, responde siempre con la verdad y no hables cuando no se te interrogue —dijo don Joseph sosteniendo con una mano la brida del caballo, mientras con la otra ayudaba a Antonia a que subiera a la grupa.

—Y obedece todo lo que te manden —agregó la muchacha con el tono de quien ha escuchado una recomendación cien veces.

El hombre colocó un bulto de ropa sobre el caballo y, al montar, sintió los brazos de la joven rodeándole el torso. Padre, hija y bestia salieron con trote lento de la casa familiar.

—¿Cuánto tiempo estaré en el convento? —preguntó Antonia, titubeando.

—Tres años, mientras aprendes lo necesario.

—¿Y después regresaré a vivir con Sus Mercedes?

Hubo un silencio seguido por un sí. El caballo y sus jinetes atravesaron entre un bullicio y un color que los sentidos de la muchacha bebieron con avidez. No había pasado media hora cuando el animal se detuvo ante los muros del convento de San Joseph de Gracia. El padre bajó del caballo y tomando a Antonia por la cintura la depositó en el piso. Puso después el bulto de ropa en sus manos y con sus nudillos tocó el portón.

El óvalo de un rostro cubierto con un velo se asomó por la puerta entreabierta. Antonia abrazó a su padre y con pasos dudosos atravesó el umbral. Antes que la puerta se cerrara alcanzó a ver una mano que le decía adiós.

—Mi nombre es sor Nicolasa de Jesús —escuchó la muchacha de labios de una anciana monja que se quitaba el velo del rostro y cerraba la puerta con una gruesa llave.

—El mío es Antonia de León y soy de Toluca —respondió la joven dejando en el suelo el bulto que cargaba. La portera hizo una seña a la recién llegada para que la siguiera. Desde que entró por la portería, Antonia no dejó de hablar un minuto. Contó a la anciana que hacía cuatro años que vivía en la Ciudad de México y que tenía dos hermanos casados en Toluca, a los que acababa de visitar. Relató que su madre cocinaba muy bien y que su padre viajaba mucho. La monja la escuchaba con paciencia mientras atravesaban claustros y huertas. Al llegar a la casa-celda donde vivía la abadesa, sor Nicolasa tocó la puerta y anunció a la superiora la llegada de la nueva pupila.

Una mujer de cara seria y arrugada las recibió sentada en una silla de brazos con las manos sobre el regazo. Sor Ignacia de la Concepción, abadesa del convento desde hacía un año, era miembro de una importante familia criolla y ocupaba por segunda ocasión el honroso cargo gracias a su virtud y a su linaje. La superiora envió a sor Nicolasa en busca de la madre vicaria y de la monja que se haría cargo de Antonia.

La joven besó una mano huesuda y llena de manchas que le tendió la abadesa, y a instancias suyas tomó asiento. A diferencia de la confianza que le inspirara sor Nicolasa, sor Ignacia le imponía reserva y silencio. Su ceño adusto y el tono de reprimenda con que hacía las preguntas sobre conocimientos religiosos, le daban temor y le producían incomodidad.

Su tensión se relajó con la llegada de una monja afable y cordial. Era la hermana del cuñado de Antonia, sor Isabel de San Miguel; ella se haría cargo de su educación y su cuidado mientras estuviera en el convento. La abadesa le encargó a la joven León como a una hija, pero sus palabras sonaban frías, como dictadas por la costumbre. Al poco rato llegó la vicaria sor Florentina de Cristo, quien como segunda autoridad de la comunidad enumeró a la recién llegada sus principales obligaciones: obediencia, recato, silencio y, sobre todo, evitar las áreas que estaban prohibidas, tales como las azoteas. A Antonia tampoco le simpatizó sor Florentina.

Sor Isabel llevó a su pupila a la casita donde vivía con su sobrina Catarina, que también estaba como educanda en el convento, y con Domitila, una anciana esclava negra que había sido su nodriza. Cuando entró Antonia, los ojos de Catarina brillaron de alegría. Por fin había llegado una muchacha de su edad. Ambas tenían quince años y desde el principio se hicieron amigas.

En su primer día en el convento, Antonia recorrió de la mano de Catarina todas las dependencias. Visitaron el noviciado, las salas de labor, los lavaderos, la enfermería, los coros alto y bajo y las huertas. En el locutorio, una monja ofrecía por el torno una taza de chocolate a su madre que la visitaba. Las manos de Antonia se aferraron a la gruesa reja de hierro que separaba la clausura para comprobar su solidez. Al final charló animada con la hermana tornera sor Micaela de San Bernardo, quien respondió a las preguntas de su insaciable curiosidad:

—Las hermanas —le dijo— pueden hablar ante este velo y reja con los visitantes que lleguen a verlas durante tres horas de la mañana y tres de la tarde. Pero para poder hacerlo deben pedir permiso a la madre abadesa. En las conversaciones siempre deben estar presentes las madres escuchas —y señaló a dos monjas que rezaban sus rosarios sentadas cerca de la reja—. Su cuidado es dar aviso a la abadesa de cualquier cosa que conviniera remediar, si es que han escuchado pláticas no convenientes al estado religioso. Ellas deben decir todo lo que oyeren y yo debo registrar todo lo que entra y sale por el torno.

Remarcó esta última frase con una sonrisa de benevolencia. Antonia intentó imaginar las cosas a las que se refería pero no se le ocurrió ninguna.

Después de la oración de *sexta*, cuando la comunidad se preparaba para la comida, las dos amigas entraron por el saloncillo chocolatero hasta la sacristía. La hermana sor Clara de San Francisco, encargada de cuidar los ob-

jetos sagrados, les mostró custodias, cálices, mantos y cruces. Las piedras preciosas refulgentes sobre el oro y la plata les llenaron los ojos de fascinación. La sacristana sacó después varios relicarios y señaló algunas de las reliquias más veneradas: una muela de Santa Apolonia, una gota de leche de la Virgen, un trozo de hábito de San Antonio.

En eso estaban cuando una monja de tez morena, vestida con un hábito distinto al de las demás, llamó a sor Clara. Catarina le dijo a Antonia al oído:

—Ella es sor María de Guadalupe, la llaman la *Donada* porque cuando era pequeña sus padres la regalaron al convento. Siempre está riñéndonos, pero es muy buena; se encarga de limpiar la iglesia, pidámosle que nos la muestre.

Cuando la madre sacristana y la *Donada* terminaron de hablar, las jóvenes pupilas pidieron permiso para visitar el templo. Acompañadas por sor María, se asombraron ante los dorados retablos y las coloridas pinturas. Antonia leyó en una lápida que estaba en el presbiterio el nombre de don Fernando de Villegas y preguntó quién había sido. La *Donada* hizo sentar a las niñas en el piso y les contó la historia:

—Don Fernando fue el fundador y patrono de este convento que antes se llamaba Santa María de Gracia. Lo mandó construir hace más de setenta años para que en él se albergaran sus ocho hijas y su suegra. Cuando don Fernando murió, su sucesor, don Diego, quiso excusarse de los deberes del patronazgo, por lo que el convento entró en pleito con él y le quitó sus derechos, nombrando un nuevo patrono. Muchas monjas entraron entonces al convento, pero sus celdas comenzaron a ser insuficientes y aunque el patrono quería ayudar a construir nuevas dependencias, no había espacio para dónde crecer. En ese tiempo, el convento compartía su iglesia con el vecino recogimiento de Santa Mónica que albergaba a mujeres viudas. Una madrugada, las monjas mandaron a las niñas y a las sirvientas a hacer un gran agujero en la pared que compartían con el recogimiento. Después ellas mismas entraron con palos y echaron a la calle a las recogidas quedándose con su casa...

Un "¡hermana!" suspendió la historia. Sor Florentina, la vicaria, les recordó que la abadesa había prohibido a las educandas hablar con las donadas y menos en la iglesia. Riñó con severidad a sor Clara por permitir tal desacato y a sor María por propiciarlo, y envió a las niñas a su casa.

Por la tarde, después de la comida, Catarina llevó a Antonia a conocer a las tañedoras, ocupadas en llamar a oraciones, comidas y labores con las

noventa campanadas espaciadas entre la salida y la puesta del sol. Le presentó después a la maestra de novicias, que tenía a su cuidado educar a las muchachas que iban a profesar como monjas. Al final conoció a la madre contadora y a sus ayudantes, las clavarias, que custodiaban las arcas conventuales y se hacían cargo de los bienes y gastos.

A todas ellas Antonia les preguntó sobre sus oficios y todas tuvieron que escuchar la historia de su vida, empezando desde su estancia en Toluca. Por la noche Catarina resumió a su tía las actividades del día y tuvo la ocurrencia de llamar a Antonia la *Toluca*, dada su insistencia en hablar de esa ciudad. El mote tuvo tal aceptación que pronto toda la comunidad la llamaba así.

Después de cenar, mientras Domitila guardaba entre los rescoldos algunas brasas para encender la siguiente lumbre, sor Isabel contó a su pequeña familia la noticia que había conmocionado a la capital del Virreinato: los indios de Nuevo México, rebelados contra los españoles, habían tomado Santa Fe, la capital, cometiendo en ella grandes atrocidades. Los franciscanos que misionaban allí habían sido asaeteados, degollados y guisados. Todos los blancos tuvieron que huir del reino. En Puebla, una beata china llamada Catarina de San Juan tuvo la visión de lo sucedido semanas atrás y había narrado esos horrores con lujo de detalles. Los obispos pedían que toda la Nueva España orara por la victoria de los cristianos contra esa bárbara gente. Sor Isabel insistió en que ellas debían pedir a Dios en sus oraciones por tan excelsa causa.

Al irse a dormir, Antonia pensó en la tristeza de la partida y en su reflejo en los rostros de sus padres y recordó a las personas que había conocido ese día. A pesar del regaño en la iglesia, estaba feliz con su nueva casa y con su nueva amiga. En sus oraciones pidió por su familia, por Catarina y por todas las monjas, incluso por la abadesa y la vicaria. Hizo también una plegaria especial por la pronta reconquista del Nuevo México.

Las semanas siguientes pasaron plácidas entre las oraciones conventuales y las labores manuales. La *Toluca* aprendió a cocinar ricos guisos nuevos y se perfeccionó en el bordado, en la costura y en el arte del deshilado. También educó su voz para entonar cantos litúrgicos y profanos y afianzó sus escasos conocimientos doctrinales con la recitación del catecismo en las horas de labor. Aunque ya sabía leer y escribir, con la ayuda de sor Isabel agilizó su lectura y mejoró su caligrafía. La aritmética, en cambio, le costó algún trabajo. Todas sus noches y sus mañanas se llenaron con nu-

merosas prácticas y devociones nuevas. Lecturas ejemplares, examen de conciencia, rezo del rosario, asistencia a celebraciones litúrgicas, procesiones por los claustros. Sin embargo, como educanda que era, no estaba sujeta a las obligaciones que tenían las novicias y las monjas y aún podía disfrutar de los placeres de la adolescencia. Peinaba con esmero sus cabellos, pasaba algún tiempo mirándose al espejo, jugaba a la gallina ciega, bailaba y charlaba con sus ya numerosas amigas.

En la madrugada del 16 de noviembre la despertó la voz de Catarina, quien la llamaba para que salieran al patio. Domitila le había contado que desde la noche anterior se veía por el oriente un cometa y ella quería constatar tal prodigio. Las dos jóvenes se pusieron sobre los hombros unas chalinas de lana para protegerse del frío y salieron al patio. Dentro del pedazo cuadrado de firmamento que desde allí se veía, no había nada parecido a una gran estrella fugaz cruzando el cielo, que era como ellas se imaginaban un cometa. Catarina propuso subir a la azotea y, después de vencer una débil oposición de Antonia, tomaron camino hacia las escaleras que conducían a ella. Los ojos ávidos buscaron el deseado cuerpo celeste y al encontrarlo las bocas asombradas emitieron un inaudible pasmo. La cauda luminosa estaba ahí, con su imperceptible movimiento, distinta al resto de las estrellas, única. Catarina comentó las consejas que había sobre los cometas, las desgracias que anunciaban y las catástrofes que se habían dado cuando éstos aparecían. Siguió después con los eclipses, pero Antonia no la escuchaba, estaba atónita. El cometa no era como ella imaginó; no había palabras para describir las emociones que le producía la vista de aquella maravilla; el prodigioso encuentro la inundó con una sensación de pequeñez. Cuando regresó a su cama, cada vez que cerraba los ojos aparecía ante ella el astro resplandeciente. Con su imagen, se quedó dormida.

A la siguiente madrugada, las dos curiosas regresaron al lugar de sus asombros para constatar que el cometa se había movido. Domitila, que parecía ser la experta en ese tipo de fenómenos, le contó que los cometas tenían vida propia y caminaban lentamente por las veredas celestes. Pero en esta ocasión sus salidas nocturnas fueron descubiertas a causa del insomnio de una enferma, quien las acusó ante las autoridades conventuales. Sor Florentina de Cristo y sor Ignacia de la Concepción las mandaron llamar y les dieron una fuerte reprimenda. El viernes siguiente, ante la comunidad reunida en el capítulo *de culpis*, fueron acusadas de inobediencia y expuestas a la vergüenza de sentarse a comer en el suelo del noviciado por una se-

mana. Al castigo moral se unió un castigo físico de trabajos forzados, limpiando las letrinas y barriendo los gallineros por otras dos semanas. De nada sirvieron lágrimas y disculpas, ni los ruegos y peticiones de sor Isabel y de sor Nicolasa, que abogaron por ellas. Antonia cumplió su penitencia al pie de la letra, minuciosamente; descubrió que en el fondo de su corazón no estaba arrepentida pues el haber visto de frente al cometa bien valía la pena aquellos duros trabajos. No obstante, el castigo fustigó su deseo de que el tiempo transcurriera rápido y que llegara pronto el momento de regresar a casa, con sus padres.

El mes de diciembre, con sus fiestas y novedades, sanó las heridas e hizo olvidar los malos recuerdos. Fueron jubilosos los festejos de bienvenida que la ciudad dio a los virreyes marqueses de La Laguna. Asombró el caso de la mujer que parió a una niña con cabeza de león. Apareció de nuevo el cometa un día antes de la Noche Buena; salía por el occidente y caminaba hacia el norte. Pero ahora las muchachas no subieron a verlo a la azotea... la lección había sido aprendida. Llegó la Navidad con sus figuras de "Niños-Dios" y con las visitas que las monjas se hacían entre sí para ver quién tenía el más primoroso trajecito o quién había adornado la más hermosa cunita de mimbre.

Sor Isabel llevó a Catarina y a Antonia a ver el Niño-Dios de sor Felipa de San Ildefonso, gran amiga suya. La monja las recibió con chocolate aromático y galletitas de almendra y les mostró sus joyas y perfumes, sus encajes flamencos y sus porcelanas chinas. Cuando sacaba de un baúl laqueado una gran colcha de seda roja y azul, la hermana tornera llegó a avisarle que un caballero la buscaba en el locutorio. Al poco rato llegó entusiasmada con un hermoso prendedor de rubíes que su amigo le había regalado.

Las horas siguientes pasaron entre charlas y risas y el tema del regalo se perdió entre los otros, como algo que sucedía cotidianamente. Pero el viernes, sor Isabel regresó muy alterada del capítulo *de culpis*. Contó a sus pupilas que sor Felipa había sido acusada por una de las madres escuchas de haber tenido conversaciones impropias al estado religioso con un caballero, su devoto, y de haber recibido de él un costoso regalo. Como sor Ignacia no la quería, le había impuesto como castigo veinte azotes y un ayuno a pan y agua. Sor Felipa respondió que muchas monjas hacían aquello y no eran castigadas. La abadesa la acusó entonces de falta grave, de tratar con soberbia y descortesía a la prelada, de sembrar discordias y hacer bandos. Así, a los castigos ya impuestos, se le agregaron quince días de reclusión en su celda.

A sor Micaela, la tornera, se le dio una fuerte reprimenda por su descuido y se le impuso un riguroso ayuno.

A algunas religiosas les parecieron excesivos los castigos y comentaron en privado que los métodos de sor Ignacia y de sor Florentina eran demasiado estrictos y contrarios a la caridad. Pero el voto de obediencia les ataba las manos.

Pasó el invierno y vino la primavera. Llegaron la Cuaresma y la Pascua con sus ayunos y sus flores, con sus cilicios y sus ofrendas. Y en plena época de lluvias en San Joseph de Gracia se desató la gran tormenta que se había venido gestando a lo largo de los meses.

Todo comenzó el sábado 15 de junio de 1681, llamado por algún cronista "día triste para México", pues fray Payo de Ribera salió hacia España acompañado con muchas lágrimas. Mientras se le despedía con repique general y plegaria y las autoridades virreinales lo acompañaban a la villa de Guadalupe, sor Nicolasa de Jesús tuvo una visión en la portería. Primero escuchó un ruido ensordecedor que venía de la calle y, al abrir la puerta, un ejército de demonios se le echó encima. Los crueles ángeles caídos la amarraron y la golpearon, al tiempo que le decían que por fin estaban con las manos libres para hacer de las suyas ahora que no había arzobispo. Le anunciaron que la madre abadesa moriría pronto y que en el convento reinaría un desorden infernal. De pronto la Virgen María entró en su ayuda, haciendo huir a todos los diablos, abrazó a sor Nicolasa y la alimentó con la leche de sus virginales pechos.

Cuando sor Nicolasa regresó de la visión, sus hermanas la estaban pinchando con alfileres, le pellizcaban los brazos y le tiraban de la ropa, intentando hacerla regresar en sí. Al despertar, molida del cuerpo y avergonzada de haber tenido ese rapto en público, contó lo que había visto y oído.

La visión causó revuelo en el convento. La abadesa acusó a sor Nicolasa de ilusa y alumbrada, y la llamó embustera. Sor Ignacia temía que la visión fuera utilizada por sus enemigas para quitarla de en medio y hacer de las suyas. Así, para reforzar su autoridad, mandó a su vicaria que retirara a la anciana monja de su puesto y que la encerrara en una celda a pan y agua. Además, durante un mes debía hincarse con los brazos en cruz en medio del coro, por una hora. Sor Felipa atacó entonces los drásticos métodos que las superioras estaban usando con la vieja portera y las acusó de abusar de su cargo. La monja rebelde tomó esta decisión al enterarse de los rumores que corrían sobre la candidatura del obispo de Puebla, don Manuel Fernán-

dez de Santa Cruz, gran amigo de su familia, para ocupar la sede vacante en México.

Durante esos días la casa donde Antonia vivía se volvió el centro de la conspiración. Sor Isabel apoyaba a su amiga, lo mismo que sor Clara y otras muchas que habían sido víctimas del despótico trato de sor Ignacia y de su vicaria. Catarina y la *Toluca* ayudaron en lo que ellas consideraban un juego. Llevaban recados y escuchaban tras las puertas todo lo que podía ser útil a la causa.

Mientras tanto, sor Nicolasa comenzó a llevar una vida de riguroso ascetismo. Condimentaba sus alimentos con cenizas, las que llevaba a todos lados dentro de un canutillo. Los viernes usaba una corona de espinas en la cabeza y una cadena al cuello y se arrastraba por el suelo. Algunas monjas cándidas empezaban a considerarla una santa. La abadesa no sabía qué hacer y decidió dar noticia a la autoridad civil, ante la ausencia de la eclesiástica. Pero las cosas iban lentas.

Por fin, al terminar el verano, en el mes de septiembre, se conoció al sucesor de fray Payo en la silla archiepiscopal; era don Francisco de Aguiar y Seijas, hasta entonces obispo de Michoacán, quien había mostrado un gran celo en la reforma de las monjas y del clero de su diócesis. Sor Ignacia decidió escribirle.

En diciembre, una terrible epidemia azotó a la ciudad. La gente comenzó a morir con flujos de vientre seguidos por un fuerte dolor de costado. En el convento de Santa Teresa, Cristo se le apareció a una monja y se quejó con ella del poco caso que los hombres le hacían y los muchos pecados que en esta ciudad se cometían; le dijo que eso lo había compelido a castigarlos. Cuando en la ciudad se conoció esta visión, muchos se acordaron del cometa.

Un día antes de terminar ese año de 1681, sor Nicolasa cayó en cama víctima de la enfermedad, cuando el nuevo arzobispo hacía su entrada en la ciudad. De nada valieron las sangrías de los médicos ni las reliquias de las monjas. Al tercer día la enferma entregó su alma, consolada por el capellán. Doce sacerdotes ancianos, junto con el sacristán, llevaron el cuerpo desde su celda al coro bajo. En el sermón se habló de los sufrimientos como pruebas con las que Dios encamina a las almas a la vida de perfección. Las monjas desfilaron ante el cadáver colocado sobre un tapiz y coronado con las flores con la que profesó. Un medallón de la Inmaculada Concepción con marco de madera le cubría el pecho. Algunas religiosas

tocaron con cintas y rosarios el cuerpo de la que se pensaba era una santa. Sor María le cortó un dedo para guardarlo como reliquia y decía que le había curado unas erisipelas y unas pústulas.

Mientras las campanas doblaban a muertos, Antonia miraba el cadáver y pensaba en la santidad; había oído decir que los santos al morir emitían olores exquisitos pero sor Nicolasa comenzaba ya a despedir un hedor muy desagradable; sabía también que al dejar la tierra, los rostros de los santos quedaban con una sonrisa beatífica y la monja portera tenía en la cara un rictus de dolor. Pero ¿quién era ella para opinar sobre esos temas?

Durante el sepelio, sor Felipa y su grupo comenzaron a instigar a sus compañeras contra la abadesa y su vicaria. Insinuaban que la difunta había sido una víctima de la tiranía y contraponían sus virtudes y santidad al fariseísmo de las superioras. Sor Ignacia tomó entonces varias medidas drásticas. Primero ordenó que la difunta fuera enterrada al día siguiente, a pesar de que era costumbre que el cuerpo de las religiosas ejemplares estuviera expuesto durante tres días. Hizo después circular el rumor de que una de las hermanas había tenido una visión de sor Nicolasa en el Purgatorio. Finalmente solicitó al señor arzobispo, como padre espiritual de las religiosas, que hiciera una visita de inspección a San Joseph de Gracia.

El 14 de enero, a dos semanas de comenzado el año, el día de San Hilario, don Francisco de Aguiar y Seijas llegó al coro bajo acompañado por su provisor y por el padre Lezamis. Toda la comunidad salió a recibirlo con mantos y velos y lo llevó debajo de un palio al coro alto, cantando con cruz y ciriales. Allí, el padre Lezamis hizo un pequeño sermón en el que exaltó las virtudes monacales y puso como ejemplo a la recién canonizada religiosa criolla Rosa de Lima. Antonia miró con curiosidad a don Francisco de Aguiar, quien hacía con la boca muecas imperceptibles. Desde que supo que no había permitido a las educandas cantar y bailar en su honor, como se acostumbraba, lo había considerado un hombre muy extraño. Ahora, al verlo con su mirada dura y sus gestos, sintió un extraño escalofrío. Qué lejos estaba de sospechar que tal sensación presagiaba el importante papel que ese hombre de hablar severo y pausado tendría en su vida.

Terminadas las oraciones, el arzobispo y sus acompañantes visitaron el convento. La abadesa y la vicaria ponían a Su Ilustrísima al tanto de la situación. Don Francisco asentía rítmicamente, como quien confirma todas sus sospechas. Al despedirse, el prelado mandó que ninguna religiosa dijera a persona de fuera las cosas tocantes a la visita, pues podría resultar menos-

cabo en la opinión que se tenía del convento. Al día siguiente, el promotor fiscal del arzobispado notificó a las monjas de las órdenes de la Concepción y de San Jerónimo que no consintieran devotos en las rejas y porterías, bajo pena de excomunión.

A partir de la visita del arzobispo las cosas comenzaron a cambiar en San Joseph de Gracia. Se prohibieron las tertulias en las casas de las monjas y las charlas en las salas de labor. Se limitaron las horas de locutorio y los adornos en los hábitos y se controló que las niñas educandas anduvieran por todo el convento. Sólo podían estar en las áreas comunes bajo la vigilancia de las monjas encargadas de su cuidado. Un mes después, en el capítulo para elegir a la nueva abadesa, salió por un mínimo margen de votos sor Florentina de Cristo. El arzobispo le dio su total apoyo.

Antonia y Catarina fueron las que más resintieron la nueva situación. No sólo les habían limitado el acceso a muchos lugares, ni siquiera podían cantar ya coplas profanas. ¿Sería por el cometa que habían pasado tales desgracias? Antonia contó a su amiga que extrañaba el color de los campos, el olor de los cerros y el brillo de las luciérnagas al anochecer. Catarina le prometió una visita a la huerta de su padre en San Agustín de las Cuevas.

Al poco tiempo, los padres de Antonia fueron a visitarla. Ella les pidió que la sacaran de ahí. Su madre la reconvino; le dijo que pasar su vida en el convento era la voluntad de Dios y le recordó la deuda sagrada que ella había adquirido años atrás, cuando estuvo a punto de morir siendo niña. Su padre estaba ahorrando para juntar el monto de su dote y en dos años entraría al real monasterio de Jesús María. La *Toluca* agachó la cabeza sabiendo que cualquier protesta era inútil.

Por el torno, Petronila pasó a su hija una medalla de la Virgen de los Remedios que siempre traía consigo. Antonia la besó suavemente y la puso junto al "ojo de venado" de Juana, que colgaba de su pecho. Antonia se acercó a la reja y en voz baja agradeció a su madre el regalo. Mandó saludos para sus hermanos y cuñados. A su padre le dirigió una seca frase de despedida; estaba resentida con él por sus silencios, por no haberle dicho la verdad desde el principio.

Al regresar a la casa de sor Isabel, la *Toluca* ayudó a Domitila y a Catarina, que cocinaban un lomo de cerdo relleno de nueces y unas tartas de miel y almendras. Al día siguiente era Martes de Carnaval.

Barrio de Jamaica, febrero 10 de 1682, Martes de Carnaval.

"Nos los Inquisidores Apostólicos, hacemos saber a todos los vecinos de esta Ciudad de México, cómo ha llegado a nuestra noticia que se vuelve a introducir la perniciosa e intolerable costumbre en todo género de gentes, en los tres días de carnestolendas y en los cercanos a ellos, de andar enmascarados por las calles con varios trajes, no sólo seculares, de inferior calidad, sino eclesiásticos, clérigos y religiosos de varias órdenes, profanando con visajes ridículos los sagrados ministerios del confesar, predicar, bendecir u otras sagradas acciones, de que hacen irrisión y burla. Siendo lo referido causa de mucho escándalo y corrupción de costumbres, y con los torpes hechos y abominables dichos que hacen y profieren a vista de todos, especialmente de mujeres, no sólo ocasionan el grave daño de sus almas, sino el peligro común de las de los prójimos. Y para que cesen los inconvenientes que resultan de tales abusos, que cada día parece que el Demonio va introduciendo para desarraigar de los ánimos de los fieles las buenas costumbres y lo sólido y fundamental de nuestra Santa Fe Católica, destruyendo su veneración y respeto al estado eclesiástico y sagrados ministerios, mandamos que las máscaras e invenciones se ordenen sólo a lo que es permitido, sin mezclar las cosas sagradas con las profanas, bajo pena de excomunión mayor y de quinientos ducados de Castilla, a los vecinos mayor dignidad y grado, y a los de inferior calidad, pena de doscientos azotes..."

Una trompetilla de Sebastián, seguida de una sonora carcajada de Antonio de Sierralta Arroyo, interrumpieron la lectura que Pedro hacía del edicto inquisitorial pegado en una de las puertas de la Catedral. El alegre grupo dio media vuelta y se fue hacia la plaza, que estaba más animada que de costumbre. Sonajas, clarines, cajas de guerra, atabales, silbatos y cohetes llenaban el aire con un ruido infernal y acompañaban a los más variados y coloridos disfraces. Enanos con narices descomunales bailaban con gigantes de rostros animalunos. Indios montados sobre pavos de cartón, caballeros que portaban su caballo sobre la cintura y hombres vestidos de mujer con tocados extravagantes, recibían con espíritu festivo la llegada de la primavera.

Los tres muchachos caminaron entre la gente llenándose los sentidos del bullicio, del contacto con telas y pieles y de los aromas de la plaza. Llegaron

a la fuente, bebieron de ella haciendo un cuenco con sus manos y se sentaron después a ver las pantorrillas de las muchachas que llegaban a sacar agua. Pedro, que era el más desparpajado para decir piropos, lanzó algunos mientras Antonio, que a sus trece años pensaba aún como niño, miraba un puesto de dulces.

—Tengo hambre —dijo saboreando mentalmente una cocada.

Sebastián, que parecía también aburrirse, secundó la propuesta y los amigos fueron hacia unas indígenas sentadas detrás de sus canastas llenas de guisos. Pedro, que era quien tenía padre rico, les invitó huauzontles, huitlacoche y pollo en pipián. Comieron las deliciosas viandas acompañadas con atole picante sentados bajo la horca, donde la mano cortada de un ladrón se pudría al sol.

De pronto se escuchó a sus espaldas una voz que sobresalía entre el barullo de la fiesta. Se levantaron y, curiosos, fueron hacia ella. Un sacerdote que venía del rumbo del hospital de Jesús, acompañado de varios fieles que cargaban una imagen de la Virgen, gritaba gesticulando:

—Andan entre nosotros en humanos cuerpos almas tan de bestias, que, revolcándose continuamente en el más hediondo cieno, ni aun sienten ni conocen su mal olor. Entre éstas podemos contar unas doncellas en el cuerpo, y en el alma peores que rameras. Si le habéis dado al Demonio el corazón, ¿qué más queréis para estar muertas?

—Es el padre Lezamis —dijo Pedro, que conocía bien al orador pues algún día se había confesado con él en Catedral.

—Contra el Sexto Mandamiento —continuaba el sermón— se peca también deleitándose en hablar mucho y reír mucho, aunque sea sin daño del prójimo. Arrepentíos y abandonad vuestros vicios, pues si no lo hacéis arderéis en el infierno.

Sebastián hizo una seña con la mano invitando a sus amigos a alejarse de ahí. Le tenía aversión a los curas y más cuando hablaban de castigo y condenación. Los jóvenes se fueron hacia el Baratillo; pasaron entre cobertizos y tendajones donde, en días normales, se vendía todo tipo de mercancías, especialmente las robadas, pero que ahora estaban cerrados por la fiesta. Se internaron por callejones plagados de ratas y olores ácidos y entraron en una casa de vecindad a espaldas del colegio de *Porta Coeli*. De milagro se salvaron de que los bañara un torrente de agua que una joven les lanzó desde una ventana. En el portal, una vieja que vendía tabaco en rama les dio la bienvenida.

El patio era una gran casa de locos. Gigantes, bufones, niñotas, cabezudos, celestinas, reyes y animales parecían haberse dado cita en el lugar para mostrar que, en todo ese día, el mundo iba a estar al revés. Los vecinos del barrio se preparaban para salir en una mojiganga.

Un muchacho de pelo crespo les gritó desde la puerta de su cuartucho del segundo piso y les hizo una seña para que subieran. Era Benito, el hacedor de papalotes, que ya los esperaba con un cerro de disfraces y de máscaras.

Sebastián se probó un hábito de monja y puso debajo de él un almohadón simulando un avanzado embarazo. Todos rieron por la ocurrencia, pero la prohibición inquisitorial y los azotes que ofrecía lo convencieron de desistir. Optó por un gran vestido floreado y una cabezota de cartón con cabellos rubios. Antonio eligió unas pieles de borrego y una testa de burro, que debía sostenerse con las manos pues se le caía. Pedro dudó un rato hasta que por fin se colocó en la cintura un equino con armazón de mimbre cubierto de tela, y en la cabeza un yelmo de papel con una gran pluma. Parecía un centauro con su disfraz de caballo-caballero.

Una vez terminado el rito de vestirse y cubiertos detrás del anonimato de las máscaras, los jóvenes salieron al patio dispuestos a entregarse al frenesí de la fiesta. El desfile salió a la calle desbordándose en gritos y carcajadas. Un rey a quien nadie obedecía daba órdenes a diestra y siniestra. Su demencia era un espejo del mundo con leyes y autoridades. A su lado América, en traje de india y tocada con plumas, veía el caos con sus ojos inexpresivos de cartón. Los seguían el Carnaval, vestido a la turca y armado de asadores con carne ensartada y tiras de morcilla, y su viuda, la Cuaresma, una vieja flaca cargada de pescado, de flagelos y de harapos. Cuatro maceros disfrazados de indios salvajes les abrían camino sonando unas trompetas de cartón pintado.

La comparsa marchó por las calles rodeada por su cortejo de carcajadas, gritos, blasfemias y visajes, bailando y cantando coplas obscenas, sonando cascabeles y tambores, golpeando a los transeúntes con vejigas infladas y arrojándoles huevos rellenos de harina y procacidades. Oculta tras el velo de la máscara, la multitud se liberaba de las caretas que debía usar en la vida cotidiana y se entregaba al delirio de un mundo sin reglas.

Cuando llegaron a la plaza mayor fueron recibidos con fuertes estallidos de petardos y con proyectiles de huevos, olotes y fruta podrida. La ciudad era un campo de batalla donde se libraba una guerra sin sangre ni víctimas.

El refrescante pulque corrió por todas las gargantas, apagando la sed producida por la excitación del juego y por el calor, y encendiendo otros calores y otros juegos.

Los amigos fueron arrastrados por un grupo de hombres y mujeres que, como se decía vulgarmente, "corrían gallo". La pandilla se metió por la calle del Arzobispado cantando, bailando y bebiendo. Pedro estaba embriagado por la euforia. Su cuerpo sentía el contacto de otros cuerpos y se iba sumergiendo dentro de un torbellino de excitación. Su pelvis se restregaba contra las caderas de las mujeres y su mano acariciaba, casi sin querer, sus torneados pechos.

Al llegar al atrio de la iglesia de la Santísima Trinidad, la locura y la risa fueron detenidas por la tristeza y el llanto. Un grupo de cofrades, penitentes y disciplinantes venía por la calle de Loreto azotándose y cantando letanías en desagravio a Dios por los pecados cometidos durante el Carnaval. Entre ellos, dos jesuitas arrojaban con hisopos de plata agua bendita y pronunciaban oraciones para lanzar de aquellos lugares a la multitud de demonios que habían sido convidados a la orgiástica fiesta.

El deprimente espectáculo enfrió el ánimo de la alegre pandilla que "corría gallo", y la comparsa se disolvió. Benito propuso entonces seguir la fiesta en Jamaica y los otros tres muchachos secundaron la idea entusiasmados. Después de despojarse de los restos de disfraz que les quedaban, tomaron una trajinera que los llevó por los canales hasta un paraje cubierto por frondosos árboles.

Jamaica era uno de los paseos más concurridos de la ciudad. Puestos de comida y pulquerías, instalados a las orillas del canal, ofrecían lo necesario para saciar los apetitos de la gula. Trajineras con músicos a bordo brindaban a los visitantes placenteros viajes entre las chinampas y, al calor de las coplas, alguna aventurilla amorosa. Carruajes y hombres a caballo se paseaban curiosos observando a la gente de a pie, en tanto que vendedoras ambulantes insistían, con gritos y ruegos, en despachar sus frutas y flores.

Los cuatro jóvenes bajaron a tierra y se internaron entre la multitud que se arremolinaba alrededor de los comederos o tlacuascales. Después de buscar asientos libres durante un rato, por fin se sentaron junto a un Moctezuma que decía una sarta de obscenidades a una Malinche.

Por las gargantas entraron abundantes la comida y la bebida, entrelazadas con las voces y las risas. Carnes inmersas en coloridas y picantes salsas, guisos de flores y frutos variados, palanquetas y compotas de dulce fueron deglutidos con aguas frescas y pulque, mucho pulque.

Después de una sobremesa condimentada con chistes sexuales y escatológicos, los amigos se levantaron a pasear por la orilla del canal. De un elegante palanquín cargado por enjoyados esclavos negros, dos ojos curiosos se asomaban tras una máscara. A lo lejos unos indígenas bailaban al son de tambores y chirimías.

Benito y Sebastián se sentaron obligados por el mareo y siguieron hablando de amigos mutuos. Pedro y Antonio continuaron el paseo en silencio, embebecidos en sus pensamientos. En eso una mulata pasó junto a ellos con llamativos movimientos de cadera. Los muchachos voltearon a verla y Pedro le lanzó un piropo, que fue escuchado por ella y por un negro, su galán, que la seguía. Febrero, que es sazón de sangre ardiente y humores retraídos, encendió los ánimos y los hombres comenzaron a lanzarse puñetazos. Antonio, de natural reservado y silencioso, gritaba injurias al ofensor, pero su voz se vio pronto opacada por las de los curiosos que comenzaron a juntarse alrededor de los luchadores.

Un balde de agua fría, que una de las vendedoras arrojó sobre los improvisados púgiles, enfrió la cólera, claro está, con la ayuda de algunos acomedidos. Con la cara hinchada por los golpes y con un hilillo de sangre que le salía de la boca, Pedro regresó con sus amigos ayudado por Antonio. Éste contó, exagerando, la hazaña de su amigo quien, serio y disgustado por no haber dejado tirado a su contrincante, se mantenía callado.

En la esquina está parado
un fraile de la Merced,
con los hábitos alzados,
enseñando el chuchumbé.

La jocosa copla cantada por un joven guitarrista hizo reír a todos y Pedro olvidó pronto el incidente de su reyerta.

Conforme iba avanzando la tarde y aumentaba el pulque en la sangre, crecía la animación. Antonio producía ruidos con una tablita atada a un cordel al que daba vueltas en el aire. Parecía obsesionado por ese movimiento circular. Benito se desnudó y se paseó en cueros haciendo desvergüenzas y causando la hilaridad de los viandantes. Pedro, sentado a la orilla del canal, estaba pensativo y hacia él se acercó Sebastián para hacerle plática.

—¿Por qué tan callado? ¿A poco el pulquito te puso triste?

—No, no es eso. Pensaba en don Pedro, mi padre. Me da su apellido y me da plata, pero como soy bastardo me envía al convento. Mañana entro al noviciado de los agustinos y la verdad no creo tener vocación.

La noticia causó gran sorpresa a Sebastián, quien pensaba, con la inocencia de sus 19 años, que su amigo estaría siempre y que las cosas no solían cambiar. Un profundo sentimiento de abandono se apoderó de él, pero lo que expresaron sus labios fue una frase de beneplácito.

—Qué bueno, ¿de qué te preocupas si el ser cura es lo más seguro para vivir sin trabajar y para pasarla bien?

Sus ojos húmedos le dijeron a su amigo lo mucho que le afectaba la noticia de la separación. Pedro le aseguró que su nueva vida no le impediría salir a la calle e ir a verlo. Sebastián lo abrazó emocionado y, sacando una bolsita de la faja que traía a la cintura, se la entregó diciendo:

—Es un colibrí *huitzitzilin*, el pajarillo de amores; te traerá fortuna.

Los gritos de un grupo de muchachos que manteaban un pelele los llamaron de nuevo al juego. Después de hacer la parodia de un juicio, el muñeco de trapo que era el Carnaval fue apedreado, ahorcado en un árbol y quemado. La Risa, que había organizado una liturgia para elegir a su rey, creaba ahora un rito para condenarlo a muerte.

Pronto las hogueras comenzaron a brillar atizadas por el viento. Pausada y lenta llegó la noche y a su paso despertó nuevas chanzas, sátiras y charlas. Las últimas horas del día, consagradas al recién muerto rey Carnaval, escucharon bromas sobre Santa Úrsula y las once mil vírgenes y sobre lo que era y no era pecado en materia de fornicación.

—El acceso con mujer soltera no es más que pecado venial —dijo una voz sonora.

—No es pecado echarse con una mujer de amores —secundó otra claramente afectada por el alcohol.

—La fornicación no es pecado respecto de haber criado Dios al hombre y a la mujer para la propagación del género humano —dogmatizó una tercera. Una copla lejana concluyó: "De las damas para el gusto, para el contento y sabor, la chiquita es la mejor".

A lo lejos los fuegos de artificio iluminaban el firmamento compitiendo con las estrellas y aprovechando la ausencia de la luna, la última luna nueva del invierno. Los músicos de las trajineras comenzaron a llegar atraídos por el calor de la hoguera y por el pulque. Su jornada de trabajo había terminado pero, nacidos para alegrar a sus semejantes, no pudieron evitar el

ponerse a tocar. Muy pronto, al ritmo de tambores y guitarras, las parejas comenzaron a moverse. Las jóvenes, con gran desenvoltura, incitaban con coquetería a sus galanes. Ellos, siguiéndoles el juego, se les repegaban al cuerpo. Con el baile terminaba el rito que celebraba el triunfo de la vida sobre la muerte.

Pedro miraba fascinado la escena cuando sintió una mano que le tocaba el hombro. Al voltear, un rostro moreno con carnosos labios y sonrisa encantadora lo invitaba a la danza. Turbado por la situación, pues estaba acostumbrado a ser él quien tomara la iniciativa, se levantó de un salto. La joven mulata puso las manos del muchacho sobre sus caderas, que se movían alrededor de una esbelta cintura, y comenzó a mover sus pechos acompasadamente. Un cosquilleo en el vientre, el latido acelerado del corazón y un sudor frío recorriéndole la espalda fueron para Pedro las señales de que pronto sucedería lo que tantas veces había soñado. Al poco rato, dos figuras desaparecían tras unos matorrales. Cuando Pedro se despertó a la mañana siguiente, bañado de rocío y cubierto de moscas, la joven había desaparecido. Al incorporarse, los volcanes nevados y los montes vestidos de yerba le parecieron más brillantes que nunca. Se estiró para desperezarse y silbó para llamar a sus amigos. Nadie le respondió. Poco después encontró a Benito y a Sebastián abrazados y dormidos entre unos arbustos. No los quiso despertar. Antonio estaba en el mismo estado cerca de los rescoldos de la fogata y allí lo dejó también.

El muchacho caminó hacia la ciudad pensando en lo que le había sucedido esa noche. Recordó las sensaciones experimentadas por su cuerpo virgen y se sonrió. De pronto le parecieron lejanos los días de su infancia, los juegos, las travesuras, los pequeños latrocinios. Sus desconocidas profundidades habían sido iluminadas por una luz que le daba otra percepción de las cosas. Había dejado de ser un niño.

Al ver pasar a unas personas con la frente manchada de negro, sus pensamientos volvieron a la realidad. Era Miércoles de Ceniza; la Cuaresma había triunfado y con ello se instauraba el reino del ascetismo y del ayuno por cuarenta soles. Al dar la vuelta en una esquina, vio a lo lejos el arcopuente que comunicaba al convento de San Agustín con su noviciado. Caminó hacia él despacio, como si con ello pudiera retrasar por siempre su entrada a la vida religiosa. Por fin llegó ante una gran puerta de madera y tocó en ella con los nudillos.

Por esos días, muy pronto cumpliría 17 años.

Convento de Jesús María, 13 de marzo a 8 de abril de 1683.

"Advirtiendo las religiosas conservaba el cadáver la hermosura de su dueña, quisieron perpetuar en su retrato la memoria de quien las había servido a todas de cariñosa madre. Llamado a un pintor y puesto ya inmediato a la reja del coro bajo para retratarla, aunque fuese a medio perfil, al mismo punto se le comenzó a hinchar tan disformemente media cara, que cualquiera que la viese la juzgaría de un monstruo, quedándole la otra media con la misma perfección y hermosura que cuando estaba viva. Volvieron el cadáver del otro lado, y al mismo instante sucedió lo propio. Fuese el pintor atónito y asombrado y quedando más las monjas, que, para que no causase horror tanta ferocidad, le cubrieron el rostro con un sudario. No faltó curiosa que después de algunas horas quisiese verla y hallola con la misma hermosura que cuando viva. Bien se puede discurrir cuál sería el alboroto de todas con tanto prodigio."

Sor Petronila de San Joseph cerró el libro y con los ojos húmedos por las lágrimas preguntó a sor María de la Trinidad, que la miraba embargada por la misma emoción:

—¿No es maravilla la forma como la pluma de don Carlos de Sigüenza y Góngora ha captado la bella muerte de nuestra sor María Antonia de Santo Domingo?

—En efecto, madre —respondió la interpelada—, hace casi un año del suceso y al escucharlo me ha parecido que ha pasado ayer —y tocó el rosario que colgaba de su cintura para sentir la fuerza de un objeto que había estado en contacto con tan santo cadáver. Sor María Antonia fue una abadesa ejemplar y todo el mundo guardaba de ella recuerdos y reliquias.

—La herencia que ha dejado a nuestra comunidad —continuó sor Petronila— es un tesoro de incalculable valor.

Sor María asintió con la cabeza y miró a los ojos a su superiora, con la expectativa de que siguiera hablando.

Impulsada por la atención que se le prestaba y por el gran afecto que había sentido hacia la difunta, sor Petronila se explayó discurriendo sobre la rica herencia mencionada.

Hizo primero la remembranza de su gran celo. Desde que había llegado de Guatemala, de donde era oriunda, no perdonaba diligencias para que las

religiosas cumplieran con exactitud sus obligaciones. Apoyada por el arzobispo fray Payo de Ribera, que de acuerdo con las constituciones de las órdenes femeninas era el encargado de vigilar el estricto cumplimiento de las reglas, restableció la oración mental y la comunión diaria y sustituyó los hábitos de lino por los de lana. Limitó también la continua presencia de las monjas en las rejas, el entrar y salir constante de criadas y los lujos en los hábitos. Llegó a desterrar nefastas costumbres con las que se afeaba el alma de las esposas de Cristo, tales como el uso de pulseras y de anillos y el plisar las tocas y los escapularios. Ayudó también al reformador fray Payo a restablecer las penitencias públicas, que no estaban ya en uso, y a imponer los ejercicios de San Ignacio.

Arrobada por sus propias palabras, sor Petronila llegó a decir que sor María Antonia era tan santa que el Demonio alborotaba de continuo el convento para atemorizarla, e incluso a él se atribuían las roturas que padecieron las bóvedas de la iglesia y que obligaron a reedificarla hacía nueve años. Hasta se mencionó su muerte como algo providencial, pues el 12 de septiembre de 1682 en que sucedió se cumplían cien años de la llegada de las monjas de la Concepción al convento de Jesús María.

Muchos de estos recuerdos habían sido refrescados por la lectura del libro que acababa de cerrar. Por ello, al sentirlo de nuevo entre sus manos, sor Petronila contó a sor María que la difunta abadesa había encargado a don Carlos de Sigüenza que escribiera ese libro sobre las virtuosas vidas que habían florecido entre esos muros. Sin embargo la superiora no pudo ver la obra terminada, pues el *Paraíso occidental*, como le llamó su autor, acababa de salir de la imprenta apenas ayer. Sor Petronila, en su cargo de abadesa y sucesora de sor Antonia, enviaría este libro al rey para pedirle ayuda en la reconstrucción del recinto conventual que amenzaba ruina. Así, la rehabilitación de la casa, que se esperaba lograr gracias al libro, se convertía también en otra herencia de la inolvidable difunta.

Estaba a punto de abrir el libro para leer otro párrafo cuando se escuchó un golpe en la puerta de la celda. Una monja venía a avisar a María de la Trinidad que en la portería tenían un recado para ella.

El aviso le produjo un vuelco en el corazón y un sombrío presentimiento se apoderó de ella. María llegó apresurada con la hermana portera, quien le entregó una esquela que decía:

"Don Diego del Castillo acaba de fallecer. Mañana irán los religiosos a su casa a cantar el responso y el lunes 15 será sepultado en el convento de Churubusco de los padres franciscanos descalzos".

La escueta noticia, escrita con la letra irregular de su cuñado don Domingo de la Rea, la dejó sin habla por unos momentos. Ciertamente ya se esperaba algo así, pues su padre adoptivo no había estado muy bien de salud desde enero; pero como sucede en estas ocasiones, el optimismo la había hecho abrigar esperanzas de un restablecimiento milagroso.

La hija adoptiva del mercader de plata caminó sin rumbo por el convento y, cuando se dio cuenta, se encontraba en su celda. Allí las palabras de Isabel la sacaron de su trance.

—¿Qué le pasa, niña, que anda tan agüitada?

Con una voz que no era la suya, la religiosa dio a la sirvienta la noticia del fallecimiento de don Diego y tomó de sus manos el cuchillo con el que picaba unos jitomates para la cena. Mirando sin mirar, rebanó mecánicamente los rojos frutos y se perdió en los laberintos del recuerdo.

En su mente estaban presentes una cara curtida por el sol y un mechón de pelo negro que se erguía en medio de una calvicie prolongada hasta la coronilla. María del Castillo recordó los afables ojos azules que la consolaban al despertar de las pesadillas nocturnas y la amable mano que llevaba a la suya, enseñándole a trazar sus primeras letras. Se acordó de sus charlas a solas en el comedor, de su complicidad y de la dadivosidad con que recibió en su casa a otros cinco huérfanos como ella. Ese hombre que le había dado algo más que un hogar y una familia acababa de morir.

Su razón siguió obnubilada sin poder reaccionar ante el brutal hecho y como en sueños pasaron para ella las largas horas de insomnio y las prácticas conventuales a las que debió asistir. El domingo no existió para ella, sumergida como estaba en ese estado de abstracción con el que la mente se protege de los sufrimientos intensos.

En la mañana del lunes, Isabel la despertó con una charla cantarina para hacerla regresar del mundo de melancolía en que se encontraba.

—¡Ay niña! ¡A que ni sabe lo que pasó anoche!

Sor María vio a la sirvienta con una mirada indiferente.

—A sor Tomasina de San Francisco se le apareció un alma en pena y le dejó sus cinco dedos marcados en el brazo. Si viera Su Merced qué retefeas se le ven las quemadas.

"Un alma en pena —pensó María—, ¿sería la de su padre? No, su padre era tan santo que debía estar ya en el paraíso."

La monja recibió un bálsamo de alivio al pensar en ese lugar que se pintaba en cuadros y escritos como un palacio de luz, lleno de santos corte-

sanos que admiraban la majestad de Cristo y de la Virgen, y al imaginar a su padre allí.

La anécdota de Isabel había cumplido con su cometido y, de pronto, saliendo de su mutismo, su voz se desbordó en una cascada de palabras.

Azuzada por Isabel, la nuevamente huérfana recordó los gratos momentos que habían pasado juntas en casa de don Diego, la llegada de Francisca y de sus juegos y las salidas a la calle. Pero la memoria de la muerte rondaba aún en el aire. La casa de la calle de Santo Domingo trajo consigo el recuerdo de doña Elena de la Cruz, fallecida en 1679.

A una fuerte opresión en el pecho siguió un estallido de llanto. María sintió cómo las lágrimas rompían un dique y comenzaban a curar la herida con su pausado fluir. A lo largo y ancho de las horas, las olas de imágenes, sonidos, voces y rostros fueron decantando las rocas del sufrimiento.

Para el martes, el dolor de sor María había amainado y después de las oraciones comunitarias ayudó a Isabel a hacer limpieza general en la celda. Muchos de los objetos en ella contenidos eran recuerdos de su amado padre y no pudo evitar que un Cristo de marfil filipino o una anforita de porcelana de China le volvieran a nublar los ojos.

Después del *angelus*, la hermana tornera le avisó que tenía visitas en el locutorio. Al llegar a él escuchó, detrás de la reja y del velo negro con los que se marcaba la clausura, las voces de su querida Francisca y de su marido, el mercader vasco don Domingo de la Rea.

A los saludos de rigor siguió la reseña de las exequias y del entierro del mercader de plata. Con lujo de detalles Francisca describió los cuatro altares construidos en su casa para que en ellos se dijeran veinte misas por su alma. Habló después del espectacular entierro efectuado el día anterior en la iglesia de Santa María de los Ángeles de Churubusco, que edificada a su costa albergaría en adelante su cuerpo, enterrado junto al de su mujer doña Elena. Amortajado con el hábito de los descalzos de San Francisco, don Diego había sido sepultado con todos los honores y acompañado por cien clérigos, por numerosos representantes de las órdenes religiosas asentadas en la capital y por miembros distinguidos del consulado de comerciantes, de la Audiencia y de muchas cofradías.

—Allí estaba también Diego —agregó Francisca refiriéndose a otro de los hijos adoptivos del mercader—; el año próximo terminará sus estudios con los agustinos y pasará a misionar a las Filipinas.

Don Domingo interrumpía a cada rato a su consorte para mencionar lo que habían costado misas, catafalco, altares, cera, flores y adornos. Y cuan-

do creyó que Francisca había terminado, comenzó a exponer sus planes sobre las mil misas que mandaría decir por su alma y sobre las esculturas de madera policromada que ordenaría colocar sobre su tumba.

María escuchaba emocionada; cómo hubiera deseado asistir a las ceremonias que exaltaban la memoria de su padre.

Aprovechando una pausa que hizo Domingo, Francisca comentó que ese año su marido ingresaría en la orden de Caballeros de Santiago. El mercader no cabía en sí, se sentía un hombre exitoso y con soberbia comentó sus logros comerciales. La compañía para el tráfico de plata, que como socio de don Diego había heredado, iba viento en popa. Por otro lado su hermano Juan, tesorero de las Cajas Reales de Pachuca y heredero, por la muerte de su suegro, del arrendamiento del asiento del pulque, le había ofrecido atractivos negocios que le dejarían muchas ganancias. Habló de sus compadres y conocidos en el gobierno, como si la monja supiera quiénes eran, y continuó regurgitando cifras en oro y nombres linajudos. Parecía no darse cuenta de que las dos mujeres sabían que su fortuna y sus relaciones procedían de un ventajoso matrimonio y de un socio dadivoso.

Una tos fingida de Francisca le llamó la atención. El tiempo de visita se agotaba y aún no tocaban el tema principal que los había llevado allí.

Tras la reja se escuchó el crujir de unos papeles y don Domingo mencionó que tenía en su poder un traslado del testamento que don Diego había hecho poco antes de morir. En su función de albacea testamentario, La Rea tenía la obligación de dar a conocer la voluntad del finado a sus beneficiarios, y sor María era una de ellos.

Con su estilo ampuloso, el mercader vasco leyó párrafos enteros del escrito donde se dejaban grandes cantidades al convento de monjas franciscanas de Santa Isabel y al de Churubusco, de los que el finado era patrono. Pasó después por las limosnas donadas a cada uno de los conventos masculinos y femeninos de la ciudad, a los hospitales, a las muchas cofradías a las que perteneció y a las ermitas de Guadalupe, los Remedios y la Piedad. Leyó después las numerosas dotes otorgadas a muchachas huérfanas para que pudieran casarse o profesar como religiosas. Más de medio millón de pesos en obras pías había dejado ese hombre que llegara desde Granada en 1628, en la recua de los pobres. Pasó después a las herencias que había legado a su familia adoptiva. María, su hija consentida, encabezaba la lista.

—*Ordeno y es mi voluntad* —habló el difunto con la voz de La Rea— *que desde el día que yo fallezca en adelante goce y perciba por entero la madre María*

de la Trinidad la renta de las casas en que vivo en la calle de Santo Domingo y las de una casita anexa al convento de Jesús María. Asimismo mando que, sin intervención de prelada alguna, pueda gozar de ellas para ayuda a sus gastos y necesidades hasta la hora de su muerte. Y desde el día de su muerte suceda en el gozo de esas rentas Rosa del Castillo.

Al escuchar este nombre, María se sobresaltó. Ya no oía a don Domingo que le citaba las autorizaciones que fray Payo hiciera en 1672 para que, a pesar del voto de pobreza, las monjas pudieran percibir rentas en forma personal.

—¿Quién es Rosa del Castillo? —preguntó extrañada y con una imperceptible alteración en la voz.

Francisca, que la conocía muy bien y que había notado su extrañeza, la puso al tanto de lo que pasaba. Don Diego había adoptado a esa joven hacía medio año, un poco antes de que cayera en cama, y ella lo había atendido durante su enfermedad. Nadie le había contado antes esto a María, porque don Diego recomendó explícitamente que no se hiciera. Posiblemente, conociéndola, quiso evitarle una contrariedad.

—¡Ah!, a propósito —agregó Francisca como quitándole importancia al hecho—, nuestro padre dispuso que Rosa venga a vivir contigo en el convento mientras toma estado.

La noticia no le causó a la religiosa ninguna gracia, pero su necesidad de ser querida y aceptada le impidió expresar su oposición. Con indiferencia escuchó las últimas disposiciones de su finado padre. María de las Vírgenes, una sirvienta joven de la casa paterna, pasaría también a vivir con ella. Joseph, que tenía diez años, y Francisco, un niño de dos que la inacabable dadivosidad de don Diego había adoptado recientemente, se irían con Francisca y Domingo.

Esa noche sor María soñó que su padre le regalaba unas hermosas flores y que, justo cuando las tocaba, las espinas se le clavaban en los dedos causándole un dolor muy agudo. Instintivamente se llevó la mano a la boca y su lengua se posó sobre las pequeñas heridas, limpiándolas; cuando volteó a mirar a su padre para quejarse, vio que éste tenía el rostro bañado en sangre. Intentó acercarse a él, pero sus pies no se podían mover; quiso gritar y ningún sonido salió de su garganta. La madre Trinidad despertó a media noche entre sollozos y palpitaciones

A la mañana siguiente entró por la portería conventual una jovencita regordeta, de cara pecosa y mirada altanera, acompañada por una callada

muchacha mestiza. Rosa y María de las Vírgenes fueron recibidas cortésmente por María de la Trinidad y por Isabel, con un apetitoso desayuno.

Desde los primeros días de convivencia, las dos huérfanas chocaron. A pesar de la amplitud de la celda, en la que había dos habitaciones que permitían una cierta privacidad, la actitud de la recién llegada alteraba a la paciente María. Rosa siempre estaba malhumorada y era muy grosera con las sirvientas. Cuando María le preguntaba algo, contestaba con arrogancia y desprecio y nunca se mostraba dispuesta a ayudar en las labores domésticas. Además comía todo el día y a todas horas. No había despensa que aguantara su gula.

Pasaron así tres semanas. Una mañana de abril María recibió por el torno un pequeño folleto. Era un sermón impreso a expensas de don Domingo de la Rea con el que éste concluía sus acciones para exaltar la memoria de don Diego. La pieza oratoria había sido expuesta por fray Antonio Correa, predicador mayor del convento de San Francisco, durante la misa de exequias que las religiosas de Santa Isabel hicieron en honor de su patrono el 8 de abril.

María lo llevó a su celda y se sentó a leer. El panegirista comparaba a don Diego con el santo Job y exaltaba su gran generosidad llamándolo padre de los pobres. Hablaba de su humildad y de su desapego a los bienes terrenos como un ejemplo a imitar para todos los ricos. "*Dispensaba* —decía— *excusando lo vano y lo superfluo en el vestir para tener con que dar más liberalmente al pobre*". Finalmente, el fraile comentaba el magnánimo testamento.

Rosa llegó a interrumpir y preguntó con su habitual tono amargo qué era lo que María estaba leyendo. La monja comenzó a hacer el resumen del sermón, pero su discurso fue cortado abruptamente por una frase hiriente:

—Debes estar muy agradecida a don Diego por la gran herencia con la que te favoreció.

El comentario no venía al caso y María, con inocencia fingida y para evitar un nuevo altercado, la reconvino.

—Así es, a todos sus hijos adoptivos nos ha beneficiado, no sólo con su herencia sino con el recuerdo de su gran caridad. Tú misma has sido obsequiada con su generosidad.

—Mentira —contestó airada la joven—. Tú te has llevado la mayor parte de la herencia.

Y salió de la celda dando un portazo.

La monja quedó atónita. Nunca imaginó que el corazón de Rosa encerrara tanto rencor hacia ella. Entendió que sus palabras no eran hijas de la

avaricia, sino de los celos. Al darse cuenta de que ella había tropezado en la misma roca, sonrió para sus adentros.

7. LAS APARIENCIAS

Capuluac-Chalma, 7 de marzo de 1684.

La navaja corría suavemente sobre la piel de la prominente barbilla y bordeaba con maestría la angulosa mandíbula, llevándose con la espuma las pequeñas motas negras de pelo. Al terminar, la diestra mano colocó sobre la cara un paño humedecido con agua caliente y la refrescó con un líquido aroma de azahares.

—Ya está, Su Paternidad —dijo el hermano barbero mientras quitaba del pecho de fray Diego Velázquez de la Cadena la tela blanca que le cubría el hábito para evitar las manchas.

El sacerdote tomó un espejo y miró con detenimiento si no había quedado algún pelo sin cortar. Complacido con el trabajo, asintió con la cabeza y agradeció con una moneda de plata el servicio. El joven lego hizo una reverencia y, habiendo confirmado la conocida dadivosidad de fray Diego, salió de la celda.

"Quiera Dios que en este viaje logre obtener por lo menos tres voluntades para mi causa", pensó el fraile mientras sacaba de un cajoncillo unos pliegos.

Pasando el dedo sobre una lista de conventos, contó mentalmente los votos que tenía a su favor: 52 entre un total de 67. Escribió la cifra en un papel. Más ocho de los doce maestros numerarios, más diez votos de gracia, total: ochenta de los 101 votantes.

No era una cantidad despreciable pero había algunos cuya posición era muy ambigua y debía obtener un margen más amplio para tener plena seguridad en el triunfo.

—Hace falta convencer por lo menos a otros quince —discurrió, y volvió a enumerar a los sujetos que le habían asegurado su apoyo pero de los que desconfiaba.

Un toquido en la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Era su sirviente privado, que venía a avisarle que la comunidad lo esperaba para desayunar.

Atildado y vestido como un noble caballero, lo que le había valido el mote de *Marquesito*, el sirviente acompañó a fray Diego hasta el refectorio mientras le contaba lo que había escuchado en los claustros. Fray Ildefonso Coronel, prior del convento de Capuluac, había comentado a otro religioso que estaba dispuesto a votar por el vicario a cambio de algún rico priorato.

"Un voto más —pensó el padre De la Cadena—, pero el cargo le costará dos mil pesos."

Al entrar en el recinto del refectorio, la pequeña comunidad conventual de Capuluac se puso de pie. Fray Diego era vicario general de la provincia y su visita constituía todo un acontecimiento para los cuatro frailes que la formaban. Junto con ellos estaban otros tres religiosos y un laico, el séquito del padre De la Cadena. Eran fray Jerónimo de la Colina, fray Juan de Rueda, fray Joseph de Lanzuela y el escribano público don Joseph del Castillo.

Se consumieron los alimentos en silencio, al ritmo de una voz que leía la vida de Santo Tomás de Aquino. Al terminar, fray Diego tomó del brazo al prior fray Ildefonso y, envolviéndolo con su elocuencia, consiguió una voluntad que de antemano sabía suya.

Después de las despedidas se reinició el viaje que había partido de la Ciudad de México el día anterior y culminaría esa misma tarde en el santuario de Chalma. Montadas sobre sus cabalgaduras, seis figuras avanzaban entre campos secos que esperaban ser abiertos por el arado. Los rayos solares eran todavía soportables y les permitían traer los sombreros sobre las espaldas. Frente a los viajeros, la silueta nevada del *Chiuhnautzin* llenaba con su presencia el horizonte.

Fray Diego aprovechó un estrechamiento de la vereda para colocar su caballo al lado del de fray Jerónimo de la Colina, con quien quería tratar unos asuntos. Ambos jinetes quedaron a la cabeza de la columna seguidos del *Marquesito* que, aleccionado por su amo, los aislaba con su persona del resto de la comitiva y les permitía una mayor privacidad.

—Los que vienen de España son unos pícaros, no hacen más que darnos problemas —comentó fray Diego, conociendo la aversión que fray Jerónimo tenía por los peninsulares.

—Bien lo dice Su Paternidad —contestó el interpelado con notoria afectación.

Una vez captada su atención, Cadena comenzó a obtener la información que quería por medio de tácticas adulatorias. Primero ensalzó la sapiencia y dotes de su interlocutor y elogió su actuación como procurador

de los criollos en la Corte de Madrid. Después preguntó si había tenido alguna noticia de aquellas tierras y deslizó, sin darle importancia, la cuestión de la presidencia para el futuro capítulo. Fray Jerónimo era amigo del padre fray Marcelino de Solís, a quien se le había dado tal nombramiento desde Roma, y fray Diego sabía que él era el único que le podía informar sobre sus intenciones y alianzas. Su amistad con Solís se había deteriorado después de la muerte de Sosa y era imposible preguntárselo directamente.

El padre De la Colina se dio cuenta de los propósitos del astuto vicario y rápidamente decidió sacar provecho de una situación que, por otro lado, ya esperaba. Sabiendo que buena parte de los votos de la provincia se inclinaban hacia Cadena, decidió abrirle los secretos de sus opositores a cambio de una tajada substanciosa para el siguiente trienio.

—Sabrá ya Su Paternidad —comenzó el exprocurador, hablando pausadamente— que Sicardo y Gutiérrez están moviendo los ánimos de los indecisos para desbaratar las justas aspiraciones de Su Paternidad para el próximo capítulo.

Fray Diego asintió recordando que en 1681 había concedido a los gachupines el priorato del convento grande de México, a cambio de su apoyo. Ahora veía aquella decisión como un error pues fray Antonio Gutiérrez, su prior, había hecho de esa casa un centro de oposición contra él.

Colocándose el sombrero sobre la cabeza para cubrirse de los rayos solares que comenzaban a ser molestos, agregó:

—Amén de la campaña de desprestigio que esos gachupines han iniciado contra mi persona, escribiendo memoriales y cartas contrarias a mis desvelos y santos intentos por traer la paz y el bienestar a nuestra amada provincia.

—Pues esos gachupines —espetó fray Jerónimo— han conseguido el apoyo de los conventuales criollos de la parroquia de San Sebastián; el de fray Juan Ponce, quien estaba disgustado con ellos y ahora se ha contentado, y el de fray Marcelino de Solís que quiere recuperar su preminencia en la provincia.

"Curiosas vueltas da la vida —pensó Cadena al tiempo que esbozaba una sonrisa—. Ponce, cuando fue provincial, excluyó a Solís del gobierno y lo privó incluso de su celda. Solís desconoció a Sicardo cuando éste llegó a Nueva España a restaurar la alternativa. Gutiérrez traicionó a Ponce cuando más lo necesitaba. ¡Y ahora todos están en el mismo bando!"

—Bueno, ¿y quién más apoya a los gachupines? —preguntó.

—Gil Guerrero, Almazán, Guevara, Abarca, Medrano... en fin, varios de los votos numerarios y algunos de los de gracia.

Fray Diego hizo una imperceptible mueca de desagrado frunciendo la rectitud de su gran nariz; entre esos nombres había algunos con los que él contaba. Pero eso ya se arreglaría. Por lo pronto, en agradecimiento por los favores recibidos y para granjearse un voto más a su favor, ofreció a fray Jerónimo el priorato de la Casa Grande de México, a cambio de una contribución de cinco mil pesos anuales.

El exprocurador, que no se esperaba tan grande tajada, se deshizo en agradecimientos y prometió fidelidad a su nuevo señor con efusivas palabras. Fray Diego oía sin escuchar y observaba las parcelas todavía sin arar y los magueyes que las separaban. Tres muchachos quemaban los matorrales en las laderas de un monte coronado de pinos.

Pronto las palabras se agotaron ante la indiferencia y dieron paso al silencio. Cadena cavilaba sobre lo que haría con los religiosos peninsulares que no se le sometían. Los mandaría a un convento de tierra caliente para que sufrieran con las sabandijas; y a Solís... Una ola de simpatía lo invadió.

"Pobre viejo, le echaron el gato a las barbas, todo por no saber perder."

Y recordó los agradables momentos pasados en su compañía en la casa de las Monleone. En ese momento el religioso se dio cuenta que caminaba solitario y que su séquito había quedado muy atrás. Tiró de las riendas de su caballo y, mirando el campo, esperó un rato a que llegaran hasta él. A su diestra un hombre abría la tierra seca con su arado tirado por un escuálido caballo. Cerca de él, un remolino levantaba una columna de polvo. Cuando sus acompañantes le dieron alcance, fray Diego se puso al lado de fray Joseph de Lanzuela, quien con su acento aragonés le comentó:

—Vuestra Paternidad debe estar orgulloso de sus obras. Toda la Corte comenta con entusiasmo que el convento de Culhuacan haya sido convertido en casa de recolección. El espíritu eremítico con el que nuestro padre San Agustín fundó nuestra orden tiene en él un digno e inigualable albergue. Y ahora todo lo que ha hecho en Chalma. Dios bendiga con abundantes dones vuestro fervor y magnanimidad.

Fray Diego escuchó halagado la alabanza, a sabiendas que era hija de la conveniencia. Después, para cambiar de tema, preguntó a fray Joseph si conocía la historia del Santo Cristo de Chalma y de su venerable ermitaño. Ante la respuesta negativa del aragonés, el fraile criollo narró con encendidos arrobos los favores que Dios había hecho a esta su tierra. La comparó con el

paraíso porque sus paisajes y su gente eran excepcionales y porque estaba dotada de lugares tan milagrosos como los santuarios de Chalma, de los Remedios y de Guadalupe.

—Cuando fray Nicolás de Perea —dijo— llegó a estos parajes en 1531, se adoraba en ellos a un dios de las cuevas. El santo padre intentó, con una fervorosa predicación, que los indios quitaran de allí la horrenda imagen del Demonio que veneraban y ante la negativa de los idólatras, el agustino regresó al día siguiente con su compañero dispuesto a derribarla. Pero cuál no sería su sorpresa al encontrarse que la imagen del Santo Cristo estaba en el altar y el ídolo yacía roto en tierra rodeado de flores.

El padre Lanzuela escuchaba atento la narración mientras el canto de las cigarras llenaba el aire y los rayos del sol caían impasibles sobre la calcinada tierra.

—En 1626 —continuó fray Diego— llegó a la cueva un ermitaño llamado Bartolomé, que había sido un próspero arriero hijo de un andaluz y de una de india de Huejotzingo. Malos negocios, dificultades y calumnias le trajeron quiebra y cárcel y buscando alivio en el retiro y la soledad llegó a la venerable ermita de Chalma. Muy pronto su vida de ascetismo y las curaciones y profecías que realizaba atrajeron a mucha gente y esto movió a fray Juan de Grijalva, prior entonces de nuestro convento de Malinalco, a darle el hábito de lego. El venerable, que tomó el nombre de fray Bartolomé de Jesús María, murió hace 36 años y en la cueva aún se conserva su cuerpo incorrupto; por ello Su Ilustrísima el arzobispo ha iniciado el proceso de beatificación. El venerable dejó en la ermita a un discípulo suyo llamado fray Juan de San Joseph, que hasta hace poco vivió en las cuevas y que falleció dos años ha en nuestro convento de México.

Lanzuela pronunció un elogioso discurso sobre las grandezas de la Nueva España, a la que llamó madre adoptiva. A Cadena le pareció excesiva esa admiración en un hombre que no era criollo y le entraron sospechas de que no fuera del todo sincera. Acostumbrado a la adulación de su persona y de sus gustos como un medio para obtener de él favores, había generado una desconfianza habitual hacia los halagos. Sin embargo, para la alternativa recientemente restaurada, fray Diego necesitaba peninsulares adictos con los cuales jugar en el ajedrez de la legalidad. No era fácil encontrar gachupines dispuestos a obedecer sus designios y éste podía ser un buen prospecto. Lo observaría y lo estudiaría como candidato para la sucesión.

Hacía un buen rato que el camino plano se había vuelto serpenteante y sus soledades iban siendo ocupadas por numerosos peregrinos. De pronto, después

de una curva, aparecieron unas casuchas de paja y adobes; era señal de que se aproximaban al pueblo de Ocuila. Atravesaron las calles bordeadas de huertas, con sus montones de rastrojos apilados afuera de las chozas y sus silos para el maíz, como huacales hechos de palos de madera.

Cuando llegaron al convento, los dos frailes que en él vivían dieron a los caminantes una calurosa bienvenida con refrescante vino. Mientras hombres y animales descansaban de las fatigas y del calor, Cadena se retiró a la celda prioral con fray Ildefonso Arévalo, prior de la casa. Sentados en cómodas sillas de brazos, ambos frailes hablaron de los sucesos del capítulo. Fray Diego prometió un mejor priorato que el de Ocuila para el próximo trienio y agradeció un voto que ya tenía ganado. Fray Ildefonso entregó una cajita con monedas, contribución que todo prior debía hacer anualmente a su benefactor y amo. Una vez concluidos sus negocios, los dos religiosos salieron hacia el refectorio.

La comida fue parca y la sobremesa corta. A fray Diego le urgía llegar a Chalma para el rezo de *nona* y dio la señal de partida apenas terminados los postres. Al salir de las caballerizas conventuales, fray Juan de Rueda, que esperaba un momento propicio para estar a solas con el vicario, colocó su caballo al lado del de fray Diego.

—Su Paternidad perdonará el atrevimiento pero me es de suma importancia darle un recado.

—Hable hermano, lo escucho.

—Hay en la provincia varios religiosos criollos que, a pesar de haber apoyado la reforma para reinstaurar la alternativa, están en estos momentos en desacuerdo con los medios que han utilizado Sicardo y sus secuaces para imponer al bando peninsular. Soy el portavoz de ese descontento y de una promesa de apoyo a la causa de Su Paternidad.

Fray Diego esbozó una sonrisa de satisfacción. Eso era mucho más de lo que esperaba. Por lo menos tres de los votantes pertenecían al grupo de Rueda, los priores de Puebla, Huauhchinango y Actopan. En señal de agradecimiento, daría a fray Juan el rectorado del colegio de San Pablo y a sus amigos los dos definitorios criollos. Era un buen premio y un medio para convertirlos en incondicionales.

Dos grandes árboles a la vera del camino interrumpieron sus pensamientos. Con sus ramas llenas de sombreros, trenzas de pelo, bolsitas y listones de colores, parecían el aparador de un mercader. Alrededor de ellos había personas que bailaban con coronas de flores en sus cabezas o se refrescaban

en las aguas de un arroyuelo. Mientras señalaba los frondosos follajes, fray Diego narró la leyenda a sus acompañantes:

—Un hombre casado prometió llevar a una viuda a visitar el santuario de Chalma. Pero en el camino, en lugar de hacer penitencia pecó con ella. El Santo Señor, como castigo por ese sacrilegio, los convirtió en árboles. Existe la creencia de que toda persona que va por primera vez a Chalma tiene que bailar frente a ellos y dejar en sus ramas, como ofrenda, alguna parte del cuerpo o de la ropa.

Al terminar la historia se hizo un silencio. Fray Diego regresó a sus pensamientos mientras oía alejarse el sonar de los cascabeles de los danzantes, que bajo las sagradas sombras dejaban el cansancio del camino.

"Cuando regrese a México hablaré con los oidores Gonzálo Suárez de San Martín y Fructos Delgado. Pedro ya los puso en antecedentes y me serán de gran ayuda en el capítulo. Debo pensar en dos buenos regalos para ellos. ¿Serán suficientes trescientos pesos por sus servicios? Dios quiera que los huipiles que encargué a Oaxaca para la señora virreina ya hayan llegado. Y para el señor virrey... podrían ser el cáliz de oro y rubíes que había en la sacristía de Capuluac..."

—¿Cómo van las cosas en palacio? —preguntó una voz que resonó como un eco de sus propios pensamientos.

Fray Diego volteó la cabeza y vio la cara arrugada y sonriente del escribano don Joseph del Castillo. La pregunta no lo turbó, pues no llevaba ninguna doble intención y servía tan sólo para abrir una conversación intrascendente. Cadena tenía acceso a la Corte virreinal por su hermano Pedro y era invitado a todas las ceremonias, por lo que estaba siempre muy enterado de lo que sucedía en palacio.

El vicario habló de los temas que todo mundo conocía. El embarazo de la virreina iba por buen camino; se esperaba al vástago en julio y se preparaba un bautizo suntuoso. De la rebelión de los indios de Nuevo México llegaban noticias poco halagadoras; Santa Fe seguía en sus manos. Los piratas franceses de Lorencillo continuaban asolando las costas de Veracruz, a pesar de los 150 mil pesos de rescate que les dieron por dejar libre el puerto; el señor virrey saldría para allá pronto.

A alguna pregunta en concreto sobre don Juan Tomás de la Cerda, duque de Medinacelli, fray Diego contestó con una evasiva. Todos sabían que había mostrado ser un inepto en su cargo de nuevo valido del rey y que no había hecho ni la mitad de lo que hizo don Juan de Austria. Pero por ser el

hermano del virrey no era conveniente hablar de más y arriesgarse a ser personaje de una comedia de enredos.

Don Joseph se dio cuenta de su indiscreción y dirigió la conversación hacia temas menos comprometedores.

—¿Y la familia de Su Paternidad cómo se encuentra?

La pregunta trajo a la mente de fray Diego un triste recuerdo. La muerte de su madre, a pesar de haber sucedido hacía dos años, era todavía una llaga lacerante. Para librarse del dolor, Cadena dejó salir un río de palabras. Contó los planes de su hermano Pedro para remozar Santa Inés; habló después de Juan y de sus hijos, de los que hacía mucho no tenía noticias pues vivían en Tehuacán, donde su hermano era alcalde. Hizo alguna mención también a Mariana, pero sobre todo se explayó hablando de sus sobrinos preferidos. Diego, el primogénito de Juan, vivía con su tío Pedro desde muy pequeño y mostraba una gran inteligencia y capacidad para los negocios de la Corte. Nicolás Carlos, hijo de Mariana y becario en el colegio de Todos los Santos, tenía ante sí una brillante carrera eclesiástica.

Iba tan metido en su monólogo que no tuvo conciencia de la aparición del suntuoso templo y del convento de Chalma, inmersos en el fondo de una barranca. Cayó en la cuenta cuando don Joseph se los señaló silencioso y asombrado; pero el fraile los observó con indiferencia, como quien mira un paisaje ya conocido. En el caserío de Tres Cruces llamó al *Marquesito* con un movimiento de la mano y lo envió por delante para que avisara de su llegada. Después, lentamente, para darle tiempo de cumplir con su cometido, bajó por el empinado camino que llevaba al santuario.

Desde la hostería que se había abierto en las laderas del barranco, los penitentes descendían hacia el templo de rodillas, coronados de espinas y con los ojos vendados. A lo largo del camino los vendedores ofrecían a gritos comida, escapularios, ropa, novenas, pulque, estampas y mujeres.

El grupo de jinetes llegó al atrio acompañado por ese ambiente de feria, rodeados de peregrinos que parecían no notarlos. Los religiosos y el seglar bajaron de sus caballos frente a la alta portada de la iglesia construida, al igual que el atrio y el convento, sobre un gran terraplén ganado al barranco. La plaza estaba llena de gente que bailaba, que caminaba sobre sus rodillas o que dormitaba encima de bultos. La mayoría pasaría ahí la noche. El *Marquesito* y dos sirvientes llegaron a hacerse cargo de los caballos, mientras los viajeros entraban al templo dejando atrás el barullo de la plaza y el rugido del río en el barranco.

Después de hacer una plegaria frente a la imagen del Santo Cristo, a cuyos pies los peregrinos depositaban monedas, cirios y ofrendas, el séquito pasó a las dependencias conventuales. En ellas, la recepción que los esperaba fue digna de un obispo. Los doce frailes que allí vivían se deshicieron en halagos, regalos y atenciones hacia aquel que había hecho posible la existencia de tan santo eremitorio. Fray Francisco Hurtado de Mendoza, su prior, recordó la suntuosa celebración, patrocinada por fray Diego, con la que se festejó el traslado de la imagen desde la cueva hasta el templo el año anterior. Otro fraile mencionó los raros libros y ricos ornamentos con los que dotó biblioteca y sacristía. Un tercero habló de la recua de mulas y del rebaño de quinientas ovejas donadas para su sustento. El padre De la Cadena aseguró que nada de eso se le debía a él y lo atribuyó todo a las limosnas que dieron los peregrinos y los otros conventos de la provincia. Costumbre de políticos es fingir modestia, aunque en el fondo el vicario estaba convencido que lo dicho era verdad.

Fray Diego y su séquito acompañaron a sus hermanos a las oraciones que, por la abundancia de voces, fueron muy lucidas. A la salida del coro se le acercó un fraile recién llegado a quien Cadena reconoció de inmediato. Era fray Francisco Castellanos, el joven prior del vecino Malinalco.

—Bien se le ve a Su Paternidad —dijo el religioso con un marcado acento andaluz.

—Pues su semblante, hermano, no es el de un enfermo, por cierto —respondió el vicario aludiendo a unas fiebres que, según le habían dicho, tenían al prior en cama.

Los dos religiosos caminaron por el claustro tomados del brazo y charlando.

—Alexo Venegas —comentó el andaluz con salero—, en su *Agonía del tránsito de la muerte*, dice que son cuatro los vicios que atacan a los españoles: el exceso de los trajes, el desprecio a los oficios mecánicos, el orgullo del linaje y el no saber, ni querer saber qué se resume en el dicho "dadme dineros y no consejos". Yo, al parecer, no soy español pues sólo encajo en uno de esos vicios. Los trajes no los puedo usar, aunque quisiera, los oficios no los conozco, el linaje no lo tengo y lo último, los dineros, eso es lo que me va.

Fray Diego escuchaba fascinado el desparpajado discurso. La manera de hablar directa y descarnadamente franca del andaluz lo atraía por el contraste con su propio carácter, mesurado y suspicaz. La empatía nació de inmediato y con ella la convicción de que algún día Castellanos le sería muy

útil para sus planes. Por lo pronto le ofreció el priorato de Ixmiquilpan, que fue negociado con la misma franqueza.

Después del rezo de *vísperas* y *completas* Cadena buscó al escribano Castillo, que estaba entretenido en la cocina charlando con un esclavo y lo invitó a conocer las dependencias conventuales. Le explicó cómo se habían construido y lo que costaron, le mostró las ricas joyas de la sacristía y al final lo llevó a la biblioteca. En ella fray Diego encendió las velas de un candelero y sentó a don Joseph frente a una mesa abastecida con lo necesario para escribir. Mientras Castillo hacía su trabajo, el religioso hojeó un libro tomado de uno de los estantes.

Cuando el escribano terminó su labor entregó al fraile el borrador de lo que sería un acta notarial. En ella se daba certificación de que el padre fray Diego Velázquez de la Cadena había realizado importantes obras para el santuario y la comunidad religiosa de Chalma. El vicario enviaría a Madrid ese y otros testimonios para acallar en el Consejo la campaña de desprestigio que Sicardo y sus amigos estaban realizando contra él. Dio una bolsa de monedas al funcionario como pago por sus servicios y le recordó que la cena se serviría a las ocho. Por lo que había visto en la cocina, sería una comida suculenta.

Cadena se retiró a la celda que se le había asignado. Mientras recorría los hechos de la jornada, se pasó una mano por la mejilla y sintió la rasposa barba brotando de nuevo. Llamó al hermano barbero para que le afeitase y, cuando terminó, se arregló con cuidado el hábito y bajó al refectorio con su andar parsimonioso. Únicamente una mirada perspicaz hubiera notado la imperceptible sonrisa de satisfacción que se dibujaba en sus labios.

IV. EL LIBRO DE LAS VIRTUDES

1. DILIGENCIA

La *Doctrina Cristiana* del jesuita Jerónimo de Ripalda, publicada en 1591, dice a la letra:

"¿Que cosa es pereza? Andar con tristeza y tedio en las cosas divinas. ¿Y diligencia? Presteza y gozo de todo eso".

En el coro vacío se escuchó un rezo a las primeras horas del día 8 de abril de 1684:

—Te ofrezco, ¡oh Señor!, este ayuno, para que abras mi corazón y mi entendimiento, para que pongas en mi boca las palabras certeras, para acallar la voz de nuestros enemigos, para que me des la entereza de ánimo para seguir adelante con la causa que me has encomendado. Dadme la diligencia necesaria, la diligencia justa...

Don Juan Jerónimo López de Peralta y Urrutia, alcalde ordinario de la Ciudad de México, en el testimonio que dio sobre los escándalos que precedieron al capítulo provincial agustino de 1684. 8 de abril de 1684:

"En ocasión del capítulo general que está próximo a celebrarse en la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de San Agustín de México, se han congregado en el colegio de San Pablo muchos de los vocales del capítulo, y por el mucho escándalo que están dando, encontrándolos por las calles todas las noches que Su Merced ha salido de ronda, hallándose abiertas las puertas del dicho colegio a horas no acostumbradas entre religiosos. En vista de esta publicidad y escándalo acudí al padre maestro fray Marcelino de Solís, sujeto que se entiende ser presidente del dicho capítulo, para que con su influjo corrija y remedie caso de tanto escándalo".

Don Pedro del Castillo Grimados, escribano de Su Majestad, en el testimonio que dio sobre los escándalos que precedieron al capítulo provincial agustino de 1684:

"El sábado 8 de abril de 1684 vi en el patio de dicho convento de San Pablo cómo vestían mulas, a las que guardaban mozos al parecer de fuera de la ciudad; y habiendo subido a los dormitorios encontré en ellos distintos religiosos, los unos

con el vestido blanco que acostumbran tener dentro de la casa y los otros con el negro, capas y sombreros. El lunes 10 de dicho mes, habiendo subido a los dormitorios, vi entrar y salir de la celda de fray Joseph Carrillo, rector del colegio y en la del maestro fray Diego de la Cadena, algunos religiosos. Pregunté a un fraile donado mulato que andaba en el dormitorio si eran dichos padres votos y me dijo que sí; y me asomé a la celda del rector y estaban jugando naipes algunos religiosos que, según las voces que oí decir, 'adelante viene el seis', eran albures... Otro día vi salir un religioso con tres hombres seculares y uno de ellos era un criado del padre De la Cadena a quien llaman el marqués. El padre De la Cadena envió ese día al señor virrey un escritorio riquísimo, colchas de seda de distintos colores y huipiles bordados con hilos de oro. Este declarante estaba en un corrillo de gente y todos vieron pasar a unos indios cargando dichos regalos".

Memorial del capítulo de la provincia agustina del Santísimo Nombre de Jesús de México. 1684:

"En la Ciudad de México a 20 de abril de 1684. El presidente del capítulo fray Marcelino de Solís, nombrado por el maestro general de la orden, solicitó del real acuerdo y del virrey nombrara dos representantes para que el capítulo se celebrara con las calidades que Su Majestad encarga. Su Excelencia nombró para tal encargo a los oidores doctor don Gonzalo Suárez de San Martín y doctor don Fructos Delgado.

"En la Ciudad de México a 21 de abril de 1684. El provincial fray Antonio de Quesada primero hizo una plática pidiendo le perdonaran los errores que hubiese cometido y exhortó a todos a elegir un prelado virtuoso. Dijo entonces en alta voz si había alguno que tuviese despachos del general. Fray Marcelino de Solís, hincando la rodilla, le entregó un pliego y el secretario fray Joseph de Rueda leyó la patente en la que fray Marcelino era nombrado presidente del capítulo. El padre provincial le dio la obediencia y así todos los demás; y acabando pidió quietud e hizo otra plática para que la elección de prelado fuese conforme a lo dispuesto por sus constituciones, cordero manso y no monarca y otras muchas razones. Fray Marcelino de Solís dijo entonces: 'empecemos a mandar; conviene al servicio de ambas majestades que el padre maestro fray Diego Velázquez de la Cadena salga luego y se entre en un coche que está prevenido en la portería y vaya a la parte y lugar donde lo llevaren los padres maestros fray Joseph de Guevara y fray Juan Guerrero, en el interim que concluye el capítulo; lo cual le pido como amigo ejecute luego y se lo mando como presidente en virtud de santa obediencia y pena de excomunión mayor reservada a mí'.

"Atento a lo dicho todos los religiosos se comenzaron a inquietar. El licenciado don Gonzalo Suárez le dijo: 'si ahora acabaron de dar la obediencia a Vuestra Paternidad en virtud de la patente, ¿cuándo hizo la causa con jurisdicción para desterrar al padre maestro fray Diego de la Cadena y privarle de voz activa?'

"Levantándose el padre De la Cadena dijo: 'suplico a Vuestra Paternidad se sirva darme la causa para ejecutar una violencia tan grande, pues me da pena de la posición en que me hallo, siendo como soy definidor, el más antiguo maestro y tan esencial y necesario para este capítulo; y no reside autoridad en Vuestra Paternidad para echarme del capítulo, pues el presidente no puede por sí solo determinar tal cosa sin consejo de los reverendos padres; y privándome sin causa se arriesga mi reputación y crédito en todo el mundo'.

"Y habiendo instado en la salida dicho presidente, la mayoría de los religiosos se levantaron de sus asientos yéndose para donde estaba dicho presidente diciendo: 'no ha de salir nuestro padre Cadena, porque no hay causa para ello'. Y por reconocer lo alterados que estaban se levantaron los dichos señores oidores de sus asientos a persuadirles que se sosegasen y con esto se quietaron.

"Don Gonzalo Suárez propuso al presidente que convendría hacer salir a toda la gente que no fuese necesaria al capítulo (por haber concurrido mucho número de ella de todos estados, así la que antes se reconoció estar, como la que después había entrado), pues no era razón que en una publicidad tan grande se convirtieran materias que debían estar muy ocultas por el mismo crédito de la religión. Y estimando el dicho presidente la advertencia, mandó que salieran todos y sólo quedasen los vocales, cerrando las puertas.

"Reconociéndose en este tiempo estar los vocales divididos en dos bandos: los unos, que eran pocos, que seguían el dictamen del dicho padre presidente y según las demostraciones públicas fueron los padres maestros fray Bartolomé Guerrero, fray Joseph de Olivares y fray Joseph Sicardo, quien más que ningún otro vocealba y se escandalizaba. La mayoría estaba en la parcialidad del padre De la Cadena. Finalmente el presidente cambió de parecer y dijo que no saliera el padre De la Cadena. Se procedió entonces a nombrar jueces de causa y escudriñadores .."

Testimonio de fray Juan de Vargas, notario apostólico, sobre el capítulo de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de la orden de San Agustín, realizado en el convento grande la Ciudad de México a viernes 21 de abril de 1684:

"Pidió la palabra el padre Sicardo diciendo que el caso de los escudriñadores y de los jueces de causa eran distintos y que las constituciones daban en forma expresa que la elección de escudriñadores debía ser por sufragio; pero para los jue-

ces de causa, sólo expresaba que debía ser diputación del presidente con consentimiento de los padres capitulares. Una nueva controversia se levantó sobre si debían ser los padres del definitorio o todos los vocales, sobre lo que hubo nuevas voces y baldones contra el presidente, quien diversas veces dijo a voces: 'mátenme padres que aquí estoy para morir por la ley y por el rey'. Don Gonzalo dijo entonces al presidente que propusiese y él dio los nombres de fray Andrés de Almazán, fray Bartolomé Guerrero y fray Joseph de Olivares.

"Se volvieron a alzar gritos diciendo que no querían sino que se votase. Don Gonzalo determinó que se votase si aceptaban o no a los propuestos como jueces de causa, sin dejar al presidente usar de su autoridad en disposición alguna, pues sin ordenar cosa oí pedir urnas y frijoles para votar y traídas con muchos frijoles negros y pocos blancos se procedió a votar; y según dicho secretario de cámara dijo, no salieron aceptados los propuestos. Y así el presidente les propuso otros del séquito del padre maestro Cadena que fueron el padre fray Pedro Torrubia, visitador actual, el padre fray Diego de Ansaldo y el padre presentado fray Juan Zepillo, a los cuales aceptaron con gritería.

"Y procediendo a la absolución que dispone la constitución, oí voces de gran mofa y escarnio, así en el tono de la confesión, como mientras el padre presidente echaba la dicha absolución, con lo cual se acabó este acto. Todo lo cual es cierto y verdadero, y para que de ello conste, a pedimento del padre maestro fray Joseph Sicardo, doy este presente testimonio a 21 de abril de 1684."

Memorial del capítulo de 1684:

"El día 22 de abril de 1684 se procedió a la votación para la elección de provincial y definidores de la provincia. Fray Antonio de Quesada, provincial absoluto entregó de rodillas los sellos de la provincia al presidente, haciendo renuncia de su ministerio. Se nombraron entonces los escudriñadores, se colocó la mesa con las urnas y se procedió a la votación. La elección recayó en el padre maestro fray Diego Velázquez de la Cadena con gran alegría para todos y se entonó el Laudamus Dominus."

Testimonio de fray Juan de Vargas, notario apostólico:

"Habiéndose procedido en la elección salió por provincial, con 92 de los 101 votos a favor, el padre maestro fray Diego Velázquez de la Cadena. La dicha elección fue publicada como a las diez y media de la mañana, desde la cual hora hasta poco más de la una y media, duró el repique de campanas, y como a las doce del día hubo por los dormitorios de este convento un víctor de muchachos

con caja de guerra, clarín y chirimías, lo cual oí por mucho rato por haber dado diversas vueltas la gente que alentaba este grito. En la iglesia que se está construyendo se pusieron banderas y por la noche hubo muchos fuegos en las calles aledañas al convento, con notable estruendo y tiros.

"Después de las cuatro de la tarde, congregados los capitulares a la elección de definidores, fueron electos por parte de los nacidos en Indias el padre maestro fray Joseph de Peñalosa y el presentado fray Domingo Hernández y por parte de los nacidos en España el padre fray Juan Montero y el padre lector fray Domingo Gutiérrez, para lo cual fueron repartidas cédulas por parte del padre maestro fray Diego de la Cadena. Todo lo cual es cierto y verdadero, y para que de ello conste, a pedimento del padre maestro fray Joseph Sicardo, doy este presente testimonio a 22 de abril de 1684."

Y la diligencia fue otorgada... al padre De la Cadena.

2. PACIENCIA

Ciudad de México, 22 de mayo de 1684.

"Anatemicen y maldigan al dicho padre maestro fray Joseph Sicardo como tal público excomulgado, diciendo en voz alta las maldiciones siguientes: maldito sea de Dios y de su bendita Madre, amén; el sol se le obscurezca de día y la luna de noche, amén; mendigando ande de puerta en puerta y no halle quien bien le haga, amén; hiéralo Dios Nuestro Señor con llagas incurables de que no pueda sanar, amén; y envíe sobre él las plagas que envió sobre el reino de Egipto y el rey Faraón, amén; las maldiciones de Sodoma y Gomorra, Dathán y Albión, que por sus pecados los tragó vivos la tierra, vengan sobre él, amén. Y nunca sea recibido en la comunión de los hijos de Dios, amén, amén, amén."

Fray Antonio Gutiérrez terminó de leer los anatemas que condenaban a su amigo, escritos sobre un pergamino clavado en el coro conventual de San Agustín. Turbado, se dirigió a ver al prior fray Jerónimo de la Colina para pedirle una explicación de tan extremo castigo. Aunque de antemano sabía que el acto era una manera más de marginar a quien encabezaba la oposición contra Cadena, y una venganza por la actuación de Sicardo en el

capítulo reciente, el padre Gutiérrez quería manifestar su posición de apoyo a la causa de fray Joseph. El superior, sin decir nada, sacó de un cajón dos pliegos enrollados y se los entregó pidiéndole que los llevara a fray Sicardo.

El fraile salió de la celda prioral, bajó las escaleras y cruzó los claustros conventuales hacia las caballerizas. En el camino se encontró con comerciantes, burócratas y hacendados españoles que acudían a arreglar negocios o a solicitar favores. Atravesó los patios entre indios tamemes cargando bultos, mestizos arreando recuas de mulas con abastos y mercaderías y sirvientes mulatos, filipinos y negros con recados de sus amos y amas para los religiosos. Montó sobre una mula que le preparó un esclavo y se fue hacia la Alameda en busca de su amigo. A buen trote caminó bajo el sol de mediodía entre calles soñolientas y llegó ante las puertas del hospicio de Santo Tomás de Villanueva.

El soberbio edificio albergaba a los agustinos descalzos que pasaban a las islas Filipinas, y como tenía jurisdicción aparte de la provincia de México las autoridades de ésta no podían actuar dentro de sus muros. Fray Antonio saludó al hermano portero como a un viejo conocido y, dejando en el patio su cabalgadura, se dirigió hacia la celda de Sicardo.

Después de los saludos de cortesía, el padre Gutiérrez puso en las manos de su amigo el pliego que traía. Éste lo desenrolló con nerviosismo y leyó:

"Fray Joseph Sicardo, religioso de esta provincia y conventual en dicho convento grande de la Ciudad de México, con mucho temor de Dios y contraviniendo nuestras sagradas constituciones, había hecho distintos escritos con varias imposturas contra el reverendo padre provincial y la provincia, induciendo a otros cuatro o cinco religiosos a que los firmasen y al padre fray Juan de Vargas, religioso muy anciano y que por estar ciego anda con gomecillo, a que como notario apostólico que dice ser les autorizase y firmase al tacto. El miércoles 17 de dicho mes de mayo, fray Jerónimo de la Colina, llevando en su compañía a fray Antonio Cárdenas, fue a la celda del padre Sicardo y estando en ella le confiscó unos papeles que estaban dentro de una escribanía, papeles denigrativos de las personas superiores de este reino y ministros de Su Majestad, imputándoles ante el Real Consejo imposturas que nunca han cabido, lastimando siniestramente los créditos más aprobados de este reino. En esos escritos incurrió el dicho padre en excomunión mayor. Y habiéndose apartado de su conventualidad y teniéndosele por fugado, se ordenó que cualquiera de la comunidad que viese al padre Sicardo le diese noticia que lo estaban llamando con monástica

solemnidad y con apercibimiento de que, si dentro de tres días no comparecía y se presentaba a la obediencia regular, lo declararían por apóstata excomulgado. En lugar de obedecer al requerimiento, el 19 de mayo del presente año el padre Sicardo envió a un chino, criado suyo, con una escalera para llevarse los trastos y alhajas que había en su celda, y se los llevó con gran escándalo de los conventuales. Así, ante el desacato, se hizo y se ordenó que en el coro de dicho convento se fije una cédula haciendo constar que el padre Sicardo es excomulgado y apóstata".

Conforme avanzaba en la lectura, el rostro del fraile se ponía cada vez más tenso. La mandíbula apretada y los ojos que se arqueaban por momentos denotaban su ira contenida.

Al terminar, fray Antonio, que lo vio tan desencajado, le recomendó que tomara las cosas con paciencia. Habló de las pruebas que Dios pone a sus hijos y con su voz suave lo convenció de que fueran al palacio a hablar con alguno de los oidores que no estaban alineados con el padre De la Cadena. Lo ideal hubiera sido hablar también con el arzobispo, pero don Francisco de Aguiar y Seijas había salido de la ciudad a hacer la segunda visita del episcopado y no se le esperaba hasta enero o febrero.

Los dos religiosos salieron del hospicio montados en sendas mulas y se fueron por la calle de Plateros hacia la plaza de armas. Al llegar al palacio virreinal, encargaron sus cabalgaduras con un alguacil que estaba a la entrada y traspasaron la puerta principal. En el patio, que era mercado, bodega, fonda, vinatería y almuercería, varios miembros del cuerpo de guardia tomaban pulque y jugaban naipes cerca de un montón de basura.

—Perdonad, Vuestra Merced —inquirió el padre Gutiérrez a uno de los que miraban el juego—, ¿sabéis dónde podemos ver a los oidores don Juan Miguel y don Martín de Solís?

El alguacil señaló unas escaleras y explicó cómo llegar a las oficinas de la Audiencia. Cuando llegaron al lugar buscado, casualmente los dos oidores estaban en ese momento saliendo de la sala del tribunal.

El padre Sicardo se presentó ante ellos y explicó su caso contando el vergonzoso suceso del anatema. Narró, con su acostumbrado lenguaje legal, que el visitador fray Manuel de Abarca le había dado permiso para poder salir del convento por quince días para ir a Zacatecas. Desmenuzó los motivos que lo habían llevado a huir de su comunidad para irse al hospicio de Santo Tomás de Villanueva: los padres Cadena y Colina pretendían levantarle un proceso por las cartas que le habían sustraído de su celda y querían

encarcelarlo. Aclaró que esto lo hicieron sin haber consultado al definitorio, como está estipulado en las constituciones.

Los oidores escucharon pacientemente la prolija explicación y le hicieron saber que el mismo virrey marqués de La Laguna había escrito al rey acusando al padre Sicardo.

—Su Excelencia —comentaron— contó a Su Majestad acerca del ánimo bullicioso de Su Paternidad, y aconsejó que era mejor regresarlo a España.

Todos sabían que esto era obra de Cadena, pero nadie lo mencionó. Fray Diego era un señor poderoso que tenía una fuerte injerencia en Palacio a causa de su hermano, el secretario de Gobernación, y pocos querían ganarse su enemistad. La causa de Sicardo estaba perdida.

Al salir del palacio, el padre Gutiérrez aconsejó a su amigo que considerara esos sufrimientos como una prueba del Cielo. Le recordó que Dios permitía al Demonio ensañarse con los elegidos y le habló del santo Job, paciente en sus penurias. En la calle caía la tarde y los dos religiosos se fueron hacia donde el sol se estaba ocultando. En algunos zaguanes, varios frailes coristas agustinos aguardaban a sus compañeros para llegar todos juntos al convento. Sicardo comentó con tristeza el hecho e hizo votos para que algún día la provincia se reformara y se acabaran esas indecencias. El padre Gutiérrez le prometió que haría todo lo humanamente posible para que así fuera.

Cuando llegaron al convento donde se hospedaba Sicardo, fray Antonio se despidió de él insistiendo en la paciencia que debía tener. Fray Joseph le agradeció sus consejos y ayuda y se fue al coro a rezar con sus hermanos las últimas oraciones de ese memorable día.

Después de la cena fray Joseph llamó a su sirviente chino y le pidió que, con unas tijeras de despabilar, se hiciera cargo de las velas que ahumaban sobre dos candeleros de azófar. Cuando el criado terminó la operación, el fraile se sentó frente a una mesa de palo blanco y de un cajoncillo de cedro extrajo varios papeles que comenzó a revisar. El Ayuntamiento de la ciudad le había encargado que hiciera dos informaciones para comenzar los procesos de beatificación de dos frailes ejemplares de la provincia: el eremita mestizo de Chalma fray Bartolomé de Jesús María y el fraile criollo Bartolomé Gutiérrez, que sufrió el martirio en el Japón en 1632. En ese trabajo ocupaba sus muchos ratos libres.

De un estante con una docena de libros, tomó uno que tenía en el canto el sello del convento de San Agustín y buscó un dato que necesitaba en su

investigación. Más tarde humedeció su pluma en una botijuela de tinta y comenzó a escribir acerca de los milagros y virtudes que el ermitaño de Chalma había realizado. En los pliegos se dibujaron éxtasis seguidos de estrepitosas caídas, multiplicaciones de comida, curaciones milagrosas, penetración de las conciencias, ubicuidad, comunicación con los animales, control sobre las aguas tempestuosas y sobre el fuego y expulsión de demonios. La humildad y la castidad también desfilaron por unas páginas que parecían más un tratado legal que un escrito hagiográfico.

Redactó una anécdota en la que se contaba cómo el ermitaño fue acusado de tener un sembradío de chiles para vender, por lo que los agustinos le habían quitado temporalmente las llaves del santuario; hasta que se descubrió la verdad y fue restituido, fray Bartolomé sufrió la calumnia con paciencia ejemplar. Otra anécdota sobre el mismo tema le vino a la memoria: fray Juan de San Joseph, el discípulo de fray Bartolomé, había comenzado a construir en Chalma una capilla y un convento, pero el padre De la Cadena se apropió del proyecto y envió al ermitaño a México, con lo que el pobre fraile murió de tristeza. Una ráfaga de luz iluminó la mente de Sicardo y le aclaró de pronto su situación. La paciencia, que consistía en sufrir con paz y serenidad las injurias y adversidades, era una virtud recomendable, pero tenía un límite. Cuando existía la necesidad de oponerse al mal para desenmascararlo y vencerlo, no se podían tolerar las injurias ni permitir las adversidades. Él jamás cejaría en su empeño por derrocar la cruel tiranía de Cadena, pero sería paciente en la espera y sereno en su interior.

Esa noche se acostó pensando en las posibilidades que se abrirían a la provincia si fray Diego fuera vencido y se restaurara el cumplimiento de la regla conventual. Elaboró jugadas y movimientos que se asemejaban a los del ajedrez. Así, poco a poco, se fue quedando dormido.

A la mañana siguiente lo despertó una noticia que lo hizo estremecer. El superior del hospicio, presionado por el señor virrey y ante la sentencia de excomunión y apostasía que pesaba sobre el maestro Sicardo, le comunicó que se veía en la penosa necesidad de pedirle que saliera de sus claustros. Fray Joseph no supo qué hacer. Envió a su criado chino al convento de San Agustín en busca del padre Gutiérrez y, después de varias gestiones, éste consiguió que los dominicos del hospicio de San Jacinto, en el pueblo de San Ángel, lo recibieran.

Mientras cabalgaba seguido por el chino, el padre Sicardo repetía internamente la palabra paciencia, como si no existiera nada más en el mundo,

como si al repetirla fuera a encontrar la paz que estaba muy lejos de sentir. De pronto, en su mente surgió la idea de ir a Roma a pedir la anulación de la excomunión e intentar, ante la Corte pontificia, la abolición de la cruel tiranía de Cadena. Con esa idea, espoleó al caballo con la fuerza de una energía dispuesta a ganar la batalla.

3. CARIDAD

Ciudad de México, 11 y 12 de julio de 1684.

—Esto me saqué por robar la plata de una sacristía —dijo la muchacha mestiza mientras blandía el muñón en el que terminaba su brazo, y remarcaba su gesto con una blasfemia.

Nicolasa la miró compasiva y regresó a sus pensamientos. ¿Cómo estarían sus hijos? ¿Cuándo saldría de esta inmunda cárcel? Los 372 días que llevaba encerrada entre esos muros le parecían una eternidad; la desesperación la consumía.

La voz de su compañera la sacó de sus cavilaciones.

—¿Y tú por qué caíste aquí?

No hubo respuesta.

—Te hablo —insistió la compañera de infortunio—. ¿Estás sorda?

—Por levantar clientes en la calle —respondió la mujer con desgano.

—Mal oficio el de puta callejera, si no trabajas en una casa de esas que llaman de mancebía, te encierran... Date por bien servida si no te toca un rufián que te golpee o te quite lo poco que trais... o te mate... Yo por eso me dedico a robar, es un menester más noble y menos riesgoso.

Nicolasa esbozó una sonrisa y se dejó arrastrar por la conversación fluida de esa muchacha hombruna y desparpajada que dijo llamarse Asunción. Poco a poco, respondiendo a las preguntas que se le hacían, contó su historia, sentada en el suelo sobre el petate que le servía de cama y recargada contra un muro húmedo. Habló de sus dos hijos, Antonio Marcos de nueve años y Francisca Xaviera, de diez. Narró su vida con Onofre, el padre de la niña, y la forma como éste murió. Contó cómo conoció a Marcos, el padre del pequeño, y cómo contrajo matrimonio con él, después de siete años de convivencia, a causa de las presiones de la familia y aprovechando que el arzo-

bispo dio facilidades, e incluso dinero, a los amancebados que se casaran ante la Iglesia. Un año después, los corchetes de la Inquisición iban por Marcos y lo llevaban preso acusado de bigamia. El infeliz ya estaba casado en el norte. La mujer recordó el paseo vergonzoso de su marido por las calles de la ciudad, montado sobre un asno y con una soga al cuello, y los doscientos azotes en la plaza. Marcos fue enviado a Zacatecas, donde vivía su primera mujer, y Nicolasa se quedó sola con dos niños. Al poco tiempo Juana, su concuña, con la que vivía, perdió también a su marido Santiago, víctima de unos salteadores de caminos. Sin este apoyo y en la desesperación por no tener con qué alimentar a sus hijos, Nicolasa se dedicó a la prostitución para poder sobrevivir.

—Para la necesidad no hay ley —concluyó.

Mientras decía esto, sus ojos miraron el trozo de amanecer que se vislumbraba a través del derruido techo de esa cárcel que llevaba el caritativo nombre de hospicio de la Misericordia. Un crujido seguido de un estruendo la hizo levantarse de un salto. Las apolilladas vigas de la techumbre cedieron al peso del terrado y cayeron sobre cuatro mujeres que estaban en el extremo opuesto de la gran celda que albergaba a diez prisioneras. Sólo una pudo ser rescatada viva de entre los escombros.

Este trágico suceso movió a las autoridades a dejar en libertad a las que habían sobrevivido al desastre. Nicolasa invitó a Asunción a la casa de Juana Suleta, quien se había quedado al cuidado de sus hijos.

Al llegar a la pobre choza en el barrio de San Lázaro, una muchacha delgada y de grandes ojos negros y un niño moreno y carirredondo dejaron sus juegos para mirar con asombro el rostro demacrado de su madre. La mujer abrazó y llenó de besos a sus hijos y acomodó mecánicamente los amuletos y escapularios que llevaban encima para evitar el mal de ojo.

"¡Cuánto han crecido en un año!", pensó.

Los niños acariciaron las mejillas de Nicolasa. Juana, que la había ido a visitar la víspera y no esperaba verla libre tan pronto, salió dando voces de algazara y llamó a sus hijos Antonio y Catalina para que salieran a verla. Antonio, que era ya un delgado jovencito de quince años, extendió tímidamente la mano para saludar y echó a correr sin despedirse de nadie.

Catalina lo disculpó:

—Su Merced perdonará a mi hermano, ya lo conoce, es muy vergonzoso. Ahora está de aprendiz en casa de Pedro Sánchez, el sastre, y por eso salió tan de prisa, se le hacía tarde.

Dijo esto extendiendo su rolliza mano de adolescente y mostrando una

franca sonrisa entre sus coloradas mejillas. Nicolasa presentó a Asunción y Juana pidió a las recién llegadas que pasaran a su casa. Las mujeres y los niños se sentaron sobre unas esteras alrededor de un comal y se les ofrecieron los cuatro tamales que había.

Parlanchina y desparpajada, Catalina comenzó a contar un incidente que había sucedido el domingo en la misa de doce. Santiago, un esclavo mulato de 35 años, se levantó en medio de la iglesia y empezó a blasfemar en voz alta. La Inquisición se lo llevó preso, pero lo soltó al día siguiente pues se supo que había hecho eso para llamar la atención ya que su amo lo golpeaba y no le daba de comer. Los inquisidores mandaron llamar al amo y lo amenazaron con cárcel si volvía a suceder.

Al oír el nombre de su difunto marido, Juana comenzó a llorar. Su llanto estaba cargado de soledad y de impotencia ante la miseria en la que vivían ella y sus hijos. Al quedar viuda había tenido que dedicarse a vender comida en la plaza, pero eso les alcanzaba justo para sobrevivir. Ahora tenía la esperanza de que Antonio aprendiera el oficio de sastre y pudiera ayudar en algo a la miserable economía familiar, pero apenas era un aprendiz y de lo único que la aliviaba era de tener una boca menos qué alimentar.

Nicolasa entendió de dónde provenía ese llanto, conocía bastante bien a su amiga y había vivido en carne propia una situación similar. Aunque sabía que nunca la echaría de su casa, se daba cuenta de que su estancia allí era una carga muy pesada para Juana. Debía marcharse y buscar otro lugar para quedarse con sus hijos.

—Pues bien —dijo para concretar sus pensamientos y abreviar la despedida—, tenemos que marcharnos. Hay que buscar trabajo y otro lugar en dónde quedarnos.

Juana se secó las lágrimas y la miró inquisitiva.

—De ninguna manera, comadre. Su Merced se quedará aquí con su familia, no faltaba más.

Nicolasa la miró compasiva y después de un estira y afloja la convenció de la conveniencia de su decisión.

—El muerto y el arrimado a los tres días apestan —dijo.

A Juana no le quedó otra que aceptar; sabía por experiencia que su amiga era muy obstinada y que sería imposible hacerla cambiar de opinión.

Tocaban a *tercia* y el sol caía sobre la puerta de la casucha cuando Nicolasa, Asunción y los dos niños salieron por ella y tomaron el rumbo del centro de la ciudad entre ladridos y gritos.

Caminaron por el rumbo de la Encarnación y Santo Domingo y preguntaron en varias fondas y chocolaterías si necesitaban mujeres para servir o para las cocinas; todo estaba ocupado. Anduvieron por Santa Clara y San Lorenzo inquiriendo en las porterías de los conventos si las monjas no requerían de algún servicio; intento inútil. Buscaron ocuparse en cualquier oficio de limpieza en algún almacén o taller en la zona de la Alcaicería; nada. Fueron incluso a los mesones de la calle de las Gallas por ver si había algún trabajillo qué hacer, pero ahí sólo contrataban mujeres jóvenes y de buen ver, pues eran las que solicitaban los clientes. Nicolasa sentía, pegado al cansancio, un mal humor que crecía con cada rechazo y un fuerte sentimiento de derrota.

Por fin, en una panadería de la calle de San Bernardo, encontraron que había dos plazas vacantes. El panadero, un aragonés gordo y de barba cerrada, las aceptó mirándolas con desdén y les señaló sus obligaciones, pero al ver que traían a dos niños se arrepintió y las despidió con desprecio.

—Traéis a vuestras criaturas para que se llenen de pan a mis costillas. Todos los indios sois iguales.

Nicolasa sintió que el rostro se le encendía de ira y se lanzó contra aquel hombre. Descargó sobre él los golpes de toda su frustración y cansancio y sólo se detuvo cuando cuatro musculosos brazos la cargaron en vilo y la lanzaron a la calle. El panadero le gritó desde la puerta improperios y la amenazó con llamar a los alguaciles si volvía a verla cerca. Nicolasa maldijo su mala suerte y su miseria y sólo comenzó a calmarse cuando vio a sus dos pequeños llorando acurrucados en su regazo. Asunción, que acomedida la intentaba levantar del suelo, le juró que vengaría esa afrenta haciendo pagar por ella al gachupín.

—Pero mujer, qué haces allí echada; levántate y saluda a tu amiga que ha tanto que no ves.

La voz inconfundible de Eduviges, la hechicera, le hizo levantar la mirada; sus ojos se encontraron con una luminosa cara que mostraba grandes y blancos dientes. Nicolasa se incorporó y la abrazó.

—Vamos, vamos —dijo la mulata mientras le daba unas palmaditas en la espalda—, ¿qué ha pasado? Yo te hacía encerrada en el hospicio de la Misericordia.

Nicolasa contó, con frases entrecortadas por la excitación del momento, los últimos acontecimientos.

—Lo que Su Merced necesita es una buena limpia —dijo la curandera tomándola del brazo y llevándolas por la calle de *Porta Coeli* hacia el barrio

de La Merced. Por el camino Nicolasa hizo las presentaciones de rigor y, mientras Asunción y Eduviges charlaban, comenzó a hilvanar los recuerdos pegados a las esquinas, a los rincones y a los olores de aquel barrio donde había vivido por diez años y en el que había sido feliz.

El sol abrasaba las polvorientas calles secas por la falta de lluvias de aquel año. Las mujeres comentaron la necesidad de que la Virgen de los Remedios, señora portadora de las aguas, viniera a la ciudad desde su santuario para solucionar la difícil situación.

Por fin llegaron a la casa de Eduviges. Un mulato, que traía atado en la frente un pañito de los llamados "malinche", estaba sentado en el suelo haciendo un guiso de puerco y frijoles y humedeciendo la masa para las tortillas.

—Él es Francisco —dijo la curandera—; es amigo de Sebastián y está viviendo con nosotros.

El muchacho saludó con un ademán mujeril.

—¿Cómo sigue mi madre? —le preguntó Eduviges mientras iba hacia el otro cuarto de la casa.

—Está mejor desde que la olearon —respondió Francisco—, ya le di un caldito de pollo pa' que se mejore. Creo que ora está dormidita.

Eduviges se asomó al cuarto y al regresar contó que Remedios, su madre, había estado muy grave de un tabardillo del que pensaban no sobreviviría. El día anterior llamó al cura para que le diera la Extremaunción y les había dado cuatro pesos de limosna por orden del arzobispo.

Asunción comentó que muchos, por coger la limosna, se sacramentaban dos o tres veces de una enfermedad, mudando aposentos y nombres para que pensasen que eran diferentes.

Todos rieron con la anécdota y comentaron que así valía la pena caer en cama. En eso estaban cuando llegó Sebastián, acompañado de Margarita y de un indio llamado Juan.

—¿Cómo ha estado, mujer? ¿Qué ha sido de su vida? —preguntó Nicolasa dando la bienvenida.

—Desde que Pedro entró al convento —respondió la anciana— me he quedado desamparada. Bien saben Sus Mercedes que yo comía de lo que fray Diego me mandaba. Estuve muy enferma en el hospital de Nuestra Señora de los Desamparados donde los hermanos de San Juan de Dios me atendieron, y cuando me alivié doña Eduviges me acogió en su casa.

Juan, que había venido a traer un atado de leña y unas hierbas del monte que le encargó Eduviges, estaba en la puerta con la mirada baja en es-

pera de lo que se ofreciera. La curandera lo invitó a sentarse en el suelo con todos. Al poco rato los nueve estaban compartiendo una comida que había sido pensada para cuatro. La tortilla, que servía de cuchara, plato y comida, ayudó a llenar los hambrientos estómagos y el chile dio la sensación de saciedad a la escasez.

—Frijoles, tortillas y pulque son las tres cosas que no pueden faltar a naiden —comentó Juan dando un sorbo a un jarro que contenía la blanca bebida.

—Y chile —agregó Sebastián, sonriendo, y con un brillo de malicia en sus ojos miró a Francisco, que agachaba la cabeza para ocultar que se estaba riendo.

—Y tabaco —agregó Eduviges mientras se metía unas hojas obscuras a la boca y comenzaba a masticarlas.

Al terminar la comida los hombres salieron a pasear la tarde y los niños a jugar a la calle. Margarita y Asunción se echaron a dormir y Eduviges y Nicolasa se quedaron a solas.

—¡Ay, mi Sebastián! —dijo la mulata con maternal suspiro—; tiene un alma de cristal que parece que se va a quebrar, pero un corazón fuerte. El otro día llegó golpeado como Santo Cristo y crees que ni una lágrima soltó, hasta estaba de buen humor. Pero anda con unas compañías... Quiera Dios que no le queme el infierno entre las piernas...

La mujer movió la cabeza y cambió de tema.

—Bueno, vamos a hacerte esa limpia que tanto necesitas.

Eduviges se fue hacia una canasta y tomó un huevo fresco que después pasó por todo el cuerpo de Nicolasa mientras recitaba ensalmos. Al quebrarlo una madeja de pestañas, trozos de lana y pelos de gato se manifestó ante los ojos atónitos de la paciente. Eran las pruebas del maleficio del que había sido víctima.

A continuación, con un atado de estafiate, gordolobo y otras hierbas que mojaba en agua, la curandera azotó a la doliente para quitar todos los males que pudieran quedarle. Le dio una pequeña bolsa de tela con piedrezuelas y huesecillos que debía cargar siempre para estar protegida.

Al final le pidió un pago simbólico y Nicolasa le dio por sus servicios el collar de cuentas verdes que le había regalado Onofre. Eduviges tomó las manos de su amiga y leyó en ellas su buena fortuna. Como de broma, le dijo que un señor poderoso la tomaría como amante y la vestiría de sedas y listones; pero al ver que su chiste no había causado gracia, cambió a un tono

serio y le aseguró que entraría pronto a servir en casa de un hidalgo con mediano caudal y muchas ínfulas. Sacó de un baúl una chalina de seda, una blusa y unas enaguas y se las regaló para que se las pusiera en lugar de los raídos vestidos que traía.

Nicolasa estaba agradeciendo el obsequio cuando alguien llamó a la puerta. Al abrir entró una mujer joven con una vistosa mantilla colocada sobre sus caderas y el manto corto color rojo, con el que las prostitutas debían vestirse para no ser confundidas con las mujeres honestas.

—Pasa Encarnación, en un momento te atiendo —dijo Eduviges con un ademán de la mano, mientras Nicolasa despertaba a Asunción y se despedía de Margarita.

—Nos vamos —dijo la mestiza a su amiga—; muchas gracias por todo lo que has hecho por mí.

—Pero mujer, qué dices —respondió Eduviges tomándola del brazo y encaminándola hacia la puerta—. Ésta viene a descargarse de una criatura —le susurró al oído—; si sabes de alguien que necesite de estos trabajos, ya sabes a quién puedes siempre acudir.

Nicolasa asintió con la cabeza y un destello iluminó el recuerdo de una situación similar. Volteó a ver a la joven prostituta y al mirar su rostro la inundaron la comprensión y la compasión.

La puerta se cerró tras ella. Llamó a sus hijos, que jugaban con un perro sarnoso, y con ellos y Asunción se fue caminando rumbo al norte en compañía del atardecer.

—¿Qué haremos, mamá? —le preguntó Francisca Xaviera.

—Pediremos limosna a las puertas de Jesús María —respondió la madre con una voz que parecía no ser la suya.

Al llegar a las puertas de la iglesia se dio cuenta de que una muchedumbre de pordioseros esperaba el final de la misa para hacer lo mismo que ella. Algunos refrescaban y afeitaban sus llagas para que parecieran más cruentas; otros ensayaban los gimoteos y lamentos, como los comediantes antes de una función. Asunción contó a Nicolasa, señalando a un niño tullido, que las deformaciones de ese pobre habían sido provocadas para que causara más lástima y obtuviera mejores limosnas. Una ola de horror e indignación llenó el pecho de la mujer al escuchar ese ejemplo de los límites a los que podía llegar la crueldad.

Tomó a sus hijos de la mano y entró a la iglesia a orar. El olor a cera e incienso del interior la reconfortaron supliendo el hedor a orines del exterior.

Metió la mano en la pila del agua bendita y con ella hizo la señal de la cruz sobre su frente y las de sus hijos. Se arrodilló ante un altar lateral y a la imagen de la Virgen del Rosario suplicó por la salud de sus pequeños, por que nunca los robara algún malhechor para mutilarlos y por conseguir pronto un empleo.

—Recordad, hijos míos, que las obras de misericordia son siete: dar de comer al hambriento y de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, visitar a los enfermos y a los encarcelados y enterrar a los muertos. La caridad, madre de todas las virtudes, consiste en desear y hacer el bien al prójimo por amor de Dios.

Esas palabras que el sacerdote pronunciaba desde el altar mayor parecieron a Nicolasa huecas y sin sentido. ¿Quiénes de los ricos señores y señoras que estaban ahí escuchando la habían visitado en la cárcel o le habían dado comida o vestido? Hipocresía, eso era lo único que ella veía entre los lujosos trajes negros y las bordadas mantillas.

Salió de la iglesia y se sentó a esperar en las gradas de la puerta. El ruido de un chorro de orina, que una mujer ciega de aspecto miserable producía junto a ella, le causó náuseas. Una voz cercana susurró:

—¿Quiere una muchacha, señor?

Una anciana encorvada ofrecía a un parroquiano sesentón que pasaba junto a ella a una niña que apenas cumplía los trece. El caballero observó la mercancía, ajustó el precio y se la llevó. Nicolasa miró la escena con pesar y pidió a la Virgen que nunca se viera ella en tan desesperada situación.

De la puerta de la iglesia comenzaron a salir tocas y jubones, brocados y joyas. Los acompañaban pajes cargados de cojines y los acordes de un órgano remarcados por los cantos de las monjas. Un ejército de andrajos, vendajes y paños ensangrentados se abalanzó sobre ellos exhibiendo cegueras, mutilaciones y pústulas purulentas y llenando el aire con sus quejas y lamentos.

Nicolasa extendió una mano muda y sintió sobre ella el contacto de una moneda. Al levantar los ojos vio un rostro conocido que ni siquiera la miró. Era el panadero que la había insultado esa mañana. Temerosa de que cumpliera su amenaza, se cubrió el rostro para no ser reconocida.

Cuando se descubrió, salían los últimos fieles de la iglesia y dos hombres malencarados se le acercaban. Uno de ellos, un tuerto con una cicatriz que le cruzaba el rostro, le espetó:

—Aquí no hay lugar pa' ti. Ya somos muchos en esta parte. No regreses por acá o te pesará. Tus chiquillos...

La mujer no esperó a que terminara la frase. Se levantó espantada, tomó a sus dos hijos de la mano y salió corriendo. Sus ojos buscaron a Asunción, pero su nueva amiga había desaparecido. Con la mirada baja y una gran angustia en el pecho, caminó sin rumbo arrastrando los pies.

—Espera, mujer, espera —gritó Asunción que venía corriendo detrás de ella—; aquí tienes lo que ese bastardo te debía.

Al llegar donde estaba Nicolasa, la joven ladrona le señaló con su muñón una bolsa de monedas que aferraba con la mano única.

—Son del panadero —exclamó triunfante—, estás vengada. Con esto tendrás para vivir unos días.

La mujer sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando tomó la bolsa.

—Por acá nos veremos algún día —agregó Asunción y se perdió entre las sombras de la noche, que ya lo cubrían todo.

Nicolasa apretó las monedas y la esperanza que salía de ellas trajo a su mente la imagen de Ana del Río. Sus pasos tuvieron por fin un destino, el barrio de San Antonio Tomatlán.

—¡Ánimas benditas del Purgatorio!, ¿a qué se debe el milagro? —recitó la partera al ver a su amiga a las puertas de su casa—. Entra mujer, entra, estamos de fiesta, acompáñanos.

La habitación estaba llena de gente que a la luz de las velas comía y bebía. Ana festejaba su boda con Tomás, un zapatero viudo a quien Nicolasa no conocía. Era un hombre de cincuenta años con una mirada franca y un trato afable que recibió a la amiga de su mujer como si fuera de la familia.

Teresa, la madre de Ana, saludó también efusivamente y tomando a los niños de la mano se los llevó junto a otros muchachos y les dio comida y dulces. La alegría que llenaba la habitación reconfortó a la recién llegada casi tanto como el pulque y la comida que le fueron ofrecidos. A lo lejos escuchaba las conversaciones de los hombres, que se quejaban de aquellos que por nacimiento ya lo tenían todo ganado. Entre maldiciones y blasfemias las voces arremetieron contra los abusos de los regatones, que robaban a los indios sus cosechas al llegar a la ciudad, y contra los milicianos y las autoridades españolas que favorecían los intereses de los hacendados, de los indios gobernadores y de los frailes.

Las conversaciones de las mujeres bordaban sobre los temas de los hijos y de los embarazos: es necesario sangrar del brazo a la embarazada a los siete meses; hay que rezarle una novena a San Ramón Nonato para un buen

parto y otra a Santa Agreda para tener leche abundante; si hay un temblor de tierra, deben taparse las vasijas para evitar abortos; la embarazada no debe ver a los ahorcados pues el niño saldrá con una soga de carne al cuello; la recién parida debe ser llevada a un *temazcalli* para su baño de purificación a los ocho días del parto...

Tantas alusiones al embarazo y las miradas convergentes de todas hacia Ana, hicieron finalmente caer en la cuenta a Nicolasa de que su amiga esperaba una criatura. A sus 43 años, Ana del Río era una mujer que había embellecido con la edad y con su incipiente embarazo se le veía rozagante. Tenía el porte altivo de los indios mixtecos y su rostro estaba siempre iluminado con una sonrisa que infundía paz y confianza.

Nicolasa miró con ternura el vientre apenas perceptible y, al subir la mirada, se encontró con los ojos de su amiga que le hablaban de esperanzas cumplidas. Ana se le acercó, le puso el brazo sobre el hombro y con una voz dulce dijo:

—Te quedarás a vivir conmigo y me cuidarás.

La mujer, que hasta hace poco maldecía su suerte y se quejaba de la maldad del mundo, se sintió llena de gratitud. Sabía que Ana no la necesitaba, pero intuyendo una petición que era inminente se había adelantado a ella, con lo que le evitaba la vergüenza de mendigar un techo. Era un favor que nunca olvidaría.

—Da más el que quiere que el que tiene —gritó una mujer gorda, comentando la avaricia del patrón de uno de los comensales. La frase fue reveladora para Nicolasa. Se dio cuenta de que durante todo el día había recibido de sus amigas consuelo, ayuda, consejo, comida, ropa, dinero y ahora un techo. Prometió no volver a quejarse jamás. Cuando terminó la fiesta y se fue a dormir, el optimismo había triunfado sobre el pesimismo que la había acompañado todo el día.

Acostumbrada a dormir poco, Nicolasa se despertó apenas clareó el día. Arropó a sus hijos y se fue a donde Ana quien, de rodillas ante un anafre, preparaba el desayuno. Teresa había salido a oír misa a la capilla del Rosario de Santo Domingo, sede de la doctrina de los mixtecos. Tomás trabajaba en sus zapatos en un cuarto contiguo que fungía como taller y tienda. Nicolasa ayudó a hacer las tortillas y contó a su amiga lo vivido en ese año que no se habían visto.

De pronto entró Teresa, alterada; traía la noticia de dos muertes, la del negro Mateo, que apareció ahorcado en el barrio de San Jerónimo, y la de

don Antonio Benavides, llamado el *Tapado*, que por hacerse pasar por funcionario del rey sería puesto en la horca esa tarde. Dos colgados el mismo día no anunciaban nada bueno. La anciana india mixteca, sin querer perder más tiempo en palabras, se sentó en el suelo, acomodó en su cintura el extremo del telar que colgaba de una de las vigas y empezó a tejer en él, urdiendo entre la trama de hilos de colores los malos augurios de los últimos meses: el hijo del herrador Suárez fulminado por un rayo, la muerte de fray Payo de Ribera en España y la del conde de Santiago en México, los temblores y la sequía...

Desde la calle comenzaron a oírse gritos y lamentos. Las tres mujeres y el hombre salieron a ver qué pasaba. Todas las miradas de la gente convergían asombradas en el sol que iba desapareciendo, oculto tras una sombra circular. Teresa tomó a Ana de la mano y la metió de inmediato a la casa, ocultándola en el cuarto más obscuro. Colocó una navaja negra sobre el vientre de la preñada para evitar que la luna se comiera el labio del niño. Nicolasa y Tomás se quedaron inmóviles en la calle. Pronto todo se halló en tinieblas. Las aves que iban volando cayeron al suelo; aullaron los perros y tocaron las campanas de las iglesias a rogativas. Las indias, desamparando sus puestos, corrieron a refugiarse en la iglesia de San Antonio. Durante una hora estuvo el aire tan frío y destemplado como en invierno y el silencio de la noche lo llenó todo. La luz mortecina que salía del anillo solar hizo parecer irreales las cosas y la gente.

Cuando la claridad comenzó a extenderse y el silencio fue profanado lentamente por la recuperación de los ruidos cotidianos, la voz de Teresa sacó a Nicolasa del pasmo en que estaba.

—Cosas terribles se avecinan. Cuando la luna devora al sol y el día es hecho prisionero por la noche, es señal de que vendrán desgracias y muertes. El Diablo anda suelto.

Nicolasa sintió que un sudor frío corría por su columna vertebral y la desesperanza y el temor se apoderaron de ella. ¿Qué podía hacer una pobre mujer frente a las fuerzas obscuras que dominaban el universo?

A mediodía llegó a buscarla el indio Juan con un recado de Eduviges. La señora doña Francisca de Arrieta la esperaba esa tarde en su casa de la calle del puente de los Gallos, para que lavara la ropa y aseara la casa.

Nicolasa recibió la buena nueva con indiferencia.

Ciudad de México, jueves 24 de agosto de 1684, día de San Bartolomé.

"Dichosos aquellos tiempos cuando los pastores eran verdaderos padres de sus rebaños, cuando no las rentas y dignidades sino el ofrecer la vida por sus ovejas era el blanco de los obispos. Ellos son tesoreros de Dios y sus bienes, por cuyas manos se distribuyen. Desechando las cosas superfluas, el fausto y la pompa, los obispos deben dedicar todos sus caudales a la limosna."

El padre Joseph de Lezamis cerró el libro que estaba leyendo para distraer otro de sus continuos insomnios. La obra, que trataba sobre la vida de San Juan Crisóstomo, obispo de Alejandría, fue escrita por don Juan de Palafox y Mendoza para exaltar al dadivoso episcopado de la Iglesia primitiva. El venerable obispo de Puebla, tan poco tolerante con sus colegas contemporáneos, redactó ese texto cuatro décadas atrás, cuando la actuación de algunos prelados codiciosos escandalizaba.

"Sin embargo —pensó el desvelado sacerdote—, en los tiempos que corren, en las diócesis de Nueva España sólo gobiernan obispos santos y en extremo dadivosos."

Lezamis recorrió mentalmente la lista del episcopado novohispano:

"El arzobispo primado, mi señor don Francisco de Aguiar y Seijas, monstruo de caridad y de largueza cuyas obras pueden equipararse a las de los más celebrados santos; don Manuel Fernández de Santa Cruz, el primado de Puebla, afamado por sus obras y limosnas; don Juan de Ortega y Montañés, promovido hace dos años a la diócesis de Michoacán, dechado de ecuanimidad y atinado gobierno; don Isidro de Sariñana, consagrado hoy como obispo de Oaxaca, honrado miembro del cabildo de la Catedral de México y muy limosnero".

Al recordar a este último prelado, vino a la mente del sacerdote la fiesta que, para homenajearlo por su nombramiento y consagración, dio esa tarde don Francisco. La reunión, en la que el arzobispo dio muestras de generosidad cristiana, sin que hallase por eso la vanidad lugar para la ostentación, fue un concilio de las más grandes luminarias que vivían en la Nueva España. Sabios teólogos y predicadores, eminentes dignidades y miembros del cabildo catedralicio, hombres afamados por su sapiencia y santidad. Se distinguieron sobre todo los padres del oratorio de San Felipe Neri, a los que el mismo Lezamis pertenecía desde hacía un año, y de cuya congregación

Su Ilustrísima tenía a gran honra ser hijo. La presencia de algunos padres de la Compañía de Jesús, sobre todo de don Antonio Núñez de Miranda, a quien regalaba nuestro Señor con dolores gravísimos y con iguales mercedes, y que era gran amigo del arzobispo, dio también realce a la celebración. Los oratorianos y los jesuitas eran admirados por don Francisco por su incansable labor: visitaban a los reos en las cárceles, a los enfermos en los hospitales y a los trabajadores en los obrajes; acompañaban al patíbulo a los condenados, eran sus confesores y pedían limosnas para sepultarlos; reconciliaban a vecinos enemistados, concluían amancebamientos y separaban o legalizaban a las parejas unidas irregularmente; pugnaban por eliminar las casas de juego y las representaciones de comedias, donde se cometían muchas ofensas a Dios. Estos sacerdotes eran, en fin, los mejores colaboradores en la labor reformadora que el arzobispo se había echado a cuestas.

De todos esos temas edificantes se habló durante la reunión y muchos de los invitados hicieron continuas alusiones a la excelsa obra realizada por Su Ilustrísima. Lezamis, que estaba juntando notas para hacer una biografía del prelado, rememoró algunas de las anécdotas que le serían de utilidad.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, como capellán del hospital del Amor de Dios, administrado por el episcopado, y como limosnero del arzobispo, refirió numerosos casos que ejemplificaban el gran amor que su señor tenía por los desposeídos. Su Ilustrísima, narró, se dolía de que la gente gastara en joyas y perlas para adornar las imágenes y decía que eso debería darse a los pobres. Un domingo que predicó en San Juan de la Penitencia, donde se venera una imagen de un Cristo Niño lleno de joyas, dijo:

—¿Para qué quiere este santo niño tantas joyas y vestidos? Mejor fuera que lo desnudaran y lo vendieran para que con su valor se vistiesen los niños vivos desnudos.

El padre Juan de Pedroza, del oratorio de San Felipe Neri, agradeció las limosnas hechas por el arzobispo para la construcción de los claustros de los filipenses, encargados a don Cristóbal de Medina, maestro mayor de la Catedral. El padre Pedroza remarcó la necesidad de que los clérigos seculares que pertenecían a la congregación vivieran en comunidad, como los religiosos. Su interés por la construcción de un convento le acarreó numerosas enemistades entre sus hermanos congregantes. Días atrás algunos de ellos, como protesta, le prendieron fuego a su confesionario.

Por su parte, fray Antonio de Escaray, guardián del convento de San Francisco, comentó la recepción del hábito de terciario de la penitencia que

Su Ilustrísima se dignó aceptar de sus manos. Después de ponderar los favores celestiales que obtienen quienes visten el sayal franciscano, narró cómo recibió el suyo el arzobispo, con gran humildad, vestido de saco, insignia de los pecadores convertidos, y ceñido de una cuerda y arrodillado como otro hermano más. Mencionó cómo, al igual que Cristo se desnudó de su naturaleza divina para tomar la humana carne, el prelado se desnudó de su dignidad, pues el estado de los príncipes de la Iglesia es el más perfecto de todos los estados.

Don Juan Ortega y Montañés, de visita en esta Corte desde mayo, habló con elocuencia de la pintura que el arzobispo encargó a Cristóbal de Villalpando para el testero de la sacristía con el tema de la Iglesia militante y la Iglesia triunfante. Sus elogios del proyecto para decorar todo el espacio fueron interrumpidos por el mismo señor arzobispo, quien para desviar la atención sobre su persona habló del soberbio aguamanil de plata y los otros tesoros que el deán don Diego de Malpartida había regalado a la sacristía.

"¡Oh, qué gran humildad la de Su Ilustrísima!", pensó el sacerdote al tiempo que se levantaba de la cama para sentarse a escribir las anécdotas.

Tomó el candelero de azófar que tenía al lado de su cama y unas tijeras de despabilar que estaban sobre una banquita. Acercó una silla frailuna a su gran mesa de trabajo llena de papeles y se puso a escribir lenta y claramente, regodeándose en el placer de plasmar los pensamientos con signos ovalados y largos, con letras firmes y precisas. Cuando terminó, tomó un cartapacio y recorrió las notas de sus recuerdos. Una en especial llamó su atención:

"Doña Catalina de Mesa, ciega de los ojos corporales, aunque muy aguda en los ojos del alma, tuvo una visión cuando llegó don Francisco de Aguiar a México. Un demonio enlutado, cubierto con un capuz y arrastrando una falda grande, caminaba desolado y al preguntársele por qué mostraba tanta tristeza, sentimiento y luto, contestó que era por el arzobispo que venía a México".

La lectura de la narración trajo a la mente de Lezamis el recuerdo de los días transcurridos desde su llegada a Veracruz, hacía casi seis años. Rememoró la solemne consagración de don Francisco como obispo de Michoacán en Puebla, por manos de don Manuel Fernández de Santa Cruz. Evocó también su entrada en México y la calurosa recepción que le hizo el santo arzobispo don fray Payo Enríquez de Ribera, que ya está en la gloria. Recordó su asombrosa actividad en Valladolid de Michoacán y en su diócesis. Sobre todo su labor en la reforma de las costumbres y sus denuncias acerca del

notable desorden en los trajes, así por su poca honestidad como por la indistinción con que vestían sedas y telas preciosas y usaban joyas de oro, perlas y plata, nobles y plebeyos por igual, lo que rompía con las tradicionales reglas del ordenamiento social.

Y después, su nombramiento como arzobispo de México y su entrada triunfal en la capital virreinal el 23 de noviembre de 1682. El gran concurso de religiosos, caballeros y gente del común que había por las calles, el repique general y el dinero que mandó se arrojara desde Catedral para los pobres. Poco afortunado fue el arco triunfal que ordenó hacer el cabildo para recibirlo y donde se le comparaba con Proteo, el héroe pagano que tenía la capacidad de predecir el futuro y transfigurarse en cualquier cosa. A Su Ilustrísima no le gustaban las alusiones mitológicas ni las referencias a los inmundos y satánicos dioses de los paganos, de las que tanto abusaban los escritores que se llamaban cristianos. Todas sus historias estaban llenas de vicios y pecado.

"¡Qué varón tan santo y tan recto!", pensó Lezamis al cerrar el cartapacio, "jamás se doblega ante el mal. Está siempre alerta para atajar al Demonio en todos los resquicios por donde se mete". El padre Lezamis hizo entonces un recuento de las muchas obras que don Francisco sostenía para luchar contra el padre de la mentira.

"El hospicio de la Misericordia, creado para regenerar mujeres delincuentes, recibe de Su Ilustrísima cuantiosas rentas para su sustento. La misma ayuda recibe *la casa de Belem, fundada por el padre Domingo Pérez Barcia para recoger a las niñas huérfanas y a las mujeres públicas que, arrepentidas de su mala vida, quieran retirarse del mundo*. Asimismo, ha dejado muchas dotes para monjas huérfanas, para que, consagradas en religión a Cristo, dejen burlado y vencido al enemigo astuto. A todos los pobres que reciben el santo sacramento de la Extremaunción se les da una limosna para su convalescencia. En el barrio de Belem sostiene una escuela de primeras letras pagando el salario de un maestro. Al hospital del Espíritu Santo atendido por los hermanos de la caridad, dona cada día treinta pesos, así como mucha cantidad de frazadas, camisas, sábanas, colchones, maíz, chocolate y azúcar para el sustento y regalo de más de 140 enfermos. También ha beneficiado al hospital de Betlemitas, al que da quince pesos diarios para repartir a los enfermos y papel y plumas para los niños de la escuela que en él funciona. En el hospital del Amor de Dios, donde se atienden los males venéreos, y que está a cargo del episcopado, reparte cada semana medio real a cada enfermo."

Una imagen le vino en ese momento a la mente. El señor arzobispo llegando a un hospital a la hora de la comida, con la cabeza amarrada con un paño roto y sucio para parecer uno de los pobres, y sirviendo él en persona a los enfermos.

El canto del gallo que anunciaba el amanecer lo encontró escribiendo un párrafo en honor de Su Ilustrísima:

"*Don Francisco de Aguiar y Seijas se distinguió sobre todo por su gran largueza, virtud que consiste en no codiciar lo ajeno y dar con gusto de lo propio a los pobres y a otras obras pías. La limosna, aunque es conveniente que la ejerciten todo género de persona, parece con especialidad virtud propia de los prelados. Ella hace que sean venerados, respetados y amados, demás de borrar y apagar los pecados pasados como el agua al fuego, y de aumentar las virtudes y perseverancia en la gracia. Además de estos bienes, consiguen los limosneros el buen nombre y la buena fama, tan necesarios en los obispos, de virtuosos y santos. Y por el contrario, aunque unos parezca que tienen otras virtudes, si les falta ésta, que es la que más se ve y se nota, falta un ornamento grande a la vida y opinión del prelado. El señor arzobispo fue en esto verdadero imitador de Santo Tomás de Villanueva, al que veneraba mucho y cuya vida traía siempre entre manos y hacía se la leyesen frecuentemente a la mesa, por la fama que tenía ese santo de gran limosnero*".

5. CASTIDAD

San Agustín de las Cuevas, lunes 13 de noviembre de 1684.

Tres recios forlones tirados por cuatro mulas cada uno llegaron ante el gran portón de la casa solariega. Los palafreneros, postillones y lacayos se aprestaron a ayudar a sus amos a bajar, mientras que los mozos, empuñando hachones, les alumbraban el camino.

Fray Diego Velázquez de la Cadena pasó el brazo sobre el hombro de su sobrino y le dijo al oído:

—¿Te gusta la casa de tu padre?

Fray Pedro asintió y recordó la vez anterior que había estado en ese lugar. A fines de abril fray Diego celebró su triunfo como provincial en esa misma casa de San Agustín de las Cuevas en Tlalpan. Ese día Pedro inter-

cambió unas palabras con su padre, pero el secretario de Gobernación y Guerra era tan requerido que la charla no pasó de lo elemental. A Pedro le hubiera gustado decirle tantas cosas. No pudo hacerlo y desde entonces no lo había vuelto a ver.

Los invitados llegaron a una gran sala decorada con cuadros y tapices y tomaron asiento. La mayoría eran religiosos agustinos, aunque también había dos laicos, los oidores don Fructos Delgado y don Gonzalo Suárez de San Martín. Fray Pedro se sentó al lado de fray Antonio de la Cerda Morán, el único fraile joven además de él, que había sido invitado al convite. Ambos eran estudiantes de Filosofía en el colegio de San Pablo y, como muchos otros religiosos, se preparaban allí para el sacerdocio. Se les llamaba coristas, pues asistían con toda la comunidad a las oraciones en el coro.

Los sirvientes distribuyeron copas de vino entre la concurrencia y el padre De la Cadena hizo un brindis por el invitado de honor. La reunión se hacía para agasajar a fray Marcelino de Solís y Haro, quien cumpliá sesenta años, y para agradecerle el que se hubiera alineado al partido de fray Diego. Incluso Cadena había solicitado al general que se le restituyera en su celda y con ese y otros favores se lo había comprado para su causa.

La charla se abrió con el tema de Sicardo y de su actitud hostil hacia Cadena. Gracias a Dios estaba ya viviendo en San Ángel y todos sus intentos de armar bullicio habían sido frustrados. La presencia de gente de la península ibérica inhibió los comentarios que a menudo hacían los criollos contra los gachupines; y como eso le daba siempre sabor a la conversación, sin ese condimento pronto el tema Sicardo se agotó y se hizo un silencio.

Para salir de él, el padre fray Joseph de Peñalosa comentó el caso del franciscano fray Joseph de Villanueva, juzgado por el Tribunal de la Fe por solicitar en el confesionario a sus feligresas para el acto carnal. Fray Francisco de Castellanos, con su habitual humor andaluz, acotó que no entendía a esos frailes que, pudiendo tener por fuera sus mujeres, ocupaban el confesionario para arreglar sus negocios de amor. Fray Marcelino de Solís intuyó de qué se hablaba y, como era el fraile de más edad, creyó pertinente dar el tono moralizante a la conversación:

—Un padre anciano jesuita confesaba que sufrió vehementes tentaciones contra la pureza hasta los 43 años, cuando Dios premió su fortaleza permitiendo que se extinguiese la concupiscencia. Él mismo explicaba los remedios eficaces durante tales trances, además de las oraciones aconsejaba

el agua fría: después de tomada no volvió a sentir movimiento de la carne, ni aun sugestión torpe del pensamiento.

—Hay algunos que tendrían que traer siempre un balde a cuestas —comentó Castellanos provocando la risa de todos.

—El remedio usual de los jesuitas —siguió el padre Solís, que estaba un poco sordo y no había escuchado la broma— era evitar el trato con mujeres, aunque fuesen madres y hermanas y no mirarles la cara sino mantener ante ellas los ojos cerrados o entornados, y cuando pasaban cerca de alguna mujer debían bajar la mirada al suelo.

Otro comentario del fraile andaluz sobre la imposibilidad de evitar el trato con las mujeres levantó de nuevo una ola de risas. Pedro recordó su experiencia con la mulata la noche de Carnaval y sintió un cosquilleo en el bajo vientre. Fray Antonio de la Cerda le preguntó sobre el anciano fraile que parecía hablar como un intachable religioso.

—Es curioso —respondió Pedro— que el padre Solís hable así. Fray Diego me ha contado que juntos iban a visitar la casa de las señoras Monleone y en ella eran famosas las hazañas galantes de fray Marcelino...

El joven iba a contar algo más del anciano, pero prefirió callar; debía ser cauto al hablar de lo que su tío le confiaba, pues nunca se sabía a qué oídos irían a parar sus confidencias. Además, la actitud del padre Solís le daba una lección: era importante mantener las apariencias en materia de dignidad y de virtud.

Fray Antonio, con su habitual y certero juicio, pareció leerle el pensamiento y le recordó la otra cara de la moneda con la Égloga de Gil Vicente:

> Las vidas de los eremitas son benditas
> mas nunca son ermitaños sino viejos de cien años,
> personas que son prescritas,
> que no sienten poderío ni amorío,
> ni les viene cachondez, porque ¡mía fe!
> vejez, es de terruño muy frío.

Después de una sonora carcajada, que premió el ingenioso comentario, la atención volvió a recaer en la charla general. Fray Juan de Rueda, rector del colegio de San Pablo, contaba lo mal que la pasaba el padre Domingo Pérez Barcia, pues tan santo como era debía estar acompañado de tantas prostitutas arrepentidas en el recogimiento de Belem de las mochas.

Fray Jerónimo de la Colina, que competía con el padre Castellanos en gracejos y ocurrencias, acotó:

—Arrepentidos de haberlas dejado ir están sus hombres, que persiguen al padre Barcia con piedras por donde pasa.

El *Marquesito* se aproximó a fray Diego y le avisó que la cena estaba lista. Los convidados pasaron a un gran comedor donde se sirvieron suculentas viandas con base en carnes de diversos tipos, acompañadas con añejos vinos. Después de la cena se organizaron juegos de naipes. Así pasó buena parte de la noche, en una tertulia en la que cambiaron de mano algunos capitales. Los jóvenes coristas se cansaron pronto de mirar y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, Pedro y Antonio se levantaron temprano para visitar las huertas de Tlalpan, famosas por su belleza. Sombreros de ala ancha cubrieron los pequeños círculos de cabello en sus coronillas que anunciaban una reciente tonsura, la sexta desde que hicieran sus votos religiosos. Amplias capas ocultaron el hábito de jerga negra y los convirtieron en hombres comunes.

Dos caballos ensillados los esperaban a la puerta. Los sostenía por las bridas el *Marquesito*, a quien fray Diego había encargado atender a sus jóvenes invitados. Sobre los briosos animales se sentían como centauros y al ritmo de su trote avanzaron entre veredas bordeadas de castaños, eucaliptos y ahuehuetes.

Fray Pedro, que guiaba a su amigo, explicaba con aires de suficiencia las propiedades de algunos frutales y las cualidades de caballos y perros que cruzaban frente a sus ojos, mientras el sol secaba las gotas de rocío.

Entre trotes, resoplidos y charlas pasaron frente a casas de campo con amenos jardines, crecidas huertas y susurrantes arroyuelos y junto a miserables cabañas de madera y paja. Así llegaron a la fuente de Peña Pobre. El guía señaló una hermosa huerta y dijo que era del tesorero de la Casa de Moneda, amigo de su padre.

En el claro que se extendía frente a la fuente había gran animación. Unos indios vestidos con plumas y pieles bailaban en círculos cerca de un palo cubierto de banderines y fuegos de artificio. De un enorme poste de madera, clavado en medio de la explanada, descendían seis hombres atados de los pies con cuerdas; con los movimientos de sus manos, simulaban ser pájaros voladores. Los amigos se acercaron a una casucha de adobe a cuya sombra una india vendía pulque rodeada de moscas y perros flacos. Bajaron

de sus caballos y pidieron dos jícaras de la espumosa bebida, al tiempo que escuchaban a un grupo de mestizos que tocaban la guitarra y cantaban una copla.

Que no sean lirios sus venas
ni sus manos azucenas
bien puede ser
mas que en ellas no se vean
cuantas gracias se desean
no puede ser.

Pedro dejó pasear su vista sobre las damas criollas que visitaban el lugar. Algunas cabalgaban a la grupa, tomadas de la cintura de sus caballeros; otras paseaban a pie rodeadas de galanes. Ellas, con las cabezas cubiertas de vistosos sombreros con plumas, hablaban con el lenguaje mudo de los abanicos. Ellos, con sus capas y sus espadas de vestir, les recitaban versos ajenos que hablaban de amor, con los que pensaban remediar sus corazones y aguardar de las damas el galardón de sus trabajos. Las escenas no dejaban lugar a dudas sobre la fama de San Agustín de las Cuevas como villa de placeres y cortesanías.

Un leve viento pasó trayendo olores de estiércol, de carroña, de romero y de ruda y con su transcurrir indolente refrescó la mañana. El murmullo del agua que salía de la fuente, el trino de los pájaros, el color de las flores y el volar de las mariposas llenaron a Pedro de una especial dicha.

Estaba embebecido con estas sensaciones cuando los gritos de un grupo de muchachas cerca de la fuente capturó su atención. Una de ellas, con los ojos cubiertos por una venda, perseguía a las otras guiada tan sólo por sus voces. El negro cabello largo y la grácil figura de la doncella cautivaron el ánimo del fraile. El ameno ambiente, el suave calor del día, la cortesanía que por todos lados se respiraba, condujeron a Pedro sin sentirlo hacia la fuente y lo pusieron cerca de la joven enceguecida. Ella, tomándolo por una de sus compañeras de juego, lo cogió por la cintura y de un tirón se quitó la venda de los ojos.

Su acción recibió por respuesta una frase galante:

—Si tú quisieras, señora, yo sería tu servidor.

La muchacha se turbó por la inesperada presencia, y ante palabras tan contundentes bajó la mirada y retiró las manos del cuerpo del joven. Fray

Pedro se quedó inmóvil, capturado por una visión que él consideraba celestial. La piel tostada, la cara lozana y los brillantes ojos negros lo habían cautivado. La joven dio la vuelta para irse con sus amigas que cuchicheaban y reían comentando una situación que todas envidiaban. El galán, para evitar que el objeto de su deseo huyera, se quitó el sombrero y soltó un verso aprendido de memoria para tales ocasiones:

Que de gozo de mirarte
no digo lo que deseo
porque yo todo me empleo
solamente en contemplarte
No puedo sin ti pasar,
no puedo sin ti vivir,
por fuerza te he de buscar,
por fuerza te he de seguir,
por fuerza te he de alcanzar.

El poder de la palabra seductora y halagüeña despertó la curiosidad de la dama, que volteó la cara mostrando con su sonrisa una dentadura perfecta.

El juego aprendido desde la infancia había resultado. Ahora era necesario dar el siguiente paso para lograr la conquista final: buscar las soledades para la intimidad. La joven, atrapada en la fascinación, aceptó dar un paseo entre los árboles. Sus ojos no podían despegarse del rostro del galán ni de su tonsurada cabeza.

Mientras caminaban, Pedro creyó pertinente saciar la curiosidad de su acompañante contándole que había recibido la primera de las órdenes menores, la de hostiario, y que la semana entrante se le daría la de lector. Para quitarle importancia a su situación clerical, poco propicia para estos lances, le habló enseguida de su amigo Antonio, de la casa de su padre y del caballo que le regalara su padrino fray Diego.

La joven dijo llamarse Antonia de Torres, pero que todos la conocían por la *Toluca*. Estaba de visita en la casa de los padres de su amiga Catarina, quien se casaría el mes entrante. Sus manos jugaban nerviosamente con el pañuelo de la "gallina ciega".

Pedro hizo un alto y, en un arranque de amor, tomó entre las suyas las delgadas manos de su reciente amiga y las besó. La joven las retiró instintivamente y siguió hablando de su madre, que había muerto el año pasado, y

de su padre, que era comerciante de Toluca. Explicó, como para alejar cualquier nuevo intento, que en cuatro días entraría de novicia al convento de Jesús María.

Pedro acercó su rostro al de ella y recibió el dulce olor de un perfume que le sugería la seda. Con una voz susurrante le dijo al oído:

Si osase decir mi boca
lo que siente el alma mía
señora tocar querría
donde la camisa os toca.

Al escuchar cosas jamás oídas, Antonia se retiró y caminó presurosa hacia el claro de la fuente. Pedro la siguió con el ánimo de continuar su galanteo, pero al llegar a donde estaban las amigas de la muchacha se detuvo. El cerco que las jóvenes formaban alrededor de ella le impedía consumar la conquista iniciada. El enamorado recordó la imagen del unicornio, símbolo de la castidad, rodeado por una fortaleza vegetal que lo protegía de la avidez de los cazadores. Entendió que las débiles armas de sus deseos nada podían contra el bastión de la virtud. Diana, la diosa virgen casta, había triunfado sobre la voluptuosa Venus. Tomó entonces una flor y se la dio a su dama en señal de rendición. Ella le regaló un suspiro y una dulce mirada.

Fray Pedro regresó a donde había dejado a fray Antonio, con el rostro iluminado y la mirada perdida. Su amigo comía unas fritangas y le comentó sobre unas mujeres vestidas y tocadas con primor, con su bermellón en la cara y sus lunares de terciopelo en las sienes. Fray Pedro le respondió que ninguna se parecía a la dama que acababa de conocer, dulce, recatada, virginal y de una belleza sobrenatural.

Los jóvenes frailes montaron sobre sus cabalgaduras; un indio cargando un atado de ramas secas miraba a otro tirado en el suelo que hacía suertes con un gran cilindro que movía con los pies. Fray Pedro veía todo con ojos embelesados, como si entre él y los objetos se interpusiera un sutil velo brillante.

Los caballos llevaron a sus jinetes hacia la arboleda dejando atrás las aguas dulces, los cuerpos refrescados, el pulque embriagador y los devaneos. Las notas de una guitarra, arrastradas por el viento, les trajeron la letra de una canción de amor:

No parece el alba,
no parece el sol,
no parece el mayo
la mitad que vos.

Fray Pedro se fue pensando en el significado de términos como pasión, engendrar amores, ciega inclinación y devoción; trataba de armar con ellas unos versos. Fray Antonio, al verlo tan ensimismado, le hizo una broma sobre las locuras de los enamorados que tan sólo sirvió para dar pie a una larga disertación sobre el tema.

—Son los astros, no cabe duda, pues la Ciudad de México tiene, dicen los astrólogos, a Capricornio por ascendente y a Venus por planeta predominante. Sus signos verticales son Tauro en la casa de Venus, Leo en la casa del Sol y la constelación de Pegaso. Con tantos signos de amor, ¿cómo es posible no ser esclavo de Venus en tal ciudad?

Con esa disertación llegaron a la casa de campo donde se hospedaban. Comieron y charlaron con los frailes y en la tarde fueron a las peleas de gallos. Pero nada de lo que pasaba a su alrededor afectaba a Pedro, pues todo le parecía distante y sin importancia.

Esa noche lo visitaron los demonios de la lujuria.

6. HUMILDAD

Convento de Jesús María, del 17 al 30 de noviembre de 1684.

Las jóvenes postulantes caminaron hacia la cabecera del refectorio y se inclinaron ante la abadesa, quien sentada bajo una imagen de Cristo repetía frente a cada pareja: *Benedicite*. Como todos los viernes, las novicias besaron los pies de las hermanas reunidas en el refectorio y se sentaron después en un corro en el suelo. Como todos los viernes, algunas religiosas hicieron mortificaciones públicas y entraron al lugar azotándose con gruesos cilicios. Como todos los viernes, las monjas que habían recibido un castigo estaban también sentadas en el suelo dispuestas a comer tan sólo pan y agua. A pesar de ser su primer día en el noviciado, para Antonia todo era tan conocido...

Con un báculo en la mano, la abadesa sor Petronila de San Joseph inició la bendición de los alimentos con la Antífona *Santa Maria sucurre* y el *De profundis*. Al terminar, la prelada dio dos golpes en la mesa para avisar a la lectora que debía comenzar su oficio. Tocaba leer la vida de San Gregorio taumaturgo.

Sor Alfonsa de San Miguel, la maestra de novicias, ya había prevenido a Antonia sobre los actos de humildad que se debían realizar los viernes; también que estaba prohibido enviarse bocaditos y hablar. A ella no le afectaba, pues durante su estancia en San Joseph de Gracia se había acostumbrado a esas prohibiciones. Mientras se leían los prodigios que realizó el santo obispo de Neocesárea, se comenzó a servir la comida. Las sirvientas depositaron los platones en las mesas para que cada una de las monjas se sirviera, al tiempo que dos novicias, cargando jarras de agua, esperaban en el centro a ser solicitadas.

Al terminar la comida, las jóvenes tuvieron un rato de recreo y la *Toluca* comenzó a hacer amistades. Presentándose con su nombre y mote se acercó a una muchacha pelirroja y pecosa, que con timidez dijo llamarse Inés.

Con su habitual desparpajo Antonia logró que Inés le contara que le gustaba cantar y tocar el clavecín, que era una joven de escasos recursos y que sus habilidades musicales le permitirían profesar en tan importante convento sin pagar dote. Antonia, por su parte, le contó que su padre pagaría la suya, pues le estaba yendo muy bien en sus negocios de mercader. Y así hubieran seguido hasta la noche si la maestra de novicias no las llamara para la lección vespertina.

En una espaciosa aula, las jóvenes escucharon de los labios de sor Alfonsa la historia del convento en el que iban a profesar.

—Corría el año de 1572 cuando llegó a la Nueva España don Pedro Moya de Contreras con el cargo de Inquisidor Mayor y trayendo consigo una niña a la cual llamaba sobrina. La niña, en efecto, era hija de una hermana suya y del rey Felipe II. De su sangre real daban información bastante aun sus más pueriles acciones, a pesar de ser una hija ilegítima. Doña Micaela de los Ángeles, como se llamó al entrar en religión, pasó al convento de Jesús María en compañía de la madre abadesa sor Isabel Bautista, que le servía de aya y de otras dos monjas que le ayudaban. El hecho fue muy celebrado pues don Pedro Tomás Denia, que había iniciado la fundación de este convento para remedio de las descendientes de los conquistadores pobres, no encontraba los medios para su sostenimiento. El rey Felipe II, a cambio del

favor que le hacía el convento al recibir a su hija, dio el dinero necesario para la construcción de la nueva casa e iglesia y fundó quince capellanías para pagar las dotes de otras tantas muchachas pobres que quisiesen entrar en él. Pero al llegar a los trece años, a sor Micaela se le perturbó el juicio y jamás se le restauró en todo el tiempo de su corta vida. A pesar de su desgracia, su presencia sería recordada siempre en este convento por haber sido causa de su grandeza, pues el rey Felipe II otorgó el título de Real a esta casa y la tomó bajo su patronazgo.

Antonia quedó muy impresionada con la historia. El rey había enviado a su hija a profesar lejos de su patria con tal de librarse de una situación embarazosa, pues su presencia era un continuo recordatorio de su pecado. "¿Qué hubiera pasado si en lugar del rey hubiera sido la reina la del hijo ilegítimo?", pensó. Pero esas no eran cosas que debía preguntarse una joven novicia.

Pasaron las oraciones de la noche en las que se pidió por el rey Carlos, patrono del convento, y por la reina María Luisa de Orleans, su mujer. Se rogó al cielo por la salud de los monarcas y por que tuvieran pronto descendencia. Se rezó por la extensión y aumento de sus reinos y por los triunfos en las guerras contra sus enemigos. Se oró finalmente por todos los benefactores del convento. A continuación se sirvió la cena y antes de dormir la abadesa asperjó las habitaciones y camas del noviciado para alejar de ellas al espíritu del mal. Las jóvenes rezaron con los brazos en cruz cinco credos y la oración de todos los santos. Después hicieron mentalmente un breve examen de conciencia.

—"La humildad es reconocer que de nosotros mismos sólo tenemos la nada y el pecado. Tratarnos y sufrir ser tratados como la nada y como pecadores y dar gracias a Dios. La humildad es la virtud más excelsa" —leyó una voz suave.

Cada novicia, arrodillada delante de su cama, escuchó el breve pensamiento y al terminar se metió entre las sábanas con sus hábitos ceñidos con cordones. Las monjas mayores salieron dejando encendida la luz de cuatro cirios que iluminarían el recinto durante toda la noche. No podía dejarse el dormitorio en tinieblas, pues la obscuridad era la madre de las tentaciones y el propio cuerpo un peligroso enemigo del alma.

Cuando vio que todas sus compañeras dormían, Antonia sacó de abajo de su colchón un espejo y vio en él su rostro enmarcado por su corta cabellera. Esa mañana había sido despojada de sus largas trenzas y no se imaginaba cómo se podía ver sin ellas. Una voz a su derecha susurró:

—No te ves mal y a la larga te acostumbrarás.

Antonia vio los tímidos ojos de Inés, que la miraban con afecto. Se volvió a recostar y vuelta hacia su amiga se puso a charlar con ella. Hablaron de sus gustos y aficiones, de su familia y de sus amistades. En eso, el rostro de Inés se quedó estupefacto. Detrás de su amiga estaba una figura de pie que las miraba. Sor Antonia de Santa Clara, la celadora encargada de mantener el silencio en los dormitorios, les recordó que estaba prohibido hablar en la noche y se quedó allí, junto a ellas, hasta que se durmieron.

Apenas despuntó el alba y la campana conventual llamaba a *prima*, las dos infractoras fueron llamadas a comparecer ante la maestra de novicias. Sor Alfonsa, como lo había hecho con ella sor María Antonia de Santo Domingo, su maestra, amonestó a las jóvenes con palabras severas.

—Tened por culpa grave —les dijo— no hacer caso a culpas leves, pues lo que empieza como pequeña falta puede convertirse en horrible vicio. No sólo venimos a la religión para no pecar, sino a servir a Dios en mayor perfección. Vencer las inclinaciones en lo poco os ayudará a triunfar sobre las tentaciones del enemigo. Pero si no podéis cumplir con un mandato tan simple como el del silencio, ¿cómo resistiréis a los embates del mal? Debéis cumplir con rigor, ahora que sois novicias, lo que después deberá ser vuestro pan de cada día y velar por conservaros dignas del Esposo con el que vais a desposaros.

Cuando sor Alfonsa vio que sus palabras habían caído en el lugar que deseaba, y que las muchachas tenían la mirada compungida, volvió la hoja; como si fuera una amante madre, las inundó con palabras de amor y con cariñosas caricias; después de un rato agregó:

—Hay que obedecer los mandatos de los prelados ciegamente, aunque os parezca difícil, aunque os riñan y castiguen. Para templar vuestro ánimo y como penitencia por la falta que habéis cometido, vaciaréis durante un mes los orinales de la enfermería y rezaréis diariamente los salmos penitenciales.

Esa mañana, después de la misa y del desayuno, mientras sus compañeras tenían su recreo matinal, Antonia e Inés fueron a cumplir su primer día de castigo en la enfermería. Al terminar su ingrata labor, Inés se sentó a mirar a una hermana, que hacía un medicamento machacando hierbas en su mortero. Mientras tanto, Antonia charlaba con una enferma y le arrancaba sus confidencias.

—Estoy aquí porque no soporto más vivir en mi celda. Es cierto que me siento un poco molesta por el mal de costado que me aqueja, pero mi ma-

yor pesar no viene de ahí sino de Rosa, la joven que habita conmigo. En cumplimiento de la última voluntad de mi difunto padre, me vi forzada a recibir a esa niña que es para mí como una cruz. Todos los días me molesta con sus malos modos y sus injurias. A todas horas me grita que me odia. Sólo aquí en la enfermería he encontrado alguna paz.

La novicia escuchó a la monja y le recomendó paciencia, pero no sabía qué más decir. No podía entender cómo alguien era capaz de odiar con tanta pasión y lo único que acertó a expresar su dadivoso ánimo fue:

—Estaré viniendo todos los días, si algo necesita Su Merced pídamelo que yo se lo traeré. Me llamo Antonia, pero todas me dicen la *Toluca*.

—Gracias —respondió la enferma correspondiendo con una sonrisa a tan espontánea simpatía—, mi nombre es sor María de la Trinidad.

La monja que hacía el medicamento les llamó la atención y les recordó que estaba prohibido a las novicias hablar con las profesas. La *Toluca* hizo una señal a Inés y ambas salieron de la enfermería.

Durante la lección de la mañana, Antonia estuvo distraída. Pensaba en el joven que una semana atrás le habló en San Agustín de las Cuevas. Nadie jamás le había dicho las cosas que él le susurró al oído y que tanto la turbaron.

—La mayor prueba de bondad de un árbol es la generosidad de los frutos que produce y es notable que de este convento haya salido un fruto como la casa de San Joseph de carmelitas descalzas, fundado por sor Inés de la Cruz y por sor Mariana de la Encarnación, hijas ambas de este convento —sentenció la voz de sor Alfonsa.

"Pero nunca lo volveré a ver —continuaba girando el pensamiento de Antonia—; será mejor dejar esas cosas que no son propias de una novicia."

—¿Quiénes fueron las fundadoras del convento de San Joseph? —preguntó la maestra a la joven recién llegada, al verla distraída.

—Don Fernando de Villegas y su mujer —respondió la *Toluca*, dando el nombre del fundador de San Joseph de Gracia.

Una risa general le hizo darse cuenta que había cometido un error. Una muchacha de nariz respingada y tez rosácea levantó la mano y contestó de inmediato mirando con desprecio a la novicia recién llegada.

—Muy bien Elvira —premió sor Alfonsa, al tiempo que a la *Toluca* se le subía el color al rostro.

A la lección espiritual siguió la labor del bordado. A Antonia le tocó sentarse cerca de Elvira y la muchacha se dedicó a pisarla y a patearla todo

el tiempo que estuvieron allí. La lectura y el silencio hicieron imposible la queja, pero al final de la mañana la *Toluca* ya tenía atravesada a Elvira entre ceja y ceja.

Durante el recreo después de la comida, Antonia se enteró por Inés de que la susodicha Elvira era hija de los marqueses de Miravalle. Entre las novicias ninguna la quería por engreída y por fastidiosa.

Las lecciones de la tarde fueron sumamente tediosas para Antonia. Sor Alfonsa disertó acerca del espíritu contemplativo de San Bernardo, en el cual se inspiró la fundadora de las concepcionistas, Beatriz de Silva. Discurrió sobre la pobreza de San Francisco, cuya regla seguía la orden. Mencionó a Julio II, quien puso a las monjas bajo la jurisdicción episcopal y les dio nuevas reglas. Antonia aparentaba escuchar con atención pero seguía pensando en el joven estudiante agustino.

La oración de las *vísperas* la encontró en los mismos pensamientos que la habían turbado todo el día. Guiadas por su maestra, las novicias entraron de dos en dos en el recinto coral, con las manos metidas bajo el escapulario, silenciosas y con la mirada en el piso. Sor Alfonsa encargó a Antonia y a otra joven llamada Clara que abrieran las ventanas. Cuando la *Toluca* salía de su sitio haciendo una inclinación hacia el testero de la iglesia, un pie se atravesó frente al suyo y la hizo dar un trompicón y caer. La nariz le sangraba y tuvieron que llevarla a la enfermería, pero el golpe no había sido grave y Antonia se reintegró pronto a las actividades del noviciado. Entre la lección vespertina y la clase de canto, Inés le contó:

—Elvira fue la que te hizo caer, pero no ha parado en eso todo. Clara escuchó que le decía a la madre celadora que tenías un espejo guardado debajo de tu almohada. Sor Antonia estaba indignada y ha ido a los dormitorios a buscarlo.

El castigo no se dejó esperar; la novicia pasaría otro mes limpiando orinales.

La *Toluca* estaba furiosa. Nadie nunca la había hecho sentir tan lastimada y juró que algún día tomaría venganza.

Pasaron las semanas entre oraciones, labores y lecciones. Las novicias aprendieron que debían arrancar de su corazón a todas las criaturas para entregarse por entero a Cristo, su futuro Esposo. Se les enseñó a buscar el ser aborrecidas antes que amadas, a anular su voluntad, a vivir como muertas, crucificadas en la cruz de Cristo, con los cuatro clavos que eran los cuatro votos y con la corona de espinas de la mortificación. Aprendieron a

fuerza de repetírselo, que debían estar en silencio la mayor parte del día; que debían ser recatadas en el ver, en el hablar, en el reír, en el andar; que debían renunciar a cuidarse el cabello, a acicalarse y a usar adornos. Se les dijo que toda carta o papel que les llegara tendría que ser registrado por la prelada, que no debían hablar con ninguna persona de fuera sin licencia de la abadesa y que no podrían salir nunca más del convento, a riesgo de quedar excomulgadas. Se les riñó y acarició, se les reprendió y aconsejó para que todas vivieran en santa disciplina y sometieran sus inclinaciones a la voluntad de Dios y de sus superiores.

Se les instruyó en las obligaciones del coro, en la oración mental y en los ejercicios cotidianos regulados minuciosamente por las constituciones. Se les educó para reconocer los toques de las campanas y cuándo éstas llamaban a la oración, a las labores, a los servicios, a los sepelios o a las profesiones. Se les condicionó a sujetar su cuerpo a cientos de gestos, genuflexiones, disciplinas, ayunos, labores, cantos y oraciones que las acompañarían desde ese momento hasta su muerte. Se les educó para ser sumisas, calladas, hacendosas y sufridas.

No obstante, Antonia se dio cuenta muy pronto de que en la observancia de las reglas se hacían distinciones de linajes y apellidos. Aunque en la teoría a todas se les debía inculcar el amor al servico, a barrer, a sacudir, a hacer las camas y a limpiar las letrinas, a algunas se les excluía de esas actividades serviles por ser hijas de nobles familias. Aunque en la teoría la maestra de novicias debía tratar a todas por igual, sor Alfonsa tenía sus preferidas y Elvira era, sin lugar a dudas, una de ellas.

Un jueves, las novicias escuchaban su lección matutina que versaba sobre la humildad. Para ejemplificar esa virtud, la maestra les habló de sor María de Jesús Tomellín, una concepcionista de Puebla cuyo proceso de beatificación se estaba llevando en Roma.

—Siempre tuvo un conocimiento vilísimo de sí misma —señaló sor Alfonsa—, *anonadándose y vituperándose con palabras injuriosas a causa de la mucha humildad que la acompañaba. Sufría con suma tolerancia las injurias de sus hermanas de hábito y los golpes y malos tratos de las sirvientas e incluso los solicitaba por imitar en algo a su apasionado y dulcísimo Esposo. Durante cinco años Nuestro Señor acompañó a María con halagüeño semblante, trato apasible y amoroso agrado, concediéndole cada día la gracia de los arrobamientos y la suavidad de repetidos éxtasis. Y con todos estos favores celestiales cuán lejos estaba de tenerse por virtuosa.*

Elvira intervino en ese momento para agregar que poco después de la gran inundación que anegó a la Ciudad de México en 1629, Cristo había anunciado a sor María que Puebla recibiría un castigo igual por sus pecados; pero con sus súplicas y ruegos la religiosa logró salvar a la ciudad. Y agregó que eso lo había leído en la obra del bachiller don Francisco Pardo. Antonia se dio cuenta de que la maestra de novicias había prestado ese libro a su pupila preferida para que se luciera ante sus compañeras. La sospecha se le confirmó cuando Sor Alfonsa les avisó que por la tarde se haría un concurso de memoria sobre las constituciones. Antonia intuía que todo estaba arreglado para que la ganadora fuera Elvira.

El certamen se llevaría a cabo ante toda la comunidad reunida y serviría como una preparación para el examen sobre las constituciones que se haría al término del noviciado. Las jóvenes postulantes se lucieron respondiendo a las preguntas que sor Alfonsa les hizo, pero solamente Inés, Clara y Elvira quedaron como finalistas.

A pesar de que la pregunta más fácil fue para Elvira, la joven noble dudó sobre la respuesta y confundió dos palabras. Clara en cambio contestó con gran precisión. Inés, que quería dar el triunfo a su predecesora, cometió voluntariamente una falla. Clara había perdido a su padre el mes anterior y el premio le ayudaría a sobrepasar la dura situación que estaba viviendo.

La presea que recibió la ganadora fue un hermoso relicario que contenía tres gotas del fragante sudor que sor María de Jesús expelió después de muerta y que tenía fama de hacer milagros. Elvira comentó en voz alta que había dejado ganar a Clara porque su padre había muerto hacía poco y el triunfo le serviría para sentirse mejor. El comentario fue para Antonia la gota que colmó el vaso.

Esa noche, mientras todas sus compañeras dormían, la *Toluca* tomó el relicario de Clara y se lo puso a Elvira debajo de su colchón. La única que la vio fue Inés pero nada dijo. Al descubrirse por la mañana la desaparición del relicario, sor Alfonsa organizó su búsqueda. Cuando se le encontró a Elvira, ésta culpó a Inés de haberlo depositado allí para inculparla, pues estaba envidiosa de que fuera más inteligente que ella. Sor Alfonsa dio a su novicia consentida todo el crédito y quiso que el tema del relicario robado se tratara en el capítulo *de culpis* de esa tarde.

Antonia no sabía qué hacer; debió suponer que la intachable Elvira jamás sería culpada de un robo y ahora su mejor amiga caía en una trampa que

ella misma había tendido. A la hora de la comida, no probó bocado y por más vueltas que le daba al asunto no se le ocurría qué hacer.

En los capítulos *de culpis* era común que las novicias confesaran sus culpas antes que las profesas y que salieran después, sin asistir al capítulo propiamente dicho. Inés se postró en tierra y con la frente en el piso comenzó a hacer su confesión. Desde las primeras palabras, Antonia se dio cuenta de que su amiga sabía quién era la culpable y descubrió que, con su falsa confesión, la estaba librando del escarnio y del castigo. La *Toluca* no pudo resistir tal prueba de amistad y se levantó de su asiento para confesarlo todo de rodillas al lado de su fiel amiga.

La comunidad quedó sorprendida y la abadesa, después de unos minutos de silencio, declaró:

—Las novicias habéis de desear ser religiosas sólo para servir a Dios, apartadas de los peligros del siglo y de las pasiones a que están sujetos todos los mortales. Antonia ha cometido una grave falta que merece un castigo que sirva como ejemplo para todas, pues el principal efecto del capítulo *de culpis* es salir todas muy instituidas en caridad y animadas para la mayor guarda de nuestros institutos, regla y santas costumbres. Durante tres meses guardará absoluto silencio y después de ese tiempo no volverá a hablar con Inés, pues nuestras constituciones prohiben explícitamente tener amistades particulares.

Antonia miraba al piso inexpresiva; al levantarse vio sólo rostros fríos y acusadores, que le hicieron sentir un gran vacío. Sabía que era culpable, pero también creía que había hecho lo correcto y no estaba arrepentida. Caminó al lado de Inés con el rostro viendo al piso. Llegó a su sitio y, al alzar la vista, sus ojos se detuvieron en una mirada comprensiva que levantó su decaído ánimo. Un rostro sonriente le brindaba el afecto y el calor humano que tanto necesitaba en esos momentos. Era la monja de la enfermería, la madre María de la Trinidad.

7. TEMPLANZA

Convento de Jesús María, del 19 de noviembre de 1685 al 15 de enero de 1686.

—El ayuno, dice San Agustín, eleva el espíritu, purifica el alma, sujeta la carne, da al corazón contrición y humildad, disipa las tinieblas de la concupiscencia, extingue los ardores del placer y enciende la luz de la castidad. Para Santo Tomás, sirve además para satisfacción por nuestros pecados. Por ello la templanza, esto es la moderación en el comer y en el beber, es una virtud excelsa.

Con estas palabras terminó la abadesa sor Petronila de San Joseph su charla de la vigilia de San Andrés en el refectorio, después de hablar de Santa María Egipciaca y de sus grandes mortificaciones en el desierto. Cuando acabó la frugal comida, mandó llamar a la celda abacial a sor María de la Trinidad y a sor Antonia de San Joseph. Sor Petronila, amiga cercana de sor María, había accedido a la petición de ésta para que sor Antonia, recién profesa, pasara a vivir a su celda. El aumento de religiosas y la estrechez de los dormitorios comunes no habían sido razones de menos peso para aceptar esta solicitud.

—Como bien sabéis —comenzó diciendo la superiora—, en nuestra comunidad algunas monjas están sujetas al régimen de vida común y otras no. Su Ilustrísima el arzobispo fray Payo de Ribera, que en gloria está, fue servido de conceder este privilegio a algunas religiosas, lo que no significa que con ello se dé pie a la relajación de la vida del convento.

La aclaración llevaba una abierta alusión a lo que venía sucediendo desde hacía algunos años. El locutorio volvía a ser muy visitado por los seglares, las monjas comenzaban a usar de nuevo adornos y la casa de las vírgenes que debían estar dedicadas al servicio de Dios, vivía demasiado apegada al servicio del mundo.

Mientras sor María escuchaba atenta, sor Antonia miraba intrigada un cuadro colgado en la pared que representaba a San Bernardo recibiendo en su boca un chorro de leche del pecho de la Virgen y uno de sangre del costado de Cristo.

—Recordad que para ser buenas esposas de Nuestro Señor —continuaba disertando la abadesa— hace falta entrar por la puerta angosta de las disciplinas, que es la que lleva al Cielo, y que el vivir juntas debe ser un medio que os lleve a un mayor perfeccionamiento de vuestra vida interior.

Al oír la palabra disciplina la *Toluca* recordó a las monjas que se flagelaban en el refectorio y sintió en el vientre un cosquilleo desagradable. Ojalá que sor María no quisiera imponerle esas obligaciones en su celda.

Cuando acabó la entrevista, las dos religiosas besaron la mano de la superiora y salieron hacia un área llena de cal, arena y ladrillos que parecía

estar en construcción. Desde hacía tres años se habían comprado algunas casas aledañas con miras a la ampliación del convento y se estaban demoliendo varios muros. A la vista de unos albañiles, las monjas se cubrieron el rostro con un velo y siguieron de largo. Después de atravesar un pasillo al que daban las puertas de tres dormitorios, las mujeres torcieron a la derecha bordeando las aulas del colegio de las niñas y llegaron por fin a una amplia celda con dos habitaciones.

Sor María presentó a sor Antonia a sus dos sirvientas, Isabel y María de las Vírgenes, quienes se inclinaron a saludarla. La *Toluca*, con su trato alegre, hizo un comentario sobre el buen olor del guiso que se preparaba para la cena, con lo que se ganó su confianza y simpatía.

Las mujeres charlaron de las noticias más frescas, sobre todo de los piratas que rondaban por Colima. Antonia contó con pormenores la fiesta de su profesión y dijo que había tomado el nombre de San Joseph por su padre. Sor María iba a narrar también cómo fue la suya pero calló por humildad, pues el boato desplegado por don Diego del Castillo no era cosa común. Isabel contó que en el noviciado de San Agustín estaba sudando una lámina de Cristo. El comentario trajo a la *Toluca* el recuerdo del joven agustino.

Estaban hablando de una complicada receta de cocina, cuando llegó Rosa malhumorada y metió una gran cuchara de madera en la cazuela. Se llevó a la boca varias cucharadas del guiso y se fue a la habitación contigua sin siquiera voltear a ver a la recién llegada.

—Ella es Rosa —señaló sor María en tono de disculpa, y regresó a su charla. Dos toquidos a la puerta interrumpieron de nuevo una conversación que ahora versaba sobre los pájaros de una jaula que María de las Vírgenes sostenía.

Isabel fue a abrir. Era sor Antonia de Santa Clara, a quien le acercaron una silla. La *Toluca* no tenía muy buenos recuerdos de la celadora que le llamara alguna noche la atención, pero esa tarde se borró esa primera mala impresión. Sor Antonia era una mujer de cincuenta años, muy conversadora y alegre, y trató a la recién profesa con cordial camaradería.

Después de hablar de lo bien que estaría la *Toluca* en la celda de sor María, de quien parecía ser gran amiga, sor Antonia comenzó a sondear la opinión de las dos monjas sobre sor Antonia de San Lorenzo. En febrero del año siguiente habría votaciones para elegir nueva abadesa y la madre San Lorenzo estaba haciendo campaña para ser elegida. La hermana

celadora no era de sus adeptas, pues la consideraba una mujer con dobles intenciones. Sor Petronila y su grupo querían proponer a sor Alfonsa de San Miguel y la madre Santa Clara había ido a buscar votos a su favor. Mientras sor Antonia hablaba, María de las Vírgenes servía unas tazas de espumoso chocolate y unos pastelillos de piñones y nueces.

El ladrido de un perrito en la puerta y dos golpes dieron aviso de que otra visita llegaba. Eran sor Inés y sor Clara, que al enterarse de que su amiga ya estaba viviendo con sor María, venían a verla. Las dos monjas se habían vuelto inseparables a raíz del incidente con Elvira. Mientras acariciaba un perrito pequinés que tenía sobre sus rodillas, Clara, que era mucho más parlanchina que su compañera, habló de la nueva imagen de la Virgen de Loreto que le había llegado de España a sor Ángela. Se le llenaba la boca contando cómo la tenía peinada y enjoyada y diciendo los jocosos piropos que le lanzaba.

Sor Antonia de Santa Clara aprovechó la mención de sor Ángela del Sacramento, partidaria de la madre San Lorenzo, para regresar al tema de las votaciones. Clara tomó las manos de Inés entre las suyas y comenzó a hacerle arrumacos, lo que no pareció sorprender a nadie.

La poca atención que las jóvenes prestaban a sus palabras movió a sor Antonia a cambiar de conversación. Mencionó una hermosa imagen de marfil de Filipinas que acababa de adquirir la abadesa y con ello dio pie al tema de las mercaderías llegadas en la Nao de China esa semana. Sus madres y hermanas les habían dado pormenores de las porcelanas, sedas y marfiles que se vendían en el Parián y todas tenían un objeto imaginado y deseado del cual hablar. Sor María decidió que mandaría por un cajoncillo laqueado para regalárselo a la *Toluca*.

Una furiosa figura cruzó frente a la tertulia y salió azotando la puerta de la celda. Ante la conducta de Rosa, los comentarios no se dejaron esperar. Isabel contó que había visto a la muchacha charlando con sor Elvira en los lavaderos y que había escuchado que decían insultos contra la *Toluca*. Clara aprovechó la intervención de la sirvienta para narrar que Rosa estaba esparciendo por todo el convento el chisme de que sor María era una monja casquivana, que tenía un devoto en las rejas y que en un arcón guardaba joyas y cartas que él le había dado.

Ante tal calumnia, la madre Trinidad se levantó indignada de su silla y fue hacia la puerta a buscar a su hermana. Sor Antonia de Santa Clara la detuvo y pidió a Inés que entonara alguna chanzoneta para alegrar a la concurrencia. Una suave voz cantó:

Mis arreos son las armas, mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas, mi dormir siempre velar.
Las guaridas son oscuras, los caminos por usar,
el cielo con sus mudanzas, ha por bien de me dañar.
Andando de sierra en sierra, por orillas de la mar,
por probar si mi ventura, hay lugar donde vadear.
Pero por vos mi señora, todo se ha de soportar.

Cuando la joven religiosa terminó, todas batieron las palmas y la elogiaron diciendo que no había en todo el convento una voz más hermosa. Clara se le acercó y le dio un beso en la mejilla que la hizo sonrojar, lo que provocó un chiste de la *Toluca* que todas festejaron.

Las campanadas que llamaban a la oración de *vísperas* las sacaron de sus cantos y sus risas y les recordaron el lugar donde estaban. Las cinco monjas salieron rumbo al coro a cumplir con sus obligaciones religiosas.

María de la Trinidad no pudo concentrarse esa tarde en las oraciones. Estaba furiosa con Rosa y su mente maquinaba medios para deshacerse de ella. Pero su talante bondadoso y su incapacidad para emprender acciones en contra de alguien, le impedían llegar a concebir soluciones viables.

A la hora de la cena, la *Toluca* intentó sacar conversación a Rosa pero fue inútil. La muchacha fingía no oír y actuaba como si la joven profesa no existiera. Sor María le hizo un gesto para que no le pusiera más atención y la tratara con la misma indiferencia que ella lo hacía.

La madre Trinidad envió a la mañana siguiente a un mozo, que hacía encargos para las religiosas, a que fuera al Parián y le comprara un arconcillo chino laqueado en rojo. A la hora de comer se lo regaló a Antonia con una nota de bienvenida. Rosa hizo una mueca de desagrado. La *Toluca* agradeció el presente con un beso y se fue a buscar las cosas que podría meter en él: la flor que le había dado el joven agustino, el "ojo de venado" de Juana, el pañuelo de Catarina. Se llevó la mano al pecho y tocó la medalla de su madre con el intento de ponerla también allí, pero decidió mantenerla colgada de su cuello.

Por la tarde, sor María y la *Toluca* fueron a hacer una visita. La maestra de criadas, sor Eduviges de Santa Lucía, llevaba una semana sin probar bocado y estaba muy grave. Cuando llegaron a la enfermería la monja acababa de expeler un vómito espumoso. Mientras un sangrador le aplicaba una sanguijuela en el cuello, el médico comentaba a la hermana enfermera

que sor Eduviges parecía querer morirse de inedia; ni siquiera había querido tomar agua.

"El infierno está para muchos en este mundo", pensó Antonia, mientras se cubría el rostro con un velo ante la presencia de las dos figuras masculinas.

De pronto, con la angustia y la desesperación reflejadas en su rostro, la enferma empezó a gritar que quitaran de su cama a los demonios y sabandijas que se habían subido a ella y que la atormentaban con visiones indecentes. Gritaba que se quería morir y tuvieron que sujetarla y amarrarla a su cama para que no se hiriera con las manos. Con los ojos desorbitados, sor Eduviges miró fijamente a sor María de la Trinidad y le dijo:

—Cuídate de quien vive contigo, porque esa serpiente te va a arrancar las entrañas —entonces perdió el sentido.

Un sudor frío comenzó a recorrer la frente de sor María, que recibió las palabras de la enferma como un oráculo. Estaba profundamente afectada y ese estado de ánimo duró el tiempo de las oraciones nocturnas y la hora de la cena.

Al irse a acostar, su atención se desvió hacia un nuevo hecho que conmocionó la celda por un rato. Sor Antonia no encontraba su caja china por ningún lado.

—Quítenle el niño a San Antonio para que aparezca —dictaminó Isabel.

—No, enciérrenlo en el arcón de la ropa —sentenció María de las Vírgenes. Pero nada de lo que se hizo con San Antonio sirvió; la caja no apareció.

Sor Clara y sor Inés contaron después a Antonia que su sirvienta había visto a Rosa arrojar un objeto desde la azotea hacia la acequia la tarde anterior. La *Toluca* tomó entonces la determinación de hacer todo lo posible para que la insoportable muchacha saliera del convento. La madre Trinidad, que la noche anterior habría arrojado a su hermanastra a la calle, esa mañana no sabía qué decir pues ya había cambiado de idea. Sor Antonia la convenció para llevar a cabo un plan desesperado. Aprovechando el ayuno de Adviento, le dirían a Rosa que todas las habitantes de la celda habían decidido hacer un voto de abstinencia de algunas comidas y bebidas. En tres meses no habría chocolate ni pasteles, no se harían guisos de carne ni platos condimentados. Las cuatro mujeres comerían sólo verduras hervidas y pan.

Aunque a sor María le pareció peor el remedio que la enfermedad, pues ellas también sufrirían los rigores del ayuno, cedió finalmente ante los rue-

gos de sor Antonia y de las sirvientas, que estaban también dispuestas a tal sacrificio con tal de deshacerse de tan estorbosa compañía.

Pasaron tres días de ayuno y Rosa visitó todas las celdas vecinas para pedir alimento. Sor Elvira, que antes se mostraba tan amiga de ella y que fue la más solicitada para abastecer el insaciable apetito, pronto se hartó y se negó a darle más. A la semana, el orgullo claudicó y Rosa pidió a sor María de la Trinidad una tregua.

La *Toluca*, que conocía la debilidad que su amiga tenía ante los ruegos, tomó la palabra:

—La madre María de la Trinidad ha decidido que siendo ya tiempo que Su Merced tome estado, y teniendo en cuenta que su difunto padre, como patrono del convento de Santa Isabel, dejó dinero para su dote religiosa, se retire al dicho convento y profese en él.

Rosa no tuvo más remedio que aceptar. Al día siguiente habló con la superiora y ésta accedió a la petición, señalando las fiestas del Niño Perdido, tutelar del convento de Jesús María, para la partida.

Pasaron la Navidad y la Epifanía con muy buenos augurios. Rosa cambió un poco su hostil actitud y sor María pensó que le daría algún regalo cuando se fuera a su nueva comunidad.

Llegó por fin la fecha señalada. La fiesta del Niño Perdido se celebraba con gran boato desde el domingo infraoctava primero después de Epifanía y duraba tres días. La madre Trinidad no cabía en sí de gozo y ese año las celebraciones le parecieron más lucidas que nunca. Pasó el domingo con su misa solemne, a la que asistieron el virrey y la virreina. Llegó el lunes y con él la ceremonia que debía presidir el arzobispo, pero como don Francisco de Aguiar y Seijas andaba haciendo una visita episcopal desde el mes anterior, tomó su representación el deán de la Catedral. El martes los invitados de honor fueron los profesores del claustro de la Universidad, pues la advocación del templo recordaba el pasaje de Cristo niño disputando con los doctores en el templo. Hablaron los más notables predicadores, dando lustre a la fiesta, y los representantes de las cofradías establecidas en la iglesia de Jesús María repartieron dinero entre las religiosas.

En el coro estaba reunida toda la comunidad, incluidas las sirvientas y las educandas que, como todos los días de fiesta, oían misa con las monjas. La iglesia, engalanada con oropeles y papeles de colores, se llenaba con los sonidos de las chirimías, de los atabales y de las trompetas. El Niño Jesús que se veneraba en el altar mayor había sido ricamente vestido con raso de

seda verde y camisa de tafetán blanco. Completaban su atuendo una corona y clavitos de oro, un resplandor de brillantes y varias sortijas con rubíes.

Después de la misa, sor Petronila mandó llamar a sor María de la Trinidad y a Rosa del Castillo y les hizo una charla sobre la caridad y el amor al prójimo. La madre Trinidad pensó que era un poco tarde para un sermón así. Después de la oración de *sexta*, Rosa salió del convento de Jesús María para entrar de novicia en el de Santa Isabel.

Para celebrar, la comida en la celda de sor María fue esa tarde especialmente alegre. Por ser fiesta se hicieron platillos de cordero y de pescado. Transcurrieron felices las horas y las oraciones corales les parecieron más cortas que nunca. Al atardecer sor Antonia pidió a sor María que subieran a la azotea para ver los festejos que se hacían en la calle. La madre Trinidad se resistió un momento pues, aunque muchas religiosas lo hacían, el hecho estaba prohibido. Finalmente, ante los ruegos de su amiga, aceptó.

En el horizonte, los volcanes nevados se vestían con los tintes rosáceos de la tarde y el lago reflejaba las últimas luces. Desde la Acequia Real llegaban olores nauseabundos y los gritos y pregones de la vendimia que se hacía en las trajineras. Sor María llevó a la *Toluca* de la mano hasta el testero de la iglesia y le enseñó la casita adosada a los muros conventuales que su padre le había heredado. Habló con nostalgia de don Diego y de su dadivosidad para con los pobres. Recordó también a Rosa y perdonó todos los malos ratos que le hizo pasar, pero festejó que ya no viviera más en su celda. Con los ojos iluminados agradeció a la *Toluca* por haberla librado de la odiosa muchacha.

—Llevamos ya dos meses viviendo juntas —dijo— y durante este tiempo has sabido ganarte mi amor. Te siento tan cerca y te quiero tanto como a una hija. Pronto te construiremos una celda sobre esa casita para que puedas vivir holgada.

Sor Antonia le besó la mano y con la voz entrecortada por la emoción le respondió:

—Gracias, madre. Si Su Merced quiere, de aquí en adelante yo la llamaré siempre nana y yo seré su hija.

Sor María de la Trinidad la regaló con una de sus mejores sonrisas y le dio un beso en la frente. Por fin tenía alguien a quien podía dar todo ese cariño acumulado desde que Francisca la dejara para casarse. A sor Antonia la podría consentir y mimar como lo hacía con su pequeña hermana.

Los fuegos artificiales dibujaron sobre la negrura del firmamento un estallido de estrellas de colores.

V. EL LIBRO DE LAS TENTACIONES

La Huasteca, Sierra Madre Oriental, marzo de 1686.

—Llévense sus ofrendas, llévenselas a sus casas y cómanselas. El sacramento de la Confirmación es un don de Dios. No deben dar nada por él.

Los indios miraban atónitos al padre Lezamis, que con ademanes trataba de hacerse entender. Los dadivosos fieles, que depositaban gallinas, pavos, sacos de maíz y de cacao y otros géneros a los pies del altar de la iglesia parroquial de San Juan Tamazunchale, no comprendían lo que pasaba. Por fin el cura párroco explicó en náhuatl, y un intérprete indígena tradujo al huasteco, que el señor arzobispo había ordenado que no se dieran ofrendas por las confirmaciones.

En efecto, a pesar de que era la costumbre que todos los prelados en visita por sus diócesis recibieran este tipo de regalos, don Francisco de Aguiar y Seijas consideraba que eso no se debía hacer en una tierra como la Nueva España, donde reinaba tanta codicia. El arzobispo tuvo incluso un fuerte pleito con don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, quien defendía el derecho de los obispos a recibir ese tipo de oblaciones, que después se repartían entre los pobres. Aguiar había calificado la costumbre como sacrílega y la había prohibido, con lo que se ganó la enemistad de Santa Cruz.

Mientras se explicaba a los indios la orden del prelado, éste imponía el sacramento que sólo la jerarquía episcopal podía administrar. Vestido de pontifical, con la tiara y el báculo como símbolos de su posición pastoral, Aguiar recitaba ante un indio arrodillado las palabras latinas del rito con las que el cristiano era confirmado como soldado defensor de la fe y le daba una bofetada, en señal de la fortaleza que debía mantener frente a las adversidades. Una larga fila formada ante el arzobispo esperaba recibir el extraño sacramento, que la mayoría no alcanzaba a entender.

Luego de tres horas, don Francisco se veía exhausto. El padre Lezamis se acercó a él para pedirle que parara y que continuase por la tarde. El prelado aceptó y, por medio de su intérprete, hizo saber a los fieles la decisión, pero la fila no se desintegró. Los "naturales" se sentaron en el lugar donde estaban, abrieron los atados en que llevaban sus alimentos y se pusieron a comer.

Aguiar no alcanzó a ver esto pues estaba en la sacristía, despojándose de los ornamentos sagrados y comentando con Lezamis la gran humildad y recato de los indios y, sobre todo, de las indias.

—Sabe Su Paternidad —dijo dirigiéndose a su amigo—, nunca dejaré de asombrarme de la decencia con que va vestida esta gente. En todos los pueblos que hemos visitado las indias andan cubiertas con sus paños blancos y siempre con la mirada baja, como corresponde a su estado. No como esas mujeres faranduleras de México que las han de llevar los diablos por sus relumbrorios. Y los hombres, con su vestir sencillo, con esa ropa blanca y sobria, sin el artificio ni el amaneramiento o la moda afeminada de los españoles.

—Y a mí me asombra mucho su piedad —comentó entusiasmado Lezamis—. Ahora que es Cuaresma y que se preparan para celebrar la Semana Santa, ¡cuánta piedad, cuántos ayunos y penitencias se imponen! Recuerdo aquel viernes de Pasión en la sierra del sur el año pasado. Hombres y mujeres con la espalda descubierta y el rostro oculto se azotaban con disciplinas de ramal y recios golpes, dando edificante ejemplo a los mismos españoles.

—Y no conocen la codicia —agregó el prelado—, ni son ambiciosos de dignidades. Ellos son humildes y sumisos, nunca blasfeman ni se alteran. Ellas son obedientes, recatadas y silenciosas, virtudes que debían imitar las mujeres españolas.

La conversación fue seguida por un breve descanso y una comida frugal en casa del párroco. El arzobispo tomó unas cuantas tortillas, que le desagradaban, y las ingirió como sacrificio (Lezamis decía que para quien no está criado en ellas no es poco trabajo comerlas), lo mismo que algunas verduras hervidas y sazonadas con ceniza.

Llegó la tarde y con ella las confirmaciones, que se prolongaron hasta que el sol se ocultó. Después con un repique de campana se juntó a la gente para rezar el santo rosario. Predicó luego Su Ilustrísima, con un crucifijo en la mano, por medio de sus intérpretes. Habló de la necesidad de la confesión y de la comunión para ganar el jubileo de la visita, con el que se lograba la indulgencia plenaria. Explicó el grave pecado en el que vivían los que no estaban casados ante la Iglesia y mencionó las facilidades que se les daban ahora para que lo hicieran, sin amonestaciones y sin pago de obvenciones. Exhortó a sus oyentes a abandonar para siempre los vicios y a luchar contra el mundo, el Demonio y la carne, los enemigos del alma, para lo cual les ayudaría el sacramento de la Confirmación que acababan de recibir.

Al final repartió entre los miembros de la cofradía de Ánimas, a la que pertenecían algunos indios ladinos que leían en castellano, varios ejemplares del libro *Consuelo de pobres* y numerosos rosarios bendecidos por él. Al terminar el día de labores, el arzobispo se retiró a su cuarto acompañado por su secretario. Cenó un poco de chocolate con chancaca y después de que Lezamis se retiró a su habitación, él se quedó rezando y azotando su cuerpo hasta que cayó vencido por el cansancio.

Concluía así un día más de la visita que desde hacía cinco meses realizaba don Francisco de Aguiar y Seijas por los pueblos situados al norte de su extenso arzobispado. Esta visita era la tercera que realizaba desde que ocupara la silla episcopal, cuatro años atrás, y sin duda había sido la más difícil. Atravesando agrestes serranías e inhóspitos parajes, había llegado hasta la frontera con los bárbaros, más allá del río Pánuco, y ahora hacía el camino de regreso hacia la capital virreinal; les quedaban todavía dos meses de recorrido. El objeto principal de estas visitas, que pocos prelados hacían a pesar de la recomendación del Santo Concilio Tridentino, era introducir la doctrina sana y católica y expeler las herejías, promover las buenas costumbres y corregir las malas e inflamar al pueblo con exhortaciones y consejos.

La pequeña comitiva del arzobispo salió muy temprano de San Juan Tamazunchale rumbo a Huejutla. Acompañaban al prelado su secretario inseparable, Lezamis, un guía mulato llamado Jacinto, que había sido arriero y conocía bien los caminos, y cuatro indios cargadores. Tres mulas portaban a los clérigos y al moreno y dos bestias más llevaban algunos bastimentos y los quinientos ejemplares, resto de los tres mil que había llevado a la visita, del libro *Consuelo de pobres*. El recorrido prometía ser mucho menos pesado que el de las semanas anteriores; a diferencia de las agrestes serranías que habían pasado, el paisaje que bajaba hacia la Huasteca se diluía en suaves pendientes. Pero a cambio de barrancos y desfiladeros, se les dio un agobiante calor y muchas alimañas.

Al poco de haber salido, una serpiente maguaquite mordió a uno de los cargadores, que murió a los pocos minutos entre horribles convulsiones, aunque consolado por los auxilios espirituales. Los indios advirtieron a los clérigos que se cuidaran también de las tarántulas y de los alacranes. Pero lo que más molestaba eran los mosquitos y las garrapatas. Ya el padre Lezamis había sufrido el ataque de estos animalejos en el Pánuco. Ahí había experimentado el método eficaz para extraerlos de la piel donde se enterraban: aplicarles cigarros encendidos para que se desprendiesen. Al arzobispo

no se le pegaban las garrapatas, pero los mosquitos le molestaban mucho por tener el cutis delgado; así que siempre andaba con el rostro lleno de pintas, como viruelas.

Después de varias horas de camino llegaron a orillas de un caudaloso cauce. El escoger la época de secas para hacer las visitas pastorales no tenía otra razón que la de evitarse las crecidas de estos ríos, que en invierno podían ser vadeados pero que en verano eran imposibles de cruzar.

El rumor de la corriente comenzó a inquietar al arzobispo, quien mostraba ya los primeros síntomas de sus comunes ataques de ansiedad. Lezamis, conociendo el pavor que Aguiar tenía a cruzar los ríos, ordenó que a los lados de la mula que lo llevaba se colocaran dos indios para detenerlo y que otro, montado atrás de él, lo cuidara para que no se cayera de la montura. Con estos cuidados, el prelado cruzó todo descolorido y temblando como un niño.

Al llegar a la otra orilla Lezamis decidió hacer un alto para comer, para que descansaran las mulas y los cargadores y para que se recuperara el arzobispo. El calor de mediodía era tan sofocante que la comitiva se sentó a la sombra de unos árboles. Aguiar no quiso probar bocado pues estaba aún muy alterado. El secretario comentó para distraerlo:

—Qué hermoso paraje, me recuerda las descripciones de los yermos donde pasaron sus vidas los santos padres ermitaños.

La alusión animó al decaído prelado, quien comenzó a hablar de las vidas de dos ermitaños que habían vivido en la Nueva España y cuyos procesos de beatificacion debían llevarse en Roma en esos momentos. De uno, fray Bartolomé de Jesús María, tenía muy fresca memoria pues hacía dos años que había visitado el santuario de Chalma y, al mirar su cuerpo incorrupto, había decidido iniciarle proceso. El otro eremita era Gregorio López, prodigioso anacoreta natural de Madrid que había vivido en varios lugares de la Nueva España dejando en todos ellos huellas de su santidad, y cuyo cuerpo se veneraba en la Catedral metropolitana.

Enardecido por la conversación y transformado su rostro por el recuerdo de los ermitaños, Aguiar pidió a Lezamis que lo dejara subir solo a un pequeño promontorio, pues quería hacer oración. Sacó un crucifijo que siempre llevaba consigo y colocándolo sobre un peñasco se puso a rezar ante él con los ojos cerrados. Una visión luminosa comenzó a generarse en su mente mientras su espíritu se iba encendiendo con el fervor. Cristo se le apareció con el costado abierto y, tocándoselo, le ofreció con su dedo una

gota de sangre. La visión lo dejó sumido en una gran alegría y bañado en lágrimas. ¡Qué tentación de quedarse allí para siempre!

Cuando abrió los ojos, envuelto aún en el regocijo, vio la figura de un indio anciano con la cara pintada que lo miraba detrás de unos arbustos. Al ser descubierto, el viejo corrió a esconderse. Aguiar lo siguió y observó cómo se metía en una cueva oculta tras unos ramales. Al aproximarse notó en el piso varias vasijas rotas, restos de una hoguera, cabos de vela y algunos paños y púas empapados en sangre. Trató de acercarse a la cueva, pero un perro negro le salió al encuentro mostrándole sus fieros dientes y lo hizo huir. Mientras descendía hacia el lecho del río, el prelado pedía la protección del apóstol Santiago, su patrono y defensor, contra las fuerzas infernales que lo venían siguiendo.

Al llegar con su comitiva, contó lo sucedido. Jacinto, el guía, explicó que se trataba seguramente de un hechicero. Lo que vio a la entrada de la cueva eran los restos de un rito de los indios desde su gentilidad, que consistía en sacarse sangre para ofrecerla a sus dioses. El perro negro era el mismo hechicero convertido en *nahual*. Un milagro había salvado al prelado de morir.

—Cosas del Demonio —murmuró Lezamis—. Habrá que ir al monte a buscar al hechicero para llevarlo a juzgar a México.

El guía y dos indios se ofrecieron para cumplir con tan peligrosa empresa. Lezamis los acompañó sabiendo que, con su presencia de sacerdote, les sería más fácil la victoria. Llevó consigo las mejores armas contra el Enemigo Malo, el agua bendita y la cruz. Pasaron dos horas y la comitiva regresó exhausta y frustrada. Por más vueltas que habían dado jamás encontraron ni cueva, ni hechicero, ni perro.

Después de decir una misa para alejar a Satanás de ese lugar, los viajeros retomaron su camino. En las horas de la tarde, Lezamis estuvo atento a los indios cargadores y descubrió en ellos una serie de prácticas que le parecieron sospechosas: tocaban amuletos que traían al cuello, musitaban extrañas frases en su lengua al pasar por ciertos parajes, se echaban tierra en la cabeza cuando estaban cerca de las cruces del camino. La llegada de la noche obligó a la comitiva a acampar y el secretario comentó sus inquietudes a su señor. Al terminar la frugal cena alrededor de la hoguera, sazonada como era costumbre con una lectura edificante, cayó sobre los indios una predicación con reprimenda sobre el nefasto pecado de la idolatría. Jacinto tradujo lo mejor que pudo la plática y el regaño, que causó poco efecto en

los indios pues a los pocos minutos dormían a pierna suelta, como si nada se les hubiera dicho.

Una vez cumplida la obligación espiritual y convencidos los clérigos de la efectividad de sus palabras, la conversación se llenó con historias sobre los nahuales.

—Allá por 1663 —narró Jacinto—, un vecino de Tixtla me contó que en esas tierras usan los hechiceros indios de tomar formas de mujeres y en ella buscan a los hombres, y hablando con ellos y recrestándolos de amores, les obligan a tener acceso carnal con ellos pensando ser mujeres. En este acto cogen el semen en la mano y dan con él en el rostro y éstos mueren dentro de tres o cuatro noches, sin remedio alguno. Ese vecino me contó que habían muerto con esta diabólica invención siete u ocho hombres.

El arzobispo, que escuchaba silencioso, recordó a las *meigas* de su Galicia natal.

"Hay que acabar con esas criaturas del Demonio —pensó—; ellos son los que incitan a los pobres indios a sus idolatrías y ofensas a la Divina Majestad."

Poco a poco el cansancio fue arrastrando a los dos conversadores hacia un profundo sueño. El arzobispo, en cambio, no pudo pegar el ojo en toda la noche. Pensaba en los hechiceros trasvestidos y aferraba entre sus manos una reliquia de San Gil que siempre traía consigo. Aterrado por los fantasmas nocturnos lo encontró el amanecer.

Esa mañana, a los *laudes*, después de dos horas de camino a buen paso, llegaron a Huejutla. Antes del poblado, una comitiva enviada por el cacique indígena ofreció al prelado una fuente de dulces y un cofrecillo lleno de regalos. Como era su costumbre, Aguiar rechazó los obsequios y siguió adelante. A la entrada del pueblo una muchedumbre salió a recibirlo. La mayoría jamás había visto a un obispo y miraban con curiosidad al recién llegado. El prelado cabalgó bajo los arcos triunfales bordados de flores y sobre los tapetes de hierbas olorosas y coloridos pétalos. Al llegar al atrio frente al convento, una banda de música lo esperaba y el prior fray Alonso del Castillo y cuatro frailes agustinos le dieron la bienvenida. Se arrodillaron frente a él para recibir la bendición. Una mano enguantada salió de debajo del mantelete, hizo la señal de la cruz y recibió los besos depositados sobre el anillo pastoral. El alcalde mayor español, el gobernador indígena y los indios principales se aproximaron para hacer lo mismo.

Dos agustinos comentaron murmurando sobre la ropa raída que traía el arzobispo, llena de remiendos y de agujeros, y el mal olor que despedía. Leza-

mis, que los escuchó, aprovechó el incidente para predicarles a esos frailuchos perfumados y engreídos. Contó que el vestido de que se servía Su Ilustrísima había sido hecho con la gualdrapa de la mula en que cabalgaba, y que no se había bañado hacía algún tiempo porque sus muchas ocupaciones pastorales no se lo habían permitido.

—¿De qué os sirve cuidar este cuerpo que es como un cadáver? —les dijo—. Mejor debíais cuidar el alma que parece tenéis más abandonada y en menor estima que vuestro cuerpo.

Los religiosos recibieron el sermón con cara compungida y pidieron disculpas por su poco caritativo comentario.

Cuando terminó el besamanos, el prelado mandó que se leyera el edicto que solía publicarse en las visitas. En él se mandaba a los fieles declarar y denunciar los pecados públicos y escandalosos, y se les incitaba a recibir el santo sacramento de la Confirmación que se administraría por la mañana y por la tarde. Después subió a la iglesia conventual, donde lo esperaba el doctrinero mayor fray Antonio de Estrada, frente a un altar portátil. Bajo palio y rodeado de estandartes, ciriales y cruz, el prelado entró al templo seguido de una solemne comitiva. Dentro del recinto, el sonido de las campanas, las chirimías y las trompetas fue sustituido por infantiles voces que entonaban el *Te Deum Laudamus*. Una vez en el altar, el arzobispo entonó las oraciones de la Concepción de María, dio la bendición e hizo una plática sobre el jubileo y los cuarenta días de indulgencia que con él se conseguían. Visitó después, revestido con su capa blanca, el sagrario, la pila bautismal y la sacristía. En ella hizo recuento de cálices, patenas, custodias y ornamentos y revisó los libros parroquiales y de cofradías. Al final consagró la campana mayor, que sería remedio para los rayos.

Don Francisco, como todos los días de la visita, confirmó, rezó, dijo misa, predicó y repartió limosnas, libros y rosarios. Pero por la noche ocurrió algo distinto, algo que en los otros curatos visitados no le había sucedido. Estaba terminando de rezar el oficio divino, de rodillas, como siempre lo hacía, y la comunidad ya había abandonado el coro después de la oración de *completas*, cuando un fraile doctrinero se acercó sigiloso a él.

—Su Ilustrísima —lo interpeló—, quisiera hablarle de un asunto muy delicado y que requiere suma discreción.

El arzobispo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se sentó a escuchar en uno de los asientos del coro.

—Ha de saber Su Ilustrísima, que los doctrineros que llevamos la admi-

nistración de los indios de esta parroquia no tenemos mano en cosa alguna de los bienes que se cobran en ella. Las rentas y obvenciones del convento se las queda el prior, fray Alonso del Castillo. Materia de notable sentimiento para todos los que nos hayamos doctrineros y de mucho mayor por no poder manifestar en público nuestra desaveniencia, temiendo si lo hacemos un gran castigo de nuestros superiores.

El prelado declaró que nada podía hacer al respecto y prometió que llevaría el caso ante las autoridades de la capital virreinal. Desde hacía tiempo tenía noticia de lo que pasaba con los prioratos agustinos, pero como las órdenes religiosas estaban exentas de la jurisdicción episcopal tenía las manos atadas. Las visitas pastorales servían sólo para poner en orden las parroquias, para velar por el aseo y decoro de las iglesias, para constatar si los doctrineros habían presentado su examen de Lengua y de Teología, si estaba vigente su licencia para confesar y si poseían lo que se llamaba *la canónica institución*. Fuera de eso, los asuntos del gobierno interno de la orden le estaban vedados. Los obispos no podían remover a los párrocos regulares aun por faltas graves a la moral, pues los religiosos dependían directamente de sus provinciales. La historia del episcopado novohispano estaba llena de conflictos entre obispos y virreyes, pues éstos apoyaron siempre la exención de los regulares y su autonomía. Don Francisco había recibido recomendaciones explícitas de la Corona para que evitara a toda costa esos conflictos. ¿Qué podía hacer?

La visita a Huejutla duró tres días. De allí se dirigió hacia los pueblos de la sierra, todos administrados por agustinos. Durante un mes los viajeros recorrieron ásperos caminos, con mucho riesgo de caer en los precipicios. Todo fue subir y bajar montes sobre veredas tan estrechas que apenas cabían las patas de las mulas. El arzobispo soltaba la rienda, cerraba los ojos y dejaba ir a su bestia por donde quería y, aunque estuvo a menudo en peligro de despeñarse, siempre salió con bien. Él atribuía este milagro a la providencia especial que Dios tenía en cuidarle. Con soles, aires y fríos y entre temples destemplados, el prelado continuó visitando sus parroquias, llevando auxilio a sus ovejas y enterándose de las irregularidades en que vivían los prioratos de la provincia agustina de México.

En Tlanchinol, el primer pueblo de la sierra, encontró que la administración de los sacramentos era deficiente. Los cinco frailes que habitaban el convento obligaban a los indios a llevar a los enfermos desde los pueblos y los barrios vecinos para recibir la Extremaunción. Los derechos que

percibían por la administración eran excesivos; cuando visitaban las estancias que dependían del priorato, sólo iban a las más ricas, pero las misas no siempre se celebraban en domingo y a menudo se decían hasta cuatro por las limosnas. Las otras estaban prácticamente sin cura. Un indio principal contó a Lezamis en secreto que durante la Cuaresma pasada llegaron al pueblo dos padres de la Compañía de Jesús a predicar y confesar, pero los agustinos no los dejaron hacerlo, acusándolos de invadir su doctrina.

Al llegar a Molango, los visitadores hallaron el techo de la iglesia caído, el convento semidestruido y la sacristía sin ornamentos, pues se los había llevado el prior anterior. Los dos frailes que allí estaban no tenían el arancel de obvenciones, ni el libro de inscripción de bautizos y matrimonios. Como ninguno de los dos hablaba náhuatl, utilizaban un intérprete indígena, con hábito de lego, para predicar e incluso para confesar.

Al llegar a Xochicoatlán los doctrineros se quejaron con el prelado de que el prior, fray Pedro de la Colina, nunca estaba en su priorato y se la pasaba la mayor parte del tiempo en México. Sólo llegaba al pueblo a cobrar las rentas y los derechos, por lo que los religiosos doctrineros que vivían en el convento no tenían a veces ni para sustentarse. En este pueblo encontró además muchos escándalos. En él eran comunes el incumplimiento de ayunos y vigilias y las faltas en la recepción de sacramentos. Hombres y mujeres no confesaban ni comulgaban por la Pascua y la asistencia a la misa dominical era muy escasa. El prelado mandó que fueran encerrados en la cárcel del pueblo los pecadores más escandalosos e insumisos. A una mujer que había abortado se le dieron cincuenta azotes en la plaza.

En Zacualtipan, el arzobispo y Lezamis intentaron averiguar si los indios tenían alguna queja pero nadie se les acercó, como había sucedido en los otros pueblos. Jacinto se enteró, sin embargo, de que los indios no se quejaron por el miedo que tenían a los religiosos, quienes los habían amenazado con azotes si decían algo. Al mulato le informaron unos arrieros que el prior encargaba mantas a los naturales con el pretexto de que iba a venderlas en el mercado, pero después de recibir el dinero por la venta no se las pagaba, alegando que eran derechos de obvención por Confesión y Comunión.

La comitiva cruzó la sierra verde y llena de pinos y se internó en las montañas áridas de tierra adentro. Después de dos días de viaje llegaron a Meztitlán, pueblo situado en una fértil vega. La comunidad agustina que habitaba un suntuoso convento construido sobre una colina, era de las más prósperas de la zona. Su prior disfrutaba de las rentas de un molino, de un

obraje y de varias sementeras de maíz, de chile y de algodón. Los indios eran obligados a trabajar sin paga en todas esas propiedades. El fraile mandaba cargas con indios tamemes continuamente a México. Un agricultor mestizo, que tenía algunas tierras en la comarca, contó a Lezamis que esas cargas eran los regalos que el prior enviaba al provincial por haberle otorgado el cargo.

—Es fuerza que todo esto lo saquen de los indios —dijo—, con lo que se van aniquilando y vienen en suma pobreza y no pueden pagar los reales tributos.

El mismo informante le contó que el prior estaba coludido con el alcalde mayor y le solapaba sus abusos. El funcionario virreinal obligaba a las indias a hilar algodón y hacía negocios comprándoles a los indios sus productos a mitad de precio y vendiéndolos al doble. También los obligaba a comprar cosas que los indios no necesitaban, pues tenía un compadre mercader que se las abastecía.

Poco a poco los visitadores fueron descendiendo por la ladera de la sierra, entre cactus y peñascos áridos. Pocas leguas los separaban ya de la Ciudad de México, pero les faltaba más de una docena de parroquias por visitar.

Un domingo por la mañana el arzobispo y su comitiva llegaron a Ixmiquilpan, villa próspera por la cercanía de unas minas de plata y habitada por una población muy heterogénea. A Aguiar esos lugares le parecían los más necesitados de auxilio espiritual, pues era en esas Babilonias donde se mezclaba gente de todo origen, donde más ofensas se hacían a Dios. En el convento tampoco encontró al prior, fray Francisco Castellanos, que estaba en México. Por un doctrinero, el arzobispo se enteró de los muchos abusos que ese fraile cometía y de la explotación a que había sometido al priorato. Pero lo que más le escandalizó fue la vida libertina que el religioso llevaba. Era público que mantenía a una barragana y que tenía con ella un hijo, al que bautizó con grandes fiestas. Aguiar no comprendía cómo la Inquisición no perseguía con rigor los casos de sacerdotes que vivían en concubinato público.

Después de comer, un religioso se quejó ante el prelado de la poca capacidad, torpeza e ignorancia de los indios cuando se confesaban y otro apostilló que los naturales seguían con sus ritos idolátricos y que a menudo celebraban sus fiestas a la sombra de las cristianas.

El arzobispo no pudo resistir y soltó a boca de jarro:

—Del desconocimiento de la doctrina y de la existencia de sus idolatrías no tienen la culpa sino sus ministros y párrocos, que descuidan sus

ministerios. ¡Ay de ellos porque Dios les pedirá cuentas muy severas el día del Juicio Final!

Se hizo un silencio sepulcral. El arzobispo pensó que una de las cosas que haría al llegar a México sería promover la reforma de los agustinos y acabar con ese nido de rufianes, discípulos de Belcebú, que gobernaban en la provincia.

Esa noche tuvo una pesadilla: se encontraba arrodillado, rezando frente a una cruz, en una ermita blanca muy pequeña. Una luz clara y brillante lo iluminaba todo y le daba una gran paz. De pronto el recinto comenzó a llenarse con áureos objetos sagrados: cálices, cruces, candelabros, patenas... Llegaron a ser tantos que le impedían moverse, lo asfixiaban. Pidió auxilio y nadie parecía escucharlo. Trepó entonces entre los metales preciosos hacia una pequeña ventana con la intención de salir; subía con gran dificultad y angustia, pues sentía a sus espaldas cómo lo perseguían unos espíritus malignos que no veía. Para salvarse, saltó por la ventana y cayó vertiginosamente por unas laderas hasta un remolino que giraba llevándolo a un precipicio sin fondo. El canto del gallo lo despertó.

Mientras se vestía, Su Ilustrísima pensó que le hubiera gustado ser en esta vida un ermitaño, alejado del ruido del mundo y entregado a la vida contemplativa. Pero Dios lo había puesto en otro camino. El sueño que había tenido era claro; su lucha contra Satanás debía llevarse a cabo en el torbellino del mundo, no en las soledades.

2. LOS CAMINOS DEL PODER

Convento de San Pablo, 30 de mayo de 1686.

"Ya a nuestro Muy Reverendo/ Padre Provincial que muestra
con su acertado gobierno,/ con su virtud y prudencia,
que es de este místico cuerpo/ la dignísima cabeza,
doy el parabién debido/ y pido al Cielo que sea
de su Religión Sagrada/ el Suetonio que mantenga
en tranquilidad dichosa/ a los que su buena estrella
hizo alistar de agustino,/ en las sagradas banderas,

con este ilustre colegio,/ cuyos hijos hoy festejan,
por muchas y justas causas,/ al padre maestro Cadena:
ya por su hermano querido/ y ya por su concolega,
por su lector de Escritura/ y porque fue su cabeza
en el puesto de rector,/ (en cuyo tiempo confiesan
deben mucho a su cuidado,/ el aliño de esta iglesia,
de esta librería el fomento,/ y el aumento de las rentas),
y finalmente por ser/ su patrón, padre y mecenas."

Con estas palabras habló el personaje que representaba a la Naturaleza en la loa que escribió sor Juana Inés de la Cruz para celebrar los años de fray Diego Velázquez de la Cadena. Habían hablado ya durante esa ficción alegórica el Discurso, la Atención y la Nobleza y habían declarado conjuntamente: "todos no somos más que eslabones de esta cadena". Al terminar la representación teatral, unos bailarines mulatos subieron al pequeño estrado improvisado en el claustro del colegio de San Pablo y danzaron al ritmo de tambores y flautas.

Fray Diego estaba feliz esa tarde. La religiosa se había percatado de las cualidades más sobresalientes de su persona y había sabido expresar sus logros con fino ingenio y con muestras de gran admiración. Se sentía en la plenitud de la vida y sabía que su nombre quedaría plasmado en sus obras para la posteridad. La loa que lo exaltaba y que haría su fama inmortal, además de estar bellamente escrita, tenía la virtud de contener hechos verdaderos. Claro que la magnificencia en la remuneración del favor y la recomendación de su hermano don Pedro, a quien la monja jerónima debía el pago de su dote, no fueron razones menos eficaces al momento de declarar esas excelencias.

Con la mirada fría y perspicaz de sus ojos grises acerados, Cadena, detrás de la máscara de la sumisión, se aproximó a un grupo que departía alrededor de los virreyes. La etiqueta y el respeto a la jerarquía así se lo aconsejaban, aunque la conveniencia política le hubiera dado preminencia a otros personajes. En efecto, la estrella de don Tomás Antonio de la Cerda, marqués de La Laguna, estaba declinando. Su hermano, el duque de Medinacelli, que fungía hasta ese momento como valido del rey Carlos, se había ganado las enemistades de la reina consorte, y sobre todo de la reina madre, quien lo aborrecía por ser uno de los que había pedido su destierro de la Corte en época de don Juan de Austria. Se rumoraba que el rey había pedido ya su renuncia.

Al acercarse al grupo, fray Diego escuchó el comentario que hacía la virreina sobre la autora de la loa que acababan de ver representada. Todo el mundo sabía de la íntima amistad que unía a sor Juana Inés de la Cruz con doña María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes, de Mantua y de Valencia y marquesa de La Laguna. No era un secreto que Lisy, a quien la monja había dedicado sus versos más encendidos, era la señora **marquesa y que ella era también su Anfitrite y su Isis.**

—Aún no me es comprensible —comentaba la virreina con esa gracia sin rastro de artificio propia de la aristocracia— por qué algún ilustre varón consideró a sor Juana Inés como el mayor azote que podía enviar Dios aqueste reino, si se hubiese quedado en la publicidad del siglo; así como tampoco me explico la postura de ese otro, de quien el que tal dijo es vocero, que supone que una mujer sabia como ella es un peligro para la república, enclaustrada o no.

El comentario de la virreina creó un silencio incómodo. Todos los presentes sabían que el varón mencionado era don Antonio Núñez de Miranda, el confesor jesuita de sor Juana y que el personaje del cual era vocero, el arzobispo Aguiar y Seijas, se había manifestado en abierta oposición a las prácticas mundanas de la monja jerónima. Cadena recordó a la inteligente mujer que escribió la loa a su persona; la conoció en la Corte del virrey Mancera y ahora que estaba tan ligada a la de los marqueses de La Laguna la había tratado con frecuencia. Él consideraba su actuación como algo honesto y necesario. ¿Qué podía hacer ante un arzobispo tiránico y caprichoso que quería prohibirle escribir utilizando a su confesor jesuita? Era imprescindible acudir a la protección del Palacio virreinal, y qué mejor que a traves de la virreina.

El silencio creado por el comentario de doña Leonor había roto el círculo de la conversación, motivando pequeñas tertulias. El padre Cadena escuchó con discreción la charla de tres personajes asociados directamente con el episcopado, que a su izquierda formaban un corro cerrado. Don Antonio de Robles, capellán y mayordomo del convento de Santa Inés, y don Diego de Malpartida, deán de la Catedral, escuchaban la disertación de don Carlos de Sigüenza y Góngora. El catedrático de Astronomía y Matemáticas de la Universidad hablaba sobre los cometas e insistía en su negativa a considerarlos como anuncios de catástrofes, como lo pretendía el jesuita Eusebio Kino.

"Lo mismo de siempre, nada que me interese. ¿Quién mejor que yo sabe que es el hombre, con su actuación, quien labra su desventura o su bienaven-

turanza en esta vida y en la otra?", pensó fray Diego moviendo su angulosa cara hacia la conversación que se desarrollaba a su derecha.

El oidor don Fructos Delgado hablaba con los virreyes y otros cortesanos sobre las academias literarias. Al notar que el provincial lo escuchaba, elogió el certamen poético que éste había promovido para conmemorar la pasada fiesta de San Agustín.

El provincial se sintió halagado. Con su frente amplia y su mandíbula prominente se aproximaba al grupo para dar su versión del certamen, cuando una figura se le interpuso y lo llevó hacia un espacio más íntimo. Su hermano Pedro quería tratar con él varios asuntos importantes.

Primero le comentó que en noviembre llegaría el nuevo virrey, don Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de Monclova.

—Lo sé de muy buena pluma —le dijo—, es un hombre de relevantes dotes y muy accesible a escuchar razones —y remarcó su frase con el gesto con que se simbolizaba la plata—. Habrá que hacerle una buena bienvenida... Por otro lado —agregó mirando hacia el grupo de los virreyes—, don Fructos Delgado me ha encargado que te haga saber que está a tus órdenes para el próximo capítulo intermedio de la provincia. Me ha insinuado que a cambio de sus servicios quisiera beneficiar con dos prioratos a sus ahijados, fray Joaquín de la Cerda y fray Tomás del Campo.

Fray Diego hizo un gesto de aceptación a don Fructos, quien lo miraba de reojo esperando una respuesta a su petición.

—Por último, mi compadre don Domingo Lorenzana me ha dicho que necesita hablarte de un negocio que te traerá muchos beneficios. Búscalo para afinar los detalles.

El padre provincial se fue hacia un grupo de mercaderes donde había visto a don Domingo. Tenía urgente necesidad de dinero para comenzar a mover las voluntades que llegarían con el nuevo virrey y esperaba que, a lo menos en parte, el señor Lorenzana le proporcionara soluciones. Hizo mentalmente una oración petitoria a la Virgen de Guadalupe para encargarle su negocio y le prometió una rica ofrenda si lo concluía en buenos términos.

En el círculo de los comerciantes, un vasco lanzaba sus opiniones sobre la inferioridad de los indios y maldecía a los judíos.

—Los indios viven sin honor pues unos a otros se lo quitan. Además de los incestos que cometen, comen sin náusea, duermen en el suelo y mueren sin temor; son truhanes, ladrones y mentirosos. En algo se parecen a los judíos, raza maldita: en su inferioridad y en sus vicios.

El padre De la Cadena sonrió ante el comentario, con el que no estaba de acuerdo, pero calló pues en general nunca entraba en esas discusiones nacidas de las vísceras y de los prejuicios. Con un gesto hizo saber a Lorenzana que quería hablar con él y éste se separó de su grupo.

—Su Paternidad —le espetó sin rodeos— me puede hacer un servicio que yo sabré agradecer con largueza.

—Su Merced dirá —contestó el provincial.

—Me acaban de llegar en la Nao de China algunas mercancías que, Su Paternidad sabe, no es conveniente que sean vistas pues no han pagado el almojarifazgo. Me pregunto si en este convento no habrá algún lugar para tenerlas a buen recaudo mientras les encuentro acomodo entre mi clientela.

El fraile asintió y haciendo una seña preguntó, sin la menor muestra de pudor, a cuánto ascendería el ofrecido agradecimiento. Una cifra satisfactoria lo convenció para aceptar el defraudar los intereses fiscales de la Corona española. Aún así, ese capital era insuficiente para lo que quería. Necesitaba buscar otras fuentes de riqueza.

Regresó al manantial de donde ella manaba, el círculo de los mercaderes. El tema de atención era ahora el pirata Morgan, quien engrosaba sus filas con aventureros para asediar galeones y ciudades de la América española, y los recientes ataques de Lorencillo a Campeche.

La mirada del provincial buscó entre los escuchas al que pudiera solucionar sus problemas. Su certera vista se posó en el vasco don Domingo de la Rea, uno de los más ricos mercaderes de plata de la Nueva España. Fray Diego sabía que a ese astuto zorro no podría sacarle nada. A pesar de lo poco que le había costado adquirir su fortuna, producto de un matrimonio ventajoso, La Rea era un hombre avaro y poco dado a hacer donaciones. No obstante, como tesorero de la archicofradía del Santísimo Nombre de Jesús, que funcionaba en la iglesia de San Agustín, tenía acceso a los ricos fondos corporativos y sobre ellos pediría el fraile.

Cadena construyó su plan mentalmente uniendo los eslabones de un discurso persuasivo y llamó a La Rea para enredarlo con su elocuencia.

—Como bien sabe Su Merced, la construcción de nuestra iglesia mayor camina muy lentamente por falta de fondos. La mano de obra, los materiales, todo es tan caro que no podemos terminar el coro, y aún nos falta echar las bóvedas del techo y la cúpula. Nuestro padre San Agustín estaría muy agradecido si la archicofradía colaborara con esta obra que tanto la honrará y tantos beneficios traerá a la república.

La expresión en los ojos de Domingo de la Rea no cambió en absoluto. Ya se esperaba esta petición y sabía hacia dónde se desviarían los fondos solicitados, como había sucedido con parte de los cuarenta mil pesos que fray Payo dejara para tal fin en su testamento. Con cortesía, pero de manera contundente, el tesorero negó el donativo alegando que la archicofradía estaba pasando por una crisis económica. Cadena, que no estaba acostumbrado a admitir negativas, recibió ésta como un balde de agua fría. Exteriormente su trato fue cálido y su despedida llena de elogios hacia la santa congregación a la que pertenecía La Rea. En su interior, lleno de ira, el fraile juró vengarse.

"Bien hicieron los griegos —pensó para sí— en poner a Mercurio como patrono de ladrones y mercaderes; son todos de una misma calaña."

Y limpiando los pliegues de su hábito, como quitándose de encima el polvo del rechazo, se dirigió a hablar con sus iguales, con los hijodalgos novohispanos. En ellos seguramente encontraría apoyo.

—La Ciudad de México es ciudad gloriosa, digna merecedora de que en los ecos de la fama haya llegado su nombre a los más retirados términos del universo. Por la amenidad deleitosa de su sitio, por la incomparable hermosura de sus espaciosas calles, por la opulencia y valor de sus antiguos reyes y por las prendas que reparte el Cielo a sus ilustres hijos ha conseguido ser la cabeza y metrópoli de América.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, exaltado por el amor a la patria, hablaba en el círculo de los terratenientes y clérigos criollos sabiendo que su voz tenía eco en todas esas conciencias.

Fray Diego, que venía resentido contra los peninsulares a causa de la negativa del mercader vasco, se sintió también inflamado con el discurso patriótico y pronto entró en las conversaciones, que giraron en torno a las quejas de los criollos contra algunos españoles y contra varias disposiciones de la Corona que los afectaban.

El tema de los cargos de corregidores y alcaldes mayores, que recaía preferentemente en los nacidos en España y generalmente en los parientes que venían con los virreyes, salió a la palestra como siempre. Don Juan Velázquez de la Cadena, que había ocupado en alguna ocasión esos cargos, pero que ahora estaba despojado de ellos, era el principal detractor de tal sistema de nombramiento. Las contribuciones voluntarias que se pidieron a la muerte de Felipe IV, a pesar de su lejanía en el tiempo, siguieron dando materia para la disputa. El marqués del Valle recordó que lo más escan-

daloso fue que la Corte de Madrid pidiera incluso las limosnas que se recogieron para la beatificación del venerable ermitaño Gregorio López.

Cadena se puso la máscara de la sedición y metió veneno contra la injerencia de los peninsulares, sobre todo de algunos mercaderes, en las arcas de las congregaciones. De ahí se agarró para mencionar el penoso incidente que acababa de pasar y solicitó la ayuda de sus coterráneos, necesaria para terminar la iglesia de San Agustín. Cuando estaba hablando se le ocurrió una idea que consideró genial. A todos aquellos que colaboraran con quinientos pesos para tan loable obra, se les daría una constancia de hermandad de la religión de San Agustín. Eso le daría a los donantes un sinnúmero de beneficios espirituales, además de misas por sus almas y un lugar para enterrarse en el templo.

Don Juan Leonel de Cervantes, esposo de su hermana Mariana, fue el primero en anotarse en la lista de beneficiarios de tan excelente negocio. Don Pedro de Orduña, hermano de su cuñada, lo siguió, más por quedar bien con quien le podía hacer favores en el Palacio que por los provechos ofrecidos. Algunos parientes cercanos de los condes de Santiago y de los marqueses de Orizaba y de Oaxaca, que también estaban obligados con fray Diego o pretendían de él algún beneficio, se anotaron en la lista. Cadena estaba dichoso pues había solucionado sus problemas. A la larga reintegraría el dinero en el siguiente trienio y con él terminaría, al cabo de cinco o seis años, la iglesia incendiada hacía una década. Finalmente, a él más que a nadie le interesaba concluir esa obra que le daría una buena imagen pública. Agradeció a la Virgen de Guadalupe su intercesión y le reiteró el cumplimiento de su promesa. Mandaría hacerle un retablo en la nueva iglesia y a ella dedicaría su portada lateral.

Dichoso por el éxito obtenido, el provincial buscó con la mirada a su inseparable sirviente. El *Marquesito* estaba recargado en un vano del claustro acicalándose las uñas y siguiendo con la mirada a su amo. Al ver que éste lo llamaba, se acercó. Fray Diego le ordenó que fuera a las cocinas y diera aviso para que se comenzara a servir la cena. Los hachones ya brillaban alumbrando el claustro y los acordes de trompetas, violines y flautas, ejecutados por los más diestros músicos de la ciudad, animaban a los comensales.

El padre De la Cadena hizo un brindis por el rey Carlos y habló con elocuencia de la lealtad debida por los vasallos a su señor natural, y de la fidelidad que los habitantes del glorioso reino de Nueva España tenían hacia la Monarquía.

Mientras hablaba, entre los dedos de los comensales pasaron las delicadas carnes y pescados bañados en ricas salsas y servidos en platones de loza china y poblana. Junto con los aguamaniles y palanganas de cerámica, circularon varias veces durante la comida los picheles y flamencas de plata cincelada, cargados con vinos generosos. Al final los delicados dulces cubiertos que enviaron las monjas de Santa Inés, hermanas de fray Diego, para festejarlo, fueron las delicias de muchos. La comida fue tan abundante que muchos platillos se quedaron sin consumir. En un círculo de varias damas, una de ellas comentó que el padre Cadena había logrado traer a la tierra esa noche un trozo del paraíso donde, según el jesuita español Gabriel de Henao, los santos disfrutan de la música, de las danzas angélicas y de colores, sonidos, olores y sabores excelsos.

El fraile escuchó el comentario con una sonrisa que llevaba su carga de ironía. Aunque era un hombre muy materialista, como teólogo tenía un concepto mucho más espiritual de la gloria. Estaba metido en estos pensamientos cuando se aproximaron a su mesa sus tres sobrinos más queridos. Los jóvenes agasajaron a su tío con regalos y le desearon salud y una larga vida. Fray Diego tenía muchas esperanzas cifradas en ellos. Nicolás Carlos, de 18 años, era un joven clérigo que estudiaba Teología en la Universidad. Por la familia de su padre, los Leonel de Cervantes, estaba emparentado con la más rancia aristocracia novohispana y eso, unido a su clara inteligencia y a su elocuente lengua, le deparaba una brillante carrera eclesiástica. El segundo era Diego, unos meses mayor que su primo y con un gran arrojo y simpatía. Su padre, Juan Velázquez de la Cadena, no le podía proporcionar un futuro promisorio, pero su tío, el secretario de Gobernación, le tenía echado el ojo como su sucesor y heredero. El tercero era fray Pedro, de 21 años, quien a pesar de ser un bastardo había logrado el cariño incondicional de su tío con el que compartía el hábito agustino. Su carácter sanguíneo con brotes de melancolía y esa manera suya de vivir la vida sin pensar en el mañana, hacían nacer en fray Diego sentimientos paternales hacia él.

"Cuando termine sus estudios —pensó el religioso—, después de su consagración sacerdotal, podrá tener algún priorato y hacer carrera en la provincia. Si Dios quiere y me da licencia podré hacerlo llegar muy lejos, quizá hasta el provincialato."

Al final del banquete el homenajeado recibió los parabienes de sus hermanos de hábito y a ellos dedicó el resto de la noche, en tanto que los invitados laicos se entregaban a los placeres de la danza.

Teniendo como fondo la escalera palaciega del convento y colegio de San Pablo, el provincial se sentó en un cómodo sillón frailuno a recibir los homenajes de sus subalternos. Poco a poco fueron acercándose a él los frailes, quienes, después de besarle la mano y de tratarlo de Su Paternidad Reverendísima, lo felicitaron y lo regalaron. Fray Diego se sentía feliz. Hasta ahora había tenido que suplicar, pero en el ámbito del convento, espejo de la sociedad cortesana, era él quien mandaba.

En el primer grupo que se aproximó estaba fray Marcelino de Solís, que por su avanzada edad iba apoyado en un joven lego. Después de su poco agraciada participación en el capítulo de 1684, había reconsiderado su posición y ahora estaba de lleno en el bando de Cadena. Su fidelidad había sido premiada con la reintegración de su celda privada y con la restitución en su magisterio y en su lugar honorífico. Venía acompañado de otro anciano igualmente venerado en la provincia, fray Juan de Rueda, rector de San Pablo, maestro universitario y el teólogo más destacado de la orden en Nueva España. Aunque ya estaba medio sordo y a menudo tenía lagunas mentales, fray Juan era toda una institución.

Al ver que tan venerables varones se acercaban, fray Diego se levantó de su asiento por deferencia y antes que ellos intentaran la reverencia de rigor, fue él quien la hizo, profunda y ceremoniosa. La máscara de la docilidad le traería muchos aplausos y le daría ante el mundo fama de varón humilde, cortés y respetuoso de la ancianidad ilustre.

"El más práctico saber consiste en disimular", pensó para sus adentros recordando la frase de Baltasar Gracián.

Los siguientes en aproximarse fueron los miembros del consejo consultivo de la provincia, los definidores criollos fray José de Peñalosa y fray Domingo Hernández y los peninsulares fray Domingo Gutiérrez y fray Juan Montero. Entre todos le hicieron entrega de un regalo que, cubierto con un lienzo de terciopelo, traían cargando dos sirvientes. Fray Diego descubrió el presente y lo mostró a todos. Era un retrato de él con un libro en la mano, signo de su dedicación a la Teología, y con el sobrepelliz blanco de los catedráticos. Estaba satisfecho con la obra del pintor que él mismo contrató y para quien había posado. El cuadro lo mostraba como maestro universitario, nombramiento que consiguió ese año por muerte de don Juan de la Peña Buitrón, su opositor y detentador de la cátedra de Prima de Teología. Cadena había obtenido finalmente del Consejo de Indias el reconocimiento de sus derechos sobre la cátedra y lo festejó con cohetes, luminarias y repique de campanas.

Mientras continuaban pasando ante él vasallos y regalos, el provincial pensaba en los cargos que otorgaría a cada uno en el siguiente trienio. Fray Jerónimo de la Colina, prior del convento de México, era un hombre poco confiable; demasiado ambicioso y, peor aún, poco sumiso, había hecho manejos de fondos conventuales sin pedirle consejo. Quizá no le daría nada. A su hermano fray Pedro de la Colina, famoso por sus aventuras galantes, le otorgaría Atotonilco; a fray Diego de Anzaldo, Actopan; a fray Cosme Medrano, Atlatlauhcan; a fray Juan Ponce de León, Ixmiquilpan... El mayor problema no era repartir los prioratos sino buscar un buen provincial, sumiso y apto.

Faltaba un año aún para el capítulo, pero era necesario comenzar a pensar en la sucesión. La elección del candidato que él hiciera sería incuestionable, pues nadie podía oponerse a sus designios. Con Sicardo en Europa y fray Antonio Gutiérrez y los suyos desbalagados, el partido de los peninsulares opositores era muy débil. Sin embargo, con la instauración de la alternativa ya no era posible, como en los tiempos del padre Sosa y de su tío el padre Peralta, elegir criollos para todos los trienios. Ahora había que mantener la ficción de la legalidad y el trienio que se avecinaba debería recaer en un provincial peninsular.

Recorrió con la mirada a los posibles candidatos. Unos ya habían sido provinciales, otros eran demasiado ineptos. Tan sólo dos cumplían los requisitos indispensables. Uno era el aragonés fray Joseph de Lanzuela, hombre cuya excesiva amabilidad y condescendencia lo hacía sospechoso. Siempre dispuesto a agradar, ampuloso y lisonjero, pero con actitudes afectadas que olían a falsedad. El otro, el andaluz fray Francisco Castellanos, con una franqueza a veces brutal, parecía más confiable por directo. Su carácter festivo y su gran don de gentes, que le habían proporcionado numerosos amigos en la Corte, eran buenas cualidades para el cargo que se le propondría. Además, era un hombre con caudal gracias a la buena administración con que llevó los prioratos de Malinalco e Ixmiquilpan. Este hecho no era el menos importante pues el padre Cadena, necesitado permanentemente de dinero, pensaba subastar el provincialato en diez mil pesos. La elección estaba hecha.

Unas fanfarrias llamaron a la concurrencia laica a bailar "La gallarda".

Ciudad de México, jueves 20 de junio de 1686, día de la infraoctava de *Corpus*.

Esa mañana Pedro se levantó al alba y el canto de los gallos lo encontró ya vestido con su hábito negro. Las hermanas Herrera, Jacinta y Tomasa, con las que había pasado la noche, yacían sobre la cama cubiertas apenas con una manta. Sus cuerpos de bronce, inmovilizados por el sueño, no parecían ser los mismos que la noche anterior se enredaban con el suyo. Juana, la vieja que las regenteaba, dormía a la puerta como un perro guardián. El joven tomó en silencio su sombrero y su manto y salió de la habitación hacia el patio de una casa de vecindad que aún estaba en penumbras.

Cuando llegó a la calle, el fraile tuvo que levantarse el hábito y remeterlo en el cordón que le ceñía la cintura. También se quitó las botas y las puso debajo del brazo. Había llovido toda la noche y el lodo de la calle pegado a su vestido podía denunciarlo ante sus maestros. Caminó un buen rato acompañado por el amanecer que anunciaba un día soleado y llegó al convento de San Pablo cuando sus campanas llamaban a la comunidad a la primera oración de la jornada.

Comenzaban a llegar a la portería conventual los mendigos y el hermano portero acababa de abrir el gran portón de madera que daba acceso al claustro mayor.

—Buenos días, fray Francisco —dijo el joven estudiante a su amigo, el lego encargado de la entrada.

—Buenos los tengas, fray Pedro —respondió el hermano como si fuera común que un corista llegara al convento a esas horas.

Pedro no acostumbraba hacer esto a menudo, pero no era extraño que los religiosos no llegaran a dormir, aunque el hecho estaba prohibido por las constituciones. Cuando estuvo dentro del convento, se calzó las botas y se arregló el hábito. Su mano sintió atado al cordón el regalo que le hiciera Sebastián años atrás: un chupamirto envuelto en una bolsa de seda para llamar amores, y tabaco, *copalli*, estafiate y *ololiuhque* para alejar los malos espíritus. Apretó el amuleto contra su cuerpo y se dirigió al coro.

Al terminar los rezos de *laudes*, el joven corista desayunó con su comunidad y se entregó a las labores matinales acostumbradas, aunque por ser fiesta, éstas no fueron tan extenuantes. Hacía una semana que se había ce-

lebrado el *Corpus* y ahora se festejaba la octava. En la iglesia de San Pablo, como en todas las de la cristiandad, un altar efímero, lleno de flores y cirios, detentaba la rica custodia conteniendo el cuerpo de Cristo.

Pedro, que había recibido la cuarta de las órdenes menores, la de acólito, estaba encargado de encender las luminarias del altar de *Corpus* y de ayudar en la primera misa. ¡Cómo anhelaba recibir las órdenes mayores! Ya se imaginaba caminando por la nave de la iglesia con un cirio encendido en las manos y con el sobrepelliz nuevo que su padrino le había prometido para la ocasión. Quería ser ya subdiácono y diácono, pero sobre todo deseaba dejar de encender cirios.

Cuando terminó sus obligaciones, se acercó su amigo fray Antonio Morán y lo invitó a que salieran a caminar por las calles y a disfrutar la festividad. Esa mañana no habría horas de estudio y podrían regresar hasta la comida.

Los amigos cubrieron sus tonsuradas cabezas con sombreros y salieron al bullicio de la calle. Ahí se dejaron arrastrar por los ríos de gente que iban hacia la plaza mayor, de donde saldría la procesión a las doce.

El amplio espacio que se abría frente a la Catedral estaba a reventar y, entre la confusión y la multitud, los jóvenes clérigos se entregaron a todo género de licencias permitidas en esas ocasiones: pellizcos, manoseos, estrujones. Como nada llevaban, podían estar sin cuidarse de los ladrones.

Pedro reía a carcajadas con un chiste que le había contado su compañero, cuando entre las caras que tenía al lado vio una conocida. Era Antonio de Sierralta Arroyo, el hijo de Juana de Suleta. El muchacho saludó al amigo que hacía tanto tiempo que no veía y le presentó al hombre que lo acompañaba, Juan, un indígena callado y serio.

Antonio contó que trabajaba de aprendiz de sastre con maese Pedro Sánchez, diputado de la cofradía de San Cosme y San Damián. El maestro se encargaba de él, de su educación, albergue y comida. No le consentía libertinajes y lo obligaba a acudir a los sacramentos. Todo eso estaba bien, pero lo que no le gustaba eran los castigos y golpes que le propinaba sin razón. Pedro le preguntó entonces si veía a Sebastián y cómo estaba. Antonio pareció incomodarse con la pregunta y se mostró receloso. Pero como ya se veía aparecer por la calle del Empedradillo la cabeza de la procesión, Pedro detuvo la charla y pronto perdió a su amigo, el aprendiz de sastre, entre la multitud.

Iniciaban el cortejo seis hombres a caballo, con espada en mano, que abrían una brecha entre la gente. Después de ellos, otros seis alguaciles de

la Real Justicia, también montados y dispuestos a imponer el orden por la fuerza. Detrás de los guardianes venía una multitud de danzantes ataviados con plumas, saltando y haciendo tal ruido con sonajas, clarines, chirimías, trompetas y atabales, que parecían una mojiganga de las carnestolendas.

En medio de la bulliciosa comparsa, cabezudos y gigantes de cartón representando a Moctezuma, a la Malinche, a Cortés y al Diablo cojuelo movían con torpeza sus grandes cuerpos. De pronto apareció en la bocacalle un enorme dragón verde y rojo. La mole de madera, cubierta de escamas de tela, se movía amenazante sobre seis pares de ruedas, con fauces batientes y ojos espantosos. Sobre ella iban montados varios personajes bailando y brincando. Era la "tarasca" que simbolizaba a Satanás, a la idolatría, al pecado, a todo lo obscuro e incontrolado. Su presencia era indispensable en estas ocasiones, tanto, que un refrán popular rezaba: "no hay procesión sin tarasca". Pedro pensó en lo que simbolizaba ese armatoste y recordó los placeres de la noche anterior. Los pecados de la carne nunca habían constituido para él un problema moral y al cometerlos nunca sentía culpa. En pocas palabras, para él, fornicar no era pecado.

Detrás del dragón venían los dos clarines de la ciudad, cabalgando en jacas, con vestidos de paño azul. Sobre sus trajes y sobre las gualdrapas de sus monturas, los escudos de armas de la ciudad bordados en plata brillaban al sol. El sonido metálico de los clarines se confundió con el tronar de las salvas de los arcabuceros y con el seco rugido de los tambores que timbaleros con libreas encarnadas golpeaban acompasadamente.

Tales heraldos anunciaban la entrada en la procesión de los estamentos de la ciudad. Todas las corporaciones estaban representadas en este retablo vivo de la sociedad que era la fiesta del *Corpus*. Los primeros en desfilar fueron los gremios y las cofradías, formados en orden de importancia. Abrieron las hermandades más ricas, afamadas y poderosas: la del Santísimo Sacramento y Nuestra Señora de la Caridad, llamada ilustrísima, famosa por sus pasos lujosos y por su suntuosidad en el Jueves Santo; la cofradía de Nuestra Señora de los Remedios del Ayuntamiento, la de San Pedro, de clérigos, que funcionaba en la Santísima Trinidad, la de la Virgen del Rosario de Santo Domingo, la del Santísimo Nombre de Jesús de San Agustín...

Todas, al igual que los gremios, encabezaban sus comitivas y cortejos con pendones de brocados y damascos, algunos con tantos bordados de oro que hacían falta dos hombres para cargarlos. Varias llevaban carros triunfales con alegorías de tema mitológico, cuajados de emblemas, bla-

sones y carteles y cubiertos de personajes disfrazados. A sus lados, los cofrades columpiaban al andar los cordones de oro y seda y las borlas de plata que colgaban de sus varas. Algunos carros eran comentados con desatinos por el vulgo, escupiendo más confusiones que palabras y haciendo reír a los que las oían.

A las hermandades siguieron las corporaciones religiosas según el orden de su llegada a la Nueva España. Todas iban detrás de sus cruces procesionales flanqueadas por dos ciriales. Todas cargaban en andas las estatuas de sus santos fundadores, rodeadas de urnas y relicarios y cubiertas de joyas y orfebrería. Encabezaban el cortejo los franciscanos calzados, que desfilaban con sus hábitos marrones cantando loas y súplicas a Dios. Los seguían los dominicanos que, vestidos de negro y blanco, rezaban el rosario en voz alta.

Fray Pedro y fray Antonio esperaron a que pasara la cruz de los agustinos para integrarse al contingente de su orden. Caminaron al lado de la figura de San Agustín, la que tocada con su tiara de plata sostenía en la mano un corazón de oro traspasado por flechas de rubíes.

Los religiosos caminaban erguidos, pisando firme sobre las flores, la arena y las yerbas de olor con las que los indios habían tapizado el camino de la procesión. Con prestancia y orgulloso de pertenecer a orden tan distinguida, Pedro se sentía un ser superior. La vida no le había negado nada y tenía por delante un futuro promisorio. Pero pronto su ánimo comenzó a decaer. Ante sus ojos desfilaron los rostros morenos que miraban la procesión con ojos inexpresivos. Indios e indias silenciosos que venían de los pueblos vecinos vestidos con sus pobres tilmas y huipiles. Hombres y mujeres mestizos y mulatos, peones, artesanos, sirvientes... con sus ropas de colores raídas y desteñidas y sus voces agresivas. Cuanto más los veía más se sentía fuera de lugar. De pronto creyó reconocer algunas caras: Nicolasa, Juana, Eduviges, Margarita. Con esa gente se había criado y entre ellos había pasado su infancia. Ahora estaba en esa procesión en un lugar que no era el suyo. Rodeado por los gritos desacompasados de los vendedores de dulces, frutas y aguas y por las chanzas de la gente, el fraile comenzó a caminar pesadamente y a encorvar su apuesta figura.

Al pasar por la iglesia de Santa Inés, debajo de un arco de ramas, flores y plumas de aves de los que había de trecho en trecho, un bullicio detuvo la procesión momentáneamente. Tres agustinos que iban a la cabeza de su contingente comenzaron a insultar a un grupo de dieguinos descalzos. Los

primeros alegaban que los segundos estaban violando las leyes de preminencia y jerarquía pues, habiendo llegado su orden la última a Nueva España, salían bajo la cruz de los franciscanos calzados como los primeros. El fraile más alebrestado de los quejosos ya se estaba liando a golpes con uno de los descalzos, cuando dos alguaciles intervinieron e impusieron orden.

Fray Pedro aprovechó el percance para salirse de la procesión. Llamó a su amigo fray Antonio y juntos se fueron rumbo a la iglesia de Jesús María, famosa por el altar que a sus puertas se ponía, y por la fiesta que en ella se hacía al pasar la procesión. Al llegar al templo, los detuvieron unos gritos femeninos que salían de uno de los balcones de la casa que estaba frente al convento. Unas primas de fray Antonio Morán los llamaban para que subieran con ellas.

Desde el segundo piso de la casa palaciega, la calle tomaba otro aspecto. Los balcones, llenos de mantones y colgaduras de colores, sostenían a las damas con sus enormes peinados y ricos trajes y a los caballeros con negras vestimentas y atezados bigotes. En las esquinas de las casas, las estatuas de piedra de los santos parecían observar indiferentes desde sus nichos la procesión que se realizaba abajo.

Mientras fray Antonio charlaba con sus primas, dos pecosas jovencitas desabridas, Pedro observó a sus compañeros de balcón. Un hombre delgado y de piel arrugada, posiblemente el padre de las muchachas, le dijo tres frases de cortesía y siguió viendo hacia abajo. Dos señoras pintadas y perfumadas que no dejaban de hablar al mismo tiempo, desplegaban su palabrería ante la mirada impasible de un jesuita que observaba inquisitivo a los frailes recién llegados.

El sacerdote señaló con un dedo hacia la calle. En ese instante pasaban los miembros de la Compañía de Jesús cargando en andas a su fundador, San Ignacio de Loyola. A los hábitos negros de los jesuitas siguieron los marrones de los carmelitas descalzos y los blancos de los mercedarios, acompañados por animadas bandas de música. Después desfilaron los miembros del tribunal del Santo Oficio, el alcalde y los regidores del Cabildo de la ciudad y el claustro de la Universidad.

Una gran animación en los balcones y en la calle anunció la llegada de la sección más importante de la procesión. El primer aviso fue una enorme urna con reliquias, seguida por una imagen de San Pedro y otra de la Inmaculada Concepción. La capilla de la Catedral, con sus oboes, trompas, clarines, balones y flautas, y los acólitos tocando sus campanicas de plata y

echando inciensos, dieron la segunda llamada. Por fin, bajo un palio bordado de plata y seda apareció la custodia de oro recamada de piedras preciosas. La cargaban 16 presbíteros rodeados por los porteros, con sus mazas de plata, y por el cabildo eclesiástico de la Catedral portando cirios. El séquito que acompañaba el cuerpo de Cristo lo formaban los elementos rectores de la sociedad colonial: el arzobispo, el virrey y los oidores. Desde los balcones llovían flores sobre la custodia y sus acompañantes, quienes acababan de detenerse frente a la iglesia conventual de Jesús María. Ahí, música, cantos y danzas rindieron honores al Rey de Reyes oculto en el sacramento eucarístico.

En el balcón donde estaba Pedro, el sacerdote jesuita explicó a los asistentes el sentido de la fiesta:

—En el *Corpus* celebramos la institución de la Eucaristía, el milagro de la presencia real de Cristo en la hostia. Durante esta fiesta la república toda se muestra como un cuerpo en el que cada estamento representa un órgano. Con todo este magnífico aparato, la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, se presenta unida y rinde culto a su Rey y Señor.

Fray Pedro, que ya conocía el discurso de memoria, volteó distraídamente hacia arriba y su mirada se cruzó con la de una monja que lo veía con insistencia desde la azotea del convento y que comentaba algo a su compañera. Se preguntó si sería la muchacha que conoció en San Agustín de las Cuevas. Afinó la mirada... Era ella.

Con paso presuroso, el fraile salió del balcón y buscó las escaleras que conducían a la azotea de la casa. Desde ahí, rodeado de macetas de flores y con la calle de fiesta a sus pies, Pedro saludó a la joven religiosa con un movimiento de la mano y hurgó en su memoria para llamarla por su nombre, "Antonia". Lo recordó un instante antes de que sus labios pronunciaran la palabra en voz alta.

El religioso pidió a la monja con una seña que fuese al torno para poder hablarle. Un movimiento de cabeza fue la respuesta afirmativa a la súplica.

A gran velocidad Pedro bajó por las escaleras, cruzó la calle entre la multitud que acudía al acto litúrgico frente a la iglesia y se fue hacia la puerta del convento que daba acceso al locutorio. Una vez en él, esperó una señal de la dama que venía a buscar. Mientras le respondían, observó la amplia habitación separada por una reja con un velo negro que tenía en su extremo derecho el torno. Miró el cuadro del Niño Jesús que colgaba de uno de los muros y el de la Virgen, que estaba en otro. Por fin, una tos detrás de la reja le avisó que su espera había terminado.

Fray Pedro dijo algunas palabras de cortesía. Habló de lo mucho que la había extrañado mientras su mente trataba de formarse la imagen de la mujer que conociera un año atrás. Recordó unos ojos de un brillo cautivador y un hoyuelo en la mejilla derecha. Imaginó un rostro moreno claro, enmarcado por una venda de lino que tapaba la mitad de la frente y otra que delineaba el óvalo de la cara.

—¿Su Merced quiere decirme para qué me ha hecho bajar? —dijo una voz melodiosa en un tono que iba entre la súplica y el apremio. No era hora de visita, por lo que la religiosa pidió a su devoto que fuera breve, pues si la descubrían recibiría una llamada de atención.

—Hacedme saber, señora, cuándo podré hablaros con más calma —respondió el varonil requerimiento.

Detrás de la reja se escuchó un titubeo y a continuación una frase dicha con firmeza:

—Bien... Yo os haré llegar mi decisión en un billete. Estáis en el convento de San Pablo, ¿no es verdad?

La breve entrevista terminó con un "Así es, mi señora", al que siguió un "Id pues con Dios".

Fray Pedro salió del locutorio y se puso debajo del balcón donde estuviera media hora antes. Desde ahí gritó e hizo señas a su amigo para llamarlo. Después de un rato, fray Antonio, que charlaba animadamente con sus primas, bajó la vista y lo vio. Una vez reunidos en la calle, los dos frailes, acuciados por el hambre, decidieron irse a tomar la colación de mediodía a su comunidad. Desde que fray Diego era provincial, las comidas en el refectorio conventual habían mejorado y estaban a muy buen tiempo para llegar.

En el camino al convento, el fraile, lleno de euforia por el inesperado encuentro, habló sin cesar. Contó a su amigo lo que había pasado y bordó sobre el tema del amor galante. Cupido lo había flechado. Mientras charlaba, sus sentidos se complacían con un entorno que parecía haber adquirido mayor nitidez. Su vista se deleitó con los colores y las formas, con la lluvia de flores que caían de los balcones en espesas ondas y con las avenidas de desatadas cornucopias. Su oído se embelesó con la música y los cantos que acompañaban a la procesión. El tacto abrió sus poros a las pieles, telas, mantas y terciopelos con los que se rozaba al caminar. Su olfato se embriagó con los aromas de flores y yerbas que colgaban de los arcos y que tapizaban las calles, con los inciensos y las cazolejas donde bullían requemados licores. El olor a comida acrecentó su apetito.

Aquel día la colación conventual fue más espléndida que de costumbre a causa de la celebración. Al tiempo que se leía el pasaje bíblico de la instauración de la Eucaristía, la comunidad comió en silencio pescados rebosados, aves rellenas, guisos picantes y dulces y bebió finos vinos y aguas aromáticas. Al finalizar, el prior fray Jerónimo de la Colina anunció que esa tarde se haría un certamen poético y que los ganadores serían obsequiados con camafeos, tinteros, charolas y tijeras de plata y cigarreras de cristal.

Mientras su superior hablaba, Pedro pensaba en Antonia, en los poemas que le escribiría o que tal vez le susurraría al oído. En realidad casi no se había acordado de ella y, más bien, la había olvidado; pero ahora que la volvió a escuchar, renació en él un sentimiento que crecía por instantes. Su imaginación, alimentada por la fantasía y por los trozos de recuerdos que de ella tenía, conformó una figura etérea, luminosa y pura, vestida con todas las virtudes de la femineidad.

Esa tarde, los dos amigos volvieron a la fiesta. La procesión matutina había sido remplazada por danzas y representaciones teatrales y el bullicio parecía haber aumentado. Pasaron entre moros y cristianos que en una mascarada revivían, bailando, la lucha ancestral de los indios contra los españoles. Caminaron entre ebrios, que parecían rendir culto al dios Baco, y entre fieles a Cristo que visitaban obsesivamente las iglesias, ganando con ello los siete años prometidos de indulgencia por esa práctica.

Después de un rato de andar, los frailes se detuvieron a mirar un auto sacramental representado sobre una tarima a las puertas de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Los estudiantes del colegio jesuita de San Gregorio, vestidos de terciopelos, rasos y damascos, estaban colocados en un escenario pintado con nubes y querubines. Uno de ellos, ataviado como una mujer semidesnuda, se insinuaba tentador a otro que representaba al alma. Un demonio detrás de él hizo un chiste obsceno que fue muy festejado por la concurrencia. Un ángel apareció en escena portando la Eucaristía y, con un discurso moralizante, liberó al alma de la tentación, la llevó consigo a un podio y la coronó con flores.

La cándida representación trajo a la mente de fray Pedro una reflexión. Hasta el momento sólo había conocido un tipo de mujer, la que se le entregaba para el placer. Hoy se le mostró otro, la mujer pura e inaccesible. ¿Resistiría ese ángel los embates de la tentación? Tal vez Cupido, hijo del adulterio entre Venus y Marte, y por lo tanto bastardo como él, le haría el

milagro. ¡Como anhelaba el momento de recibir el recado de Antonia! Con la mano tocó bajo su hábito la bolsa de seda con el amuleto del amor.

En la noche, al regresar al convento, la "tarasca" se cruzó en el camino de los frailes. Bajo las luminarias de los balcones y los fuegos de artificio, el monstruo se arrastraba por las calles, maltrecho por los ataques de los fieles. En apariencia el pecado había sido vencido y había triunfado la virtud.

4. EL REFLEJO DEL OTRO

Convento de Jesús María, del 22 de junio al 31 de julio de 1686.

Sor María de la Trinidad restregaba con una esponja enjabonada la espalda de Antonia mientras ella, sentada en una bañera cubierta de mosaicos, mascullaba su nerviosismo.

Hacía dos días que el fraile agustino se había aparecido en la azotea vecina y la *Toluca* lo había citado para esa mañana a las once en el locutorio.

—¿Pero qué quieres de él? —preguntaba la monja mayor al tiempo que vertía agua sobre la cabeza de su amiga con un cuenco de cerámica—; no deberías acudir a la cita.

—No quiero nada, nana; hago lo que muchas hacen —contestó la *Toluca* fingiendo enfado para evitar dar explicaciones. La verdad es que ella misma no sabía lo que quería.

Cuando la joven monja terminó su rito cotidiano en el baño, las sirvientas se aproximaron a ella. María de las Vírgenes le tendió un gran paño blanco sobre la espalda y comenzó a secarla; Isabel le puso frente a la cara un espejo con marco de madera dorada, obsequio de sor María.

Antonia miró con agrado su rostro sonrosado por el calor del baño y su pelo corto como el de un muchacho.

—Bueno, ya basta de tanto mirarse —la interrumpió la voz de la madre Trinidad, que sostenía sobre sus manos el hábito y la toca—. ¿No has oído la historia de la monja carmelita que en todo el tiempo que vivió en el convento nunca se vio al espejo? Deberías tomar ejemplo.

La joven no prestó atención, ya estaba habituada a ese tono de regaño que su nana usaba cuando no se hacía lo que ella sugería. Pero a la larga, la madre Trinidad siempre se contentaba y terminaba sujetándose a la volun-

tad de su protegida. Una caricia en la barbilla, un beso o una sonrisa bastaban para calmar un enojo que era sólo externo.

Después de depositar un beso sobre la mano de su nana, la *Toluca* terminó de vestirse el hábito con la ayuda de sus compañeras de celda y salió rumbo a su cita con el nerviosismo pintado en el rostro.

"¡Ah qué muchacha —pensó la madre Trinidad—, las locuras que hace! Pero cada día siento por ella un cariño mayor."

Un toquido en la puerta interrumpió sus pensamientos. Eran dos religiosas amigas suyas que venían de visita. Sor Antonia de Santa Clara, que era ahora tornera mayor, y sor Petronila de San Joseph iniciaron una animada charla al calor de unas tazas de chocolate perfumado con vainilla. La conversación comenzó en torno a la abadesa sor Antonia de San Lorenzo. Hacía más de un año que esta superiora había tomado el cargo y durante ese periodo, según la versión de las visitantes, la vida monacal se había visto seriamente relajada. Sor Petronila, que era la más recalcitrante en materia de observancia, comentó que algunas monjas comenzaban de nuevo a introducir el plisado en las tocas, el uso de adornos y joyas e incluso el chupar cigarros de tabaco. Era necesaria una reforma.

—El uso de vestidos de moda y adornos superfluos —decía— es una falta a los votos de castidad y de pobreza. Estos trajes en las monjas no se pueden excusar de pecado venial, y más que venial en esposas de Jesucristo cuando a esas profanidad se añaden el ponerse afeites, el escotarse y el llevar el pelo aseglarado. ¿A quién pretenden enamorar con esto?

Sor Antonia ejemplificó el caso con sor Elvira de San Francisco, protegida de la abadesa, quien traía el hábito de fina tela de lino y usaba sutiles velos de seda, tocado plisado, carrujados, medias, soguillas, chapines y guantes.

La madre Trinidad recordó que la *Toluca* le mostró un día a esa joven, compañera suya del noviciado, y la describió como una persona intrigante e hipócrita. Siempre que la miraba acercarse, Antonia desviaba su camino para no encontrársela.

—En 1684 —comentó sor Petronila, abundando sobre el tema de la relajación—, sucedió en el convento de Santa Inés de Puebla que todas las noches se oían pasos, temblaban las paredes y crujían las vigas. Un espectro levantaba vientos fríos y las puertas y ventanas, con grandes cerrojos, se abrían y cerraban solas. Unas monjas sentían que se elevaban hasta el techo y otras eran atraídas hacia el piso. El obispo don Manuel Fernández

de Santa Cruz mandó hacer exorcismos y celebró misas dentro del convento, pero al momento de alzar la hostia temblaba todo el edificio. Dicen que todo eso se debía a que una monja andaba llena de profanidades en el vestir y enjoyarse, en hablar más que en orar, y en divertirse en el huerto más que en ir al coro. Muchas religiosas seguían sus modos muy contentas y por eso llegó el Demonio, que se llevó a la frívola monja y espantó a sus discípulas con horribles visiones.

La madre Trinidad, a quien fascinaban esas historias, tomó la palabra para contar otra que había escuchado hacía poco:

—El otro día, sor Leonor me contó que una vez apareciósele a sor Isabel de San Joseph una monja que llevaba treinta años difunta, y le dijo ser muchos los que le faltaban para salir del Purgatorio por haber introducido en el convento el uso de las pulseras de azabache para hermosear las manos, y que no tendría descanso en su padecer hasta que se pusiese fin a esa relajación.

Sor Petronila aprovechó la anécdota para reiterar la necesidad de reformar el convento y sacó a relucir la causa real de la visita. Ambas religiosas estaban promoviendo la elección de sor Úrsula del Sacramento como abadesa y estaban ganando voluntades. La de sor María se les rindió en forma incondicional. Una vez logrado su propósito, las dos monjas salieron de la celda dejando pensativa a la amiga.

"¿En verdad es necesaria una reforma?", pensó sor María. Ella recordaba que en el convento siempre había existido un grupo de religiosas menos fieles a la observancia que otras; ¿había eso dañado a alguien? Su ánimo apasible y temeroso tenía miedo a los cambios, tanto hacia un extremo como hacia el otro. Pero esto no lo podía expresar en público y con tal de tener a las dos monjas contentas les había dado su apoyo.

El olor a especias y condimentos atrajo la atención de su interés y la sacó de sus pensamientos. Isabel preparaba un aromático pipián y sor María se acercó a la cocina para dar su aprobación. En ese momento entró Antonia con una sonrisa diáfana y franca y, animosa, tendió hacia su nana un papel doblado.

La religiosa abrió el billete y leyó:

"Adorada dueña mía,
de mi amor divina esfera,
objeto de mis discursos,
suspensión de mis potencias.

Excelsa clara María,
cuya sin igual belleza,
sólo deja competirse
de vuestro valor y prendas."

Una mezcla de sentimientos encontrados invadió a la madre Trinidad al leer el poema. La hermosura del verso y lo galante del contenido eran tan loables que provocaban un secreto gozo en el corazón. Pero al mismo tiempo su tono profano, con esa insólita mención a la Virgen y el hecho de que fuese regalo de un religioso a una monja, dejaban un sabor a cosa prohibida y la inquietud de algo que no debía ser permitido. No obstante, la cara de Antonia estaba tan radiante y su entusiasmo era tan vivo, que sor María no tuvo valor para externar sus reparos y se contentó con responder con una sonrisa que era notoriamente forzada.

Los días pasaron con la monotonía que les daba la vida ordenada del convento. Las visitas de Antonia al locutorio se iban haciendo cada vez más frecuentes y los recados se volvían más atrevidos. Sor María de la Trinidad reñía y suplicaba, aconsejaba y discutía, pero de nada servía pues Antonia estaba cada vez más contenta con esa devoción.

Tres semanas después del primer encuentro, las religiosas tuvieron una inesperada visita. En la noche del 14 de julio se les avisó que a la mañana siguiente don Antonio Núñez de Miranda daría una plática a las monjas después del rezo de *tercia*. No eran poco comunes este tipo de visitas y nada anunciaba que ésta iba a ser distinta a las otras.

A la hora señalada, las monjas llegaron al coro llamadas por las campanadas habituales. Al traspasar la puerta, una a una tomó con la mano agua bendita de una pila de piedra e hizo frente a su rostro la señal de la cruz. Para asistir a la presencia del Esposo las religiosas debían limpiarse de culpas. Después, haciendo una profunda reverencia al Santísimo Sacramento a la mitad del coro, se colocaron en sus lugares según su antigüedad y su oficio. Allí cada una se volvió a persignar, e inclinadas las cabezas besaron la tierra y se mantuvieron de rodillas hasta que la prelada hizo la señal para comenzar el oficio.

El órgano, que a pesar de haber sido reparado varias veces seguía sonando mal, acompañó con sus acordes las voces femeninas. Los rezos giraron en torno al fascistol con los libros de canto, un mero adorno pues las monjas sabían de memoria las oraciones repetidas cotidianamente. Preces y can-

tos se entrelazaron con inclinaciones de cabeza y de torso y con genuflexiones hasta el piso. Al terminar el oficio, la abadesa dio tres golpes en la reja y una potente voz masculina se escuchó del otro lado:

—Vengo a vosotras por orden de Su Ilustrísima, el señor arzobispo don Francisco de Aguiar y Seijas. Nuestro sabio, ilustre y bienamado prelado y padre, preocupado por la salud espiritual de sus hijas y en virtud de la autoridad que le ha sido conferida por Dios sobre los monasterios de religiosas, me ha encargado la tarea de hablaros sobre una de las más nefastas costumbres introducidas en ellos: las devociones en los locutorios.

—*¿Qué sentirán los ángeles oyendo cosas tan indecentes, que desdicen de la extrema pureza, honestidad y decoro que debe guardar una religiosa esposa de Cristo? La palma de la virtud y la corona de la gracia quedan manchadas y el alma es despojada por sus pecados de esas preciosas joyas, amarrada a la infame cadena de los hierros del pecado y arrojada en la obscura mazmorra de la carne como vil esclava de su apetito.*

La religiosa, no ha de mirar sino al gusto de su Esposo, cuyos son sus ojos. Y porque sus pies y sus manos, sus potencias y sentidos son del mismo, no ha de dar paso, ni mover mano, ni admitir pensamiento, ni desprender afecto, ni excitar memoria que no sea del gusto y servicio de su Esposo, y antes de hacer cualquier acto se ha de requerir a sí misma: ¿esto será del gusto de mi Esposo?

¿Y cómo puede ser del gusto del celestial Esposo que sus esposas a él ofrecidas reciban la visita de hombres que no buscan sino deleitar sus oídos con banalidades, indecencias y torpezas? Es ciertísimo que en cosas venéreas, esto es, en los pecados de la carne, no hay materia parva, cualquier comienzo y acción sensual y que da principio a la conmoción de la naturaleza, es pecado mortal contra el Sexto Mandamiento, aunque sea sólo un ósculo, aunque sea un dar la mano, sin pretender pasar a otras acciones, como aquel tocamiento de mano sea con placer sensual es pecado mortal. Lo mismo digo del tocamiento de la persona sobre el vestido, como sea sensual. Las conversaciones de amores y los billetes que los tengan, como sean provocativos de este deleite sensual, y lo mismo de cualquier mirar venéreo, también son pecados mortales y esto es verdad aun en personas libres, no casadas; y si esto pasa en una mujer seglar ¿qué será en una monja esposa de Cristo? El vicio es como una pendiente empinada y resbalosa, en donde basta poner el pie para deslizarse hasta el fondo y estos billetes y galanteos a lo que llevan es al abismo de la perdición.

Y cuando os encontréis ahí, gimiendo, torturadas por los demonios, con vuestros oídos sufriendo los lamentos y gritos aterradores de los condenados, con

vuestro olfato soportando el olor pestilente y nauseabundo de las letrinas infernales, con vuestra lengua saboreando amargura, con vuestros cuerpos rodeados de sapos y culebras, os acordaréis entonces de lo que fue alguna vez el pobre deleite carnal y será demasiado tarde. Arrepentíos pues ahora que es tiempo y acercaos a Dios que como padre amoroso os perdonará y reconciliará. Evitad que ese mismo Dios sea después el justo juez que os condene al fuego eterno como merecen vuestros pecados.

Mientras el exaltado jesuita hablaba, sor María miraba con el rabillo del ojo las reacciones que el sermón iba generando en su amiga, hacia la cual sentía ella que estaba dirigida la arenga. La *Toluca*, con la mirada baja, parecía profundamente alterada y su rostro denotaba una gran tensión. La madre Trinidad creyó que era el momento apropiado para convencerla de que dejara de verse con el religioso y tomó la decisión de hablar con ella de nuevo.

Las monjas, obedientes a la señal hecha por la prelada para dar fin al acto, se persignaron, besaron la tierra y salieron del coro de dos en dos haciendo una inclinación hacia el altar. Sumisas y libres, apagadas y brillantes, pesimistas y alegres, abrumadas de escrúpulos y encerradas en la banalización de las conductas rituales, las esposas de Cristo se dispersaron por el convento para continuar con sus actividades vespertinas.

Sor María y sor Antonia caminaron en silencio hasta su celda. Al llegar a ella, la madre Trinidad miró a su protegida a los ojos y observó ese rostro que a sus 21 años ya había tomado los rasgos de una mujer, pero que aún conservaba la mirada cándida de una niña. Comenzó a hablarle con dulzura de sus preocupaciones acerca de la devoción que tenía con el agustino y la conminó a abandonarla. La respuesta de la *Toluca* fue titubeante, lo que sor María interpretó como signo de arrepentimiento. La repetición de los viejos argumentos logró arrancar por fin la promesa de que no volvería a hablar con el religioso, a cambio de la concesión de una cita más para despedirse.

Llegó el día de la que debía ser la última entrevista entre Antonia y el agustino. Sor María, convencida de que la devoción había terminado, planeaba compras y tejía recuerdos. A sus 32 años no albergaba esperanza ninguna y vivía cómoda con la felicidad que le daba el tranquilo transcurrir cotidiano y la convivencia con Antonia. Sin embargo, la intuición le decía que algo extraño había sucedido después del día del sermón. La *Toluca* se había vuelto retraída y estaba siempre como ausente. Aunque seguía siendo amable y cariñosa, se había rodeado de una invisible barrera que producía en sor María la impresión de estar viviendo con alguien que se distanciaba

de ella día a día. La tristeza y la sensación de abandono se fueron apoderando cada vez más de la monja huérfana, que tenía cifrada su felicidad en la aceptación de los otros.

Dos semanas pasaron en estos lances hasta que una mañana sor María recibió la visita de sor Antonia de Santa Clara. Por su cargo de tornera mayor, ya le habían llegado noticias sobre las conversaciones entre el fraile y la *Toluca*. Las hermanas escuchas, encargadas de tener el oído abierto a las charlas del locutorio, estaban un poco escandalizadas por algunas frases de cortesanía, no propias entre personas entregadas al servicio de Dios. Para colmo, sor Elvira de San Francisco, que había coincidido con la *Toluca* una tarde en el locutorio, estaba haciendo preguntas sobre el caso; se le veían las intenciones de armar uno de sus acostumbrados enredos, tejiendo lo poco que logró escuchar en la reja con lo que averiguaba.

La madre Santa Clara insistió en lo delicado del asunto. Remarcó lo poco favorable que sería un escándalo de ese tipo para la causa de las religiosas reformadoras y el peligro de que la madre San Lorenzo se enterara de esto por sor Elvira y lo utilizara para atacar a sor Petronila. ¿No era acaso la *Toluca* una monja protegida de la ex-abadesa a través de su amistad con sor María? Era absolutamente necesario que esas conversaciones cesaran y quién mejor que la madre Trinidad para reconvenir secretamente a la transgresora.

Sor María sintió que un dolor le oprimía el pecho. Se daba cuenta de que la actitud que Antonia tenía hacia ella en los últimos días era propiciada por ese hecho. Ella seguía comunicándose con el fraile y se lo había ocultado, excluyéndola así de su intimidad. Una amistad sin secretos se resquebrajaba y toda la culpa la tenía ella por su insistencia. Tantos ruegos y súplicas provocaron que Antonia no confiara más en ella. Pero todo esto sor María lo guardó para sí; a la madre Santa Clara le contó tan sólo sus intentos frustrados por convencer a la *Toluca* y le aseguró que ya había hecho todo lo que estaba de su parte por apartar a su protegida de esa devoción.

Sor Antonia de Santa Clara, que conocía bien el carácter condescendiente de su compañera, se ofreció a hablar con la joven. Solamente pidió a sor María que propiciara entre ambas un encuentro que pareciera fortuito y logró que la monja aceptara llevar a cabo su plan esa misma tarde.

Después de la colación de mediodía, la madre Trinidad envió a las sirvientas a los lavaderos y fingió un dolor que la obligaba a retirarse a la habi-

tación contigua. A los pocos minutos llegó la madre Santa Clara aparentando hacer una inocente visita de cortesía. Antonia la recibió con su habitual desenvoltura y como era común en ella, se puso a hablar, situación que aprovechó la hábil hermana tornera para desviar el agua de la charla a su molino.

Sor María de la Trinidad, de pie y ansiosa detrás de la puerta, alcanzó a oír cómo la voz aguda y algo atropellada de la joven comenzaba a apagarse frente a los tonos graves y pausados de la mujer madura.

—Tengo mucha pesadumbre por ver a Su Merced tan inquieta —escuchó el oído oculto de sor María— y por las veces que os he visto en el torno y por las charlas que según me han contado tenéis con cierto religioso, creo adivinar la razón. Bien me doy cuenta que la situación es seria, pues no han bastado los sabios consejos de Su Paternidad don Antonio Núñez de Miranda para haceros desistir. Recordad que las tentaciones, antesala del pecado, pueden formar la corona de la santidad si se reconocen con sagacidad, se combaten con valor y se rehuyen con prudencia. Confío en que vuestra discreción acabe pronto con este obstáculo en vuestro camino de perfección y, huyendo de la tentación, me evitéis la pena de tener que llevar el caso ante un capítulo *de culpis*.

Un largo silencio seguido por sollozos y palabras de comprensión hicieron saber a sor María que el intento de la madre tornera había sido coronado por el éxito. Antonia dejaría a su amigo y las cosas regresarían a ser como antes. ¡Qué feliz era! La enferma fingida se retiró de la puerta, tomó uno de los libros que estaban en un pequeño librero y se recostó en la cama a leer.

Muy a menudo, en momentos de gran alegría o de profunda tristeza, acostumbraba abrir cualquiera de los volúmenes que tenía a la mano y leía la primera frase que se ponía ante sus ojos. Su oráculo privado, salido en esta ocasión del libro llamado *Costumbrero del convento de Jesús María*, recién escrito por la madre sor Petronila de San Joseph, la ilustró con esta frase:

"Guárdese la religiosa de querer parecer bien a otro que a su dueño y Esposo, de componerse y traer consigo olores, insignias de lascivia y sensualidad, de enviar billetes y recados, de tener retratos, dijes e ídolos, de ocuparse en hacer cosas de azúcar para regalar, porque todos estos son manifiestos de vírgenes locas, que fueron desechadas y no entraron a gozar de las bodas con el celestial Esposo".

Nada más apropiado para lo que acababa de suceder. Su amiga había dejado ya esos manifiestos y ahora regresaría al redil y al fiel cumplimiento de las normas conventuales.

Estaba reconfortada con sus pensamientos cuando un toquido en la puerta al que siguió la entrada intempestiva de la *Toluca*, la volvieron a la realidad.

La muchacha se acercó a la cama y acomodándose a sus pies comenzó a hablarle. Le contó que seguía comunicándose con fray Pedro, le pidió disculpas por habérselo ocultado y le narró su conversación con la hermana tornera. A continuación, con tono lastimero, le explicó lo mucho que disfrutaba las conversaciones de su devoto y las tristezas que le vendrían si éstas le faltaran. Sor María comenzó a dudar de sus optimistas esperanzas y, para reforzar la labor de la madre Santa Clara, contó lo que hacía sor Elvira; el temor de verse inmiscuida en una de las murmuraciones de la monja aristócrata podría convencer a su protegida de dejar su devoción. Para consolidar su argumento, expuso lo delicado de la situación y el enorme mal que le traería a su bando si la abadesa San Lorenzo se enterara de sus conversaciones.

Sor Antonia, después de un breve silencio, espetó:

—La única solución es que Su Merced me preste la casita adosada al muro del convento, para que a través de ella pueda continuar con mis charlas con el secreto requerido.

La madre Trinidad se opuso rotundamente. Nuevos argumentos salieron entonces de la boca de la *Toluca*, quien elogiaba los beneficios que se obtendrían, entre otros, no darle más pesadumbre a la madre Santa Clara y evitar los indiscretos oídos de sor Elvira. Cuando notó que el corazón de su protectora se reblandecía, minimizó las advertencias morales contra el pecado que podía llegar si continuaban esas tentaciones. Al final, los embates de la elocuencia vencieron las débiles defensas de la fortaleza y sor María aceptó. No quería volver a sentirse abandonada ni ignorada y estaba dispuesta a hacer todo lo que su amiga le pidiera.

La *Toluca* le hizo jurar ante un crucifijo que no contaría nada de lo que iban a hacer, ni a su confesor ni a las otras religiosas; hablaría con fray Pedro.

Esa noche, sor María estaba angustiada. Algo le decía en su interior que lo que había prometido no era correcto. Tomó el libro de sus oráculos, el que antes le diera tanta paz, y después de abrirlo en una página elegida al azar, leyó:

"Ayudará mucho no descubrirse unas a otras sus pasiones, ni contarse sus dictámenes, escrúpulos ni sentimientillos, que aunque no nos podremos librar de ellos mientras vivimos, no nos serán tan dañosos si los sabemos callar".

La lectura sólo le provocó más desazón.

Ciudad de México, entre el 21 de septiembre y el 18 de noviembre de 1686.

—Cuántos suplicios tan sólo para tener el busto levantado y la cintura estrecha —pensó Nicolasa mientras ayudaba a doña Francisca a ponerse un corsé que encajaba sus varillas en las blancas carnes.

Colocó después sobre la cintura un guardainfante para darle forma abombada al vestido que iba encima, un fino atuendo de dos piezas de terciopelo verde cerrado hasta el cuello. Al tiempo que la sirvienta lo abotonaba por detrás, el ama comentaba con un tono meloso y moralizante.

—Los vestidos femeninos deben ser tan recatados que lo que dejen ver no sea sino aquello que parece bien a la vista y no pueda escandalizar a los ojos. Donde hay más hermosura ha de haber más honestidad.

Cuando terminó el arreglo de su traje de gala, y después de calzarse unas medias de seda y unos zapatillos verdes, el ama pidió a la criada que le trajera un espejo y se lo pusiera delante del rostro. Con coquetería se compuso la ahuecada cabellera y colocó sobre ella un prendedor de plata. Se echó después abundante colorete en las mejillas y con un pincel pintó de negro la verruga que tenía sobre la barbilla. Tardó tanto en este menester que Nicolasa creyó necesario recomendar un remedio:

—Los chalchihuites curados al sol sirven pa' que las verrugas desaparezcan.

Doña Francisca fingió no oír el comentario, pero dejó la asidua tarea de retocarse el forúnculo para tomar un frasco de perfume y ponerse grandes cantidades encima. La habitación quedó toda oliendo a almizcle.

Salió el ama de su cuarto seguida por la sirvienta. Ambas caminaron por un corredor que bordeaba un patio pequeño lleno de macetas y de jaulas con pájaros. Al llegar a una gran puerta de roble con puntiagudos clavos, Nicolasa abrió sus hojas y cedió el paso a doña Francisca.

Las mujeres entraron en un salón adornado con dos tapices de Bruselas, un biombo que representaba la conquista de Tenochtitlan y varios muebles con incrustaciones de marfil y nácar. Sobre un estrado, dos jovencitas bordaban sentadas sobre cojines y una mujer negra las corregía en su labor. Una tercera muchacha, subida en un baúl, se asomaba por la ventana hacia la calle.

—¡Rosa María! —gritó encolerizada la señora de la casa—, ¿cuántas veces tengo que decirte que está prohibido asomarse a la ventana? Una joven decente debe estar dedicada a su hogar —y después, hablando para todas las presentes, agregó—: En casa donde hay doncellas no suele entrar el Diablo por la puerta, sino por la ventana. Acodarse en el alféizar o recostarse en el quicio son cosas feas, más propias de mozas de partido que de doncellas virtuosas.

La joven se aproximó a la madre con la mirada baja y el torso encorvado y esperó que el regaño siguiera su curso.

—¿No te he dicho que te mantengas derecha —continuó la arenga—, con la cabeza alta y sin bajar la barbilla? Recuerda que la modestia está en los ojos, no en agachar el rostro.

Con una señal doña Francisca despidió a su hija hacia el estrado y preguntó a la esclava negra por el señor don Bernardo. En ese momento entró en el salón un hombre de aspecto avejentado, vestido con una casaca negra y acompañado por un muchacho adolescente. Don Bernardo de Arrieta era un funcionario público que trabajaba en la Audiencia y su hijo Pedro un colegial de los jesuitas.

Doña Francisca recitó a su marido todas las novenas, misas, triduos y viacrucis en los que iba a participar ese día; le recordó la reunión que tenía por la mañana con los miembros de la cofradía del Rosario y la del día siguiente, con los hermanos de la archicofradía del cordón de San Francisco; le riñó por una mancha que llevaba su traje en la solapa y le insistió en que llegara temprano para la tertulia que habría en la casa para esa tarde.

El pobre hombre escuchaba paciente, acostumbrado ya a esta su cruz de todos los días. La señora llamó después a la cocinera, le ordenó la comida para mediodía y recomendó a la nana negra el cuidado de las niñas y de la casa; una vez cumplidos los ritos del culto al dios del hogar y acuciada por las llamadas de las campanas, la señora Arrieta sacó una mantilla negra de un arcón y salió a la calle acompañada por Nicolasa, Pedro y Rosa María. Desde las espaldas del hospital de San Juan de Dios, donde estaba la casa, los cuatro tomaron el rumbo de la iglesia de la Santa Veracruz para escuchar su primera misa del día. Doña Francisca llevaba un parasol pues no quería ponerse morena y parecer mestiza.

A pesar de ser una familia con recursos, los Arrieta no poseían carruaje y doña Francisca realizó todas sus piadosas devociones a pie. Cuando el grupo llegó a la Alameda, el parque estaba animado por una gran verbena.

Era sábado, día de San Mateo, y debajo de los arcos del acueducto, entre los troncos de los árboles y alrededor de las fuentes, había más gente que de costumbre.

Los Arrieta y su criada visitaron todos los templos de la parte norte de la Alameda: Santa Veracruz, San Juan de Dios, San Hipólito y San Diego. En todos ellos doña Francisca realizó variadas devociones frente a sus imágenes preferidas y depositó algunas monedas de plata en las cajas de limosnas y en las manos de los pordioseros. Junto a esa actividad piadosa, la señora también dio numerosos consejos a las mujeres con las que se encontró, asiduas visitantes de los mismos templos. Según decía, aconsejar a quien lo ha menester es una de las principales y más importantes obras de misericordia. A menudo también hacía acerbas críticas al prójimo, comentarios que ella vestía con el ropaje de "caritativa colaboración para su mejora espiritual".

Las mujeres y los muchachos hicieron el viacrucis en las capillas de la calzada del Calvario, que corría por el costado sur de la Alameda, y terminaron sus devociones de la mañana con una misa en San Francisco y con una novena en Santa Isabel. Nicolasa estaba ya un poco harta de esos paseos cotidianos de su ama, quien siempre le pedía que la acompañara por considerarla una mujer respetable por su edad y por su aspecto (desde que salió de la cárcel, la sirvienta mestiza vestía de negro y ese disfraz de viuda le había dado muchas ventajas). A pesar de su cansancio, la mujer no se quejaba. Tenía un trabajo para mantener a sus hijos y qué más podía pedir a sus 43 años.

A la hora de *sexta* el grupo regresó al hogar. Se sirvió la comida y después de ella la casa quedó en silencio a causa de la imprescindible siesta vespertina. Ésta terminó al sonar las campanas que llamaban a *vísperas* en la vecina iglesia de los hermanos hospitalarios. Frente a una imagen de la Virgen de Loreto, colocada en un decorado altar y rodeada por relicarios en forma de águila y por candelabros de plata, la familia se reunió en el salón para el rezo del rosario. Como era costumbre, lo dirigió doña Francisca, que con sus ojos omnipresentes observaba la atención que ponían a la oración sus obedientes hijos, su marido y sus criadas. Al terminar de cumplir con la devoción cotidiana, las tres sirvientas salieron hacia la cocina para preparar los bocadillos que se darían en la tertulia. En el salón, Pedro se puso a leer en voz alta el *Contemptus Mundi*, al tiempo que sus hermanas se entregaban a las labores de la aguja. El hogar de los Arrieta parecía más un monasterio que una casa de laicos.

Comenzaba a anochecer cuando tocaron a la puerta los primeros invitados. Nicolasa fue a abrir y se encontró con tres personas: un clérigo joven, un hombre canoso al que dos esclavos portaban en un palanquín y una emperifollada dama. Después de hacer una reverencia, la sirvienta los condujo al salón del estrado y esperó a que su ama le ordenara lo que debía hacer. Al no recibir ningun mandato, Nicolasa se quedó esperando de pie en la puerta de la habitación y escuchando lo que se conversaba.

—Sabrán Sus Mercedes —comenzó diciendo el hombre canoso que había sido trasladado en brazos del palanquín a una silla— que hoy entraron los cajones de cartas que vienen de Veracruz. Ya llegó al puerto el nuevo virrey, don Melchor de Portocarrero, conde de Monclova. Dicen que tiene un brazo de hierro y que trae a su mujer y tres hijos.

La noticia, que ya se esperaba, no despertó mayores comentarios y pronto otros temas saltaron a la charla. El joven clérigo, que parecía tener gusto por contar noticias, habló del padre Pedroza del oratorio de San Felipe, nuevo encargado del cuidado del recogimiento de Belem; se decía de él que quería encerrar ahí a toda mujer hermosa que anduviera por la calle, y su fama corría por la ciudad con la consigna: "si alguien tiene hijas bonitas no las deje ir a San Felipe Neri". La semana anterior se había llevado a una doncella al recogimiento sin darle parte de ello a la madre, quien desesperada acudió a un fraile pariente suyo; éste forzó con un cuchillo la cerradura de Belem para recuperar a la muchacha. Se contaba que ese afán de llevar al recogimiento, destinado para prostitutas arrepentidas, a todo tipo de mujeres, había ocasionado que algunos galanes despechados intentaran matar, o al menos amedrentar, al padre Pedroza, quien había sido objeto de diversos atentados con piedras, estocadas, ataques de perros bravos y golpes.

Nicolasa escuchaba la historia con los ojos muy abiertos, cuando nuevos toquidos en la puerta de la calle anunciaron la llegada de más invitados. Tres veces más la sirvienta tuvo que bajar a abrir hasta que por fin, a eso de las ocho de la noche, estuvieron todos los comensales presentes.

A una señal de la señora Arrieta, las criadas comenzaron a servir los bocadillos y a escanciar el vino. Había corrillos donde se desarrollaban animadas charlas y otros donde se jugaba a la baraja y se mascaba tabaco. Doña Francisca, como buena anfitriona, circulaba de un lado para otro escuchando penas y dando consejos a sus amigos. Don Bernardo, animado por el vino, conversaba alegremente y fingía ante todo el mundo que quien gobernaba esa casa era él.

Cuando vio que no se le requería por el momento, Nicolasa se retiró a la cocina a descansar un rato. Al calor de una taza de chocolate, la cocinera y la nana negra la pusieron al tanto de las vidas de los invitados. El joven clérigo era don Joseph de Cuéllar, que trabajaba en la Catedral y que era famoso por su lengua larga y por sus intrigas. El señor canoso del palanquín se llamaba Cristóbal de Medina, maestro mayor de arquitectura, y estaba muy mal de los pies, por lo que desde hacía dos años lo llevaban en andas a todos lados. Doña Francisca quería que Pedrito, el hijo mayor de la familia, fuera maestro de arquitectura y la amistad con don Cristóbal les era a los Arrieta muy conveniente. La dama emperifollada era su mujer y las otras personas que habían llegado trabajaban en la Audiencia con don Bernardo o eran miembros de las dos cofradías a las que los señores pertenecían.

Nicolasa, por su parte, contó a sus compañeras que el día anterior había ido a visitar a sus hijos. Antonio Marcos y Francisca Xaviera estaban viviendo con su amiga Ana del Río y como madre orgullosa habló de lo bien portados que eran y de lo obedientes y trabajadores que habían salido. Su mayor orgullo era el pequeño, del que contó maravillas por más de media hora, hasta que Rosa María llegó a interrumpir su maternal discurso.

La muchacha se acomodó en el regazo de la nana negra y ésta le pasó la mano suavemente por el cabello.

—¿Qué le pasa a mi niña? —preguntó cariñosa la esclava.

Rosa María volteó a ver a las otras sirvientas como para estar segura de si podría abrir ante ellas sus secretos. Su mirada de niña denotaba aún inocencia y candor, a pesar de tener ya 17 años.

—Estoy enamorada —dijo sonrojándose.

—¿Y de quién, mi niña? —inquirió la esclava con una sonrisa de condescendencia.

—De Joaquín, el zapatero, el que me hizo los chapines azules que tanto me gustan.

Nicolasa, enternecida ante la cándida confesión y considerándola una fantasía infantil, sacó de entre sus negras faldas una bolsita de seda vieja y raída. En ella se contenía un colibrí disecado, peyote macho y hembra, una estampa de Jesús Nazareno y una piedra imán.

—Tomá —le dijo extendiéndosela a la muchacha—, es un amuleto pa' conseguir amores.

Hizo esto a sabiendas de que de nada serviría el talismán y como si se tratara de un juego. La mujer mestiza sabía ya a esas alturas en qué creer y en

qué no, y en verdad esa prenda le había dado a ella muy pocos resultados. Aunque Nicolasa realizó ese acto sin darle mayor importancia, Rosa María vio en él una esperanza de conseguir al hombre de sus sueños.

Esa noche, mientras todos dormían, la joven se aproximó a la cama de Nicolasa y le pidió que le dijera cómo funcionaba el amuleto. La mujer, turbada y medio dormida, le dijo algo para salir del paso, pero sus palabras fueron tan eficaces que Rosa María no se despegó de ella ni un instante. La acosaba haciéndole preguntas sobre el amor e insinuándole el gusto que le daría hacerle llegar sus sentimientos al amado.

Finalmente, después de tres días de asedio, Nicolasa aceptó llevar una misiva a Joaquín, convencida con el soborno de un peso de plata que la muchacha había robado a su padre. El zapatero vivía en el barrio de San Sebastián y hacia allá se encaminó la alcahueta primeriza, a la hora de la siesta. El muchacho, un mestizo de ojos verdes bien parecido, recibió extrañado el billete y después de leerlo esbozó una sonrisa. Detrás del trozo de papel garabateó unas letras y lo entregó de nuevo a la emisaria.

Las idas y venidas al barrio de San Sebastián se hicieron cada vez más frecuentes y Nicolasa, que era analfabeta, nunca se enteró de lo que los amantes se decían en las misivas.

Fue hasta dos semanas después que la recadera se dio cuenta de lo avanzado que iba el negocio. La mañana del viernes 4 de octubre, fiesta de San Francisco, la señora Arrieta amaneció indispuesta por una fuerte calentura, ocasionada por el chubasco que le cayó encima el día anterior. Aprovechando que su madre se quedaría en cama, Rosa María pidió a Nicolasa que la convenciera para que las dejara ir a cumplir con las devociones cotidianas. La sirvienta accedió creyendo que esta disposición era hija de un piadoso interés, pero se equivocó por completo. Después de conseguir el permiso de la enferma, las dos mujeres salieron de la casa con la cabeza cubierta por sendas mantillas y al poco de andar la criada notó que su joven ama se encaminaba hacia la plaza mayor y no rumbo a la Alameda, como siempre.

—¿Pa' dónde vamos niña? —inquirió extrañada la mestiza.

—Voy a encontrarme con Joaquín en Catedral, si quieres quédate aquí —respondió altanera la muchacha.

La sirvienta aceptó acompañarla con un poco de temor. Si el ama se enterara de esto, la despediría. Nicolasa y Rosa María recorrieron la calle de los Plateros, la primera masculllando sus miedos y tratando de convencer a

la joven de los peligros que corría, y la segunda dando argumentos que intentaban tranquilizar la conciencia de su acompañante y, al parecer, también la suya propia.

Entraron por la puerta derecha de la Catedral y cerca de una pila de agua bendita vieron a Joaquín, que las esperaba. La joven se aproximó a él y se puso a charlar con coquetería, aunque en voz baja. Mientras tanto Nicolasa se arrodilló a un lado del altar del Perdón, se persignó y farfulló una jaculatoria. Estaba tan inquieta que no podía dejar de voltear hacia la pareja y de vigilar la nave por si acaso llegaba algún conocido. De pronto, sus ojos descubrieron a lo lejos la figura de don Joseph de Cuéllar. Nicolasa se puso de pie de un salto y se acercó a Rosa María para ponerla sobre aviso. La costumbre que tenía el clérigo de contar todo lo que veía y sabía, las obligaba a tomar todas las precauciones posibles para no ser vistas. Las mujeres se cubrieron el rostro con las mantillas que llevaban sobre las cabezas y salieron del templo seguidas por el zapatero.

—Vamos a mi taller —dijo Joaquín decidido.

Nicolasa quiso oponerse a la propuesta, pero Rosa María ya había echado a andar tras su enamorado y se dio cuenta que sus intentos por detenerla no valdrían de nada.

"Tanto va el cántaro al agua hasta que se rompe", pensó mientras caminaba siguiendo a la pareja hacia el barrio de San Sebastián. "¡Ay San Antonio bendito —rezó mentalmente—, que este negocio salga bien y no meta Satanás el rabo en él."

Eran las once de la mañana cuando la pareja y la alcahueta llegaron a una pequeña accesoria que era el taller y el lugar de habitación de Joaquín. El joven ya había conseguido que la muchacha accediera a entregarle su virtud; así que Nicolasa tuvo que esperar en la calle, mientras los amantes abandonaban sus cuerpos a los placeres de Eros.

De regreso a casa, al lado de una muchacha silenciosa, una mujer madura recordaba los encuentros amorosos de su juventud.

"El viernes es día propicio pa' el amor", pensó.

Antes de llegar a la casa, Rosa María compró con la promesa de cinco monedas de plata un silencio que de todas formas no se hubiera roto. Cuando entraron al hogar, negros nubarrones cubrían el cielo y anunciaban la última lluvia de la estación. El pueblo la llamaba "el cordonazo de San Francisco".

Pasaron las semanas entre la escoba y el lavadero, repletas de prácticas devotas y de tertulias. Nicolasa llevó varios recados más a San Sebastián

sin enterarse de lo que contenían y nunca más aceptó servir de compañía para los encuentros clandestinos que Rosa María le proponía. En la tarde del 15 de noviembre, fiesta de San Alberto Magno, un eclipse casi total de sol alteró a la población de la ciudad, opacando los festejos de la recepción que se hacía al nuevo virrey conde de Monclova, quien tomaría posesión de su cargo al día siguiente. Con malos augurios comenzaba su gobierno el *Manco*, como lo llamaba el pueblo.

El 18 de noviembre Rosa María se levantó lloriqueando. La noche anterior sus padres le habían dado la noticia de su próximo enlace con don Rodrigo Pérez de Alconedo y Nicolasa pensó que a eso se debía el llanto. La joven le confesó que hacía varios días que tenía vómitos e inapetencias y que lloraba porque se sentía muy mal. La sirvienta no dudó ni un momento lo que pasaba; la muchacha estaba embarazada. Si su ama la descubría sería ella la que cargaría con la culpa. Fingió tener mucho trabajo para librarse de ir con doña Francisca a sus cotidianas prácticas devocionales y habló con Rosa María, advirtiéndole el estado en que se encontraba.

La muchacha lloró y manoteó sobre la almohada de su cama. ¿Qué podía hacer? Un matrimonio con Joaquín era imposible. No sólo por el estrato social del joven sino, sobre todo, por su origen étnico. Además estaba prometida a ese vejete de don Rodrigo y obligada a cumplir la voluntad de sus padres. ¿Cómo podría conservar el honor de la familia y evitar el escándalo?

Nicolasa sabía cuál era la forma de solucionar el problema y le comentó que ella conocía a una curandera que hacía esos trabajos. Sin esperar más, la muchacha se levantó de la cama, se vistió y pidió a su cómplice que la llevara con esa persona. Al poco rato, con el pretexto de ir a la misa de *vísperas* en honor a Santa Isabel de Hungría, las dos mujeres salieron de la casa hacia el barrio de La Merced. Doña Francisca no regresaría al hogar hasta la hora de comer y tenían tiempo suficiente para ir y regresar.

—Niña —dijo Nicolasa mientras caminaban—, nomás no le vaya Su Merced a decir na' a naiden, porque si nos descubren, ni Dios ni San Antonio nos salvan de la cárcel.

—No te preocupes, mujer —afirmó la muchacha—, guardaré el secreto hasta la tumba. A mí más que a nadie conviene que nada de esto se sepa.

—Bueno, pues —acotó la mestiza—, más vale prevenir que remediar.

Después de un rato de caminar llegaron a casa de Eduviges, quien las recibió vestida como beata, con el sayal marrón de las terciarias franciscanas. Con ella estaba Asunción, a quien le leía las cartas.

—¿Cómo estás, Nicolasa de la Encarnación? —la saludó Eduviges con el sobrenombre que ella misma le había puesto para hacerla aparecer como mujer respetable.

La mestiza contestó el saludo con un abrazo y con otro demostró su afecto a Asunción.

—Pues aquí le traigo a esta niña con reputación de doncella. Se dejó deslizar a un vergonzoso exceso que la dejó encinta. A ver si Su Merced la ayuda en su trance.

La curandera observó a la muchacha, le palpó el vientre y la llevó de la mano hasta el centro de la habitación. Allí encendió dos velas de cera y las puso en el suelo sobre dos candeleros de barro. Después se metió una hoja de tabaco a la boca y comenzó a masticarla, mientras echaba en una olla con agua que estaba sobre el anafre una serie de hierbas y objetos que iba nombrando para aumentar su poder:

—Perejil, ruda, albaca, santamaría, epazote, estafiate, cola de tlacuache, semillas molidas de chía...

Cuando la infusión estuvo lista, se la dio a beber a la paciente al tiempo que invocaba a la Purísima Concepción, cuyo nombre ella misma había adoptado y por cuya mediación Eduviges decía que curaba.

Pasó una hora y el preparado no hacía su efecto, por lo que la curandera tomó una larga aguja y la introdujo dentro de la vagina de la muchacha. Este segundo método produjo el aborto de inmediato.

—Ya está —dijo la curandera—, ahora con una buena dote se te facilitará cualquier enlace. El dinero puede comprar virtud, honestidad y doncellez.

Eduviges hizo un cataplasma de hierbas para detener la hemorragia y pidió a Nicolasa que atendiera a la joven un rato, mientras ella leía las cartas a Asunción.

—Espadas —dijo la mulata en voz baja—: malo —Nicolasa sabía que las espadas eran símbolo de muerte y sufrimiento. Se dio cuenta también de que Eduviges estaba nerviosa. La muerte de su madre Remedios, acaecida apenas el mes pasado, y las noticias que auguraban las cartas, la estaban afectando.

Asunción se había quedado preocupada y preguntaba por más detalles cuando por la puerta de la calle entró Margarita intempestivamente.

—¡Eduviges, Eduviges! —gritó la anciana alterada—, acaban de prender a Sebastián y a un amigo suyo, dizque por sometícos. La gente dice que los van a quemar en San Lázaro dentro de dos días... ¡Ay qué desgracia, qué desgracia!

La curandera cogió una chalina y salió como enloquecida a buscar a su hijo preso en la cárcel de Corte. Tenía la esperanza de poderlo ver y quizás ayudar. Asunción fue con ella, más por acompañarla que por estar convencida de que algo se podía hacer.

Margarita se quedó con Nicolasa y le comentó que lo que pasaba era un castigo de Dios por las cosas que hacía Eduviges con las criaturas. Ella ya no se quedaría más a vivir allí; buscaría otro lugar donde alojarse pues en esa casa ya no quería estar. Algo le decía que la curandera tenía sobre sí una maldición. Mientras reunía sus cosas en un atado, la anciana masculló que Antonio de Arroyo, el hijo de Juana de Suleta, era quien había denunciado a Sebastián.

Nicolasa se quedó muy impresionada con el comentario y un sudor frío le recorrió la espalda. Mientras acariciaba el cabello de Rosa María, recostada sobre su regazo, pensó:

"¿Cuántas desgracias más traerá el eclipse?"

6. LOS LABERINTOS DE FUEGO

Roma, 9 de febrero de 1687, día de San Cirilo de Alejandría.

El Espíritu Santo, en forma de paloma blanca, brillaba con los rayos del sol matinal que pasaban a través del cristal del que estaba hecho. Alrededor de él, una luz ambarina entraba por la gran ventana oval del ábside de la basílica e iluminaba el soberbio altar barroco hijo del genio de Bernini. A la sombra de la sabiduría divina, la cátedra de San Pedro, vacía y levitando entre nubes y ángeles dorados, era admirada por cuatro figuras de santos doctores que la señalaban con ademanes teatrales. Era el símbolo del Papado, sede de todo poder en el cielo y en la tierra, oráculo y representante de Dios, cabeza de la Santa Madre Iglesia, pastor del pueblo católico.

Fray Joseph Sicardo, de rodillas ante el monumento, meditaba en los misterios insondables de la fe que ahí se representaban y suplicaba a la Divina Providencia que sus negocios en Roma llegaran a feliz término. Cuando concluyó su oración, tomó el cartapacio con papeles que siempre cargaba, se levantó del reclinatorio, hizo una reverencia ante la custodia que contenía el Santísimo Sacramento y se dirigió hacia la puerta de entrada del

templo. Al pasar por el baldaquino de columnas retorcidas sintió que la luz que caía desde la cúpula llegaba hasta el centro de su ser, como un fuego, y tuvo un arrebato místico. La mano de Dios lo había tocado e inflamaba su corazón con efluvios de amor y de gozo espirituales. La caminata a través de la nave de la basílica fue acompañada por una gran paz interior, misma que lo siguió hasta el último peldaño de la escalinata exterior.

Al salir, un frío cortante lo obligó a cubrirse pecho y rostro con la gruesa capa de lana que traía sobre los hombros. La gran plaza estaba vacía bajo la gélida luz matinal y, al mirarla, Sicardo pensó en lo mucho que extrañaba el cálido clima de la Ciudad de México.

El fraile dio vuelta a la izquierda y se dirigió hacia la entrada del palacio apostólico. Entre los pilares de la columnata de Bernini, tres prostitutas calentaban sus cuerpos frente a una hoguera esperando la llegada de algún cliente. Fray Joseph las miró con desprecio y se metió al palacio entre los guardias que flanqueaban sus puertas. Al entrar, lo recibieron dos enormes ángeles con largas trompetas que sostenían un escudo coronado por la tiara y las llaves de San Pedro, y que daban acceso a la larga Escalinata Regia. El fraile subió a buen paso las decenas de escalones, llegó a las dependencias curiales y entró en una gran sala con los muros cubiertos de óleos. Un clérigo sentado detrás de un escritorio lo miró por encima de sus anteojos y al reconocerlo lo saludo con sequedad. El agustino pidió hablar con el cardenal Azolino y el clérigo secretario, malhumorado, se levantó de su asiento y entró por una puerta cerrándola tras de sí.

—Su Eminencia no está —espetó el burócrata saliendo del despacho—. Su Paternidad deberá regresar mañana.

Sicardo hizo acopio de paciencia y, con el ánimo agotado, salió de la sala y se puso a caminar sin rumbo fijo por los pasillos de las oficinas de la Rota. El fraile llevaba ya más de un año y medio en Roma tratando de arreglar el penoso asunto de su excomunión. La provincia agustina de México lo había acusado de apostasía y la única instancia que podía levantarle el interdicto era la Sagrada Congregación para los Regulares. Pero los clérigos funcionarios de esa dependencia le habían hecho dar mil vueltas. Después de redactar tres informes explicando los hechos y de pagar un alto precio en plata por los trámites, estaba como el día en que llegó. El agente del rey de España en Roma, don Francisco Bernardo de Quiroz, le había sugerido hablar con los cardenales de la curia que funcionaban como promotores de los negocios españoles, el cardenal Sáenz de Aguirre y el cardenal Azolino;

pero el primero no se encontraba en Roma y el segundo, al parecer, no lo quería recibir.

Quizás fuera necesario contratar los servicios de un gestor como el que le recomendaron sus hermanos del convento de San Agostino; en Roma había un enjambre increíble de gente de todas las naciones, en especial españoles, que se mantenían de solicitar y expedir negocios de este tipo. Pero Sicardo se había negado a contratar tales servicios cuando conoció al señor Petro Petri, encargado de llevar los asuntos del padre De la Cadena y de los criollos novohispanos. Alguien que defendía causas tan inmorales sólo por la paga (y al parecer esto era lo que hacían todos los gestores), no era gente en la que se pudiera confiar.

Mientras mascullaba sus penas y caminaba por interminables pasillos, llegó sin darse cuenta a la Biblioteca Vaticana. El lugar le era muy conocido pues, entre ella y los archivos del palacio apostólico, el agustino pasaba la mayor parte de las horas del día. Traía entre manos tal cantidad de asuntos e investigaciones, que el tiempo libre que le dejaban los trámites burocráticos lo ocupaba en leer y en escribir.

Fray Joseph trabajaba en dos informes a favor del Real Patronato para la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*. Con ellos quería conseguir el apoyo de la Corona española para su causa. Además gestionaba ante la Sagrada Congregación de Ritos cuatro procesos de beatificación. Por parte del Ayuntamiento de la Ciudad de México, presentaba las causas de fray Bartolomé de Jesús María y fray Bartolomé Gutiérrez; la provincia de Castilla le había encargado las de fray Juan de Sahagún y fray Alonso de Orozco, ambos hijos del convento de Salamanca. Preparaba también una obra monumental sobre la predicación del cristianismo en el Japón y una crónica de la provincia agustina de Nueva España, al tiempo que escribía una vida de la beata agustina Rita de Casia, patrona de las causas imposibles. Había hecho promesa a esta abogada celestial de promover su culto si por su intercesión conseguía arreglar sus asuntos en Roma.

Al ver la puerta de la biblioteca olvidó todas sus cuitas y preocupaciones y se dirigió decidido hacia ella, como el adicto que conoce la droga que solucionará sus problemas. Entró en el gran recinto lleno de libros y se dirigió hasta donde estaba el escritorio del prefecto de la biblioteca. Ocupaba el cargo fray Enrico de Noris, hermano de hábito de Sicardo y una eminencia en los estudios sobre San Agustín. Aunque algunos lo acusaban de sostener tesis jansenistas, a causa de su extremo agustinismo, Noris se

había declarado dentro de la ortodoxia y Su Santidad Inocencio XI le tenía una gran estimación.

Sicardo se acercó a su colega y lo saludó efusivamente, pues no lo veía desde el diciembre pasado; el prefecto había salido de Roma por las vacaciones navideñas y acababa de regresar. La respuesta de fray Enrico hacia el religioso español fue igualmente afectuosa.

—¿Habéis tenido noticias de vuestro hermano? —preguntó el bibliotecario en un castellano con fuerte acento italiano.

Fray Joseph contó que fray Juan Bautista le había escrito notificándole su nombramiento como prior del convento de Burgos. Siempre le extrañaba el interés constante que Noris mostraba por su hermano y el madrileño lo atribuía a la obra que éste había escrito contra el jansenista Arnauld, en defensa de la comunión frecuente. Fray Enrico, siempre bajo la sospecha de herejía, intentaba por todos los medios mostrar su adicción a los pensadores ortodoxos.

Cuando Sicardo estaba hablando de los muchos cargos que su hermano había desempeñado para la orden agustina, se acercó a ellos un hombrecillo calvo de aspecto nervioso. El padre Noris lo saludó fríamente e hizo las presentaciones de rigor. El recién llegado era el coronel Agostino Nipho, maestro de ceremonias de la embajada del rey de España en Roma, archivero de sus papeles y agente y procurador de la causa de beatificación del venerable Gregorio López.

Noris habló del trabajo que Sicardo hacía en Roma. Al enterarse el coronel que fray Joseph había vivido en México 16 años y que estaba también gestionando procesos ante la Congregación de Ritos, sus ojos brillaron con el destello de los negocios.

—En México —dijo en perfecto español—, donde resplandece la devoción del venerable Gregorio López, se deberían hacer las diligencias pertinentes para explorar si su Divina Majestad se ha dignado hacer nuevos milagros por intercesión de este su siervo; y particularmente por haber aplicado alguna de sus reliquias desde el tiempo que se hicieron los procesos apostólicos. Como sabrá Su Paternidad, después de conseguir el decreto de introducción se deben acumular las pruebas sobre escritos, virtudes y milagros...

Mientras el hombrecillo seguía hablando, Sicardo pensaba en su propia experiencia en tales casos. Él conocía de sobra cuál era el proceso seguido para las beatificaciones y sobre todo lo mucho que éste costaba. La plata que el Ayuntamiento de México le diera para promover la de fray Bartolomé

Gutiérrez se le había acabado ya, entre aguinaldos para los criados de los cardenales, obsequios según el estilo de la Corte romana, de chocolate, tabaco, paños finos e imágenes para el cardenal ponente y para el promotor de la fe, los derechos que cobraban los ministros de la Congregación de Ritos, los salarios de abogados, agentes, copistas y traductores, los gastos de impresión de memoriales, remisoriales, sumarios, biografías y estampas... La plata había volado y todavía no se lograba introducir la causa.

Nipho hablaba ya de los otros procesos de beatificación que los novohispanos llevaban en Roma, el del obispo de Puebla Juan de Palafox, el del franciscano fray Sebastián de Aparicio y el de la monja criolla sor María de Jesús. Comentó lo difícil que era tramitar causas sin un agente avezado en los vericuetos de la Curia y habló de sus propias cualidades, idóneas para realizar tan complejo oficio.

El agustino madrileño, que conocía muy bien ya a estos gestores, agradeció la oferta e insinuó con fórmulas de cortesía que no necesitaba de sus servicios. El coronel se despidió desplegando una rebuscada elocuencia y se marchó hacia las estanterías de las materias jurídico-canónicas para consultar unos libros. Cuando estuvieron solos de nuevo, fray Enrico le comentó a su compañero que estos agentes eran una plaga. Tenían negocios por doquier y para sacar más plata prolongaban los procesos durante años. Poseían tan cuantiosas fortunas que de continuo hacían regalos a sus mujeres, daban fiestas y convites para sus amigos y parientes y tenían calesas y caballos.

—Su prosperidad —comentó exhaltado el fraile italiano— se alimenta de la corrupción que carcome el aparato de la Curia romana. Todos los males se derivan de las grandes cantidades de dinero que se manejan en la Corte. Se cobra por cualquier trámite: por emitir breves y bulas, por anular matrimonios, por autentificar reliquias, por conceder títulos de nobleza pontificia, por promover procesos de canonización, por absolver de anatemas y excomuniones...

El padre Sicardo conocía bien la situación descrita, por haberla vivido durante el tiempo que llevaba en la Corte papal. Pero oírlo de los labios de ese agustino lo hizo sentirse mejor; no estaba solo en su lucha por erradicar los terribles vicios que aquejaban a la Iglesia.

—Por supuesto —agregó Noris dándose cuenta de que había hablado demasiado sobre temas muy delicados—, la situación ha comenzado a cambiar con la sana política de Su Santidad Inocencio XI, que Dios conserve muchos años. Como sabe Su Paternidad, nuestro Sumo Pontífice no ha he-

cho uso de la nefasta costumbre de nombrar como cardenal secretario de Estado, el llamado vulgarmente cardenal nepote, a ningún sobrino suyo, con lo que se han evitado muchos males.

Sicardo reconoció en las palabras de Noris un dejo de amargura. Todos los hombres probos de Roma sabían que los intentos de reforma propuestos por Su Santidad chocaban contra el muro de la oposición de aquellos cuyos ilimitados privilegios y prebendas peligraban con esos proyectos.

De momento se hizo un silencio que fray Joseph aprovechó para retirarse a sus estudios. Al poco tiempo, sumergido en sus libros, sacando notas de lo que le interesaba para sus escritos, se olvidó de corrupciones y de trámites. El inmenso torbellino de la Curia romana, con sus cardenales, prelados, jueces, abogados, procuradores y agentes, desapareció para dar paso a narraciones de martirios, a milagros maravillosos y a visiones sobrenaturales. Un suave fuego purificador lo embargó, sumergiéndolo en un estado de abstracción atemporal. En este embeleso pasó siete horas, hasta que la sensación de hambre y la disminución de la luz del recinto le hicieron saber que había llegado el tiempo de regresar a su convento.

Eran las cinco de la tarde cuando fray Joseph salió del palacio apostólico con su cartapacio debajo del brazo y atravesó la columnata hacia las calles angostas, sucias y malolientes de los Borghi. Roma estaba al atardecer más animada que por la mañana. Como el más importante lugar de peregrinacion de la Cristiandad, a ella acudían personas de toda la Europa católica y en ella se escuchaban las lenguas más variadas. Sicardo se cruzó en el camino con hombres ricos, elegantes damas, clérigos, frailes, artesanos, burócratas, prostitutas y pordioseros. De éstos, sobre todo, había muchos, pues la mendicidad era una de las carreras más lucrativas en Roma. Su oficio comenzaba a las puertas de los palacios e iglesias y terminaba en las escaleras de la Trinidad del Monte, donde los mendigos más calificados pedían en distintos idiomas.

Por fin, después de caminar por media hora cruzó a orillas de la plaza Navona, donde había animados corros de gente calentándose alrededor de las fogatas, y llegó al convento de San Agostino a la hora de la cena. Por razón de los estudios que realizaba, el padre Sicardo tenía dispensa para faltar algunos días a la colación de mediodía y al rezo coral de las horas canónicas intermedias; pero debía asistir al desayuno y a la cena en el refectorio, al coro para *maitines*, *laudes*, *vísperas* y *completas* y, por supuesto, al claustro conventual para dormir.

Los alimentos vespertinos fueron ingeridos junto con la lectura de la vida de San Cirilo, obispo de Alejandría. Al terminar de comer una pasta sazonada con salsa de tomate y de escuchar la vida y obras de ese campeón de la fe, el padre Sicardo se retiró a su celda antes de las últimas oraciones del día.

Estaba revisando las notas que sacó en la biblioteca cuando llegó a buscarlo fray Fulgencio Travalloni, un religioso que a menudo procuraba su compañía pues, al igual que él, estaba muy preocupado por la reforma de las costumbres de los religiosos agustinos.

—Uno de los *castrati* del coro pontificio amigo mío —comenzó diciendo en italiano el fraile—, me ha traído noticias que Miguel de Molinos será condenado a cárcel perpetua en unos meses y se le acusará formalmente de practicar y fomentar el quietismo.

Fray Joseph sabía del caso; acababa de llegar a Roma cuando el sacerdote aragonés fue hecho prisionero, acusado de inducir a la inmoralidad y de favorecer prácticas místicas poco ortodoxas. Junto con él cayeron algunos de sus seguidores e incluso se vieron implicadas damas de alcurnia como las princesas Ludovisi y Borghese. El proceso levantó una gran polémica en la que toda Roma participó a favor o en contra. Cristina, la exreina de Suecia recién convertida al catolicismo y habitante de la Ciudad Eterna desde hacía algún tiempo, lo apoyó. Cardenales como Ottoboni, protector y vocero de los jesuitas, lo atacaron. Su *Guía espiritual*, editada en 1675 y traducida a varios idiomas, fue prohibida.

—Atrás de esto hay más política que religión —comentó el padre Sicardo como quien ha vivido en carne propia tales situaciones—. El aragonés se ganó la enemistad del cardenal francés Estrés, que quiso atacar al bando de la Curia que favorece a los españoles, entre los que hay numerosos protectores y protegidos del padre Molinos. He oído que en Francia el parlamentario Talon, aprovechando la tensión que hay entre Luis XIV y Su Santidad Inocencio XI, ha azuzado el fuego acusando al papa de proteger a los herejes quietistas.

Sicardo pensaba incluso, y así lo hizo saber a su interlocutor, que la dilación de su caso en la Curia tenía mucho que ver con el fortalecimiento del partido francés, y con la situación crítica que estaba atravesando el grupo filohispano a raíz del proceso de Molinos.

Travalloni le dio la razón en parte, pero creyó oportuno ponerlo al tanto de otra circunstancia que también había influido en la mencionada demo-

ra. Desde hacía dos años, fray Diego de la Cadena había organizado en Roma una campaña de descrédito contra Sicardo. A muchos cardenales, y al mismo general de los agustinos, habían llegado cartas de diversas personas, incluido el virrey marqués de La Laguna, en las que se mencionaba el bullicioso comportamiento de fray Joseph en el capítulo de 1684. Al mismo tiempo, se elogiaba el gobierno de Cadena mostrándolo como justo y celoso del bienestar de la orden. Un tal fray Marcelino de Solís escribió que nunca había visto, en sus 44 años de religión, tan ajustado el estado de la provincia, gobernada con suavidad y sin golpe de martillo.

El fraile madrileño sintió que un fuego lo quemaba por dentro. La indignación y la furia afloraron a su boca y protestó, como si su interlocutor fuera uno de los que apoyaban a su enemigo:

—La tiranía del padre De la Cadena es cada día más nefasta y destructiva para la provincia agustina de México. La venta de los cargos priorales que ha hecho en los capítulos es escandalosa, y las cuantiosas cantidades de dinero con que los conventos contribuyen para sus gastos personales están llevándolos a la ruina. No hay más dictamen en la provincia que su voluntad, usando de ella, o por decir abusando, como si fuera cosa que hubiese heredado de sus padres, y no fuera tan sagrada y eclesiástica, ni tuviese superiores a quien dar cuenta, ya que no se acuerda que ha de darla a Dios. Al parecer, ni siquiera el temor al fuego eterno lo detiene.

—¿Y cuáles soluciones propondría Su Paternidad? —preguntó el padre Travalloni, profundamente interesado en el tema.

—Cuando llegué aquí como procurador de la provincia de Lima propuse que era de suma importancia nombrar un Comisario General de Indias, como lo hay entre los franciscanos, para poder ejercer un mayor control sobre los criollos. Después indiqué que se debía extender la alternativa a todos los oficios de la provincia, pues de los prioratos sólo el de México tiene alternativa, y cuando ésta cae en los criollos los peninsulares no tienen en dónde refugiarse. Para todo ello es necesario aumentar su número en la provincia, primero obligándola a dar el hábito a un peninsular por cada tres criollos que se admitan, y segundo, enviando un mayor número de religiosos desde España. Para evitar el manejo que hace Cadena de los capítulos deben reducirse a treinta los votos priorales y sólo darlos a los conventos con seis religiosos de asistencia continua como mínimo. Es necesario quitar, además, los votos de gracia, de los que hay más de cuarenta en la provincia de México. De ello no tienen poca culpa nuestros generales, que

los han concedido con demasiada liberalidad. Si no se hacen estas reformas, la tiranía del padre Cadena seguirá. Ya ahora, según me han escrito, viéndose aplaudido, tributado y de todos los vocales asistido, se considera como elector del provincial en el capítulo que viene.

Fray Fulgencio bajó la mirada silencioso, de sobra conocía bien que la plata mexicana, además de bañar las arcas de la Curia, también llegaba a las del generalato. Pensó un momento, dudando si debía dar una noticia que se le acababa de comunicar en secreto. Por fin se decidió a hablar:

—Nuestro general ha concedido, a instancias del padre Cadena, que la presidencia del capítulo mexicano venidero se dé a fray Domingo Hernández, a sabiendas que es uno de los parciales de fray Diego —y agregó como para matizar la noticia—: Aunque esta corrupción no puede ofender al cuerpo de religiones tan santas, como no ofendió a Cristo y al colegio de sus apóstoles la traición de Judas.

Al saber la noticia, el padre Sicardo tuvo ganas de dejarlo todo y retirarse a la vida tranquila de un convento. El fuego reformador, encendido en su interior veinte años atrás, amenazaba con apagarse ante los embates del cansancio. Cuantos intentos hacía por acabar con la corrupción parecían estar destinados al fracaso. Era muy difícil mantenerse de pie después de tantos golpes. Pero en su fuero interno sabía que era imposible rendirse y que no abandonaría tan fácilmente la misión que Dios le había encomendado. El asunto sin embargo no podría ser solucionado en Roma; tenía que ir a Madrid, en cuanto le fuera levantado el interdicto, y ahí procurar el apoyo del rey para su causa.

Con este pensamiento en mente, se despidió del padre Travalloni. Cuando estuvo solo, mientras se preparaba a mal dormir, sintió su pecho arder con las llamas del desaliento.

7. EL IMÁN DEL VACÍO

Convento de Jesús María, del 5 al 8 de agosto de 1687.

"A este despecho humilde y amoroso, respondió el Señor confortándola y llamándola con voces de amante, como nacidas de la boca de la imagen, y atrayéndola a sí con una suave violencia, se desembarazó de la cruz, la cogió en-

tre sus brazos y le dio un tan estrecho y benéfico abrazo, que la dejó llena de gozos y de esperanzas de conseguir cuanto había pedido."

Turbada, Antonia cerró el manuscrito. Las descripciones que el jesuita Alonso Ramos hacía de los éxtasis y visiones de Catarina de San Juan, una beata hindú que habitaba en Puebla, despertaban en ella pensamientos y deseos que nada tenían que ver con la santidad ni con la religión.

Unas voces en el cuarto contiguo la sacaron de sus piadosas tentaciones. Sor María de la Trinidad recibía con festivas charlas la visita de sor Inés y de sor Clara, quienes llegaban a ver los vestidos que engalanaban la imagen del Niño Jesús que cargaría Nuestra Señora de las Nieves durante las celebraciones de su advocación. La estatuilla, que el convento llamaba con familiaridad el *Gachupín* por haber venido de España, estaba ya ataviada con sus rayos de plata sobre la cabeza y con un vestidito blanco bordado con hilos de oro.

La *Toluca* salió a saludar a las recién llegadas y vio un cuadro de Santa Rosa de Lima que habían traído como regalo. La santa estaba representada con una corona de espinas y rosas en la cabeza y con el Niño Jesús en los brazos. A imitación de la pintura, sor Antonia tomó la pequeña escultura vestida y la puso en su regazo, mientras la voz de sor Inés entonaba una canción de cuna.

Las anfitrionas ofrecieron chocolate y pastelillos a sus visitantes y se pusieron al tanto de los últimos chismes que circulaban por el convento. Pasaron lista a todas las religiosas y a sus celdas, regalos, devotos y animalitos. Al llegar al tema de las sirvientas, sor Clara bajó la voz y en secreto dijo a sus compañeras que Eustaquia, la muchacha que ayudaba a la abadesa en su celda, había abortado esa mañana. Sor Elvira la descubrió enterrando el feto en el patio que estaba a espaldas de la sacristía y la había denunciado. La sirvienta sería entregada a las autoridades y recibiría cien azotes y un año de cárcel como castigo por su crimen.

Antonia quedó muy impresionada con la narración; de por sí, cada vez que escuchaba el nombre de sor Elvira o se enteraba de alguna de sus nefastas acciones, se le revolvía el estómago; y en este caso, además, se mezclaban la compasión por la pobre sirvienta y el horror por lo que había hecho. A la hora de comer, la *Toluca* apenas probó bocado; le dolía un poco la cabeza y así, en la tarde, al terminar las oraciones de *vísperas*, se fue a la celda a descansar mientras sor María y las sirvientas iban a visitar a sus vecinas.

Estaba recostada en la cama cuando escuchó unos golpes en el muro que daba a la calle de la Estampa. Se aproximó al lugar de donde procedían, levantó un baúl y retiró una estera sobre la que éste se asentaba. Se puso de rodillas y pegó su oído a un orificio abierto en el piso del que salió una voz masculina que la llamaba:

—Antonia, dueña mía, los días son eternidades cuando no sé de ti. Soy vuestro esclavo y sólo vivo para idolatraros, pero sé muy bien que mi indignidad es mucha y que no puedo pretender siquiera una migaja de vuestro amor.

La muchacha se sonrojó ante la intempestiva declaración, pero pronto se recuperó de su turbación y comenzó a charlar sobre las cosas que pasaban en el convento. Transcurrieron dos horas entre declaraciones de humildad y chismes y, con ellas, un día más de esas visitas clandestinas que se estaban volviendo habituales.

Hacía ya un año que sor Antonia, amonestada por la madre Santa Clara, decidió pedir a sor María la casita que poseía pegada al convento. Casi desde un principio Pedro había comenzado a picar el muro desde la casa y ella, para ayudarle, lo había concluido por la celda. Para guardar las apariencias, la casita fue alquilada a una mujer anciana llamada Margarita, a quien Pedro decía querer como a una madre pues lo había cuidado desde niño.

Ya era de noche cuando el fraile le pidió que pasara su brazo por el orificio. Antonia sintió unos labios que se posaban sobre el dorso de su mano y unos dedos que, acariciándola, deslizaban en su palma un trozo de papel.

La joven se puso en pie para buscar una candela que iluminara su recado. Estaba sobando sus rodillas, adoloridas por el largo tiempo que estuvo hincada, cuando escuchó que la puerta de la celda se abría. En el marco apareció la silueta de sor María, que llegaba acompañada por sus criadas.

—Pero hija, ¿cómo estás a obscuras? —le dijo mientras mandaba a Isabel encender las velas de los candelabros.

Al tiempo que las criadas preparaban la cena, sor Antonia llamó a sor María y le tendió el papel doblado que había recibido. La religiosa lo tomó y leyó deconcertada:

—El conocimiento de las prendas que a Vuestra Merced ha dado el Cielo...

La madre Trinidad dobló el billete de nuevo y no quiso seguir leyendo. Con la voz entrecortada y dando signos de turbación comenzó a balbucear

frases sobre los pecados y las tentaciones, sobre los votos y la vida de las religiosas.

Antonia, que no había leído la nota, le echó un vistazo. En ella se hablaba de deseo, de abrazos, de caricias y se terminaba con un verso que ella había escuchado ya en los labios del religioso:

Si osase decir mi boca
lo que siente el alma mía
señora, tocar querría
donde la camisa os toca.

Para tranquilizar a su nana, la *Toluca* le dio los argumentos que siempre utilizaba. No era nada malo lo que hacía; había muchas religiosas que tenían devotos; las cosas no podían llegar a más. Pero en el fondo la misiva la había alterado profundamente. Las palabras del religioso tocaron las fibras del deseo y provocaron un sentimiento de confusión y un cosquilleo en el vientre. Esa noche fue para Antonia muy intranquila.

A la mañana siguiente la joven se levantó malhumorada. Estaba angustiada y agotada por el poco dormir y las pesadillas y las primeras horas de coro se le hicieron largas y tediosas. Al terminar las oraciones matinales, la abadesa avisó a la comunidad que ese día habría confesión general. La llegada del director espiritual causaba siempre gran revuelo en toda la comunidad. Las religiosas que tenían a su cargo la organización se las arreglaban para tenerlo ocupado todo el tiempo posible y ponían en una lista el orden en que cada una entraría a recibir el sacramento. Para sor Antonia la visita del confesor fue una nueva fuente de angustia y desazón.

En el coro bajo las monjas, de rodillas frente al altar, se preparaban en los exámenes de conciencia. La *Toluca* se sentía cargada de remordimientos. Se sabía en pecado y conocía su obligación de confesar al sacerdote lo de sus conversaciones por el orificio. Pero estaba segura de que eso traería como consecuencia una prohibición terminante para dejarlas y dudaba en hacerlo, pues no quería prescindir de ellas. Podía solicitar a Pedro que le enviara un confesor que conociera el secreto y fuera menos estricto. Sin embargo, había una prohibición explícita para ello en el costumbrero:

"*Si alguna de las monjas osase confesar con alguno fuera los confesores señalados, haga la penitencia de la culpa más grave todos los viernes, hasta que la priora use de misericordia con ella*". No había salida.

Su mente era toda turbación. Por momentos la inundaban olas de sensualidad y sentía palpitar sobre los altares las piernas desnudas de los ángeles y los torsos musculosos de los santos. Pero enseguida, las fauces abiertas y los ojos desorbitados de los demonios la llevaban al arrepentimiento ante las amenazas de los abismos infernales y de los muchos sufrimientos que pasaban los condenados.

La mano de la vicaria sobre su hombro le avisó que había llegado su turno. Las dudas sobre lo que debía hacer estaban todavía en su mente cuando se detuvo ante la puerta del confesionario, abierta en el muro que separaba la iglesia de la clausura. Entró al pequeño recinto y se arrodilló ante una reja de hierro, cubierta por un velo negro.

—Ave María Purísima —le dijo una voz desde el otro lado.

—Sin pecado concebida —contestó la religiosa.

De su boca comenzaron a salir las leves faltas que siempre confesaba. Pero cuando iba a pronunciar las palabras que describían el mayor de sus pecados, su voluntad se detenía y lo que salía era otra pequeña desobediencia, un mal modo en el trato hacia una hermana, un enojo. Incluso ante las preguntas del confesor sobre tocamientos, deseos o pensamientos impuros, la respuesta que sus labios emitieron fue siempre negativa.

Antonia recibió la absolución sin haber podido confesar lo que tanto la atormentaba, y así salió de nuevo al coro a cumplir con una penitencia leve, que no correspondía a su grave falta. Para colmo, sus remordimientos se volvieron más intensos cuando el sacerdote habló en la plática final sobre los pecados no confesados:

—De la confesión y de callar pecados en ella por vergüenza —clamó el clérigo—, está el ejemplo de aquel santo que vio salir sapos por la boca de una señora mientras se confesaba. Esos animalejos eran sus pecados. Pero al final, la mujer tragó uno muy grande que iba a salir, que era el pecado que callaba por vergüenza. Al día siguiente la pecadora murió y se apareció a su confesor condenada en el infierno. A su gran falta había agregado otra: el sacrilegio. En contraste con esta pecadora está el ejemplo de santa Rosa de Lima, niña inocente que entregaba a sus confesores toda su alma, sin celar, reservar, ni recatar cosa alguna, ni por temor a la reprensión ni por deseo de estimación.

Durante todo el día, a lo largo de las horas del coro, Antonia se dedicó a rezar desesperadamente. A cada oración sucedía otra más ardiente y cada vez un nuevo impulso la llevaba a una tercera oración hecha con mayor in-

tensidad. A pesar de que ponía todo su esfuerzo en solicitar el perdón de su inconfesada falta, la conciencia de estar en pecado le dictaba que todo era inútil y que sólo haciendo una buena confesión regresaría a ella la paz. Sin embargo, la angustia de vivir en pecado se mezclaba con el deseo de continuar su trato con Pedro. El temor al infierno y la llamada del amor se confundían, aumentando su desasosiego.

Después de la cena, María de la Trinidad, que no se atrevía a preguntarle la causa de su estado de ánimo, aunque lo sospechaba, leyó, como por azar, unas páginas de la vida de sor María de Jesús Tomellín, escritas diez años atrás por el bachiller Francisco Pardo:

"Lo que el enemigo le traía ocultamente a la imaginación, lo veía la atribulada virgen con los ojos corporales. Se le ponían delante de los sentidos las sombras del abismo en figura de hombres desnudos, jayanes lascivos y objetos escandalosos. Por si esto fuera poco, ella misma no podía juntar sus propias manos la una con la otra, ni cerrar los puños, ni unir los dedos, sin que al momento no la asaltaran ardientes llamas de sensualidad impura. Para acallar tan crueles tentaciones, peores aún que los tormentos de los mártires, la religiosa hacía continuos ayunos, sazonaba sus comidas con acíbar y ceniza, y se entregaba a largas y crueles disciplinas, a cuya violencia rigurosa corrían avenidas de sangre por aquel virginal cuerpo, al compás que de sus ojos bajaban en arroyos abundantes lágrimas".

A Antonia le parecieron espantosas las visiones de la venerable sor María de Jesús, pero más terribles se le hicieron las tentaciones y la forma como las solucionó. Le aterraba el sufrimiento y la idea de los azotes no le era nada grata. Sin embargo, parecía ser la única solución para el problema que la aquejaba y esa noche, mientras todas dormían, tomó los cilicios guardados en el baúl, nunca antes usados, y comenzó a disciplinarse. Sin embargo, su rechazo al dolor le impedía dar al brazo la fuerza suficiente y lo único que logró fue un fuerte ardor en la espalda, pero no el triunfo sobre las tentaciones.

La monja pasó la mañana siguiente con los mismos crueles remordimientos que la habían perseguido el día anterior. Por la tarde, cuando su devoto llegó al orificio y la requirió de nuevo con sus palabras zalameras, encontró a una confusa voz que dejaba largos silencios en lugar de la alegre y conversadora lengua de siempre. La despedida fue fría, como correspondía a una charla de desencuentros. Antes de retirarse, Pedro comentó, sin darle importancia, que Margarita ya no viviría más en la casita y que su lugar sería ocupado por otra mujer.

Esa noche la religiosa no pudo tampoco conciliar el sueño. Los recuerdos de unos labios que se posaban sobre su mano y las visiones de un cuerpo esbelto y un rostro moreno con ojos de fuego, la alteraban. Por más que trataba de ahuyentar a Pedro de sus pensamientos, éstos volvían trayéndole versos y frases de sensualidad. Antonia se levantó a buscar por segunda vez la solución a sus angustias en el derramamiento de sangre. Cuando se acercó al baúl donde estaban guardados los cilicios, escuchó unas risas femeninas que subían desde la casita y atravesaban el orificio oculto debajo de la estera. Retiró el arcón y el tejido de palma y acercó su oído al agujero. Dos voces que parecían ser jóvenes decían chanzas y palabras soeces a una anciana, a la que llamaron Juana, que les respondía con los mismos tonos. Después de un rato se oyó una puerta que se cerraba y la voz de un hombre. Era la de Pedro. Las muchachas lo recibieron con gran algarabía y él parecía tratarlas con familiaridad. Risas, silencios y al poco tiempo jadeos.

Antonia se levantó ciega de ira. Sentía que la sangre le hervía dentro de las venas. Salió de la celda rumbo a la azotea del convento y allí, bajo las estrellas, gritó como si sus gritos los provocara un dolor físico y lloró de coraje e impotencia. Qué estupida había sido al creer en las palabras zalameras, en los versos de amor. Todo lo que le había dicho su devoto estaba lleno de mentira.

La religiosa caminaba de un lado para otro por ver si así se descargaba de esa violencia que nunca antes sintiera. Tomó una tabla, desecho de las últimas obras del convento, y la arrojó con fuerza hacia la acequia, como si por este acto echara fuera de su ser al que le causara tanto dolor.

Después de un rato se sentó en la orilla del muro que daba a la calle de la Estampa y miró el techo de la casita donde su devoto le era infiel. En ese momento vino a su mente un recuerdo de su infancia. En la peregrinación a Chalma, Juana, la anciana hechicera india, le había enseñado un colibrí muerto envuelto en una bolsita de seda.

—Este es un remedio para los males de amor —le había dicho. La pregunta de Antonia sobre qué era el amor recibió por respuesta:

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento.

Ahora lo sabía, el amor era dolor, un dolor cruel que torturaba las entrañas. Nunca más volvería a amar. Nunca más volvería a tratar con fray Pedro Velázquez. Allí estaría su castigo.

Si en un intento vano de olvidar los nombres y las fechas, pudiésemos creer que las palabras son producto de los tiempos y no de las personas, en-

tonces, sólo entonces, nos abriríamos a la posibilidad de que Antonia de San Joseph fue la monja, y no la otra, que escribió:

Amor empieza por desasosiego,
solicitud, ardores y desvelos,
crece con riesgos, lances y recelos,
susténtase de llantos y de ruego.
Doctrínanle tibiezas y despego,
conserva el ser entre engañosos velos,
hasta que con agravios o con celos,
apaga con sus lágrimas su fuego.

Quien en ajenos brazos viera a su dueño
y con dolor rabioso se arrancara a pedazos
del pecho ardiente el corazón celoso.
Pues fuera menor mal que mis desvelos,
el infierno insufrible de los celos.

VI. EL LIBRO DE LOS VICIOS

Madrid, sábado 10 de abril de 1688.

"La Divina Providencia, que guía siempre nuestros pasos, conceda a Vuestra Paternidad salud y fortaleza. Lamento no ser portador de buenas nuevas, sino de tristes noticias, como lo son siempre las que hablan de los triunfos de las fuerzas del mal. En el capítulo celebrado en nuestra provincia en el mes de abril, como ya se esperaba, fray Diego de la Cadena nombró de nuevo provincial a su gusto y lo hizo en la persona de fray Francisco Castellanos. Por ser trienio que tocaba a los peninsulares, el tirano escogió a este andaluz, en el que se compendian los mayores vicios que en un religioso puede haber. El padre Castellanos pasó de la provincia de Andalucía a la de Nueva España a pedir limosna para la iglesia de San Agustín del puerto de Santa María en 1675. Su provincial lo envió a Indias para librarse de él, pues había golpeado a varios frailes en su convento y mostraba una gran rebeldía hacia las autoridades.

"Entre 1675 y 1679 anduvo vagando por las tierras del norte y en Zacatecas conoció a una barragana con la que vive en público concubinato y de la que tiene dos hijos. Fray Diego de la Cadena, quien lo conoció en 1678, consiguió permiso del provincial de Andalucía para que fray Francisco se quedara en México otros tres años y lo adscribió a la provincia como lector de Teología. Estos trámites no son legales, pues solamente Su Majestad puede dar tales permisos, pero como sabe Vuestra Paternidad en Nueva España se hacen muchas cosas así. Durante dos trienios el padre Castellanos ha ocupado cargos priorales, comprándolos como es costumbre, y ahora se dice que fray Diego le ha dado el provincialato por diez mil pesos. ¿De qué ha servido la alternativa si los peninsulares que nos gobiernan son de este jaez? El santo celo que tuvieron Su Majestad y sus gloriosos progenitores al haber establecido las alternativas entre los españoles y los criollos, se ve frustrado, ya que, en la forma como se observa, es aparente y de ningún fruto, haciéndose las elecciones en los sujetos menos idóneos para la observancia regular, como se ha experimentado ahora.

"Muchos frailes de los nuestros, como fray Fermín de Armendáriz, quien ha tenido que sufrir grandes ofensas por su labor como prior de Guatemala, y

de los criollos como fray Diego de Valverde, fray Martín de Avendaño, fray Fermín Lazcano y otros, están dispuestos a apoyar una reforma que acabe con la tiranía del padre Cadena, pero es necesario encontrar el apoyo de Su Majestad para que ponga fin a esta situación. Sería conveniente también solicitar del general de la orden que nombre por presidente del capítulo venidero a don Francisco de Aguiar y Seijas, arzobispo de México, quien se ha mostrado muy inclinado a ayudarnos.

"Sin más por el momento, os envío mis parabienes y buenos deseos y que Dios os guarde muchos años. Fray Antonio Gutiérrez. México a 21 de septiembre de 1687."

Fray Joseph Sicardo dobló la carta que le acababa de entregar el prior del convento de San Felipe el Real después del desayuno. Con el ceño fruncido por el enojo que le había causado la noticia, garabateó en un papel algunas notas y se puso a meditar sobre lo que tenía que hacer.

Después de un cansado viaje desde Roma, el fraile había llegado la noche anterior a Madrid lleno de esperanzas y feliz por los éxitos alcanzados. El 20 de junio de 1687 la Sagrada Congregación de Regulares emitió un decreto donde se le levantaba la excomunión por apostasía y se le absolvía de las acusaciones que se le imputaban. Meses después, a principios de ese año, se publicaba en Génova su *Vida de Santa Rita de Casia*, con grandes elogios y, pasadas unas semanas, su gran amigo fray Fulgencio Travalloni era nombrado general de la orden. Cuando Sicardo salió de Roma, no sólo se le había reintegrado en todos sus honores; llegaba a Madrid con el nombramiento de teólogo y examinador de la nunciatura apostólica, y con la promesa del padre general de que, en breve, serían emitidas unas nuevas constituciones que pondrían fin a las irregularidades en que vivía la provincia agustina de México.

Ahora, con las noticias que recibía del padre Gutiérrez, Sicardo abandonaba su optimismo de los meses anteriores y comprobaba, una vez más, lo difícil que era reintegrar el orden y la legalidad en Nueva España. A pesar de la desazón que sentía, su espíritu combativo lo sacó de su pesimismo y el recuerdo de las promesas que Travalloni le hiciera lo regresaron a la esperanza del triunfo. A él le solicitaría la presidencia del capítulo de 1690 para fray Antonio, cuyo probado celo lograría tal vez la victoria. Prefería así dejar de lado la propuesta de su amigo, pues la injerencia del arzobispo en los asuntos de la orden no le agradaba.

Reanimado con esos pensamientos, el fraile tomó su capa y se preparó para salir; había recibido un billete de sor Mariana de la Sangre de Cristo,

religiosa del convento de la Encarnación de agustinas descalzas, de quien era director espiritual; en la misiva se solicitaba urgentemente su presencia en el monasterio.

A la puerta de San Felipe el Real, a un lado de la fachada de su iglesia, una multitud estaba reunida para dar y escuchar las noticias de la mañana. En todo Madrid se conocía a este lugar como "el mentidero" y a él acudían hidalgos pobres, estudiantes demacrados, galanes de Corte, cómicos sin empleo, arbitristas y mendigos, todos dispuestos a pasar un buen rato y a hacer girones la honra y la fama de la gente pública.

—La reina está embarazada por enésima vez —escuchó Sicardo al pasar cerca de un grupo.

—De aire —gritó otra voz, desatando un alud de carcajadas.

María Luisa de Orleans, la esposa de Carlos II, no parecía ser muy popular entre el pueblo madrileño, que la consideraba una agente de Luis XIV y la detestaba por sus actitudes de desprecio hacia lo español y su exaltación hacía lo francés. Desde que llegó en 1679, se esperaba de ella lo que nunca pudo dar: un heredero para la Corona.

El padre Sicardo bajó las gradas que comunicaban el atrio con la calle y, en las covachuelas abiertas debajo del terraplén, escuchó a un trovador ciego que cantaba:

Parid, bella flor de lis,
En fortuna tan extraña,
Si parís, parís a España,
si no parís, a París.

Con una sonrisa provocada por el ingenioso verso, el fraile cruzó la calle mayor entre carruajes, caballeros seguidos por sus pajes, vagabundos y pordioseros. Dobló la esquina que daba a la Puerta del Sol y, dejando atrás las tiendas de lujo, con sus paños, armas damasquinadas, joyas y tapices, se internó por los característicos callejones del viejo Madrid que tantas veces recorriera en su infancia y en su juventud. Durante un cuarto de hora caminó a buen paso por la calle del Arenal, entre iglesias, vecindades y casas señoriales, y subiendo la cuesta llegó al convento de la Encarnación. En la portería dio aviso de su presencia y fue hacia el locutorio a esperar a su dirigida espiritual.

Mientras aguardaba, recordó que en ese monasterio se custodiaba como reliquia la cabeza del eremita Gregorio López, traída por el arzobispo don

Francisco de Manso y Zúñiga desde México para Felipe IV. A la muerte del prelado, el rey la había regalado a este monasterio, que fuera fundación de su difunta madre, la reina Margarita.

El recuerdo del ermitaño que había vivido en Nueva España transportó a fray Joseph al otro lado del mar y a sus anhelos de reforma. Una voz femenina tras la reja velada del locutorio lo sacó de sus pensamientos.

—Buenos días tenga Su Paternidad. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestra última entrevista? ¡Lo menos veinte años! ¡Dios, que dicha volver a escucharos y tener la gracia de recibir de nuevo vuestros sabios consejos!

Sicardo reconoció de inmediato el timbre grave que tenía la voz de sor Mariana y le contó vagamente lo sucedido durante ese tiempo. No le gustaba poner al tanto a las mujeres de sus pensamientos, y menos tratándose de una dirigida espiritual.

La religiosa, en cambio, se desbordó en narraciones y comentarios sobre la vida en el convento y en el palacio. Sor Mariana de la Sangre de Cristo era hija de los condes de Benavente y tenía muchos conocidos en la Corte, por lo que siempre estaba al tanto de lo que en ella pasaba. Habló así del rey Carlos, condescendiente con todos los caprichos formulados por la reina, sobre todo cuando ésta se pretendía embarazada como ahora. Se hizo eco de las habladurías que transitaban en los círculos cortesanos de Madrid, sobre una propuesta de ceremonia de exorcismo que curaría la impotencia del rey para engendrar. Manifestó también su preocupación por el estado de salud de la reina, aquejada continuamente de terribles dolencias estomacales.

El padre Sicardo se desesperó con aquel parloteo. Quería saber la razón por la que lo había hecho llamar con tal urgencia, pero no encontraba el momento para interrumpir la charla de la monja y preguntárselo directamente. Por fin, aprovechando un breve silencio, la interpeló:

—Bueno, bueno madre, ya he escuchado bastante, ¿Puede decirme Su Merced para qué me ha hecho venir?

—Un asunto muy delicado os afecta —dijo la voz, cambiando el tono coloquial que venía usando por uno grave y formal—. Me han llegado noticias que algo muy siniestro están planeando los enemigos de Su Paternidad para quitaros de en medio. No sé a ciencia cierta qué es, pero conozco a quien os puede informar con exactitud sobre el caso.

Las palabras de la religiosa produjeron en el fraile una contracción de los músculos de la mandíbula y tensión en todo su cuerpo.

"¿De qué se trata ahora?", pensó disgustado y, sin disimular su enojo, soltó a boca de jarro:

—Decidme pues con quién debo hablar.

—Fray Gaspar de San Agustín, que vive en el colegio de Doña María de Aragón, es a quien tenéis que acudir —dijo la monja.

Sicardo salió del locutorio hecho una furia. Sabía de lo que eran capaces los criollos y se esperaba las peores atrocidades. En pocos minutos llegó a las vistillas del río Manzanares, lugar donde se levantaba un soberbio edificio que albergaba el colegio de los agustinos fundado por el insigne fray Alonso de Orozco. Al llegar a la portería preguntó dónde podría encontrar a fray Gaspar de San Agustín. El hermano portero le indicó el lugar de su celda y, a grandes zancadas, fray Joseph subió las escaleras y llegó hasta ella.

Tocó a la puerta señalada y se presentó ante un religioso que estaba escribiendo sobre una gran mesa de roble. El fraile se levantó de inmediato y le dio la bienvenida afectuosamente. Le dijo que su hermano fray Juan Bautista, de quien era muy amigo, le había hablado mucho de él. Sin darle ocasión para preguntar sobre su caso, fray Gaspar le comentó que estaba escribiendo una *Historia de las conquistas de las islas Filipinas* y que sabía que, durante su estancia en México, Sicardo había recopilado muchos datos sobre el tema. Con halagos y zalamerías, le pidió que le permitiera consultar sus materiales.

Fray Joseph accedió, preocupado más en ese momento por la inquietud de saber lo que tramaban sus enemigos que por sus investigaciones. Por fin, cuando su interlocutor se calló después de lograr su objetivo, Sicardo pudo preguntar sobre el negocio que le había traído hasta allí.

Fray Gaspar, con la mirada compungida y después de ofrecer a su huésped una silla para que se sentara, comenzó a contar lo sucedido.

—Su Paternidad no ignora que los criollos de la Nueva España tienen por su procurador en esta Corte a un fraile llamado fray Diego Enríquez.

Sicardo hizo con la cabeza un movimiento de afirmación.

—Pues ese padre es ahora definidor de la provincia de Castilla y se ha aliado con el procurador de la misma, fray Miguel Pérez, para solicitar al rey que envíe a Su Paternidad de regreso a Nueva España. Ambos religiosos alegan que Su Paternidad salió de ella sin permiso.

Fray Joseph no pudo contenerse. Con los puños apretados golpeó sobre la mesa y, dando resoplidos, comenzó a despotricar contra los corruptos

agustinos criollos. Explicó, con las venas de las sienes saltadas, que lo que pretendían al obligarlo a regresar a Nueva España era atarle las manos para que no continuara con su labor de denuncia, pues allá sería más fácil tenerlo controlado.

Fray Gaspar, al verlo tan alterado, trató de calmar a su hermano de hábito con buenas palabras, aconsejándole paciencia e insinuándole que la ira era un vicio muy poco grato a los ojos de Dios.

El comentario fue contraproducente. Sicardo, picado en su amor propio, soltó un enjundioso discurso sobre lo que era ese pecado y sobre sus matices y formas.

—La ira —dijo— es un ímpetu desordenado del corazón, por lo que nos sucede contra nuestra voluntad. Pero no toda ira es mala ni toda paciencia es buena. Hay un tipo de ira santa, la inspirada por el horror al pecado y el deseo justo de castigar a los malos. Esta clase de ira no es pecado, pues como dice Santo Tomás: "*si se busca venganza conforme al dictamen de la recta razón es virtud laudable y se llama ira por celo*". Por otro lado San Juan Crisóstomo asegura que: "*es una gran impiedad no preocuparse por las injurias hechas a Dios*". Yo lucho por una causa justa y mi ira por tanto no es pecado sino virtud.

Ante la mirada perpleja de su interlocutor, fray Joseph se detuvo. Se dio cuenta del tono agresivo que estaba utilizando y reconoció, para sí, que había exagerado un poco. Después de pedir una disculpa a su hermano de hábito, le explicó los pormenores de la situación en que vivía la provincia novohispana y la razón de su violencia, avivada por la reciente noticia que acababa de recibir.

Fray Gaspar le respondió que entendía por qué estaba tan alterado y le dio un consejo. Debía dirigirse con sus quejas al conde de Oropesa, actual valido del rey. Él era el único, en toda la Corte de Madrid, en quien podría encontrar soluciones.

Sicardo escuchó las recomendaciones de fray Gaspar y, tras despedirse de su nuevo amigo, se encaminó hacia el Palacio Real. Bajó por la calle Nueva, llena de vagabundos y haraganes que jugaban naipes mientras aguardaban la hora de la comida, servida gratuitamente a la puerta de los conventos. En el camino cavilaba sobre el Diablo, padre de la mentira, y pedía a Dios que castigara con el fuego eterno a aquellos que le servían.

Llegó por fin a una espaciosa plaza con sus caballerizas y armerías. Se aproximó a la puerta del Palacio Real, que conservaba la pesadez del alcázar

que había sido, y entró en busca de su futuro protector. Preguntó dónde podría encontrar al conde de Oropesa a un guardia que lo mandó con un ujier, quien lo condujo a través de pasillos sombríos tapizados de pinturas. El guía se detuvo ante una gran puerta de madera, la abrió e hizo una seña al fraile para que pasara.

Un viejo secretario sentado ante un escritorio lleno de papeles lo recibió y le preguntó nombre y asunto. Cuando se le dieron, el burócrata entró a un salón contiguo y salió a los pocos minutos.

—Su Paternidad —dijo solemne— deberá esperar unos momentos, ya que Su Excelencia está ocupado.

Mientras se le daba audiencia, Sicardo le hizo charla al funcionario quien, aburrido de su trabajo, se dejó tirar de la lengua.

—Su Excelencia —dijo— ha tenido un día muy agitado. Por la mañana Sus Majestades han salido a Aranjuez a pasar una temporada por la indisposición de la reina nuestra señora, y el señor conde ha debido arreglar todo lo relativo al cortejo. Ahora está con el conde de Galve y el duque de Pastrana, hijos del príncipe de Eboli. El primero irá por virrey a la Nueva España en breve...

El rechinido de una puerta que se abría obligó a callar al parlanchín secretario. Dos hombres vestidos con ricos atuendos salieron del salón y cruzaron la estancia como si estuviera vacía. Al poco rato el burócrata hizo pasar al fraile a la audiencia que había solicitado.

El conde de Oropesa, un hombre corpulento y calvo, lo recibió con la mirada cansada y le pidió que expusiera su caso. Sicardo comenzó contando lo que pretendían fray Diego Enríquez y fray Miguel Pérez. Después describió en forma sucinta la situación por la que pasaba la provincia agustina de México. El conde escuchó atentamente el discurso del fraile y cuando terminó le dio dos consejos: respecto al problema de su remisión a Nueva España, debía solicitar de su general una patente que lo adscribiera a la provincia de Castilla; en cuanto a la reforma de los agustinos criollos, sería necesario que hiciera un informe dirigido al rey, de preferencia impreso pues impactaba más, sobre la situación que le acababa de describir.

El padre Sicardo salió del Palacio muy complacido con la entrevista. Cruzó la plaza presuroso pensando ya en la redacción del informe que se le pedía, cuando en el vecino convento de San Gil de franciscanos descalzos sonaron las campanadas que llamaban a la oración de *nona*. "Qué pena —recapacitó—, otra vez llegaré tarde al coro."

Convento de Jesús María, del 11 al 18 de abril de 1688.

María de las Vírgenes hurgó entre las cenizas del hogar para ver si encontraba algún rescoldo encendido, pero fue inútil. Tomó entonces del yesquero la piedra de pedernal, el eslabón y la yesca y se entregó a la tarea de hacer fuego. Sor María de la Trinidad la observaba y el acto cotidiano la indujo a pensar en otros rescoldos y en otros fuegos.

Desde que Antonia había abandonado la devoción que tenía con el agustino, andaba muy extraña. Comía a todas horas, por lo que había subido de peso, y estaba todo el día llorando. Su nana sabía bien lo que pasaba: durante meses la *Toluca* había cocinado el resentimiento, el engaño y los celos, desmenuzando en ese guiso los recuerdos de las dulces frases que le decía el amado. De todo ello sólo obtuvo un sabor amargo del que sor María había sido la confidente, al igual que de los viajes por las áridas tierras del odio, del coraje y de la sed de venganza. Pero a ella no le hacía falta escucharlo de labios de Antonia. ¿Cuántas veces la descubrió aproximándose al baúl que ocultaba el orificio de sus desventuras y observarlo con los ojos llenos de lágrimas, intentando traspasar el piso para ver si en la casita vacía quedaba algun resto del engaño? Sor María sabía que el recuerdo del agustino seguía aferrado a su amiga como el ollín a la parrilla.

La monja mandó a Isabel que moliera en un molcajete chile pasilla, ajo, clavo, canela, chocolate y sal para hacer un chilorio. Sor Antonia intentó ayudar picando los jitomates y las cebollas, pero sor María le quitó el cuchillo y se puso a hacerlo ella. La pobre muchacha tenía las manos llenas de heridas que se había hecho por dedicarse a esta ocupación en tan deplorable estado de ánimo.

Cuando todo estuvo listo, sor María de la Trinidad puso a freír en una olla de barro con aceite la salsa picante que se había preparado; probó con una cuchara de madera si el guiso estaba bien condimentado y echó sobre él el pescado, al tiempo que soltaba una jaculatoria a San Pascual Bailón, patrono de las cocineras. Unos huevos duros, tortillas recién hechas y atole aromatizado con canela y nuez moscada, completaron el desayuno que cuatro bocas voraces consumieron en unos minutos. Parecía que el ayuno del viernes hubiera dejado tardías secuelas. Era la mañana del Domingo de Ramos y en todas las celdas del convento, después de las primeras ora-

ciones del día, se estaba preparando y consumiendo el suculento desayuno de abstinencia pues, siendo Cuaresma aún, estaba prohibido comer carne.

Mientras las sirvientas lavaban ollas y platos, sor María comentó para distraer a sor Antonia:

—El señor arzobispo ha mandado prohibir los perrillos falderos en los conventos. Gracias a Dios no nos ha quitado los gatos, sin ellos las ratas nos comerían. ¡Cuántas prohibiciones! Me acuerdo que el año pasado o hace dos, el mismo señor arzobispo se quejó por la venta del pulque y solicitó que fuera prohibido. El hermano de mi cuñado, don Juan de la Rea, que había obtenido la prórroga del asiento del pulque, estaba muy preocupado...

La *Toluca*, que escuchaba con una mirada indiferente, interrumpió para preguntar:

—¿A qué hora será la procesión en el claustro?

Su nana, con tan cortante frase, se dio cuenta de que lo que decía no estaba siendo escuchado.

—Ya deben haber comenzado los preparativos —respondió sor María recogiéndose el hábito; con un ademán de enfado, se levantó y salió de la celda seguida por su amiga.

En el claustro, las religiosas se estaban formando de dos en dos, comenzando por las más jóvenes, para iniciar la procesión que dio principio en pocos minutos. Todas, vestidas con sus trajes de gala (capa azul sobre el hábito blanco y un medallón de la Inmaculada sobre el pecho), portaban palmas y cirios y cantaban salmos. La comunidad siguió a una cruz alta, flanqueada por dos ciriales, hasta llegar al coro bajo. Allí las monjas se postraron de cara al altar y rezaron un padre nuestro. Sor Elvira de San Francisco, con su voz engolada leyó, cantando, la narración de la Pasión de Cristo escrita sobre un gran libro. Al terminar, toda la comunidad subió al claustro alto para escuchar la solemne misa. Mientras el sacerdote recitaba las oraciones del rito litúrgico, sor María volteó de reojo a ver a su amiga, que tenía la mirada perdida en una oquedad del muro del coro, mientras su boca recitaba mecánicamente las oraciones. Le dolía mucho verla en ese estado y no poder consolarla. A los largos oficios siguieron las oraciones del mediodía y, cuando éstas terminaron, la nana estaba aún maquinando una solución al problema.

Después de la hora de la siesta, mientras bordaban como era costumbre hacerlo por las tardes para mantener ocupadas las manos y evitar, sin éxito, que se filtraran en la mente los pensamientos dolorosos, la madre Trinidad

leyó, intentando de nuevo distraer la atención de su amiga, unos párrafos de su libro predilecto, la vida de sor María de Jesús Tomellín:

"Tuvo esta religiosa, desde que vivía en el siglo, amistad con una monja en el convento de la Concepción. Pasaba con ella las horas en virtuosas ocupaciones y tratábala con afectuosas familiaridades. A cuya causa un mozo, hermano de la monja, por ser deudo tan cercano, solía ir a las rejas del convento a ver a su hermana religiosa y asimismo a visitar a la madre María de Jesús; siempre la visitaba acompañado de los padres de la sierva de Dios, sin que ella excusase las pláticas o huyese los lances de este mancebo, porque le parecía que en esto no había inconveniente ni riesgo alguno; pero como las jaras sutiles del maligno espíritu suelen entrar por los resquicios menores, motivole al seglar sobrado afecto y procuró que este mozo le cobrase grande afición a la madre María de Jesús. Mirábala con demasiada ternura y obligábala con frecuentes regalos, si bien que en ésta y en todas sus acciones procedía el mancebo con singular modestia; pero no dejaban de repetirse mucho las visitas y las pláticas entre los dos, y de aquí se ocasionaban unos como celos entre Dios y su esposa novel, a la cual miraba su celestial dueño como monja divertida en inútiles entretenimientos y en medio de semejantes peligros, celando Cristo, tan benigno como lastimado aquella su prenda.

"Al tiempo que sucedía esto entre los dos, advertía sor María de Jesús que, desde la cruz, aquel Señor divino la miraba como quejándose con semblante halagüeño, como reconviniéndola de su ingratitud con todo el cuerpo llagado. Volvía muchas veces la vista el crucifijo hermoso y cordero ofendido, ponía los ojos en esta su esposa, quería atraerla a sí muy del todo, y así con mucha dulzura y entre las amarguras de su cruz, repetía en mirarle, en lo cual parece que con el amor grande que a María de Jesús tenía, templaba Cristo suspenso en el leño de su misma cruz el dolor, pues acrecentaba el halago cuando insinuaba el tormento, y escarnecía la ternura cuando sobrellevaba la ofensa. Atendía a la esposa con este esmero de hermosuras, con rostro agradable, con caricias de un raro amor, aunque con demostraciones y heridas de un vivo dolor. Entonces, la madre María de Jesús embebecida en Cristo toda el alma, robándole su querido Esposo todas las atenciones y mirándolo en una cruz, de ningún modo atendía a las palabras que el mozo le decía, ni a los esmeros con que la cortejaba, de lo cual ofendido o enfadado llegó a mudar de dictamen. Ordenó Dios sabiamente tanto desabrimiento por esta causa en el mancebo, que se resolvió muy del todo a no visitarla más. Traza soberana del Creador con que vino a reducir Cristo crucificado a su amor solo y a sólo su afecto a aquella su divertida esposa y estimada

prenda, porque cuando la afición se reparte en dos extremos, con menos fuerza procede su llama, hasta que haya solamente en las dulzuras de Cristo todo lo que hay que amar. Puede con verdad decirse, que este Dios y dueño suyo sacramentado, ni permitía de aquesta su desposada virgen la ausencia, ni de su tálamo y frecuencia dulce toleraba el divorcio."

La lectura que describía los celos de Cristo pareció sacar a sor Antonia de su indiferencia. La religiosa comentó, como si su voz llegara de otro mundo, que los sentimientos ahí descritos no eran verdaderos pues la venerable jamás había engañado a Cristo. Al escuchar en sus propios labios tales palabras, la *Toluca* quedó turbada. La madre Trinidad se dio cuenta de su confusión de sentimientos. Era evidente que Antonia tenía remordimientos por la desobediencia a sus votos religiosos y por traicionar a Cristo; pero al mismo tiempo se sentía humillada por la traición del fraile. Las dos razones, tan contrarias entre sí, se sobreponían y entrelazaban. Sor María intuyó que la ansiedad oprimía el pecho de su protegida, al navegar entre la pena por haber dejado a su amado y la culpa por desearlo.

Esa noche, la madre Trinidad intentó algo que de niña le enseñó una sirvienta de su casa para alejar y olvidar. Hizo un muñeco de trapo relleno con romero mojado en agua bendita y lo vistió con el hábito negro de los agustinos. Subió después a la azotea del convento acompañada de sor Antonia y, desde allí, la obligó a arrojar el fetiche hacia la Acequia Real mientras ella recitaba un ensalmo. El resultado debía hacerse visible en los próximos días.

Pasaron el Lunes, el Martes y el Miércoles Santos sin que hubiera muestras del éxito de la operación. La tristeza acompañó a sor Antonia a lo largo de los días de la Semana Mayor, llenos de signos litúrgicos e impregnados del fuerte aroma a incienso y cera quemada y del molesto sonido de las matracas. Con sus silencios, sus sermones luctuosos y sombríos y sus tristes lamentos, las horas de esos días formaban un marco apropiado para un ánimo melancólico.

Llegó el Jueves Santo, famoso en Jesús María por el rico monumento que se colocaba en su iglesia frente al altar mayor. Sor Clara y sor Inés, que participaron en su arreglo, pasaron a invitarlas a que vieran cómo había quedado la soberbia estructura. Fueron primero al coro alto, pues en él se podía ver mejor la nave, pero estaba tan lleno de religiosas que decidieron descender al coro bajo.

Desde allí, las cuatro monjas observaron el monumento de madera de oyamel que fue estrenado en 1683. La obra seguía magnífica. En sus dos cuer-

pos se distribuían 16 retorcidas columnas; dos grandes escudos de la Monarquía española, patrona del convento, decoraban el zócalo y como remate tenía una media naranja calada, rodeada de ángeles y coronada por la estatua estofada y dorada de la fe. La mole resaltaba contra el fondo de tela morada que tapaba el retablo mayor. Cubierta de paños blancos, de flores y de cirios, la estructura sostenía la custodia con la Eucaristía, objeto de la veneración del Jueves Santo en el que ese sacramento se había instaurado.

A esas horas la iglesia estaba llena de gente que, además de admirar el monumento, iba a obtener las treinta semanas de indulgencia, pagaderas con la disminución de penas en el Purgatorio y prometidas a quienes visitaran siete templos ese día. Entre la concurrencia estaban los virreyes condes de Monclova, y su comitiva provocaba un tumulto todavía mayor. Sor María comenzaba una plegaria cuando una figura se paró frente a la reja del coro. Un rostro varonil se dibujó tras el velo negro que cubría la trama de hierro, y unos ojos atrevidos trataron de penetrar la obscuridad del recinto de la clausura. Al reconocer las facciones que algún día viera desde la azotea conventual, sor María volteó instintivamente a mirar a su compañera de celda. La actitud de sor Antonia le confirmó su sospecha sobre la identidad del caballero. La *Toluca* estaba visiblemente turbada. Sus dientes mordían unos labios temblorosos y sus manos cerradas se frotaban nerviosas una con otra. Al retirarse el agustino de la reja, frustrado por el fracaso de su intento, la madre Trinidad se aproximó a su protegida y la tomó del brazo forzándola a salir del coro.

A partir del inesperado encuentro, la actitud de Antonia cambió. A lo largo del día salió del mutismo en que se había sumergido durante meses y habló incontenible. A sor María le pareció que lo hacía más por distraer sus agitados pensamientos que por estar curada de su melancolía. Por la noche, sin embargo, volvieron las sombras junto con los sermones que recordaban el prendimiento de Cristo.

El mismo tono de pesadumbre fue el que notó la madre Trinidad en su protegida a lo largo del Viernes Santo. La Pasión de Jesús, las tres caídas y las siete palabras no hacían más que acentuar las luchas interiores que el alma de sor Antonia experimentaba. Cuando se mencionó la traición de San Pedro, la nana creyó descubrir en la *Toluca* una mirada transtornada. Pero sobre todo, parecía provocar en la muchacha terribles angustias el minucioso inventario de los sufrimientos de Cristo que hacían los predicadores y las alusiones a la responsabilidad que todo pecador tenía como

causante de esos dolores. El amor de Cristo, que había redimido a los hombres por su sacrificio, liberándolos de las penas del infierno, los obligaba a corresponderle con una entrega total. Con las palabras de los sermones se iba dibujando la faz de un Dios benigno y justo para quien se arrepentía y se entregaba a la penitencia, pero vengativo con el pecador reticente.

En los claustros del convento, a la luz de esos sermones, algunas religiosas con los hombros sangrantes arrastraron pesadas cruces y otras lamieron el suelo haciéndose sangrar la lengua. Hasta sor Elvira, poco afecta a esas prácticas, se paseó flagelándose por el patio principal dando voces y pidiendo perdón por sus pecados. Después de la hora de *nona*, cuando el cielo se nubló en recuerdo de la muerte de Cristo, sor Antonia estaba hondamente conmovida. Bajo la influencia de ese ambiente, que clamaba por perdón y arrepentimiento, llamó a la madre Trinidad y, en su presencia, prometió ante un crucifijo que nunca más hablaría con fray Pedro Velázquez, quien tantos pecados la había orillado a cometer.

El pesado velo del luto por la muerte del Redentor cubrió la tarde del viernes y todo el sábado. Las ceremonias del pésame a la Virgen Dolorosa por la pérdida de su hijo llenaron de lamentos y lágrimas los coros y el templo; pero en las celdas la vida seguía con su rutina cotidiana. Sor María de la Trinidad consideró que para calmar el dolor que sor Antonia tenía por haber sepultado su amor y para hacerla sobrellevar el luto, era necesario prepararle una suculenta comida de abstinencia: quelites con acosiles, pescado frito, sopa de queso, empanadas de huitlacoche, camotes con miel y pastelillos de almendra.

Las labores culinarias ocuparon a las habitantes de la celda toda la mañana y a la hora de la comida, cuando sus ávidas manos y bocas se disponían a consumir y a consumar el festín, se oyó un toquido a la puerta. Sor Antonia de Santa Clara, que venía a dar un recado a sor María, enmudeció ante tal despliegue de exquisiteces culinarias. Cuando pudo recuperar el habla comenzó a soltar una fuerte reprimenda, como correspondía a su papel de tornera mayor.

—La Iglesia —dijo— instituyó el largo ayuno de Cuaresma por varias causas: la primera, para refrenar la concupiscencia de la carne, pues al principio de la primavera es cuando suele crecer y hervir más la sangre. La segunda es para disponernos a la oración y conocimiento de las cosas divinas, porque descargando y aliviando el cuerpo queda el espíritu más hábil para volar al Cielo. La tercera es para que demos satisfacción por nuestros peca-

dos, alcanzando perdón por la pena que por ellos merecemos, para lo cual sirve la aflicción de la carne. En estas fechas debemos comer manjares poco apetitosos, mantener el orden en las comidas, sin comer entre ellas y meditar sobre la vida de Cristo y de los santos mientras comemos. Lo que ahora hacéis está definido por los santos padres como un apetito desordenado de comer y beber que se llama gula. Cinco maneras hay de gula según Santo Tomás: la primera es comiendo antes de tiempo; la segunda, buscando manjares muy preciosos y costosos; la tercera, cuando queremos las comidas guisadas con demasiado estudio; la cuarta, excediendo la cantidad y medida en cuanto a lo necesario; la quinta, comer y beber con demasiado arrebatamiento y deseo.

Las dos religiosas y sus sirvientas veían a la madre Santa Clara con ojos compungidos, como los niños que han sido pillados haciendo una travesura. Sor María fue la primera que rompió el silencio y explicó a su amiga que esos platillos estaban destinados para comerse al día siguiente, fecha en que terminaba el ayuno cuaresmal. En ese momento estaban ordenándolos para guardarlos a buen recaudo y, enseñando unos trozos de tortilla requemada que había sobre el fogón, se los mostró dándole a entender que ése sería todo su alimento durante el sábado de ayuno.

Sor Antonia de Santa Clara, al parecer, quedó satisfecha con la explicación y dio el recado que traía. La abadesa sor Antonia de San Lorenzo quería hacer al día siguiente, por la tarde, una reunión en su celda para reconciliar las conciencias de la comunidad y celebrar la Pascua de Resurrección en un nuevo espíritu de paz.

Cuando salió la hermana tornera, una queja general se escuchó en la celda. Las sirvientas estaban convencidas de que el comentario de su ama sobre la comida de ese día había sido hecho para salir del paso, pero se equivocaron. Sor María debía cumplir con lo que se vio forzada a decir, pues de no hacerlo pecaría contra el Octavo Mandamiento. Ese día todas tuvieron que apretarse el cíngulo y guardar un rígido ayuno.

Para la noche sor Antonia, que estaba acostumbrada a comer con abundancia en los últimos meses, gemía por el hambre. En un rapto de mal humor, comentó a sor María que ya estaba harta de tantas prohibiciones y lanzó un largo discurso sobre lo mucho que sufría por las privaciones. Aunque nunca lo dijo en forma abierta, la madre Trinidad pudo leer en esas quejas contra el ayuno forzado el dolor producido por haber renunciado al ser amado.

A la media noche, los cirios que se iban prendiendo en la obscuridad del templo marcaron el inicio de la celebración del Domingo de Pascua. Con ella, los paños morados desaparecían de las imágenes y las sonoras campanas volvían a sonar al vuelo. La temporada que se iniciara con el "polvo eres y en polvo te has de convertir" del Miércoles de Ceniza, terminaba ahora con un canto a la resurreción y a la vida eterna.

Al acabar la misa de Pascua, sor Antonia de San Joseph dijo a su nana que durante la ceremonia había recibido la revelación de que nunca rompería la promesa hecha ante el crucifijo. A sor María de la Trinidad se le hizo muy extraño el comentario, pues no venía al caso, y le pareció hecho más para el propio convencimiento que para ella.

El Domingo de Resurrección pasó lleno de fiestas. Desayuno y comida suculentos y una larga siesta que restauró los cuerpos después de la desvelada de la noche anterior. Por la tarde, sor María y sor Antonia se encaminaron con curiosidad a la celda de la abadesa. ¿Cuál sería la razón de una reunión en la que, al parecer, se iban a juntar las dos facciones en pugna? Cuando llegaron a la celda, sor Antonia de Santa Clara y sor Petronila de San Joseph departían animadas con sor Antonia de San Lorenzo y otras tres religiosas ancianas que ocupaban cargos en el convento. La *Toluca* se sintió fuera de lugar; la reunión parecía más bien destinada a las monjas eminentes. Al poco rato llegó sor Elvira con su sonrisa fingida y cargando un talego de cuero. Sor María de la Trinidad tomó a su protegida de la mano para calmar un disgusto que sabía evidente.

La abadesa dio una palmada para llamar la atención de la concurrencia; al parecer no se esperaba a nadie más. Cuando las conversaciones callaron comenzó a hablar del espíritu que la celebración de la Pascua traía consigo y se explayó sobre los trillados temas del amor y de la paz que debían reinar entre los hijos de Dios. A continuación hizo una velada alusión a lo detestables que eran las facciones y los bandos a los ojos de Cristo; insinuó que ella estaba dispuesta a olvidar y a perdonar todo lo sucedido y solicitó la misma actitud a sus opositoras. Finalmente pidió a sor Elvira que repartiera entre las presentes los regalos que traía en el talego; eran, según dijo, una muestra de reconciliación y de amor.

Ante tales palabras, todas las religiosas ofrecieron ser instrumentos de paz e hicieron votos por que la armonía reinara siempre entre ellas. El convenio se selló con una copiosa merienda basada en esos deliciosos dulces de almendra, que imitaban toda clase de guisos, por los que era famoso el con-

vento de Jesús María. La *Toluca* probó con ansiedad y nerviosismo uno de cada uno, ante la mirada compasiva de su nana.

Por la noche, después de las oraciones vespertinas, la celda de la madre Trinidad fue la sede de una segunda reunión. Sor Petronila y sor Antonia de Santa Clara llegaron a comentar sus opiniones sobre lo sucedido.

—Por fin Nuestro Señor ha escuchado mis súplicas —comenzó diciendo la ex-abadesa con voz suave—. Se restaurará en este convento la observancia y todas viviremos en paz y armonía.

—Para mí —la interrumpió la hermana tornera, que tenía más malicia que su compañera—, la abadesa está preparando el terreno para que sea elegida como su sucesora sor Elvira. ¿Por qué si no ella y la *Toluca* fueron las únicas monjas jóvenes invitadas a la reunión? Es claro, lo que quiere es hacernos creer en sus buenas intenciones con palabras almibaradas para distraernos; mientras tanto prepara el capítulo para elegir a su protegida. ¡Y esos regalos que más parecían sobornos!

Un silencio, que fue aprovechado para llenar las bocas con bocados de puerco en chilorio, permitió que las últimas palabras de sor Antonia reverberaran en las cabezas de sus oyentes.

—Por eso las exageradas muestras de devoción, ascetismo y arrepentimiento de sor Elvira durante la Semana Santa —irrumpió la voz de la *Toluca*, claramente alterada.

—Lo que debemos hacer —continuó la hermana tornera— es promover a sor Úrsula del Sacramento para contrarrestar la campaña a favor de sor Elvira.

Todas accedieron convencidas ante el discurso. Al terminar de comer unos pastelillos sopeados con chocolate, las monjas visitantes se despidieron. Cuando se cerró la puerta tras ellas, sor María miró a Antonia y notó su cara desencajada. La muchacha dijo tener náusea. La nana la ayudó a ir hasta la habitación y encargó a Isabel que le preparara una tisana para el malestar.

—¡Cuánta hipocresía! —expresó la *Toluca* con un dejo de amargura—. ¿Cómo pueden hablar de amor y de paz y actuar en el sentido contrario? Esa sor Elvira es una mujer muy embustera y liosa. ¡Ay nana, todo esto me da asco!

La tisana traída por Isabel provocó un vómito que vació el recargado estómago de la joven monja. Con la expulsión de la indigesta comida del día, Antonia parecía arrojar también su desprecio, sus culpas, sus pruritos y sus angustias.

Mientras detenía con su mano la frente de la muchacha, la madre Trinidad elucubró que había algo más que indignación en los comentarios de su ahijada contra sor Elvira; intuyó la búsqueda de un pretexto para correr de nuevo al orificio y a su devoto; se dio cuenta de que la promesa hecha por su protegida el Viernes Santo no duraría en pie por mucho tiempo. Al amor prohibido más valía cortarlo de tajo, porque si se dejaba algún rescoldo, luego luego se volvía a encender, como el fuego de la lumbre sobre las brasas cuando se le sopla.

"En fin, ¡tantos vericuetos tiene el alma! —pensó—. Nadie conoce mejor el fondo de la olla que el cucharón."

3. PEREZA

Colegio de San Pablo, 29 y 30 de julio de 1688.

Un codazo contra su costado lo hizo volver en sí. Fray Pedro no había podido evitar quedarse dormido después de intentar, en dos ocasiones, mantenerse despierto entre continuas cabezadas. Su amigo fray Antonio Morán lo obligaba ahora, por segunda vez, a regresar a la lectura. A pesar de la breve siesta que se acostumbraba después de comer, el estudio a esas horas siempre le provocaba sueño y más en el estado de desgano en el que se encontraba.

Los estudiantes se preparaban esa tarde para el examen de Teología Moral que tendría lugar al siguiente día y que sería el último del periodo escolar. Pedro se levantó de su asiento para buscar un libro por ver si podía despabilarse. Recorrió los pasillos que se abrían entre los libreros donde se acomodaban los cuatro mil volúmenes de la biblioteca del colegio de San Pablo, una de las más famosas y completas de la ciudad. Tomó de uno de los estantes un tratado sobre el matrimonio, el *Speculum Coniugiorum* de fray Alonso de la Veracruz, y dos de los volúmenes de la *Summa Theologica*, y regresó a su asiento. Pero en el camino, un gran globo terráqueo, colocado entre un astrolabio y una esfera de las constelaciones zodiacales, atrajo su atención. Al mirarlo soñó por un instante en los viajes que siempre había pensado hacer a través de los siete mares y de los cuatro continentes. En esos momentos el deseo de viajar era lo único que podía llamarle la atención.

Una voz instándolo a que se sentara lo sacó de su estado de embeleso. Era el hermano lector que estaba encargado de cuidar de los estudios de los futuros sacerdotes. Aunque exteriormente se mostró sumiso a la orden, el fraile obedeció de mala gana, deseoso de que esas tediosas horas de biblioteca se terminaran. Llegó a su asiento, se dejó caer sobre él y abrió con desgano y al azar el tratado de moral matrimonial de fray Alonso:

"El matrimonio sin coito es más santo que el matrimonio con cópula carnal". Sus ojos saltaron de un párrafo a otro sin que ninguno le provocara interés:

"Aunque el débito conyugal es una obligación entre los esposos, si es exigido por una de las partes con frecuencia inmoderada es válido, e incluso virtuoso, negarse a él... Nada reblandece tanto el ánimo varonil como las caricias femeninas y las intimidades matrimoniales... El uso de la mujer en el matrimonio no es pecado pero nos priva de la mayor perfección".

Por un momento su atención se fijó en un párrafo cuyo contenido parecía ser un poco más interesante:

"El coito legítimo puede revestir cierta malicia por razones de modo, tiempo, lugar o frecuencia. El modo natural de copular es aquel en el que la mujer yace de espaldas y el varón está encima. Toda desviación de esta postura es pecaminosa sin una razón que la justifique. Los indios acostumbran diversos modos innaturales y libidinosos, como el estar los cónyuges de pie, sentados, en posición lateral, el otro coito al modo de los brutos o la mujer encima del varón. Todas estas posturas están prohibidas".

Con un ademán de hartazgo, cerró el libro. Parecía que los temas relacionados con la fornicación lo perseguían donde quiera que fuera. Desde que había comenzado sus estudios siempre le habían atraído los capítulos de los libros de Teología Moral que trataban sobre el Sexto Mandamiento. Se sabía de memoria lo que todos decían, pero ahora esos temas le producían un gran aburrimiento. Lo relacionado con la libido parecía estar aletargado en él, e incluso hacía mucho tiempo que no iba con sus amiguitas habituales a desfogarse.

Su mano se deslizó hacia otro de los volúmenes que había tomado y lo abrió. La obra de Santo Tomás de Aquino decía:

"Donde existe una deformidad especial en el acto venéreo, ahí se da una especie nueva de lujuria, y si la lujuria de por sí es el peor de los vicios, esta deformación contra natura la hace abominable a los ojos de Dios. El modo de realizarlo puede ser múltiple. Primeramente se da cuando, sin coito carnal, por puro placer venéreo, se procura la polución; esto pertenece al vicio de 'inmundicia' que tam-

bién se llama 'molicie'. En segundo lugar si el coito se realiza con seres de diversa especie, esto se llama 'bestialidad'. En tercer término, si se realiza con uno del mismo sexo, por ejemplo, de hombre con hombre o de mujer con mujer; este vicio se llama sodomítico, el peor de todos. Y por fin, si no se observa el modo correcto de realizar el acto humano, sea introduciendo instrumentos de placer, sea empleando otras formas bestiales y monstruosas de pecado".

La lectura le trajo a fray Pedro la imagen del amigo quemado en la hoguera el año antepasado y con ella un alud de recuerdos de su infancia. Los intensos momentos vividos pescando en el lago o volando papalotes. El día en que comenzó a sospechar de las inclinaciones de Sebastián cuando fueron a bañarse al *temazcalli*. Su alejamiento de los amigos del barrio a raíz de su entrada al convento. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía a Antonio de Sierralta? Mientras sus ojos permanecían fijos en el libro que estaba frente a él, sin leerlo, su mente vagaba por el campo de los felices tiempos idos. Con la vida adulta el mundo había perdido su armonía y su encanto.

Un impulso llevó al estudiante a tomar el otro volumen que había sacado de la *Summa*. Su mano, llevada por el hábito de manejar los libros, lo abrió en una página que sus ojos recorrieron leyendo desordenadamente:

"El apartarse con facilidad del bien por cosas difíciles que no puedan soportarse, es propio de la flojedad... Al placer corporal se opone el trabajo... Se llama flojos a los incapaces de soportar ningún trabajo ni cosa alguna que disminuya el placer".

El índice abrió el texto en otra página:

"La acidia es una pasión, una tristeza molesta que de tal manera deprime el ánimo del hombre, que nada de lo que hace le agrada".

Sus ojos se quedaron atónitos mirando las letras impresas. Como un rayo fulminante, fray Pedro tuvo en ese momento la conciencia de que nada de lo que hacía en la vida tenía sentido, que su estado de ánimo de los últimos meses, calificado por el tratado moral como acidia, era consecuencia de esa total indiferencia ante todo lo que lo rodeaba. ¿Cuándo comenzó a rodar por esa cuesta que lo llevaba hasta un abismo tan desolador? Recordó que los primeros síntomas de inapetencia se habían dado a raíz de su ruptura con Antonia.

¡Que ironía! La mujer que ni siquiera había tocado, la siempre deseada y nunca obtenida, era la causante de su desasosiego. El deseo que se acrecentaba con la dificultad se convirtió en desesperación al producirse la ausencia. Él, que siempre lograba lo que quería; él, que gracias a su tesón y constancia

conseguía que se le abrieran todas las puertas; él, el infalible, debió bajar la cabeza ante una monja que, con su dignidad de mujer engañada, lo había rechazado enviándolo a ese infierno. La pureza de Antonia, que tanto lo cautivara en un principio, se convertía ahora en el látigo que castigaba su infidelidad. A partir de ahí comenzó a ver a las otras mujeres con hartazgo y se le fue muriendo el deseo de poseerlas. Todos sus pensamientos iban dirigidos a Antonia, figura idealizada, fantasma aparecido mil veces en sus sueños. La desesperación lo había llevado a intentar convencerla, por medio de misivas, de que volvieran a sus charlas clandestinas. El silencio fue la respuesta. Sus rondas infructuosas por el coro de Jesús María, como la del Jueves Santo, eran contraproducentes pues lo dejaban sumido en una mayor desesperación. Había llegado a tanto su angustia, que hasta estuvo tentado a consultar con una hechicera.

Una campanada, que señalaba el final del periodo de estudio y la llamada a la oración, lo distrajo por unos instantes de sus pensamientos, pero el recuerdo de la religiosa regresó obsesivo a su mente a lo largo de las horas. Ahí estuvo durante las *vísperas*, en la cena y a los rezos de la coronilla, la *benedicta* y las *completas*. Lo acompañó a los *maitines* y a la celda donde dormía con sus condiscípulos y se metió en su cama y en sus sueños. Toda la noche la imagen de sus deseos revoloteó alrededor de su lecho y se complació en acariciarlo, causándole gran pesar.

El fastidio y la negligencia fueron su compañía cuando las campanas conventuales llamaron a las primeras oraciones de la mañana. Con lentitud, se puso el hábito y se calzó los zapatos y con flojedad caminó hacia el coro. Ni el desayuno, que fue excepcionalmente abundante, ni las bromas de sus compañeros durante la hora de recreo, lograron sacarlo del estado de apatía en que estaba. El parlanchín barbero que lo despojó de una barba de varios días y del crecido cerco de cabello de su coronilla tonsurada, tampoco obtuvo respuesta.

A las diez de la mañana, la comunidad conventual se reunió en el gran salón de actos de la casa de estudios para asistir a los exámenes que daban fin a otro ciclo escolar. El rector del colegio abrió el debate recordando a fray Alonso de la Veracruz, fundador del ilustre colegio de San Pablo. A continuación, el maestro lector de la cátedra de Teología Moral y otros dos examinadores fueron haciendo pasar uno a uno a los alumnos y, abriendo al azar la *Summa Theologica*, les preguntaron sobre diferentes cuestiones.

Mientras sus condiscípulos hablaban de vicios y virtudes y de los matices de la culpa según las circunstancias, motivos e intenciones del pecador, Pe-

dro pensaba en su futuro. Diez meses atrás, a sus 22 años, había recibido el cáliz vacío y las vinajeras llenas, símbolos del orden del subdiaconado, y a fines de este año sería consagrado diácono, la penúltima de las órdenes sagradas. A los 24, en unos quince meses más, recibiría la ordenación sacerdotal de manos del obispo y conseguiría con ello todas las prerrogativas y privilegios que tenía un religioso sacerdote en la sociedad. Quizás podría obtener, gracias a su tío, el nombramiento de procurador de la provincia y viajar a España y a Roma y, con suerte, podría quedarse en Europa algún tiempo. No era uno de los alumnos más aventajados, pero sus maestros lo consideraban un buen discípulo y tenía ante sí una carrera prometedora. Por un momento los pensamientos optimistas hicieron brillar una lucesilla de esperanza, pero ésta se apagó cuando soplaron de nuevo los vientos del desgano traídos por la presencia de la realidad.

—Fray Pedro Velázquez, pase al estrado— dijo la voz del maestro lector.

El religioso se levantó de su asiento y caminó hacia la cátedra, donde estaban sentados los examinadores. Se detuvo bajo el gran cubo de madera que detentaba el corazón traspasado por tres flechas, escudo de la orden agustina, y esperó a que el fraile lector le diera el pie para iniciar su exposición:

—*De speciebus luxuriae* —dijo la voz desde lo alto de la cátedra y continuó en un elegante latín—. *Explicado el concepto de lujuria, veamos sus especies. Primero: división de las partes de la lujuria. Segundo: si la fornicación simple es pecado mortal. Tercero: si es el mayor de los pecados. Cuarto: si en los tactos, besos y actos semejantes puede haber pecado mortal. Quinto: si la polución nocturna es pecaminosa. Sexto: el estupro. Séptimo: el rapto. Octavo: el adulterio. Noveno: el incesto. Décimo: el sacrilegio. Undécimo: el pecado contra la naturaleza. Duodécimo: orden de gravedad entre estos distintos pecados.*

Mientras el maestro leía la sentencia, fray Pedro recordó las innumerables veces que había confesado sus deslices amorosos con ese lujo de detalles que los confesores exigían y que los confesionarios describían con pormenores. Aunque la elección del director espiritual recayera siempre en amigos cercanos, conocedores de las debilidades de la carne y tolerantes con ellas.

Cuando la voz se detuvo, el examinado comenzó a recitar los artículos de la cuestión 154 de la *Summa Theologica*, aprendidos de memoria y conocidos desde hacía mucho tiempo. "*Utrum convenientur assignentur sex species luxuriae.*" De su boca salían, con latín fluido, las ideas que la mente del santo dominico elucubró cuatro siglos atrás:

—*"Quien está casado peca si goza de otra mujer y si usa mal de la propia... Todo comercio carnal con una mujer extraña es pecado mortal... La fornicación es pecado gravísimo... Al perjurio se debe imponer una pena semejante a la del adulterio y la fornicación, a la del homicidio cometido voluntariamente y a los demás crímenes parecidos... El fornicario obra contra su propio cuerpo, templo del Espíritu Santo... Dado que los abrazos, besos y tactos tienen por fin el placer, hay que contarlos entre los pecados mortales... La polución nocturna en sí misma nunca es pecado; pero a veces es consecuencia de un pecado anterior... El sello de la virginidad no debe romperse sino en el matrimonio... Estupro es desfloración ilícita de una virgen... Quien ama excesivamente a su mujer obra contra el bien del matrimonio usando de él desordenadamente; aunque no viole la fe prometida, en cierto sentido puede llamarse adulterio... El incesto es abuso carnal de personas consanguíneas o afines... Si alguien abusa de una virgen consagrada a Dios, en cuanto es esposa de Cristo, comete un sacrilegio... Por eso sentenció Justiniano que si alguien raptara, o intentara hacerlo, a las vírgenes consagradas a Dios, será castigado con la pena capital".*

Al pronunciar esta última frase, fray Pedro se detuvo desconcertado, como si desconociera que su propia voz era la que había emitido tan drástica sentencia. Un sudor frío recorrió su columna vertebral mientras obscuras premoniciones ensombrecían su mente.

Al darse cuenta de que su turbación estaba siendo notoria, fingió hacer memoria sobre el texto que seguía, aparentando que su titubeo se debía a una laguna mental, y después de un momento terminó su exposición:

—*Si se realiza con uno del mismo sexo, por ejemplo, de hombre con hombre o de mujer con mujer, este vicio se llama sodomítico y es el peor de todos.*

En obediencia a una señal de los examinadores, fray Pedro se retiró a su asiento y una vez en él se puso a analizar la extraña sensación que había experimentado. Era algo absurdo, pensó, temer la pena capital por sacrilegio, cuando la posibilidad de acceder al lecho de una religiosa era ahora más lejana que nunca. Para tranquilizarse, el fraile atribuyó el hecho a la obsesión que lo había atormentado durante meses y al estado depresivo por el que atravesaba.

Cuando terminaron los exámenes, a la hora del *angelus*, una figura erguida se aproximó a él y lo felicitó calurosamente por su desempeño. Era fray Diego de la Cadena, que siempre estaba presente en estos actos y con mayor razón tratándose del examen de su sobrino y ahijado. Después de darle los parabienes, con esa calidez que empleaba sólo con él, el padrino invitó a Pedro a comer a su celda.

Las habitaciones que ocupaba fray Diego en el colegio de San Pablo, su residencia habitual, estaban decoradas con ricos objetos de Asia y de Europa y con muebles y cerámicas novohispanos. Al llegar fueron recibidos por el *Marquesito*, a quien su amo encargó los preparativos para la comida. Después de un rato, dos sirvientes pusieron sobre la mesa varios platos de carnes y verduras y tazones con frutas y dulces. Mientras comían, fray Diego llevó la pauta de la conversación. Habló de una reciente enfermedad, unas esquilencias que lo atormentaron durante varias semanas y lo obligaron a retirarse al convento de Ixmiquilpan, cerca del cual existían unas aguas termales milagrosas; se podía permitir estos pequeños recreos ahora que no era provincial. A los postres habló de sus planes para el próximo trienio, comentó su interés por elegir a un criollo fiel a sus intereses y dejó entrever que su sobrino podría ocupar ese cargo en un futuro, una vez que hubiera hecho carrera en la orden y después de obtener su título de maestro. Pedro intentó comentar con su tío los deseos que tenía de viajar, pero las palabras se ahogaron en su garganta ante las nuevas proposiciones que fray Diego le hacía.

En planes y ofrecimientos acompañados con vinos españoles y dulces de la tierra, se pasó una buena parte de la tarde. Fray Pedro, arrellanado en el asiento, fingía poner atención a lo que su tío le contaba pero su mente vagaba sin rumbo por los desiertos de la melancolía. Después de un rato fray Diego, conocedor de los estados de ánimo por las actitudes corporales, le preguntó a boca de jarro:

—¿Qué mal te aqueja que te tiene en tal desgano?

Pedro estuvo tentado a contarle toda la historia, que hasta ese momento sólo conocía su amigo fray Antonio Morán, pero calló por temor a la censura y sólo musitó:

—Males de amores.

Fray Diego no le dio mayor importancia al hecho y ante la actitud reservada de su sobrino no quiso inquirir más.

—Saber excusar pesares es doctrina provechosa —sentenció como para dar fin a la charla—. Vamos al teatro y eso te hará olvidar; que para los males de amor sólo hay dos medicinas: el tiempo y el entretenimiento.

Y diciendo esta frase, el padre De la Cadena se levantó de su asiento, sacó de un baúl una capa y un sombrero, los ofreció a su sobrino y tomó para sí otros artículos similares. Con un ademán llamó al *Marquesito* y después de darle algunas instrucciones, tomó a su sobrino del brazo y lo con-

dujo fuera de la celda hacia la salida. A los pocos minutos ambos frailes estaban ya montados en un carruaje, propiedad de fray Diego, y bajaban por la calle de la Buena Muerte rumbo al Coliseo de las comedias. Un fuerte aguacero vespertino los cogió a mitad del camino, por la calle de las Damas, pero cuando llegaron al hospital real de indios, en uno de cuyos patios estaba situado el corral, la lluvia ya había amainado.

Una multitud de carruajes se aglomeraba a la entrada del hospital y de ellos descendían elegantes damas y caballeros bien vestidos. Los dos frailes bajaron del suyo y, después de traspasar la puerta del edificio, se dirigieron hacia el claustro donde estaba el corral. Pedro seguía a su tío que en lugar de entrar por donde todos lo hacían, se metió por una puertecilla y lo guió a través de corredores, terraplenes y celosías hasta su palco privado. Sacó de su hábito unas llaves, abrió con ellas una puerta de madera y ante los ojos de Pedro apareció una gran sala rectangular. Era la primera vez que el joven fraile visitaba el teatro, una diversión que nunca le había atraído.

Sus ávidos ojos devoraron el espacio. A la altura de su rostro, los palcos laterales o aposentos, alquilados por temporada, albergaban a las más destacadas familias de la aristocracia novohispana. Enfrente de él, el palco del virrey y de la Audiencia, el más cercano al escenario, estaba vacío. Fray Diego hizo una señal de saludo en varias ocasiones hacia los palcos y hacia la parte de abajo, donde estaba el patio central. Pedro miró en esa dirección y se le mostró un mundo de altos peinados, escotes, joyas, casacas y largas y cuidadas cabelleras. Un alboroto en la parte de atrás de la luneta llamó su atención por un instante. En la zona llamada "la mosquetería", donde los hombres de la plebe acudían de pie al espectáculo, se estaba armando un gran escándalo. Fray Diego le explicó que el hecho era común y pronto la mirada del fraile se dirigió al fondo del segundo piso, a la llamada cazuela de las mujeres, sobre la que estaba la galería de la tertulia para hombres. Separados por celosías, esos pisos superiores eran sede de gran animación. Artesanos y pequeños comerciantes mestizos y mulatos, funcionarios medios y sus mujeres, gritaban y silbaban armando una algarabía que se escuchaba en cada rincón. Desde esas alturas se veía caer de vez en cuando algún cabo de cigarro o una cáscara de fruta, con las consecuentes quejas de los que estaban abajo.

Fue hasta ese momento que Pedro notó el fuerte olor al humo de tabaco y al aceite quemado de la iluminación, aromas que disimulaban el de los orines y el desagüe. Fue también hasta entonces que escuchó los gritos de

los vendedores de dulces y de agua de aloja y el ensordecedor barullo que salía de un millar de bocas.

Fray Diego comentó:

—El Coliseo es lugar ideal para enterarse de novedades. Aquí se destripan vidas ajenas, se murmura y se seduce a las mujeres. Los espectadores son a su vez espectáculo para otros espectadores, por lo que los puestos mejores son aquellos que mejor permiten ver y ser visto.

Pedro se sintió de pronto malhumorado. No quería ser visto como si fuera un bicho raro. No quería que la gente hablara de él y lo señalara. Imaginaba los comentarios que muchos hacían: "mira allí al fraile bastardo con su tío; pronto será provincial el hijo de la sirvienta". Para distraerse, Pedro miró al techo y observó las innumerables goteras, prueba de que la estructura, fabricada de madera y techada con tejamanil necesitaba una restauración urgente. La última se había hecho hacía 23 años, después de un incendio.

Cuando bajó de nuevo la vista, su mirada se topó con el palco virreinal, el cual estaban llegando en ese momento los virreyes, los oidores y don Pedro Velázquez de la Cadena. En algunas ocasiones había visto a ese padre ausente que le era tan lejano y había intercambiado con él tres frases de cortesía. Siempre lo miraba con indiferencia, pero ahora sucedió algo que lo sacó de sus casillas.

Una vez que ocuparon sus asientos las autoridades, el secretario de Gobernación saludó a su hermano fray Diego, pero ignoró a su hijo. A Pedro nunca le había dolido tanto como ahora el sentirse bastardo. Ese hombre, del que sólo había recibido su primer apellido y unas cuantas monedas para la manutención de su infancia, fue visto en ese momento como el causante de todas sus desgracias. Para qué lo había traído a este mundo sin sentido. Las tinieblas que obscurecían su alma y que se habían disipado momentáneamente con la salida al teatro, volvieron a caer sobre él con su pesado velo y lo sumieron en un estado de total abulia

Ni los comentarios de fray Diego, al que había visto siempre como a un padre, ni la animación del público o las representaciones teatrales lo pudieron sacar del pozo profundo en que se hallaba sumergido.

En el tablado se sucedían escena tras escena que hacían reír escandalosamente al público. Iluminados por lámparas de aceite cubiertas con pantallas enceradas y con el fondo de tramoyas, escotillones, postillones y pescante a la vista, los actores, "oficiales del contento", como se les llamaba, bailaban, cantaban y recitaban largos parlamentos entre las mofas y chan-

zas del público y los gritos de los vendedores. Se representaron sainetes graciosos, tonadillas obscenas que ironizaban a los clérigos enemigos de las diversiones, bailes que provocaban bullicio en las cazuelas y el mosquete y una obra insulsa llamada *Morir y disimular*.

Pedro miraba todo lo que pasaba a su alrededor como si estuviera detrás de un velo.

—¡Mi alma, Dios te guarde! —gritó un hombre moreno desde la "mosquetería" a una de las actrices que salió a recibir los aplausos del público. Fray Diego comentó algo sobre lo necesarias que eran las diversiones para que la plebe no cayera en la melancolía, madre de la rebelión. Pero al ver el ánimo que cargaba su sobrino, se dio cuenta de que el comentario había sido muy poco apropiado. Todos sus intentos por levantarle la moral habían fallado, pero el padre De la Cadena no se dio por vencido.

—Vamos a la casa de Astete —comentó con júbilo, como para animar a su invitado—; en ese lugar se pueden conseguir un buen vino y un juego divertido sin mucho esfuerzo.

Salieron a la calle cuando la noche ya cubría el cielo. Fray Diego llamó a su lacayo, que estaba esperándolo ya a la puerta del hospital, y en unos minutos el carruaje transportó a los dos frailes al otro extremo de la ciudad.

Las riendas tiradas por el cochero detuvieron el brioso trote de los caballos frente a una casa de dos pisos. Como todas las viviendas de la ciudad, a esas horas de la noche el edificio tenía las puertas cerradas.

Tres toquidos lentos, señal convenida, dieron a los dos frailes acceso a un patio al que rodeaban varias habitaciones. De una de ellas salía un gran bullicio y hacia él se dirigieron los recién llegados.

El padre De la Cadena saludó a varios de los clérigos y laicos que jugaban cartas y dados alrededor de seis mesas. Explicó a Pedro que a él no le gustaba jugar, y que iba a esa casa tan sólo por el excelente vino que en ella se servía. Decía eso cuando dos muchachas mestizas se les acercaron y les ofrecieron sendas copas, en las que escanciaron un licor bermejo y espeso.

—Estas son las hermanas Lucio, Antonia y Juana —dijo fray Diego a su sobrino, quien hizo una mueca que quiso ser un saludo. Las jóvenes contaron un chiste y se alejaron riendo mientras el tío tomaba al sobrino del brazo y lo llevaba hacia una de las mesas, donde parecía que la conversación estaba más animada.

—Echa el resto —decía una voz ronca al tiempo que una mano callosa apretaba un amuleto.

—La fortuna es veleidosa —comentó fray Diego— y a veces, cuando se cree que se va ganando, la realidad es que se está perdiendo. Al decir esto dio a Pedro una palmada en la espalda y se fue hacia una mesa en la que otro fraile y un caballero tomaban vino. El joven miró a su padrino discutir con sus amigos y pensó en los muchos negocios que traía entre manos y de los que poca cosa le comentaba.

Después de un rato de observar el juego y de escuchar las conversaciones, el fraile comenzó a hartarse. Todas las charlas le parecían aburridas, vulgares y llenas de lugares comunes; historias de cornudos, blasfemias, juramentos, albures. Cansado de todo, se retiró a una silla que estaba aislada en un extremo del salón y se sentó a mascullar sus cuitas y pesares.

Estaba en eso cuando vio entrar al *Marquesito* en el recinto. El criado fue hacia fray Diego y le dijo algo al oído. Conocedor de los hábitos nocturnos de su amo, el sirviente sabía dónde encontrarlo.

"De seguro vino a dar algún recado urgente —pensó el joven fraile—, ¿pero no podía haber esperado hasta mañana?"

Al terminar de hablar con su amo, el sirviente se dirigió hacia Pedro y le extendió un trozo de papel doblado.

El religioso, desconcertado, abrió el recado y leyó:

"Fray Pedro, os espero en la casita de la calle de la Estampa mañana después de *vísperas*".

Un estallido de felicidad iluminó su atormentado cielo.

4. LUJURIA

Ciudad de México, tres días del verano de 1688.

"Lujuria es un apetito desordenado de los placeres sensuales."

Después de leer la frase lapidaria, Antonia cerró el catecismo con una sensación de malestar y se sentó ante el bastidor de bordado para terminar la camisa que hacía para Pedro. La prenda estaba ya cosida y los botones en su lugar, faltaba tan sólo decorar los puños y el cuello con una cenefa de hojarasca blanca. Pero esa mañana nada salía bien; el hilo se cortaba a cada rato y las agujas se mostraban tan expertas en caerse, que parecían tener vida propia. La joven monja no podía controlar su nerviosismo.

La noche anterior, durante un agitado insomnio, había sido atormentada por un acucioso deseo de sentir cerca a su amado Pedro. El anhelo de escuchar su voz susurrante, de tocarlo y de verle el rostro había llegado a un límite angustioso. Desde que reanudaron sus conversaciones por el orificio apenas dos semanas atrás, su estado de ánimo se encontraba sumamente alterado.

Sor María de la Trinidad llegó con su vivaz conversación a sacarla momentáneamente de sus cuitas.

—Mire nomás Su Merced lo que andan por ahí contando. Un negro del obraje de Juan Sánchez se saltó anoche al convento de Santa Inés por la azotea y molestó a una pobre monja que paseaba por la huerta. La religiosa salió dando voces, pues creyó haber visto al mismo Satanás en persona. Hoy le darán al atrevido doscientos azotes en la plaza.

Una sonrisa casi imperceptible fue la respuesta que la *Toluca* dio a la anécdota. La madre Trinidad no se sintió afectada ante tan pobre contestación, aunque esperaba una reacción más efusiva. De un frutero que estaba sobre la mesa tomó un melocotón y lo ofreció a su protegida, intentando con ello captar de nuevo su atención.

Los dientes de la muchacha se hundieron en la pulpa del fruto y liberaron un jugo azucarado que la lengua recogió, distribuyó por la cavidad de la boca y dejó deslizar al final por la garganta. El placer distrajo por un momento el nerviosismo.

Sor María tomó un libro piadoso y comenzó a leer en voz alta historias sobre los santos. La celda se llenó de infancias que rehuían a los juegos y buscaban ayunos y sufrimientos; las paredes resonaron con el ejemplo de vírgenes suicidas que prefirieron la muerte a entregarse a sus captores y de pecadoras que al arrepentirse se abandonaron a actos extremos de penitencia; los muebles se conmovieron ante las violentas reacciones de los santos cuando les acometían las tentaciones de la carne: San Benito se revolcaba desnudo entre las espinas; San Juan Bueno se clavaba púas en la carnes de los dedos debajo de las uñas; San Macario metía la mano al fuego para apagar con el dolor el ímpetu de la sensualidad; San Francisco se revolcaba en la nieve para aplacar con ella los ardores de la libido.

A sor Antonia esas narraciones sólo le provocaron horror. Con un movimiento reflejo pasó su mano sobre la delicada tela de la camisa y, como para conjurar los fantasmas que la atormentaban, se la llevó hasta sus mejillas y sintió en ellas el placentero tacto del algodón. Cuánto anhelaba

su piel el contacto con la piel de Pedro. Aunque su cuerpo sólo poseía el vago recuerdo de los instantes vividos en San Agustín de las Cuevas, sus deseos convirtieron ese momento en un acontecimiento destazado y revivido mil veces.

Con un estruendoso portazo entró a la habitación María de las Vírgenes. La sirvienta traía en las manos un gran ramo de flores que depositó en el regazo de sor Antonia mientras iba en busca de un jarrón para ponerlas. La monja se entregó al placentero disfrute del aroma de los nardos y de los jazmines y, después, al olor a pino quemado que despedía el vestido de María de las Vírgenes, que llegó a llevarse las flores para ponerlas en agua.

—Qué terrible día el de ayer —comentó la criada mientras acomodaba unas azucenas dentro del azul de un jarrón chino—. Por la mañana murió una parienta del provisor Sierra; fue ahorcada por su marido dizque por celos. Al mediodía, junto al portal de Tejada, un mulato mató a su esposa de cinco cuchilladas. Y a las seis de la tarde, frente a Capuchinas, Mariaca, el carpintero, degolló a su mujer; dicen que ella alcanzó el santo olio y él se retrajo a San Agustín. Tal parece que el Diablo anda suelto.

Los hechos contados por la sirvienta llenaron a Antonia de incertidumbre y aumentaron su nerviosismo. ¿No serían tan terribles crímenes un mal augurio? ¿No le estaría Dios dando un aviso para que detuviera la desbocada carrera de sus deseos? La mención del Demonio le había producido un escalofrío y las amenazas de las penas del infierno prometidas a los pecadores volvieron a ensombrecer su ánimo.

—Salgamos al patio —dijo sor María—, a ver si con el aire se te quita ese humor.

Al salir, las monjas vieron a dos mariposas amarillas que jugueteaban alrededor de una azalea repleta de flores rojas. Un gato se acercó al macetón donde estaba la planta y con grandes saltos trató de capturar con sus garras las batientes alas. En el rostro de sor Antonia se dibujó una sonrisa.

—Vaya, por fin quitas esa cara de palo —comentó la madre Trinidad, al tiempo que tomaba de su hábito una catarina y la depositaba entre los dedos de su protegida—. Toma hija, tocar este animalito trae un día de buena suerte.

Los trinos de unos pájaros que desde su jaula alegraban el soleado patio, terminaron por devolver a sor Antonia la tranquilidad y la dicha de vivir. Con la mano asida al brazo de su nana, la joven monja la incitó a caminar mientras le contaba sus cuitas e indecisiones.

Sor María, que sabía de sobra que era imposible influir en la voluntad de la *Toluca*, escuchaba sin emitir juicio alguno. Las campanas llamaron a la oración y durante la hora de coro, así como en las comidas y en los rezos vespertinos, los pensamientos de Antonia navegaron a merced de vientos encontrados. En un instante soplaban los que estaban a favor de una entrega incondicional al amado, y al siguiente fluían los que traían los argumentos contrarios.

Esa tarde, al regresar de las *completas*, Antonia se recostó en la cama para reposar las tensiones del día. Mientras mascullaba en la soledad sus pensamientos, un ruido sordo se dejó escuchar en el orificio de la pared que daba a la calle. Era la señal establecida para manifestar la presencia de Pedro en la casita. Antonia se levantó de un salto, movió el baúl y la estera que cubrían el pequeño agujero y se arrodilló frente a él para escuchar las palabras del amado.

—Las horas que paso sin ti se hacen eternidades —dijo la masculina y conocida voz desde la obscuridad del orificio—, los tormentos del infierno no deben ser tan terribles como estos que ahora sufro por no tener tu presencia.

Las frases amorosas siguieron brotando del hoyo como de un manantial y, aunque escuchadas cien veces, a Antonia le parecieron dichas por primera ocasión. Idolatrar, adorar, amar, verbos que como mágicos proyectiles se estrellaban contra los muros de su indecisión, fueron debilitando las defensas de su fortaleza. Por fin, a las despedidas, Antonia ya había tomado una determinación:

—Venid mañana después de las oraciones —dijo a Pedro—, os daré acceso a mi lecho y en él encontraréis lo que buscáis.

Después de colocar la estera y el baúl en su lugar, la joven se levantó presurosa y llamó a la madre Trinidad. Necesitaba un pico de hierro y una pequeña pala y sor María se los podía conseguir con las monjas encargadas de la huerta. Acostumbrada a no hacer preguntas, la buena religiosa regresó a los pocos minutos con los instrumentos que se le pidieron. Con la mirada atónita, observó cómo su protegida golpeaba contra muro y suelo de la celda alrededor del orificio que le servía para su comunicación. Conforme avanzaba la noche, las ávidas manos destruían la estrechez y abrían un boquete a la esperanza. Al amanecer el pequeño agujero se había convertido en un gran escotillón.

La solicitud de sor María había conseguido también varios costales para deshacerse de los escombros, que fueron a dar desde la azotea conventual al fondo de la acequia, momentos antes de que la campana llamara a la primera

oración. La estera y el arcón volvieron a su sitio y ocultaron a los ojos de todos el escotillón, como lo habían hecho con el orificio.

Las horas transcurrieron para Antonia llenas de una gran ansiedad. La falta de sueño y el anhelo de lo que pasaría esa noche rodearon a la monja de una extraña sensación de irrealidad. Todo sucedía ante sus ojos como si pasara en un sueño. El deseo de que llegara pronto la noche se confundía con la angustia producida por lo prohibido. La idealización del amado y las fantasías y expectativas creadas alrededor de él, convivían con el vértigo y el horror que producía el enfrentamiento con lo desconocido.

Por fin llegó la obscuridad con sus promesas. Sor María, aleccionada por sor Antonia y siempre obediente a la menor de sus peticiones, explicó a las sirvientas que dormiría con ellas esa noche, pues la *Toluca* se sentía indispuesta y quería estar sola. La débil voluntad de la nana había sido de nuevo **vencida por los ruegos y los chantajes.**

La joven se recostó en la cama a esperar la llegada del amado. Atenta a todos los ruidos y con la respiración contenida, sentía dentro de su pecho los latidos del corazón, que parecía querer salírsele. De pronto escuchó el sonido de una escalera de madera que se recargaba en un muro y unos pasos que subían por ella. Se abalanzó hacia el escotillón y con ansiedad removió **el arcón y la estera que lo cubrían.**

Del boquete emergió la cabeza gallarda de Pedro y en un momento su cuerpo entero estaba frente al de ella. Un beso en los labios marcó el inicio del encuentro. Con la destreza de quien está acostumbrado a esas lides, el joven llevó a su amada hasta la cama y la depositó con suavidad sobre ella.

Luego, los dedos expertos de Pedro comenzaron a dibujar sus cejas, sus párpados, sus labios, los lóbulos de sus orejas, las líneas de su cuello. Mientras tanto, una voz cálida dejaba deslizar por sus oídos dulces palabras que fluían hasta lo profundo del alma, llenándol de una placentera sensación de abandono. Al sentir la primera caricia sobre su pecho, Antonia volvió la cabeza para mirar los ojos del amado y se encontró con unos labios húmedos que se apretaban contra los suyos y con una lengua que se abría paso entre ellos, ávida de penetrar en la cavidad de su boca. Una descarga eléctrica recorrió sus piernas y un agradable sudor comenzó a brotar de sus poros.

El deseo de Antonia iba aumentando en la medida que sentía deslizarse sobre su piel las masculinas manos, que poco a poco comenzaron a despojarla de su ropa. Saltó primero el fajo de cuero que sujetaba a la cintura el amplio camisón con mangas largas. A continuación salió éste por la cabeza, llevando

tras de sí la toca blanca y el cuello que rodeaban el rostro. Una rápida caricia en la corta cabellera, y la boca de Pedro se hundió en el pecho y bajó hacia el vientre de la amada hurgando con la lengua las sensibles regiones. Un torrente de placer arqueó la espalda provocando en todo el cuerpo leves sacudidas.

Al tiempo que sacaba los largos calzones, los chapines y las calzas, el hombre iba también despojándose de sus ropas. Cuando ambos estuvieron completamente desnudos, Pedro se tendió sobre Antonia y metió uno de sus muslos entre los de ella, obligándolos a abrirse de par en par. Al sentir el pecho y los músculos del amado sobre los suyos y los movimientos lubricados por el sudor que sobre ella se hacían, la joven sintió que el placer desbordaba todos sus poros. Mientras cinco dedos se entretejían entre los suyos, Antonia sintió que un gran clavo ardiente comenzaba a penetrar en su aterciopelada bóveda. Un leve dolor se perdió entre las olas de placer. Gemidos y jadeos se entrecruzaron en un diálogo sin tiempo ni espacio. Luego el estallido de luz entrando por los ojos entreabiertos y la sensación del propio cuerpo tembloroso, vibrante, erizado y abierto a todo lo que lo rodeaba. Y al final, la percepción del cuerpo del amado temblando violentamente sobre el de ella.

Con el regreso a la respiración acompasada, los órganos hinchados, pletóricos de sangre, volvieron también a su estado normal. Se acalló la violencia de la voluptuosidad y regresó la conciencia a tomar su pedestal, aunque apenas por unos instantes, pues pronto vino el entresueño a desplazarla. Pedro deslizó su brazo alrededor del cuello de Antonia y cubrió su rostro de besos, pero al poco rato se quedó dormido. Antonia, en el silencio de la noche, se mantuvo aún despierta un rato reconstruyendo las sensaciones percibidas y llenando su piel con el roce de la piel del amado.

Transcurrieron muchas horas en las que se combinaron, alternándose, el sueño y el juego de los cuerpos. Apenas perturbados por una discreta puerta que se abría para dar paso a unos reconfortantes alimentos, los amantes intercambiaron caricias y sudores hasta que la luz del nuevo día se fue apagando. Habían pasado juntos casi 24 horas, pero para Antonia lo que sucedía estaba al margen del tiempo; era como un paréntesis de eternidad. Después de recibir unos arrumacos que preludiaban la despedida, la joven entregó al amado la camisa que le acababa de hacer. Pedro le comunicó que desde el día anterior las hermanas Juana y Antonia Lucio ocupaban la casita adosada al muro.

El comentario pasó inadvertido para la muchacha, sumida como estaba aún en los vapores de la experiencia vivida. La partida del amado la dejó con

una sensación de nostalgia y con la imagen de Juana, la india de su infancia, hablándole del amor y de la muerte. Al poco rato, la religiosa se vistió lentamente y salió hacia la otra habitación de la celda. Los ojos de sor María la miraron escrutadores, pero no se atrevió a preguntar nada pues la presencia de las sirvientas se lo impedía. La cena transcurrió silenciosa, al igual que la noche llena de sueños donde aparecían montañas, árboles, nubes y ángeles.

A la mañana siguiente, al salir de la celda hacia el patio para asistir a las oraciones matinales, todo le pareció a Antonia más brillante. Su mente divagó por las sensaciones destazadas y revividas tantas veces, al tiempo que su mirada se perdía en los pétalos coloridos de un malvón. Un jalón en el brazo, asestado por sor María, la obligó a continuar su camino hacia el coro. Mientras caminaba, Antonia se sentía completamente desligada de su cuerpo, se movía sin ningún esfuerzo muscular y tenía la sensación de que podía hacerlo todo. Una conversación que oía a lo lejos, el canto de los pájaros desde sus jaulas, todo parecía llegar a sus sentidos desde otra realidad. Rezó las oraciones del coro flotando en un agradable vacío y el desayuno en la celda entró por una boca que ella no sentía como suya.

Cuando por fin estuvo a solas con su nana, ésta la obligó a salir de su éxtasis para que le contara lo sucedido. Antonia comenzó, hasta entonces, a tomar conciencia de la realidad. Mientras satisfacía la curiosidad de su compañera, sacó de un arcón unas telas y comenzó a cortarlas para hacer un calzón para su amado. Mientras la aguja penetraba en el lienzo con las blancas puntadas, llegó a la mente de la religiosa el último comentario de Pedro, apenas registrado entonces por su conciencia. Dos mujeres estaban viviendo en la casita desde ayer. El aguijón de los celos sacudió a Antonia y la hizo levantarse en vilo de su asiento.

—¿Qué te sucede hija? —preguntó la madre Trinidad.

La muchacha contó a su nana la inquietud que la había asaltado. Sor María la tranquilizó y, tomando una jícara con agua que estaba en la cocina, la puso sobre su regazo y llamó a la joven para que se aproximara. Después arrojó adentro tres granos de maíz, dándole a cada uno el nombre de Pedro, de Antonia y de Juana.

—Si el hombre a quien se quiere es infiel —pronunció como si estuviera oficiando un rito—, el grano con su nombre se acercará hacia el que lleva las señas de su infidelidad. Si no lo es, su inclinación se mostrará por el tuyo.

La mirada curiosa se inclinó sobre la jícara y observó el comportamiento de los granos. Éstos le dijeron que no tenía nada qué temer. Su amado le era fiel; eso era lo que ella necesitaba confirmar.

La tarde llegó tras un día de irrealidad. La figura de Pedro había sido recompuesta mil veces a lo largo de las horas. Sus ojos, su barbilla, su cabello, su pecho, sus muslos, todo su cuerpo había sido reconstruido, poro a poro, por la imaginación de Antonia. La joven regresaba una y otra vez a las palabras que sus oídos escucharon y a las sensaciones que hicieron vibrar su cuerpo. Al final, cuando parecía que el continuo sobar de la mente sobre el recuerdo había logrado desgastar sus bordes, sólo quedaba la necesidad de tener más caricias. ¿Vendría Pedro a visitarla esta noche?

En el convento de San Jerónimo, a unas calles de la celda de Antonia, otra religiosa escribió, quizás por esas fechas:

Detente sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.
Si al imán de tus gracias atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?
Mas blasonar no puedes satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía,
que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

5. AVARICIA

Ciudad de México y Puebla de los Ángeles, agosto a noviembre de 1688.

Fray Diego sacó un real de plata de un cofrecillo y se lo dio al muchacho mulato que le trajo el recado. Después, con un ademán lo despidió y dijo al *Marquesito*:

—¿Oíste? El padre Castellanos, provincial del Santísimo Nombre de Jesús, me pide audiencia para después de la hora *tercia*. Algo debe andar

mal, pues desde que lo puse en el cargo son pocas las veces que busca mi consejo. Querrá pedir favor o dinero, o no vendría a verme.

El fiel sirviente esbozó una sonrisa en respuesta al sarcástico comentario de su amo. A él no le agradaba el fraile gachupín y todo lo que se dijera en su contra era bienvenido.

—Esta madrugada —dijo con su voz grave— he escuchado en los portales de San Agustín que el andaluz está colocando hacienda en tiendas y panaderías de la ciudad. Y por otras partes se rumora que le tiene echado el ojo al trapiche del convento de Tzitzicaxtla para convertirlo en patrimonio de los hijos que tiene con la zacatecana. Se quiere forrar de plata, padre, y dejar bien forrada a su prole.

Cadena se rascó la frente, tomó un papel que tenía sobre su mesa de trabajo y garabateó en él varias palabras.

—Toma —le dijo al criado—, estos son algunos regalos que quiero que compres en el Parián. Y ya que estás por ahí, averigua con los mercaderes cuáles son los negocios de Castellanos y cuánto dinero tiene aplicado a ellos.

Su mano sacó un puñado de monedas de oro del cofrecillo de los caudales y lo puso en una bolsita de cuero que depósito en la del criado. El *Marquesito* se pasó los dedos por la larga cabellera tratando de cubrir la cicatriz de su frente, se acomodó la colorida casaca y los puños de encaje de la camisa y se dirigió a la puerta de la celda con paso firme y altivo. Cuando hubo salido, el religioso se entregó a sus cavilaciones:

"¡Qué ambición tan desmedida la de ese fraile! Desde que subió al provincialato no ha dejado de barrer plata para su costal. Bien pronto se resarció del gasto hecho cuando me compró el cargo, pues nada más ocuparlo vendió la hacienda de Tesmelucan a mi sobrino Diego y las tierras de Chalma a los jesuitas y, por lo que sé, ese dinero jamás llegó a las arcas conventuales. Al poco tiempo arrendó por una nadería la hacienda de Santa Mónica a su primo Juan Castellanos, de lo que sacó también, de seguro, otra tajada. Como el padre procurador del convento grande es amigo suyo, tiene mano libre en la caja de caudales y, para tenerlos más abundantes, disminuyó gastos enviando el noviciado a Culhuacan. Para colmo, hace poco me entero que se ha apropiado los espolios que dejó al morir fray Pedro Ruiz, de no poca monta, y que una parte de las limosnas de vino y aceite que da la Corona a la provincia no llega a su destino. ¿Para qué querrá el gachupín tantos caudales?"

Al ver que era inútil elucubrar sobre el asunto, el religioso acercó la silla a su mesa de trabajo, sacó de un cajón el cuaderno donde llevaba sus cuen-

tas y se entretuvo un buen rato anotando, sumando y restando. La partida destinada a terminar la iglesia de San Agustín seguía creciendo gracias a la venta de patentes de hermandad de la orden. Se habían vendido ya 120, pero todavía eran insuficientes para concluir la obra. Durante un tiempo estuvo discurriendo cómo conseguir más dinero pero nada le vino a la mente. Poco después llamó a un estudiante del colegio que le servía como escribano y le dictó tres cartas. Cuando el *Marquesito* llegó con los encargos y las noticias, fray Diego ya casi había desahogado sus asuntos matinales. Con un ademán despidió al fraile escribano y se quedó a solas con su criado.

—Padre —explicó éste—, Castellanos compró la panadería de Juan Sánchez y tiene negocios con el mercader Lorenzana; según parece, muy parecidos a los que éste le ha propuesto siempre a Su Paternidad. En total tiene colocados diez mil pesos de plata, aunque alguno piensa que sean más.

Fray Diego hizo un gesto para significar que ya se lo sospechaba. Las campanas llamaron a la oración de *tercia*. El religioso se levantó de su asiento y se fue al coro donde ya todo el colegio de San Pablo se encontraba reunido. Con devoción, Cadena se entregó a la oración conventual y pidió al Eterno que lo ayudara en los negocios que emprendía para su gloria. Sus éxitos le daban la seguridad de gozar de las bendiciones de la Providencia. Al terminar se dirigió de nuevo a su celda, en la que ya lo esperaba Castellanos.

Después de manifestarse mutuamente el afecto, los dos religiosos entraron en el tema que los había reunido. El padre provincial explicó que la archicofradía del Santísimo Nombre de Jesús y la cofradía de la Cinta de San Agustín, que estaban desde hacía tiempo unidas en su administración, se habían declarado en abierta rebeldía contra él. Mientras hablaba, fray Diego recordó que, a instancias suyas, fray Francisco había quitado la administración de la cofradía de la Cinta a los del Santísimo Nombre de Jesús para darla a los terciarios agustinos, fraternidad recientemente fundada por Cadena que estaba más a su favor. Todo el mundo comentó el caso y se decía que fray Diego había sido el promotor de esos cambios, para vengarse de la negativa de la archicofradía y de su mayordomo Domingo de la Rea, al ayudarle con dinero para la iglesia que se construía. Cadena no había querido echarse de enemigos a los comerciantes miembros de ambas hermandades mientras era provincial y aprovechó la subida de Castellanos, y su bizarría y alientos belicosos, para sacar por su mano las castañas del horno. De todos modos fray Diego ya se había ganado la enemistad de algunos mercaderes, por lo que ordenó decidido:

—Dadle a los terciarios la capilla que está labrando la cofradía de la Cinta a un costado de la nueva iglesia. Y si no aprenden con esto y continúan en su desobediencia, prohibidles salir en la procesión de Pentecostés bajo la cruz de San Agustín.

—Recuerde Su Paternidad —arguyó Castellanos— que Domingo de la Rea ha sido nombrado mayordomo de la cofradía del Santísimo Sacramento y que él y su hermano Juan, que arrienda el asiento del pulque, tienen muchas influencias y relaciones entre los comerciantes y en la Corte.

—No más que las mías —contestó fray Diego con aire de suficiencia.

Castellanos soltó una sonora carcajada y, con su habitual gracia y buen humor, comentó en son de burla:

—¿Sabéis que el provisor del arzobispado predica que a los cofrades que no han pagado ni la tercera parte de sus cuotas desde que entraron, no se les dará lo prometido en materia de disminución de días de Purgatorio? Al parecer los ángeles se han aliado a los mayordomos de las cofradías y se pondrán tan exigentes en sacar ánimas del fuego, como aquéllos en cobrar las cuotas. Pensadlo bien antes de echaros de enemigo a don Domingo, pues desde ahora su mano e influencias llegan ya hasta la misma Corte celestial.

El gracejo fue aplaudido por Cadena. A pesar de que el andaluz le despertaba a menudo desconfianza, seguía admirando su sentido del humor y su amena charla.

—¡Ah!, antes que lo olvide —comentó fray Francisco con tono banal—, quiero solicitar a Su Paternidad el permiso para comprar el trapiche de Tzitzicaxtla por mano de Nicolás de Arteaga. Como sabéis, este amigo mío, que posee un cajón de mercaderías en la plaza mayor y es miembro de la cofradía del *Ecce Homo*, es un hombre honrado y cumplidor y no hay peligro que vaya a hacernos un timo. Si accedéis, puedo aseguraros que sabré agradecer con prodigalidad este favor.

Con su comentario, Castellanos se echó de nuevo a Cadena a la bolsa. Todas las sospechas y reticencias acumuladas desaparecieron en ese momento y, con el gesto benevolente de quien está acostumbrado a conceder mercedes, fray Diego le aseguró su apoyo en el negocio.

Corrieron las semanas del verano, con sus días soleados y sus tardes lluviosas. Cadena estaba bien informado de lo que pasaba en el asunto de la archicofradía, no sólo por medio de Castellanos y del *Marquesito* sino también por fray Pedro Velázquez, su sobrino, que había regresado a vivir al convento grande de San Agustín. Éste fue quien le contó los problemas que

Castellanos comenzó a tener con el prior del convento, fray Pedro de Torrubia, que hasta entonces fuera una figura anodina y pusilánime, razón suficiente para haberlo puesto en ese cargo.

Los problemas comenzaron cuando el prior se puso del lado de la archicofradía y se negó a obedecer la prohibición para que ésta saliera en la procesión de Pentecostés. Más tarde envió al virrey un escrito firmado por él y por otros veinte religiosos del convento grande de México, para darle noticia de las anomalías del gobierno provincial. Para colmo, un día que el provincial andaba fuera del claustro y, como era su costumbre, llegó muy noche, el prior mandó cerrar temprano la puerta conventual. Castellanos se enfureció y maltrató en público a Torrubia, quien en venganza lo denunció al tribunal del Santo Oficio. El prior consiguió el testimonio de otros tres frailes y acusó a su provincial de vivir en amancebamiento público y de bautizar a su último hijo haciendo gala de su paternidad, con escándalo de la religión y de la república. La respuesta del provincial andaluz no se dejó esperar. El lunes 13 de septiembre mandó encerrar en una celda del convento a los frailes que lo acusaron ante la Inquisición y ordenó que los azotaran. Los verdugos fueron tres legos mestizos, más delincuentes que frailes, que el mismo Castellanos introdujo en la orden para mantener a los rebeldes a raya por medio del terror. Veintiún días estuvieron en un cepo los padres Sebastián Sánchez, Fermín Lazcano, Bernardo de Ledesma y Pedro de Torrubia por haberse atrevido a denunciar a su provincial. Después de la cárcel, fray Francisco envió desterrados a los delatores al convento de Atlixco y la Inquisición, donde Castellanos tenía amigos, hizo caso omiso de la denuncia.

El padre De la Cadena apoyó en todo al padre Castellanos, aunque no aprobaba sus métodos. Pasaron varios días en los que ambos religiosos actuaban como un solo hombre hacia el exterior, aunque al interior Cadena comenzó de nuevo a alimentar la desconfianza. Para sustituir al padre Torrubia en el priorato de México, fray Francisco había puesto a su compatriota fray Antonio Quesada sin consultarlo con fray Diego, a sabiendas de que éste lo hubiera desaprobado por su incompetencia. Después de la experiencia tenida durante el provincialato de Quesada, a quien el mismo Cadena promoviera en 1681, el poderoso había aprendido que elegir a un inepto para un cargo era contraproducente la mayoría de las veces. Tenía las ventajas de una manipulación sin límites, pero la indiscreción y la estupidez de los ineptos echaban a perder a menudo cualquier negocio. Cadena pidió por

tanto a Castellanos que reconsiderara su decisión y nombrara en lugar de Quesada a fray Joseph de Lanzuela, entonces prior de Oaxaca. Aunque el andaluz se mostró solícito en cumplir la voluntad de su superior, el criollo no quedó plenamente satisfecho con la respuesta. El cambio se haría hasta el siguiente capítulo intertrienal de Puebla.

Con esta negativa a cumplir su voluntad, fray Diego se dio cuenta de que fray Francisco no era todo lo incondicional que él esperaba. Sin embargo, él era quien tenía la sartén por el mango y, para demostrar quién mandaba, ordenó la reunión del capítulo intertrienal para fines del mes de octubre. Transcurrían los últimos días de septiembre y Cadena tenía planeado ir a Puebla en dos semanas para recibir al nuevo virrey. Así mataría dos pájaros de un tiro.

Más de cien carrozas, calesas, galeras y berlinas salieron de la Ciudad de México desde el día 9 de octubre para ir a recibir al virrey, que llegaría a Puebla, según los cálculos, el 16. La ciudad angelopolitana, la segunda del Virreinato, ya de por sí populosa dada su condición de centro comercial, agrícola y manufacturero, se había convertido en esos días en otra Babilonia. Mercaderes, funcionarios, clérigos, maestros de obras, médicos, sastres, boticarios, terratenientes, en fin, todo el que tenía algo que pedir o que ofrecer había llegado ahí a presentar sus respetos, regalos y parabienes al nuevo gobernante. Además, cada señor llevaba consigo mulas, caballos, mozos de cuadra, esclavos y criados por lo que era imposible transitar por la ciudad a cualquier hora del día.

Fray Diego llegó en su carroza, acompañado de su sobrino fray Pedro, del definidor fray Jerónimo de la Colina y del provincial Castellanos. Los cuatro frailes y el inseparable *Marquesito*, que los seguía a caballo, habían hecho tres días de camino y llegaron al convento de su orden al atardecer del día 10. El prior, fray Bartolomé Gil Guerrero, un criollo solícito y de aspecto agraciado, los recibió con grandes muestras de afecto. Aunque Cadena no estaba muy convencido de su fidelidad, recibió los agasajos con agradecimiento y se abandonó a los festejos que se hicieron en su honor y del provincial.

En los días que precedieron a la llegada del nuevo virrey, fray Diego se dedicó a indagar qué voluntades tenía a su favor y cuáles en su contra en el rico priorato poblano. En los ratos libres paseaba por la ciudad con su sobrino, enseñándole las ricas tiendas y hablándole de sus proyectos para él y para la provincia. El 14 de octubre arribó a la ciudad don Pedro Velázquez de

la Cadena y comió una noche con su hermano y con su hijo. Ninguno de los dos lo volvió a ver en varios días pues, en su carácter de secretario de Gobernación, tenía muchos asuntos que arreglar.

Por fin llegó el esperado día en que don Gaspar de la Cerda Silva y Mendoza, conde de Galve, y su esposa doña Elvira de Toledo, llegaron a Puebla desde Veracruz. En las calles el pueblo se apiñaba para ver pasar a su nuevo gobernante y se hacían mil conjeturas sobre lo que depararía su mandato. La comitiva llegó entre arcos de flores a la catedral, donde fue recibida por el obispo don Manuel Fernández de Santa Cruz y por el Cabildo de la ciudad. Con su traje de satín floreado de damasco y bordado con hilo de oro y plata, sus brocados de seda y encaje, su espada de vestir y su camisa con amplias mangas, el nuevo virrey parecía más un ministro de Luis XIV que un enviado de Carlos II. En el tiempo que había estado en Puebla, el padre Cadena escuchó sobre él un sinfín de anécdotas: que si el virrey llegaba con un maestro de danza italiano y con un repostero francés; que si la virreina era la que mandaría en el Palacio; que si a los condes les gustaban las fiestas y los bailes; que si Galve había participado en la intriga contra el duque de Medinacelli y había recibido como premio el virreinato de Nueva España.

Gracias a las gestiones de su hermano, dos días después fray Diego pudo entrevistarse con el nuevo virrey. Le dio la bienvenida, se puso a sus órdenes y le regaló un Cristo de marfil para su capilla y varias varas de seda para su mujer. Al igual que los demás criollos novohispanos, el fraile llegó a sondear la actitud que traía el conde hacia los regalos y a ver si el ánimo con el que venía era el de conservarle sus privilegios. La impresión fue positiva.

El virrey estuvo en Puebla casi un mes. Al parecer no tenía prisa por llegar a la capital. A fray Diego esto le vino de perlas, pues pudo quedarse en la ciudad de los Ángeles para el capítulo intertrienal sin ninguna otra preocupación.

En el capítulo, al que acudieron sólo los priores más cercanos al padre Cadena, Castellanos habló de las razones que lo orillaron a destituir a Torrubia como prior de México. Lo acusó de varios delitos graves, de apropiación ilegal de los bienes conventuales, de no leer las actas capitulares en público y de insultar de palabra y por escrito a fray Diego Velázquez de la Cadena. Los padres capitulares quitaron a Torrubia la voz activa y pasiva y todos sus privilegios. Fray Diego propuso al aragonés fray Joseph de Lanzuela para ocupar el cargo del depuesto prior y su instancia fue aprobada de inmediato. Todo iba según lo planeado hasta que el padre Castellanos pos-

tuló al prior de Atotonilco, fray Pedro de la Colina, para el priorato de Oaxaca, uno de los más ricos de la provincia, puesto que quedó vacante por la promoción de Lanzuela, su titular, al de México. El padre Cadena no se esperaba esta propuesta. Él ya tenía decidido que Oaxaca pasaría a manos de fray Gaspar Ramos, un peninsular al que quería promover para utilizarlo en sus juegos políticos. Así, sin tener el menor empacho de oponerse en público a la propuesta del provincial, fray Diego declaró su voluntad, la cual fue acatada sin chistar por los padres capitulares.

Muchos dolores de cabeza trajo esta decisión. Por el momento, Castellanos no mostró ningún enojo por la decisión contraria a su intento y aceptó la imposición de su superior con humildad. Pero fray Jerónimo de la Colina consideró una afrenta personal lo hecho con su hermano. El haberlo privado de las rentas de uno de los prioratos más apetecidos de la provincia, había convertido al antes amigo y protector en un acérrimo enemigo. Al principio mostró sus animadversiones sólo en privado, pero Cadena, que tenía oídos en todos lados, se enteró de ellas cuando aún estaba en Puebla dando los últimos retoques a sus alianzas.

Cuando el conde de Galve salió de la ciudad de los Ángeles hacia la capital del Virreinato, fray Diego lo acompañó como parte de la comitiva. Había hecho muy buenas migas con él y era considerado ya como de la familia. Al igual que sus predecesores, don Gaspar de la Cerda visitó en su camino todos los lugares que tenían una significación histórica para los novohispanos. Pasó por Tlaxcala y por Cholula, que tan importante papel jugaron en la conquista de Tenochtitlan. Llegó a Otumba, donde según la costumbre el virrey saliente, el conde de Monclova, que pronto partiría al Perú promovido al gobierno de aquel Virreinato, se encontró con el entrante y le entregó el bastón de mando, símbolo de la autoridad sobre toda la Nueva España. El día 10 de noviembre la comitiva llegaba a San Cristóbal Ecatepec, en donde la esperaba el arzobispo Aguiar y Seijas para darle el recibimiento en nombre de la Iglesia Catedral. Esa noche el virrey y su séquito se hospedaron en la casa de Chapultepec y dos días después visitaron el santuario del Tepeyac, donde fueron a rendir homenaje a Nuestra Señora de Guadalupe, patrona y símbolo de los novohispanos. Fray Diego acompañó a los señores virreyes durante todo el recorrido, explicándoles los significados de cada lugar y contándoles las historias por las que cada uno de ellos era célebre.

Durante el mes que el virrey y su séquito estuvieron reconociendo la ciudad, y antes que hiciera su entrada pública, el padre De la Cadena se dedicó

a indagar cuáles eran los planes que tenía Castellanos. Sus pesquisas lo llevaron a averiguar que la propuesta de fray Francisco en el capítulo de Puebla había sido hecha con mucha mala fe. El andaluz sabía que Cadena se opondría al nombramiento de Colina y prevenía la reacción de fray Jerónimo, reacción que ya venía alimentando tiempo atrás con insinuaciones e insidias. El prior de Puebla, fray Bartolomé Gil Guerrero, y Castellanos, habían tramado la trampa de proponer a fray Pedro y fray Jerónimo había caído como un cándido conejillo. Todo había sido planeado para quitarle a Cadena uno de sus más fieles servidores. Fray Diego se había enterado también de que Castellanos estaba halagando al criollo Andrés de Almazán, fraile cuya voluntad no se había definido.

El 4 de diciembre, el día de la entrada pública del virrey a la ciudad, Cadena terminó de confirmar sus sospechas de que algo tramaba el provincial. Castellanos, que como amigo del mariscal de Castilla había sido invitado a formar parte de la comitiva que escoltaría al virrey desde Chapultepec, se encontró con fray Diego y lo trató con los halagos que acostumbraba. El padre Cadena, también honrado con tal invitación en deferencia a su hermano, no prestó oídos a la adulación y se dedicó todo el tiempo a observar su "hechura", el provincial. Notó por ejemplo que varias veces se aproximaba al virrey para presentarle frailes de su parcialidad. Era claro que el conde estaba por elegir confesor y el andaluz quería introducir en Palacio a otro de sus adictos. Su anterior valido, el dominico fray Agustín Dorantes, confesor del virrey Monclova, ya no tenía acceso al Palacio.

Cuando el séquito del virrey se encontró en las afueras de la ciudad, Cadena descubrió que Castellanos lo miraba de reojo como tratando de descubrir sus pensamientos. Su insistencia se hizo más clara cuando llegaron los miembros de la Audiencia, del Ayuntamiento, de los Tribunales de Cuentas, del consulado y de la Universidad para conducir al conde de Galve en la cabalgata rumbo a la plaza mayor. Fray Diego observó que Castellanos habló con dos de los oidores y su actitud se le hizo muy sospechosa, dada la insistencia con la que lo miraba a hurtadillas.

La comitiva pasó entre calles engalanadas de colgaduras y bajo lienzos, tapices y arcos triunfales decorados con flores, relieves, medallas e inscripciones de difícil comprensión y donde los dioses grecolatinos se mezclaban con las virtudes cristianas. El nuevo virrey cabalgaba bajo palio, aclamado por el pueblo y por los diversos cuerpos organizados de la sociedad que le rendían los honores debidos. En la plaza de Santo Domingo, donde tradi-

cionalmente el Ayuntamiento levantaba un arco triunfal, el andaluz desapareció. Fray Diego entró a la iglesia y asistió intranquilo a la ceremonia en que se hacía la entrega de las llaves de la ciudad, a puerta cerrada, y se recibía el juramento virreinal de respetar los privilegios urbanos. El padre De la Cadena no lo volvió a ver hasta la ceremonia en la Catedral, bajo el arco que el cabildo eclesiástico levantaba frente a ella. En el momento en que el arzobispo, vestido de pontifical, recibía al virrey y su juramento de observar los privilegios de la Iglesia, Cadena descubrió a Castellanos hablando al oído de un acaudalado comerciante del consulado. Durante el *Te Deum*, cantado en el interior de la Catedral, fray Francisco volvió a desaparecer, para reaparecer en el Palacio durante la ceremonia donde el conde asumió el cargo virreinal mediante un juramento en el que hizo votos de lealtad al monarca y se obligó solemnemente a cumplir sus deberes de príncipe cristiano. Tantos secretos y desapariciones hicieron sospechar a fray Diego que algo muy extraño pasaba. Era evidente que el padre Castellanos estaba intentando colocarse en el nuevo orden del Palacio y que se había dedicado a mover los hilos de sus influencias para lograrlo.

Esa noche, cuando regresó a su celda del colegio de San Pablo, fray Diego seguía cavilando. Ya no le cabía la menor duda de que fray Francisco tramaba algo, pero tenía la secreta esperanza de encontrar una explicación que lo exonerara del crimen de la traición. Estaba en esos pensamientos cuando llegó el *Marquesito*.

—¡Ay padre, cuántas cosas circulan por la ciudad en este día! Se dice que al arzobispo se le va a restituir lo que daba por el pago del asiento de las peleas de gallos. Según parece no las van a dejar nunca más. ¿Dónde piensa ese gallego de Aguiar que vamos a ir los pobres a divertirnos?

Una sonrisa del amo animó al criado a seguir hablando, a sabiendas de que las noticias que traía debían ser contadas en orden de jerarquía:

—La madre Juana Inés —prosiguió— ha enviado a la virreina unos versos con la dedicatoria "hermosa divina Elvira", dicen que para ganarse su afecto, para seguir teniendo acceso al Palacio y para librarse de las garras de Aguiar.

Fray Diego pensó en el arzobispo y en su odio por las mujeres y aplaudió la iniciativa de la monja jerónima.

—Mientras todo el mundo andaba distraído en la entrada del virrey —continuó informando el sirviente—, se robaron unas jarras de plata de la sacristía de San Agustín. Los frailes sacristanes que me lo contaron están

muy asustados por la reprimenda que les dará Castellanos y les he aconsejado que vayan a ver a Isabel, la bruja del Parián, para que ella les adivine quién lo hizo. Viera, padre, lo contentos que se pusieron con la solución que les di. No sabían cómo agradecerme el consejo. De todos modos, por si acaso, uno de ellos le quitó el niño a San Antonio para que se quede como fiador mientras el santo no devuelva las lámparas.

Fray Diego rió con la ocurrencia, pero con una mueca casi imperceptible mostró que su paciencia se estaba colmando y que quería escuchar lo que se hablaba de Castellanos. El *Marquesito* conocía bien a su amo y entendió que era el momento de soltar la noticia más importante que traía:

—Se rumora —dijo con voz pausada— que el andaluz anda tratando de conseguir la presidencia del próximo capítulo para fray Jerónimo de la Colina. Además, fray Andrés de Almazán ya le dio su voluntad y los gachupines Cosme Medrano y Diego Castañares están a punto de hacerlo, según me contaron sus pilguanejos. Mucho me temo que Castellanos os va a jugar una traición.

"Debo aceptar que me equivoqué al elegir al andaluz —pensó fray Diego para sus adentros—. Es un pillo redomado que ha logrado con engaños y zalamerías colarse en todos lados. Con su fingimiento ha engañado a todos, hasta a mí, y ahora espero que no sea demasiado tarde para detenerlo. Por lo pronto no debo quitarle la vista de encima para poder adelantarme a sus movimientos. Fray Antonio Gutiérrez, que no lo puede ver, me será de utilidad pues él mueve una parte de la facción de los peninsulares. Fray Diego de Villerías, que tiene muchos amigos entre los criollos, puede ser elegido provincial. En fin, espero en Dios salir con bien. Todo se mueve por el apetito desordenado de bienes terrenos, ese es el peor de los vicios. Gracias a Dios yo estoy libre de él, porque los bienes que pasan por mis manos se distribuyen como en una fuente a la que la Providencia Divina alimenta. En cambio la mayoría de los hombres sólo quieren acumular sin beneficiar a nadie. Los comerciantes, con sus timos en las pesas y medidas y sus préstamos de usurero; los funcionarios que se dejan untar de plata y toleran todo tipo de abusos. Y hasta los frailes..."

Y con el pensamiento puesto en esas preocupaciones recordó los versos de Francisco de Quevedo, a quien tanto admiraba:

Madre yo al oro me humillo.
Él es mi amante y mi amado,

pues de puro enamorado
de continuo anda amarillo.
Que pues doblón o sencillo
hace todo cuanto quiero...
pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero.
Y pues es quien hace iguales,
al duque y al ganadero,
poderoso caballero es Don Dinero.

6. ENVIDIA

Ciudad de México, 13 de agosto de 1689, día de San Hipólito.

—Mamá, en la calle dicen que murió la reina. ¿Quién era la reina?

Nicolasa miró a Antonio Marcos y le respondió como quien está habituado a contestar todo tipo de preguntas:

—Era una señora que estaba en España. Era la esposa del rey. Creo que se llamaba María Luisa y era francesa.

Satisfecho con la explicación, el muchacho fue hacia donde estaba su hermana Francisca Xaviera y le jaló las trenzas. La joven, acostumbrada a esas travesuras, no le hizo caso y continuó desgranando mazorcas al tiempo que su madre molía los granos de maíz convirtiéndolos en una masa que Ana del Río iba torteando y poniendo sobre un comal. Mientras deshacía con la mano del metate los granos, la mujer pensaba en sus problemas. Hacía ya tres años que había salido de casa de los Arrieta. Al enterarse la nana negra de todo lo sucedido por un comentario indiscreto de Rosa María, amenazó a Nicolasa con denunciarla a su ama si no salía de inmediato de la casa. La sirvienta inventó como pretexto que sus hijos la necesitaban y doña Francisca, que nunca supo la verdad de los hechos, le dijo al partir que sentía mucho que se fuera y que su puerta quedaba abierta para cuando lo necesitara. Después de eso Nicolasa no había vuelto a encontrar trabajo. ¿Quién podía querer a una mujer achacosa que rebasaba los 45 años y que no podía hacer ya muchas cosas? Los calores, el llanto incontrolado, los vahídos y los dolores en los pechos le anunciaban que pronto dejaría de menstruar. Ade-

más, las reumas en codos y rodillas eran cada día más dolorosas y no había remedio que la aliviara. ¿Cómo no iba a estar siempre de mal humor?

Todo este tiempo había vivido de la caridad pública. Ana del Río le daba casa y comida y ella le ayudaba en las labores hogareñas; con eso y algún dinero que sacaba de pedir limosna en las calles se la iba arreglando. Estaban por terminar su labor cuando por la puerta de la casa se asomó una ruidosa mujer morena, regordeta y picada de viruela:

—Doña Ana —gritó—, me manda don Ignacio pa' que venga Su Merced a atender a su mujer que está a punto de parir y la requiere.

La partera tomó una chalina y un morral con hierbas y salió tras la recadera. Desde que murió su madre, Ana se había dedicado a continuar con su oficio. Además, el ayudar a traer nuevas vidas al mundo había sido, y seguía siendo, un alivio para el pesar que sentía por la pérdida de su hijo y por su impotencia para quedar de nuevo embarazada.

Poco después que su amiga partió, Nicolasa apagó el fuego del anafre, tomó a sus dos hijos de la mano y salió con ellos a la calle, dirigiéndose hacia el poniente de la ciudad. Hoy se celebraba la fiesta del Pendón y por el rumbo de San Hipólito iba a andar mucha gente. Era un buen día para pedir limosna.

Por el camino Nicolasa iba pensando en su miseria y le echaba en cara a Dios que la tuviera tan abandonada. ¿Por qué no le dio a ella un marido como el de Ana y un oficio para sobrevivir? Cómo la envidiaba. Aunque ciertamente tenía la desgracia de la esterilidad, lo que probaba que la felicidad nunca podía ser completa... ¡Si tan sólo pudiera conseguir un trabajo!

Conforme iban acercándose a la Alameda, las calles se llenaban de animación. Todo el mundo esperaba la celebración del día en que la ciudad de México-Tenochtitlan fue conquistada por los españoles, pues era una fiesta llena de juegos y diversiones. A los lados de las calles los vendimiantes ya habían colocado sus puestos de chía, de aguas frescas y de fritangas y gritaban ofreciendo sus productos. Comenzaban también a llegar los danzantes, muchachos vestidos con trajes de oropel, huaraches bordados de pedrería, diademas sembradas de diamantes de cristal y penachos de plumería verde. Como en toda ocasión, bailarían los tocotines. Cuando Nicolasa y sus hijos llegaron a la plaza, grupos de gente se aglomeraban alrededor de los danzantes que representaban escenas de la guerra de conquista, vestidos con coloridos trajes y tocados y con los rostros cubiertos por máscaras.

—¡Mira mamá! —gritó Antonio Marcos—, allá en la esquina están Juana, Catalina Josefa y mi hermano Antonio.

Nicolasa volteó hacia donde señalaba su hijo y se encaminó a encontrarse con su amiga. No dejaba de asombrarse de que Antonio Marcos llamara a Antonio de Sierralta su hermano. Ella nunca había mencionado que eran primos carnales pues prefería que él ignorara la historia de su padre, condenado por la Inquisición al destierro. Pero sin duda había algo en la sangre que no se podía acallar. Por su parte y a pesar de todo, ella consideraba a la familia de Juana de Suleta como su propia familia, las únicas personas en el mundo con las que tenía algún lazo de parentesco.

Juana de Suleta estaba de rodillas ante una canasta llena de ollas con guisos y tortillas y la acompañaba su hija. Catalina Josefa era ya una joven rolliza que con las manos en la cintura y un rebozo enredado en los brazos miraba a la gente en forma retadora.

—¿Cómo está Su Merced? —preguntó afable la vendedora—. Hacía ya buen tiempo que no nos mirábamos.

—Pues aquí na' más, tristeando. Ahí sigo de arrimada con Ana del Río mientras encuentro trabajo, pero ya ve. ¿Quién va a ocupar a una vieja y enferma como yo?

Mientra Nicolasa se quejaba de sus males, Antonio Marcos se fue a donde estaba su primo que, recargado en un muro, miraba pasar a la gente. Lo tomó de la mano, lo llevó a un puesto donde vendían espadas de madera, le pidió que comprara dos y se puso a jugar con él a moros y cristianos. Francisca Xaviera quiso ir también, pero su madre la jaló del brazo y la retuvo cerca de sí.

—Hay que cuidar a las niñas como si fueran pollitas porque abundan los coyotes —comentó como para sí y remarcó su frase con un gesto que llevó su mirada desde los ojos de Juana hacia Catalina Josefa. La muchacha flirteaba en ese momento con un joven que se había acercado a comprar un bocadillo.

Las trompetas y tambores que anunciaban la llegada del Pendón llamaron hacia el oriente todas las atenciones. La comitiva venía entrando ya por la fuente de la Mariscala. Desfilaron primero, montados en caballos enjaezados con ricos palafrenes, varios de los caballeros más distinguidos de la ciudad, aquellos que se sentían los herederos de quienes conquistaron la tierra. Los seguían los gremios y cofradías, incluidos el consulado y la Universidad. Después llegó el virrey sobre un hermoso alazán, rodeado de los oidores más antiguos y de los miembros del Ayuntamiento. Tan solemne compañía rodeaba un estandarte portado por el alférez real, copia del que Hernán Cor-

tés llevaba durante la toma de Tenochtitlan. El objeto, conocido por todos como el Pendón, era signo de la sujeción de la ciudad a la Corona española. La procesión se detuvo frente a la iglesia de San Hipólito, donde la esperaban el arzobispo y el cabildo catedralicio para celebrar la misa del santo patrono de la capital, en cuyo día los indios habían sido vencidos.

Juana encargó el puesto a su hija y junto con Nicolasa y Francisca Xaviera se fueron detrás del Pendón hasta la iglesia. San Hipólito, que había sido construida en un lugar donde según la tradición murieron muchos españoles durante la Noche Triste, era un templo pequeño y estaba tan lleno que las mujeres apenas pudieron llegar a la puerta. Juana compró un cirio y lo sostuvo un rato mientras farfullaba algunas oraciones. Al terminar lo colocó frente a un altar lateral, hizo una señal de la cruz con agua bendita, gesto que imitaron sus acompañantes, y salió con ellas a sentarse en la portería del hospital de los locos, vecino al templo.

Mientras esperaban a que la misa concluyera para solicitar limosnas de los fieles, las dos amigas se contaron los chismes del último mes. Se comentó la desastrosa muerte de Margarita, atropellada por una carroza, y el horrible fin del barbero del hospital de Jesús al que le sacaron las tripas de una cuchillada. Nicolasa narró cómo se enteró del matrimonio de Rosa María, su antigua ama, con un anciano que la aceptó sin su virginidad. Juana contó que Eduviges tenía ahora un hombre que la cortejaba; se llamaba Juan de Quijano y era un funcionario de alhóndiga.

Al oír mencionar a su amiga, Nicolasa sintió un consquilleo en el estómago. Desde que sucedió el incidente en casa de los Arrieta, su relación con Eduviges se había enfriado. De alguna forma Nicolasa la culpaba por la pérdida de su trabajo pues, por conseguirle una cliente, se había quedado en la calle. Ahora, al escuchar que tenía un amante y que éste era rico, se avivó la llama de la aversión.

De la iglesia comenzó a salir la gente después de concluida la ceremonia que conmemoraba las hazañas de los españoles y sacralizaba la sujeción de los indios. Con clamores y demandas, una avalancha de mendigos solicitaba limosnas hasta la misma pila del agua bendita. Ciegos y cojos, fingidos y reales, mostraban a la buena sociedad sus miserias para ablandar sus bolsillos. La necesidad, el vicio y la vagancia lograron obtener unas cuantas monedas de plata; pero la magnánima caridad de los ricos fue insuficiente para colmar el inmenso pozo de la pobreza, por lo que algunos mendigos no recibieron nada. Nicolasa estuvo entre estos últimos y una sensación

de frustración se agazapó en su corazón, roído por el rencor como un ratón deja un pan seco.

Al tiempo que se retiraba el Pendón con su comitiva y que comenzaban los juegos de cañas, el ánimo de la mujer se fue ensombreciendo. A pesar de los gritos de euforia de Francisca Xaviera y de Antonio Marcos, Nicolasa se sentía como muerta. Nada la divertía; ni las escaramuzas, ni el triunfo de la cuadrilla de los caballeros vestidos de verde, ni el estrellarse de las bolas de barro secadas al sol y rellenas de pintura roja.

Juana de Suleta, al ver a su amiga tan desencajada, le ofreció que en la tarde le llevaría una canasta de comida para que vendiera a la salida de los toros. Nicolasa tan sólo le pagaría los ingredientes; todo lo que sacara de ganancia sería para ella. Mientras Juana le hacía tan dadivosa oferta, Nicolasa miraba cómo dos alguaciles golpeaban a un mulato debajo de los arcos del acueducto y, gritándole ladrón y malviviente, se lo llevaban a la cárcel.

—Bueno pues, ¿qué dice Su Merced? —insistió la Suleta.

Como por inercia, Nicolasa hizo con la cabeza un gesto de aceptación y, viendo que el cielo se estaba encapotando, tomó a sus hijos de la mano, se despidió de su amiga y se fue de regreso a la casa de Ana.

En el camino, al recapacitar sobre su miserable situación, ésta se fue convirtiendo en una carga cada vez más pesada. Sin trabajo, sin compañero, enferma y pobre, Nicolasa se sentía la mujer más desgraciada del mundo. Cuando llegó a la plaza mayor se acercó a la fuente a tomar agua, pero antes de llegar una voz conocida la detuvo. Era Asunción, que había asentado en ese lugar su centro de operaciones. Después de hablar sobre la situación de su "negocio", la muchacha contó a Nicolasa que acababa de ver a Eduviges y que su casa parecía romería, siempre con gente que la iba a buscar para consultarla. Le estaba yendo tan bien como curandera que pronto se iría a vivir a otra casa más grande.

Otro aguijón se clavó en el corazón de Nicolasa, que se despidió de la joven manca con un gesto de amargura. Al acercarse a la fuente vio su rostro reflejado en el agua y eso la deprimió más. Miró a una mujer con la cara llena de arrugas, el cabello encanecido y la boca casi sin dientes. A la mente le vino el rostro lozano de Asunción y, con él, la falta de una libertad que nunca tendría. El cántaro de un aguador que se estrelló contra el espejo del agua la sacó de sus pensamientos.

Caminando como un alma en pena, Nicolasa, seguida de sus hijos, mascullaba su desgracia y echaba en cara a Dios el no haberla hecho como Edu-

viges. Su ánimo, reflejo de los negros nubarrones que cubrían el cielo, se ensombrecía cada vez más cuando recordaba las muchas bendiciones que su amiga recibía de la Providencia Divina y las comparaba con sus miserias y pesares. Al llegar a la casa de Ana comenzó a caer del cielo una espesa cortina de agua. Sobre el anafre, un guiso de pato que despedía su apetitoso aroma atrajo a los recién llegados a la mesa.

Ana y su marido compartieron con sus huéspedes, como todos los días, la comida y el calor de la amistad. Cuando los alimentos fueron consumidos, todo el mundo se levantó de la mesa y se dedicó a sus quehaceres. Nicolasa y Francisca Xaviera estaban lavando los platos y ollas de la comida en una batea de madera, cuando Ana se acercó a su amiga y le preguntó a boca de jarro:

—¿Qué le pasa a Su Merced que está tan agüitada?

La mujer dejó a su hija el trabajo de la limpieza y se fue a sentar a un petate cercano a una imagen iluminada por un cirio. San Ramón Nonato, patrono de las parteras, parecía mirarla compasivo con su boca sellada por un candado. Ana, que la había seguido hasta allí, se arrodilló frente a ella.

—Me duele tanta miseria —comenzó diciendo Nicolasa, y se detuvo para pensar si debía soltar lo que en verdad sentía.

Antonio Marcos se acercó a su madre y se acurrucó en su regazo. Ambos sabían que ese acto era una petición para que la madre le quitara al hijo los piojos de la cabeza.

—Cuánta gente hay que no se merece lo que tiene —dijo al fin taimada— y ahí está Dios dándoles y dándoles bienes. Gente que incluso comete pecados graves, de esos que los padrecitos dicen que merecen el infierno.

Se hizo otro silencio. Nicolasa no se atrevía a soltar el nombre de la persona en la que pensaba. Sus dedos ágiles persiguieron y alcanzaron a un rollizo piojo que se escapaba entre la cabellera del muchacho.

—Ahí tiene Su Merced a Eduviges —soltó Nicolasa sin pensarlo—. Esa mujer se dedica a atajar la llegada de las criaturas a este mundo. Su Merced las ayuda a venir y ella las obliga a irse.

Volteó a mirar a su amiga para ver el efecto que sus palabras estaban haciendo. Al darse cuenta de que había encontrado un oído dispuesto a escucharla, y notando que Ana compartía con ella sus pruritos morales, continuó:

—Es cierto que Dios la castigó ya muy duramente con la pérdida de su hijo Sebastián. Pero los malos pasos en los que andaba el muchacho... Bien merecido se lo tuvo. Yo por eso no culpo a Antonio de Sierralta por haberlo denunciado.

Cuando se dio cuenta de lo que su boca había dicho, ya era demasiado tarde. Su imprudencia había revelado el secreto que sólo ella y la difunta Margarita conocían.

—¿Que es denunciar mamá? —preguntó la voz adolescente de Antonio Marcos.

Un manotazo en la cabeza fue la respuesta.

—Espero que este secreto no salga de entre nosotras —dijo suplicante Nicolasa, intentando solucionar con esa frase las consecuencias de su indiscreción.

—No se preocupe Su Merced, seré una tumba —fue la respuesta que salió de la boca de Ana.

Afuera ya estaba parando de llover. Nicolasa se puso en pie, se despidió de su amiga después de contarle lo ofrecido por Juana de Suleta y salió a la calle acompañada de sus hijos. El cielo, despejado ya de nubes, anunciaba una espléndida tarde. La mujer caminó hacia la plaza mayor con un ánimo que parecía estar más tranquilo. Como quien se ha descargado de un pesado fardo, Nicolasa se sentía aliviada por haber compartido con Ana el secreto que guardaba desde hacía tanto tiempo. La aversión contra Eduviges parecía también haber disminuido después que tomó cuerpo en las palabras.

Cuando Nicolasa llegó a la plaza mayor, una lucecita de esperanza brillaba en su interior. Los carruajes repletos con las damas y caballeros que acudían a la fiesta de los toros comenzaban a llegar, abriéndose paso entre los tamemes cargados de bultos y las indias vendedoras de comida. El espacio que se extendía frente a la Catedral estaba esa tarde más lleno que de costumbre; a los puestos habituales se habían agregado otros nuevos por motivo de la fiesta.

La mujer y sus hijos comenzaron a buscar a sus amigos en los alrededores del entarimado construido en la plaza del Volador para las corridas. Los ojos de Nicolasa vieron bajar de los carruajes caras pintadas de carmín, cuerpos vestidos con ricas telas bordadas de plata y perlas, cinturas y pechos cargados de dijes, colgantes, cascabeles e imágenes de santos. ¡Cuánto lujo! ¿Por qué vivía ella en tanta miseria y estos ricos con tal despilfarro? Dios era muy injusto. Cuatro esclavos enjoyados que portaban un palanquín la empujaron para abrirse paso hacia la puerta del coso. De él descendió una dama cuajada de joyas.

Por fin, después de un rato de dar vueltas, sus ojos se toparon con la sonrisa de Juana de Suleta y con la rolliza figura de Catalina Josefa. Colo-

cadas en un hueco abierto debajo del entarimado, las dos figuras ofrecían a gritos su mercancía a los transeúntes.

—Aquí tiene Su Merced lo que le prometí —dijo la Suleta mientras extendía hacia su amiga una canasta llena de comida y tortillas.

—Dios se lo ha de pagar dándole más —contestó Nicolasa, agregando a la fórmula consagrada por el uso un tono de agradecimiento.

Juana contó a su amiga cómo había hecho los guisos. Aunque los sacerdotes decían que las trampas en la preparación de alimentos eran pecado, ella usaba los jitomates más maduros, pues eran los más baratos, y la carne de animales enfermos, que costaba la mitad. Los curas bien podían decir lo que quisieran, pues estaban hartos de comer, pero ella debía pensar en sus dos hijos. Además, lo mismo hacían muchas de sus compañeras: la tamalera envolvía los tamales con más hojas de maíz para que se vieran grandes; la vendedora de chiles mezclaba los viejos con los nuevos...

Nicolasa abundó en el tema sacando el odio que sentía:

—¿No hacen eso también muchos comerciantes ricos? ¿Qué son sus negocios sino robos? ¿De dónde salen sus fortunas sino de la miseria de los pobres?

Desde los balcones, llamados "la alegría de las ventanas", los vítores y cataratas de flores acompañaron a los sonidos de las fanfarrias que daban aviso de que el espectáculo iba a comenzar. Antonio Marcos se fue hacia un orificio desde donde se podía ver el coso, e hizo señas con la mano para que su hermana y su madre se acercaran a mirar el espectáculo desde otros agujeros similares.

Desde allí, Nicolasa vio a unos danzantes indios con sus plumas y chirimías que entraron a la arena y ofrecieron al virrey, a la virreina y a los oidores, apostados en las ventanas del Palacio, sus bailes y cantos. Detrás de esta mojiganga, miró llegar a los gentilhombres que iban a torear. Con capa negra, daga, espada y sombrero de plumas multicolores, los nobles caballeros dieron la vuelta a la arena montados en sus elegantes caballos y acompañados de un séquito de escuderos y lacayos vestidos con librea. Al llegar frente al muro del Palacio, la comitiva rindió los honores a las autoridades virreinales. Nicolasa observó los palcos donde estaban acomodados estamentos y corporaciones en un estricto orden jerárquico.

"¡Cuánta riqueza!", pensó mientras pasaba sin darse cuenta su mano sobre el pecho.

Al terminar la vuelta de honor, los alguaciles dieron la señal para soltar al primer toro. El encargado de rejonearlo, don Juan Altamirano de Velas-

co, conde de Santiago, apareció con un atuendo ceñido azul celeste con relieves de plata y extremos de armiño y montado sobre un caballo negro. Al verlo, Nicolasa recordó lo que todo México sabía: este noble sostenía relaciones ilícitas con una mujer casada; pero al parecer eso no menguaba ni su popularidad como rejoneador, ni su presencia en la Corte como uno de los nobles más importantes del reino. El conde hizo varias suertes guiando con agilidad a su montura, cubierta con cabezales de carmesí labrado y mantas franjadas de plata; en tres ocasiones logró encajar la punta de hierro del rejón en el lomo del toro, dejando sobre él, como prueba de su destreza, las maderas rotas de las jabalinas. La sangre comenzó a brotar de las heridas y brilló sobre el negro pelambre de la bestia, que mugía por el dolor.

El sonido de las trompetas llamó a los peones de cuadra, que hasta ahora se habían limitado a fatigar al animal trabajándolo con su capa y plantándole banderillas, para que se encargaran de matarlo a cuchilladas. Desde las gradas bajaron algunos aficionados decididos a participar en la carnicería. El toro herido, acribillado de flechas y acosado, embestía contra sus perseguidores con sus poderosos cuernos. De pronto, con una espectacular cabezada, la bestia logró ensartar a uno de sus perseguidores y lo lanzó por los aires.

Nicolasa se retiró espantada del orificio que le servía de mirador. Con la cara desencajada, se fue hacia donde estaba su amiga Juana, mientras de la plaza salían gritos y batidas de palmas.

—Si se sueña con toros significa que uno se ha de casar —le dijo la Suleta como para abrir conversación.

Nicolasa la miró sin verla. Estaba asqueada de la sangre y de la gente. La algarabía que se escuchaba en los palcos y balcones la exasperaba hasta hacerle daño.

—¿Qué le pasa comadre? Parece que le hicieron mal de ojo —preguntó Juana con la intención de sacarla de su mutismo.

—¿Quién va a querer hacerme eso a mí? —respondió la interpelada con un gesto de cansancio y espantándose las moscas con la mano—. Hay muchos motivos por los que se enhechiza a los hombres o a las mujeres, ya porque están bien vestidos, ya por su buena presencia o su belleza, o ya porque tienen muchos criados o bienes de fortuna. Yo nada de esto poseo, ¿quién podría envidiar a una mujer como yo?

Detuvo su perorata para atender a un cliente que llegó a pedir una tortilla con carne en salsa roja.

—Tan sólo lamento —prosiguió con sus quejas— que mis hijos sufran de tantas privaciones y temo que a estos mis males sobrevengan otros peores, pues como reza el refrán, al perro flaco todo se le vuelven pulgas.

—¿Y por qué no piensa en meter a trabajar a sus hijos? —cuestionó Juana al tiempo que se acomodaba un escapulario de la Virgen del Carmen que traía sobre el pecho—. Mi Antonio está ahora de oficial con el sastre Jerónimo de Cassaus. Él podría conseguir que Antonio Marcos entrara allí de aprendiz. Y Francisca Xaviera ya tiene edad para servir en una casa o con las monjas.

Nicolasa estaba recapacitando en lo escuchado, cuando los ruidos de la gente que salía de la arena la obligaron a alejarse de su amiga para atender su canasta de comida. Antonio Marcos se sentó junto a ella a juguetear con un perro callejero que se había acercado a buscar un poco de alimento. Los espectadores comentaban eufóricos los avatares de los siete toros que se corrieron esa tarde y las muertes de cinco arriesgados matadores. Estaba sirviendo un guiso de pollo cuando frente a ella miró una falda conocida. Subió la vista, era Eduviges.

La mulata iba vestida con una pollera hecha de algodón de vivos colores, de esas que se llaman de indianilla. Varias cadenas de oro sobre la piel morena que dejaba entrever un amplio escote le daban un aspecto de prosperidad. La acompañaba un hombre maduro con arregladas barbas y tez blanca. Ella lo presentó como don Juan de Quijano.

El encuentro pareció provocar en Eduviges un enorme gusto, que se manifestó en efusivas muestras de afecto. Nicolasa se esforzó por mostrar una actitud parecida, aunque su ánimo no deseaba otra cosa más que huir de allí; era como una pesadilla. La mulata contó a su acompañante, fingiendo no notar lo que le pasaba a su antigua amiga, lo mucho que extrañaba a Nicolasa de la Encarnación; evocó la frecuencia con que hablaba de ella y recordó que no la veía desde la muerte de su hijo.

—¿Por qué Antonio de Sierralta denunció a Sebastián? —pronunció la inconciencia de Antonio Marcos en un momento en el que todos guardaban silencio.

La pregunta cayó como un pesado fardo en medio de un arenal. Un silencio incómodo, prolongado durante unos minutos, enrareció más el ambiente. Por fin Eduviges, con el rostro demudado, preguntó a Nicolasa.

—¿Es eso cierto?

La mirada baja de la antigua amiga fungió como una respuesta afirmativa.

Eduviges dio media vuelta y se fue seguida por su amigo, perdiéndose entre la multitud. Los últimos destellos del día alumbraban la plaza mayor convertida en espacio de fiesta. La gente se paseaba con hachones encendidos, comía, bebía, gritaba, bailaba y cantaba. El ruido de los tambores y de las cajas de guerra, de los cohetes y de los fuegos de artificio llenó con su estruendo todo el ámbito. Nicolasa tenía clavado en la mente el rostro de Eduviges al enterarse del secreto. Un rostro que denotaba odio y sed de venganza. La mujer tomó a sus hijos de la mano y después de entregar el dinero convenido a Juana, se alejó de la plaza. La luz de los hachones que portaban los alegres comparsas iluminó a su paso a un hombre borracho tirado en el suelo. Una dama con la cara cubierta que acudía a una cita galante pasó junto a ellos, despidiendo a su paso un penetrante olor a perfume. El olfato de Nicolasa percibió, mezclado con el fuerte aroma a algalia y almizcle, el nauseabundo hedor de una mano que se pudría en la horca de la plaza por haber robado la plata de una sacristía.

Mientras la mujer caminaba apresurada para salir de la plaza, como si huyera de una calamidad, su mente cavilaba sobre lo acontecido en ese día. ¡Cuánto mal provocó sin darse cuenta! Su imprudente lengua había abierto una fuente de la que, según intuía, brotarían muchas desgracias.

Nicolasa miró la luna que brillaba ya en el negro firmamento y pidió perdón a todos los santos.

7. SOBERBIA

Ciudad de México, 8 de diciembre de 1689, día de la Inmaculada Concepción de María.

Dios Padre, desde las alturas y coronado con una tiara papal, miraba impasible la escena apocalíptica que se desarrollaba a sus pies. Una mujer, María, vestida de sol, coronada de estrellas y sostenida por media luna y una multitud de querubines, ascendía hacia él con las manos juntas y mirada etérea. Rodeada de ángeles músicos, parecía entregar con su actitud no sólo su alma sino también al niño envuelto en pañales, fruto del virginal vientre, que dos jóvenes alados mostraban al Eterno. Con esa imagen la Iglesia representaba a la Inmaculada Concepción de la Virgen María, dog-

ma que postulaba que la madre de Jesús había sido liberada por Dios del pecado original con el que nace todo mortal. La mujer dejaba abajo a un ejército de ángeles dirigidos por el aguerrido San Miguel que, espada en mano, luchaba denodado contra el infernal dragón de siete cabezas, padre del pecado, de quien la Virgen madre había escapado.

El señor arzobispo, que conocía la enorme pintura de memoria, terminó su recorrido visual en la figura del apóstol San Juan que, con su águila emblemática al lado, describía la portentosa visión. Con un gesto nervioso, el prelado se quitó las gafas que utilizaba para aliviar en algo su avanzada miopía y las metió en la bolsa de su sotana. Mientras iban llegando al recinto de la sacristía los sacerdotes que celebrarían la misa solemne, don Francisco se arrodilló en un reclinatorio tapizado de terciopelo rojo y, con la cara metida entre las manos, oró:

—Oh Señor, dame las fuerzas necesarias para lograr el triunfo sobre tus enemigos, los hijos de las tinieblas, y para poder dirigir a la patria celestial al rebaño que me has encomendado. El Maligno posee tantas cabezas y sus garras tienen presos a tantos desgraciados, que la labor que me has confiado llega a ser una pesada carga para mis débiles hombros. A veces me siento desfallecer pues, como pobre pecador que soy, no tengo mucho qué ofrecer a tu servicio, pero sé que nunca me faltarán tu ayuda y consuelo; sin ellos nada puedo.

Levantó los ojos y su mirada se posó en un detalle de otro de los cuadros que decoraban la sacristía de la Catedral. Varios herejes eran arrollados bajo las ruedas de un carro que traía tras de sí a otras figuras derrotadas y sujetas con grilletes. Sobre el carruaje del triunfo estaba sentado San Pedro, quien como primer pontífice llevaba en la cabeza la tiara papal, y junto a él una mujer vestida de rojo, con halo flamígero alrededor del rostro y una paloma posada en el pecho que representaba a la Iglesia Católica. Cuando los ojos miopes del arzobispo adivinaron las femeninas formas, un violento cabeceo intentó alejar el pensamiento que se estaba dibujando en su exaltada libido. Como nada logró con el gesto, se levantó de un salto del reclinatorio e hizo una seña a dos de los acólitos que estaban junto a él para que lo ayudaran a revestirse con los ornamentos sagrados. A menudo el cambiar de actividad le permitía alejar de sí los atormentadores pensamientos.

Mientras los jóvenes colocaban sobre una sotana raída y llena de agujeros los símbolos de la protección y de la integridad, el ámito y el alba orlados con encajes, don Francisco de Aguiar y Seijas pensaba:

"¿Qué vamos a hacer con todas esas santas y figuras alegóricas vestidas de nobles?, que a veces duda un hombre si las adorará por santas o apartará sus ojos por no ver las profanidades de sus trajes, porque en sus vestidos y adornos no parecen santas del Cielo sino damas del mundo. Y esa moda que han tomado los devotos de vestir a las vírgenes con tantos dijes y galas, ropa, copete, valona, arandela, gargantilla; más parecen damas bizarras y compuestas que la imagen de simplicidad que fue la Santísima Virgen".

Estaba embebecido en esos pensamientos cuando sintió en sus muñecas las finas manos de uno de los acólitos, quien doblaba hacia adentro los puños sucios de su camisa. Con un ademán de desagrado, el prelado lo alejó de sí. Enseguida le fueron colocados la estola, la casulla y el manípulo, finas piezas blancas y azules bordadas con hilos de plata y seda.

Cuando los acólitos estaban por terminar la primera etapa de su tarea, don Diego de Malpartida, deán de la Catedral, se aproximó al prelado para hacerle notar la donación que él había hecho a la sacristía: un aguamanil de plata maciza de tres varas de alto coronado con un águila. Don Francisco hizo una mueca de desagrado. Malpartida no le gustaba; siempre haciendo alarde de lo que hacía y regalaba, ese hombre parecía más un cortesano intrigante que un clérigo. Era además soberbio y engreído. En cambio, don Antonio de Aunsibay y Anaya, quien preparaba en ese momento a los acólitos que encabezarían la procesión, siempre silencioso y solícito desde su humilde cargo de cura racionero, era el modelo del buen sacerdote. Don Joseph de Lezamis lo había recomendado ampliamente por sus virtudes y el arzobispo había tenido ocasión de comprobarlas.

"Espero —pensó— darle pronto un cargo que esté a la altura de sus virtudes y en el que pueda servir mejor a Dios."

Cuatro hábiles manos comenzaron a vestir los dedos del arzobispo con finos guantes de seda blanca y sobre ellos pusieron los anillos de oro, esmeraldas y rubíes y el báculo de carey. Después colocaron sobre sus hombros una gran capa pluvial, que tenía bordada, en hilos de plata y seda, la imagen de la Inmaculada y, sobre su cabeza, una mitra de los mismos materiales y decorada con las llaves de San Pedro.

Mientras sus asistentes culminaban el rito de vestir al arzobispo con todas las insignias de su dignidad, éste observaba la gran pintura que se desplegaba sobre la puerta de la sacristía. Él había elegido como tema para ese lugar la apoteosis de San Miguel, el arcángel guerrero defensor y protector de la Iglesia, de quien era muy devoto y al que debía tantos triunfos sobre

las legiones infernales que lo atacaban continuamente. Los miembros del cabildo, que donaron a la sacristía las pinturas y algunos objetos preciosos, quisieron que se les representara en ese cuadro junto con el señor arzobispo. Al principio le desagradó la idea, pero al final accedió. Observó su figura arrodillada delante de Diego de Malpartida, del difunto arcedeano García de Legazpi, del canónigo Ignacio de Hoyos Santillana y de otros, con una fortaleza al fondo simbolizando la Jerusalén celeste.

"Cuántas obras se han hecho en esta Catedral —pensó— desde que tomé su dirección espiritual hace ya más de seis años."

Y recorrió mentalmente toda la labor realizada: la decoración de la sacristía encargada a los pintores Juan Correa y Cristóbal de Villalpando; el bajorrelieve de la portada principal dedicada a la Asunción de María; los apóstoles de piedra de la portada del reloj... Pero aún faltaba terminar las portadas de las naves laterales e iniciar su mayor obra: el seminario conciliar.

La Ronca y Doña María, dos de las 21 campanas que sonaban sobre la única torre de Catedral, dieron aviso de que la ceremonia estaba por comenzar. Sobre la adusta figura del señor arzobispo se colocó el palio de terciopelo y oro y frente a él se echó a andar hacía la nave catedralicia una larga procesión encabezada por dos acólitos con cruz y ciriales de plata. Con su majestuoso atuendo, el prelado salió por la puerta de la sacristía hacia el ábside de la iglesia mayor de Nueva España, mientras la música del órgano y las voces infantiles estallaban en una floritura de notas.

La procesión bordeó el ábside, pasó frente al retablo de los Reyes, que exaltaba el papel de la Monarquía católica como protectora de la Iglesia verdadera, y torció hacia la derecha, pasando a un lado de la capilla dedicada al protomártir criollo muerto en el Japón, el beato Felipe de Jesús. Mientras pasaba por ese tramo de la nave lateral, su olfato percibió el tufo a pulque y a sudor que salía de la multitud aglomerada a los lados de la crujía central, pero acostumbrado a esos olores no les puso atención. Finalmente, el acompañamiento entró a la nave central por el lado del crucero que daba a la parte del altar llamada del Evangelio.

Siguiendo el protocolo marcado por la costumbre, el acólito caudatario, que cargaba la cauda de la capa pluvial del arzobispo, bajó la pesada tela al pasar junto al virrey y las autoridades de la Colonia. El conde de Galve, sentado sobre un estrado, estaba acompañado por su capellán, su mayordomo, su capitán de guardia y su caballerizo. A su derecha, de pie, los regidores de la ciudad eran flanqueados por dos maceros vestidos de damasco y

con mazas de plata en las manos; a su izquierda, sentados con sus togas, estaban los oidores del tribunal de la Audiencia.

El arzobispo hizo una reverencia de mala gana frente a la máxima autoridad del Virreinato. Aguiar despreciaba al recién llegado virrey don Gaspar de Silva y Mendoza. Desde que lo vio por primera vez vestido a la francesa, con sus largos, rizados y cuidados cabellos rubios, le había causado una impresión poco grata. Y después con todas las corruptelas que se contaban de él; y sobre todo, con la vida que llevaba con su consorte, doña Elvira de Toledo, entregados a saraos y fiestas...

Estaba pensando en la virreina, cuando miró de reojo el pequeño palco cerrado por celosías que albergaba a la esposa del conde y sintió sobre sus hombros cómo el caudatario bajaba la cauda de la capa al pasar frente a ella.

"Esa mujer que desde que llegó a la Nueva España se pasa los días en las huertas de Tacuba. Paseos y jamaicas son diversiones deshonestas para las mujeres decentes, que deben permanecer en sus casas recatadas y ocultas a la vista de los demás hombres, y más siendo modelo de virtudes como lo debía ser la señora virreina. Pero al parecer en esa casa quien manda es ella. Triste matrimonio donde las barbas enmudecen al grito de las tocas. A tales maridos el mismo Dios les echará en cara su infamia y falta de carácter. Y para colmo de males esta virreina, al igual que la anterior, ya fue seducida por ese demonio del convento de San Jerónimo. Sor Juana Inés de la Cruz, que con su amiga la condesa de Paredes había convertido su convento en un salón de tertulias, quiere seguir haciendo de las suyas. ¡Ay!, si pudiera prohibir las comitivas y continuas visitas de los virreyes a los conventos de monjas, sobre todo a San Jerónimo y a Jesús María. Algunas religiosas que debían poner más su atención en la observancia puntual de las reglas y en el ejercicio de penitencias y devociones, están distraídas con esos juegos propios de mujeres seglares y emplean todo su anhelo en divertirse con el monstruo de la devoción mundana. ¡Qué lamentable es que después de los trabajos que pasan en esta vida, les espere en lo futuro perpetua muerte!"

La procesión terminó frente al altar mayor, debajo de un portentoso ciprés de tres pisos lleno de columnas y angelillos. El arzobispo se sentó en su cátedra episcopal al lado del altar.

—*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti* —se escuchó la voz del celebrante, que daba inicio a la misa solemne.

Cuando los asistentes, sentados entre el altar y el coro, se pusieron de pie, los miopes ojos del arzobispo adivinaron frente a él encajes, galones, oros,

bordados, lazos, cintas, abanicos, pañuelos, perlas, joyeles, afeites en los rostros y rizos bajo las mantillas. La introducción de esas costumbres afeminadas de las pelucas y de los coloridos trajes, todo ese amaneramiento venido de Francia, causaban en el prelado gran repugnancia. El artificio en todo, el derroche en vestidos y alhajas, la ostentación en los adornos de casas y carruajes y el alarde en los cortejos de pajes y criados eran para él escandalosos. Siempre predicó contra tales excesos y bien poco caso se le hizo.

"Semejante fausto —pensó— es un grave pecado y todos aquellos que no escuchan la voz que los amonesta en nombre de Dios, tendrán la eterna condenación. Y la tendrán también aquellos que no conservan el recato y compostura debidos en las iglesias, adonde tantos acuden sólo para encontrar a sus conocidos, hacerse ver y criticar a los demás, eso no puede llevar más que al infierno."

—*Confiteor Deo Omnipotenti* —escuchó y, mientras rezaba la oración del perdón, Aguiar recapacitó:

"¡Oh pobre pecador que soy! ¿Acaso no tengo yo tantas faltas como esos contra quienes clamo? ¿Acaso Dios no me juzgará tan duramente como aquellos a los que yo acuso? Recuerda que la soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia y que todo pecado proviene de la soberbia. Fue de soberbia el pecado de Satanás, cuando quiso ser igual que su creador y fue de soberbia el pecado de Adán. Pero no, no es soberbia lo que me lleva a corregir a mis ovejas, a pesar de ser yo gran pecador, sino mi obligación como pastor a quien Dios ha encargado el cuidado de su rebaño."

—*Et tibi Pater, quia peccavi nimis cogitatione, verbo et opere* —pronunciaron sus labios y trajeron a su mente las terribles visiones que lo acosaban día y noche con la tentadora figura femenina.

"¡Ah, mujer! —reflexionó mientras recitaba la oración—, tú eres la fuente del vicio y del pecado. Oculta y encerrada debes estar para no hacer pecar al hombre. Voy a dar más limosnas para el hospicio de la Misericordia, que amenaza ruina. Cuántas mujeres que andan por la calle deberían estar en él o en los conventos de religiosas. ¡Ay las religiosas! Esas desobedientes que más que esposas de Cristo debían llamarse esposas del Demonio. Sus locutorios siguen abiertos a todo género de devotos y mis órdenes para que se limiten son letra muerta. Cómo quisiera cerrar esos locutorios y abrir oratorios en su lugar, como el que mandé construir en el recogimiento de Belem para evitar que las recogidas tuvieran que salir a la calle para asistir a misa. ¡Que dicha! La casa ya tiene más de doscientas mujeres."

—*Kyrie Eleison* —sonó la voz dando pie a una cascada de voces infantiles acompañadas por las notas del órgano y de las cuerdas.

El arzobispo recitó para sus adentros la oración y, cuando terminó, los coros seguían bordando las frases entre las notas. Nunca le había gustado tanta floritura musical durante la misa, pues con ella se distraía la atención del pueblo que debía concentrarse en la celebración y no en la ejecución musical.

"El pueblo —recapacitó mientras observaba a los mestizos, mulatos e indios que se aglomeraban a los lados de la crujía central destinada a la aristocracia blanca—, de ellos es el Reino de los Cielos. Es mi deber obtener más limosnas para saciar su hambre y sus miserias. Dios me ha dado la tarea de aliviar todas sus necesidades como pastor de este rebaño que Él me ha encomendado. En la tarde iré al hospital del Espíritu Santo..."

De pronto, pareció observar en su miopía algo extraño en esa apretujada concurrencia. Trató de sacar sus gafas de la bolsa de la sotana, pero con tanto ornamento sagrado encima le fue imposible. Entornó entonces los ojos y creyó ver que los hombres se restregaban contra las mujeres aprovechando la aglomeración. Su imaginación unió esa percepción con el recuerdo del olor a pulque y, disgustado, comenzó a discurrir:

"¡Ah, esa plebe que con el ocio, la libertad y la embriaguez se precipita en toda suerte de relajaciones y vicios! Esos desdichados deben estar llenos de pulque, la demoniaca bebida que lleva a hombres y a mujeres a intercambiar sus torpezas. Aunque no tienen ellos toda la culpa sino los publicanos que se enriquecen vendiéndolo, como ese desgraciado de Juan de la Rea que tiene el arriendo desde hace cinco años. Pronto se vencerá su contrato, pero con los visos del virrey que tenemos seguramente se le renovará. ¿Y qué haré con los juegos de naipes que la Corona tampoco quita por el dinero que recibe de su asiento? Por lo menos he logrado que las peleas de gallos desaparezcan. Gracias a Dios, ese otro arriendo que era fuente de incontables pecados fue quitado por el rey Carlos hace un año. Claro que al principio tuve que pagar lo que daba el asiento a Su Majestad. Pero el dinero me ha sido restituido, y aunque no lo fuera nunca pudo estar mejor empleado que en esta santa obra de acabar con tan pernicioso juego, donde se blasfema y se jura, se desarrolla la codicia y se deja a las familias de los pobres sin comida".

Una sonrisa se dibujó en sus labios al acordarse de que don Joseph de Lezamis y don Juan de Pedroza iban a las casas en que se jugaban gallos.

Uno de los dos se paraba en la puerta para evitar la salida de los jugadores y el otro les predicaba para apartarlos de aquel ejercicio, tan pernicioso a las bolsas y a las conciencias.

—*Gloria in excelsis Deo* —cantaron los niños del coro con sus claras voces.

—*Et in terra pax hominibus bonae voluntatis* —contestó para sí el prelado y mientras el canto prolongaba el rezo, su mente regresó a sus obsesiones.

"Voy a lograr quitar el asiento del pulque y el de los naipes, como quité el de los gallos", se dijo, y recordó que no había acabado de pensar en algo que se refería a los pecadores, algo importante, y hurgó en su memoria. "¡Ah sí! —recordó por fin—, pobres y ricos están llenos de vicios y Dios, que es sabio juez, castiga al pueblo pecador con terremotos, epidemias y desgracias. ¡Pero ay de vosotros, que no son los castigos de esta vida los peores! Cómo meterá Dios a cuchillo en el más allá a toda esa gente adúltera, fornicaria, usurera, logrera, tramposa, rebelde, cruel y bellaca. Todos andáis en busca del placer en comedias, bailes, tabernas, tertulias, paseos, toros, torneos y romerías, lugares pecaminosos donde encontráis la oportunidad para vuestros tratos deshonestos y licenciosos. ¡Lloraréis después todo lo que ahora reís!"

La lectura de la Epístola y del Evangelio pasaron para el arzobispo en una lucha sin cuartel contra las diversiones, pero al llegar el momento del sermón su ánimo se aplacó.

La voz pastosa y maleable del orador comenzó a llamar la atención del arzobispo, no tanto por su modulación sino por lo que decía. Con un discurso artificioso y lleno de grandilocuencia, marcando las palabras con unas manos largas y cuidadas, el padre predicador, don Pedro de Arellano y Sosa, del oratorio de San Felipe Neri, comenzó diciendo:

—Loado sea Dios Nuestro Señor y su Santísima Madre porque ha favorecido a los ejércitos cristianos contra el turco, quedando vencidos los enemigos de la fe. Quiera ese mismo Dios que los piratas que asolan el Mar del Sur queden también vencidos y confundidos y con ello el Eterno Hacedor conceda mayor esplendor al glorioso reinado de nuestro muy amado rey Carlos.

Mientras el padre Sosa daba su exordio, hablando de la Inmaculada Concepción, patrona de España, que había sido siempre socorro para la Monarquía española contra los herejes, Aguiar pensaba:

"Sin embargo, cuántas herejías llegan a las Indias. A pesar de los controles y prohibiciones para el paso de indeseables y conversos y de los castigos de cuatro años de galeras para los que no cumplan con ese requisito,

muchos pasan sin esa licencia porque los capitanes son fácilmente sobornados. ¡Y los libros heréticos...! Los comisarios del Santo Oficio suben a los barcos para ver si no es traída a Indias tan infame mercancía y con tal de recibir unas cuantas monedas la dejan pasar sin revisar".

Mientras el orador se explayaba en la pureza virginal de María, modelo y ejemplo para las mujeres, don Francisco tomaba la decisión de ir a la tienda del librero Pérez y de comprarle todos los libros de comedias para quemarlos. Con ello su mente regresaba de nuevo al tema de las diversiones:

"Es urgente la prohibición de públicos teatros y profanas representaciones, despertadores de los espíritus lascivos, escuela de liviandad y despeñadero de la juventud. Qué diferencia con el templo donde se congregan ambos sexos para la devoción y el incentivo del espíritu, donde se vierten tiernas lágrimas de piedad. En el teatro, en cambio, todo son risas y torpezas. Semejantes aulas de pestilencia deberían ser extirpadas. Con gusto pagaría yo de mis rentas lo que las comedias dan al hospital de indios, pero mi caudal no alcanza para atajar tantos males".

Unas palabras del orador, que peroraba ahora contra los afeites y escotes en las damas, fueron el pivote para que la mente del arzobispo entrara en otro de sus engranajes obsesivos.

"En nuestros tiempos, la veneración que se debe sólo a Dios es suplantada por el sustentar ídolos en las damas, a quien los galanes veneran más que a Dios pues con ellas le ofenden. Pero las más culpables son ellas, esas mujeres casquivanas que se pintan y arreglan para provocar la lujuria, que vienen a la iglesia para ser vistas; son un resbaladero de las ánimas e irán a sufrir eternamente los castigos que merecen en el infierno. Si se adornan como el Demonio, con él arderán. Y si eso es cierto para las mujeres del siglo, cuánto más lo es para las religiosas. Cómo parecerá a los ojos de Dios una esposa suya arrebolado el rostro, oprimidas las muñecas con las pulseras, embarazados los dedos con las sortijas y toda ella tan ocupada de pies a cabeza de indecentes trastes que no parece sino tienda de buhonerías o aparador de platero. Vergüenza es grande tener el nombre de esposas del mismo Dios y no corresponder con las obras a tan glorioso título. Hay monjas que cocinan y lavan la ropa de los hombres de afuera y por más amenazas y prohibiciones para evitar que los mayordomos entren a la clausura bajo ningún pretexto y que no se reciban devotos en las rejas, nada se logra. En la religión es ésta una polilla que cunde con grande estrago de las almas y que debo exterminar cueste lo que cueste."

Su mente regresó a la misa cuando los coros cantaban el credo y con gran devoción se unió al canto que manifestaba la declaración de fidelidad a los dogmas de la Iglesia. Con la misma devoción se entregó al canto del *Sanctus* y al ofertorio, y en el momento de la consagración agradeció con lágrimas en los ojos la presencia de Cristo en la Eucaristía. Cuando llegó la hora de la Comunión, observó a los fieles que se aproximaban a recibir la sagrada forma y su ánimo comenzó a alterarse de nuevo al ver que se acercaban a la mesa del Señor pecadores públicos como fray Diego Velázquez de la Cadena y fray Francisco Castellanos.

"¡Qué desvergüenza! —pensó—. A qué extremos puede llegar la perversidad de algunos religiosos. Hombres que pasan la mayor parte de su vida fuera del convento, que visitan tabernas y garitos, que andan en bailes, toros y comedias y que se atreven a mostrarse en público como si fueran santos y honestos sacerdotes. ¡Ay de aquel que, debiendo dar la luz con la doctrina y con el ejemplo, es tinieblas con su vida y malas obras! Pobre de aquel sacerdote que atiende a su comodidad y no al ejemplo y tiene por granjería una dignidad mayor que la de los ángeles. Cómo no se dan cuenta que les sucederá lo mismo que a Judas, que está entre los demonios condenado para siempre. El sacerdote que en vez de curar a sus ovejas les ocasiona la enfermedad con el mal ejemplo, no es pastor sino lobo carnicero y merece ser llevado al abismo eterno. ¡Qué gran responsabilidad la del sacerdocio y de cuántas almas deberán sus miembros rendir cuentas!"

Al pensar en su ministerio, una gran angustia se apoderó del ánimo de don Francisco. Era tanto lo que debía hacer y tan poco lo conseguido, que comenzó a sentir su fracaso en el cumplimiento de sus deberes como pastor de almas. Su mente, atormentada por esos pensamientos, se metió por los laberintos obscuros del infierno adonde fue arrebatado en espíritu. En angustiosas visiones los demonios lo trataban de convencer de que, a causa de sus pecados y de su falta de celo, pronto estaría en su compañía. Mientras tanto le mostraban a los condenados, retorciéndose del dolor entre hierros al rojo vivo, aceites candentes, hielos destemplados y lagunas pútridas. Cuando la desesperación llegaba a su límite, apareció en el cielo el arcángel San Miguel que lo liberó del terrible suplicio y le notificó que había pasado la prueba, que Dios le tenía reservado el premio eterno por sus trabajos. De entre las nubes apareció la figura llena de luz de Jesucristo, que le abría los brazos y le ofrecía la llaga de su costado para que de ella bebiera la sangre salvífica mientras le decía:

—La Divina Justicia no ha castigado a esta ciudad pecadora que es México como se merece, en atención a las oraciones, obras y limosnas que tú, su digno pastor, haces en ella todos los días. Debes continuar con esa tarea y con la lucha sin cuartel contra el pecado y el vicio, pues lo que haces lo haces para mi gloria y en mi servicio. Tu premio será habitar cerca de mí en el paraíso. Bienaventurado seas.

Cuando volvió de su visión, el arzobispo se encontraba de rodillas sobre el reclinatorio. Con mirada beatífica y una gran paz interior, escuchó las notas que acompañaban el canto final y sintió en su interior una gran fuerza. El mismo Cristo le había encomendado seguir su labor reformadora y con su ayuda nada lo detendría.

"Dios —pensó— me ha puesto en este lugar para ser la espada de su Justicia, el látigo que fustigue a los hijos de Satanás, el fuego purificador del pecado que carcome a esta sociedad llena de vicios. Soy un elegido, un enviado, el instrumento de la ira divina que acabará con la concupiscencia de las mujeres y con tantas ofensas a la Divina Majestad que se dan en estos reinos. Cerraré tabernas y teatros, prohibiré la venta de pulque y de naipes, reformaré a los frailes, enclaustraré a las mujeres perdidas y obligaré a las monjas a vivir de acuerdo con sus reglas."

De pronto, un ruido violento lo sacó de sus meditaciones. En la celosía de la virreina un acólito que llevaba una garrafa de vino que la condesa había solicitado, rodó escaleras abajo acompañado por las risas de la concurrencia. Al percatarse, disgustado por la falta de recato de la virreina, el arzobispo caviló:

"Dios también me ayudará a poner los medios para que los condes de Galve salgan lo más pronto posible de la Nueva España".

VII. EL LIBRO DE LAS REBELIONES

1. JAQUE A LA REINA

Palacio del Buen Retiro, Madrid, 19 de agosto de 1690.

Toda la Corte hablaba ese día de ello. El rey había sido víctima de un maleficio y de ahí su incapacidad para engendrar un heredero que lo sucediera en el trono. Se rumoraba que se quería consultar el caso con una hechicera gallega, pero en los círculos eclesiásticos la solución fue descartada por ir contra la fe. En cambio, algunos clérigos insinuaban que el mal podría ser tratado con un exorcismo.

Fray Joseph recibía todos estos rumores con un profundo hastío. Llevaba ya más de un año como predicador en la Corte de Carlos II y estaba harto de los chismes, las intrigas y las confabulaciones que en ella se cocinaban. Su atención regresó a la obra de teatro que se estaba representando en la sala dedicada a los espectáculos del Palacio del Buen Retiro. En la escena se desarrollaba una insulsa historia de enredos y amoríos que a Sicardo le parecía mortalmente aburrida. Para distraer el tedio, su vista se paseó por la concurrencia. Entre las decenas de rostros conocidos, todos de nobles damas y caballeros, descubrió el de la marquesa de La Laguna y condesa de Paredes, María Luisa Manrique de Lara. Malos recuerdos tenía el agustino de ella y de su marido, pues en los tiempos en que eran virreyes de la Nueva España se manifestaron partidarios del padre De la Cadena. La estrella del marqués brilló con esplendor el año anterior al conseguir la grandeza de España y el cargo de mayordomo mayor de la reina María Ana de Neoburg. Sicardo supo que estos honores fueron comprados con la plata que el exvirrey trajo de las Indias. Ahora, el marqués estaba en cama enfermo y su mujer se encargaba de mantener su prestigio y su presencia en la Corte.

El religioso recordó que, por instancias de los marqueses, se representó en ese mismo escenario el año anterior un auto sacramental, obra de una monja mexicana llamada sor Juana Inés de la Cruz. El tratamiento del tema (Cristo transfigurado en el Narciso de la mitología griega se enamoraba de su naturaleza humana) le había parecido a Sicardo un poco irreverente. La marquesa, amiga íntima de la monja, promovió además la publicación de sus versos que hablaban de amores y de celos, y que ahora corrían impresos con gran éxito entre los cortesanos madrileños. A fray

Joseph tampoco le agradaban esas décimas dedicadas a exaltar el amor cortesano, y menos siendo la autora una religiosa.

La vista del fraile se perdió en los jardines del Palacio, que servían de fondo escenográfico a la representación, y se entregó a los pensamientos que ocupaban sus horas de vigilia y algunas de las de sueño: la reforma de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de México. ¿Cómo se habría desarrollado el capítulo provincial? ¿Habrían logrado fray Antonio Gutiérrez y los partidarios de la reforma acabar con la tiranía del padre De la Cadena y de su compinche el padre Castellanos? Su intuición le decía que de un día para otro llegarían las anheladas noticias. Las notas risueñas de una flauta y una mandolina que anunciaban el final de la función lo sacaron de sus elucubraciones.

Antes de que se acercaran a él algunas damas que buscaban a menudo su compañía para intercambiar opiniones sobre la obra, el padre Sicardo salió de la sala rumbo a la plaza del Palacio. Mientras huía de sus impertinentes admiradoras, iba rumiando lo mucho que le desagradaban los encuentros con esas damas pintadas de carmín y con olor a almizcle rancio. Cuánta razón tenía su hermano en las diatribas que contra las galas, escotes y afeites de las mujeres había escrito en su famoso tratado de Teología Moral. De pronto, como si sus pensamientos lo hubieran materializado al ser recordado, vio venir al mismo fray Juan Bautista Sicardo.

Con un efusivo abrazo los dos hermanos se demostraron su mutuo afecto y, sin más preámbulos, intercambiaron las noticias acumuladas durante varios años de ausencia. Fray Juan Bautista, que hasta ese momento había ocupado el cargo prioral en el convento de Burgos, estaba de paso en Madrid rumbo a Roma. Había recibido el nombramiento de asistente general por las provincias agustinas de España e Indias y al día siguiente se iría a Italia a tomar posesión de su cargo. Fray Joseph cogió a su hermano del brazo y lo llevó hacia los jardines del Palacio para evitar ser escuchado por las paredes llenas de oídos de la Corte, ávidas de chismes y de noticias. Mientras caminaban a orillas del estanque que servía para representar farsas navales, el buen fraile se quejó con su hermano de los nobles y de sus excesos:

—Gastan tanto —comentó— que no hay fortuna que soporte las sangrías que lujos y fiestas hacen a los patrimonios. El despilfarro consume las haciendas de los linajes y está acabando con la poca riqueza que le queda a España. Osuna tiene trescientos criados pero está endeudado hasta el cue-

llo y Cifuentes y Benavente están a punto de caer en la bancarrota. Por si fuera poco este derroche, las costumbres licenciosas han hecho su nido en esta Corte donde no se ocultan ni los amoríos vergonzosos ni los hijos bastardos.

—¿Y la nueva reina? —preguntó fray Juan Bautista con un dejo de curiosidad, a sabiendas de que el tema daría para mucho.

—¡Ay hermano!, peor calamidad no pudo haber enviado Dios sobre esta Corte como castigo por los muchos pecados que en ella se cometen. A diferencia de María Luisa de Orleans que, con todo y sus achaques y remilgos, era reservada y estaba alejada de los asuntos de Estado, la reina alemana ha mostrado desde su llegada a esta Corte, hace ya tres meses, un vivo deseo de intervenir en las decisiones de gobierno. Y tú sabes lo mal que funcionan las cosas de la república habiendo faldas de por medio. Por otro lado, su avaricia no tiene límites y la codicia de sus acompañantes tampoco. Enrique Wiser, al que llaman el *Cojo*, y María Josefa Bohl von Gutemberg, conocida en Madrid como la *Perdiz*, no han cesado de medrar a costa de la hacienda real desde que llegaron. Y el rey... bueno, el pobre rey no tiene voluntad.

Fray Juan Bautista, abiertamente interesado por los asuntos de la Corte, preguntó entonces:

—¿Y nadie se opone a tales desmanes y abusos?

—Sí, hay algunos —respondió dubitativo fray Joseph—, pero la mayoría de los nobles son barcos que navegan al viento que sople. Los únicos que se han enfrentado a la nueva reina han sido el conde de Oropesa y la reina madre. El conde, como valido del rey, ya se había opuesto al matrimonio con la alemana y desde que ésta llegó a la Corte no ha dejado de limitar su insaciable apetito. Hace poco le negó el pago del viaje de un panadero y un cervecero alemanes hasta Madrid, lo que le va a costar muchos dolores y quizás el cargo.

—¿Y doña Mariana de Austria? —inquirió el visitante.

—La reina madre no puede ver a la alemana ni en pintura. Ella, que tan bien se llevaba con su nuera francesa, ha tenido con la nueva consorte del rey más de un enfrentamiento. Sin ir más lejos, la semana pasada hubo un altercado entre ambas por el nombramiento de gobernador para los Países Bajos. La reina madre había propuesto al príncipe Maximiliano Manuel de Baviera; María Ana en cambio quiere que sea nombrado su hermano Juan Guillermo de Neoburg. Doña Mariana soltó una carcajada cuando escuchó

la propuesta de su nuera y dejó claro que, mientras ella viviera, no entrarían a ocupar cargos tan importantes señores tan menores como los del Palatinado. La reina consorte tuvo que tragarse su coraje, pero algo debe estar maquinando y no cejará hasta no lograr sus deseos. Es una mujer obstinada.

—Pero bueno —infirió fray Juan Bautista—, nada se puede decir todavía. Mientras la nueva reina no dé a España un heredero, poco es lo que puede pedir. Aunque María Ana venga rodeada del halo de fecundidad que acompaña a las hembras de su familia, hasta que no nazca el futuro rey de España su influencia está en suspenso.

Los hermanos continuaron su paseo y hablaron de la guerra con Francia, a la que España había sido arrastrada por Austria, Inglaterra y Holanda. Comentaron con júbilo, pues no simpatizaban con el partido francés, el retroceso de los intereses de Luis XIV sobre España, desplazados con la muerte de la reina María Luisa. Fray Juan Bautista preguntó sobre la veracidad de los rumores de que la reina difunta había sido envenenada por sus enemigos del partido austriaco. Fray Joseph desmintió el hecho.

El fraile visitante aprovechó un momento de silencio para tratar un asunto que, por lo que significaba para su hermano, había querido dejar para el final.

—En el convento de doña María de Aragón —dijo con timidez—se rumora que esta tarde el rey mandará recoger los decretos del capítulo general de 1685 y las constituciones de Travalloni, pues atentan contra el Real Patronato.

Fray Joseph apretó los puños e hizo un gesto de enojo. La nueva maniobra de los criollos novohispanos por detener la reforma lo había alterado sobremanera. Con palabras de amargura, desahogó con el hermano la frustración acumulada y la ira que sentía contra los agustinos de allende el mar.

El sol había ya traspuesto el cenit cuando los dos frailes decidieron regresar de su caminata. Fray Joseph se despidió de fray Juan Bautista con un abrazo y un nudo en la garganta, y le hizo prometer que le escribiría al llegar a Roma y que en la Ciudad Eterna lucharía por la causa de la reforma.

Cuando regresó al Palacio, embargado aún por la emoción de la visita que había recibido y por el enojo de la noticia que arribó con ella, un sirviente le entregó un talego con la correspondencia recién recibida de la Nueva España. El corazón comenzó a batirle acelerado en el pecho y, sin esperar siquiera a llegar a su convento, se sentó en una banca y sacó del talego la

primera carta. La letra no era la de alguno de los criollos y peninsulares reformadores que comunmente le escribían. Leyó la firma: fray Juan Gómez de Mier. Hizo un gesto de extrañeza. Nunca lo había escuchado. Con curiosidad comenzó la lectura.

"Se celebró capítulo provincial de esta provincia y salió electo fray Diego de Villerías, criollo, que yo no había oído nombrar hasta entonces, pero como dicha elección y todo lo demás se hizo por voluntad del 'monarca', no me causó novedad. Pues aunque fue presidente fray Antonio Gutiérrez y pudo y debió desbaratar la 'monarquía', no lo hizo, antes bien por sus fines particulares se subordinó al padre De la Cadena y a todo lo que él quiso.

"En cambio el padre fray Francisco Castellanos se opuso abiertamente a esta imposición y con valor impugnó la decisión capitular, aunque nadie lo secundó en su empeño. Es cierto que ha desobedecido la orden real para que regrese a Andalucía, pero esta falta se le debe tolerar por haber sido tan santo prelado y reformador de esta provincia y tan grande operario, pues ha juntado sesenta mil pesos para la construcción de la iglesia mayor con industria y trabajo.

"Fray Diego de la Cadena está más dueño de la provincia que cualquier padre de familia en su casa, y para que su tiránico gobierno se acabe, fuera muy del caso conseguir la presidencia del capítulo provincial futuro para el padre Castellanos, que con eso es cierto que el 'monarca' caerá y dejará de serlo..."

Con un ademan brusco, fray Joseph arrojó la carta al suelo y con el fuego en sus ojos rememoró lo que acababa de leer. ¿Cómo era posible que su gran amigo fray Antonio Gutiérrez traicionara la causa de la reforma? Detrás de esa carta estaba obviamente la mano de Castellanos, esa serpiente sagaz y astuta. Todo debía ser una gran mentira.

Preso de la indignación, miró si en el fondo del talego había otra carta. Sí, faltaba otra que debía ser la de fray Antonio Gutiérrez. Con nerviosismo, la sacó y leyó:

"Mi muy amado hermano en Cristo. Ha pasado el capítulo de nuestra provincia y con él ha terminado finalmente uno de los trienios más azarosos y violentos que ha vivido nuestra orden. Como bien sabrá Vuestra Paternidad, el padre Castellanos había convertido la religión en un mercado y tenía amenazados a todos con sus cárceles y cepos. Llegó a tanto su maldad y soberbia que hay quien lo ha escuchado decir que el rey no mandaba en sus claustros. Su insolencia, en fin, ha sido tal, que no hubo tribunal

que la atajase, pues habiendo venido cédula del real Consejo de Indias para que el dicho Castellanos manifieste las licencias con que pasó a este reino, habiéndose presentado en este real acuerdo, no hemos visto surtir efecto alguno de ella; y el dicho padre y sus valedores, el fiscal de la Audiencia y el mariscal de Castilla, se están riendo de todo y más de las diligencias que acá se oyen que hace Vuestra Paternidad. Y no para en esto su desmesura, que es tal que parece que le ayuda el Demonio o tiene algunos familiares que de todo lo preservan, pues aun el santo tribunal de la Inquisición no ha atajado sus acciones. Ahora ha enviado dinero a la provincia de Andalucía con el fin que de ella se envíen religiosos a la de México para reforzar su facción. Por eso es necesario insistir en el Consejo para que se resuelva a llamar de nuevo al padre Castellanos a España.

"Con todo parece, según se ha visto en el capítulo pasado, que la estrella del andaluz va decayendo. Por el mes de abril Cadena interpuso dos representaciones ante los jueces de causa sobre los irreligiosos procedimientos de Castellanos para que, en castigo de ellos, fuese excluido del capítulo. Tal actitud se debió a que el andaluz hizo facción contra Cadena y encontró el apoyo de sus enemigos, entre ellos los dos hermanos Colina, que al hallarse muy vejados por él se le pegaron al provincial aprovechando la ocasión. Pero fray Diego aún tiene mucho poder y dispuso del capítulo a su antojo como siempre. Incluso ofreció al andaluz la concesión de nombrar priores de cuatro conventos como muestra de buena voluntad, pero Castellanos se negó a firmar las actas capitulares, aunque de nada le valió.

"Yo, como presidente del capítulo, resolví no mostrar dictamen contrario por evitar las molestias que padeceríamos de haber triunfado Castellanos, y por el poco fruto que pudiese prometerse en intentarlo. Y aunque en dicho capítulo fueron empleados en prioratos algunos religiosos españoles, como el padre Torrubia que recibió el de Atlixco, el estado de la provincia no es el que debería.

"El padre De la Cadena, con sus hechuras, echará mano en el capítulo de 1693 de alguno de los peninsulares que lo siguen, y como definidor más antiguo será él mismo quien presida, lo que le permitirá hacer su voluntad a sus anchas. No obstante, hay esperanzas de poder terminar con esta situación pues existen muchos descontentos con la tiranía de Cadena. Grandes cosas se lograrían si se consiguiera la presidencia del siguiente capítulo para el arzobispo de México. Don Francisco de Aguiar y Seijas es un hombre reformador y está de nuestro lado y con su apoyo quizás podamos conseguir el triunfo.

"Ayer me llegó el cajón con los libros de la vida de Santa Rita. Ya los entregué al librero para que los ponga a la venta; cuando tenga el dinero de lo que vaya saliendo os lo enviaré de inmediato. Sin más por el momento, Dios guarde la vida de Vuestra Paternidad.

"Fray Antonio Gutiérrez, México a 26 de mayo de 1690".

Al terminar de leer la misiva de su amigo, fray Joseph se quedó con un mal sabor de boca. ¿Por qué Dios no le inspiraba la manera de acabar con la tiranía de Cadena y de obligar a Castellanos a salir de la Nueva España?

La voz del padre Rhem lo sacó de sus pensamientos. El jesuita, confesor María Ana de Neoburg, hizo extensiva al agustino una invitación a presenciar la comida del monarca. A fray Joseph le caía bien ese sacerdote que, junto con el médico Gereen, eran los más probos y rectos de todos los allegados a la reina alemana.

Los dos clérigos llegaron al gran comedor y se acomodaron de pie junto a varios gentilhombres. El rey arribó solo y se sentó ante la gran mesa cubierta con servicio de plata y oro. Rodilla en tierra, el aposentador mayor de Palacio aguardó a que su amo ocupara su lugar en la mesa para dar la señal de inicio de la ceremonia. Mientras el padre Rocaberti, el clérigo de mayor dignidad de la Corte, bendecía la mesa, Sicardo encomendaba su causa a la beata Rita de Casia y a su ejemplo pedía participar de los sufrimientos de Cristo. La monja agustina recibió en la frente una espina de la corona del Redentor que le produjo una herida que nunca sanó y el religioso solicitaba que sus trabajos le dieran un dolor tan agudo como el de esa espina.

Al ritmo de golpes de bastón que un mayordomo blandía al lado del rey, pasaron frente a la mesa regia el panetero, el camarero que servía las bebidas y el escudero trinchante. Tras ellos desfilaron veinte platillos que fueron mostrados a los asistentes como si se tratara de joyas u obras de arte. El rey sólo probó algunos bocados.

Sicardo, mientras tanto, pensaba que una solución al problema podría ser publicar un impreso que desenmascarara a Castellanos y obligara al Consejo de Indias a tomar medidas drásticas para su reintegración a la provincia de Andalucía.

El soberano solicitó al camarero un poco de vino. Éste tomó una copa del aparador y la presentó al médico Gereen, quien la revisó y la aprobó; luego la llevó al rey, asistido por dos maceros y un ujier de Palacio, y los tres personajes se arrodillaron para presentarla al monarca.

Fray Joseph seguía ensimismado en sus pensamientos y redactaba mentalmente la carta que escribiría al general y que haría llegar a través de su hermano, aprovechando su cargo de asistente general por las provincias agustinas de España e Indias. Le pediría la presidencia del arzobispodo de México para el próximo capítulo. Si no lo conseguía, estaba dispuesto a acudir al mismo Sumo Pontífice para lograrlo. Sabía que Alejandro VIII, que ocupaba el solio desde el año pasado, mostraba en todos sus actos la inflexibilidad de su virtud. Este papa austero en su vida privada, que se había declarado enemigo del nepotismo y reformador de las costumbres del clero, escucharía sus quejas.

Terminada la comida, el capellán de Corte dio las gracias a Dios; el escudero trinchante se acercó para quitar las migajas que cayeron sobre el traje del rey y el ujier de Palacio limpió con una servilleta los reales labios. De inmediato llegaron dos bufones que intentaron hacer reír al monarca con su cháchara. A pesar de las chanzas, el soberano conservó su gravedad sin cambiar de postura ni de fisonomía, como lo ordenaba el protocolo.

El padre Rhem comentó al padre Sicardo, en un castellano con marcado acento alemán:

—Estos mentecatos de los bufones no deberían existir en ninguna Corte. No sólo son insolentes y malhablados, son además chismosos y divulgadores de la vida privada de los monarcas y de sus cortesanos. Son una raza detestable.

Mientras decía esto, entraba al comedor la reina consorte seguida por su camarera mayor y sus meninas, pajes y damas de honor. El jesuita alemán hizo una reverencia como saludo a su ama y siguió despotricando contra los bufones.

De pronto, el ruido de una jofaina de plata arrojada contra el piso llamó la atención de todos los presentes. La reina iniciaba uno de sus habituales accesos de cólera, arrojaba objetos al suelo, se mesaba los cabellos y gritaba palabras malsonantes. Carlos la miraba aterrorizado mientras ella le susurraba al oído frases que pretendían ser secretas.

El padre Sicardo sabía lo que le decía. Todos comentaban que la reina, para conseguir sus caprichos, amenzaba al rey con contratar hechiceras para echarle el mal de ojo, sabiendo lo vulnerable que era su esposo a ese tipo de supercherías. El capricho actual... inclinar la voluntad regia sobre su hermano Juan Guillermo para la gobernación de los Países Bajos.

El rey comenzó a sufrir los movimientos convulsivos que solían acontecerle cuando se alteraba y que le dejaban sumamente fatigado. Fray Joseph

lo observó con atención. Su cuerpo, débil como su mente, no se podía enderezar del todo. Era un hombre de 29 años con la mente de un niño de seis. Su aspecto lento, torpe e indolente lo hacía parecer siempre estupefacto, salvo en los momentos en los que su mujer lo asustaba. Entonces su rostro se transformaba con el rictus del terror y daba lástima.

Sicardo se rebeló interiormente ante esa situación. El hecho de que el destino de España y de su imperio estuviera en manos tan ineptas le provocaba una gran furia, pero las circunstancias no eran propicias para manifestarla y tuvo que tragársela. Pronto su espíritu práctico sustituyó el enojo por la aceptación de los hechos. En ese momento debía conseguir de la Corona la solución de dos prioridades: la repatriación de Castellanos a Andalucía y la aprobación de las actas del capítulo de 85 y de las constituciones de Travalloni. La escena que había presenciado instantes atrás era una clara muestra de dónde estaba puesta la voluntad del rey y de quién poseía la autoridad del Estado. El padre Sicardo volteó a ver al jesuita alemán confesor de la reina, que estaba a su lado, y le regaló una de sus mejores sonrisas.

2. SEMBRAR VIENTOS

Convento de Jesús María, fines de 1691 a abril de 1692.

—¡Sor María, sor María, ahí la buscan en la reja! —resonó la voz cantarina de María de las Vírgenes.

La religiosa, después de recuperarse del sobresalto que le causó la llamada de la sirvienta, dejó el cucharón con el que revolvía una sopa de frijoles y salió de la celda rumbo al locutorio. Desde que fray Pedro realizaba sus visitas nocturnas, la madre Trinidad había perdido la calma. Siempre estaba alterada y cualquier situación inesperada le producía turbación y sobresalto. Temía que de un momento a otro llegara la noticia de que las relaciones ilícitas que sostenían la *Toluca* y el fraile habían sido descubiertas.

Apresurando el paso, sor María cruzó por un patio humedecido por la pertinaz lluvia que seguía cayendo como una maldición sobre la ciudad a pesar de lo avanzado del año. Al llegar al locutorio preguntó a la monja tornera quién la buscaba.

—Es su hermana, madre, por el torno me dio esto para Su Merced —dijo la religiosa entregando una jarra con pulque.

Sor María utilizaba a menudo la bebida como levadura para hacer pan y aprovechaba que el hermano de su cuñado tenía la concesión del asiento del pulque para conseguirla pura; el *cuapatle*, que se le agregaba en los expendios para preservarla por más tiempo, le alteraba el sabor.

—Francisca, querida hermana, ¿qué te trae por acá? —preguntó sor María, dichosa de poder conversar con alguien de fuera.

—Pues aquí de visita —dijo una voz tímida al principio, pero segura y parlanchina conforme avanzaba la charla. La visitante habló del tiempo, de la lluvia que no se quitaba aunque ya eran los finales de noviembre, del gran peligro que corría la ciudad por las inundaciones; la mujer contó cómo las obras que se hacían para desviar los torrentes de agua estaban paliando el problema, pero hasta que no se concluyera el desagüe el peligro de que la laguna cubriera la ciudad seguía latente. Con su voz pausada recordó las corruptelas que se dieron en las obras del desagüe hacía más de una década y que habían provocado la suspensión de ellas por tiempo indefinido.

Mientras escuchaba la voz de su hermana, sor María pensaba en sus propios problemas. ¿Cómo convencer a sor Antonia de que dejara de ver a fray Pedro? ¿Qué pasaría si los llegaban a descubrir? Si pudiera tan sólo contarle a alguien sus cuitas. A su confesor, ni pensarlo; la obligaría a poner fin a la situación y llamaría a las autoridades eclesiásticas para que se castigara a los que habían violado sus votos. A su hermana, quizás, pero debía insistir en que guardara el secreto y no se lo contara a nadie.

Estaba en esos pensamientos cuando del otro lado de la reja escuchó los pasos de alguien que llegaba y una voz masculina que hablaba con doña Francisca. La madre Trinidad reconoció de inmediato el tono directo e impositivo de don Domingo de la Rea, el esposo de su hermana. Sor María lo había tratado muy poco, pero algo en su interior rechazaba a ese hombre arrogante, que siempre alardeaba de su limpieza de sangre y de su nobleza de vasco y que presumía de su posición y de sus cargos. La religiosa recordaba claramente la conversación en la que presumió su nombramiento como alcalde del Ayuntamiento y se había regodeado en recordar los puestos ocupados en las numerosas cofradías a las que pertenecía. Nadie mejor que ella sabía que esos honores procedían de la enorme fortuna heredada de don Diego.

Don Domingo saludó a la religiosa y comenzó a hablar de la última noticia llegada en la flota. El 25 de junio el conde de Oropesa, primer minis-

tro de Su Majestad el rey Carlos, renunció a su cargo, forzado por las presiones de la Corte. El rey no nombró otro ministro y manifestó su decisión de gobernar por sí mismo. La Rea comentó algo de todos sabido: que tras esta decisión estaba la mano de su mujer, la reina María Ana de Neoburgo, cuya ambición había promovido la destitución. La alemana quería mandar sola y difundió que Oropesa era culpable de la muerte de la primera esposa del rey, provocada, según las habladurías, por envenenamiento.

Sor María no lo escuchaba, a ella no le interesaba lo que pasaba en España sino lo que sucedía a su alrededor. Se movió inquieta en la silla en la que estaba sentada y deseó estar a solas con su hermana adoptiva. Pero nada podía hacer y la cortesía y buenas maneras la obligaron a seguir escuchando la voz de su cuñado. La narración de los grandes logros de los hijos de su primer matrimonio, recientemente nombrados caballeros de Alcántara y Santiago, terminaron por poner a la madre Trinidad de mal humor. Le parecía que era de mal gusto hablar de ellos ante Francisca, que no había podido engendrar en tantos años de matrimonio.

Por fin, después de largos circunloquios, salió a la charla, o por mejor decir al monólogo, la verdadera razón por la que don Domingo estaba allí. Su hermano Juan tenía unos negocios con otro mercader de la ciudad y necesitaba un lugar para almacenar ciertas mercancías. El esposo de Francisca había pensado en la casa de la calle de Santo Domingo que sor María había heredado y que ahora estaba arrendada a una familia criolla amiga de su difunto padre. A la madre Trinidad no le agradó la propuesta, pues se sentía obligada con sus inquilinos. Además recordó haber escuchado que don Juan de la Rea había obtenido otra prórroga del asiento del pulque, por la que pagaba casi cien mil pesos anuales, y que su buena estrella se encontraba en el cenit. El haber conseguido del rey un permiso de excepción para explotar el asiento, dado que como tesorero de la Caja Real de Pachuca no podía detentarlo, era una prueba más de las influencias que tenía en la Corte. ¿Para qué querría un hombre tan rico e influyente arrendar una casa teniendo tantos almacenes a su disposición?

A pesar de sus reservas, la religiosa no pudo negarse a la solicitud. Domingo de la Rea era el administrador de sus bienes y ella, mujer encerrada, poco podía decidir. Así, sin estar convencida, aceptó transpasar el arrendamiento de su casa al hermano de don Domingo, quien le prometió en compensación un aumento en la renta.

Pasaron las semanas y con ellas el Adviento, la Navidad, la Epifanía y la

Cuaresma. La madre Trinidad arrinconó la entrevista con don Domingo en el baúl del olvido, ocupada como estaba en asuntos más importantes. En ese tiempo fue elegida como abadesa sor Úrsula del Sacramento y con ella triunfaba la facción a la que pertenecía sor María. En la campaña, la *Toluca* desplegó gran actividad, más por impugnar a sor Elvira que por apoyar a sor Úrsula. Su abierta oposición motivó que la monja aristócrata le cogiera más odio; una sirvienta les contó que había jurado vengarse. Sor María estaba preocupada por las consecuencias que eso podría traerles. Por otro lado, la relación de sor Antonia y fray Pedro seguía y los pruritos morales continuaban atormentando a quien les prestaba la alcoba del pecado.

Por el momento, estas eran cuestiones más acuciantes que las finanzas. Después de todo, el dinero no faltaba y los gastos de la celda se solventaban mejor que antes. Urgente en cambio era procurar que nadie se enterara de las secretas visitas que se realizaban en su celda. Su mayor preocupación consistía en lo que debía decir a las monjas que llegaban a buscar a la *Toluca* mientras ella estaba ocupada en recibir los halagos de su devoto. Para colmo, las visitas se volvieron más constantes. Las excesivas lluvias habían perjudicado la fábrica del dormitorio viejo, de por sí en muy mal estado, y el arquitecto Diego Rodríguez había aconsejado que las monjas que vivían en esa área pasaran a dormir a la sala de labor para evitar una desgracia; pero ese era el lugar de reunión de muchas monjas de la comunidad que no estaban adscritas a un dormitorio privado, con lo que las visitas a las celdas se intensificaron.

Sor Inés y sor Clara, ante las negativas de sor María de recibirlas en ciertas ocasiones, no regresaron más, en la creencia de que la madre Trinidad quería acaparar el afecto de su entenada sólo para sí. Pero fue gracias a este distanciamiento con la comunidad, que ninguna de las monjas ni las sirvientas de Jesús María tuvo conocimiento de las visitas secretas. No obstante esos cuidados, fue inevitable que María de las Vírgenes se enterara. Unos regalos habían logrado sellar su boca parlanchina, aunque la madre Trinidad no estaba muy segura de la discreción de la sirvienta, lo que aumentaba sus temores. Por lo pronto, le prohibió acercarse a la celda de sor Elvira de San Francisco y hablar con su servidumbre. Incluso decidió no meter otra criada, a pesar de que con la muerte de Isabel, acaecida año y medio atrás, el trabajo de la celda se había duplicado.

Los trabajos no molestaban a sor María. Tampoco le preocupaba que la renta que recibía por la casita adjunta al convento no le fuera pagada desde

hacía dos años, ni que en ella vivieran inquilinos que ni siquiera conocía. A las hermanas Lucio, que habitaron en ella once meses, habían seguido otras dos señoras a las que llamaban las Herrera, con quienes Antonia no hizo buenas migas. Ahora no sabía quién la ocupaba, aunque se temía que fueran también mujeres. Lo que en verdad quitaba el sueño a la madre Trinidad era la posibilidad de un embarazo. Aunque todas las mañanas María de las Vírgenes le preparaba a sor Antonia una infusión de hojas de aguacate y ruda para evitar la concepción, se sabía que a veces el remedio fallaba. Además, sor María seguía teniendo serios conflictos de conciencia. El sentimiento de vivir en pecado mortal, a causa de la complicidad en una falta tan grave, le era cada día más intolerable.

Con todos esos asuntos en mente, la madre Trinidad se había olvidado de su casa de Santo Domingo, pero al atardecer del lunes 7 de abril de 1692 sucedió algo que la regresó al problema de la administración de sus finanzas. Ese día, segundo de la Pascua de Resurrección, por las casas y conventos de la ciudad se difundió la noticia del suceso acaecido en la misa de doce en Catedral. El franciscano fray Antonio de Escaray expresó en el sermón, para muchos con imprudencia, que la falta de bastimentos que sufría la capital y los altos precios que alcanzaban los productos básicos eran hechos ocasionados por la avaricia de algunos que se aprovechaban de la escasez y de la miseria para enriquecerse. En el sermón estaban presentes el virrey, los oidores y los miembros del consulado y demás tribunales, quienes consideraron la alusión como algo personal. Al parecer mucha gente del pueblo también lo vio así pues esa tarde en plazas y calles se hablaba con irritación y sin recato de esta materia, atribuyendo las diligencias que hacía el virrey para traer bastimentos a la ciudad a interés propio, y acusándolo de tener vínculos con los comerciantes que ocultaban los productos para que subieran de precio.

Esa tarde sor Antonia y sor María comentaron el hecho con indignación. La *Toluca* se refirió a las causas inmediatas de la escasez: las excesivas lluvias del año anterior provocaron que los granos de trigo se pudrieran en las sementeras; el *chahuiztle* caído en el maíz en agosto, después del eclipse de sol, había malogrado también esta cosecha. Se esperaba un año de carestía y hambre que afectaría sobre todo a los pobres. El precio del pan y de la tortilla ya habían comenzado a subir desde la Epifanía, pero era incomprensible que se elevara también el del vino, el de la carne, el de los chiles y hasta el de los cordobanes.

Sor María comentó lo que el virrey había declarado públicamente: la situación estaba controlada y pronto llegarían granos de Celaya, donde la cosecha fue abundante y a buenos precios. Para distraer la atención, el conde de Galve hizo grandes festejos por la expulsión de los franceses de la isla de la Tortuga, con lo que supuestamente se acabaría la piratería en el Golfo. Pero el pueblo estaba muy harto y, a pesar de las promesas y las fiestas, las manifestaciones de descontento se seguían produciendo. Para colmo, el hambre y las inundaciones estaban ya provocando brotes epidémicos y se hablaba de traer a la Virgen de los Remedios desde su santuario para pedirle que librara a la ciudad de una catástrofe.

La madre Trinidad estaba en su encendida arenga cuando María de las Vírgenes le avisó que una persona la buscaba en el locutorio. Doña Francisca, la visitante, fue recibida por su hermana con una taza de chocolate y unos pastelillos servidos a través del torno. Todavía encendida por la conversación con la *Toluca*, sor María hizo girar la charla alrededor del candente tema que sacudía ese día todas las conciencias. Con una pasión rara en ella, la monja comentó indignada la situación que estaban viviendo las religiosas del convento. Como todos los consumidores de la ciudad, ellas también padecían la insólita e incontrolada alza de los precios. Al terminar su perorata, un silencio del otro lado de la reja le hizo sospechar que algo pasaba.

Después de varios intentos de retomar la conversación, seguidos del mismo mutismo, sor María preguntó directamente lo que sucedía. Doña Francisca, con la voz entrecortada, le contó que su marido y su cuñado tenían ocultos muchos bastimentos en la casa de la calle de Santo Domingo. Los hermanos La Rea, al igual que otros comerciantes, esperaban a que los precios subieran más para sacarlos al mercado. Con voz tímida, aseguró haber escuchado a su marido decir que el conde de Galve recibiría una buena gratificación por las ganancias que se obtendrían con un cargamento de cacao del Perú, de contrabando, esperado para esa semana.

La indignación de la religiosa trajo a su cara un borbotón de sangre y su voz expresó contundente que le quitaría a don Domingo la administración de sus bienes. Habló de inmoralidad y de los castigos del infierno para la avaricia y recordó incluso frases lapidarias escuchadas en algún sermón. Francisca trató de convencer a su hermana para que desistiera de tan disparatados proyectos. Temerosa del castigo que recibiría de su marido, gimoteó y suplicó, pero sor María no la escuchaba y seguía despotricando contra quienes se aprovechaban de la miseria ajena.

Sin embargo, toda la ira que sor María sentía se le fue por la lengua, pues cuando escuchó la voz de don Domingo que venía a buscar a su mujer, nada pudo decirle. La monja saludó con frialdad a su cuñado, se despidió de su hermana y salió del locutorio rumbo a su celda.

En el camino, sor María pensó en su incapacidad para enfrentarse a situaciones con las que no estaba de acuerdo. Su rebeldía contra la forma como se estaban utilizando sus bienes se había disuelto ante la sola presencia de su cuñado. Tenía tanta necesidad de aceptación que le era imposible mostrar su inconformidad. Cuando llegó a la celda y miró a sor Antonia ante la cocina, se dio cuenta de que con ella le sucedía lo mismo que con don Domingo; por su miedo a dejar de ser amada permitió una situación con la que no estaba de acuerdo y ahora no sabía cómo dar marcha atrás. Con la mirada baja llegó ante la imagen de la Virgen de Guadalupe que colgaba en un muro de la celda y, en silencio, le pidió que la *Toluca* dejara de ver a su devoto. A cambio del favor, la monja ofreció a la Madre de Dios media arroba de cera para su santuario.

3. A RÍO REVUELTO

Ciudad de México, domingo 8 de junio de 1692, infraoctava de *Corpus*.

—¡Ay doña Francisca, no sé a dónde vamos a parar! Ya no se encuentra maíz en ningún lado, ni caro, ni barato. Esos comerciantes del Demonio lo siguen ocultando para subirle el precio hasta donde quieren. ¡Que el Diablo se los lleve!

Nicolasa remarcó la última frase con un ademán de manos que doña Francisca no quiso interpretar. Como respuesta, la señora Arrieta comenzó a hacer un enlistado de las subidas escandalosas de precios de las últimas semanas. Las nueve libras de carne, que costaban un real, se compraban ahora por dos y medio; el maíz se elevó de cuatro pesos la fanega a siete; con el trigo sucedió algo parecido e incluso hubo días que no se podía encontrar pan en toda la ciudad y fue necesario comer sólo tortillas. La criolla contó que el descontento era ya tan notorio que esa mañana en la misa celebrada en Santo Domingo, adonde acudía el virrey como costumbre dominical, se oyeron murmullos entre la gente de todas las condiciones, exe-

crando y maldiciendo al conde de Galve, a cuyas omisiones y mal gobierno se atribuían la falta de maíz y la carestía de pan. La virreina, para no oír tanta queja, se había ido a pasar el día a las huertas de San Cosme, después de visitar a la Virgen de los Remedios en catedral.

La mujer mestiza comentó lo mucho que sufrían los pobres con la carestía y narró lo ocurrido el día anterior a las puertas de la alhóndiga. Ante los rumores de que se acabaría también el maíz, como había pasado con el trigo, la gente acudió atropelladamente a comprar grano al depósito. Al poco tiempo de haber comenzado la venta, el maíz se acabó y las mujeres comenzaron a dar voces y a arrebatarse el grano unas a otras. Uno de los encargados del reparto echó mano de un azote y comenzó a pegar a diestra y siniestra, consiguiendo que se retiraran. Nicolasa salió corriendo y oyó decir que algunas mujeres habían resultado heridas. La gente se fue a quejar al arzobispo y al virrey pero no se les hizo caso. Los ánimos en la ciudad estaban caldeados.

Cuando terminó su narración, Nicolasa se dirigió a Antonio Marcos y le recomendó que fuera obediente con sus nuevos amos. Una vez dado el consejo, más para que lo escuchara doña Francisca de Arrieta que para su hijo, la mujer mestiza se despidió de su antigua patrona y se fue hacia la Alameda rumbo a su casa.

Mientras caminaba entre la gente que se dirigía a la procesión de la infraoctava del *Corpus* en esa soleada mañana de domingo, Nicolasa iba pensando en lo bien que había hecho en llevar a Antonio Marcos a casa de los Arrieta para que allí sirviera. En el taller del maestro sastre, donde estaba de aprendiz gracias a los oficios de Antonio de Sierralta, le propinaban tales golpizas y le daban tan escasa comida que era imposible mantenerlo ahí por más tiempo. Gracias a Dios, la negra de los Arrieta ya había muerto y no podía cumplir con su amenaza. Además la niña Rosa María, casada con un vejete agrio, ya tampoco vivía en la casa.

Con paso apresurado, Nicolasa cruzó frente a Catedral. Una multitud ya se arremolinaba en la plaza para presenciar la salida de la custodia con su acompañamiento. Bajo la cruz de Mañozca, una pobre mujer pedía limosna para enterrar a su pequeño que yacía envuelto en unos trapos dentro de un huacal. Acostumbrada a no sentir ya el dolor ajeno, Nicolasa pasó de largo. Al llegar a la calle del Relox giró a la izquierda y se encaminó al barrio de San Gregorio, donde ahora vivía. Eduviges, por las amistades que tenía gracias a su amante, le había conseguido un cuartito en las casas del maes-

tro arquitecto don Antonio de Mejía. La curandera mulata les pagó la renta de ese año y por primera vez en mucho tiempo Nicolasa y sus hijos podían vivir en un lugar que era sólo para ellos, sin andar de arrimados. Nicolasa atravesó las largas calles flanqueadas por los colegios de los padres jesuitas, pasó frente a la capilla de la Virgen de Loreto, donde hizo un ademán sobre su rostro en forma de señal de la cruz, y llegó por fin a su vivienda.

Al entrar en ella, Eduviges charlaba con Francisca Xaviera y le explicaba por qué ahora se debían pedir los dones a la Virgen de Guadalupe, quien encargada de secar tenía en tiempos de lluvias más poder, y no a la de los Remedios, encargada de traer el agua.

Eduviges se puso de pie al ver entrar a su amiga y se fue a abrazarla. Desde el encuentro en la plaza el día de San Hipólito, tres años atrás, las dos mujeres habían reanudado su distanciada amistad. Con esto Nicolasa se colocaba en una situación difícil. Eduviges había jurado vengarse de Antonio de Sierralta por la denuncia de su hijo y, por consiguiente, no podía ni ver a Juana de Suleta. Nicolasa había intentado fungir como intermediaria entre las dos mujeres, pero al no tener éxito abandonó la idea de reconciliarlas. Finalmente, logró que Eduviges desistiera de sus deseos de venganza. A partir de ahí, Nicolasa se mantuvo en un terreno neutral; veía a sus dos amigas por separado e intentaba que nunca se encontraran.

Después del preámbulo obligado sobre el tema de los precios, Eduviges explicó a lo que venía. Se escuchaban por la ciudad muchos rumores de que algo muy serio iba a pasar y su amante, don Juan de Quijano, le había advertido, como funcionario de la alhóndiga, que no se acercara por la plaza esa tarde. Además los presagios funestos de las últimas semanas eran muy claros. Un perro había atacado a una mujer junto al Carmen y la había despedazado; la aparición de un *nahual* anunciaba casi siempre cosas terribles. Un rayo mató al carpintero Juan Sánchez en la azotea de su casa el día de San Pancracio y eso era también muy mal augurio. Estaban además aún presentes las malas influencias del eclipse del año anterior, que había provocado las inundaciones y la pérdida del maíz. Ella misma consultó esa mañana con las fuerzas sobrenaturales y le advirtieron peligro. Eduviges no saldría de su casa esa tarde y aconsejaba a Nicolasa que tampoco lo hiciera. Con algunas recomendaciones mágicas para ahuyentar el peligro, y dejándole un amuleto, Eduviges se despidió pues tenía que ir a casa de Ana del Río para ponerla también sobre aviso. Cuando su amiga salió, Nicolasa se quedó pensando; ella no quería salir esa mañana a presenciar la procesión,

pero por la tarde ya había quedado de verse con Juana de Suleta frente a la alhóndiga para comprar maíz. Si no iba, ella y sus hijos no tendrían qué comer en la semana. Además, después de lo sucedido, seguramente hoy el depósito tendría suficiente grano para todos. Iría por un momento y regresaría pronto a encerrarse.

Con esos pensamientos pasó la mañana. Peinó a su hija, puso una olla a hervir con epazote y frijoles y barrió su casa, pero la aprensión que le trajo la visita de su amiga no desapareció. Pasado el mediodía llegó Antonio Marcos. Como era domingo, después de llevar algunos recados y de acompañar a su ama al mercado, le dieron la tarde libre. Nicolasa pensó que doña Francisca se había querido ahorrar la comida de su sirviente enviándolo a comer a su casa. La madre sirvió a sus hijos el escaso alimento que tenía para darles. Sin tortillas, los frijoles no sabían igual.

Al terminar, Nicolasa salió acompañada de sus hijos hacia la plaza mayor. Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando llegó a la gran explanada, que por la fiesta estaba llena de gente. Buscó a Juana de Suleta y la encontró debajo de la cruz de Catedral junto con sus hijos. Catalina Josefa mostraba las señales de un avanzado embarazo. Antonio de Sierralta se puso a charlar con Antonio Marcos mientras las mujeres se iban caminando hacia la alhóndiga. Allí, una multitud se arremolinaba circundando a los repartidores que comenzaban a vender el grano. La gente siguió llegando a los alrededores del depósito y al poco rato era tan numerosa que los apretujones y empujones bajo el sol del atardecer comenzaron a hacer sofocante la espera. Todos los murmullos aseguraban saber dónde estaban los almacenes repletos de granos y los nombres de los comerciantes que los acaparaban.

De pronto se escuchó un alboroto cerca de la puerta donde se estaba vendiendo el grano. Entre los gritos, una mujer fue levantada en vilo. Se corrió la voz de que un mulato y un mestizo, repartidores del maíz, la habían matado a palos. El cuerpo inerte cargado por una docena de manos se movió sobre miles de cabezas y se le llevó al Baratillo, donde tenían sus puestos los saramullos. Ahí se comenzó a juntar gente alrededor de la muerta. Nicolasa y Juana fueron hacia allá para saber qué pasaba, pero cuando llegaron el cuerpo iba ya camino al palacio del arzobispo. La gente lo seguía pidiendo justicia. Nicolasa escuchó a unos estudiantes que bromeaban.

—Mirad hombre, cómo está sudando la pobre muerta —dijo uno.

—No está muy muerta porque pestañeó un poco y tragó saliva —agregó el otro con una risita.

Nicolasa sintió que la sangre le hervía en las venas. ¿Cómo podían burlarse así de una desgracia? Y desde las entrañas escupió:

—¿Qué sabéis vosotros de cómo están los muertos, perros estudiantes de modorro? Ahora moriréis todos como ella está.

El séquito llegó al palacio episcopal con la intención de entrar en el patio y pedir justicia al arzobispo. A pesar de la insistencia para ver al prelado y mostrarle a la india, los clérigos allegados a don Francisco de Aguiar no dejaron entrar a nadie a ese lugar, donde no había estado mujer alguna desde que lo habitaba tan virtuoso prelado. Los eclesiáticos despidieron a los quejosos sin más consuelo que decirles que recurriesen al virrey.

La multitud, enardecida, se dirigió a las puertas del Palacio virreinal gritando que no les daban maíz por su dinero sino golpes. Nicolasa, Juana y sus cuatro hijos gritaban a voz en cuello, uniéndose a las mil gargantas que clamaban justicia.

—Por las tripas de San Pedro que se nos escuchará —gritó un mulato con una cicatriz que le atravesaba el rostro.

Mientras la multitud se encaminaba a las puertas del Palacio virreinal, las dos mujeres, con sus hijos tomados de la mano, se quedaron en la esquina de las calles del Arzobispado y del Relox. Delante de ellas pasaron varios hombres que pretendían derribar con una viga el portón cerrado del Palacio. Al no lograrlo, se pusieron a la vista del balcón grande del edificio. Por un buen rato no se vio movimiento alguno. Junto a Nicolasa, un muchacho comenzó a cantar una copla:

Son los alguaciles
como alfileres
con el rico se doblan
al pobre prenden.

Frente al Palacio seguían juntándose hombres y mujeres que comenzaban a gritar insultos contra el virrey y el mal gobierno. Un adoquín del empedrado salió volando de entre la multitud, seguido por una ola de gritos, piedras e insultos que fueron lanzados contra las ventanas del Palacio. El hermoso balcón de madera de la virreina quedó hecho añicos.

Ante este ataque salió corriendo por el portón el cuerpo de guardias. La multitud se replegó hacia el cementerio de Catedral y a los cajones de los mercaderes que había en la plaza. Las espaldas dieron contra los pechos, los co-

dos contra los vientres y los talones contra los dedos de los pies. Nicolasa buscó con la mirada a sus hijos y a su amiga, que con la desbandada se habían dispersado. Al descubrirlos, los llamó con un ademán para que estuvieran de nuevo todos juntos. Los soldados, atosigados por una lluvia de piedras que les llegaba desde todos lados, retrocedieron y se metieron de nuevo a Palacio. Dos de ellos no pudieron entrar y fueron destrozados por la turba.

El ruido se volvió infernal y parecía que más de cien cajas de guerra estaban tocando juntas. Por las calles que daban a la plaza seguía llegando gente de todos los rumbos de la ciudad. Nicolasa y Juana se adelantaron y, tomando piedras del piso, las arrojaban contra el Palacio, incitando a sus hijos para que hicieran lo mismo. Junto a ellas, unos indios tremolaban sus mantas como banderas y otros arrojaban al aire sus sombreros. Nicolasa oyó atrás de ella un grito:

—Quiera Dios que se acaben en esta guerra todos los españoles, no importa que muramos sin confesión; ¿qué no es esta nuestra tierra?

El timbre de la voz se le hizo conocido y sus sospechas se confirmaron al voltear y descubrir el rostro de Asunción. Las amigas se saludaron efusivamente y gritaron al unísono consignas contra los opresores.

En eso, un alboroto se escuchó por el rumbo de las casas del arzobispo. Se vieron volar algunas pedradas y después la atención regresó al Palacio. A los pocos minutos Nicolasa se enteró de que el prelado había salido de su palacio con un grupo de clérigos, enarbolando una cruz y con su coche vacío siguiéndolo. Una lluvia de piedras y blasfemias lo hizo regresar y no pudo llegar ni a los portales de Provincia. Nicolasa escuchaba entretenida la anécdota, cuando unos disparos salidos de la azotea del Palacio provocaron de nuevo la retirada hacia el cementerio de la Catedral. Pero los gritos de algunos advirtieron que los soldados no tenían plomo, y una nueva tormenta de piedras e insultos fue la respuesta al fallido intento de los guardianes del orden. Una segunda ráfaga de disparos, ahora sí hechos con balas verdaderas, derribó por tierra a varios de los tumultuantes y provocó una nueva dispersión.

En la huida, Nicolasa fue arrastrada por la multitud y cayó por tierra. Cuando se reincorporó, buscó con la mirada angustiada a su gente. Ningún rostro le era familiar. Caminó hacia las puertas centrales del Palacio con un nudo en la garganta. Varios hombres acumulaban sobre ellas esteras de junco, tablas, petates, carrizos y tablones, materiales de los puestos destrozados

del mercado. Nicolasa reconoció a algunos santiagueños de Tlaltelolco, amigos de Onofre. Iba a detener a uno de ellos para preguntarle por sus hijos cuando alguien tiró de su falda. Era Francisca Xaviera quien, pálida como cera, le contó que Catalina Josefa se había caído sobre el vientre y que su madre y su hermano, temerosos de que tuviera un mal parto, se la habían llevado con Ana del Río.

—¿Y Antonio Marcos? —preguntó angustiada la madre.

—No sé; cuando se oyeron los disparos lo vi correr rumbo a las casas del marqués.

Nicolasa tomó a su hija de la mano y echó a andar hacia el extremo noroeste de la plaza. Varios sacerdotes con cruces y una custodia pedían, en náhuatl y castellano, que la gente se fuera a sus casas y amenzaban con los castigos del infierno a quienes no los obedecieran. Algunas mujeres los seguían atónitas y espantadas entre silbidos y blasfemias de la multitud. Al llegar al palacio del marqués del Valle, un grupo de santiagueños prendía fuego a las puertas del edificio. Nicolasa buscó desesperada a su hijo pero todo fue inútil. A lo lejos las lenguas de fuego que salían del Palacio de los virreyes se dibujaban contra el cielo anaranjado del atardecer. La mujer se pasó la mano por la frente y descubrió que estaba sangrando.

—¡Viva el rey! ¡Viva la Virgen de los Remedios! ¡Vivan los santiagueños! ¡Mueran el virrey y la virreina! ¡Muera el corregidor, que tiene atravesado el maíz y nos mata de hambre! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal gobierno!

Los gritos de la multitud y el olor a humo acompañaron a las sombras de la noche que comenzaban a cubrir la ciudad. Un grupo de gente azuzada por varios mestizos se fue rumbo a San Francisco, donde se decía estaban el virrey y la virreina. Otros se dirigieron al Ayuntamiento. Con estos últimos se fueron Nicolasa y Francisca Xaviera, arrastradas por la multitud y con la esperanza de encontrar al joven perdido. Cuando madre e hija llegaron al edificio sede del gobierno de la ciudad, éste era también una hoguera. De la puerta principal salió un coche en llamas arrastrado por dos mulas enloquecidas. Un sacerdote ayudado por varios mulatos sacaba de entre las llamas paquetes de libros amarrados con sogas. Mientras tanto, los saramullos del Baratillo rompían las puertas y techos de los cajones del Parián. Negros, chinos, mestizos, mulatos, españoles y criollos salían cargados con telas, armas, sillas de montar, alhajas, baúles, cristos de marfil y porcelanas de China. Cuando un cajón ya estaba vacío, era incendiado. Nicolasa vio incluso

a un comerciante que se robaba a sí mismo, confundido entre los amotinados; sabiendo dónde estaba lo más precioso de su tienda, se cargó con varias cosas y echó a huir. La mujer vio también a otro que, llegándose con disimulo a un indio que estaba cargado de telas, lo atravesó con su espada y lo desvalijó.

Cada vez más asustada por la violencia y por la muerte que reinaban a su alrededor, y temiendo por la vida de su hijo, Nicolasa, que no soltaba a su hija de la mano, se fue de nuevo hacia las casas del marqués. Algunos mestizos cargados de objetos gritaban en son de burla:

—Españoles de porquería, ya vino la flota. Andad mariquitas a los cajones a comprar cintas y cabelleras.

Un grupo de criollos a caballo se lanzó contra ellos y los descuartizaron con sus espadas. Nicolasa y Francisca Xaviera no pudieron llegar a donde querían. El conde de Santiago y varios hombres armados entraron por la calle de San Francisco dando estocadas a quienes se atravesaban, como si estuvieran en una corrida de toros. Unos jesuitas que andaban por ahí salvaron a las dos mujeres de morir; cubriéndolas con sus manteos, se las llevaron hacia el cementerio de la Catedral.

Los sacerdotes les aconsejaron que no se movieran de allí hasta que no se despejara la plaza. En el tiempo que estuvieron en el atrio, Nicolasa vio llegar los cuerpos de los muertos y heridos. Con un nudo en la garganta, esperaba ver aparecer en cualquier momento el de su hijo. Avanzada la noche llegaron algunos mulatos a llevarse a los heridos a los hospitales. Quedaron en el cementerio de Catedral tan sólo 19 cuerpos tendidos, sangrantes, inertes; algunos cirios colocados por gente piadosa los iluminaban. Nicolasa recorrió los cadáveres uno por uno para cerciorarse de que el de su hijo no se encontraba entre ellos. Le llamó la atención la figura de un macho cabrío tatuada en un muslo moreno. El rostro de una mujer deshecho por los golpes le causó náusea. De pronto reconoció bajo un pelo enmarañado la cara de Asunción, su amiga. Un grito se ahogó en su garganta. Esa joven que tantas veces la había ayudado y que se mostraba siempre llena de vida estaba ahora allí inmóvil, con la cara llena de lodo y sangre. Una oración por su alma salió mecánicamente de sus labios y con paso lento siguió su reconocimiento. Bernabé, Joaquín, los hombres de Tlaltelolco, también estaban allí tendidos.

Algunos mulatos comenzaron a llevarse los cuerpos hacia un enorme agujero que se había hecho en medio del atrio de la Catedral para enterrar-

los. La plaza parecía haberse tranquilizado y Nicolasa decidió salir de su escondite. Los edificios en llamas iluminaban la explanada. Por momentos, con el fuego avivado por el soplo del viento, la claridad permitía percibir los destrozos. Por doquier se escuchaban lamentos y amenazas. Corrillos de dos o tres personas comentaban los sucesos, arremolinados como esos nubarrones que a veces quedan dispersos y vagan por el azul del cielo tras una tormenta. Varios hombres corrían cargados con los despojos del saqueo hacia sus casas, mientras otros intentaban infructuosamente apagar el fuego de los edificios. El olor a humo era sofocante.

Nicolasa, con su hija de la mano, se encaminó por la calle del Relox rumbo al barrio de San Gregorio. En su mente pedía a la Virgen de Guadalupe encontrar ya en casa a Antonio Marcos, sano y salvo.

4. LA MANZANA DE LA DISCORDIA

Ciudad de México, lunes 9 de junio de 1692.

Una larga estaca enterraba su punta en el fondo fangoso e impulsaba la balsa. Su movimiento iba acompañado por un chapoteo y una estela ondulante que alteraba la tersa superficie del agua. Una sutil neblina parecía surgir de ella dispuesta a disolverse con los primeros rayos del amanecer. Al llegar a un estero, la embarcación posó su vientre de madera sobre la arena y se detuvo. De ella descendieron don Francisco de Aguiar y Seijas, visiblemente alterado por el viaje, y su inseparable amigo el padre Lezamis, en cuyo hombro se apoyaba el prelado.

Cuando sus pies se posaron en tierra y se sintió seguro, sus manos enguantadas se escondieron debajo de una muceta que cubría la sotana raída que siempre llevaba. El gesto era automático y con él evitaba que las mujeres se acercaran a besar el anillo episcopal. Los cincuenta días de indulgencia prometidos a quienes realizaran este acto, atraían a muchas damas hacia la preciada joya y ponían al casto prelado en situaciones muy desagradables. Aunque ciertamente el lugar en donde estaban no era sitio para esas molestas señoras.

Algunas pobres casuchas diseminadas aquí y allá en un islote cubierto de árboles secos, mostraban en sus fachadas y techos el desgaste que las llu-

vias provocaron. Otros trozos de tierra alrededor manifestaban el mismo estado de desolación y entre ellos, techos de casas y muros de adobe, como testigos mudos de la devastadora inundación, asomaban sus deterioros sobre la superficie de las aguas.

A los pocos minutos de haber llegado, los dos clérigos se vieron rodeados por tres docenas de hombres, mujeres y niños miserables, vestidos con harapos y de rostros hambrientos. Con un movimiento de cabeza, el prelado dio la orden para que el padre Lezamis y el indio remero descargaran dos costales llenos de pan y un bulto de ropa y los repartieran entre los damnificados. Algunos de ellos reconocieron al señor arzobispo y se aproximaron a él para darle las gracias, pero la mano del prelado los detuvo. Un breve sermón sobre la resignación cristiana salió de sus labios y un anillo de oro y esmeraldas los cubrió con las gracias de una bendición episcopal. Don Francisco vio que en la balsa no quedaba más alimento que distribuir; era hora de regresar.

Mientras la embarcación se deslizaba sobre el agua y atravesaba primero los barrios inundados y después los canales de la ciudad, el arzobispo buscó en su mente pensamientos que lo distrajeran de sus terrores acuíferos. Pronto la mirada se perdió en una neblina que no era la del lago y su mente divagó por las moradas interiores. Pensó en la omnipotencia divina y en su sabiduría infinita, que castigaba y premiaba con justicia, como un padre amoroso lo hacía con sus hijos. Los grandes pecados en los que se revolcaba esta Sodoma que era México habían merecido los terribles males que ahora padecían sus habitantes. El Dios de justicia que ordenó tales castigos, era también el Señor de la misericordia que enviaba los remedios a través de las manos de él, su humilde siervo, el pastor a quien había encargado su rebaño.

La voz del padre Lezamis, que le anunciaba el arribo al embarcadero de la plaza mayor, lo sacó de su aislamiento. Con una mirada eufórica, el prelado dejó atrás la Acequia Real y caminó hacia su casa. Varios mulatos intentaban apagar las lenguas de fuego que aún salían de entre las humeantes ruinas del Palacio virreinal.

—Mirad —dijo a su acompañante— a dónde van las vanidades del mundo. Bien merecido se lo tienen ese virrey afeminado y su mundana mujer. ¿De qué les valen ahora sus modas francesas y sus afeites? Arderán en el infierno como ahora arde su palacio.

Los golpeteos de un martillo lo hicieron voltear. Frente a la sala del Real Acuerdo y la del Tribunal de Cuentas, únicas dependencias del Palacio que

se libraron de la voracidad del fuego, unos mulatos construían la nueva horca en sustitución de la quemada. Don Francisco sacudió la cabeza para ahuyentar un pensamiento que se vislumbraba angustioso en los bordes de su conciencia. Al observar el edificio del seminario conciliar, que bajo su celo se había iniciado en 1689 y terminado el año anterior, la euforia regresó de nuevo a su ánimo. Gracias a Dios su obra no había sido presa de las llamas. Eso demostraba la cercanía que su humilde persona tenía con la divinidad. A los pocos minutos llegó a las puertas de su palacio junto con su fiel amigo y confesor, que lo seguía silencioso. Una multitud de menesterosos se arremolinaba a la entrada esperando recibir los alimentos y la ropa que se les daba cotidianamente.

El arzobispo atravesó entre cuerpos cubiertos de harapos que se abrían a su paso al descubrir su presencia. Cruzó velozmente un patio lleno de enaguas, calzones, capas, maíz y bastimentos que serían repartidos a los pobres. Al llegar al segundo patio envió a Lezamis a desayunar y él se fue a su capilla privada a hacer oración. Arrodillado frente a un crucifijo, rezó por los pobres y pidió a Dios le diera más bienes para repartirlos entre ellos y solucionar así sus necesidades. La imagen del santo obispo de Valencia, el agustino Santo Tomás de Villanueva, le trajo a la mente el modelo de prelado que él se esforzaba por ser. Cuando terminó sus oraciones y salió a sus oficinas a arreglar otros asuntos, traía el corazón rebosante de la alegría de quien está satisfecho con sus obras.

Al llegar a la sala donde despachaba los asuntos del gobierno episcopal, se encontró con un clérigo de barba negra y cuerpo enjuto que lo esperaba. El prelado lo reconoció de inmediato; don Antonio de Robles, comisario del Santo Oficio, se acercó a don Francisco y besó el anillo colocado en su mano.

—Su Ilustrísima —comenzó—, graves asuntos me traen ante vuestra presencia y quiero que escuchéis benevolente lo que vengo a deciros.

El arzobispo hizo un ademán con la mano para que el clérigo tomara asiento y hablara.

—Como sabe Su Ilustrísima, el día de hoy apareció mucho maíz en la ciudad, hasta lo regalan en la plaza a quien lo pida y el mercado está lleno de mercancías. Ayer se decía que los precios subían por la falta de bastimentos, hoy nos damos cuenta que gente sin escrúpulos tenía escondidos los alimentos para obtener mayores ganancias. Se quitó el pulque atribuyéndole la culpa del tumulto; se prohibió el Baratillo y se echó a los indios fuera de la ciudad acusándolos de ser los causantes del motín. Pero los

verdaderos culpables andan sueltos. No en vano algunos de los amotinados pusieron fuego a las casas de don Juan de Arechaga, de don Francisco Marmolejo, de don Pedro de la Bastida y de don Alonso de Arriaga, asesor del virrey, pues han sido ellos los principales causantes del hambre.

Don Antonio hizo una pausa para observar la reacción que sus palabras tenían en el ánimo del prelado. La mirada fija de don Francisco no denotaba ninguna emoción, aunque en su interior el arzobispo pensaba:

"Paga el pueblo lo que los virreyes delinquen, pero Dios castigará gravísimamente a los que gobiernan en contra de su ley, que es el mantener el bien común, y siguen los dictados del demonio de la avaricia".

—Sabe muy bien Su Ilustrísima —continuó el clérigo— que los funcionarios, entrando en dicha administración con un moderado caudal, salen cuando dejan el dicho oficio hechos unos cresos, con muchísimas haciendas. Algún misterio tiene o en alguna cosa consiste. Ya el conde de Monclova sembró la planta, extendida en sumo grado por el conde de Galve con insaciable codicia y la de sus criados, ayudados de algunos ministros, de donde ha resultado la falta de trigo y de maíz y la suma carestía de otros mantenimientos. Todos sabemos que el virrey ha hecho granjería de ellos con notable escándalo y menosprecio de Dios y de Su Majestad y sin atender al bien público.

Una nueva pausa para sondear las inclinaciones del prelado recibió una respuesta indefinida. La mirada impasible del arzobispo no denotaba ni anuencia ni oposición a lo que el clérigo decía. El padre Robles pensó que se había equivocado y que su apreciación sobre la enemistad entre el arzobispo y el virrey era errónea. Unas palabras de don Francisco lo sacaron de sus dudas.

—Decía el señor obispo don Juan de Palafox que más daño hacía al mundo una omisión en los que dirigen, que mil culpas en los feligreses.

La frase lapidaria fue interpretada por don Antonio como una expresión de simpatía hacia la causa que él representaba y, seguro de ser escuchado, continuó con su discurso:

—El virrey ha usurpado la jurisdicción de los tribunales, ha quitado el remedio natural a las apelaciones y demás recursos a Su Majestad y ha prendido a muchos para remitirlos a Texas, a hacer trabajos forzados a los castillos y a la mar cuando hay nortes. Con el mismo encono estaban los ánimos de los indios por haberlos hecho trabajar, desde que sale el sol hasta que se mete, en las acequias y zanjas que hace don Carlos de Sigüenza des-

de el mes de noviembre del año pasado, pagándoles medio real cuando en otros lados se les pagan dos y medio. Los predicadores reprendieron en todos los púlpitos de las iglesias el monopolio de los géneros comestibles que los criados y amigos de don Gaspar han ocultado desde el principio de la Cuaresma del año pasado. Pero el virrey está sordo y su corazón se ha endurecido por la avaricia.

—¿Cuál es la razón —interrumpió don Francisco— por la que habéis venido hasta mí y me decís estas cosas?

—Algunos leales vasallos piensan escribirle al rey para darle noticia de la tiranía con que tienen oprimido a este reino el conde de Galve y algunos ministros togados. En esas misivas se solicitará a Su Majestad que el virrey sea destituido y que, en tanto se nombra a su sucesor, se dé el mando de este reino a Su Ilustrísima. Estas nobles personas quieren saber si el señor arzobispo secundaría esta petición y si estaría dispuesto a aceptar el cargo de virrey.

Asombrado ante tales declaraciones, don Francisco no supo qué responder. Después de unos minutos de silencio, por fin acertó a balbucear:

—Por supuesto que estoy dispuesto a secundar la petición de los ilustres vasallos sobre la destitución del conde, pero de ninguna manera podría aceptar la propuesta que me hacéis para gobernar este reino. Soy un indigno siervo de Dios y no creo poder cargar sobre mis débiles hombros tan gran fardo.

Mientras decía esto pensaba en su antecesor fray Payo de Ribera, que ocupó simultáneamente los cargos de arzobispo y de virrey y que durante siete años había realizado una elogiosa labor reformadora en la sociedad. Su gobierno fue, a su entender, uno de los más felices en aumentos espirituales y temporales para el reino.

Don Antonio de Robles no insistió, aunque se quedó con la impresión de que la negativa del arzobispo era más bien una mera expresión de modestia cortesana que un rotundo rechazo. El clérigo se levantó de su asiento y, haciendo una reverencia de despedida, salió de la sala. En la puerta se encontró con don Joseph de Lezamis, a quien saludó efusivamente. Acto seguido, el amigo y confesor del arzobispo entró y puso en las manos de éste un pliego que acababa de llegar. El sello del conde de Galve mostraba que el escrito tenía carácter de oficial. Aguiar rompió el círculo de cera roja, desdobló el papel y leyó:

"Su Ilustrísima: En vista de los funestos acontecimientos de ayer y con el fin de acallar las malas lenguas y de mostrar la permanencia del gobierno de Su Majestad sobre este reino, hemos decidido que a las doce del día de

hoy, salgamos Su Ilustrísima y yo en un paseo público por la ciudad para mostrar la firmeza del gobierno. Por el acto criminal cometido ayer contra la sede virreinal, nos hemos visto obligados a refugiarnos en el convento de San Francisco. Desde allí saldremos rumbo a la iglesia de la Profesa donde Su Ilustrísima nos estará esperando para ir juntos hasta la santa iglesia Catedral, donde se celebrará un *Te Deum* de acción de gracias por el feliz término de tan aciago suceso. Beso las manos y los pies de Su Ilustrísima. Don Gaspar de Silva y Mendoza, conde de Galve".

El arzobispo se quedó pensativo sosteniendo el papel de la petición. A pesar de la animadversión que sentía por el virrey, no podía oponerse a esta solicitud. Iglesia y Estado debían mantenerse unidos para sacralizar la permanencia y la continuidad del orden establecido.

El prelado escribió en un billete su aquiescencia a la propuesta virreinal y, después de enviarla con un paje, se puso a despachar algunos asuntos; al poco rato, del palacio episcopal salía un coche con don Francisco acompañado del padre Lezamis, y se dirigió a la iglesia de la Profesa. El silencio en la calle era sepulcral. A pesar de ser la octava de *Corpus*, las campanas no repicaban en las torres, y hasta el bullicioso mercado de la plaza parecía estar muerto.

Al llegar al templo de los jesuitas, ya se había reunido a sus puertas una larga comitiva. Los oidores, el conde de Santiago con doscientos hombres a caballo y otros nobles caballeros, esperaban la llegada del virrey. Al poco tiempo, en una carroza lujosamente decorada, llegaron don Gaspar de Silva y Mendoza y su mujer doña Elvira de Toledo. Un mensajero hizo saber a don Francisco que el señor conde lo esperaba en su carruaje, pero el prelado contestó el mensaje con otra invitación: el arzobispo pedía al señor virrey que entrase en el coche episcopal y que la señora virreina pasara adelante en el suyo. El virrey accedió a la petición, conocedor de la peculiar aversión que el arzobispo tenía por las mujeres. Don Gaspar recordó la anécdota de que el arzobispo no las tocaba ni con sus manos enguantadas, y cuando alguna se acercaba a él a besarle el anillo episcopal debía llevar las manos cubiertas con un lienzo o un rebozo. Aunque en el fondo pensaba, y su esposa se lo confirmó después, que el hecho sería interpretado como una forma de sujeción del poder secular al eclesiástico, no estaba el virrey en esos momentos para poner condiciones.

—Su Ilustrísima luce un estupendo semblante —comentó don Gaspar al poco tiempo de haber subido al carruaje del prelado y para romper la tensión que se percibía en el reducido espacio.

Un gruñido que quiso ser "Su Excelencia también", fue la respuesta. Afuera, algunas personas que habían recibido dinero gritaban vítores al rey y al conde de Galve.

Don Gaspar hizo un nuevo intento por iniciar una charla:

—Ha de saber Su Ilustrísima que desde ayer despachamos al regidor don Juan de Aguirre Espinosa a la provincia de Chalco, para que hiciera amanecer en México cuanto maíz se hallase y entraron hoy a la ciudad trece canoas cargadas de grano. También dimos orden a don Francisco de Sigüenza para que saliera a escoltar, desde donde se encontrasen hasta esta ciudad, las recuas que vienen de Celaya y de la tierra adentro. Hemos sido informados que estos granos llegarán en tres o cuatro días. Encargamos asimismo al mariscal don Carlos de Luna y Arellano que visitase anoche todas las panaderías de México, para que se amasase en ellas triplicado pan del que solían antes para el día de hoy; a otros funcionarios enviamos a las carnicerías y a las huertas para que no faltase verdura, fruta y hortalizas. Hoy por la mañana dimos órdenes para que se reparta a todos, y con especialidad a la ingrata plebe, graciosamente y sin paga alguna, cuanto hubiese entrado.

Don Francisco escuchaba con la mirada dirigida hacia la calle. La opinión negativa que tenía sobre el virrey era inamovible. La larga relación de méritos con los que Su Excelencia pretendía exculpar su ineficiencia y malos manejos, estaba logrando tan sólo poner al prelado más disgustado. Sin embargo fue indiferencia lo que el conde percibió en el arzobispo y, aparentando no darse cuenta de su actitud, siguió su discurso.

—Los señores mercaderes de plata han sido los que han prestado el dinero para estos gastos, sobre todo don Domingo de la Rea. Lamentablemente, hemos tenido que afectar los intereses de su hermano don Juan, asentista de la renta del pulque. Como bien sabe Su Ilustrísima, fue esta bebida maligna la que provocó que la plebe enardecida prendiera fuego a los edificios de la plaza, por lo que nos hemos visto obligados a ordenar que ni una carga de pulque entre a México y que se suspenda el asiento.

El virrey hizo esta acotación a sabiendas de la opinión contraria que tenía el prelado sobre el uso del pulque esperando atraer con ello su atención. La respuesta que recibió su comentario fue una mueca, interpretada por don Gaspar como aprobación de su proceder.

—Hemos conocido a vuestro pariente recién llegado, don Francisco de Seijas y Lobera —dejó caer el virrey como por azar, y agregó, para afianzar

la actitud positiva que creyó haber obtenido del arzobispo—: Pensamos que podría desempeñar muy honrosamente el cargo de alcalde mayor de Tacuba.

El comentario fue la gota que derramó el vaso. El prelado no podía soportar que sus parientes se aprovecharan de su posición como arzobispo para medrar en las Indias. La experiencia que tuvo con su sobrino don Alonso, a quien tuvo que enviar a España por su inmoral comportamiento, había sido una enseñanza amarga. El arzobispo no quería saber nada de sus parientes. Para colmo el conde pretendía ganarse su voluntad favoreciendo a este recién llegado, del que don Francisco tenía, por otro lado, muy malas referencias. Esa era una muestra más de la corrupción e inmoralidad del conde de Galve. Cuanto más pensaba en la propuesta del virrey, que olía a soborno por todos lados, más se enfurecía su ánimo contra él. Sin embargo la situación era muy delicada y la prudencia ganó a la ira. Así, con actitud contenida, el prelado respondió:

—Yo, Su Excelencia, no tengo en Indias más parientes que los pobres, los desamparados y los miserables.

La respuesta dejó al conde petrificado y le dio la pauta de lo que podía esperar de la segunda autoridad del Virreinato. Cuando los dos personajes más importantes del reino llegaron a la Catedral, entre vítores comprados y loas obtenidas con promesas de favores, la guerra entre ambos había sido declarada. Durante el *Te Deum* de acción de gracias por la pacificación de la ciudad, la mente del arzobispo mascullaba la idea que le insinuara don Antonio de Robles; si él llegara a ocupar el cargo de virrey, las cosas irían de otro modo.

Al término de la ceremonia religiosa, don Francisco se fue a su palacio. La estancia con el virrey lo había alterado sobremanera y la ira reprimida, al no ser liberada, provocaba angustia y ansiedad mientras encontraba otras salidas. Después de una frugal comida con base en verduras sazonadas con ceniza, el arzobispo se retiró a sus habitaciones a hacer oración. Ahí, frente a una imagen de Jesús Nazareno que según unas mulatas, que la tenían, alguna vez sudó sangre, don Francisco se entregó a sus habituales prácticas de flagelación. Al poco rato, los ataques de ansiedad disminuyeron.

Por la tarde, con el ánimo de nuevo en paz, don Francisco se entregó a las tareas propias de su gobierno episcopal. Don Antonio de Aunsibay y Anaya, que desde el año anterior ocupaba el cargo de provisor de españoles del arzobispado, le trajo a firmar un edicto por el cual se ordenaba que las religiosas no tuvieran devociones ni dentro ni fuera de los conventos. Aunque reiterar la prohibición parecía inútil, pues al parecer las monjas no es-

taban dispuestas a obedecer a su prelado, el arzobispo seguiría insistiendo en la necesidad de reformar a las desobedientes esposas de Cristo.

"Si yo fuera virrey —pensó— otro gallo cantara, pues nadie se opondría a las órdenes de la máxima autoridad del reino. Mientras tanto, religiosas como la monja esa de San Jerónimo podrán hacer de las suyas, incluso escribir sobre temas teológicos impugnando a reconocidas autoridades como el padre Vieyra, sin que nadie les vaya a la mano. Hasta que las religiosas no puedan recurrir a Palacio en apoyo de sus libertinajes, nada se podrá hacer para reformarlas."

Al tiempo que el prelado divagaba en esos pensamientos, don Antonio de Aunsibay le hablaba de don Joseph de Cuéllar, clérigo capellán de Catedral cuya asiduidad a las tertulias se había vuelto escandalosa en el círculo de los miembros del cabildo. El provisor comentó que entre las familias más cristianas y en reuniones aparentemente inocentes, podía agazaparse el demonio de la lascivia. Para evitar males mayores, pidió a Su Ilustrísima que llamara al infractor y le advirtiera de los peligros que corría con tan desatinados hábitos. Don Francisco le aseguró que así lo haría.

Antes de despedirse, el provisor notificó al prelado sobre la inminente apertura del nuevo recogimiento de Santa María Magdalena que albergaría a las mujeres delincuentes. Dado el mal estado del hospicio de la Misericordia, el alcalde de la Sala del Crimen de la Audiencia, don Francisco Zaraza y Arce, había hecho los trámites para comprar unas casas en el barrio de San Pablo para trasladar a ellas a las reclusas. Don Francisco donó el dinero para realizar la obra, en la que estaba muy interesado. El provisor notificó también sobre el estado en que se hallaban el recogimiento de Belem, que administraba ahora el padre Pedroza, y la casa para albergar mujeres dementes que dirigía el carpintero Joseph de Sáyago, ayudado por el jesuita Juan Pérez. El arzobispo sostenía ambos albergues con abundantes limosnas y siempre estaba al tanto de su evolución y necesidades.

Cuando el provisor salió de su despacho, don Francisco se sintió satisfecho con las noticias recibidas. Las mujeres que esas tres instituciones albergaban no serían ya más causa de pecado y en su encerramiento podrían servir mejor a Dios y alcanzar la gloria. Estaba regodeándose en sus pensamientos y maquinando la fundación de nuevas casas de recogimiento para mujeres, cuando un paje le anunció la llegada de don Carlos de Sigüenza y Góngora, capellán del hospital del Amor de Dios y clérigo encargado de distribuir algunas de las limosnas que daba el arzobispo.

—Su Ilustrísima— dijo el recién llegado—, Dios Nuestro Señor le otorgue la salud y larga vida.

—Lo mismo le conceda a Vuestra Paternidad —respondió el prelado alargando la mano hacia don Carlos para recibir el ósculo en el anillo episcopal.

Una vez concluidas las cortesías de rigor, don Carlos comenzó a narrar los pormenores del motín que él había vivido muy de cerca. Comenzó describiendo su actuación para salvar los numerosos papeles del archivo del Ayuntamiento, cuyo edificio fue presa de las llamas casi por completo, excepto la capilla donde se guardaba el estandarte de la conquista que se sacaba el día de San Hipólito, que quedó intacto milagrosamente. El sacerdote contó después cómo detuvo el fuego en Palacio ayudado por mulatos leales, cortando vigas y apalancando puertas para cerrarle caminos. Gracias a su industria se salvaron varias áreas del edificio y numerosas vidas humanas, pues también ayudó al rescate de cinco señoras que estaban presas por las llamas.

Don Francisco hizo un movimiento con la cabeza al recordar el penoso incidente, pues las mujeres salvadas fueron depositadas en el palacio episcopal. ¡Que noche! Imposible conciliar el sueño con la presencia de esas señoras cuyos gimoteos y llantos se escuchaban por toda la casa taladrándole los oídos. Era la primera vez, y él esperaba que la última, que una mujer se albergaba aquí.

Don Carlos seguía contando que el capitán de la compañía de Palacio no tenía a sus hombres prevenidos, y que de los 150 que la componían sólo unos diez estaban de guardia. Tampoco había en el edificio pólvora ni balas.

Un descarado bostezo del arzobispo lo hizo caer en la cuenta de que debía ir al grano.

—Los causantes de tantas desgracias —aseveró contundente, remarcando sus palabras con su mano izquierda— fueron los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa e inquieta que Dios crió. No hay maldad que no intenten y su odio a los españoles es tan grande que espanta. Mucho tiempo antes de ir abriendo la acequia nueva, se sacaron de abajo del puente de Alvarado infinidad de muñecos y figurillas de barro, de españoles todas, atravesadas con cuchillos y lanzas que formaron del mismo barro, o con señales de sangre en los cuellos, como degollados.

Al escuchar esta narración, el arzobispo recibió una descarga eléctrica que le recorrió todo el cuerpo. Siempre le habían causado horror esta suerte

de maleficios, que él atribuía a Satanás. Con un ademán de angustia, tocó con su mano derecha la medalla que llevaba colgada al pecho y con la izquierda el hueso de Santiago que portaba en el pliegue de su ropa para protegerse del Demonio.

Al descubrir que había captado de nuevo la atención del prelado, don Carlos retomó el hilo de su discurso:

—El terrible motín que acaba de pasar no fue sólo causado por este odio, también influyó el pulque que muchos de los amotinados habían ingerido y el afán de pillaje que arrasó con los bienes de los cajones del Parián. El señor conde de Galve quiere echar bando para que todos los indios salgan fuera de la ciudad y se vayan a vivir a sus barrios, pues de estar mezclados con los españoles se siguen todos estos inconvenientes y desgracias. A quienes no obedezcan se les darán penas, a los indios de doscientos azotes y seis años de obraje o en otra obra pública y a los españoles que les dieren casa o acogida, de cien pesos y dos años de destierro fuera de esta ciudad.

Al escuchar el nombre del virrey, el arzobispo cayó en la cuenta del verdadero motivo de la visita de Sigüenza. Don Carlos había sido enviado por don Gaspar como embajador para ganarse su voluntad, pero no sólo para apoyar el bando mencionado, sino para lograr con él un arreglo y ganarlo para su causa. Don Francisco no quería contrariar a don Carlos, pero no le permitiría siquiera postular la petición.

—Para que los pobrecillos —comentó— y otros semejantes hallen amparo y remedio puso Dios en el mundo estos árboles tan altos que son los obispos, que con las rentas de la Iglesia deben remediar la pobreza, la desnudez y el hambre del pueblo de Dios.

Ante tal aseveración, don Carlos quedó mudo. No entendía a cuenta de qué venía tan inesperado comentario:

—El tratar a un pobre sin cortesía —siguió diciendo el prelado— es desacato que se hace al Rey de los Reyes, porque el pobre es un hombre enviado del Cielo, el no ayudarlo es villanía infame, pues el pobre es la imagen de Cristo. Hacer leyes con penas corporales contra los pobres ni basta ni conviene, porque puede ser un remedio muy malo y, al no ser comprendido, ocasiona peores enfermedades que remedios. Además en estas tierras todos viven del sudor de los indios. ¿Sería de justicia castigarlos por trabajar para los españoles?

Con esta última frase, don Carlos se dio cuenta del juego que le estaba presentando el prelado. Atacando a los indios no iba a serle posible conseguir su apoyo. Decidió entonces tomar otro atajo.

—Ciertísimo es Su Ilustrísima, y yo no estoy por un castigo generalizado, ni considero que todos los indios son ingratos e inclinados al mal. Pero recuerde lo que pasó en el motín. El padre Escalante y un grupo de jesuitas y dominicos intentaron aquietar los ánimos con el Santísimo, predicaban a los indios en su lengua, exhortándolos a la paz y quietud y a que se retiraran a sus casas. ¿Y qué lograron?: burlas, abucheos y blasfemias. Fue milagro de la Virgen de los Remedios, que estaba en Catedral, el que la sedición no llegase a mayores, pues se había perdido todo respeto incluso a las cosas sagradas.

Sigüenza hizo este comentario a sabiendas de lo que el mismo arzobispo había vivido y el tiro dio en el blanco. Don Francisco recordó el penoso episodio de las pedradas lanzadas contra su coche y su frustrado intento de aplacar con su presencia a la multitud enardecida. Nada podía argumentar a favor de una plebe ciega por la rabia, que no distinguía al pastor del verdugo.

Al ver que cedían las defensas del prelado, don Carlos se lanzó a la conquista de la plaza.

—Pero esa plebe irreligiosa no sólo desconoció a sus sacerdotes; haciendo caso omiso de toda dignidad humana se lanzó también contra las autoridades civiles. Una turba de indios fue hasta San Francisco e intentó sacar de ahí al virrey y a la virreina, la que, habiendo llegado de su visita a las huertas de San Cosme, se había refugiado en el convento con su marido. Fue un milagro atribuido al santo de Asís que la enfurecida turba no derribara las puertas del convento para sacar a Sus Excelencias, a quienes buscaba la plebe para quitarles la vida. Qué aflicción sería la de este príncipe viéndose allí encerrado. Los suspiros y tiernas lágrimas de su atribulada esposa por una parte; por otra, la ingratitud de la plebe para cuyo sustento se afanó tanto.

Aguiar interrumpió tajante el discurso e hizo una mueca de descontento. No estaba dispuesto a seguir escuchando alabanzas hacia quien era el causante de la rebelión.

—Las causas de este estrago —comentó—, se discurre, son nuestras culpas que quiso Dios castigar tomando por instrumento a los más débiles y flacos, como son unos miserables indios, desnudos, desprevenidos y desarmados.

Con esa intervención don Carlos entendió que era imposible hacer entrar en razón a don Francisco y, alegando una jaqueca, se despidió de su prelado. Éste sacó de un cajón dos bolsas de cuero con monedas y se las dio para que las repartiese entre los enfermos de los hospitales. Cuando Sigüenza salió, el arzobispo se quedó pensando:

"Si yo fuera virrey las cosas irían de otro modo".

Ciudad de México, entre julio y diciembre de 1692.

Los nueve reos, cinco indios y cuatro indias caminaban con la mirada baja esa mañana neblinosa de julio rumbo al cadalso. La compañía de mulatos los había prendido por San Pablo, en el barrio de San Ciprián, con flechas y ropas del robo de los cajones ocultas en una olla. Iban vestidos con una túnica blanca y un bonete azul, el hábito de la Concepción que aseguraba indulgencias celestiales a quienes lo portaban. Varias cabezas humanas en estado de putrefacción y estacadas en picas parecían observarlos desde lo alto de la horca. Eran los despojos de otros sediciosos que, como ellos, habían promovido el desorden y el pillaje el 8 de junio anterior.

Un pregonero, delante de los reos, proclamaba sus crímenes. Detrás de ellos, a caballo, el alguacil que los prendió y el juez que los sentenció venían para dar legalidad al acto. Con las manos atadas sobre un crucifijo y un ronzal atado al cuello, los reos recibieron el último sermón de los labios de un religioso que los exhortaba a bien morir. Uno a uno recibieron alrededor del cuello una gruesa cuerda. Uno a uno fueron izados sus cuerpos; una a una acabaron sus vidas en medio de una convulsión. Un grupo de espectadores acudió al macabro acto y se quedó hasta el final, hasta que los verdugos cercenaron la última cabeza y la colocaron en la punta de la horca.

El padre De la Cadena observaba la escena desde su carruaje. No le agradaban esos espectáculos, pero creyó necesario detenerse a observar la reacción de la gente para conocer la situación que se respiraba en la ciudad a un mes escaso del motín. ¿Indiferencia, odio o miedo? Era muy difícil saber lo que pasaba detrás de esos rostros morenos, inexpresivos e impávidos.

El sacerdote golpeó con los nudillos de los dedos la ventanilla trasera de su carruaje y al instante se asomó por la puerta un rostro indígena. Fray Diego le dijo en náhuatl, lengua que había recibido de su nodriza junto con la leche nutricia, que ordenara al cochero ponerse en marcha. Al ver a su nuevo sirviente, el padre De la Cadena recordó a su querido *Marquesito*. Hacía ya dos años y medio que había sido enviado a las islas Filipinas acusado del robo de la plata de la sacristía de San Agustín. Gracias a los buenos oficios de su amo, el criado se libró de la mutilación de las manos, castigo infligido a los delincuentes de ese tipo. Pero de la expatriación y los azotes nadie lo pudo salvar. Comer, beber, chupar cigarros y galanear chi-

nas eran todos sus vicios, el *Marquesito* nunca había cogido una moneda sin permiso de su amo. Fray Diego estaba seguro de que detrás de todo eso se agazapaba oculto el vengativo padre Castellanos.

Mientras el carruaje atravesaba la plaza y se internaba entre los cajones cerrados del Baratillo, el religioso hacía un recuento mental de los ajusticiados durante esas dos semanas. Indios y mestizos, hombres y mujeres a quienes se les encontró ropa de los cajones, fueron hechos prisioneros. A algunos sólo se les cortaron las manos o recibieron azotes, otros habían sido arcabuceados o ahorcados. Cinco días atrás, un mestizo fue quemado en la hoguera acusado de haberle prendido fuego a la horca. En todo ese tiempo era común encontrar ropa tirada en los cementerios y en las acequias. Nadie quería tener en sus casas esos "trapos de la muerte".

En los días que sucedieron al motín, la gente blanca andaba muy temerosa. Corrían rumores de que por la noche los sediciosos matarían a todos los españoles que encontraran a su paso. El 16 de junio se supo que en Tlaxcala los indios se amotinaron por la carestía de maíz y por los malos oficios del alcalde mayor, don Fernando de Bustamante. Una parte de las casas reales de la ciudad indígena fue quemada. La noticia aumentó los temores en la capital y las autoridades impusieron medidas muy estrictas para evitar una nueva sublevación. Se echó bando para que no anduviesen juntas arriba de cinco personas, bajo pena de muerte. Se ordenó que todos los indios salieran de la ciudad a dormir a sus barrios. Las calles eran recorridas por más de cuatro mil negros y mulatos armados, dos compañías reunidas para evitar un nuevo brote de rebeldía. Para colmo, las epidemias y el hambre azotaban ya a la ciudad. El número de mendigos era cada vez más numeroso y los hospitales estaban llenos.

Fray Diego salió de sus cavilaciones cuando el coche se detuvo frente a la casa de su hermano don Pedro. Necesitaba hablar con él sobre algunos asuntos que le afectaban y que, según sabía, se estaban ventilando en Palacio. Bajó de su carruaje. Su criado golpeó con una pesada aldaba la madera de un enorme portón. "¿Quién vive?", dijo una voz del otro lado. "Fray Diego Velázquez de la Cadena", respondió el sirviente. Al poco tiempo el religioso estaba sentado en una amplia habitación charlando con don Pedro y con sus dos sobrinos consentidos, que estaban ahí de visita.

Don Diego, el primogénito de su hermano Juan, hacía alarde de sus 24 años y de sus nombramientos como capitán de milicias urbanas y teniente maestre de campo. Su actuación en la supresión del tumulto le dio una posi-

ción privilegiada, reforzada con las influencias que tenía por su tío, el secretario de Gobernación.

Don Nicolás Carlos, el hijo de doña Mariana, era más callado que su primo y hacía menos ostentación de sus logros. Sin embargo, su reciente nombramiento como rector del colegio de Todos los Santos y sus cátedras interinas de Artes y Clementinas en la Universidad, no desmerecían en nada frente a las hazañas militares de don Diego.

Los dos muchachos estuvieron poco tiempo de visita. Quizás porque notaron que sus tíos tenían cosas que arreglar a solas. Cuando salieron, don Pedro comentó los planes que tenía para ellos. A don Diego lo nombraría heredero de sus bienes y fundaría para él un mayorazgo. A don Nicolás Carlos le conseguiría el rectorado de la Universidad el año próximo y alguna cátedra definitiva.

El padre De la Cadena expresó su simpatía por tales planes y de inmediato comenzó a hablar:

—Como bien sabes, en algunos meses se reunirá el capítulo provincial de mi religión. Como este trienio toca a los peninsulares por la alternativa, he pensado que sería muy benéfico para los agustinos, y para la república, que el gobierno fuera ocupado por fray Joseph de Lanzuela, un buen religioso natural de Aragón que se ha mostrado inclinado a nuestra causa y dispuesto a desempeñar su oficio bajo mis cuidados y consejos. Sin embargo, como también sabes, desde el capítulo anterior el padre Castellanos ha pretendido inmiscuirse en asuntos que no le corresponden y trató de interferir en mis decisiones creando bandos y oposición a mis designios. Además me he enterado que está muy bien parado en Palacio por su amistad con el mariscal de Castilla don Carlos de Luna y Arellano. Tú, que tienes tantos oídos en Palacio, ¿no has escuchado nada sobre las pretensiones del padre andaluz en la Corte?

Don Pedro, que había escuchado el discurso de su hermano atentamente, tomó un cigarro de una bandeja de plata, lo prendió y, mientras expulsaba el humo por la boca, explicó:

—Las cosas en Palacio, mi querido hermano, andan turbias. La mitad de la Audiencia está en contra de don Gaspar desde antes que estallara el motín. El virrey, como recordarás, acusó a los oidores de blandura y desmayo en el castigo de algunos delitos, e intervino en el tribunal con varias resoluciones contra delincuentes y salteadores. A la enemistad de los oidores se han unido la del Ayuntamiento y la del consulado, que culpan al

conde de los incendios de sus edificios y bienes. Don Juan de la Rea, que está perdiendo fortunas por la suspensión de la entrada del pulque, es el principal instigador de la oposición; alega que los indios amotinados no estaban ebrios, y que quitar 170 mil pesos que vale la renta del asiento es querer quemar las Cajas Reales. En fin, que en este momento el señor virrey no gobierna y bien poco podemos hacer el mariscal de Castilla o yo en beneficio de nadie.

—Pero el señor conde tiene parientes y amigos influyentes en la Corte madrileña; de allá puede recibir ayuda —alegó fray Diego sin encubrir la preocupación que las palabras de su hermano habían provocado en él.

—Lo dudo —respondió don Pedro—. En este momento la guerra con Francia ocupa toda la atención del gobierno de Madrid. Además el padre Quiroz, el jesuita confesor de don Gaspar, me ha confiado que Su Excelencia quiere renunciar al cargo y ha escrito a Su Majestad para que lo mande llamar de regreso a España. Alegará problemas de salud, pero de hecho el señor virrey está temeroso por la actitud que ha tomado don Francisco de Aguiar y Seijas en este asunto. Con todas esas limosnas que da a diario a los pobres y a los hospitales, con sus visitas a los barrios inundados, el arzobispo se ha convertido en un héroe popular. Pero no sólo eso, don Francisco presiona y amenaza a don Gaspar. Se sabe más fuerte que el virrey e incluso echa bandos prohibiendo el pulque y lanza anatemas excomulgando a los regatones que especulen con el trigo y el maíz. En la calle abuchean al virrey y aplauden al arzobispo. Su Excelencia no sabe qué hacer e incluso teme por su vida.

La entrada de doña Elena, la señora de la casa, interrumpió la conversación. Fray Diego se levantó de su asiento y recibió en la mano el ósculo de su cuñada. Al poco tiempo, poniendo de pretexto sus múltiples ocupaciones, se despidió y salió de la casa rumbo al colegio de San Pablo.

Mientras el coche daba tumbos en los hoyancos de las maltratadas calles, el padre De la Cadena cavilaba sobre la conversación con don Pedro. Muchas de las cosas ya las sabía, eran públicas, pero de otras no tenía noticia. No se había percatado, por ejemplo, de la gran influencia que estaba adquiriendo el arzobispo, ni de los trastornos que eso ocasionaba en el ánimo del virrey. Sus pensamientos lo llevaron de inmediato hacia sor Juana Inés de la Cruz, quien estaba viviendo en carne propia las consecuencias de esa situación.

Por noviembre de 1690 había salido a la luz un folleto llamado *Carta atenagórica*, donde la monja jerónima criticaba algunos puntos teológicos del

sermón del jesuita portugués Antonio de Vieyra, publicado seis años atrás por Aguiar. La carta había sido entregada en forma privada a don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, y éste la había publicado sin la anuencia de la autora. Varios clérigos, como don Antonio Núñez de Miranda, confesor jesuita de la religiosa, y por supuesto Aguiar, clamaron indignados contra tal desacato. ¿Cómo podía una mujer discutir materias reservadas sólo a las mentes masculinas? Santa Cruz, para curarse en salud, envió a sor Juana una carta firmada con el pseudónimo de sor Filotea y por marzo del año anterior había aparecido la *Respuesta* de sor Juana. Después de ese escrito, la monja jerónima se vio obligada a dejar la pluma. Sin el apoyo del virrey, poco podía hacer. Fray Diego pensó entonces que él también podía caer en desgracia si no ponía los medios necesarios para impedirlo.

Luego del encuentro con su hermano, el padre De la Cadena comenzó una intensa campaña para ganarse adeptos y promover a su candidato para el capítulo de 1693. Mientras tanto, los meses de lluvias pasaban y se aferraba la esperanza de que cesaran escasez y carestía de bastimentos. Se solicitaron buenas cosechas a la Virgen de los Remedios, quien trajo vientos que arrastraron nubes cargadas de lluvia. Pero los aires celestiales no pudieron barrer con los nubarrones políticos como lo hicieron con los acuíferos. El 8 de julio el alcalde mayor de Tlaxcala fue restituido en su oficio por el virrey, contra el dictamen del obispo de Puebla. Poco después don Pedro Manuel, capitán del Palacio, "desterrado" en Veracruz por su ineptitud, regresaba con un mejor puesto. Todos clamaban contra un virrey que sólo se movía por la codicia.

Para fray Diego esos meses habían sido difíciles pues, sin la posibilidad de tener la mano libre que tenía gracias al apoyo del Palacio, poca gente se aventuraba a hablarle con sinceridad. Finalmente sus temores se confirmaron el domingo 14 de diciembre, día en que se hicieron las suntuosas fiestas de dedicación de la nueva iglesia de San Agustín.

Desde el incendio que la destruyó por completo dos décadas atrás, el templo había recibido de fray Diego una atención prioritaria. Su construcción absorbió grandes cantidades de plata y mucho esfuerzo y la dedicación era, en parte, un buen pretexto para que fray Diego recibiera un reconocimiento por su labor.

Los festejos se iniciaron desde el miércoles, cuando el arzobispo Aguiar y Seijas bendijo el templo. A partir de ese día no cesaron las manifestacio-

nes de júbilo. Las casas aledañas se engalanaron con colgaduras de colores y las calles se llenaron de altares efímeros llenos de flores y de cazolejas con licores olorosos. Por la tarde, una nutrida procesión salió de la Catedral hacia San Agustín. En ella participaron todas las cofradías y órdenes religiosas, con sus estandartes, cruces y santos aderezados con ricas joyas. El arzobispo llevó la custodia con el Santísimo y lo siguieron el virrey, la Audiencia, el Ayuntamiento y los tribunales. En la noche hubo muchos fuegos de artificio. Uno de ellos costó cuatrocientos pesos. Desde la calle, la población miserable alimentaba sus ojos con los destellos multicolores, a falta de alimento para sus estómagos.

El domingo, el día de la dedicación, el arzobispo cantó la misa con la asistencia del gobierno y de la nobleza del reino. Por la tarde fray Diego invitó a las autoridades al colegio de San Pablo para una comida. Don Francisco de Aguiar y Seijas se disculpó por no asistir.

Durante la reunión se trataron los temas de actualidad: la bofetada que le propinó el arzobispo a don Carlos de Sigüenza; lo avanzado de los trabajos de remodelación del Parián, encargados a don Cristóbal de Medina y Vargas; la afortunada reconquista del Nuevo México, arrebatado a los indios rebeldes. A escondidas, algunos susurraban los libelos infamatorios aparecidos contra el virrey el mes anterior y recordaban el gracioso pasquín que amaneció frente al quemado palacio al día siguiente del motín, y que rezaba: "Este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla". Pero nadie se atrevió a mencionar la peste que azotaba a la población novohispana, ni las subidas de los precios de los bastimentos, ni la falta de carbón y leña.

Fray Diego se paseaba entre los círculos de invitados, moviéndose entre la expectativa y la desconfianza, escuchando aquí y allá conversaciones y tratando de descubrir algún indicio de los rumores que lo venían inquietando desde hacía algunos meses. Se comentaba que Castellanos había conseguido la alianza de uno de los más fuertes frailes peninsulares, el líder de los reformistas fray Antonio Gutiérrez. Fray Diego sabía que Sicardo había logrado detener una patente del general que le daba la presidencia del capítulo de 1693 al padre andaluz. Con eso se rompía parte de su juego y Cadena, como definidor más antiguo, quedaría por tanto como presidente de la magna reunión. Sin embargo, si los votos que apoyaban a Castellanos se unían a los de Gutiérrez, sus expectativas de controlar el capítulo caerían por tierra.

Un funcionario se acercó para manifestarle su pesar por la muerte de don Fernando de Valenzuela, quien regresó a México a morir de una coz después de su exilio en Filipinas. Fray Diego escuchaba por décima vez la descripción del accidente, cuando se acercó a él fray Pedro Velázquez y lo apartó de su compañero de charla para darle una noticia.

—Su Paternidad, la alianza entre Castellanos y Gutiérrez es un hecho. En las cocinas escuché al sirviente de fray Jerónimo de la Colina comentando que fray Antonio aceptó la propuesta de fray Francisco. Éste ofreció pasarse a su bando si se le prometía el reconocimiento de sus derechos sobre el trapiche de Tzitzicaxtla.

La noticia provocó en fray Diego un ataque de ira. Con un gesto que decía más que mil palabras, comenzó a despotricar contra los peninsulares y sus pretensiones de venir a gobernar esta tierra. Fray Pedro lo contuvo y le sugirió que se retiraran a un lugar más privado para comentar el caso. Se fueron a la lujosa celda de fray Diego para que nadie los escuchara. Fray Pedro comentó que fray Bartolomé Gil Guerrero había manifestado su simpatía por la alianza de los padres peninsulares. Fray Diego comenzó a quejarse de su mala fortuna y un nuevo acceso de ira lo hizo exclamar:

—Los que están en la provincia lo están por mi benignidad. ¡Cómo se atreven a desafiar mis designios!

Era la primera vez que fray Pedro veía a su tío en ese estado. Él, que siempre le dijo que no mostrar enojo ni sentimientos era parte del juego político, perdía ahora toda su ecuanimidad. De pronto fray Diego comenzó a contar los votos que quedaban a su favor. Eran un poco menos de la mitad, pero aún podían lograrse algunas voluntades que estaban sin definirse. Explicaba a su sobrino lo que tenía planeado hacer, cuando un criado le avisó que dos frailes lo buscaban. Los hizo pasar. Eran fray Cosme Medrano y fray Antonio de la Cerda Morán, dos de sus aliados.

—Su Paternidad —dijo uno de ellos—, acaban de llegar noticias que el padre general ha nombrado a don Francisco de Aguiar y Seijas por presidente del capítulo próximo.

Un silencio sepulcral llenó la celda por unos minutos.

Lo interrumpió el estallido de unos cohetes que festejaban con estruendo la dedicación del nuevo templo de San Agustín.

Ciudad de México, 11 y 12 de abril de 1693.

Desde las ocho de la mañana de ese sábado, los cien padres capitulares estaban reunidos en la gran sala del convento de San Agustín para elegir a quienes dirigirían la provincia ese trienio. Frente a una gran mesa, don Francisco de Aguiar y Seijas presidía la reunión. A sus lados, el provincial saliente fray Diego de Villerías, los cuatro definidores anteriores y el provisor del arzobispado, don Antonio de Aunsibay, daban fe del acto. Durante toda esa semana el señor arzobispo se había dedicado a preparar la asamblea. Habló con los padres Cadena, Castellanos y Gutiérrez para que evitaran todo enfrentamiento entre sus facciones. Se negó a que acudieran dos oidores para guardar el orden, como era ya costumbre en la provincia, pues los asuntos de religiosos sólo podían ser tratados por ellos. Estaba empeñado en que el capítulo se celebrara en paz.

Para evitar la publicidad, prohibió que asistieran a la reunión los laicos y, de los religiosos, sólo pudieron estar presentes, además de los capitulares, aquellos que cumplían con alguna función docente o administrativa. Es por esto que fray Pedro Velázquez, sacerdote desde hacía dos años y maestro de Teología en el colegio del convento grande, estaba presente.

Después de varias discusiones sobre procedimiento, el presidente anuló ocho votos por considerar que no cumplían con los requisitos establecidos por las constituciones. Los eliminados eran frailes que estaban en el bando del padre De la Cadena. A continuación se abrió la votación para elegir provincial. Se nombró escrutador al canónigo Aguilar, amigo de don Francisco. Los votantes depositaron sus frijoles negros y blancos en una caja. La cuenta final dio 46 votos para fray Joseph de Lanzuela y 46 para fray Antonio Gutiérrez. El arzobispo, haciendo uso del voto de gracia que tenía, inclinó la balanza por el segundo.

La sesión matutina del capítulo se cerró a las doce del día y se anunció su reapertura a las cuatro de la tarde para la elección de los definidores y visitadores. Fray Pedro se levantó de su asiento y salió al claustro con el rostro desencajado. De hecho ya intuía que el resultado de la votación iba a favorecer al fraile reformador, aunque en el fondo abrigaba una leve esperanza de que sucediera lo contrario. Fray Diego debía estar inconsolable.

Después de las oraciones de *sexta*, fray Pedro fue a la celda de su tío para ver cómo estaba. Lo encontró solo, sentado ante una mesa servida con suculentos manjares. Fray Diego lo invitó a sentarse y le ofreció una copa de vino y unos hojaldres rellenos de pavo.

—Y bien —comenzó diciendo—, no podía haber sido de otro modo. El arzobispo está empecinado en la reforma y ahora tiene mucho poder. Es tiempo de callar y de pasar a la sombra. Pero no puedo dejar a mis queridos amigos a la deriva. He conseguido que se vote a fray Juan de Rueda como definidor por los criollos y que algunos prioratos se den a quienes me apoyaron.

Fray Pedro escuchaba a su padrino con admiración. La prudencia y ecuanimidad de su discurso y la fascinación que emanaba de sus buenos modales en la mesa lo cautivaban. Y ese altruismo que lo llevaba a pensar en los otros antes que en él.

—Y tú, mi querido sobrino —continuó diciendo el fraile—, ándate con cuidado pues comienzan tiempos difíciles y podrías caer en alguna trampa puesta por mis enemigos.

Fray Pedro miró a su tío y frunció el ceño. Creía entender lo que venía detrás de su recomendación y a qué trampas se refería. Aunque no se lo había contado, fray Diego sabía de sus visitas al convento de Jesús María. Tendría que redoblar las precauciones y la discreción.

Al terminar de comer, el padre Velázquez cogió capa y sombrero, salió de la celda de su tío y se dirigió a la calle. Tenía ganas de caminar y pensar. Al traspasar la portería conventual lo recibió la algarabía de los vendedores que pregonaban sus mercancías:

—Juiles asados... Carbón de la sierra... Camooootes... Tierra pa' las macetas... Chichicuilotiiitos tiernos...

Un sol torrencial caía sobre la ciudad y el calor de abril se expandía en ondas por sus calles. El fraile colocó su sombrero sobre la recién tonsurada cabeza y caminó sin rumbo, como lo hacían sus pensamientos. Los problemas conventuales dieron paso a los asuntos cotidianos: la preparación de sus clases, la obra de teatro que había presenciado esa semana, las charlas con su amigo fray Antonio de la Cerda Morán, los paseos por San Agustín de las Cuevas. El vino de la comida le provocó una sensación de euforia y el mundo se le mostraba como un paraíso lleno de placeres. Un vientecillo fresco le trajo a la memoria los versos de Horacio que hablaban del céfiro alado del poniente, que precede y anuncia a Venus y a la primavera que viene de su mano.

"Venus, la de la isla de Citera, al recorrer los bosques deplorando a Adonis, triste como estaba, con su sangre tiñó de púrpura las rosas."

Dos niños que pasaron junto a él jugando y empujándose, le recordaron los días felices de la infancia y a su amigo Sebastián. Su olfato captó un fuerte perfume, mezcla de almizcle y sudor femenino. Buscó a su alrededor y su mirada fue atraída por las caderas de una mulata que se movían con un ritmo que parecía brotarle por los poros. La mujer sostenía un canasto sobre su cabeza y su blusa dejaba vislumbrar unos pechos duros y bien formados. Fray Pedro sintió en el vientre ese cosquilleo que acompaña al deseo y el recuerdo reconstruyó su más reciente aventura galante. Un suave calor que subía por su pecho y llegaba a su rostro se deshizo en la frente en pequeñas gotas de sudor. Hizo una profunda aspiración de aire y levantó la vista. Una mujer en la ventana cepillaba su larga cabellera. Fray Pedro tuvo la sensación de que todo eso ya había ocurrido antes. Incluso la brillantez de esa tarde de abril le hablaba de un instante idéntico ya vivido.

Unos gritos que ofrecían fruta y verdura le anunciaron la cercanía de la Acequia Real, con sus barcazas llenas de gente y de comestibles. Anduvo unos cuantos pasos y llegó a uno de los puentes que atravesaban un pestilente canal de aguas turbias. Frente a él se levantaba imponente la mole del convento de Jesús María. La imagen de Antonia saltó por sorpresa y se apoderó de sus pensamientos. El recuerdo de su rostro risueño, de su pecho palpitante y de sus muslos duros despertó en él los deseos. Sin pensarlo, se encaminó a la casita adosada al muro de la calle de la Estampa. Tocó a la puerta. Una anciana indígena abrió y lo dejó pasar con una reverencia. Sus manos depositaron sobre una silla capa y sombrero y sus piernas treparon con agilidad los peldaños de una escalera que, recargada en la pared, subía hasta el techo. Sus nudillos golpearon contra la madera de un baúl que cubría el escotillón.

A los pocos minutos, tras el ruido de un mueble que se arrastraba, el agujero quedó abierto para darle libre acceso a la celda de la amada. Una puerta se cerró discreta y dejó la habitación dispuesta para la intimidad. Fray Pedro se aproximó hasta sor Antonia, que estaba sentada en la cama con la mirada baja. El hombre inclinó su rodilla ante ella e inició el juego galante con unas frases hechas. No hubo respuesta. Cuando el religioso intentó asir con sus manos las de la amada, éstas huyeron a esconderse bajo el hábito monjil.

—¿Qué le pasa a Su Merced? —preguntó desconcertado el solicitante.

Le contestó el silencio de una mirada esquiva. Pedro se levantó enton-

ces y con un ademán que mostraba su descontento por el rechazo, se dirigió hacia el escotillón. En verdad eran extrañas las mujeres, pensó. Estaba a punto de iniciar su descenso, cuando una voz trémula lo detuvo.

—Estoy encinta.

El fraile sintió que el estómago se le contraía. Por unos momentos no acertó a expresar palabra alguna. Su cerebro intentaba encontrar una idea clara que llenara el vacío creado por la confusión. Por fin unas palabras salieron atropelladas por las puertas de su boca:

—No se preocupe Su Merced... Ya encontraremos qué hacer... Por lo pronto es necesario que no nos veamos por un tiempo y que...

Mientras la pausa ponía entre ambos una abismal distancia, Pedro trataba de encontrar una solución al problema del que se sentía responsable. Al no hallarla se despidió apresurado y le prometió que pronto tendría noticias suyas.

El fraile bajó de prisa por las escaleras, cogió capa y sombrero y salió corriendo de la casita rumbo a la calle. Sentía que se asfixiaba y que necesitaba aire fresco. Pero la joven noche sólo le ofreció un cálido vaho. Sus pasos lo llevaron sin rumbo mientras su mente pensaba cómo solucionar la incómoda situación. Una enorme luna lo observaba desde el horizonte y cubría con su luz mortecina las calles. Al llegar al puente que cruzaba sobre la Acequia, se detuvo. Posó los codos sobre su cornisa y, ocultándose bajo capa y sombrero, se quedó mirando fijamente el agua pestilente y turbia que pasaba lenta por debajo de él.

"¿Sería tiempo todavía de sacar a la criatura?" La idea cruzó como un rayo por su mente, pero un juicio moral la ahogó. Era mejor esperar a que el proceso se consumara. Debía buscar a alguien que atendiera el parto.

En la orilla de la acequia un perro husmeaba entre un montón de escombros, basura podrida y lodo extraídos del canal. Al poco rato salió corriendo con algo suculento. Pedro creyó vislumbrar una cabecita y unos bracitos infantiles que se bamboleaban entre las fauces del animal. Con una mueca de asco y horror abandonó el lugar y se fue caminando rumbo a su convento.

La ciudad estaba silenciosa. En los quicios de las puertas y en los atrios de las iglesias, los rayos de la luna iluminaban siluetas de gente recostada. Desde que Aguiar había comenzado a repartir sus limosnas, el número de indios mendigos había crecido enormemente; llegaban con sus hijos desde todos los pueblos aledaños a la ciudad, e incluso de más lejos. Una puerta

se entreabrió y una mujer madura salió al quicio. El descocado escote que traía y su actitud solícita hablaban de sus intenciones. Pedro pasó de largo. Tres sombras silenciosas, embozadas tras sus capas, cruzaron por su camino. Sus siluetas se iluminaban por las luces que colgaban a las entradas de algunas casas. Grupos de mujerzuelas y malvivientes se apiñaban debajo de ellas como las palomillas alrededor de la candela. Pedro se dio cuenta hasta entonces de que estaba pasando por el barrio de los mesones y decidió entrar en uno y tomar un trago.

—Fornicar no es pecado mortal sino venial —escuchó decir a un hombre moreno de anchas espaldas que, sentado en una mesa con un vaso de aguardiente en la mano, departía con sus amigos. El fraile esbozó una sonrisa y buscó un puesto vacío donde sentarse. Una muchachita delgada se acercó a él y le tomó la orden. Al poco rato el fraile bebía a sorbos un vino agrio y acuoso. Cuando sus pensamientos tomaban de nuevo el cauce de la preocupación que le atormentaba, escuchó a sus espaldas una voz familiar.

—¡Fray Pedro Velázquez! ¿Qué trae por aquestos rumbos a Su Paternidad?

El fraile reconoció de inmediato a Antonio de Sierralta Arroyo. El joven tenía la virtud de aparecer en su vida en las circunstancias más extrañas.

—¡Antonio, cuánto tiempo sin verte! ¿Qué es de ti?

El muchacho presentó al hombre alto de rostro barbado y ojos risueños que lo acompañaba.

—Pedro, este es mi amigo Joseph de Contreras, contador de la aduana, buen jugador y gran jinete.

El caballero inclinó la cabeza en señal de saludo, esbozó una frase de cortesía y junto con su amigo se sentó a la mesa de Pedro. El hijo de Juana de Suleta puso al fraile al tanto de su vida y de la de su familia en unos minutos.

—Ahora estoy sin trabajo. Don Jerónimo de Cassaus me propinaba tales palizas y me daba tan poco de comer que dejé el taller de sastrería. Mi madre, con los achaques de la edad, sufre de unos reumas que no la dejan vivir en paz. Ella dice que está todavía fuerte y no deja de trabajar. Mi hermana Catalina Josefa cría a un niño que le nació hace diez meses. Estuvo a punto de perderlo por una caída el día del motín y aunque tuvo un parto difícil ahora está bien.

Pedro preguntó por los seres conocidos de su infancia. Antonio le contó con detalle cómo estaban Nicolasa y sus hijos, pero fue muy parco cuando habló de Eduviges. Mientras la charla tomaba el rumbo de los recuerdos, el

religioso pensó que ese joven y la gente que tenía cerca le podían ayudar a salir del trance que le preocupaba. Pedro aprovechó un silencio para pedirle a Antonio que fuera a buscarlo a San Agustín al día siguiente por la tarde, pues tenía un negocio que quería tratar con él. Cuando el joven accedió, el fraile se despidió aduciendo un dolor de cabeza y reiterándole su necesidad de verlo.

Una vez en la calle, Pedro se colocó capa y sombrero, su disfraz de seglar y echó a andar. Iba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta del momento en que llegó a las puertas del convento. Las empujó; estaban cerradas. Era raro, hasta el día anterior se mantenía la portería abierta para los frailes que llegaban tarde. Disgustado, se fue a casa de las Herrera, que no estaba lejos de ahí.

Una mujer le abrió al reconocerlo y le dijo que las jóvenes estaban ocupadas, pero que podía dormir en el cuarto de atrás. Sin quitarse el hábito y cubriéndose con la capa a manera de cobija, Pedro se recostó en el camastro, pero sus pensamientos no lo dejaron dormir. No podía quitar de su mente el rostro compungido de Antonia ni los recuerdos de su cálido cuerpo. En un momento pensaba que regresaría a verla al día siguiente, la reconfortaría y le haría saber que ya tenía quien la ayudara en el parto. Después buscaría quien se hiciera cargo de la criatura. Así podría seguir viendo a su amada. Pero al poco tiempo los temores se apoderaban de él y el futuro se le revelaba imposible con Antonia.

A pesar del revés que acababa de sufrir fray Diego, su carrera dentro de la provincia estaba asegurada. Ahora era lector de Teología y con el tiempo podría conseguir una presentatura y, después de doce años de enseñanza, el título de maestro. Para entonces su tío ya habría retomado las riendas de la provincia y lo llamaría para ocupar alguno de los prioratos importantes. Posiblemente llegaría a ser provincial. ¿Valdría la pena arriesgar todo eso por un amor sin futuro? ¿Y si se descubría el embarazo y Antonia confesaba quién era el padre de la criatura? ¿Lo llevarían a la hoguera? ¿Lo encerrarían de por vida en una celda conventual? ¿Le quitarían el hábito y lo desterrarían a las Filipinas? Ninguno de esos castigos era apetecible. Si tal cosa sucediera huiría hacia el norte y se perdería en la inmensidad del territorio. Por fin, a las horas indecisas en las que acaba la noche, el fraile pudo reconciliar el sueño, un sueño alterado e inconstante.

Las campanas de la iglesia de San Agustín que llamaban a las primeras oraciones de la mañana lo despertaron. De un salto salió del camastro, se

puso capa y sombrero y se marchó de la casa sin hacer ruido. A los pocos minutos se encontraba en el coro haciendo oración con sus hermanos.

Después del desayuno fray Antonio de la Cerda Morán lo puso al tanto de lo acontecido en la reunión capitular de la tarde anterior. Aguiar y Seijas consiguió que fueran nombrados como definidores tres de los frailes más inclinados a la reforma. Fray Diego logró que entrara en él fray Juan de Rueda, pero el priorato grande de México había recaído en fray Fermín de Armendáriz, un peninsular de la facción de fray Antonio Gutiérrez. Apenas nombrados los nuevos dirigentes de la provincia, se había comenzado a dar disposiciones sobre el puntual cumplimiento de las constituciones: las puertas del convento serían cerradas después de completas; nadie podría faltar sin justa causa al coro ni al refectorio; estaría prohibido ir al teatro, a los toros y a las huertas de San Agustín de las Cuevas... En fin, había llegado el tiempo de la reforma.

Pedro escuchaba a su amigo con malestar. Esas noticias eran tan malas como las que lo acongojaban. Cuando fray Antonio acabó su narración, él comenzó la suya. Con rostro compungido, contó a su amigo del embarazo de Antonia y de sus temores. El padre Morán era el único fraile del convento que sabía toda la historia pues, además de su amigo, era su confesor. Después de escuchar sus confidencias, el padre De la Cerda le recomendó no ver más a la religiosa; por la situación de la provincia, era mejor ser prudente y evitar un escándalo.

Esa mañana de domingo transcurrió para Pedro bañada por la nostalgia. Celebró una misa, escuchó varias confesiones y asistió a las oraciones matutinas como un buen fraile, pero su mente no estaba en la iglesia ni en el coro. A la hora de la comida dos citas de la lectura le inquietaron. En una San Agustín expresaba: "Domad vuestra carne con ayunos y abstinencias en la comida y bebida en cuanto os permite la salud"; en otra, San Jerónimo decía: "Sin Ceres ni Baco se amansa Venus". Con estas frases parecía vislumbrarse el espíritu que de ahí en adelante animaría a su comunidad. Nada de eso podía agradar a alguien que, como él, era hijo declarado de Venus.

Después de comer se fue a recostar un momento a su celda y se quedó dormido. Su sirviente lo despertó, sacándolo de un angustioso sueño, y le anunció que un joven lo buscaba. Antonio de Sierralta estaba en la puerta con la mirada baja. Pedro mandó salir a su criado e hizo entrar al muchacho mestizo. Sin mayores preámbulos le contó que desde hacía algún tiem-

po tenía comunicación con una religiosa del convento de Jesús María y estaba preñada. Le pidió que consiguiera a alguien que la ayudara en el parto cuando llegara el momento y que mientras tanto se mudara a la casa que estaba junto a la estampa del Santísimo, a las espaldas del convento de las monjas. Finalmente le comentó que no podía fiarse de otra persona, le recordó los lazos de amistad que los habían unido por tanto tiempo y le solicitó que guardara el secreto.

Ante la confidencia, Antonio se quedó mudo. En las charlas cotidianas eran un tópico común los amoríos entre frailes y monjas, pero él jamás había escuchado nombres ni conocido tales casos, y mucho menos de alguien tan cercano. En ese momento interrumpió el silencio con su entrada fray Joseph de Paternina, el compañero que compartía la celda con fray Pedro. Antonio aprovechó la situación para despedirse y dijo a fray Pedro que pensaría lo del negocio que le proponía y que al día siguiente le daría una respuesta.

Esa tarde el religioso estuvo muy inquieto. ¿Aceptaría Antonio ayudarlo? Estaba sin trabajo y, además de la casita, le podría ofrecer algunas monedas. Su tranquilidad dependía de esa respuesta, pero por el momento nada podía hacer. Pedro decidió sentarse a preparar sus lecciones del día siguiente. Una luz mortecina en la ventana anunciaba que la tarde estaba a punto de morir. El fraile fue hacia la mesa donde trabajaba, encendió la lámpara de aceite que estaba sobre ella, tomó el libro *Examen y práctica de confesores* del jesuita Antonio de Escobar y Mendoza, y leyó:

"¿Es pecado mortal acudir a las comedias donde se representan torpezas, amores? Si se representan torpezas, pecan mortalmente por el escándalo los farsantes; pero quien las oye sin peligro, sólo por vana curiosidad y pasatiempo, no peca, aunque dé dinero con que se sustenten los comediantes; también juzgo deben ser excusados los magistrados que las permiten, si no es en el caso de alguna compañía de farsantes muy insolentes en la torpeza de el representar, especialmente en lugares donde hay mucha juventud".

El lector esbozó una sonrisa. Jansenistas y rigoristas acusaban a los jesuitas de laxistas por aseveraciones como ésta. Decían que con esa actitud sólo se conseguía fomentar que los pecadores regatearan con Dios en lugar de arrepentirse. Para Pedro los jesuitas eran aún demasiado rigurosos. En su fuero interno creía en el relativismo moral, aunque como religioso no podía expresar sus ideas. Por eso le gustaba más leer a los literatos que a los filósofos. Su tío le había mostrado a Gracián y a Quevedo, quienes expresaban

con pensamientos ingeniosos y paradójicos y, a través de la reducción al absurdo, la subjetividad de la moral.

Además, la vida cotidiana le había dado siempre la razón. El fariseísmo y la hipocresía reinaban en todos los medios. Los laicos iban a misa y daban limosnas, pero tenían mancebas y explotaban a sus subalternos; los religiosos confesaban nimiedades en los capítulos *de culpis* y algunos tenían esclavos que mandaban a trabajar para recibir su jornal y eran tan soberbios y avariciosos como el que más. Él no se sentía ni mejor ni peor que muchos de sus hermanos.

Un sentimiento de rebeldía comenzó a nacer en su pecho contra esa sociedad hipócrita que lo condenaría si supiera de sus amoríos, pero que toleraba pecados mil veces más graves. Y ahora, con las prohibiciones que los reformados pretendían implantar, ¡qué difícil le sería renunciar a la libertad que disfrutaba y cambiar sus hábitos! Al día siguiente, por lo pronto, iría a ver a Antonia. Seguramente le podría llevar ya la noticia de que había conseguido quien la ayudara en el parto. Antonio de Sierralta no le fallaría.

La entrada de fray Joseph de Paternina, que llegó contando un chiste que acababa de escuchar, lo sacó de sus cuitas y le provocó una gran carcajada. Charlas amenas, cena y oraciones nocturnas lo ocuparon el resto del día y, por la noche, el cansancio y la tensión le proporcionaron un profundo sueño lleno de presagios.

—Hermano, levántese —el fraile escuchó estas palabras entre la neblina de la duermevela.

—Ya voy —contestó, y dando la vuelta hacia el otro costado se quedó dormido de nuevo.

El repique de las campanas y una intensa luz que entraba por la ventana lo despertaron a eso del mediodía. Estiró los brazos para desperezarse, se levantó y pausadamente se vistió con el hábito negro de su orden. Cuando estaba por salir de su celda se topó con fray Joseph de Paternina, que venía a buscarlo.

—Padre, el prior quiere verlo —le dijo con voz inquieta.

Pedro tuvo un sombrío presentimiento. ¿Lo habrían descubierto? ¿Antonia habría confesado desesperada ante su indiferencia? Sin poder aguantar la ansiedad, preguntó a su compañero si sabía la causa por la que lo mandaban llamar.

—Su Paternidad no llegó a las oraciones matutinas ni a sus lecciones —respondió fray Joseph—; supongo que fray Fermín de Armendáriz le va a llamar la atención.

Pedro soltó un suspiro de alivio. Su castigo podía ir desde tres disciplinas con un cilicio y el rezo de unos salmos, hasta el ayuno a pan y agua durante una semana. Ni la falta ni la pena eran cosa grave. No obstante, le inquietaba el hecho de que se retomaran esas medidas coercitivas, no utilizadas en la provincia desde las épocas de fray Payo de Ribera. Mientras caminaba hacia la celda prioral, el padre Velázquez meditaba en los cambios que se estaban dando en la provincia y en la recomendación que le hicieran su amigo y su tío: era necesario ser prudente; no volvería a ver a Antonia nunca más.

7. LAS AVES DEL DESEO

Convento de Jesús María, del 14 al 29 de abril de 1693.

El círculo blanco de la luna se desdibujaba detrás de un velo de lágrimas. Antonia se secó los ojos con los dedos. Desde que Pedro se despidió de ella el sábado, no dejaba de llorar. La había lastimado tanto su frialdad, su desconsideración, su falta de ternura, su salida apresurada. Algo se quebró en su interior, como una vasija de barro que se estrella contra el piso. La joven no sólo lloraba por la desesperación que le producía el abandono, sino también porque la atormentaba la duda sobre la sinceridad del amor de Pedro. De pronto le vino a la mente la imagen de la fe, a la que siempre se le representaba enceguecida. Uno ama así, con una venda en los ojos. En su corazón comenzó a brotar de nuevo un fuerte enojo consigo misma. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo no se dio cuenta del poco amor que Pedro le profesaba? Su indiferencia, la ausencia de regalos en su relación, y esa sospecha, que jamás había desaparecido del todo, sobre sus visitas a otros lechos. Y a pesar de todo no podía dejar de amarlo, aunque quisiera. ¿Por qué era tan lento el proceso de desanudar los afectos? El recuerdo de caricias y palabras entró como un puñal en su pecho y trajo de nuevo el llanto.

Una ráfaga de viento frío calmó sus sollozos. ¡Cuánto silencio en esa noche aciaga! Antonia podía escuchar su propia respiración acompasada. De pronto se hizo consciente de la presencia de la vida que llevaba dentro de su vientre. ¿Qué sería de esa criatura que esperaba allí, escondida, el momento de nacer? Un deseo obscuro de huir y llevarse con ella a su hijo

cruzó como un destello por su mente. El batir de las alas de un murciélago que pasó volando sobre ella le provocó un sobresalto y la hizo voltear hacia arriba. Miró el cielo estrellado y sintió una profunda sensación de soledad y una gran nostalgia. Hubiera querido dormir, pero el sueño había huido esa noche y la congoja que la llevó a la azotea conventual seguía ahí, aferrada a su alma. La gran mole obscura de la torre de la iglesia le oprimió el corazón con su presencia. ¡Cuántas historias se contaban de esa torre! Algunos decían que un demonio se aparecía a veces en ella como un mancebo. Otros aseguraban que no era el Diablo sino el alma en pena de un albañil que había hurtado en aquel lugar unos materiales de la obra. Ella nunca había visto nada y nada temía, pero en ese momento la torre se le mostraba como el gigante que custodiaba una prisión de la que nadie podía escapar.

Un grito en la calle la sacó de sus pensamientos. Una mujer parecía pedir auxilio. El recuerdo de una leyenda que le contara su padre en la infancia le vino a la mente. En las noches de luna se aparecía, por las obscuras calles de la ciudad, el fantasma de una madre que lloraba por sus hijos muertos. El corazón le dio un vuelco. Antonia corrió hacia donde se escuchó el lamento y se arrimó al brocal para asomarse a la calle. Una mujer gesticulaba y manoteaba mientras un hombre intentaba hacerla entrar a su casa. La monja se tranquilizó al reconocer a los interlocutores. El hombre era Joseph de Sáyago, un dadivoso carpintero vecino del convento que había convertido su casa en un hospicio para mujeres dementes; la mujer, una de las desdichadas que él mismo cuidaba. La escena le recordó el tema mil veces escuchado del amor y la locura, y con él volvió el resentimiento. La pasión obnubila la razón y hace perder el seso. La sensación de haber vivido algo parecido la transportó a los tiempos angustiosos en que dejó de ver a Pedro por causa de los celos. Un rayo de esperanza brilló en su confundido corazón. Quizás todo se solucionaría como en aquella ocasión y podrían seguir viéndose; hasta podrían huir juntos y hacer una nueva vida. Pero su intuición le aseguraba que todo había acabado, que esta ruptura era definitiva.

Una claridad que nacía en el oriente tocó su piel con dedos invisibles y la hizo estremecerse. Su alma vibró con la luz sin color del amanecer y con los primeros sonidos que la ciudad dormida hacía al despertar. La joven se dejó envolver por el aire frío que dejaba la noche al alejarse. Cuando sólo quedaba en el firmamento Venus, el último lucero de la noche, sus pies la llevaron hacia las escaleras que conducían a la clausura. La despidieron los

pregones de las calles, las riñas de las vecindades, los toques de las campanas, las oraciones gritadas ante las hornacinas.

El cuerpo de Antonia se dirigió al coro siguiendo los senderos de la rutina cotidiana. Su boca rezó como autómata las primeras oraciones del día y sus manos y piernas gesticularon lo que les tenía ordenado la costumbre. Mientras tanto, su mente divagaba por los laberintos del desconsuelo. Al terminar el rito comunitario, la *Toluca* sintió sobre su hombro una mano cálida que parecía inquirir sobre su estado de ánimo. El rostro compasivo de sor María de la Trinidad la confortaba con su calor materno. Tomadas del brazo, ambas religiosas se fueron a su celda.

María de las Vírgenes las recibió con su acostumbrada queja de achaques y con su reiterada petición de que la dejaran salir a vejarse al santuario de la Virgen de Guadalupe para pedirle por su salud. Antonia miró hacia donde estaba, desde la Navidad, la imagen del Niño Jesús. Primorosamente vestida por la madre Trinidad, la estatuilla de madera que yacía en su cunita le trajo a la memoria el recuerdo de sus muñecas infantiles y, de nuevo, la conciencia de estar esperando un hijo. Una sensación de náusea la asaltó. Dejó el panecillo que estaba comiendo y, disculpándose por su indisposición, se fue a recostar a la habitación contigua.

Sor María de la Trinidad, la única que sabía la razón del malestar, fue tras ella. Con amoroso cuidado colocó sobre el cuerpo de su amiga una manta, tomó el libro del padre Ramos sobre la vida de Catarina de San Juan, cuyo tercer volumen le acababa de llegar, y se sentó a los pies de la cama. Para distraerla comenzó a leer en una página que abrió al azar:

"Como celestial menino en su mesa y en el lecho, Cristo, reclinándose sobre la almohada, la regalaba con dulces y suaves músicas, aplaudiéndola como reina y esposa del príncipe de la gloria. Llegaba como hermosísimo mancebo y rondaba su puerta disfrazado y por los resquicios la llamaba, servíale de paje de hacha cuando iba a la iglesia y no pocas veces se le ponía sobre el hombro, como a San Cristóbal, abrazado en estrechos y castos lazos de amor en su garganta. Catarina quedaba después de estas visitas llena de anillos y sortijas en las manos y toda ella adornada de cadenas, joyas, piedras preciosas, perlas inestimables, y coronada y vestida de rosas y flores de tanta hermosura y fragancia, que no hallarán semejantes en todos los jardines del Oriente ni en los campos de Occidente".

Antonia escuchaba la narración con un nudo en la garganta. El recuerdo de Pedro, agazapado en los resquicios de su mente, saltó nuevamente a su conciencia. Mientras sor María le contaba la vida de Catarina, la esclava

natural del Gran Mogol que había muerto en Puebla cinco años atrás y cuyo cuerpo comenzaba a hacer milagros, Antonia trataba de contener las lágrimas. Pedro nunca la regaló con nada. Sus palabras de cortesía tan sólo sirvieron para ocultar indiferencia y egoísmo. Ni siquiera le agradeció el corte de lanilla blanca para un hábito que le mandó en enero.

La madre Trinidad se dio cuenta del desasosiego por el que estaba pasando Antonia y con su natural candidez espetó:

—El huevo de zopilote es bueno contra la melancolía.

Antonia no pudo menos que reír con la ocurrencia. Cuando sor María se disponía a continuar con la lectura se escuchó un toquido en la puerta de la habitación. La sirvienta dio aviso de que alguien buscaba a sor Antonia en la reja.

La joven se levantó de la cama. Su nana se aproximó a ayudarla y recibió como respuesta que podía hacerlo sola. Antonia colocó sobre su toca un velo que le cubría el rostro y salió de la celda. Atravesó corredores llenos de escombros, se cruzó con dos albañiles que trabajaban en la remodelación del convento, bajó unas polvosas escaleras y llegó a la sala del locutorio. La madre "escucha", sentada en una silla de brazos, devanaba las cuentas de un rosario con la mirada perdida.

—¿Quién vive? —preguntó la *Toluca* encontrándose ante el velo negro que cubría la reja.

—Me llamo Nicolasa de la Encarnación —contestó una voz ronca y cansada—. Me manda Antonio de Sierralta, amigo del padre Velázquez, pa' lo que Su Merced ordene.

Al oír el nombre del amado, Antonia sintió un nudo en la garganta y con un movimiento reflejo volteó a mirar si la madre "escucha" había oído el recado. La monja dormitaba.

Ante el silencio, la voz que estaba detrás de la reja clamó:

—Tengo dos hijos, un varoncito y una hembra. Antonio Marcos llevará los recados que le manden y Francisca Xaviera puede entrar a servir a Su Merced. Na' más que cuando salga de su desdicha me la ha de volver, porque m'hija es mis pies y mis manos...

Antonia recuperó el dominio de sí misma. Agradeció a Nicolasa su ayuda y con palabras corteses se despidió de ella, solicitándole que enviara a su hija al convento al día siguiente. Al poco rato la *Toluca* ponía a su nana al tanto de la llegada de la nueva sirvienta.

El jueves, Francisca Xaviera se presentó en la celda de sor María de la Trinidad. Con su mirada curiosa y su palabra fácil, la muchacha se ganó

muy pronto la confianza y el afecto de las dos religiosas. Sor María le dijo, como primera recomendación, que no entablara amistad con ninguna sirvienta, y mucho menos con las de sor Elvira.

Así pasaron dos semanas. Sin noticias de Pedro, en el ánimo de Antonia los instantes de indiferencia se volvieron más comunes que los de desilusión. La joven continuaba destejiendo sus recuerdos y vaciándolos de afecto, esperando que el tiempo curara las heridas dejadas por el desamor. Mientras tanto, sentía que la presencia de su hijo se iba haciendo cada día más fuerte y la llenaba por momentos de una gran paz. No obstante, las congojas por el futuro la asaltaban de continuo y la necesidad de huir se le presentaba cada vez más inminente. Sus dudas y angustias llegaron al clímax el 29 de abril, día en que sucedieron dos hechos que la cimbraron desde sus cimientos.

En la mañana de ese miércoles, después del desayuno, la celda de sor María de la Trinidad se vio alterada por las indignadas voces de sor Inés y de sor Clara. Las dos monjas venían muy disgustadas por un decreto del arzobispo clavado en la puerta del coro. Sor María y sor Antonia, que no lo conocían, preguntaron por su contenido.

Sor Clara, que era la más alterada de las dos, sacó de las mangas de su hábito un pliego rasgado por uno de sus lados y lo extendió hacia sor María para que lo leyera en voz alta. Ésta mandó salir a las sirvientas, con la orden de que se fueran a lavar ropa, y cuando ya no estaban comenzó:

"El Ilustrísimo señor doctor don Francisco de Aguiar y Seijas, arzobispo de México, ha recibido noticias que en los conventos de esta ciudad existe la práctica de las devociones, así de fuera como de dentro de la clausura, por lo que notifica a las preladas de dichos conventos y a las religiosas, se cuiden de tales desmanes e inquietudes de malas amistades con el título de devociones con personas de cualesquier estados. Sobre todo las que más escándalo causan, que son las de dentro de dicha clausura que tienen las religiosas unas con otras, y éstas con niñas seculares y con mozas de servicio, y éstas unas con otras, por ser de gravísimo inconveniente y notable escándalo y ruina espiritual. Y que para que cesasen dichas devociones y el perjuicio grave que con ellas se ocasiona, y para que en lo de adelante se abstengan de ello por ser ofensas de Dios, Nuestro Señor, Su Señoría manda se notifique a las madres abadesas, prioras y vicarias de dichos conventos tengan especial cuidado en evitar semejantes devociones y castiguen a las que contravinieren y quebrantaren el tenor de este auto. A quienes asimismo manda que si algunas religiosas, niñas o mozas estuvieren rebeldes o inobedientes

a lo dicho, luego y sin dilación alguna den cuenta a Su Señoría Ilustrísima para que se ponga el remedio que más convenga y lo cumplan precisa y puntualmente en virtud del Espíritu Santo, santa obediencia y pena de excomunión mayor y apercibimiento que se procederá contra las susodichas a lo que hubiere lugar, conforme a derecho, y a lo que más convenga. Y para que venga a noticia a todas las dichas religiosas, se haga notorio este auto en el coro bajo de los conventos, estando juntas como lo han de costumbre, para que les conste, y asimismo se fije un tanto de él en la puerta de dicho coro bajo, para que no pretendan ignorancia, de donde ninguna de dichas religiosas, niñas o mozas sea osada de quitarlo ni romperlo, so las dichas penas de excomunión mayor. Francisco, arzobispo de México".

La madre Trinidad terminó la lectura haciendo la señal de la cruz sobre su rostro.

—¿Quién arrancó el edicto de su lugar? —preguntó confundida y con la voz temblorosa, temiendo que sobre ella recayera también el anatema episcopal.

—Eso no importa —contestó sor Clara con sorna—. Nosotras queremos que Su Merced hable con la madre abadesa para que la orden del señor arzobispo no se cumpla.

Sor María guardó silencio. Desde hacía unos meses había sido elegida para el cargo, ante la repentina muerte de sor Úrsula del Sacramento, sor Antonia de Santa Clara y, aunque era su gran amiga, no podía pedirle algo como lo que solicitaban sus huéspedes.

—¿Qué vamos a hacer con tantas prohibiciones del señor arzobispo? —reclamó sor Inés, que había estado callada y mirando al suelo—. Ha reducido la visita de los señores virreyes, vicepatronos de nuestro convento, a dos por año y con una comitiva de sólo seis personas; ya no se pueden tener tertulias, ni cantos, ni música. Ha exigido que no usemos encarrujados ni ornatos en los hábitos ni en nuestras personas. Sacó fuera de los conventos los perrillos, nos ha prohibido asomarnos a las azoteas y ahora esto. Sólo le falta reducirnos a todas a la vida común y que vivamos como las carmelitas o las capuchinas.

Antonia escuchaba atenta la arenga mientras acariciaba la suave piel de un gato que ronroneaba sobre su regazo. Conforme hablaba su compañera, su interior se iba calentando con el fuego de la indignación. Todo lo que decía era cierto. Parecía que el prelado no permitiría ninguna desviación de las constituciones. De pronto una certeza la asaltó: de ser descubierto su embarazo, ella sería castigada de manera ejemplar pues había violado las

órdenes más perentorias del arzobispo. La imagen de sor Elvira con su maledicente boca cruzó por su mente y la hizo levantarse de un salto, haciendo caer al gato.

—Sor Inés tiene razón —dijo sorprendiendo a sus amigas—, debemos solicitar a la abadesa que mitigue el cumplimiento de la orden, pues de no hacerlo se nos vendrán muchos males y sinsabores. Bien puede ella decir que se ha cumplido sin necesidad de obedecer, como lo hacen de continuo las autoridades seculares.

Ante la petición de su protegida, sor María de la Trinidad no pudo menos que aceptar el papel de intercesora con la abadesa. Pidió, sin embargo, que la dejaran quedarse el edicto para deshacerse de él.

Cuando las dos amigas salieron de la celda, sor Antonia había tomado la decisión de huir del convento en cuanto naciera la criatura. Puso su mano sobre el pecho para tocar la medalla que su madre le regalara y, pidiendo la ayuda de la Virgen, se puso a maquinar los medios para lograr lo que había decidido. Con unas cuantas monedas podría conseguir que el hijo de Nicolasa le trajera una mula y bastimentos; bajaría antes del amanecer por el escotillón hacia la casita y después sería libre para irse con su hijo adonde quisiera. Pediría ayuda a sus hermanos que vivían en Toluca y si ellos no la amparaban se iría al norte, a Zacatecas; se perdería en la inmensidad.

Durante el resto de la mañana y las primeras horas de la tarde, las ideas de Antonia, como las mariposas nocturnas, giraron en torno a un punto fijo: su libertad. Los pajarillos encerrados en sus jaulas y las sábanas en el patio, que aferradas a una cuerda se movían al viento, le hablaban de su condición de prisionera. Las plantas que crecían y florecían en las macetas la hicieron anhelar el color de los campos y el olor de los cerros cuajados de aromas. Conforme pasaba el tiempo, la necesidad de huir se hacía más eminente.

Después de la siesta, Antonia se fue a recostar a la cama para soñar con el futuro. Se encontraba sola en la habitación, pues sor María había salido a cumplir su oficio de intercesora ante la abadesa. De pronto un toquido en el escotillón la sobresaltó. Pedro había regresado, pensó, y de un salto se levantó del lecho y se fue hacia el baúl que cubría el orificio. De tres tirones movió el pesado objeto y con él la estera sobre la que estaba. Un rostro desconocido la observaba desde el fondo del agujero.

—Soy Antonio de Sierralta —dijo—. ¿No quiere bajar Su Merced pa' que conozca a la partera que la va a ayudar? Pero antes debe ponerse un hábito de seglar.

La *Toluca* se sorprendió por la invitación; aunque imaginó mil veces el interior de la casita, nunca se le ocurrió bajar y la propuesta, recibida en esos momentos en los que planeaba su huida, le pareció un buen augurio. Con ánimo resuelto, la joven religiosa se fue hacia la otra habitación y pidió a María de las Vírgenes que le prestara una falda y una blusa. Después de vestirse como seglar, colocó en su cabeza un pañuelo y, con la falda metida entre las piernas, comenzó a descender por los peldaños de la escalera que la llevaba fuera de la clausura.

Abajo la recibieron dos rostros risueños, a los que Antonia les dio nombre. Eran su madre y su hermana, Juana de Suleta y Catalina Josefa. La *Toluca* sintió confianza ante esa gente, que sin haberla visto nunca se prestaba a ayudarla. Las saludó con una sonrisa y notó la gran curiosidad con que la miraban, pero en ningún momento percibió en ellas ni censura ni desprecio.

Al poco rato llegaron a la casita otras dos mujeres y un muchacho. Una de ellas se presentó como Nicolasa y Antonia reconoció de inmediato la voz con la que había hablado en el locutorio. El joven era su hijo Antonio Marcos y la otra mujer Ana del Río, la partera. Juana y Catalina tomaron a la *Toluca* por los brazos y la hicieron recostarse en un petate para que las manos expertas de Ana le palparan el vientre. Los ojos de la religiosa recorrieron el techo y las paredes de esa habitación, en la que tantas veces imaginó al amado engañándola con otras mujeres. Con alegría descubrió que en su alma no había ya despecho ni odio hacia Pedro.

Al terminar su minuciosa auscultación, Ana dio a Antonia dos pequeños grabados, uno de San Ramón Nonato, patrono de las parturientas, y otro de Santa Águeda, para que tuviera leche abundante. La *Toluca* observó las dos imágenes detenidamente. El santo tenía en la boca un candado, la santa portaba un plato con los pechos que le habían sido cercenados. Con un gesto alejó un pensamiento que, como ave de mal agüero, pasó por su mente: "guarda silencio o serás mutilada".

Catalina Josefa, la más joven de las mujeres, se acercó para decirle que no se preocupara por la leche pues ella tenía suficiente para su hijo y para el de ella. Antonia agradeció el gesto con una sonrisa y un apretón de manos. Juana, Nicolasa, Ana y Antonio ofrecieron también que harían cuanto se les pidiera. Sólo Antonio Marcos estaba silencioso observando la escena con los ojos muy abiertos.

Al poco rato la partera se despidió; tenía otra paciente que atender. Jua-

na, Catalina y Antonio la acompañaron hasta la puerta. Aprovechando el momento, Nicolasa se acercó a la religiosa y le susurró al oído:

—Si Su Merced quiere, conozco a alguien que puede sacarle ahora a la criatura. Por unas cuantas monedas de plata esta persona la puede librar de su aprieto.

Antonia la miró desconcertada. Jamás había contemplado esa posibilidad y su mención llegó como un destello.

—Yo le haré saber si así lo decido —respondió con unas palabras que no parecían haber salido de su boca.

Esa noche sor Antonia de San Joseph no pudo dormir. La propuesta que le hacía Nicolasa le evitaría muchos problemas. No tendría que huir y enfrentarse a un mundo desconocido. Podría seguir viviendo en su cómoda celda, con la seguridad que le daban los muros del convento y el cariño de su nana y de sus amigas. Tener a la criatura podría ser, por otro lado, muy riesgoso, pues si era descubierta sería castigada durísimamente.

La luz del amanecer la encontró sumida en la indecisión.

VIII. EL LIBRO DE LOS TESTIMONIOS

—*En la Ciudad de México a 7 días del mes de diciembre de 1693 años. El señor licenciado don Antonio de Aunsibay Anaya, canónigo de esta santa iglesia catedral, juez provisor y vicario general de este arzobispado por el Illmo. Sr. Don Francisco Aguiar y Seijas, arzobispo de México. Dijo que por cuanto se le ha dado noticia que en el convento de Jesús María de esta ciudad se causa alguna nota y escándalo con cierta devoción que hay entre una religiosa profesa llamada Antonia de San Joseph, dicen la* Toluca, *con un religioso sacerdote del orden de San Agustín llamado fray Pedro Velázquez; y para que se proceda en la averiguación de este caso, mandaba y mandó hacer esta cabeza de proceso, por la cual se examinen los testigos que saben de lo referido, notificándoles digan lo que supieren, sin excusarse de ello en manera alguna, y guarden secreto en lo que dijeren, sin comunicarlo con persona alguna, por ser materia contra personas religiosas y por el escándalo que se puede causar en esta república; digan todas las circunstancias y requisitos que se requieren y supieren en el caso, y todo lo referido guarden y cumplan en virtud de santa obediencia y pena de excomunión mayor* latae sententiae, *declaratoria y con citación de tablilla, y con apercibimiento que se procederá a lo que hubiere lugar conforme a derecho. Y las tales personas parezcan ante Su Merced a deponer en lo que supieren de dicha causa, y así lo proveyó y firmó.*

Al término de la lectura, el provisor Aunsibay levantó la cabeza y dirigió la mirada hacia don Joseph de Cuéllar, clérigo domiciliario del sagrario de la Catedral. Como quien hace un rito vacío de contenido, éste juró decir verdad y guardar el secreto requerido. Mientras sus labios repetían fórmulas consagradas, su mente, acostumbrada a narrar hechos escabrosos de vidas ajenas, ordenaba el material. Después de una pausa la lengua descargó los pensamientos.

—*En casa de Bernardo de Arrieta, vecino de esta ciudad, entraba de ordinario un mozo, que decía llamarse Antonio Marcos, y que solía contar públicamente que en una casa que está debajo del convento de Jesús María, en la calle de la Estampa, vivía Antonio de Arroyo, mulato blanco; dicha casa se la daba de limosna fray Pedro Velázquez, por tener lugar de entrar y salir en ella a las horas que quisiese, pues tenía devoción con sor Antonia de San Joseph. Y en la misma*

casa, en el techo de ella, había un agujero por donde entraba y salía el religioso a la celda que estaba encima.

Don Antonio de Aunsibay le hizo una seña para que hablara más despacio, pues el escribano sufría para poder capturar con su pluma el torrente de palabras. El clérigo habló entonces pausadamente, como quien dictaba.

—En diferentes ocasiones Antonio Marcos contó a Bernardo de Arrieta y a su mujer doña Francisca de Villegas, que la dicha religiosa había parido una niña y había bajado a la sala de dicha casa y que le había asistido en el parto su madre, que se llama Nicolasa. Ayer cuando estuve en casa de los Arrieta, escuché que esta noche iba a salir la religiosa del convento y el dicho Antonio Marcos andaba buscando un caballo alquilado para ella; supe también que a la criatura que había parido la estaban criando en la casa de la madre de Antonio Arroyo. Yo tenía todo esto por mentira, hasta que oí decir al dicho Antonio que buscaba un caballo para sacar esta noche a la religiosa, y al saberlo creí mi obligación denunciarlo a Su Ilustrísima.

Mientras el testigo ratificaba su juramento, declaraba tener 25 años y firmaba, el provisor hacía memoria de lo acontecido esa mañana, al terminar *laudes*, cuando el clérigo llegó apresurado a contar al arzobispo los hechos que habían desatado las actuales averiguaciones. Aunsibay recordó el brillo en los ojos de Aguiar al escucharlos y el tono de júbilo de su voz al pedirle que se hiciera cargo del caso.

Cuando el padre Cuéllar salió de la habitación, Aunsibay tomó las hojas de la denuncia que le extendía el escribano y las anexó a otras que contenían el decreto arzobispal:

En la Ciudad de México a 7 días del mes de diciembre de 1693 años. Don Francisco Aguiar y Seijas, arzobispo de México. Por cuanto nuestro provisor y vicario general don Antonio de Aunsibay Anaya nos ha dado noticia de lo sucedido en el convento de Jesús María, dámosle la comisión que de derecho se requiere para que vaya a dicho convento y averigüe el caso, y estándolo, ponga presos a los susodichos y demás personas que parecieren culpadas, así de dicho convento como de fuera de él; y siendo seculares, con el auxilio de la real justicia; y por ser como es, causa de tanta gravedad, que sea con el secreto que se requiere; y se dé noticia al Exmo. conde de Galve, virrey y capitán general de esta Nueva España, para que siendo servido, nombre una persona de todo secreto que imparta el real auxilio para que no se haga público el caso. Damos a nuestro provisor la facultad de derecho que se requiere y es necesario.

Por la tarde de ese día 7 de diciembre, don Antonio de Aunsibay fue al convento de Jesús María y preguntó por la celda de sor Antonia de San Joseph, llamada

la Toluca. *Con la asistencia de la abadesa y del bachiller don Juan Esteban Baio, mayordomo del convento, subieron a una habitación que daba a la calle de la Estampa del Santísimo Sacramento. El provisor llamó a sor Antonia y, a solas, le dio noticia del proceso iniciado contra ella. La religiosa declaró ser todo cierto, confesó su pecado y pidió misericordia. Quitada una caja y un petate, se halló debajo un escotillón cuadrado que estaba hecho en la celda, arrimado a la pared de la calle, por donde sor Antonia dijo tener la comunicación con fray Pedro Velázquez desde hacía cuatro años.*

El provisor mandó cerrar la celda, encargándole a la madre abadesa que tuviese a dicha Antonia de San Joseph en su compañía, sin dejarla salir, y que el bachiller Juan Esteban Baio tratase luego, con el secreto posible, que se cerrase el escotillón. Después, don Antonio salió del convento y reconoció la casita que estaba sobre la calle de la Estampa, arrimada a la sacristía, donde había unas mujeres. El provisor mandó que fuese desocupada para que con más recato se cerrara el agujero, y para que constara, mandó ponerlo por diligencia.

Cuando acabó sus funciones en Jesús María, Aunsibay se fue al convento de San Agustín donde pidió hablar con el prior fray Juan Fermín de Almendáriz. Una vez en su celda, le dio a entender la diligencia a que iba y le preguntó por el padre fray Pedro Velázquez. El prior lo envió a llamar. Al llegar el fraile, se le refirió el caso y la acusación y éste confesó todo diciendo que hacía nueve años que conocía a la dicha Antonia de San Joseph, que había pasado todo lo que se le preguntaba, y pidió misericordia por la honra de su religión y de dicha religiosa. El provisor lo encargó al prior para que lo tuviese con toda guardia y custodia hasta que Su Señoría Ilustrísima el arzobispo proveyese y mandase otra cosa.

2. LOS TESTIGOS

En la Ciudad de México a 8 días del mes de diciembre de 1693 años. Ante el Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya pareció un hombre que dijo ser morisco libre y llamarse Antonio de Sierralta Arroyo; que dijo vivir en la calle que va del parque a Santa Cruz, junto a la estampa de Jesús María, y que es oficial de sastre. Del cual se recibió juramento y lo hizo por Dios y la cruz en forma de derecho, so cargo de él, prometió decir verdad y se le notificaron las censuras para que guarde secreto en lo que dijese y le fuese preguntado y no lo publique con ninguna persona.

La pluma del escribano corría sobre el papel haciendo un ruido rasposo y dejando impreso el segundo testimonio del proceso.

El testigo dijo conocer a fray Pedro desde que eran muchachos e iban juntos a la escuela; con voz monótona y la mirada baja contó la manera como el padre Velázquez lo convenció para que le ayudara, porque no podía fiarse de otra persona. Antonio explicó que, por evitar el escándalo público, lo auxilió y pidió la llave de la casa en el torno del convento; contó que estuvo en ella por más de dos meses sin mudar sus cosas, pues le parecía que podía durar poco aquello, y que sólo iba por la mañana a abrir el balcón y por la noche a cerrarlo.

Sierralta hizo una pausa como para ordenar sus ideas.

—*Por fin un día* —continuó diciendo— *el fraile me rogó que trajera mis trastes, porque como veían la casa desocupada se la pedían las religiosas. Así me mudé allá con mi madre Juana de Suleta. Y habiendo hablado a Nicolasa de la Encarnación, una amiga de ella pa' que nos prestara a su hija Francisca Xaviera, nos hizo favor de mandarla pa' que entrara en el convento con licencia de Su Ilustrísima y pa' que sirviera a la religiosa, porque no se atrevieron que otra lo hiciera, pa' que no la viese y reconociese la barriga. Y al cabo de dos meses y medio que me había mudado, fray Pedro subió por el escotillón y se estuvo toda la noche allá arriba hasta por la mañana. Yo le dije que me había mudado a la casa pa' que saliera del cuidado en que estaba y no pa' que se hicieran ofensas a Dios. De ahí en delante no volvió a entrar ni a salir al convento, y sólo se hablaba con la religiosa por el escotillón. Yo ya tenía entonces también comunicación con ella porque le hablaba por la dicha parte y sé que se llama Antonia de San Joseph, que le dicen la* Toluca, *y que vive con otra, María de la Trinidad, a quien llama nana.*

Don Antonio de Aunsibay miraba al testigo, que no había levantado los ojos de la mesa ni por un momento.

"Estos indios no tienen el menor recato —pensó—; parece no darse cuenta de la gravedad de lo que ha hecho."

—*Y habiéndole dado algunos dolores* —continuaba diciendo la voz sin expresión de Antonio— *y pensado que era el parto, bajó la religiosa vestida de secular a la sala donde la solía ver Ana del Río, una partera que yo mandé llamar.*

Antonio titubeó arrepentido por haber dicho un nombre que no debió salir a la luz. El provisor lo anotó mentalmente.

—*Por supuesto* —agregó apresurado el testigo— *que la susodicha no sabía que era religiosa porque siempre le dije, y mi madre también, que era una moza que estaba en reputación de doncella y que le había sucedido un trabajo.*

Antonio levantó la mirada por primera vez y sus ojos se toparon con un rostro impasible que no parecía haber notado su turbación.

—*La partera* —continuó relatando— *apretaba y le hacía las diligencias que se necesitan y se hacen a las preñadas. Y esto sucedió en más de doce a catorce veces hasta que llegó a parir, que fue en la sala de la casa, donde tenía puesta una cama, y en ella se estuvo como ocho días. Después mi hermana Catalina Josefa se hizo cargo de la niña y le dio de mamar, aunque a veces le subíamos la criatura a la religiosa a su celda pa' que la acallase, y la solía tener algunas veces una tarde, y la volvía a entregar por el escotillón. Y pa' los gastos de la partera y el parto y demás gastos que suceden, las dos religiosas me daban lo que era necesario, sin que el padre Velázquez diese cosa alguna.*

—¿Y la niña ha sido bautizada? —preguntó Aunsibay, asumiéndose como el sacerdote que era.

—*Sí, nos la llevamos a la Catedral un domingo por la mañana y le pusimos por nombre Juana María Teresa. Yo convidé a don Joseph de Contreras, contador de la aduana, pa' que fuese padrino, diciéndole que era un huerfanito que me habían echado y sin que él supiese cosa alguna.*

El testigo ratificó su juramento, dijo tener 24 años poco más o menos y firmó. A una señal del provisor Antonio de Sierralta y Arroyo, salió de la sala con los hombros caídos y la mirada baja, como había entrado.

Una puerta se cerró y otra se abrió para dar paso a un muchacho que miraba en todas direcciones. A las preguntas de rigor respondió *que se llamaba Antonio Marcos, que era castizo, que tenía por oficio el de sastre y que laboraba con Jerónimo de Cassaus, mulato maestro de sastrería, vecino de la calle de Jesús María. Después de una pausa, agregó que al presente no trabajaba por estar enfermo de una mano, y que vivía con Nicolasa de la Encarnación, su madre, en la plazuela de San Gregorio.*

Se le recibió juramento, se le notificaron las censuras para que guardara el secreto y se le preguntó por la cabeza del proceso. Con nerviosismo y palabras atropelladas dijo que conocía al padre Velázquez desde chico, pues era vecino de la calle de Balvanera cuando era estudiante, y que no conocía a la religiosa. Narró después que en casa de Antonio Arroyo, a quien llamaba de hermano, oyó decir que una religiosa había parido de un fraile, pero que él no había estado presente ni en el parto ni en el bautizo, pues se encontraba preso en la cárcel de Corte.

Cuando parecía haber concluido su declaración, Aunsibay le preguntó a boca de jarro:

—¿Para quién buscabas anoche los caballos?

El muchacho contestó titubeante:

—*Me encargaron dos caballos, uno pa' un indio llamado Juan, que vive en las casas de doña Inés, que me dio cuatro reales, y el otro pa' Antonio, que me dio otros cuatro. Creo que los querían pa' ir a los fuegos.*

"Miente", pensó el provisor, y soltó una segunda pregunta:

—¿Qué sabes de la partera que atendió a la religiosa?

—*Puede haber quince días que me dijeron que fuera a buscar una partera que vivía por el barrio de Tomatlán, pa' que viese a la niña, pero no la hallé.*

—Estos indios —dijo Aunsibay para sí— son todos unos mentirosos. Nada podré sacar en claro de éste.

Considerándolo apropiado, el provisor dio por concluido el interrogatorio. El declarante ratificó su juramento, dijo ser de edad de 18 años y no firmó porque no sabía escribir.

Las campanas de Catedral tocaron al *angelus* y anunciaron la necesidad de un descanso. Don Antonio de Aunsibay despidió al escribano, ordenó los papeles del juicio sobre la mesa y salió del palacio episcopal a la calle. De camino a la Catedral recapacitó por un momento en el proceso que comenzaba a armarse y determinó lo que haría con los testigos de la mañana. Pero al llegar a la iglesia se olvidó del caso y coro y comida lo distrajeron por varias horas de los asuntos del juicio. Por la tarde, al releer los testimonios, saltaron los nombres de Ana del Río y de Juana de Suleta y pensó en citarlas a declarar. Cuando llegó el escribano le pidió que llamara al siguiente testigo, quien esperaba en el cuarto contiguo hacía una hora.

A los pocos minutos entró una mujer demacrada que se dejó caer en la silla frente al provisor. Mientras sus manos apretaban un raído chal sobre el pecho, sus oídos escuchaban las fórmulas del proceso sin atención. La mirada baja, el rostro compungido y unos pensamientos perdidos en la angustia dibujaron el silencio. La voz acuciante del provisor la sacó de su mutismo y le exigió respuestas a las preguntas que se le hacían.

—*Me llamo Nicolasa de la Encarnación y soy castiza, soltera y vecina de esta ciudad; vivo en el barrio de San Gregorio, en casas del maestro arquitecto Antonio de Mejía.*

Después repitió tras el provisor el juramento de rigor: *Juro por Dios y por la cruz decir verdad y guardar el secreto en lo que dijere y me fuere preguntado y no lo publicaré con ninguna persona.*

Siendo preguntada por la cabeza del proceso, dijo que hacía seis meses que Antonio de Sierralta le había hablado para que le diese su hija Francisca Xaviera,

para que asistiese a una religiosa del convento de Jesús María que estaba en un gran trabajo; y aunque le hacía falta dicha su hija se la dio para que cuando llegase el caso la cuidase, por ser como era el negocio en mucho secreto.

"Ahora resulta —pensó Aunsibay— que estaba preocupada por el secreto y nunca denunció el caso al señor arzobispo, quien podía guardarlo mejor que ella y darle solución."

Mientras hablaba, Nicolasa miraba fijamente el crucifijo que pendía de la pared frente a ella. A él, y no al provisor, parecía estar dando su declaración.

—Me fui a ver entonces a la religiosa a la portería del convento y hablé con ella; le dije que luego que saliera de su desdicha me había de volver a mi hija, porque es mis pies y mis manos. Y en las ocasiones que fui a la casa donde vivía Antonio de Sierralta, antes y después que pariera la religiosa, no vi en esa casa a fray Pedro, a quien conozco desde que era estudiante.

—¿Qué tuvieron que ver en esto Ana del Río y Juana de Suleta? —preguntó el provisor por ver qué medidas debía tomar acerca de ellas.

Nicolasa no se inmutó y, con la seguridad que le daba el haber tocado el fondo del sufrimiento, contesto:

—Ellas nada saben. Juana de Suleta sólo estuvo una vez en la casita y *Ana del Río vio a sor Antonia siempre en hábito de seglar. La veía, la apretaba y decía que no era parto aún y luego se iba sin haber visto nunca por dónde salía del convento. Yo le decía que era una pobre niña en reputación de doncella, que se salía de su casa a visitar a una tía suya, de donde se pasaba a ésta.*

Sin despegar la vista del crucifijo, Nicolasa terminó su testimonio contando los pormenores del parto y del bautizo. Al testimonio de Antonio de Sierralta sólo agregó tres detalles: la presencia de María de la Trinidad en el escotillón, preguntando por la salud de la recién parida; la paga de la partera, dos reales en cada visita, que eran entregados por sor Antonia, y la salida de Francisca Xaviera del convento el día anterior, por estar la testigo enferma y necesitar de ella.

El crucifijo recibió la ratificación del juramento, la declaración de edad, cincuenta años, y la frase "no sé escribir". El provisor quedó frustrado en sus expectativas; esta mestiza nada nuevo le había dicho y, al parecer, la partera y su amiga poco podrían agregar a la historia, por lo que era inútil llamarlas a declarar.

Con una señal de la mano Aunsibay despidió a Nicolasa y con una mirada pidió al escribano que llamara al último testigo. Una muchacha temerosa entró, se sentó tímidamente y escuchó con la boca abierta el cues-

tionario sobre sus generales. Le respondieron palabras cortantes y escuetas: *Francisca Xaviera. Mestiza. Doncella. Con mi madre Nicolasa de la Encarnación. En el barrio de San Gregorio. Ayer tarde salí del convento de Jesús María con licencia de su Señoría Ilustrísima. Estaba asistiendo a las madres María de la Trinidad y Antonia de San Joseph, religiosas profesas de dicho convento.*

A continuación, la joven hizo el juramento y la promesa de guardar el secreto. Las frases rituales parecieron ejercer sobre ella un efecto catártico que hizo desaparecer el temor que le producían esos dos hombres adustos. Su lengua se deshizo en una fuente de palabras después de escuchar la cabeza del proceso:

—Pues verá Su Merced, *Antonio de Sierralta pidió a mi madre con muchos ruegos que me dejara ir a servir a una religiosa al convento de Jesús María. Ella por fin aceptó y cuando llegué a la celda vi a sor Antonia que estaba con el vientre alto, y cuanto más pasaban los días más le iba creciendo. Ella se vestía de tal manera que no se le echaba de ver. Y en este tiempo estuvo achacosa de cursos y la curaba el doctor Montaño, pero esto era sin llegar a la celda, porque sor Antonia salía al claustro donde le recetaba los medicamentos que había de hacerse. Yo iba por ellos a la enfermería y la madre María de la Trinidad se los hacía, sin que otra religiosa ni monja entrara en la celda.*

—¿Entró fray Pedro Velázquez alguna vez en ella? —preguntó la curiosidad morbosa disfrazada de celo.

—Yo conocí a fray Pedro desde muy niña pues me crié en el barrio de Balvanera; era muy buen mozo y muchas muchachas suspiraban por él. *En todo el tiempo que estuve en el convento no vi que él subiese arriba; sólo lo vi una vez en la sala de la casa, cuando vino a darle el parabién a sor Antonia después de haber parido.*

—¿Y qué me dices del escotillón? —dijo el provisor con una sonrisa que mostraba su gusto al tener un testigo tan locuaz y colaborador.

—¡Ah! pus por *ese escotillón que estaba pegado a la pared de la celda vi que bajó tres veces sor Antonia, quitado el hábito y en traje de seglar para que la viese una partera...* —una pausa mostró una duda— *que yo no conozco. Habiéndole dado los dolores del parto, bajó por el escotillón a la sala donde parió una niña y en ella estuvo ocho días sin subir a su celda. Algunas religiosas me preguntaban por mi ama, y yo les decía que estaba enferma, pero ninguna se llegó a la celda; y pasados los ocho días subió y salió al convento, y pasados quince días bajó para que la llevaran a un baño y la cargó un indio, y estuvo allá desde la mañana hasta las tres de la tarde. Y algunas ocasiones le solían subir a la niña*

por la tarde, y cuando lloraba le daba ella el pecho, porque callase y no se oyera en el convento.

El padre Aunsibay no cabía de contento, tenía otro cargo que hacer contra la pecadora: había violado la clausura al salir a la calle. Sus oídos ya no quisieron escuchar la ratificación del juramento, ni que la joven tenía 19 años y que no firmaba por no saber escribir; estaba ansioso de mostrarle a Don Francisco de Aguiar lo que había sacado ese fructífero primer día del proceso.

Cuando salió Francisca Xaviera, el provisor dictó al escribano el siguiente auto:

—*En la Ciudad de México a 8 días del mes de diciembre de 1693 años, el Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya, habiendo visto la información de las fojas anteriores y la culpa que resulta contra Antonio de Sierralta, Nicolasa de la Encarnación, Antonio Marcos y Francisca Xaviera, y para que se guarde el secreto conveniente, mandó se pongan presos los dichos Antonio de Sierralta y Antonio Marcos en la cárcel arzobispal, entregándolos al alcalde de ella para que los tenga con guarda y custodia. Y las dichas Nicolasa de la Encarnación y Francisca Xaviera las tenga en su cuarto el alcalde hasta que otra cosa se provea y mande. Y lo proveyó, mandó y firmó, Antonio de Aunsibay Anaya.*

Al día siguiente el provisor dictó otro auto:

—*En la Ciudad de México a 9 días del mes de diciembre de 1693 años, el Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya*, canónigo de esta santa iglesia Catedral, juez provisor y vicario general de este arzobispado ordena que se proceda a recibir las confesiones a los dichos religioso y religiosa a las que asistirá Su Merced personalmente.

3. CONFESIÓN PRIMERA

—*Me llamo Antonia de San Joseph y soy natural de las minas de Tlalpujahua; hija legítima de don Joseph de León y de doña Petronila Ramírez; cuando entré en este santo convento era doncella. Desde que salí de Tlalpujahua de tierna edad estuve en Toluca; viví después en esta Ciudad de México por tiempo de ocho años, cuatro de ellos en el convento de San Joseph de Gracia. En el convento me conocen por la* Toluca. *Tengo 28 años poco más o menos.*

—¿A título de que profesó?; ¿fue violentada o apremiada por alguna persona para entrar al convento?; ¿tenía algunos amores en el siglo antes de profesar y con quién?

—Entreme religiosa en este santo convento con dote de tres mil pesos como las demás, sin que me hiciese fuerza ninguna persona, sino que de mi libre y espontánea voluntad profesé. Cuatro días antes de que tomara el hábito vi a un religioso de San Agustín llamado fray Pedro Velázquez, que entonces era corista y estaba en aquella ocasión en el pueblo de San Agustín de las Cuevas, y me recuestó de amores; yo me incliné por hablarle tres o cuatro veces en aquella ocasión, sin que hubiese otra cosa de por medio más que dichas palabras.

—¿Cuánto ha que vivía en la celda donde el señor provisor la vio el 7 de este presente mes?

—Desde que profesé, que hará nueve años, he vivido en la celda en compañía de la madre María de la Trinidad, cuya es, y para quien la labró don Diego del Castillo, mercader de plata, su padre.

—¿Tuvo alguna comunicación o trato con fray Pedro el año de noviciado?; ¿o le escribía papeles, o enviaba recados con alguna persona?

—En todo el año de noviciado no lo vi, ni recibí papel ni recado suyo, ni se lo envié ni me acordé de él en todo ese tiempo. Hasta pasados cuatro meses después de profesar, que estando en la azotea, el día de la octava de Corpus, viendo la procesión y fiesta que celebra este convento, vi a fray Pedro en una casa de enfrente, de donde lo saludé y llamé al torno; bajé y me habló brevemente unas palabras de cortesanía y me dijo solicitase reja para que nos viésemos. A los pocos días le escribí una cédula llamándole para que viniese a rejas, como en efecto vino; hablamos lícitamente, por respeto de la madre escucha que asistió en la reja.

—¿Por qué orden se hizo el agujero o escotillón que estaba en la celda y cuánto tiempo ha?

—Primero hice un agujero pequeño en la pared de la celda, por donde podía caber tan sólo la mano y el brazo; por él hablaba con el religioso todas las veces que venía a la casa, donde vivía una mujer llamada Margarita, una vieja que trajo fray Pedro. Esto duró tiempo de un año y hablábamos desde la oración hasta las siete u ocho de la noche. Tuve después algunos recelos y sospecha de que fray Pedro traía mujeres a la casa y le dije que se mudase, como en efecto lo hizo. Por más de un año estuvo vacía hasta que fray Pedro trajo a ella dos mujeres solteras llamadas Juana y Antonia Lucio, que vivieron ahí cerca de un año. Y en este tiempo, y desde el principio que se mudaron, hice el agujero más grande, por mí misma, sin que ninguna persona interviniese en ello, sino sólo consultarlo con

fray Pedro quien convino; ni aun las criadas que me servían lo sabían, porque procedí con mucho recato para que no se reconociese de parte del convento. Por el escotillón entró fray Pedro a dormir muchas veces, y viendo las Lucio la continuación, se mudaron, por decir que no querían les sucediese un trabajo; de esto habrá como cuatro años más o menos.

—¿Alguna religiosa u otra moza de dentro o de fuera del convento, además de las que tiene dicho, tuvo noticia del agujero o escotillón?

—No, ninguna tuvo noticia de que tal estuviese hecho; es conocida la mucha virtud que todas profesan. Siendo la madre Antonia de Santa Clara, que hoy es abadesa, tornera mayor, tenía mucha pesadumbre por verme tan inquieta las veces que me veía con el religioso por el torno; así, por no darle pesadumbre hice el escotillón. Primero lo consulté con fray Pedro y una vez hecho, le avisé que viniese; dentro de dos o tres días vino y entró por ese agujero y se quedó a dormir aquella noche y al día siguiente hasta la oración. En aquella ocasión vivían en dicha casa las mujeres llamadas las Lucio.

—¿El agujero estuvo todos los cuatro años abierto?

—Por haberse mudado las Lucio y haber entrado otras personas no conocidas, lo cerré, y esto duró tiempo de dos meses. Después llegaron otras llamadas las Herreras, que dentro de un mes se fueron, y de quienes no me quise fiar. Fray Pedro trajo entonces otras mujeres y entonces sí entraba como a los principios. Cuando me sentí preñada, fray Pedro dijo a las mujeres que se fueran y buscó a un hombre, llamado Antonio de Arroyo, para que viviese ahí con su madre; desde entonces el padre Velázquez no entró más que dos o tres veces en el tiempo que ellos vivieron. Estando ya cercana a parir, dos meses a esta parte, por haberme dado algunos dolores, bajé a la sala de la casita disfrazada en hábito de seglar y esperé a la partera, que me vio sin haber sabido que era religiosa.

Y habiéndome dado los dolores del parto a eso de la una de la noche, el día 12 de octubre pasado, y viendo que me apretaban y no pudiéndolos sufrir, llamé a las cuatro de la mañana a Antonio Arroyo por el escotillón, y él dispuso el hacer una cama con unas tablas que le eché, porque el colchón estaba abajo. Bajé por una escalera de palo que había comprado fray Pedro, y por donde él bajaba las anteriores veces. Fueron a llamar a la partera, y habiendo venido, estuve con los dolores desde el dicho tiempo, hasta las once del día que parí una niña, ayudada y con la asistencia de la madre del dicho Arroyo y de otra mujer llamada Nicolasa, sin asistir otra ninguna persona, más que Antonio Arroyo, para las diligencias de entrar y salir que se ofrecían. Y por haber salido medio ahogada la criatura, la partera le echó el agua bautismal, poniéndole por nombre Juana Teresa. Estuve

en esa cama y sala fuera de la clausura ocho días, y pasados, subí a la celda y salí al coro y demás ministerios para disimular.

—¿Cómo dice no haberlo sabido ninguna religiosa, si desde la parte de arriba preguntaban cómo le iba durante los ocho días que estuvo en la sala?; ¿quién le daba el sustento y lo demás necesario, y quién cuidó de la criatura?

—La madre María de la Trinidad, mi compañera de celda y nana, era la que preguntaba. Con ella tuve, desde que supo el caso, muchas pesadumbres y disgustos, por ser como es una religiosa muy virtuosa; y procuró de evitar estos daños en tantas maneras, que solía salir de la celda muy enojada, diciendo que iba a dar parte a la madre abadesa para que lo remediase; yo salía tras de ella porque no fuese a la celda de la prelada y reconociese el agujero; sor María, por tenerme tanto amor, nunca lo ejecutó. Durante los ocho días que estuve en la casita, Arroyo hacía guisar a su madre mi comida y yo le daba lo que gastaba.

Fray Pedro Velázquez, ahora, ni en ningún tiempo, cuidó de cosa alguna, y sólo vino en aquellos ocho días dos veces a verme en la cama de parida; y desde entonces acá no le he visto la cara, ni le he escrito ni enviado recado. La criatura la cuida desde que nació una hermana del dicho Arroyo, quien se hizo cargo de bautizarla y buscarle padrino; a la criatura no me la han dado más de una vez para que la viese por el agujero, y comenzando a llorar se las volví, y no la he visto más.

—¿La confesante fue a un baño?; ¿en qué tiempo, quién la llevó y qué personas fueron con ella y asistieron en él?

—Pasados otros ocho días después del parto, por haberme dicho la partera que quedaba aliviada, bajé por el agujero; me llevó cargada un indio, tapada por dos colchas y en traje de seglar para no ser conocida; no sé cuál baño era ni dónde está por haber ido tapada y oculta, y por no poder ver qué calles cogieron; ahí estuve hasta la oración. Me asistieron dicho Arroyo, su madre y la partera Ana del Río, que fue quien me bañó. Me trajeron después de la oración a la casa en la misma forma que me llevaron. Habiendo llegado me subí por el agujero a mi celda, de donde no he vuelto a bajar otra vez, ni ha entrado fray Pedro.

—¿Tiene alguna prenda del religioso en su poder, o él tiene algunas que le haya dado?

—No, no tengo ni jamás he tenido cosa que le pertenezca; él sí tiene una imagen de pecho que envié a empeñar en seis pesos para darle a la partera; y aunque después di al dicho Arroyo los seis pesos para que me la trajese, no me la han vuelto hasta hoy. Ha nueve o diez meses le envié también un corte de lanilla blanca para un hábito.

—¿Qué tiempo habrá que perdió su virginidad?; ¿fue en la primera vez que entró el religioso y estuvo con ella la noche y el día siguiente?; ¿ha tenido otras comunicaciones con otras personas eclesiásticas o seculares?; ¿por el agujero, en el tiempo que ha estado abierto, algunos religiosos o monjas se hablaron con otras personas, o entraban o salían por él, así de fuera como del convento?

—La dicha noche y día me hubo la virginidad fray Pedro Velázquez. En ese momento no pensé tal, sino verlo, y me resistí bastantemente, pero llevada de la fragilidad y al verme con un hombre a solas, a quien había tenido afecto y voluntad, se la entregué. En todo el tiempo que duró el poder entrar (porque había personas en la casa de quien no se podía fiar, y tampoco el religioso venir todos los días por las ocupaciones que tenía, y pasarse ocho y quince días sin venir), me parece que serían como catorce veces que tuve acto carnal con dicho religioso, sin haberlo tenido con otra persona; por este agujero no entró nadie más a verme, ni a religiosa alguna, ni a moza, ni salió por él persona ninguna del convento, ni ha tenido noticia del agujero más que la madre María de la Trinidad y dos muchachas que le servían, la una que estaba en mi compañía aun antes de que hiciese el agujero, llamada María de la Vírgenes (mestiza que murió habiendo salido a vejarse habrá tiempo de siete meses) y la otra llamada Francisca, mestiza que entró por orden de Arroyo y que estuvo en mi compañía hasta el día 7 de este mes en que, con licencia de Su Señoría Ilustrísima, salió y se la llevó su madre por estar enferma. En mis malos pasos he guardado todo secreto para que no lo supiese ninguna de las religiosas del convento, por ser todas ellas muy siervas de Dios y ajustadas a su regla, y de quienes no he tenido mal concepto o malos procedimientos, porque sólo yo soy la culpada. Pido a Su Merced, el señor provisor, se sirva de mirar esta causa con piedad y misericordia con esta pobre pecadora arrepentida, dándole la pena que fuese servido.

Habiendo concluido las preguntas al caso tocantes, la confesante afirmó y ratificó el juramento hecho, y lo firmó juntamente con el señor provisor Ldo. Antonio de Aunsibay Anaya. Antonia de San Joseph. A 9 de diciembre de 1693 años.

Diligencia.

En la Ciudad de México a 9 días del mes de diciembre de 1693 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya, estando en el convento de Jesús María de esta ciudad, requirió a la madre abadesa le muestre una parte del convento donde pueda estar retirada, y sin comunicación de las religiosas, Antonia de San Joseph. Con asistencia de don Juan Esteban Baio, mayordomo del convento, anduvieron reconociendo algunas partes, y se halló por más conveniente y retira-

da una pieza en que pudiese estar sin que la viesen y reconociesen las religiosas; y mandó que en ella esté retirada, presa y encarcelada, teniendo la llave la madre abadesa, no permitiendo con ninguna ocasión la traten ni comuniquen, si no fuese la religiosa que ha de señalar la madre abadesa, de su satisfacción, para que le guarde y tenga cuidado de su persona, poniendo precepto a las demás para que no vayan a verla ni comunicarla, porque así conviene por ahora y hasta que otra cosa se provea.

4. CONFESIÓN SEGUNDA

En la Ciudad de México a 14 días del mes de diciembre de 1693 años. Estando el Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya en el convento de San Agustín, el padre prior fray Fermín de Almendáriz se sirvió poner en su presencia al padre fray Pedro Velázquez, religioso de dicha sagrada religión. Y habiendo ido a una celda que le sirve de cárcel y en su presencia y en la de los reverendos padres maestros fray Juan de Rueda, definidor actual, y fray Nicolás de Fuenlabrada, notario del convento, el padre prior dijo que conforme a sus constituciones le toca el proceder en esta causa contra el religioso. Y requerido el señor provisor una, dos y tres veces, se abstenga en el conocimiento de dicha causa por pertenecerles, y que se le deben por testimonio dichos requerimientos.

Y en relación que pueda servir de cabeza en lo fulminado contra el religioso, se lo mandé según como lo pedía, y que obrase lo que hubiese lugar en derecho. Y habiendo requerido el señor provisor a dichos reverendos padres que dejasen proceder a la diligencia a que venía y se salieran, volvieron a requerir con la protesta hecha. Y habiéndose salido, se procedió a recibir la confesión en la manera siguiente, para lo cual se requirió juramento. Y habiéndolo hecho in verbo sacerdotis, *puesta la mano en el pecho, en forma de derecho, so cargo de él, prometió decir verdad y se le hicieron las siguientes preguntas:*

—¿De dónde es natural?; ¿quiénes son sus padres?; ¿cómo se llama?; ¿dónde fue bautizado?; ¿qué tiempo ha que es religioso?: ¿dónde tomó el hábito y qué edad tiene?

Dijo que es natural de la ciudad de Xochimilco, huérfano, sin haber conocido padre ni madre, y que lo bautizaron en la santa iglesia Catedral de esta ciudad; que se llama fray Pedro Velázquez, y tomó el hábito en este convento donde pro-

fesó, y ha once años que es religioso, y es de edad de 28 años poco más o menos. **Y esto responde.**

Preguntado si ha vivido en este convento todo el tiempo de dichos once años, y en qué se ha ocupado, y qué tiempo ha que se ordenó de orden sacro. Dijo que los seis años primeros después de haber profesado, vivió en el colegio de San Pablo, donde estudió Artes y Teología, y el demás tiempo en este convento donde ha sido maestro de estudiantes; y ha cuatro años que se ordenó de sacerdote. Y **esto responde.**

Preguntado si ha tenido alguna devoción o comunicación con alguna religiosa de las de los conventos de esta ciudad, qué tipo y con cuántas y qué conventos, y que diga y declare sus nombres. Dijo que sólo en el convento de Jesús María y no en otro, habrá tiempo de nueve años empezó a tener devoción con una religiosa llamada Antonia de San Joseph, por otro nombre la Toluca, *de quien poco antes que entrase a tomar el hábito fue su devoto; y la comenzó a conocer en San Agustín de las Cuevas, siendo este confesante corista; y se fue a pasear con licencia a dichas huertas. Y habiendo pasado todo el tiempo del noviciado, a pocos meses después, yendo este confesante a ver la fiesta que se celebra el jueves infraoctava de* Corpus *en dicho convento de Jesús María, la vio en la azotea, la saludó, e hizo pasase al torno, donde hablaron y se citaron para continuar en la devoción, que con efecto continuó, menos algunas ocasiones que dejaron de verse por dos, tres y cuatro meses y aun por un año. Y esto responde.*

Preguntado si, sin embargo de las interrupciones, en el tiempo que estaban corrientes en su devoción se escribían papeles de amores; y si se regalaban con dulces, chocolate y otros géneros; y si cuando iba a rejas era con algún escándalo o nota de las religiosas de dicho convento; y si la vio en otras partes. Dijo que a menudo se escribían papeles que llevaba un indiecillo que tenía este confesante, y dicha religiosa le remitía con él, en algunas ocasiones y tiempo, de comer y cenas, chocolates y algunos regalillos, algunas camisas, calzones blancos y otras alhajas de curiosidades, de cajas de polvos de plata y un anillo, y para un hábito y otras cosillas que no se acuerda. Y aunque fue diversas veces a rejas a verse con dicha religiosa, y al coro bajo, y una o dos a la puerta, no fue con escándalo; y se acuerda de haberla visto al pasar por la calle en una ventana de la celda en que vivía dicha religiosa.

Preguntado quién vivía en una casilla que está debajo de la dicha celda y con qué orden asistían en ella. Dijo que en dicha casilla, habrá tiempo de cuatro años, que estando vacía, entró en ella y habló con dicha religiosa por un caño que cae a ella y sale de dicha celda, como unas cuatro o cinco veces. Y después este confesante llevó a vivir a dicha casilla a una mujer vieja y muy pobre, con ánimo de

valerse de ella, dándole casa de balde. Y después se hablaban dicha religiosa y este confesante por un agujero, que él por la parte de la casita lo empezó a hacer, y la religiosa por la parte de la celda lo acabó; por donde tan solamente cabía un brazo; y en el tener abierto este agujero pasó tiempo de un año. Y después que se mudó dicha vieja, llamada Margarita, llevó este confesante a que viviese en la casita otra mujer vieja llamada Juana, que vivió en compañía de un viejo, cuyo nombre no sabe; y vivieron en la casilla seis u ocho meses, que fue el tiempo que este confesante estuvo enojado con dicha religiosa. Después llegaron unas mujeres llamadas Juana y Antonia Lucio, de quienes dicho confesante hizo confianza para que en su tiempo dicha religiosa hiciese el agujero de la parte de las vigas de arriba, donde cae la celda y habitación suya, hacia un rincón de ella, el cual ocultaba y tapaba con una caja; habiendo avisado a este confesante dicha religiosa cómo estaba hecho el escotillón, habrá tiempo de dos años y medio poco más o menos.

A lo que se puede acordar, fue a la casilla como a las oraciones, y llamó a dicha religiosa dando un golpe en las vigas; y poniendo una escalera hacia el escotillón subió por ella a la celda y se quedó aquella noche y al día siguiente en ella hasta las mismas horas que entró. Y en este intermedio la gozó tres o cuatro veces poco más o menos, violándole su virginidad. Y duró esto como año y medio que vivieron las mujeres Lucio ahí, continuando en dicha culpa y quebrantando este confesante la clausura, subiendo por el escotillón a dormir con dicha religiosa. Y después de las Lucio, llevó este confesante a vivir en la casa a un Antonio de Arroyo, morisco, para que viviese en ella, haciendo confianza de él para efecto de poder subir a ver a la religiosa como antes. Y lo hizo, según se quiere acordar, en dos ocasiones. Y por haber caído malo y estarse curando dos meses en la enfermería de este convento, y otros dos meses que mudó de temples, faltó este confesante de ir a verse con la religiosa hasta que sanó. Y fue una vez más a verla y le habló por el agujero sin subir a la celda. Y esto responde.

Preguntado por orden de quién se llevó a crismar la criatura a la iglesia, quiénes fueron compadres de brazos y agua y quiénes asistieron a todo. Dijo este confesante que convidó para que echase el agua a dicha criatura al padre maestro fray Antonio Morán, declarándole ser su hija, mas no que lo fuese de dicha religiosa, sino que la había habido en otra mujer suelta; y que al compadre de brazos convidó el dicho Antonio de Arroyo, sin que este confesante sepa quién es, ni su nombre, ni menos lo ha visto, ni sabe qué otras personas asistieron a dicho bautismo.

Preguntado si las veces que subió a la celda, como lo tiene confesado, le vieron otras religiosas, criadas, niñas o mozas; diga quiénes y cómo se llaman. Dijo que

tan solamente los vio una muchacha criada de dicha religiosa llamada María, mestiza, que era quien servía, calentaba agua, hacía chocolate y disponía la comida y cena, sin que nadie más los hubiese visto, sentido, ni servido; sino tan solamente la madre María de la Trinidad, dueña de dicha celda y nana de Antonia de San Joseph, que ha sabido y sabe esta dependencia desde sus principios, y todo lo referido y confesado, y que no solamente no estorbó, como debió este delito, sino que lo coadyuvó, ocultó y tapó de todas las monjas; de modo que cuando este confesante estaba con la religiosa en la celda, les hacía guardas y espalda, saliendo al encuentro a las que tal vez venían a buscar a la religiosa, diciendo que estaba enferma o negándola. Y esto responde.

Preguntado si, como frágil y engañado del Demonio para cometer semejante culpa, dijo misa y celebró, cometiendo sacrilegio y haciéndolo cometer a dicha religiosa, confesando y comulgado sin haberse quitado y apartado de tal culpa; y por qué causa no hizo tapar el agujero luego que salió la religiosa del parto; o llevaba en esto el fin de perseverar en su culpa sin que procurase su enmienda. Dijo que no ha dicho misa sino en tiempo y días que estuvo enojado con la religiosa, y con propósito firme de no volver con ella; y que en cuanto a las comuniones y confesiones de la religiosa no intervino ni sabe nada; y que después que parió, instó y procuró con todo ahínco con Antonio de Arroyo para que cerrase el agujero; y no lo pudo conseguir, y no fue culpa suya, porque, por lo que a este confesante toca, se había apartado de ella con propósito de enmendar su vida y no verla jamás. Y Antonio de Arroyo había dicho a este confesante cómo la religiosa se había confesado generalmente y estaba en el mismo ánimo que él. Y esto responde.

Fuéronle hechas otras preguntas y repreguntas al caso tocantes y a todas dijo que dice lo que dicho lleva, por ser como es la verdad, so cargo del juramento hecho, en que se afirmó y ratificó. Y lo firmó juntamente con dicho señor provisor Ldo. Antonio de Aunsibay A. Fray Pedro Velázquez.

Diligencia.

En la Ciudad de México a 14 días del mes de diciembre de 1693 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya dijo, estando para recibir la confesión del dicho fray Pedro Velázquez, que era necesario que al susodicho se le señalase persona que lo defendiese en esta causa; y el reverendo padre maestro fray Fermín de Almendáriz respondió que el padre maestro fray Juan de Rueda asistiría a lo referido, y estando presente lo aceptó; y acabado de recibir la confesión se le encargó por preso al padre fray Joseph de Paternina.

Auto.

En la Ciudad de México a 12 días del mes de diciembre de 1693 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya, habiendo visto los testimonios antedichos y la culpa que resulta contra sor María de la Trinidad, por encubridora de dicho delito, y no haberlo procurado remediar dando cuenta a las preladas; dijo que mandaba y mandó que el bachiller Juan Esteban Baio, mayordomo del convento, con consulta de la madre abadesa, disponga que se haga una parte en que se encierre a María de la Trinidad, para que esté retirada de la comunicación de las demás religiosas, encargándole a una que cuide de ella en el encerramiento en que la pusieren.

Diligencia.

En conformidad al auto que se le notificó, la abadesa ha dispuesto una celda, cerrándole una ventana con ladrillo, cal y arena, dejándole un resquicio por donde pueda entrar un poco de luz, y le puso a la madre Isabel de San Joseph por carcelaria para que cuide de ella.

Confesión:

En la Ciudad de México a 20 días del mes de diciembre de 1693 años. Estando en el convento de Jesús María el Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya y en una celda que tenía la puerta tapiada y se entraba por otra celda, halló que estaba en cama una mujer que dijo llamarse María de la Trinidad y ser religiosa profesa de dicho convento; de la cual, para efecto de recibirle declaración y confesión se recibió juramento, y habiéndolo hecho por Dios y por la cruz en forma de derecho, se le hicieron por el provisor y vicario general de este arzobispado las preguntas siguientes:

Preguntada qué tiempo ha que es religiosa y qué edad tiene. Dijo que ha más de veinte años que profesó en dicho convento y que será de edad de cuarenta años poco más o menos.

Preguntada si conoce a Antonia de San Joseph y si han vivido juntas. Dijo que la conoce desde que entró a ser religiosa y han vivido juntas por haber entrado con el título de madre, como llaman en la religión. Y después se labró una celda para ella, arrimada a la de esta declarante y sobre la azotea de una casilla que le tocaba y pertenecía.

Preguntada cómo permitió que se hiciera en dicha celda un agujero por donde tenía comunicación Antonia de San Joseph con un religioso de San Agustín llamado fray Pedro Velázquez. Dijo que teniendo devoción dichos religioso y religiosa, y que no les permitía la prelada parlasen por el torno, por ser con mucho escándalo de las monjas, trató Antonia de San Joseph de hacer un agujero en la celda de esta declarante por donde se hablaban. Y después hizo el agujero grande por donde sucedió el entrar y salir sin que esta declarante lo pudiese remediar, sino dando parte a la prelada. Y por el mucho amor que tenía a sor Antonia no lo hizo.

Preguntada si por el agujero entraban y salían otras personas, o qué personas tenían noticia de él. Dijo que no entraban otros que no fueran los susodichos, ni lo supieron más que dos muchachas que asistían a Antonia de San Joseph; la una se murió y la otra, que entró por orden de Antonio de Sierralta que vivía en la casita, salió del convento con licencia de Su Ilustrísima el día 7 de este mes. Y que otra persona ninguna del convento tuvo noticia del caso, porque se recataban las dos; y que cuando estaba fuera Antonia de San Joseph en su trabajo de parto, esta declarante despedía a las personas que la iban a buscar a la celda, diciéndoles que estaba achacosa y durmiendo por haber pasado mala noche, con lo cual se volvían sin tener ninguna malicia. Y esto responde.

Fuéronle hechas otras preguntas y repreguntas al caso tocantes, y a todas dijo que dice lo que dicho lleva, por ser como es la verdad, so cargo del juramento hecho, en que se afirmó y ratificó. Y lo firmó juntamente con dicho señor provisor Ldo. Antonio de Aunsibay Anaya. Sor María de la Trinidad.

6. EL JUICIO

Determinación.

En la Ciudad de México a 29 días del mes de diciembre de 1693 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya dijo que para que se sentencie y determine conforme a derecho, daba la voz al promotor fiscal de este arzobispado, para que ponga la acusación a los susodichos y a los demás que han cooperado en dicho delito, pidiendo lo que convenga contra todos ellos. Así lo proveyó y mandó y firmó.

Respuesta del promotor fiscal.

El promotor fiscal de este arzobispado en los autos y causa criminal que de oficio se ha fulminado contra Antonia de San Joseph y contra fray Pedro Velázquez. Dice que de la sumaria información se ajusta y convence haber cometido muchas y repetidas veces fracción de clausura, estupro, sacrilegio, incesto y adulterio, por ser dicha religiosa verdadera esposa de Cristo Señor Nuestro, y consagrada a Su Divina Majestad por el voto y profesión solemne que celebró. Y porque se hallan confesos por sus declaraciones y confesiones, el promotor fiscal les acusa criminalmente, para que se sirva Vuestra Merced en condenarles en las mayores y más graves penas que conforme a Derecho Canónico, Santo Concilio y Bulas Apostólicas, corresponde a tan grande escándalo y delito, para que les sirva de castigo y de enmienda, y a otros de ejemplo.

Lo otro porque se convence la obstinación y ánimo de los susodichos de querer continuar dicha amistad y culpa, en que aun pasados dos meses después de haber parido la religiosa, no cerraron el escotillón, ni pusieron diligencia ni medio alguno para ello; de que se ajusta no haberse apartado ni arrepentido, que si lo hubiesen hecho, hubieran hallado consejo y modo para su remedio.

Ni obstan los requerimientos hechos a Vuestra Merced por el padre maestro fray Juan Fermín de Almendáriz, prior del convento de Nuestro Padre San Agustín, con uno de sus definidores y su notario, para el conocimiento de causa contra dicho religioso por sus constituciones, bulas y privilegios de exención, que no tienen contra lo dispuesto por el Santo Concilio Tridentino en el capítulo quinto de la sección 25 y Bulas Apostólicas, que dan en este caso contra los exentos las facultades a los señores obispos y arzobispos como delegados de la Santa Sede.

Asimismo acusa el promotor fiscal criminalmente a María de la Trinidad, religiosa de dicho convento, porque fuera de estar convicta, está confesa en su declaración de haber sido sabedora del referido crimen, ocultándolo y estorbando su remedio, porque se ha de servir Vuestra Merced en condenarle en las penas en que ha ocurrido, y en las que corresponden a la perpetrante, por haber sido su encubridora y haber consentido tanto tiempo una ofensa tan grave contra Dios Nuestro Señor, contra el crédito del convento y de sus religiosas y contra el buen ejemplo de la república, y que aun los mismos reos dicen haberlo podido remediar, y que no sólo no lo hizo, sino que lo ocultó. Pudo después hacer cerrar el escotillón, ya que no se hacía por dichos reos y que era suya la casa, y era como superior que la habían de obedecer si lo hubiera mandado, de que se convence no había disgustado ni disgustaba de dicha comunicación, pues no hacía quitar, pudiendo, el medio de su continuación.

Otrosí acusa el promotor fiscal criminalmente a Antonio de Sierralta y Arroyo, a Antonio Marcos, a Nicolasa de la Encarnación y a Francisca Xaviera oponiéndoles lo que en los autos resulta en su contra; de que se ajusta haber cooperado en la comisión de los referidos delitos, poniendo auxilio y favor a ellos, sacando a dicha religiosa a un baño donde dicen y confiesan haber estado, encubriendo, ocultando y consintiendo tan grave culpa, sin haber dado noticia para el remedio; siendo así que no excusaban el decirlo, donde sólo podía ser de escándalo y mal ejemplo, y no de remedio, que era en casa de dicho Bernardo de Arrieta, donde lo oyó el primer testigo de la sumaria, y es verosímil que harían lo mismo en otras partes pues no lo excusaban en ésta. Porque se ha de servir Vuestra Merced de castigarlos severa y gravemente para que se enmienden y sirva de ejemplo.

Vuestra Merced, habiendo propuesto esta acusación a dichos religioso, religiosa y demás personas que resultan culpadas y se han expresado, mandará hacer y determinar en todo como pide el promotor en justicia. México, febrero 27 de 1694 años. Ldo. Don Andrés Moreno Bala, promotor fiscal.

Los abogados defensores

Auto.

En la Ciudad de México al primer día del mes de marzo de 1694 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya nombró por defensor de las religiosas al Ldo. Don Luis de Aguilar, clérigo presbítero y abogado de la Real Audiencia.

Auto.

En la Ciudad de México a 13 días del mes de marzo de 1694 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya nombró al Ldo. Don Juan de Valdés, abogado de esta Real Audiencia, por defensor de Antonio de Sierralta y de Nicolasa de la Encarnación, para que usando de la caridad que acostumbra con los pobres, defienda a dichos reos.

Asimismo ordena que, en atención de ser menores de edad Antonio Marcos y Francisca Xaviera, se les nombra por su curador al Ldo. Francisco Ruiz, procurador de esta Audiencia arzobispal.

Declaración.

En la Ciudad de México a 13 días del mes de marzo de 1694 años. El Sr. Ldo. Francisco Ruiz, curador de los reos Antonio Marcos y Francisca Xaviera,

dice que habiendo recibido la confesión de sus menores y no pasando más de lo que tienen declarado, y ser unos pobres muchachos de muy poca capacidad y estar padeciendo, pide y suplica a Vuestra Merced se sirva tener misericordia con dichos menores, soltándolos libremente y que se les señale abogado que los defienda.

Pero los defensores no tuvieron mucho trabajo. ¡Había tan poco qué defender!

7. LAS SENTENCIAS

Diligencia.

En la Ciudad de México a 3 días del mes de marzo de 1694 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya y el defensor Ldo. Don Luis de Aguilar fueron al convento de Jesús María a una celda que está arriba del noviciado en donde se hallaba Antonia de San Joseph; y habiéndole presentado al abogado de su causa, respondió que tenía confesado su delito y pedido misericordia, que no tenía defensas que hacer y esto con muchas lágrimas y sollozos. Sin embargo el señor provisor le propuso que era necesaria esta diligencia para que siempre constase en los autos y que así le comunicara a su defensor si tenía alguna defensa, y se salió fuera y los dejó. Y en el interim le estuvo encomendando a la madre Teresa de San Pedro que le sirve de carcelera, tuviese mucho cuidado con ella para que no la viesen, ni hablase ninguna persona del dicho convento. La cual respondió que la ha tenido en tal manera que religiosa ni moza la han visto después que se le encargó por presa, porque desde la puerta de la celda de afuera recibe la comida y ella en persona se la mete para que la coma, y le asiste a lo demás que necesita.

Auto.

En la Ciudad de México a 8 días del mes de marzo de 1694 años. El Sr. Ldo. Don Antonio de Aunsibay Anaya mandó notificar a los testigos de la sumaria como está mandado por el auto del 27 de febrero de este año, y lo que toca a los que cooperaron en dicho delito que se hallan presos, Antonio de Sierralta y Arroyo y Antonio Marcos en la cárcel arzobispal, Nicolasa de la Encarnación en el recogimiento de Santa María Magdalena y Francisca Xaviera en el de San Miguel de Belem.

Informe Final dirigido a don Francisco de Aguiar y Seijas, arzobispo de México.

Ilustrísimo Señor: los autos criminales que se han fulminado contra fray Pedro Velázquez por los enormes delitos que perpetró con Antonia de San Joseph, en la comunicación ilícita y con mixtión carnal que tuvieron, en que también resultaron culpados por el lenocinio María de la Trinidad, religiosa, Nicolasa de la Encarnación, Francisca Xaviera, Antonio Marcos y Antonio de Sierralta, mulatos. Y seguídose la causa se halla conclusa y en estado de sentencia, menos contra dicho religioso por haber ordenado Vuestra Señoría Ilustrísima el que se sobreseyere por entonces, a causa de que, con su santo discreto celo y prudencia, reconoció y ocurrió a los escándalos, disturbios y controversias que empezaban a ocasionarse por parte de los religiosos, que intentaron declinatoria con los fútiles argumentos que un papel sin firma proponían.

Y que para proceder a la sentencia y aplicar las penas que por derecho corresponden a estos delitos, Barbosa y otros autores dicen haber de ser consultando primero a Su Santidad y por el Regio Patronato a Su Majestad.

Y así convendrá remitir estos autos en el estado que tienen a su Majestad y a su Real y Supremo Consejo de Indias, en virtud de la Real Cédula, su fecha en Madrid a 26 de diciembre de 1680, que da la forma debida a observar, cuando hubiere alguna duda que consultar a Su Santidad, para que Su Majestad lo haga por medio de su embajador residente en Roma. Y que dada dicha cuenta a Su Majestad y a Su Santidad en la forma referida, haya resolución sobre todo esto, como en las que adelante se ofrezcan de esta calidad, puesto que dichas religiosas y reos se hallan asegurados en la carcelería y penitencias que han tenido desde los principios de esta causa, como consta en los autos. En la Ciudad de México a 4 días del mes de mayo de 1694 años. Don Antonio de Aunsibay Anaya.

El provisor cerró el voluminoso legajo que contenía el juicio, un juicio con sentencia suspendida hasta que llegara de Madrid la determinación, y con letra nerviosa escribió sobre la portada:

Autos y papeles sobre un caso criminal de oficio de la justicia eclesiástica.

IX. EL LIBRO DE LOS DESTINOS

Convento de San Agustín de México, entre el 12 y el 15 de diciembre de 1693.

—*¿Sabe Vuestra Paternidad de qué se le acusa?* —preguntó el prior del convento de México fray Juan Fermín de Armendáriz a fray Pedro Velázquez, que estaba de pie ante el tribunal.

—*Sí, me lo ha comunicado el señor provisor del arzobispado* —fue la respuesta sin matices que denotaran pesadumbre.

—*Debajo de santa obediencia y de excomunión mayor* una pro trina, *diga la verdad en lo que le fuere preguntado y, habiendo hecho juramento* in verbo sacerdotis, *puesta la mano en el pecho, jure decirla clara y sencillamente.*

El religioso hizo el juramento que se le pedía. En esos momentos sintió que su mente tenía una lucidez tan grande como la luz de la mañana. Sabía con exactitud lo que debía decir y cómo decirlo. Tenía también plena conciencia de lo que quería obtener.

—*¿Qué tiempo hace que cometió este delito?*—inquirió el padre Armendáriz en su calidad de juez de la causa.

—*Ha dos años y medio, viviendo unas mujeres en la tal casa llamadas las Luisas de quienes me valí para dicho efecto; y habiéndose éstas mudado, a los cuatro o cinco meses, dejé esta comunicación hasta ha once meses, que me valí de un mozo llamado Antonio de Arroyo, morisco que se mudó a la casa para poder proseguir en la tal comunicación y continuar con dicho delito. Éste, tocante al exceso y cohabitación, lo cometí en el tiempo que vivió en la casa este sujeto dos veces.*

Pedro dijo esto último a sabiendas de que estaba mintiendo y que cometía perjurio. A estas alturas poco le importaba ya un pecado de más o de menos. Por otra parte, dudaba mucho que Dios se ocupara de las miserables debilidades humanas. Esa obscura sensación de que estaba solo en el universo comenzó a perturbar la fría paz de su lucidez.

—*Para cometer dicho delito* —continuó el interrogador— *¿entraba el padre lector dentro del convento por el socavón o la religiosa salía por él a la casa?*

—*Siempre entré al convento* —contestó fray Pedro— *y ninguna vez salió de él la religiosa.*

—*¿Para ejecutarlo, salió de noche sin licencia del convento?*

—Siempre que fui a esa casa lo hice con licencia, porque en las ocasiones que fui de noche pedí permiso con otros motivos para estar fuera del convento.

El recuerdo de una de esas noches llegó a su mente como una ráfaga de viento. La última que pasó con Antonia, dos meses y medio después de saber que estaba embarazada. Aquella en la que sus cuerpos apenas se tocaron y sus almas se dijeron adiós. En esa noche ella le propuso que se fugaran juntos; pero la comodidad, el futuro asegurado con la promesa de lograr ascensos dentro de la provincia y, en fin, el no amarla lo suficiente, le impidieron aceptar la oferta. De haber escuchado a Antonia esa noche no estaría ahora en esta situación desesperada.

—Habiendo cometido dicho delito, y estando incurso en él, ¿celebró o administró algún sacramento? —la voz de fray Fermín lo sacó de sus recuerdos y lo obligó de nuevo a mentir:

—En la primera ocasión, por cuatro o cinco meses, no celebré; pero después solicité la absolución por la Bula y en virtud de los privilegios de nuestra sagrada religión en los días de general absolución; entonces celebré. Y en este último tiempo que me duró esta comunicación que sería como un mes, después de absuelto por dicha Bula y dichos privilegios, administré algunas veces el santo sacramento de la penitencia, pero fueron muy pocas veces.

Mientras el secretario del tribunal leía la declaración y el padre Velázquez, lector en Teología, manifestaba debajo del juramento que tenía hecho que esa era toda la verdad, Pedro, el hombre, hacía un recuento de lo que había sido su vida. Desde que se enteró de su bastardía tuvo la conciencia de que su camino estaría sembrado de dificultades. Ser religioso fue la única salida para conseguir privilegios y ascensos, los que nunca hubiera podido obtener por otras vías, vedadas a causa de su ilegitimidad. Acomodándose a las circunstancias y aceptando los favores que su tío le prodigaba, Pedro, convertido en un cínico, había jugado con las cartas que tenía. Qué distinta era la vida de su primo don Diego Velázquez de la Cadena, a quien don Pedro, a falta de descendencia legítima directa, designó heredero de su fortuna y representante del linaje. Se preparaba para él una boda conveniente y con el tiempo obtendría un título de nobleza. Pedro también hubiera podido tener una familia y un lugar en la sociedad, pero su situación de bastardo lo llevó a elegir una vocación para la que no tenía madera. ¿Y quién era ahora? Padre de una pequeña bastarda y ex-amante de una monja juzgada como delincuente por el tribunal episcopal. El recuerdo de Antonia llegó doloroso como un puñetazo. Tenía que reconocer en ella a la única mujer que ha-

bía amado en verdad; un pensamiento perturbador comenzó a bullir en su interior: todo era inútil. ¿De qué servía al hombre pretender llevar las riendas de su vida? Al final el destino se imponía de forma implacable. Todo era inútil.

Fray Fermín de Armendáriz nombró, al final de esa primera sesión del juicio, a fray Antonio de la Cerda Morán como defensor del acusado y a **fray Nicolás de León como fiscal.**

Ese mismo día 12 de diciembre, por la tarde, fueron llamados a testificar tres religiosos. Se les preguntó si sabían por qué fue detenido el padre Velázquez. La razón del interrogatorio, descubrir si el delito era ya conocido por la comunidad. Para ello se seleccionaron individuos de los diversos medios del convento. El lego fray Tomás Ramírez, de 37 años, que representaba el área del servicio y de las cocinas, dijo que por andar con mujer casada; fray Nicolás González, subprior y religioso del ala reformadora, declaró que se había enterado del caso de la monja por secreto del prior; el tercero, fray Joseph de Paternina, religioso corista de 22 años que representaba al sector de los estudiantes, dijo que lo sabía todo pues se le encargó la celda donde el acusado fue encerrado para que cuidase que nadie lo viera.

El padre Paternina declaró que el mismo padre lector le dio a conocer a la religiosa yendo a algunas funciones al convento de Jesús María, pero que no supo que pasase de aquella devoción, y de hablarse sólo por torno, de rejas. Dijo también que creía que la tal devoción ya había pasado y que el dicho padre lector se había ya retirado. Las declaraciones del corista Paternina armaron gran revuelo en el convento y propiciaron nuevas acusaciones contra fray Pedro durante el juicio: el reo había comunicado a un "juez incompetente" su gran falta.

Al día siguiente, el 13 de diciembre, fray Antonio de la Cerda Morán llegó a visitar a fray Pedro a la celda donde estaba prisionero. Después de las cortesías de rigor, le extendió el pliego con su defensa. Pedro lo abrió y leyó:

"Habiendo visto y reconocido los autos y la causa fulminada al padre lector fray Pedro Velázquez, y atendiendo a los cargos que hace el padre fray Nicolás de León, fiscal.

"A lo primero, que es haberle referido el caso a juez incompetente, digo que no es tan grave como se pondera, porque en tales casos hablan la culpa y el deseo de buscar alivio y remedio al pesar; el que salgan a las puertas de la boca esos humanos sentimientos, no significa ni confesión, ni reconocimiento de autoridad alguna en el confidente.

"A lo segundo, del escándalo que se ha seguido por la notoriedad del delito, digo que no puede agravarle la causa, porque no fue la publicidad ocasionada de

su insolencia, sino de la inquisición ruidosa del señor provisor con que movió la materia, haciendo estruendos, prendiendo cómplices, examinando testigos, consultando teólogos, tomando pareceres, yendo y viniendo de Jesús María acá sin reparar en horas ni en tiempos, sin perdonar circunstancia que pudiese conducir a hacer notorio el delito, con todo extremo, que si es lícito argüir del hecho a la intención, pudiéramos decir que era la notoriedad el solo intento y fin de causar esta deshonra; por lo cual no puede ceder en perjurio, pues en esto sólo he sido paciente, recibiendo toda la injuria y cargando, por añadidura de mi culpa, mi afrenta, ya se ve que como parte del castigo, pues en tales casos no es el menos grave la infamia que causó el ruido del acusador.

"A lo tercero, digo que nunca celebré descomulgado y así no pude incurrir en irregularidad alguna, porque para habilitarme a la administración de los divinos oficios, me dispuse siempre por confesión sacramental.

"A lo cuarto, respondo que de mi parte ya no había perseverancia en la ilícita devoción, porque el delito estaba acabado hacía mucho tiempo, como consta de la misma declaración que ella hizo. Y así, el no haber cerrado el agujero, no fue deseo de proseguir en lo comenzado, sino prevención necesaria para salir con bien del accidente, porque antes le conservé abierto para remediar el parto, y después para curarle algunos accidentes que sobrevinieron.

"Por lo que a la pena toca digo que la cárcel perpetua no es pena que le corresponda a ese delito. Este crimen, aunque es grave dentro del género, no es el mayor, porque hay otros que le exceden, ni las circunstancias fueron las más agravantes, pues aunque no tuviera más que lo muy oculto, bastara esto para hacerlo digno de compasión. A más de que la cárcel perpetua no sólo es pena que se da al reo, sino a la religión, por el gran costo que trae. Por lo cual, la Santa Sede apostólica ha ordenado por nuevas bulas y decretos que se les quite el hábito a los incorregibles, con lo cual parece que reprueba este género de suplicio a los regulares.

"La sangre de Cristo, que fue precio para redimir las almas, será medio para que alcancen piedad en el tribunal de Dios, por la piedad y clemencia que usaren con los súbditos que fueren reos. La misericordia puede más que el rigor y la benevolencia más que la austeridad, exalta la justicia, honra al juez y enmienda al reo. Por lo cual suplico a Vuestra Paternidad se aplique a lo piadoso, más que a lo justiciero, imitando en esto a Dios, en quien la misericordia es mayor que todas sus obras".

Fray Pedro terminó de leer el pliego de su defensa, que pretendía adelantarse a lo que sería el alegato del fiscal. Fray Antonio llamó en esos momentos a fray Joseph de Paternina, que se encontraba de guardia a la puerta de la celda. Le preguntó si recordaba el testimonio que debía dar.

—Sí —dijo el joven fraile—, que cuando el provisor llegó a prender a los vecinos y a cerrar el agujero, ya los muchachos lo estaban gritando así por todas las calles.

Mientras fray Antonio preparaba al testigo, Pedro pensaba en el placer, ese bien a cuya búsqueda consagró toda su existencia ¡Que efímero! Como todo lo humano, estaba destinado a perecer. Una sensación desagradable comenzó a apoderarse de él. Era algo nunca experimentado hasta entonces, pues no tenía la conciencia de que a él también le sucedería. En ese momento sintió en la piel la caricia de la muerte.

El padre Paternina terminó de ser adiestrado en su papel de testigo de la defensa y salió de la celda, obediente a una señal de fray Antonio para que los dejara solos.

—Voy a ser sincero —comenzó diciendo el padre Morán—. Como veo las cosas, tu causa está perdida.

Pedro lo miró con ojos interrogantes.

—¿Te das cuenta —siguió diciendo— que en este juicio a quien se está enjuiciando es a tu tío fray Diego y que tú no eres más que un chivo expiatorio? Fray Antonio Gutiérrez y el grupo de los reformadores ven en ti la posibilidad de dar un castigo ejemplar a los excesos que achacan a la que llaman la tiranía de tu padrino. Va a ser muy difícil que te dejen libre sin dar un castigo verdaderamente ejemplar; una demostración de que la reforma ha llegado.

Pedro bajó la mirada obligado por los obscuros nubarrones que cruzaban por su cielo.

—Para colmo —continuó el fraile defensor—, el asunto se complica todavía más con el pleito que nuestra provincia ha entablado con el señor arzobispo por tu causa. Don Francisco de Aguiar y Seijas considera que al haber sido cometido el crimen contra una religiosa, tu caso es jurisdicción de la justicia del ordinario y es su tribunal el que te debe juzgar. La provincia alega que, al ser un miembro de su corporación el implicado, es su deber juzgarte. Ya se ha enviado a Su Majestad el caso para que el Consejo de Indias determine jurisdicciones, pero mientras tanto fray Antonio Gutiérrez debe demostrar que el castigo del tribunal de la provincia será tanto o más riguroso que el del mismo arzobispo. ¿Entiendes ahora por qué veo la causa perdida?

Fray Pedro pidió a fray Antonio que consultara con su tío para ver qué se podía hacer. El amigo se despidió y dejó al reo con la soledad de sus pen-

samientos. El religioso sabía que el recurso a fray Diego era totalmente inútil; el prior de México, fray Juan Fermín, siempre en abierta oposición a fray Diego, usaría de todos los recursos a su alcance para evitar que el destituido tirano siguiera haciendo de las suyas. Los amigos del padre Cadena nada podrían hacer tampoco; todos escabullirían el bulto para no aparecer relacionados con su antiguo protector, que estaba ahora en desgracia política.

Esa noche fray Pedro no pudo dormir pensando en el destino que le esperaba. ¿Terminaría su vida entre cuatro paredes? La visión de sus años juveniles vino a recrudecer sus angustias. Por su mente pasaron los recuerdos de las tardes transcurridas masticando cañas de maíz tierno, pateando los charcos llenos de sol y pescando ajolotes en el lago hasta que aparecían las primeras estrellas. Llegaron a visitarlo la libertad de los espacios abiertos, los innumerables tonos pintados en la inmensidad del lago, la transparencia del aire extendiéndose hasta los volcanes, la neblina soleada del amanecer... Nada de eso volvería a ver... Había sólo una esperanza, que el tribunal considerara como la pena máxima aplicable a su caso la expulsión de la orden. Se le quitaría el hábito y con él se irían la seguridad y la comodidad... pero sería libre.

Al día siguiente, 15 de diciembre, se realizó el juicio sumario. El fiscal, fray Nicolás de León, comenzó su alegato con dos pasajes evangélicos: Mateo 25 y Lucas 19. Habló primero de la traición de Judas, quien se condenó a sí mismo desde el momento que la cometió. Pedro se acordó de la quema de "los judas", esos muñecos de cartón coloreado que representaban al traidor y que estallaban llenos de cohetones el Sábado de Gloria. El fiscal comentó después la parábola del dueño de la viña, que al regresar de un viaje y ver a su hijo y a sus cosechas deshechos, castigó a los culpables con una pena que ellos mismos habían echado sobre sí. Con estos dos ejemplos, fray Nicolás concluyó que el reo, con su actuación irresponsable, se había aplicado todas las penas correspondientes a su muy grave falta. Citó a continuación a San Dionisio: "Es un presuntuoso quien sin estar en gracia se atreve a poner las manos sobre las cosas sacerdotales y no teme ni le da vergüenza ejercer sin dignidad las funciones divinas, pensando que Dios ignora las cosas que él en sí mismo conoce; y piensa engañar a quien él llama falsamente Padre, y, simulando la acción de Cristo, se atreve a pronunciar, no diré oraciones, sino inmundas blasfemias sobre los sacramentos".

Una vez preparado el terreno para que la gravedad del delito apareciera en toda su crudeza, el fiscal sembró las semillas del decoro, la honorabili-

dad y la decencia mancillados y mostró los hechos que hicieron de ese delito imperdonable. Por fin, con una voz más grave y más potente, el fiscal concluyó:

—*Pero desnudémoslo de las circunstancias que le agravan; abstraigamos del escándalo dado, no solamente a esta comunidad santa, sino también a todas las comunidades de ambos sexos de toda la ciudad, que no lo ignoran, a todos los tribunales que les consta, a todo el común que lo sabe; prescindamos también el que, por haber ejercitado sacramentos, como así mismo lo tiene confesado, aunque fuere sólo una vez, estando incurso en excomunión, quedó irregular y aunque le dispensaron y absolvieron por las Bulas Cruciate y demás privilegios, reiteró, como lo confiesa, el ingreso al convento de Jesús María y el acceso a dicha religiosa. Ignoremos que antes de haber confesado su delito a juez competente, el preso lo declaró a quien no tenía ninguna autoridad, como es el corista fray Joseph de Paternina.* Ex supotitione *pues, que estuviera su culpa desnuda de todas estas y otras circunstancias que la tienen tan agravada, como fue el parto de la religiosa, tan público ya y tan notorio, bastaba el haber violado y adulterádole a Cristo su esposa, para que, si fuera secular, lo sentenciara la justicia a la pena capital o por lo menos le hiciere dar doscientos azotes y le diera una muerte civil enviándolo a perpetuas galeras. Si hubiera sido eclesiástico secular, me parece que el señor arzobispo le hubiese enviado a las galeras del Papa, degradado.*

Mientras el fiscal hablaba, Pedro recordó sus primeras dudas religiosas. ¿Cómo era posible que el poder infinito de Dios no pudiera perdonar los pecados de los hombres? ¿Por qué era necesario un infierno eterno para culpas finitas? ¿Para qué había Dios enviado a su hijo a sufrir y morir si tantos hombres se condenarían?

—*Pues consideremos ahora* —seguía diciendo el fiscal— *no sólo con las grandísimas obligaciones de religioso, sino también con las de sacerdote, de lector, que supone ciencia para no alegar ignorancia invencible de la ley de Dios, y de más a más predicador, que agrava, y se verá que si se le aplican las penas que aun a menores crímenes señalan nuestras sagradas constituciones, siempre inclinadas a lo más remiso y piadoso en el castigo de tales culpas, se usará con dicho reo de misericordia, aplicándole solas aquellas penas de cárcel perpetua, suspensión a* Ministerio Altaris *y privación de los grados y honores que tuviere, y de voz activa y pasiva* in perpetuum, *y no otras como disciplina de rueda, acortándole el sustento, etc. Sale con esto en limpio que se usará con dicho reo de misericordia, atendiendo a la miseria humana, no obstante su doblada malicia; y excluye toda fragilidad, pues de los hombres, dicen los santos padres, es el caer y de*

los demonios es el perseverar en las culpas. De este modo quedará la religión desagraviada, el señor arzobispo aplacado y satisfecho, en atención a lo que el Tridentino ordena en el capítulo 14 de la sección 25, dejando a todo este convento edificado y la juventud corregida en ajena cabeza para lo de adelante.

Al terminar el fiscal su alegato, la defensa tomó la palabra. Mientras fray Antonio hablaba, Pedro se entregó a la desesperanza, convencido de que su causa estaba perdida. Aunque su rostro no denotaba ningún sentimiento, en su interior el llanto caía inundándolo todo de tristeza.

El día 13 de mayo de 1694, el provincial fray Antonio Gutiérrez escribía a fray Joseph Sicardo una carta en la que le informaba:

"Estando en la tranquilidad de que se había conseguido un capítulo limpio, libre de corruptelas, me mortificó Dios con una notable tribulación ocasionada por un frailecillo de aquellos que entraron por favor, cuando todo se negociaba para afuera y se tragaban las mayores nulidades. El caso fue haberse descubierto la comunicación, de algunos años, de este tal religioso con una monja del convento de Jesús María, tan franca que estaban y dormían juntos siempre que querían. Al presente el reo ya ha sido juzgado por nuestra provincia y, condenado a cárcel perpetua en el convento de Guatemala, cumple su condena atado de pies a un cepo.

"Y sólo digo que el suceso no es tan extraordinario o nunca oído, que no hayan sucedido otros semejantes aun en nuestro tiempo, pero la corrección de ellos se hizo con tanto secreto, que sólo llegó la noticia a muy pocos, y éstos tan discretos, que no pudo el vulgo rastrearle. La causa fue que unidos y conformes los prelados en el celo, sin competencia de jurisdicciones, cooperaron prudentes a la corrección y al crédito, manteniéndose cada uno en la facultad que le tocaba sin pretender despojar al otro de la suya.

"Contrario a este caso fue el que me ocupa. El provisor del arzobispado, por ignorancia y malicia, armó tal escándalo que en su tiempo el caso fue muy público y corrió entre el vulgo con harta afrenta nuestra. La publicidad aumentó cuando el señor arzobispo pretendió tener el conocimiento de la causa del fraile. Siendo como es esto contrario a derecho, se me ha dicho que recurse al Consejo y a Roma; y así prevengo a Su Paternidad para que tenga los fundamentos de nuestra defensa y esté advertido no nos saquen alguna bula por donde se vuelva a refrescar lo pasado, que ya sólo hemos de procurar en que se ponga en olvido".

Recogimiento de Santa María Magdalena, entre el 3 de mayo y el 22 de julio de 1694.

Todavía no clareaba y la vicerrectora, doña Inés Ortiz, ya estaba despertando a las reclusas para la visita matutina a la capilla del recogimiento.

Como todas las mañanas desde que estaba allí, Nicolasa se levantó con muchos trabajos y quejas, tendió su manta sobre el petate que le servía de cama y salió del dormitorio común rumbo al coro de la iglesia. Después de las breves oraciones para dar gracias a Dios por el nuevo día, se sirvió el desayuno con tamales y atole. En el refectorio, apenas iluminado por los primeros rayos del sol, el silencio era roto tan sólo por la monótona voz que hacía la lectura de la doctrina cristiana. A las ocho de la mañana, las reclusas estaban ya en la sala de labor cardando e hilando algodón, o en las cocinas haciendo la comida para la cárcel de hombres.

Nicolasa podía hacer muy pocas cosas; sus manos, deformadas por la artritis, sostenían con dificultad los objetos. Se le había encargado hacer el trabajo más fácil en la sala de labor: enredar en madejas el hilo que salía de las ruecas. Pero las bolas se le caían de las manos a cada rato y la tarea de una hora quedaba deshecha en un minuto.

La rectora del recogimiento, doña María de la Infanta, mujer de carácter enérgico y de poca paciencia, la regañaba tres de los seis días laborables de la semana y la enviaba a ayudar en las cocinas. Al principio se le dio por tarea el moler cacao; pero la poca fuerza que tenía en las manos y la cercanía del fogón, necesaria para mantener la manteca blanda, le hacían tanta mella en los dedos y en los ojos que la tuvieron que quitar de allí. Después le dieron el trabajo de despellejar los granos del maíz; tampoco pudo hacerlo. Al final se pasaba las horas sentada mirando al fuego del hogar y sobando sus dedos para mitigar el dolor que sentía en las articulaciones. Nicolasa estaba siempre sola y silenciosa. En el medio año que llevaba en Santa María Magdalena no había hecho ninguna amistad; hablaba con sus compañeras tan sólo lo indispensable. Ahora era taimada y desconfiada.

A las doce del día las recogidas fueron llamadas con toques de campana a la capilla para oír misa; se celebraba la fiesta de la Santa Cruz. Nicolasa fue una de las primeras en llegar al coro. En días como ése se permitía a las reclusas recibir visitas allí, después de terminada la celebración litúrgica, y

la mujer quería tener un buen lugar para poder charlar con sus amistades. En la última ocasión, el Domingo de Pascua, fueron a verla Juana de Suleta, Catalina Josefa y Ana del Río y le trajeron noticias de sus hijos. ¿Qué habría acontecido durante ese mes? Nicolasa alcanzó a vislumbrar en la penumbra de la iglesia la figura de Ana a través del gran velo negro que cubría el coro. Sus ojos trataron de descubrir alguna otra silueta conocida. No vio a nadie; Ana venía sola. Con la ansiedad, la misa se le hizo más larga que de costumbre. Finalmente, después del *Ite Misa est*, Nicolasa pudo recibir de los labios de su amiga las anheladas noticias.

—¿Cómo está Su Merced? —comenzó diciendo la partera, que ese día venía más parlanchina que de costumbre—. Juana de Suleta le manda saludos y disculpas por no haber podido venir. Está muy enferma y para colmo acaba de recibir malas noticias de la cárcel episcopal; su hijo, Antonio de Sierralta, sigue con esa tos que no se le quita. La pobre está temerosa por su vida. Catalina Josefa se quedó a cuidarla y ahora, con dos niños, se le ha duplicado el trabajo. Si viera qué bonita está la hijita de la monja...

Nicolasa la interrumpió y preguntó angustiada:

—Y mi Antonio Marcos, ¿sabe Su Merced cómo está?

—De él nada se sabe, pero bien dice el dicho: las malas noticias vuelan, las buenas andan en burro. Si no hay noticias, son buenas noticias. Lo malo es que a la cárcel del palacio del arzobispo no pueden entrar mujeres, ni de visita, y por eso no he podido ir a informarme. Y como ahora no tengo hombre que me ayude...

La partera guardó silencio recordando a su marido recién fallecido. Nicolasa la sacó de su mutismo y preguntó apresurada, pues se les acababa el tiempo de la visita:

—Y mi hija Francisca Xaviera. ¿Ya la fue a ver Su Merced?

—Sí, Nicolasa —respondió una voz pausada—. Ella está bien. A propósito, cuando estuve a visitarla en el recogimiento de Belem, me contaron unas cosas del nuevo rector, el padre Pedro Arellano y Sosa, que causan espanto; dicen que se azota todas las noches en su celda cuando los demonios lo acosan; mucha gente lo llama "mocho embustero", pues antes llevaba una vida muy disipada, pero ahora es público que él es de los sacerdotes encapuchados que salen disciplinándose y vertiendo sangre en la procesión de Semana Santa, ésa que se hace en Regina con el título de las tres necesidades. En el recogimiento también me enteré que una de las recogidas se arrojó desde la azotea al patio y otra se desvistió en el oratorio para conseguir que la

expulsaran. Yo no sé, pero el hecho es que ahí pasan cosas muy raras. A mí me da la idea que es una casa de locos, o que el Diablo vive en ella.

La celadora doña Inés Ortiz sonó una campanilla que avisaba el fin de la visita. Nicolasa se despidió de su amiga y le dio las gracias por sus noticias; pero su ánimo tenía poco qué agradecer pues los comentarios de Ana la dejaron más inquieta que antes. Su hija estaba encerrada en esa casa de locos o de endemoniadas y su hijo peligraba en una cárcel rodeado de enfermos. A la hora de la comida casi no probó bocado y en la tarde, durante el tiempo de labor, se sentó a mirar el movimiento circular de una rueca.

"La vida de los hombres —pensó— es como esta lana que a fuerza de dar vueltas se convierte en hilo. Por más esfuerzos que se haga, naiden puede zafar su destino del de los otros con los que está amarrado. Yo caí en esa casa de la calle de la Estampa de Jesús María porque tenía mucha necesidad, pero también por mi conocencia con Pedro y con Antonio. Ana y Juana llegaron allí por mí, lo mismo que mis hijos. Ya estaba escrito que eso iba a pasar. No me quejo, yo estoy vieja, pero mis hijos, ¿qué será de ellos?"

Las lágrimas resbalaron por los surcos de sus arrugas.

Una muchacha se acercó a consolarla.

—¿Qué le pasa a Su Merced?

Nicolasa, al sentir una voz que se preocupaba por ella, contó sus cuitas sin fijarse a quién se dirigía, como si hablara sola y al hablar se exorcisaran sus males.

—Pero mujer —dijo la joven con voz suave y convincente—, no tiene nada qué temer. El recogimiento de Belem es uno de los mejores lugares de la ciudad. En él viven señoras viudas y muchachas huérfanas y los casos que me cuenta no son comunes. Créame, lo sé de buena fuente. En cuanto a su hijo, me consta que de la cárcel episcopal se sale pronto; yo tenía un conocido que estuvo en ella menos de un año.

Las palabras de la muchacha aliviaron a la acongojada mujer, quien llegó a pensar que hasta era provechoso que su hija estuviera en Belem, pues ahí vivía protegida de los males del mundo. Al poco rato, sin darse cuenta, Nicolasa contaba a esa desconocida la orfandad de su infancia y los tristes días de su adolescencia en casa de unos tíos que la habían recogido para maltratarla y explotarla; describía cómo huyó después de que su tío abusó de ella cuando tenía doce años; narraba su trotar por el mundo y hablaba de sus hombres y de sus hijos. Al final contó las desventuradas circunstancias por las que estaba en esa cárcel.

Cuando terminó de hablar sintió sobre sus manos las manos de la joven y la miró por primera vez a los ojos; descubrió que su rostro era tan parecido al de ella cuando tenía esa misma edad, que le dio un vuelco el corazón. Instintivamente, quitó las manos.

La muchacha, sin percatarse de la reacción, le describió el infierno de su vida, compartida hasta hacía unos meses con un hombre violento que la golpeaba y la insultaba; una noche que ambos salían de una fiesta, en un callejón obscuro, un embozado se acercó al marido, le enterró un puñal en el vientre y huyó; la joven trataba de sacar del cuerpo de su esposo el arma mortal cuando la vio un alguacil que pasaba por allí. Como la muchacha empuñaba el metal bañado en sangre, el guardia la creyó culpable del crimen. Para su desgracia, no había ningún testigo que pudiera declarar su inocencia y, con los antecedentes de los malos tratos que recibía de su marido, se estableció el móvil y fue acusada de asesinato.

Desde ese día Nicolasa y Candelaria, como se llamaba la joven, se volvieron amigas inseparables. Una tarde antes de la fiesta del *Corpus*, mientras las reclusas recogían las cosas en la sala de labor para ir al rezo del rosario, Candelaria se dobló por un fuerte dolor de costado. Nicolasa se acercó a ella para ayudarla y junto con otras mujeres la llevaron a la enfermería y la recostaron en un camastro. El médico le recomendó unas sangrías y unas ventosas que no surtieron ningún efecto. Los dolores arreciaban y Nicolasa intentó quitárselos con unos masajes, que tampoco obtuvieron resultados. La mujer estaba dispuesta a quedarse toda la noche en vela junto al lecho de su amiga; incluso tuvo un fuerte enfrentamiento con doña María, la rectora, por esa causa. Al final tuvo que irse a dormir a la celda común y, por su desobediencia, limpiar los retretes durante un mes.

A la mañana siguiente Nicolasa se levantó antes que todas y se fue a la enfermería. Los dolores seguían. Al comenzar la misa pidió a la Virgen de Guadalupe por la salud de Candelaria y durante las primeras oraciones no pensó en otra cosa. Pero al llegar el sermón cayó en la cuenta de que ese día se celebraba la fiesta del *Corpus*; estaba tan metida en la enfermedad de su nueva amiga que había olvidado que era día de visita. Sus ojos miraron detrás del velo del coro la garbosa entrada de Eduviges de la Concepción, que llegaba en esos momentos al templo. Vestida con un colorido atuendo y una mantilla blanca sobre la cabeza, la mulata caminó con paso firme en medio de la gente y se paró cerca de la reja. Al poco rato las dos amigas charlaban.

—¡Mire nada más Su Merced dónde la vengo a encontrar! —dijo la mulata con un tono de ironía juguetona en la voz.

Nicolasa esbozó una sonrisa y preguntó si la visitante traía alguna novedad.

—Pues algunas —respondió Eduviges—; Ana del Río me contó todo lo que ha pasado. Ella está muy agradecida porque no la inmiscuyeron en el asunto y con eso quedó protegida. Antonio de Sierralta ya recibió el castigo que merecía por haber delatado a mi Sebastián. Me han dicho que acaba de morir en la cárcel episcopal y yo me doy por vengada.

En el corazón de Nicolasa se despertó un sentimiento de compasión por Juana y por el sufrimiento que estaba pasando. La muerte de Antonio, sin embargo, no la afectó. Desde que estaba presa no había dejado de culparlo de todas sus desgracias. Eduviges tenía razón, recibió su merecido. Con voz inquieta preguntó:

—¿Y de mi Antonio Marcos se tienen noticias?

—Sabrá Su Merced que mi amigo don Juan de Quijano es una persona influyente. Por su medio estoy tratando de obtener la libertad de Antonio Marcos. Hay alguien que hablará con el provisor del arzobispado para pedirle un indulto. Es cosa de esperar un tiempo a que se olvide el asunto de la monja.

Nicolasa agradeció a su amiga lo que estaba haciendo por ella. En ese momento valoró esa amistad hecha de encuentros y desencuentros, de sobrentendidos y malentendidos. Recordó los muchos favores que de ella había recibido y la iluminó una idea: Eduviges podía darle un remedio para aliviar los dolores de Candelaria.

—Escuche Su Merced —le dijo—, ¿qué puedo hacerle a una de mis compañeras que tiene un dolor muy fuerte en el costado?

La hechicera contestó sin titubear.

—Consiga una gallina negra y con ella restriegue la parte del cuerpo dolorida; a medida que el mal pase al ave, ésta experimenta el daño, de modo que al terminar la operación la gallina agonizará. Al final se la degüella y la sangre se vierte sobre el enfermo para aprovechar su vigor. No deje Su Merced de enterrar al ave con sus ramas de estafiate y una estampa de los siete príncipes para destruir el maleficio.

Nicolasa agradeció la receta y después de despedirse de su amiga se fue al gallinero a seleccionar el animal apropiado. Esa tarde, mientras todo el mundo estaba ocupado en las azoteas mirando los festejos del *Corpus*, Nicolasa llevó a cabo el procedimiento curativo, paso a paso, como se lo des-

cribió Eduviges. El resultado fue asombrosamente eficaz y la enferma amaneció al día siguiente sana y sin dolencias.

La milagrosa curación comenzó a correr muy pronto entre las reclusas y Nicolasa se vio rodeada de atenciones y solicitudes. Entonces se dio cuenta de lo mucho que había aprendido al lado de una hechicera y de una partera. De su memoria extrajo remedios que algún día escuchó para aliviar dolencias de vientre y curar empachos, para quitar el mal de ojo y atraer buena fortuna. En una época como esa, cuando las epidemias estaban arreciando, la fe conseguía hacer milagros. Nicolasa estaba feliz; el sentirse útil y buscada por sus semejantes le ayudaba a soportar sus achaques. Estar en la cárcel no era ya una desgracia sino que en momentos le parecía una bendición. La vida cotidiana tomó nuevos matices al preocuparse por los otros dolores, por las otras historias. Cada mañana se levantaba con ánimos renovados.

Hasta que la llamó la rectora doña María para comunicarle que debía confesarse, pues tenía mucho tiempo sin hacerlo. El capellán del recogimiento, don Joseph de Frías, la recibió en el confesionario hecho en una oquedad que atravesaba el muro del templo. Nicolasa mencionó sólo algunas faltas leves para salir del paso; tenía tan malos recuerdos de esa práctica que no le guardaba ningún respeto. El confesor no le dio la absolución de inmediato; primero le llamó la atención por no comulgar seguido; después le preguntó si no sabía que la Santa Madre Iglesia prohibía los sortilegios y hechicerías; al final la acusó abiertamente de prácticas reprobables y le prohibió volver a ejercerlas, so pena de enviarla ante el tribunal del Santo Oficio. La confesión terminó con un sermón sobre el sacrilegio que era el callar las faltas cuando uno se acercaba a tan excelso sacramento.

Cuando salió del confesionario, Nicolasa estaba muy encolerizada. Ahora que había encontrado una actividad que podía ejercer con general aceptación, se la prohibían. Al enojo sucedió el desconsuelo y a éste los rezos. En su plegaria, un revoltijo de frases interrumpidas, de exclamaciones, de súplicas, de lamentos, de promesas, pidió a la Virgen que protegiera a sus hijos y que a ella le diera pronto la muerte.

El malestar le duró una semana. El sufrimiento desapareció el 22 de julio, fiesta de Santa María Magdalena, la titular del recogimiento, con la llegada de una visita inesperada. Ese día se hacía en la iglesia de las arrepentidas, como le llamaba el vulgo, una celebración muy especial que culminaba con luminarias y música, con una comida extraordinaria y regalos para las reclusas. Nicolasa recibió el mejor; a la hora de la misa, desde el

coro de la iglesia, descubrió que entre los asistentes a la ceremonia estaba Antonio Marcos, su pequeño. De todos los acusados era él el único libre.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó para sus adentros.

Lo miró desde lejos, con los ojos con los que las madres ven a sus hijos.

"Condenado muchacho —recapacitó—, Dios quiera que haya aprendido la lección. Si hubiera dejado cerrada la bocota no habrían pasado tantas desgracias."

Y Nicolasa se quedó pensando en los hubiera, para no reír en plena misa por la felicidad que la embargaba.

3. EL ARZOBISPO

Ciudad de México, entre el 14 y el 18 de agosto de 1698.

El cuerpo desnudo se encontraba inmóvil sobre una mesa de madera. Su extrema delgadez mostraba en algunas partes la piel pegada a los huesos. En la cintura, los brazos y los muslos, cardenales y moretones contrastaban, por su color obscuro, con la blanca palidez del resto.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora observaba con sus ojos de científico los hematomas. Cordeles nudosos, erizadas cerdas y aceradas puntas, habían abierto las carnes de ese cuerpo, dejando en ellas llagas purulentas y tremendos estragos. Unos días atrás, cuando el prelado aún vivía, los médicos tuvieron que cortar con tenazas un alambre de púas que estaba incrustado alrededor de su cintura.

Cuando el clérigo se acercó al cadáver para espantar unas moscas que estaban sobre su rostro, entraron en la sala los embalsamadores; don Carlos los saludó y les acercó una pequeña mesa donde fueron colocados cuchillos y frascos. Como dos expertos, los encargados de la conservación del cadáver abrieron una gran tajada desde el esternón hasta la vejiga. El olor de las entrañas hizo retroceder unos pasos a Sigüenza. "La maravillosa máquina del cuerpo —pensó— y en qué viene a parar, en podredumbre y descomposición." Los embalsamadores extrajeron las vísceras y las depositaron en un cubo; a continuación limpiaron la cavidad cuidadosamente, trataron sus paredes con olorosos ungüentos y bálsamos y la rellenaron con cal y aserrín; gruesas puntadas cerraron la abertura. Al final, todo el cuerpo fue limpiado con paños

empapados de olores ácidos y de fragancias perfumadas. En algunas partes tardaron algún tiempo, quitando las costras de mugre que muchos años de poca higiene habían acumulado sobre la piel.

Estaban rasurando la barba del rostro cuando llegaron el padre Lezamis y dos jóvenes cargando las vestiduras con que se iba a aderezar el cadáver para las honras fúnebres.

—Está ya embalsamado el cuerpo, arca de tan ilustre espíritu —expresó con solemnidad el amigo inseparable del prelado—; pongámosle ahora los símbolos de su dignidad.

Don Joseph empezó entonces a vestir ritualmente el cadáver, ayudado por don Carlos y por los dos muchachos. Sobre la raída sotana que siempre usaba se le puso el alba, cuya blancura fue cubierta por el morado de la casulla; ese era el color que debían tener las vestiduras pontificales para tal ocasión, según el ceremonial.

Dos hombres entraron entonces cargando unas andas de madera forradas de terciopelo negro. El cuerpo a medio arreglar fue colocado sobre ellas, y la cabeza sobre una almohada. Allí se le terminaron de poner los atributos sacerdotales y episcopales: el ámito, la estola, la tunicela, el anillo, el pectoral, la mitra, el báculo... Colocar las sandalias fue lo que más tiempo llevó; el señor arzobispo se dejó crecer las uñas de los pies para que, enterradas en las carnes, produjeran a su atribulado cuerpo un tormento más. Los uñeros habían deformado a tal grado los dedos, que fue necesario rasgar por atrás las delicadas sandalias de raso morado para ponérselas.

Una vez aderezado el cuerpo, los cuatro hombres lo trasladaron sobre las andas hasta la sala mayor del palacio episcopal, donde estaría expuesto a la veneración pública. Seis jóvenes clérigos decoraban el otrora desnudo espacio con colgaduras de terciopelo negro y alfombras. En medio de la sala se levantaba una tarima que serviría de zoclo a las andas; la cubría un dosel que sostenían cuatro columnas torneadas. En ese catafalco fue colocado el cuerpo de don Francisco. Cuatro gruesos cirios negros fueron puestos en blandones de plata, mayores que la estatura de un hombre.

—¡Qué grato y grave aspecto tiene Su Ilustrísima! —comentó el padre Lezamis—. Aun con los accidentes de la muerte, su rostro mejoró el color y parece que despide resplandores; ¿y notó Su Paternidad lo tratable de sus manos y pies cuando lo estábamos vistiendo?

—¿Se han guardado sus objetos más cercanos? —preguntó don Carlos, interesado en las reliquias.

—Sí, yo tengo el cilicio que lastimaba sus carnes y una cruz toda llena de púas que llevaba siempre sobre el pecho. ¿Qué desea tener Su Paternidad?

Sigüenza no dudó ni un minuto; sabía que por ser uno de los que repartía las limosnas de don Francisco, podía pedir algo excepcional.

—El sombrero episcopal —expresó mesurado, pero seguro. Bien se merecía eso después del bofetón que había recibido de la mano de Su Ilustrísima.

La luz del día se apagaba ya en las ventanas de la sala. El señor arzobispo tenía cinco horas de muerto, había fallecido a la una de la tarde, y ya comenzaba a expeler un suave olor a santidad.

Al día siguiente la sala fue abierta a la veneración del pueblo de Dios y se dio principio a los funerales. El cuerpo del pastor, en lo alto de su catafalco, comenzó a recibir el último adiós de sus ovejas desde que comenzó a clarear la mañana. Los clérigos se dieron mutuos pésames por la pérdida de tan querido padre. El pueblo pasó ante su prelado en filas interminables. Al vulgo no se le permitió acercarse demasiado a la tarima; se temía que el afán por obtener reliquias dejara al cadáver desnudo y mutilado. Se permitió subir a algunos miembros de la nobleza y de la clerecía para que besaran, conmovidos hasta las lágrimas, las manos del pastor y el rubí de su anillo. Al mediodía comenzó a circular un rumor entre los asistentes: el señor arzobispo ya estaba realizando milagros. Un hombre divulgó que don Francisco se le había aparecido esa noche y le anunció que temblaría al día siguiente de sus honras. El pintor Nicolás Rodríguez Juárez se presentó esa tarde, llamado por el cabildo, y estuvo un largo rato frente al difunto haciendo bosquejos para un retrato.

—Antes de morir llamó a sus criados —comentó don Juan de Narváez, racionero de la Catedral, a don Joseph de Cuéllar—; les pidió perdón, confesó sus faltas y se preparó para iniciar las ceremonia de la muerte.

—*Y vendió su cama* —agregó don Joseph de Lezamis— *para morir como el más pobre de los pobres a imitación de Santo Tomás de Villanueva. Yo se la compré en 54 pesos. Era la cama unos cestones de cinco cuartas de ancho con un cielo de estameña morada muy viejo y manchado y las cortinas hechas pedazos. La llevaba para todos lados donde hacía sus visitas. La sobrecama era una frazada negra de las que se hacen en Tezcoco. Toda la cama estaba cuajada de chinches, una prueba más de la gran penitencia y gusto por la mortificación del señor arzobispo, que quiso dormir tantos años en tan asquerosa compañía.*

—Dicen —intervino don Joseph de Cuéllar con cierto morbo y haciendo ostentación de su interés— que *tenía disciplinas tan rigurosas que llegaba has-*

ta verter la sangre, salpicando con ella las paredes. Y para que no fuese visto este exceso de mortificación por sus domésticos, mandó a un confidente suyo que buscase un poco de almagre y lo untara en las paredes para que no se viese la sangre que tenían y que en sus disciplinas derramaba.

—Los tres últimos días —explicó solemne el padre Lezamis— *no podía hablar, pero yo pienso que le reveló Dios Nuestro Señor su gloria, pues dijo al padre Pedroza que era voluntad de Dios que no se hicieran sufragios por su alma. Ayuda para creer esto, una fragancia maravillosa y olor del Cielo que se sintió en el aposento cuando murió.*

Un grupo de mujeres entró a la sala en esos momentos con grandes llantos y muestras de dolor. Al poco rato las plañideras prorrumpieron en gritos:

—Ya se acabó quien nos mataba el hambre, quien nos daba pan. En este santo varón lo teníamos seguro. Él era nuestro padre de pobres. ¿Qué será de nosotros ahora?

Ante tales manifestaciones, Lezamis pensó en esas beatas vocingleras y desocupadas que sólo hablaban y comían en el templo haciendo de él locutorio, cenáculo y dormitorio. El arzobispo las despreciaba y pedía a Dios que apareciese con el látigo y las arrojase como a los mercaderes. ¿A qué venía todo aquel teatro y alharaca? Pronto se dio cuenta de que el móvil era solicitar que el palacio arzobispal continuara con la costumbre de repartir pan entre los miserables todos los días. Don Diego de Malpartida, deán de la Catedral y cabeza del cabildo, acalló a las plañideras y dispuso que no faltase la limosna que de ordinario se daba durante todo el tiempo que durara el novenario.

"La caridad —pensó Lezamis—, soberana emperatriz entre las virtudes todas... ¡Cuán pocos son tus súbditos! El dadivoso cabildo ha soltado una miserable tajada del pastel. Sólo nueve días se prorrogará la limosna y después, ¿qué harán los pobres sin ella?"

Tres días de duelo, durante los cuales el cadáver estuvo expuesto a la veneración de los fieles, culminaron con un fastuoso entierro. Toda la ciudad acudió a presenciar un suceso tal, como no se había visto otro desde hacía más de treinta años. Desde el amanecer, el sonido intermitente de las campanas que doblaban por el difunto penetró con su lúgubre lamento en los corazones de todos.

A las once del día llegó en procesión a la sala luctuosa el cabildo eclesiástico y se colocó en círculo alrededor del féretro. La capilla de niños cantores, en un extremo de la sala, acompañó el responso del oficio de difuntos.

—*Vitam aeternam dona ei Domine* —cantó el deán Diego de Malpartida, quien presidía con capa pluvial y con una cara que denotaba más enfado que duelo. El reciente nombramiento de su aborrecido colega don Manuel de Escalante como provisor del arzobispado, en lugar de don Antonio de Aunsibay, le había causado mucho disgusto. Además, siempre le tuvo muy poco afecto al difunto prelado; lo detestaba porque varias veces le llamó la atención por tomar polvos de tabaco durante las ceremonias y por usar vestidos de seda.

"Quiera Dios —pensaba— enviarnos un pastor más benigno y menos riguroso consigo y con los demás. Los del Consejo de Indias ya debían estar al tanto de sus excesos; no fue casual que a la salida del conde de Galve se haya nombrado como virrey interino al obispo de Michoacán don Juan Ortega y Montañés y no a Aguiar, como correspondía. ¡Cuántas pugnas y calamidades no hubiera causado ese arzobispo demente! Ortega y Montañés sería un buen sucesor de don Francisco. Aunque en su diócesis prohibió a los clérigos chupar tabaco, parece ser un hombre de carne y no un puro espíritu."

Cuando el cabildo y la capilla terminaron el oficio, la sala mortuoria ya estaba llena de hombres distinguidos. La aristocracia civil y eclesiástica se dio cita allí, vestida con lujosos lutos. El virrey y tres oidores se aproximaron al catafalco y levantaron en vilo las andas que sostenían el cuerpo del prelado. Con él a cuestas, don Joseph Sarmiento de Valladares, conde de Moctezuma y de Tula, pensaba en el futuro arzobispo y en los problemas que tendría con él; era algo irremediable en la historia de la Nueva España. Por lo pronto muchos criollos ya le habían insinuado negocios, entregado regalos y musitado promesas. Gracias a Dios, había tenido tiempo para buscar apoyos.

En la puerta de la sala los regidores de la ciudad tomaron el relevo para cargar sobre sus hombros el cuerpo del pastor de la Iglesia; en los corredores, los representantes de la Universidad los sucedieron. Por turnos cargaron el ataúd, con devota y reverente ternura, todas las autoridades de la ciudad. El cabildo eclesiástico lo tomó finalmente a las puertas del palacio episcopal para iniciar la procesión hacia la Catedral.

Encabezaban la comitiva los niños huérfanos del colegio real de San Juan de Letrán, con sus hopas negras y hachones encendidos delante de la cruz. Un cuerpo de guardia tuvo que abrirles paso con sus caballos, apartando a la multitud que se arremolinaba a la entrada del palacio y a lo largo de la calle. A los niños huérfanos siguieron, en riguroso orden jerárquico, los representantes de todas las cofradías de la ciudad, comenzando por la del cordón de San Francisco, que tuvo al prelado como miembro. Después des-

filaron los hermanos hospitalarios, los frailes de las demás órdenes religiosas y el clero secular. Eran cerca de mil personas. Por fin salió el cadáver del arzobispo entre los miembros del que fuera su cabildo, como el corazón en medio del cuerpo. Asomaron las andas a la calle y un clamor de sollozos se escuchó entre la concurrencia cercana. Algunos pobres, que llevaban velas y trajes de luto repartidos entre ellos previamente, gimoteaban desconsolados. Como fondo, las campanas seguían sonando con su monótono repicar.

Detrás del cadáver salió la familia de Su Ilustrísima, marchando de dos en dos: criados, pajes, capellanes, caballerizo, caudatario y secretario. Después venían la Universidad, el Cabildo de la ciudad y el Tribunal Mayor de Cuentas. Cuando salió el final de la comitiva, con la Real Audiencia coronada por su cabeza, el virrey, eran las doce.

La procesión se encaminó a la esquina de Provincia donde se colocó la primera de seis capillas posas, con sus pirámides en las esquinas y con sus blandones y sus cirios. Las andas fueron puestas sobre un bufete con cobertor de seda y se hizo un rezo. Una multitud aprovechó el momento para acercarse al cadáver y tocarlo con medallas, rosarios, imágenes y escapularios; la gente creía que ese contacto les comunicaría la santidad del príncipe de la Iglesia. Unos alguaciles los retiraron a empellones.

—El furor del vulgo —comentó don Antonio de Robles a don Juan Parcero, cura de San Miguel y sobrino del difunto— hasta en los aparatos de la devoción es indiscreto.

—Esa chusma salvaje —recibió por respuesta— no tiene idea de lo que son las dignidades ni las circunstancias.

—¿No nota Su Paternidad —soltó de pronto Robles con algo de insidia— que el rostro de Su Ilustrísima está algo ennegrecido? Me temo que los embalsamadores no hicieron un buen trabajo. Ya no se puede confiar en nadie.

—Tiene razón Su Merced —contestó el sobrino con un dejo de indignación—, pero en nada desmerece su porte y nobleza. Su Ilustrísima es una joya que enorgullece los blasones de nuestra familia. Las casas de Aguiar, de Seijas, de Lobera y de Ulloa se ven hermoseadas con tan excelso galardón.

—Y esos títulos —dijo don Antonio, limpiando con exaltación lo que había ensuciado su impertinente comentario— hacen notabilísima su profunda humildad, tanto más grande cuanto más fue su ilustre nobleza y los puestos que ocupó.

Al terminar el rezo, la procesión siguió su camino hacia la siguiente capilla posa, en la calle del Relox. Cada vez le era más difícil avanzar a causa

de la presión de la multitud, que aumentaba por momentos. El paso por las capillas de Santa Teresa, del estanco de cordobanes, de la calle de Santo Domingo y de la acera de los talabarteros fue lento y los caballeros de la guardia virreinal tuvieron que intervenir varias veces para abrir paso a la comitiva. El agobiante sol del verano hacía aún más pesado el avance.

Por fin, a las tres de la tarde, la cabeza de la procesión entraba por la puerta oriente de Catedral. La iglesia mayor de la ciudad estaba ornada con colgaduras negras y en su centro, bajo la cúpula, se levantó un enorme túmulo funerario; el monumento entremezclaba basas cuadradas, columnas helicoidales y agujas en forma de pirámide con cartelas llenas de poemas alusivos, calaveras y huesos esculpidos en madera y 52 cirios ardientes.

Al entrar el cuerpo del arzobispo por la puerta de su Catedral, el órgano y las voces infantiles estallaron en una floritura de notas y acordes que lo acompañaron hasta que fue depositado a los pies del túmulo.

Corrillos de clérigos y laicos se formaron en las naves de la iglesia para comentar los sucesos acaecidos. En uno de ellos, un jesuita hacía un panegírico de las obras del difunto prelado: los recogimientos de Belem y Santa María Magdalena, el seminario conciliar, el hospital del Divino Salvador para mujeres dementes y un sinnúmero de escuelas para niños.

—Eso sin contar con las muchas limosnas que daba a otras instituciones —agregó un hermano de San Hipólito—. En el hospital del Espíritu Santo pagaba las medicinas de los pobres en la botica y con la cabeza amarrada con un paño roto llegaba a visitarlos, y parecía que era uno de ellos.

—*Antes de morir* —apostilló el padre Lezamis, que vivió de cerca esos momentos— *repartió todo el maíz que había en su casa y hasta la cebada para las mulas de su coche. Y en el colmo de la caridad mandó que se vendieran todos sus objetos personales y el dinero se repartiera entre los pobres. Se ha calculado que en los 16 años que ocupó el arzobispado repartió dos millones de pesos en limosnas.* ¿Ha habido acaso en Nueva España un prelado igual?

Al terminar su intervención, fray Joseph se separó de ese corrillo y se fue a otro en el que el padre Pedroza peroraba sobre la virtud excelsa de la castidad, en la que el señor arzobispo se distinguió sobremanera:

—Nunca permitió que mujer alguna lo tocara, pues la pureza no permite siquiera este contacto entre los sexos. ¿Qué cosa hay más hermosa que la tierra? ¿Qué cosa más pura y cristalina que el agua? Y sin embargo, mezcladas dan lodo. Por ello encargaba a los clérigos que no visitasen mujeres sin grave causa y que aun entonces no se les mirara a la cara. Al tratar de

los compadres, hablaba del recato grande que debían tener y de la poca frecuencia con que debían visitarse para evitar tentaciones.

—*En sus pláticas* —intervino Lezamis— *atacaba con vehemencia cuantos defectos creía hallar en las mujeres, y en alguna ocasión se avanzó a reprender a una desde el púlpito por ir vestida en forma inmodesta. Llegó incluso a pronunciar excomunión* ipso facto incurrenda *para cualquier mujer que pisara su palacio y esto lo hizo después que alguna entró y se vio obligado a cambiar las baldosas que pisara. Cuando andaba de visita, si veía alguna mujer en el patio de la casa o convento, reñía a los curas; aun las cocineras debían estar en otra casa donde Su Ilustrísima no las viese.*

—Para la guarda de la castidad —pontificó el padre Arellano y Sosa, que parecía ser experto en la materia— el principal medio es la mortificación y la abstinencia, porque querer guardar castidad con mucho regalo es lo mismo, como dice San Juan Clímaco, que querer ahuyentar un perro echándole pan. Y en eso de las penitencias nuestro querido arzobispo nos daba lecciones abundantes...

El padre Lezamis se retiró discretamente y se fue a otro corrillo a escuchar lo que se comentaba.

—*Su comer* —explicaba el franciscano Vetancurt— *era las más de las veces lechugas o unas yerbas sin más sazón que cocerlas, o uno o dos huevos según la necesidad, y a su falta fruta, de la que decía este venerable señor era el verdadero sustento de la naturaleza desde el primer estado de la gracia. Los zapatos los traía seis u ocho meses. No quiso nunca cosa de seda, su manteo y sotana siempre fueron de bayeta pues tenía horror y aversión grande por las cosas del mundo que oliesen a fausto y ostentación. Sus fuentes eran bateas de Michoacán y sus vajillas de barro. En las paredes de su casa no había tapices ni cuadros y sus tapetes eran petates. Cuántos ricos y poderosos de este mundo...*

—En verdad —interrumpió el padre Lezamis— fueron muchas sus virtudes, pero escuchad lo que me contó él mismo un día que andábamos en la visita de las sierras del sur. Salía una noche de *maitines* a su palacio y encontró a un pobre tendido en la calle lamentándose mucho de su miseria; viéndolo de esa manera el señor arzobispo le dijo que se fuera con él a su casa, y viendo que no podía andar se determinó a llevarle cargando a su palacio. Cuando llegó lo puso en una cama que estaba en el cuarto bajo y, subiendo arriba para disponer con qué agasajar al pobre y bajarle luz, oyó muchos lamentos y bajando halló en lugar del pobre a un Cristo crucificado.

El comentario levantó una ola de intervenciones. Todos tenían un mila-

gro qué narrar. Uno contó la multiplicación del trigo y el maíz que se le atribuía cuando la gran carestía. Otro la curación de un tullido durante una visita pastoral. Un tercero la predicción de una muerte.

—Contome un religioso franciscano —dijo don Juan Parcero— que un día, llevado por la curiosidad y queriendo saber qué es lo que hacía Su Ilustrísima en su cuarto, miró por el agujero de la puerta cerrada con llave y vio que el señor arzobispo estaba levantado de la tierra cosa de una vara delante de un santo Cristo.

—*Y qué más milagro* —concluyó Lezamis al ver los efectos que había causado su intervención— *que la multitud de peces que prendió en la red de su apostólica predicación. No hubo estado que no se reformase a sus instancias, ni desliz que no se contuviese a su respeto. Y no dirán que lo intentó en virtud de su dominio, sino que todos trataron de reformarse por sí propios. Y no dudo ser el influjo de esta suavidad de reforma, un como tener su sombra virtud de sanar enfermos de las almas, como las de San Pedro enfermedades de los cuerpos. Con ese cuidado pastoral, y su discreta y experimentada benignidad, convirtió los conventos de religiosas en planteles de ejercicios santos, en jardines de virtudes, en paraísos de espirituales delicias. Ahora un cielo de ángeles de pureza virginal oran por nosotros ante Dios, nos protegen de los ataques del Demonio como fuertes escudos y aplacan la divina y justa ira contra nuestros innumerables pecados.*

Los oyentes quedaron extasiados con las devotas palabras del que fuera amigo cercano del difunto. Mientras tanto, éste pensaba que tenía que ponerse a escribir la vida del señor arzobispo acompañada de una historia del apóstol Santiago, a quien él tanto veneraba.

Cuando llegó el tiempo de sepultar el cuerpo, el maestro de ceremonias hizo señal para que se bajase del túmulo y lo llevaron a la sepultura los miembros de la Real Audiencia y el señor virrey. Águilas y lobos, símbolos heráldicos del linaje de los aguiares y los loberas, campearon en los escudos que cubrían su ataúd. En el lugar que ocupaba el cuerpo se pusieron los paramentos pontificales, el báculo, la tunicela y la casulla morada, y sobre dos almohadas la mitra y el sombrero.

Durante nueve días las órdenes religiosas de la ciudad rezaron misas solemnes por el difunto. En los sermones que se predicaron nunca se mencionó una petición a Dios por su descanso eterno, pues era un hecho que don Francisco estaba en el Cielo; en cambio, en muchos, se le solicitaba a él su intervención ante la Divina Providencia para conseguir de ella los favores celestiales que la Nueva España necesitaba.

Terminó el novenario con una oración fúnebre que dijo el doctor don Pedro del Castillo. En ella se recordaron las obras, virtudes y milagros del difunto prelado y se dio un paso más: se hicieron votos porque pronto la Iglesia Romana lo elevara a los altares para su veneración universal.

Al día siguiente, durante las honras fúnebres con las que concluía el duelo marcado por el ceremonial, se encargó el sermón a don Juan de Narváez. El orador, haciéndose voz del sentimiento general, expresó:

—*Murió aquella brillante estrella, aquel mayor planeta, aquel círculo de luces, aquella luminosa hoguera de resplandores que en el cielo de esta Iglesia metropolitana se difundió en beneficios. Murió don Franciso de Aguiar y Seijas, y con su muerte pierde la Iglesia un prelado, la diócesis su esposo, la ciudad su asilo, los clérigos su padre, la Universidad su ornamento, la nobleza un caballero ilustre, la plebe un refugio y todos un espejo de virtudes.*

Más de treinta años después, el 11 de mayo de 1739, el primado de la Iglesia novohispana, don Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, ordenó iniciar las informaciones para solicitar la beatificación del venerable siervo de Dios, el ilustrísimo señor doctor don Francisco de Aguiar y Seijas y Lobera, décimonoveno arzobispo de México. Pero la causa se perdió en los laberintos de la Curia romana.

4. EL PADRINO

Convento de San Pablo, viernes 5 de junio de 1699.

"*Reverendo padre maestro fray Joseph Sicardo.*

"*Amigo y señor mío:*

"Hállome deseosísimo de saber de la salud de Vuestra Paternidad y de noticias de sus fortunas, que ha días que me faltan porque ha mucho que no hay en este reino nueva alguna de esos. Por acá, sólo puedo contar que el capítulo se hizo con las extorsiones, nulidades y maldades de siempre, las que referiré enseguida.

"*El padre Gil Guerrero engañó totalmente al padre Gutiérrez dándole de mano, aunque antes del capítulo intermedio ya estaba reconocida su vileza e ingratitud; la confianza de nuestro padre maestro Gutiérrez le dejó hacer ese capítulo con un voto, estando ocho de nosotros en contra; y aún más, permitió que*

un hombre tan útil como fray Alonso Recalde volviese del convento Guatemala, y se pusiese como superior en él a un ilegítimo, y que se confirmase el prior de La Habana, hechura del padre Guerrero, con todo y que tenía en su convento boliche y juego público (tanto que el guardián de San Francisco fue una noche a sacar de ahí a dos religiosos suyos).

"Pero vamos al caso. Arribó el maestro Gil Guerrero de la última visita del marquesado y, apenas llegó a este convento, vino a verlo don Manuel de Escalante, provisor de esta sede vacante, encerrándose con él desde las tres hasta las avemarías. Y no obstante el saber el padre Guerrero que su secretario estaba dentro de la celda, se descosieron hablando tanto, que necesitó pedir a dicho secretario, por un crucifijo que estaba en su estudio, que no propalase si había oído lo que había pasado entre ambos. La conversación se redujo a que era indecente que los gachupines tuviesen influjo en el gobierno y contra el crédito y punto de la nación criolla; y que el dicho Escalante le aseguraba toda la Audiencia, y que se acabase ya de extirpar la canalla de los gachupines. De esta junta resultó que Escalante hablase con el padre Cadena, pues él y Guerrero estaban muy opuestos, y esforzando la voz de nación, fueron tomando cuerpo. En agradecimiento por su ayuda, al provisor le fue prometido el priorato de Puebla para el padre Ramírez, su bufón. Fue además en casa de Escalante que se hicieran las juntas de vocales, jurando delante de un crucifijo cada uno de ellos no faltar con su voto al padre Guerrero.

"Llegose el tiempo del capítulo y algunos días antes se arrojó el provincial a las doce a la celda de su secretario, y con la escolta de los maestros García y Ramos, y con gran violencia, abriéndole papeleras y arrojando escritorios, le despojó de los sellos de provincia, que él no quería entregar si no era ante el definitorio. Y con estas violencias y otras, se acobardaron algunos de nuestros votos, y entre ellos el padre Gutiérrez que, temiendo no respetasen su persona, se retiró a su celda a mirar el fin de estas obras.

"Pasaron a más violencia los criollos, fiados en que tenían el resguardo del señor virrey conde de Moctezuma, empeñado por el padre Ramos y untado con plata mexicana. Primero el padre Guerrero se apoderó de las llaves del convento y poniendo porteros a su satisfacción, no dejó entrar a los priores de Veracruz, Tlapa y Chiautla para que no llegasen a votar. Votaron en cambio los jueces de causa y otros dos maestros cuyos votos eran nulos por ser los otorgados por el general. Después, en la repartición, se llenaron las talegas porque a mil y mil quinientos se feriaban los prioratos con bastante descrédito entre los seculares y otras religiones por ser tan público. Tomó para sí el padre Guerrero ocho prio-

ratos pequeños y ocho grandes. La elección de provincial recayó en fray Gaspar Ramos, que es uno de esos peninsulares que se han vendido a los criollos y que a todo dice amén.

"Quiera Dios que Vuestra Paternidad pueda hacer algo para atajar tan demoniacos procederes. Dios guarde la vida de Vuestra Paternidad. México a 4 de junio de 1699. Fray Juan Fermín de Armendáriz."

Fray Diego dobló la carta y la devolvió a fray Bartolomé Gil Guerrero, que se la había traído. Lo felicitó por haberla interceptado antes que llegara a Veracruz, aunque pocas consecuencias hubiera tenido el arribo a su destino. En España se vivía una situación política tan crítica que nadie se ocuparía de un negocio de tan poca monta como el tratado en la misiva.

—Los rumores que se han escuchado sobre la muerte del pobre rey idiota —continuó argumentando el padre Cadena— no dejan lugar a dudas, aunque hayan sido recientemente desmentidos. Al morir Carlos II sin descendencia, se abrirá el problema de la sucesión y con él las luchas por la Corona. Como los zopilotes que revolotean sobre la carroña, aparecen ya las naciones que se disputan esa apetitosa podredumbre que es el imperio español. El rey Luis XIV quiere meter en España su borbónica nariz a través de un miembro de su familia; es ya público que su sobrino nieto Felipe es el elegido. Por su parte, los Austrias no dejarán que salga de su linaje tan rico legado, pues la pérdida de esos territorios significaría deshacer las tenazas entre las que pretenden tener sujeta a Francia. Todo me huele a guerra. Pero ¡aleluya!, en los interregnos es cuando mejor se puede medrar y la situación actual de la Península es para nosotros muy benéfica.

—Ni que lo diga Su Paternidad —comentó el padre Gil Guerrero—. Aún no muere el rey y en la fiesta de ayer en Palacio ya se escucharon algunas voces altisonantes contra el virrey conde de Moctezuma y contra algunos de los oidores peninsulares. El conde de Santiago, boquiflojo como es, estuvo alardeando de ser la más noble cabeza de este reino, más aún que el virrey; y hubo miembros de los cabildos civil y eclesiástico que parecían secundarlo. Lo asombroso es que ningún peninsular lo contradijo.

—Lo ve Su Paternidad —concluyó fray Diego—: a río revuelto ganancia de pescadores. Este es muy buen tiempo para consolidar nuestras posiciones frente a los gachupines, de tal forma que cuando llegue el nuevo rey sea imposible ya destejer lo tejido.

En el rostro de fray Bartolomé se dibujó una sonrisa que a los pocos minutos se convirtió en beso sobre la mano de fray Diego y en despedida.

—¡Ah, me olvidaba! —dijo regresando de la puerta y sacando una cajita de la manga del hábito—; el padre Salguero, prior de Xonacatepec, le envía este presente como muestra de agradecimiento por haberle concedido el cargo.

Cuando hubo salido el ex-provincial, fray Diego abrió la caja y tomó el obsequio entre sus manos; un Cristo de cristal de roca guarnecido de filigrana de plata le mostró sus brillantes perfiles Después de admirarlo lo volvió a guardar en su estuche.

"Las cosas comienzan a ser como antes —pensó satisfecho—. Fray Antonio Gutiérrez, con su candidez, creyó que podría acabar conmigo logrando obtener el gobierno provincial por tres años. Ni siquiera le valió el recurso de mandar traer más peninsulares, e insistir que fueran castellanos y no andaluces para reforzar su facción. ¿Qué fue su trienio más que un periodo de mediocridad? Creía que al hacer uso de los mismos recursos que yo podría lograr un cambio. Aún recuerdo cómo manipuló, con cierta maestría, debo reconocerlo, las elecciones para que saliera Gil Guerrero como provincial. Castellanos y yo quedábamos así eliminados, pero el inocente no contaba con mis innumerables recursos.

"En cuanto a Castellanos, que Dios tenga en su gloria, se murió en el momento más propicio. Su ida a España y su regreso con los apoyos del condestable de Castilla y de una bula papal que lo adscribía a la provincia de México, le dieron una posición peligrosa para mis intereses. Finalmente hay algo que debo agradecer a Sicardo, pues gracias a su insistencia Castellanos fue repatriado y eso lo alejó por un tiempo de aquí. Ya me imagino su cara cuando se entere de lo que logré. El bien de la provincia y de los criollos está ahora de nuevo en mis manos. ¿Quién puede gobernar a los agustinos de México mejor que yo, para la mayor gloria de Dios?"

Una punzada en la espalda lo obligó a buscar otra posición en la cama. Con algún esfuerzo alcanzó una campanilla que colgaba del dosel del lecho y la hizo sonar. Al poco rato entraron un sirviente y un fraile a ver qué se le ofrecía. Pidió que le pusieran otro almohadón a la espalda y que le trajeran la tisana que le recetara el médico. Después los hizo salir.

"En qué estaba... ¡Ah, sí! El gobierno de la provincia tiene que regresar a mis manos sin restricciones. A Gil Guerrero lo podré manejar bien, es un mozo inteligente y ambicioso, pero no tiene experiencia y es demasiado enjundioso y arrojado. Le falta prudencia, la más dúctil, pero también la más difícil de manejar de las virtudes cardinales. Y a fray Antonio Gutiérrez se

le puede controlar con una amenaza, lo mismo que a sus secuaces. Cómo detesto a esos gachupines reformadores que piensan que todo lo que ellos hacen tiene la bendición de Dios, y que lo hecho por nosotros procede de Satanás. No entienden nada. No se dan cuenta que somos los criollos los que tenemos la razón. Estas tierras son nuestra patria y en ellas hacemos lo que queremos. Con sobornos cautivamos las voluntades de sus autoridades, que hacen lo que pedimos; nuestras son las tierras y las minas, y a nosotros obedecen los indios y los mestizos. Nada pueden hacer los gachupines sin nuestro consentimiento."

La entrada de un frailecillo, que anunciaba la visita de don Diego Velázquez de la Cadena, lo sacó de sus criollos pensamientos.

—Pasad sobrino —dijo el fraile al ver una sombra de pie en la puerta—, ¿qué te trae por esta humilde celda?

El caballero se aproximó al lecho y besó la mano del tío. Mientras expresaba las cortesías de rigor y hacía votos por la salud del enfermo, éste pensaba en lo bien vestido que venía y en lo que debió gastar en esa casaca roja a la última moda. Y no era para menos; ahora ya era detentador del mayorazgo De la Cadena, que poseía las cuantiosas propiedades que le dejaran al morir sus tíos don Pedro y doña Elena; como heredero de esta última, era además señor de Yecla. Un año atrás se había desposado con doña María Rosa de Cervantes Cassaus, hija del capitan don Gonzalo de Cervantes Cassaus Altamirano y de doña Isabel Vázquez Garay, gente de la más rancia aristocracia criolla, la cual aportó como dote al matrimonio dos haciendas. Todo estaba preparado para hacer de don Diego un hombre de altos vuelos. Cuando aún vivía don Pedro se le consiguió el título de caballero de Santiago y su carrera iba en ascenso. Quizás pronto sería marqués. En Diego se concretaban las esperanzas de varias generaciones y doña Catalina, madre de fray Diego, hubiera estado orgullosa de lo que ese vástago de su linaje había conseguido.

—Mi primo —continuaba hablando el visitante—, don Nicolás Carlos Leonel de Cervantes, os envía un saludo y una disculpa por no poder venir a veros. Sus ocupaciones en la Universidad no le permiten ni un respiro...

"Ese otro sobrino —pensó fray Diego— llegará también lejos. Habrá que conseguirle una canongía en la Catedral y con el tiempo, quizás, obtenga un obispado."

—El señor virrey —seguía don Diego con su discurso— me ha hecho el honor de invitarme a una función de teatro que se presentará en Palacio

este fin de semana. Muy poca gente ha sido llamado a tan selecto acto y es un honor...

—En la época del virrey Mancera —interrumpió fray Diego—, el hombre más amante del teatro que ha pisado estas tierras, se organizaban representaciones en Palacio todas las semanas. La Corte no es ahora lo que fue en esos tiempos.

El religioso guardó silencio un momento al recordar esos días. Fue entonces cuando conoció a Juana de Asbaje, esa mujer excepcional a quien tanto admiró. Cómo había sentido su muerte durante la terrible epidemia del 95.

—¿Sabes que el señor virrey apadrinó mi examen de doctorado en Teología? —agregó como para alejar la sombra de la muerte—. Mira, sobrino, el conde de Moctezuma es un viejo zorro que está buscando aliados entre los criollos. Se prepara para recibir con buenos apoyos la llegada del nuevo arzobispo. Mientras no se sepa en quién recaerá el cargo y qué cosas traerá entre manos, el conde busca hacerse fuerte.

Don Diego, que estaba poco enterado de los vericuetos de la política, mencionó las buenas relaciones que el conde había tenido con don Francisco de Aguiar y Seijas y de sus acertados manejos en materia eclesiástica.

—No tomas en cuenta —argumentó fray Diego— que el conde no tuvo problemas con el arzobispo porque Aguiar puso desde un principio sus condiciones; se negó a proveer los curatos que vacaban en los recomendados del virrey y vetó toda concesión a favor del nuevo gobierno, al que consideraba corrupto. Ni siquiera cedió cuando el virrey quiso comprarlo ofreciéndole el indulto a su pariente don Francisco de Seijas y Lobera, alcalde mayor de Tacuba, acusado de cercenar moneda.

—Pero el señor conde —intervino don Diego— tiene mucho qué ofrecer ahora que el arzobispo ha muerto y que no hay quien se oponga a sus designios.

—Calla, calla —lo interrumpio de nuevo el tío—. Estás halagando a la persona equivocada. No falta un año, o a lo sumo dos, para que la estrella del señor conde de Moctezuma deje de brillar. Con los tiempos que corren, no te entregues a quien sale sino al que va a entrar.

El sobrino lo miró con una mirada inquisitiva. Sin duda su tío conocía mejor el juego y sabía cuáles eran las cartas a tirar en ese momento.

—Toma —le dijo poniéndole en la mano la cajita que contenía el crucifijo de cristal de roca—, haz llegar este presente en nombre de nuestra familia a don Juan Ortega y Montañés, obispo de Michoacán. Él será el próximo arzobispo de México y, tal vez, algo más.

El caballero tomó el obsequio e hizo una seña preguntando si podía verlo. El tío asintió. Los ojos del visitante se abrieron sorprendidos.

—Ese funcionario —habló fray Diego como para sí—, fiel a la Corona y a sus intereses como un perro, va a llegar muy lejos. De inquisidor mayor, que fue como llegó, ascendió a los obispados de Guadiana, Guatemala y Michoacán. Cuando el conde de Galve salió de esta Nueva España fue nombrado virrey interino mientras llegaba el conde de Moctezuma; su carrera ha sido impecable. Además ¿cuál de los obispos de Nueva España puede ocupar la sede arzobispal? El obispo de Puebla don Manuel Fernández de Santa Cruz está ya muy anciano y enfermo, morirá pronto. Los de Oaxaca, Guatemala o Nueva Galicia no tienen los méritos. Sólo queda el de Michoacán. Y como están las cosas en España, pronto habrá un interregno; el conde será destituido y, lo que se acostumbra en esos casos, el arzobispo ocupará interinamente el cargo. Hay que estar bien con don Juan...

Diego agradeció a su tío las recomendaciones, y éste concluyó su lección diciendo:

—Si quieres llegar lejos en la Corte, escucha: desconfía de todo el mundo y más de quien te busca con halagos. Aparenta; ganar la aprobación, la envidia, o al menos la tolerancia de los demás, sólo se consigue guardando las apariencias; el jugar a juego descubierto no es de utilidad ni de gusto. Sé pródigo en regalos hacia los que tienen el poder; la prodigalidad, por lo menos en momentos adecuados y juiciosamente escogidos, inclina las voluntades. Usa de la discreción y de la prudencia en tus comentarios, en tus juicios y en tus acciones; nunca sabes quién te está escuchando. Y por último, ten control sobre tus impulsos; no hay mayor señorío que el de sí mismo.

Un toquido en la puerta y la entrada de un sirviente con una bandeja de plata anunciaron la hora de la comida. Sobre la cama se colocó una mesita donde fueron puestas varias viandas: un caldo de pollo sin grasa, un poco de pescado hervido y unas tostadas rociadas con vino.

—Mira lo que me dan —comentó el fraile con un tono de queja—; por mi edad y mis achaques ya ni siquiera los placeres de la mesa me son permitidos. Dios me tome en cuenta estos ayunos por mis muchos pecados.

—¿Cómo va el enfermo? —dijo una voz que entró en la habitación como un viento de primavera—. ¿Ya pudo orinar Su Paternidad? ¿Siguen los dolores de espalda? ¿Cómo pasó la noche? ¿Se ha tomado sus medicamentos? Don Antonio de Robles le envía estos manuscritos de un diario que está escribiendo para que los revise y le recomiende qué puede agregar.

El religioso tomó los papeles y los puso sobre la cama.

—Todo sigue igual que ayer, doctor —fue la respuesta a la catarata de preguntas que se le hicieron.

Don Juan de Brizuela, médico de cabecera de fray Diego desde hacía varios años y catedrático de la Universidad, se quedó mirando a su paciente a los ojos por un momento; acercó después la mano a su frente y declaró:

—Las enfermedades pueden ser causadas por el exceso de bilis negra o amarilla, de flema o de sangre. La mayoría deben curarse con vomitivos y purgantes; pero Su Paternidad, al arrojar sangre con la orina, está mostrando que posee abundancia de ese humor, por lo que necesita una sangría. Llamaré al cirujano para que se la practique esta tarde.

Fray Diego hizo una mueca de desagrado. Estaba ya harto de boticarios, especieros, herbolarios, curanderos, barberos, flebotomistas, algebristas y componehuesos, a quienes acudió sin ningún resultado. Con sanguijuelas y bisturís le sacaron sangre varias veces y su estómago estaba revuelto por tantos bebedizos y tisanas que ingería.

—No debe quejarse tanto Su Paternidad —espetó el médico interpretando la mueca de fray Diego como un reclamo—. Hay tantos que sufren mil veces más y reciben con paciencia esas pruebas de Dios. En esta semana he atendido tanta gente que sufre de esquilencias, flujos, tabardillos, diarreas, erisipelas y calenturas, todo provocado por los vapores de las lluvias, que estoy espantado. Muchos no llegarán a la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. Su Paternidad está en un lecho de rosas y su mal no es de gravedad.

El fraile hizo un gesto de aceptación. Con una sonrisa despidió al médico y al sobrino, que salieron de la celda deseando al enfermo un pronto restablecimiento. Cuando estuvo solo, fray Diego se entregó a sus pensamientos.

"¿A mí qué me importa que haya tanta gente enferma? Mis dolencias son en estos momentos para mí las peores del mundo. Bien declara el dicho: 'mal de muchos, consuelo de tontos'. Pero ¿me dirá el médico la verdad?, ¿mis males no son graves? ¿No estaré yo también, como esa gente que él menciona, muy cercano a la muerte?"

El recuerdo de los amigos muertos llegó a su mente como una punzada. Fray Marcelino de Solís, cuya amistad recuperó después del capítulo de 84, falleció tres años atrás por una dolencia de costado. Don Fernando de Valenzuela, el *Duende de Palacio*, que de regreso de su exilio en las Filipinas escogió la Nueva España por refugio y había hecho de fray Diego su confidente, murió a consecuencia de la coz de una mula. Su hermano don Pedro,

a quien tanto debía, y con el que lo unían lazos más fuertes que los del parentesco, feneció dos años antes víctima de una epidemia. Y el más sentido de todos, por su juventud y las promesas que su vida ofrecía, su sobrino Pedro, muerto en Guatemala con la espalda destrozada por la acción despiadada de un cepo al que vivió atado dos años.

Una plegaria comenzó a fraguarse en su cerebro, una plegaria por los muertos y por él, una súplica de perdón y un acto de contrición. La oración fue dirigida primeramente a Dios y a su hijo Jesucristo, y después a la Virgen de Guadalupe, de quien era devoto, y a Santa Rosa, para conseguir por su intercesión la anhelada salud.

Al terminar la oración su mano topó con el manuscrito que le trajera el doctor Brizuela. Como quien no tiene mucho interés, lo abrió en una página al azar y leyó:

"Caso raro. Lunes 7 de diciembre de 1693. Como a las once del día denunció, un clérigo ante el señor arzobispo, que una monja de cierto monasterio de esta ciudad estaba en amistad carnal hacía más de dos años con un religioso sacerdote de cierta orden, de quien había concebido y parido una hija; y reconociendo la criatura se halló que tenía en la cabeza señalada una corona; cuando el arzobispo quiso proceder contra el fraile los religiosos se opusieron y después lo enviaron a La Habana. La religiosa fue condenada a..."

Fray Diego interrumpió la lectura; una sonrisa que parecía más una mueca se había esbozado en sus labios. Sin nombres, con los hechos cambiados, esa era la noticia escueta que pasaría a la posteridad sobre la historia de Pedro y Antonia. Pobre muchacha, qué desgracia la suya... más valía no acordarse.

"En esta vida —pensó— todos tenemos un infierno; los matrimonios que cohabitan sin soportarse, los religiosos que pasan por periodos de escrúpulos, los que tienen que convivir con los demonios de la locura, del vicio, de la enfermedad o de la vejez... ¡Ay!, este dolor de nuevo!"

—Fray Ángel, venga a ayudarme.

El frailecillo y el sirviente entraron en la habitación y ayudaron a fray Diego a incorporarse del lecho. Mientras orinaba en el bacín que le habían acercado, el fraile pensaba:

"El infierno lo trae cada uno dentro".

Convento de Jesús María, 27 de junio de 1700.

"Sor Marina, después de enviudar de su segundo marido, entró con su hija pequeña al convento para vivir como siempre lo había deseado. No obstante, comenzó el año de noviciado con alguna tibieza por el amor que tenía a su hija y los cuidados que a ella dedicaba. No reparaba en que con esas ocupaciones le quitaba tiempo a la oración y al estudio. Dios la amonestaba con interiores inspiraciones pero como no bastasen para su enmienda, levantando el temerosísimo azote de su poder, quiso redimirla de sus yerros con una de aquellas espantables acciones en que se veneran, con miedo, sus ocultos juicios. *Hallábase Marina componiendo con singular complacencia a su pequeña hija, cuando de pronto a ésta se le demudaron las facciones y atronando a todo el convento con desentonados alaridos, comenzó a desbaratarse a bocados las tiernas carnes y a herirse con las uñas el hermoso rostro, quebráronsele los ojos, conveliéronsele los nervios, faltáronle los sentidos y padeciendo los más fieros síntomas que jamás vieron los mortales, en breves instantes, sin poderle administrar sacramento alguno, entre espumarajos y borbozadas de sangre le faltó el alma.*

"A partir de aquí sor Marina comenzó una vida de santidad y renuncia, puso hierros y punzantes rayos en sus piernas muslos y brazos y en su cintura una gruesa cadena. Siempre durmió vestida, recostada en un tablón y reclinada la cabeza sobre una piedra. Bajaba al refectorio con una pesada cruz sobre sus hombros o bien disciplinándose las espaldas con látigos o arrastrando pesadas piedras atadas a sus pies. Y como si todo esto fuese poco, con palabras ponderativas y abundantes lágrimas se acusaba de sus más leves faltas y pensamientos.

"A todo esto se agregaban las terribles tentaciones y los ataques de los demonios, que la atormentaban haciéndole gestos y visajes para causarle risa mientras rezaba, le derramaban el chocolate que era su único sustento, e incluso la golpeaban y le arrojaron jarros y objetos causándole heridas en la cara y el cuerpo.

"Cuando estas tentaciones pasaban, *Cristo, atrayéndola hacia sí con unas caricias amorosísimas, comenzó a regalarse con ella, pasándole por las mejillas y rostro sus divinas manos y como si no bastase esta acción para que por ella conociese lo que la amaba, le dijo con una ternura en extremo grande: 'hija Marina, consuélate que tus pecados te son perdonados, pero sigue tus ejercicios y no los dejes'.*"

Sor Inés terminó la lectura del episodio de la vida de sor Marina de Jesús y cerró el libro. El *Paraíso occidental* de don Carlos de Sigüenza y Góngora se había convertido en la lectura preferida de sor María desde hacía varios días.

—Esa hermana —dijo la madre Trinidad que había escuchado el relato atentamente—, ¿es la que está en uno de los arcos del coro alto, entre tafetanes y vidrieras, en una caja tachonada de clavos dorados, forrada de brocado y cubierta de terciopelo carmesí?

—Ésa es, madre —respondió la monja lectora como quien está acostumbrado a escuchar siempre la misma pregunta—. La madre Marina ha hecho ya muchos milagros a través de sus restos.

—Pues sor Marina quiera ayudarme para que acaben mis muchos tormentos —dijo la anciana y se quedó mirando fijamente sus manos sobre el regazo.

—¿No quiere salir a dar una vuelta? —inquirió sor Inés, acercándose solícita a la silla donde estaba sentada su amiga. Desde que murió sor Clara, su compañera de celda, sor Inés se vino a vivir con la madre Trinidad y le servía de enfermera y de dama de compañía.

—Después de lo que pasó con sor Antonia —fue la respuesta—, le juro a Su Merced por la Virgen Santísima que mi vida cambió. Por penitencia me he privado de muchas cosas para que Dios Nuestro Señor me perdone: duermo en un jergón; me acompañan tan sólo un crucifijo, un rosario de cuentas de madera y una pequeña vela; un poco de agua y un trozo de pan son mi único sustento; ¡ah!... y no salgo de mi celda.

—¿Vino a verla su hermana doña Francisca? —comentó sor Inés con la idea de alejarla de unos pensamientos que sabía podían conducirla a la angustia.

—Sí, hablé con ella, está muy bien desde que murió su marido, don Domingo de la Rea, hace ya dos años. Sabe... no la quería, la maltrataba todo el día y le recordaba siempre que era una huérfana recogida... como lo fui yo... Llame por favor a Isabel o a María de las Vírgenes para que laven esas ollas sucias que están sobre la cocina. ¡Ay estas muchachas!, se la pasan todo el día charlando en los lavaderos.

Sor Inés la miró con ternura, la mención constante que sor María hacía de gente muerta, como si estuviera viva, se iba haciendo más constante cada día.

—Buenos días tengan Sus Mercedes —llegó diciendo la madre abadesa sor Antonia de San Lorenzo, mientras entraba a la celda sin haber tocado—. ¿Cómo está hoy, sor María? La veo muy bien.

Sor María, sumergida en su mutismo, no quitó la vista de sus manos. Sor Inés respondió al saludo con una frase amable.

—Le traigo de regalo este *Agnus Dei*, me lo enviaron de Roma con las bendiciones de Su Santidad —insistió la madre superiora acercando el regalo a la enferma. No recibió respuesta. Sin darle importancia al hecho, guardó de nuevo el obsequio y agregó:

—La ciudad está toda en revuelo por la controversia de ayer entre el señor conde de Santiago y el virrey. El conde de Moctezuma ha considerado un desacato a su dignidad el que sus pajes tuviesen que pasar después del carruaje de nuestro noble criollo a la salida de los toros. Como castigo, el conde de Santiago saldrá desterrado a San Agustín de las Cuevas hasta que no satisfaga al virrey por su acción.

La noticia no provocó reacción alguna en la madre Trinidad y sólo una sonrisa en sor Inés.

—Vengo a verla —continuó la abadesa como si hubiera tenido respuesta— porque necesito que firme este poder para don Esteban Bayo, nuestro mayordomo.

La madre San Lorenzo sacó de las mangas de su hábito un pliego de papel, lo extendió frente a sor María y explicó:

—Como ya le había contado, estamos metiendo una apelación sobre los espolios de don Francisco de Aguiar y Seijas. Nuestro abogado pedirá la restitución de mil doscientos pesos, producto de la renta de las casas que Su Merced posee en la calle de Santo Domingo y en la de la Estampa de Jesús María, confiscadas desde 1694 por el señor arzobispo. Como también están solicitando restituciones similares los conventos de San Jerónimo y San Lorenzo, es factible que consigamos una buena respuesta a nuestra petición.

"Ya sabía yo que esta arpía no venía sólo a una visita de cortesía —pensó sor María sin quitar la vista de sus manos—. De acuerdo con el testamento de mi padre, mis bienes pasarán a mi muerte a manos de sor Rosa y con ello al convento de la Santa Isabel. La abadesa quiere que esas casas se queden en Jesús María y por eso está tan interesada en este juicio. En verdad a mí no me importa lo que se hará con mis bienes cuando muera, pero dejárselos a Rosa me parece un sinsentido, aunque haya sido la voluntad de mi padre."

Sor María levantó la mano pidiendo con qué escribir. La abadesa le acercó solícita una pluma y un tintero que estaban a la mano. La madre Trinidad dibujó su nombre al pie del papel. Sor Inés firmó después de ella como testigo. La abadesa tomó el pliego y después de enrollarlo se despidió.

—Gracias, sor María, sor Ines, que Dios quede con Sus Mercedes.

—Cuando sucedió la desgracia de sor Antonia —comenzó a hablar la madre Trinidad en el instante que se cerró la puerta tras la abadesa—, a mí no me juzgaron con el rigor que merecían mis pecados. Como hija de un benefactor del convento se me concedió la absolución, con el solo castigo de un año de encerramiento en la celda tapiada y de ver confiscados mis bienes por el señor arzobispo. Está bien, una religiosa debe ser como un muerto, no debe gustar ni echar de menos cosa de esta vida, ni atender a tratos humanos ni a cumplimientos. Sin embargo, no puedo olvidar que a partir de entonces la madre San Lorenzo, ayudada por su protegida sor Elvira, me hizo la vida imposible. Andaban diciendo por todo el convento que yo era una alcahueta; las dos me causaron muchas molestias. Y ahora viene muy amigable. Y de sor Antonia, qué cosas no dijo, y la pobre sin poder defenderse. Qué tragedia tan grande la suya... Ahí, en ese lugar...

La madre Trinidad se encerró otra vez en el silencio. La narración de lo acontecido a la pequeña de sor Marina de Jesús le recordó a otra niña, también hija de una monja. Dos años atrás, una mujer que dijo llamarse Catalina Josefa la buscó en el locutorio; le habló de los muchos trabajos que tenía para mantener a Juana María Teresa, la hija de sor Antonia; le propuso que entrara como donada al convento. Sor María rechazó la petición; todas las religiosas sabrían quién era la niña que vivía con ella y volverían de nuevo los chismes y las acusaciones de antaño. Fue a su celda y sacó un puñado de monedas que dio a la mujer para la pequeña. Le dijo que ella le daría dinero siempre que viniera a pedirlo. A partir de entonces no supo más de la mujer, y los remordimientos la atormentaban. No pudo ayudar a la *Toluca*, de cuyos sufrimientos se sentía culpable. ¿Si se hubiera negado desde el principio a prestarle la casita? Ahora también le fallaba a su hija. Dios la iba a castigar muy cruelmente por su falta de caridad. Pero ¿qué podía hacer? ¿Por qué todo el mundo la buscaba para pedirle algo? Todos querían recibir pero muy pocos le habían dado; quizás sólo uno, su padre. El recuerdo de don Diego del Castillo llegó como un bálsamo y la llevó a la tierra de los sueños. Cuando despertó, una angustia terrible la invadía.

—¡Ay hermana Inés!, tuve una pesadilla. El señor San Miguel golpeaba con un látigo a sor Antonia, le gritaba pecadora y mandaba a Lucifer que viniera a torturarme. Tengo frío, quiero acostarme.

Sor Inés ayudó a la enferma a incorporarse de la silla y la llevó a la cama. Una vez en ella, sor María le pidió el crucifijo de marfil que estaba sobre la

cabecera y un rosario de perlas. Con estas armas la monja se preparó para la batalla con el Enemigo Malo.

Al poco rato la enferma lanzaba oraciones e invectivas contra Satán, como hacían las santas de aquellas historias leídas tantas veces. Esperaba al Demonio de formas animalescas, que le lamería el rostro y la orinaría y escupiría. Le propondría después mancillar una hostia consagrada y blasfemar. La monja, sabedora de que eso pasaría, y advertida por sus lecturas sobre lo que tenía qué hacer, presentaría el crucifijo y exclamaría:

—*Vade retro Satan*.

El mágico ensalmo provocaría aullidos y la veloz retirada del Maligno. Al término de la batalla, la Virgen María bajaría hacia ella entre nubes con el Niño Jesús en los brazos y la llevaría al Cielo. Pero nada de eso sucedió, tan sólo un fuerte dolor en el pecho y la sensación de que el aire le faltaba. Sor Inés salió corriendo a llamar a la abadesa para pedirle ayuda. Al encontrarla le explicó cómo sor María se puso a manotear, con los ojos angustiados y la boca abierta, sin poder decir palabra. La madre superiora mandó a traer al capellán del convento, envió a la madre tañedora a llamar a difuntos y dio aviso a toda la comunidad de que la hermana sor María de la Trinidad estaba por partir de este mundo hacia el más allá.

Poco tiempo después la habitación de la religiosa estaba llena de monjas. Algunas eran amigas de la moribunda; otras, sólo curiosas. El rostro de sor María estaba ahora plácido y tenía cerrados los ojos; a su lado sor Inés cargaba un cirio encendido. En el recinto se escuchaba una voz que leía los salmos penitenciales. Cuando entró el capellán se hizo el silencio; todas las religiosas se cubrieron con un velo. Dos monjas jóvenes se acercaron a la cama cargando un hisopo, un incensario y una botella con aceite. El sacerdote recitó las encomendaciones, hizo la señal de la cruz sobre las presentes y purificó alrededor de la cama con incienso y agua bendita. Al terminar, volteó hacia la comunidad y dio un breve sermón edificante:

—Cristo, la Virgen y todos los santos de la Corte celestial están aquí, en este momento, como están siempre que algún cristiano muere. Aquí está también el ángel guardián de sor María para ayudarla a vencer a Satanás en la lucha final por su alma entre las tropas diabólicas y la legión celeste. El arcángel San Miguel prepara su balanza para pesar las buenas y malas obras de sor María. Dentro de poco, ella deberá presentarse ante el tribunal de la Divina Justicia. La muerte, con su guadaña y su reloj de arena, espera tras esa puerta la orden de Dios para entrar. Esa muerte que a todos nos iguala, al

rey y al vasallo, al clérigo y al laico, al pobre y al rico, al hombre y a la mujer. Pensad vosotras qué haríais si fuérais llamadas también en estos momentos. ¿Os salvaríais?

"Vosotras, esposas de Cristo, debéis ser como esas sirvientas precavidas que guardan entre el rescoldo algunas brasas para no tener tanto trabajo en encender lumbre a la mañana. Estad prevenidas para cualquier hora que llame el Esposo teniendo santos pensamientos para salirle a recibir con las luces de afectos encendidos.

"Pero ¡ay de aquellas esposas que debiendo estar consagradas todas a su servicio, se ocupan en usos humanos! ¿Qué sería si se profanase en abusos menos decentes a su soberano estado? Dios nos libre que el vaso consagrado al altar o la ropa dedicada al sacrificio se hayan de profanar en convites. Pero si habéis caído en tan profanos usos, aún es tiempo de pagar los excesos, de mortificar el alma y el cuerpo, ese cuerpo rebelde e insumiso.

"Si nuestra hermana María ha sido fuerte y ha vencido, irá a gozar del tálamo eterno y de los deleites infinitos de aquellas celestiales bodas del Cordero, a quien siguen con himnos y cánticos sus esposas vírgenes entre placeros saraos y recreaciones que no han de tener fin.

"Pero si por desgracia ha sido de aquellas que han faltado al cumplimiento de los mandatos divinos, y aún no se ha arrepentido suficientemente de sus culpas, entonces saldrá a recibirla el horrible escuadrón de los demonios para llevarla a sufrir..."

—Si pudiera hablar con mi padre... —interrumpió la moribunda regresando de su letargo—. ¿No pueden llamar a la madre Felipa de Santiago? Ella tiene mucha familiaridad con las ánimas del Purgatorio, a quienes pregunta y responde sin miedo alguno; dicen que estando ciega andaba por toda la casa como si tuviese vista, afirmando que las almas, sus queridas, la conducían para que no cayese. Ella me dará razón de mi padre...

El capellán volteó hacia la cama para fulminar con la mirada a quien había osado interrumpir su *ars moriendi*. Pero sor María no se dio por aludida y siguió hablando de su padre y de sor Felipa.

Ante tal situación, el capellán decidió comenzar con el rito de la Extremaunción de inmediato.

—Señor, ten misericordia.

Sor María guardó silencio ante la frase que iniciaba las letanías fúnebres y fijó su mirada en el sacerdote, a quien parecía estar escuchando atentamente. Las menciones a los días de la ira divina y al Juicio Final la remitieron

a una voz que le pedía su declaración y confesión en la causa de sor Antonia y a una sentencia fulminante: culpable por encubridora. ¿Y cómo hubiera podido no ayudarla cuando era tan dulce y pedía las cosas con tanta suavidad? ¿Cómo negarse ante sus súplicas, sus caricias y sus halagos? Si no hubiera aparecido ese demonio de fray Pedro ambas seguirían siendo felices, tanto como lo fueron en aquellos días en los que todo eran juegos y charlas.

Sus ojos se iluminaron con el recuerdo de Antonia saliendo del baño y de ella secándola y peinándola. El sacerdote recordaba en esos momentos:

"Cuando mueras, tu cuerpo se hundirá en la tierra y será pisado de todos; tu sucia carne comenzará a tomar apestosa fetidez, hasta desprenderse de tus huesos. ¿Quién te hará entonces compañía? Tan sólo los gusanos que te desgarrarán y te devorarán..."

Sor María escuchaba la voz cada vez más lejana.

6. EL REFORMADOR

Sassari, Cerdeña, 31 de octubre de 1703.

—Allá enfrente está Francia y hacia el poniente España. Qué desconcertantes son los caminos de la política. Dos naciones que llevan peleando un siglo y medio ahora son aliadas.

La mirada de fray Joseph se perdió en la líquida infinitud de ese mar azul intenso, iluminado con la luz de la tarde. Tras sus espaldas, unas nubes aborregadas corrían hacia el oriente y se perdían en el horizonte.

—Aunque Su Santidad Clemente XI se ha interpuesto para excusar la guerra entre el emperador austriaco y los borbones, no ha sido posible evitarla. Una más, ¿cuándo aprenderá el hombre a vivir en paz?

El fraile, sentado en una roca, escuchaba el rugir de las olas estrellándose contra la pétrea orilla. Con ese incesante movimiento, sus pensamientos se transportaron a lo que estaba sucediendo en su tierra natal.

—Esa guerra externa que sostiene España con Austria, la que antes era su aliada, ha provocado enfrentamientos entre los mismos españoles. El cardenal de Toledo, Portocarrero, desterró de nuevo de Madrid hace poco al almirante de Castilla y a los condes de Oropesa, Aguilar y Monterrey, por ser

poco afectos a la casa de Borbón. Hasta mi querido hermano Juan Bautista ha caído en desgracia por su insensata oposición a Felipe V. Ahora viene hacia acá desterrado por su insumisión. Debió hacer lo que yo y aceptar los hechos. Incluso estoy convencido que va a ser para bien el cambio de dinastía; los Austrias han llevado a España a una situación tan miserable por su ineptitud y su corrupción que los borbones no lo harán peor.

El mar era una planicie de oro líquido cuando fray Joseph decidió regresar a Sassari. Aunque Sorso, el puerto de la ciudad, estaba algo retirado de la capital, el religioso iba allí a menudo para disfrutar las vistas de su costa. Con un movimiento rápido subió al carruaje que lo esperaba y dio la orden de partida. Las nubes comenzaron a tomar los colores naranjas del ocaso sobre un serpenteante camino que corría entre riscos y cactáceas. El paisaje remontó a Sicardo a la lejana Nueva España.

"Los problemas —pensó redactando mentalmente lo que tomaría con el tiempo cuerpo en un informe— comenzaron en 1694 con mi nombramiento como procurador general de las provincias agustinas de México y Filipinas. Mi amigo fray Antonio Gutiérrez había ganado las elecciones del capítulo de 1693 en la provincia de Nueva España y realizó importantes reformas: se concedieron prioratos a frailes emprendedores para que acabasen sus templos y se terminó con las irregularidades y corruptelas. De inmediato empezaron a salir todos los vicios a los que condujo el tiránico dominio del padre De la Cadena. La historia esa del frailecito y la monja fue sólo un ejemplo de la sodoma en que vivía la provincia. Bien merecido se tuvieron el castigo que se les dio. Gracias a Dios, la restauración de la legalidad iba por muy buen camino, y gracias a mis gestiones se habían enviado quince religiosos de Castilla para reforzar la alternativa. En 1696 recibí con beneplácito las noticias que el capítulo fue hecho al gusto de fray Antonio. Logré finalmente, después de mucho esfuerzo, que el padre Castellanos, tan conflictivo y poco benéfico para la paz de la provincia, fuera repatriado a España. Estaba implantado de nuevo el orden. Pero en 1699 la reforma recibió un duro golpe debido a la alianza entre fray Bartolomé Gil Guerrero y el padre Cadena. Eligieron a un peninsular, pelele de ellos. ¡Cuánta maldad! Para esos criollos las alianzas y el compadrazgo tienen más peso que las obligaciones dictadas por el servicio del rey y hasta por el de Dios."

Cuando los últimos grises tiñeron las rosáceas nubes, el carruaje entraba por callejuelas estrechas e irregulares que vibraban con los cantos de los gallos, los ladridos de los perros y los gritos de la gente. Sicardo recordó su

Madrid natal. Al paso del religioso, los transeúntes hacían reverencias y se quitaban los sombreros. Cuando las campanas llamaban a las oraciones nocturnas, el carruaje llegó a las puertas de la catedral acompañado por las sombras que anunciaban la noche. Fray Joseph descendió y entró al templo.

El interior del recinto estaba apenas iluminado por la luz titubeante de algunos cirios. Fray Joseph avanzó entre la penumbra hasta el coro, donde el cabildo eclesiástico ya lo esperaba. Dos racioneros pusieron sobre su cabeza la mitra, mientras intercambiaban miradas inquietantes; un tercero le extendía el báculo con una mueca de disgusto. A una señal del señor arzobispo, se iniciaron los cantos.

Fray Joseph Sicardo fue nombrado desde fines del año anterior prelado para la diócesis de Sassari y arzobispo metropolitano de Cerdeña y Córcega. El 31 de diciembre recibió el palio arzobispal. El cardenal agustino fray Enrico de Noris, a quien conoció en Roma durante su primera estancia, lo recomendó al rey Felipe V y a Su Santidad Clemente XI. El religioso aceptó la dignidad episcopal para la mayor gloria de Dios y se encontró con que, de nuevo, la Divina Providencia lo llamaba a reformar las costumbres y a enfrentarse a las fuerzas del mal. Tenía diez meses en la sede y ya se había percatado de que varios miembros del cabildo llevaban una vida poco propia de un clérigo; Sicardo intentó eliminar privilegios y exenciones y obligó a los infractores a rectificar su conducta inmoral. Ahí comenzaron los problemas.

Al terminar las completas, el arzobispo pidió a su cabildo, en un italiano con fuerte acento español, que se reuniesen con él en la sala capitular en unos momentos.

Los canónigos se miraron intrigados unos a otros. Dos de ellos se acercaron al prelado para retirarle los atributos episcopales. Minutos después todos abandonaban el coro para ir al lugar señalado para la reunión.

—Queridos hermanos en Cristo —comenzó diciendo el prelado—, somos servidores del pueblo de Dios y como tales debemos dar continuo ejemplo de virtud.

Con sus gestos, los capitulares hicieron notorio que ya sabían hacia dónde se dirigía el sermón.

—*El día del Juicio* —continuó el orador con un ligero tono de descontento en la voz— *llamará Dios a sus ministros incumplidos y les dirá: ven acá hipócrita, que predicabas virtud y la aborrecías, que traías hábito de muerto y tenías sentimientos y pasiones de vivo; profesaste obediencia y querías ser obedecido, pobreza y eras propietario, castidad y eras torpe y deshonesto.*

El deán bostezó en forma ostensible, lo que terminó por enfurecer al arzobispo.

—*Cuando eras prebendado* —concluyó con las facciones alteradas y un tono subido— *afligías a los que con continua virtud me servían de día y de noche. Y tú, que me ofendías, querías ser más regalado que si vivieras en el siglo. Debías sin duda pensar que eras dios. Ahora verás miserable cómo eres un hombre frágil y quebradizo. Y el Señor de los Ejércitos no tendrá misericordia en el castigo de aquellos que, debiendo ser pastores, fueron lobos.* He decidido llevar a cabo una visita episcopal y voy a comenzar por revisar las actas del cabildo catedralicio.

Un silencio profundo se dejó sentir tras las palabras de Sicardo; pero el arzobispo sabía, por la mirada indiferente de sus capitulares, que la semilla había caído entre las rocas. Con una señal los despidió y se quedó pensativo.

¿Qué pasaba en el mundo? ¿Sería cierto que se acercaba el Juicio Final y que el Anticristo ya reinaba sobre la tierra? Por todos lados la maldad, la corrupción y la injusticia se enseñoreaban sin dificultad. Estaba ya cansado de intentar reformar al mundo con resultados tan escasos. Se sentía solo en su lucha, solo en esa isla perdida en el Mediterráneo a donde había sido enviado, ahora lo veía, más como un exilio que en reconocimiento de sus méritos.

Con el ánimo decaído salió de la catedral y se dirigió al palacio episcopal. Un sirviente lo recibió en la puerta con una inclinación de cabeza. Entre los obscuros nubarrones de una profunda depresión, fray Joseph se dirigió al comedor y se sentó ante una enorme mesa. El sentimiento de soledad le fue aún más manifiesto. Se levantó de inmediato; ese día no tenía apetito, se iría a acostar temprano. El arzobispo subió las escaleras rumbo a sus habitaciones con los brazos caídos y la mirada baja.

A la mañana siguiente, después del desayuno, alguien llamó con insistencia a la puerta del palacio episcopal. Fray Joseph mandó a un criado a abrir.

—¡Hermano! —exclamó—, bienvenido seas. Gracias a Dios que has llegado con bien. ¿Cómo te ha ido de viaje?

Fray Juan Bautista dejó el bulto que cargaba sobre el suelo y fue a abrazar a fray Joseph. A los pocos minutos ambos charlaban animadamente sobre la guerra.

—Unos barcos de la armada hispanofrancesa pasaron ayer por la tarde frente a Sorso, los he visto desde la playa —comentó el prelado para dar inicio a la charla.

—Irían a Nápoles —acotó fray Juan Bautista—, algo gordo se está tramando en Italia. Francia quiere recuperar el Milanesado que le cedió a Aus-

tria por el tratado de La Haya y se prepara para la guerra. Cuando aún vivía Su Majestad el rey Carlos, cinco años hace, ese zorro de Luis XIV ya había repartido el imperio español como si fuera cosa de su propiedad. Regó bien la plata en Inglaterra y en Holanda para que aceptaran sus designios de nombrar heredero en España al príncipe elector Fernando Joseph de Baviera. Pero su candidato se murió antes de lo previsto. Consiguió después el apoyo del cardenal Portocarrero para que inclinara la voluntad del rey y éste hiciera testamento a favor de su sobrino Felipe de Anjou, ese indigno rey que gobierna España. Y claro, ahora que ha logrado lo que quería desconoce sus promesas sobre la renuncia de Felipe a sus derechos a la Corona gala. Austria ha reencontrado así a sus antiguas aliadas, Inglaterra y Holanda, temerosas que Francia rompa con el equilibrio europeo y se apropie de España y de Italia.

—Y con el del mundo —lo interrumpió su hermano—. A esa liga de La Haya se han unido ahora Portugal y Saboya. Todos temen a un imperio que domina sobre vastas regiones de América y que tiene plazas en Asia y en África, en manos de la casa de Borbón. A pesar de todo eso, yo creo que el reinado de Felipe de Anjou es lo menos malo que le puede pasar a España en estos momentos.

—Pero los borbones —arengó fray Juan algo alterado— son inmorales y corruptos. Basta ver sus componendas con los protestantes y los jansenistas. Con ellos pronto veremos a España sumida en la herejía. La Monarquía austriaca es mejor guardiana de la fe y defensora de la Iglesia.

—Según sé, Su Santidad ha dado todo su apoyo a los borbones —argumentó concluyente fray Joseph.

—Me he pasado preso dos años por la intolerancia de esos bastardos y ahora encuentro que en mi propia familia se les glorifica y defiende —dijo el recién llegado con un dejo de amargura.

Al ver que la conversación tomaba un sesgo conflictivo, y para aplacar el ánimo de su interlocutor, el arzobispo recordó a su hermano las batallas ganadas juntos. En breve los dos charlaban de nuevo amigablemente sobre su separación de la provincia de Castilla. En 1694 fray Miguel Manzano, rector del colegio de Doña María de Aragón, y fray Félix de Orellana sustrajeron de la celda de fray Joseph varios documentos que éste había traído de Indias; el delito, untado con la plata mexicana que Cadena había mandado, recibió el apoyo del prior de San Felipe el Real y del provincial de Castilla, quienes también tuvieron problemas personales con los Sicardo. Profetas no deseados en su tierra, los hermanos fueron enviados a Toledo, desde

donde se declararon en abierta rebelión contra su provincia. Solicitaron justicia al rey y ante la inutilidad de sus gestiones, decidieron presentar su caso a la Nunciatura Apostólica y viajaron a Roma. La sede papal les dio la razón.

—¡Ah, Roma, Roma! —dijo fray Juan Bautista—, ese paraíso de funcionarios y empleados, parásitos de la cancillería. A propósito, ¿cómo van los procesos de beatificación que llevabas ante la Sagrada Congregación de Ritos?

Fray Joseph, animado con el nuevo tema, comenzó a contar los avances de la causa de fray Bartolomé Gutiérrez, mártir en Japón. Ésa tenía más probabilidades que la del ermitaño de Chalma, fray Bartolomé de Jesús María, que por ser mestizo levantaba sospechas. Por eso dedicó todos sus esfuerzos a la primera y para impulsarla escribió una obra, *Cristiandad en el Japón*, publicada hacía unos años. El tema le dio para hablar de sus futuros trabajos: preparaba una pastoral para los fieles de su diócesis, un catecismo en lengua sarda, una historia del convento de San Agustín de Salamanca, las vidas de los santos de la orden de San Agustín y un informe sobre los abusos que deben corregirse en Cerdeña. A raíz de este libro, que estaba en gestación en su mente, comenzó a perorar sobre la nefasta herencia de corrupción que el gobierno de los Austrias dejó en la isla.

Comenzaban a enfrascarse de nuevo en una discusión sobre cuál dinastía era mejor para España, cuando la voz adolescente de uno de los pajes del palacio anunció:

—Llegó esto para Su Ilustrísima —y unos dedos casi femeninos le extendieron una carta.

Al ver la misiva, fray Joseph se animó por un instante. "¡Noticias de Nueva España!", pensó. Una mano nerviosa rasgó el sello y abrió el pliego.

"Mi Querido amigo:

"Me he enterado del nombramiento que Su Santidad ha hecho en la persona de Su Ilustrísima para ocupar la sede episcopal de Cerdeña. Mucho me he alegrado de tan buenas nuevas y de ver que nuestra Santa Madre la Iglesia sabe elegir como pastores de las almas a sus más destacados y virtuosos hijos.

"Por acá las noticias no son nada halagüeñas. El capítulo pasado ha estado, como el anterior, lleno de nulidades. La elección cayó en fray Diego Velázquez de la Cadena, que ocupa así el provincialato por segunda ocasión. La alianza, que ha llegado a ser franca amistad entre el padre Cadena y el padre Gil Guerrero, lo que yo nunca imaginé pudiera darse, ha echado por tierra mis esperanzas que las cosas cambien. Los criollos se tapan unos a otros sus corruptelas y se ayudan, pasando aun sobre sus enemistades. Co-

mo imaginará Su Ilustrísima, el padre Cadena continúa con sus nefastas prácticas; me he enterado que hace unos días la reina María Luisa, que gobierna en España como regente en ausencia de su esposo, envió una carta al nuevo provincial en la que le solicitaba no permitiera que en los conventos de su orden se ocultaran géneros de contrabando de China y del Perú. Por supuesto que esto no dejará de hacerse. Yo por acá poco puedo lograr. El padre De la Cadena ha conseguido ganarse la voluntad del arzobispo virrey don Juan de Ortega y Montañés, quien ha preferido esta componenda a tener problemas con esa sierpe. Dios quiera que Su Ilustrísima pueda, desde el lugar donde ahora se encuentra, influir ante la sede romana y la Corte de Madrid para acabar con esta situación.

"Dios guarde a Su Ilustrísima muchos años. Fray Antonio Gutiérrez. México a 8 de mayo de 1702."

Fray Joseph le ofreció la misiva a su hermano y le hizo una seña para que la leyera.

—Mañana —dijo con aplomo— escribiré varias cartas: una al cardenal Noris para que incline al general de la orden a nuestra causa, y otras dos a Su Santidad y a Su Majestad, poniéndolos al tanto de la situación que vive la provincia novohispana. Voy a escribir también un informe impreso para hacerlo circular ante la opinión pública. Acabaremos con esa canalla tarde o temprano.

En 1707 fray Joseph fue acusado de infidencia y deslealtad a la Corona borbónica; por ello se vio obligado a ir a España a dar sus descargos y responder a las acusaciones de sus enemigos. Durante el viaje, su embarcación fue atacada por los holandeses y él llevado a Menorca como prisionero. Liberado en 1709, el rey le ordenó permanecer en Barcelona hasta que se le enviara la provisión que lo exculparía. Por esas fechas recibió la noticia de tres muertes; en Italia, la de su hermano fray Juan Bautista y, en Nueva España, las de fray Diego Velázquez de la Cadena y fray Antonio Gutiérrez. En 1711 regresó a su sede episcopal en Cerdeña, donde continuó luchando por someter a su inobediente cabildo hasta que falleció en 1715.

De los 72 años que vivió, cincuenta los dedicó a su incansable labor reformadora... con muy escasos resultados.

La llamada a *laudes*... Tengo frío... Teresa, Teresa, Teresa... ¡Ah! Otra vez este dolor de costado... Ya, ya está pasando... Dios te salve María, llena eres de gracia... Las hermanas están levantándose y vistiéndose. Cada día tarda más en clarear, debe estar llegando el invierno... ¿Vendrá hoy el padre confesor? Creo que vino antes de ayer, ¿o fue la semana pasada? Hoy es... jueves. No, creo que viernes y el día que viene a confesar es el sábado. No, hoy no vendrá.

Estoy cansada de que siempre me pregunte si me he arrepentido suficientemente de mi pecado ¿Y cómo no, después de tanto sufrimiento? Con todo, este padre es mejor que el anterior, que no hablaba de otra cosa que de los tormentos del infierno. Todavía me acuerdo de sus palabras la última vez que vino:

—¿Te das cuenta de las penas que en el infierno padecerás por tus pecados y que no tendrás miembro ni sentido en tu cuerpo ni potencia en tu alma que no tenga especial dolor? Los ojos llenos de adulterio, curiosos y altaneros, serán escocidos con sempiterno llanto, obscurecidos con el humo negro y espeso del pozo del abismo, en una noche horrenda que nunca verá el alba del día. Tus oídos, amigos de músicas profanas, de murmuraciones y pláticas deshonestas, serán atronados y ensordecidos con los golpes y martilladas de los atormentadores y con los alaridos y clamores de los atormentados. Para el olfato que se deleitaba con los buenos olores y aguas de flores, habrá intolerable hedor que saldrá de sus cuerpos y del lugar que es albañar y sumidero del mundo...

Yo no quiero ir allí, le dije, estoy arrepentida de todo lo que hice. Cada vez que me acuerdo del infierno se me hace chiquito el corazón. Dios me ha de perdonar, y a Pedro... ¡Ay, ese hombre! ¿Para qué vino a mí aquella noche última, cuando casi lograba sacarlo de mis pensamientos? ¿Por qué le propuse que huyéramos juntos? ¿Por qué no lo hicimos? En el momento en que se lo estaba pidiendo me di cuenta que todo era inútil. Supe que su respuesta sería un no antes que sus labios lo dijeran. El titubeo, las explicaciones sobre lo importante que era para él lo que estaba haciendo, sus rodeos, las evasivas. No me quiere, pensé, nunca me ha querido. Nunca me quiso. Nunca, nunca. Mentira... Ahora me doy cuenta de que me amó más que a ninguna otra mujer y que no podía hacerlo de otra manera. ¿Vivirá aún? ¿Sufrirá como yo las mordidas de los remordimientos? ¿Pensará en mí?

Tengo hambre. Ya debe ser hora que traigan el desayuno. Están llamando a *prima*. Tendré que esperar. Por ahí quedó un pedazo de pan de ayer. No, esto es el bacín... Aquí está, y el agua. ¡Qué fresca!, aunque sabe un poco a tierra. El agua de esta ciudad siempre me supo así. Cuánto extrañé al llegar a San Joseph de Gracia el agua de los manantiales de Toluca... y las subidas al volcán nevado. Juana me llevó a la laguna que está arriba y me contó tantas cosas sobre sus habitantes, los espíritus de las aguas. Juana, Juanita.

Me gustaría que mi hija conociera algún día ese lugar. ¿Cómo se habrá despertado hoy mi pequeña? ¿Será una niña traviesa que anda de un lado para otro haciendo ruido y bullicio, o será más bien tranquila? Teresa, Teresa, Teresa. ¡Qué pocos recuerdos me quedan de ti! Las pataditas que dabas dentro de mi vientre antes de nacer; tu boquita errante buscando el pezón y la leche; tus ojitos cerrados por el sueño, los ojos de tu padre; y la corona de pelo que se dibujaba en tu cabecita.

Campanitas de oro,
torres de marfil,
canten a este niño,
que se va a dormir...

¡Dios mío, me estoy volviendo loca! No quiero vivir como sor Micaela, hasta los ochenta años con la razón perdida. Si tan sólo pudiera ver a mi pequeña Teresa una vez. Una.

Ahí están ya las vendedoras de fruta y verdura gritando. Y el marchante de los petates, y el de los pajaritos. Qué bonito era el tianguis de San Francisco en Toluca todos los viernes; lleno de frutas, hortalizas y tantas cosas de barro, de madera y de jarcia. Yo iba de la mano de mi madre, que me compraba todo lo que se me antojaba. Y cuando el sol arreciaba me iba a jugar con mis hermanos bajo el puente del rey San Fernando. Recuerdo claramente a mi padre; siempre que regresaba de sus viajes nos traía regalos y juguetes.

¿Quién le da regalos y juguetes a mi hija? ¿Quién la ve crecer y recibe las caricias de sus manitas? ¿A quién mira con su mirada risueña?... Estoy tan cansada de hacerme preguntas que no tienen respuesta. Basta, ya basta, de nuevo me está entrando la tristeza. Es mejor pensar en otras cosas para no sufrir... Santificado sea tu nombre... Me acuerdo cómo me gustaba caminar por el bosque, recoger setas silvestres y después correr por las laderas sin-

tiendo el aire frío en las mejillas, y al final, tumbarme en la hierba fresca bocarriba a ver pasar las nubes. ¿Y qué tengo ahora? Esa rendija de luz que se abre en lo alto del muro y cuatro paredes mudas y sordas. Encerrada en el convento todavía podía ver desde la azotea los variados verdes de los campos, los azules del lago y los blancos volcanes... los volcanes... Y aunque había perdido el olor de los cerros después de los días de lluvia y el brillo de las luciérnagas, tenía en cambio el aroma de las flores en sus macetas y el canto de los pájaros enjaulados. ¿Qué me queda?... tan sólo ruidos. Ruidos, muchos ruidos. El rechinido de las vigas, el bullicio de la calle, el sonar de las campanas y el canto de los grillos y de las ranas al anochecer. Ruidos y obscuridad, no tengo más...

¿Por qué no me escapé cuando me sacaron del convento para llevarme al *temazcalli*? ¿Por qué no me fui antes de que me descubrieran? Ahora sería libre y andaría corriendo los caminos con mi hija. ¿Será verdad que nadie escapa a su destino, como decía Juana?

Padre nuestro que estás en los cielos... Debo rezar la penitencia que me dejó el confesor. Veinte padrenuestros con sus avemarías todos los días. Mejor lo hago después, ahora no. Tengo todo el día, todas las horas. Llaman a *tercia* y todavía no me traen de desayunar. ¡Claro!, es viernes y hoy toca ayuno. ¿Por qué no nací hombre? Ellos siempre tienen las de ganar. Pueden salir y entrar cuando quieren sin darle razón a nadie de lo que hacen. Pueden tener las mujeres que les plazca y dejarlas cuando les viene en gana. Los amores les duran poco y parece que no los hacen sufrir tanto. Con cuánta facilidad se deshacen de ese fuego que abrasa cuerpo y alma y no sufren de su inquietud y desasosiego. Si yo hubiera sido hombre sería como Pedro. ¡Ya déjame en paz! ¿No ves que me lastimas? Vete, Pedro. Vete. No. Quédate, por favor, un rato más. Háblame. No te quedes allí parado mirándome. Otra vez estás callado, mi amado y odiado. No te podía pedir traerme serenatas a mi ventana ni que vinieras a diario a verme. Aunque si hubieras querido... pudimos haber sido tan felices... juntos. Si hubieras aceptado huir conmigo... Pero no. Tú sólo pensabas en ti mismo. Siempre tan egoísta, tan mezquino. ¿Cómo pude creer en tus frases y en tus versos cuando tus acciones me decían lo contrario? Falso, mentiroso. Después de esa flor en San Agustín de las Cuevas, nunca un regalo, un detalle. Y la presencia constante de las otras, esas mujeres que nunca dejaste de ver. Maldito. Qué ciega estuve y, sin embargo, cuántos momentos de dicha pasé a tu lado, Pedro. Cuánta plenitud al sentir mi cuerpo desbordado de gozo con tus caricias, con tus besos, con tus...

Basta, basta Satanás, aléjate de aquí. ¡Perdón oh Dios mío por mi debilidad! Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo...

¡Ay!, aquí está de nuevo este dolor. San Antonio bendito, dame paciencia. A ver si levantándome se me quita. Sí, ya está pasando. Juana me diría que alguien me ha echado mal de ojo y me daría un amuleto: "Tu *tona* es el cenzontle, el pájaro de las mil voces, si lo pierdes morirás".

¿No lo habré perdido ya? ¿Acaso no estoy muerta desde que me encerraron en esta celda?

Qué sofoco. Me quitaré la cofia para estar más fresca... Poco cabello me queda ya. ¿Y a quién le importa? Ya nada importa. Ahí está el repique pausado y lento de las campanas que tocan a difunto. Hoy murió otra hermana; ¿quién habrá sido? ¿Quiénes de las que yo conocí seguirán vivas? Sor María de la Trinidad murió hace ya tanto tiempo. Me acuerdo lo triste que me puse cuando me lo dijo la hermana Inés al traerme la comida. Pobre de mi nana, lo que habrá sufrido. ¡Cuántas desgracias traje para tanta gente con mi locura! Nicolasa, sus hijos, Antonio de Sierralta... Todos padecieron por mi culpa... Y Pedro... por mi culpa.

¡Pero Dios mío!, ¿no he penado ya bastante? Me hicieron un juicio y me encerraron de por vida entre cuatro paredes; me quitaron la alegría y me alejaron de mi niña, que es lo más querido para mí en este mundo. Mis días se han ido acumulando en esta celda como el polvo en el fondo de una covacha y he llorado tanto por mis pecados que mis ojos se han secado. Dios mío, ¿por qué no me mandas ya la muerte? ¿Qué más debo hacer para que me perdones? ¿Para qué me quieres aquí viva? ¿Y si al morir me lleva el Diablo a los infiernos?... Perdóname Dios mío por haber pecado tan gravemente. Me arrepiento de todo corazón de haberos ofendido de pensamiento, palabra, obra y omisión. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.* No me mandes al infierno. Sálvame. Virgen Santísima, intercede por mí ante tu divino Hijo para conseguir la remisión de mis pecados. Amén.

Llaman a *sexta*. Tengo hambre. Pronto me traerán la comida. Anoche soñé al arzobispo Aguiar y Seijas; me miraba con sus ojos fríos; me decía: arrepiéntete o irás con Satanás.

Llevada de mi fragilidad pequé contra Dios... pobre y débil mujer pecadora. Mujer tentadora que al igual que Eva ofreció a Adán la manzana de la perdición, llevé a Pedro a... fue mi fragilidad la que me arrastró, miserable de mí.

Ya no quiero seguir viviendo. Tengo las manos ateridas de frío. ¿Cuándo llegará la comida?

—El Ángel del Señor anunció a María.

—Y ella concibió por obra del Espíritu Santo.

—Aquí está su comida hermana.

—Gracias hermana, que Dios se lo pague. ¿Quién murió?

—Sor Inés del Santísimo Sacramento. Me permite hermana, voy a sacar el bacín.

Esta no es la hermana que me traía la comida antes; ya la cambiaron, su voz suena como la de una mujer joven. ¿Cómo será su rostro? Ya tantos años ciega. ¿Qué importa? Ya no me acuerdo de ningún rostro con nitidez; hace tanto que no veo más que bultos... hace tanto, tanto que vivo rodeada de sombras, sombras, sombras.

—Buenas tardes tenga Su Merced, hasta mañana.

—Hasta mañana, hermana.

Hasta mañana, ¡hace cuánto tiempo que no hablo con nadie largamente? Saludos y despedidas, eso es lo único que escucho. Las hermanas tienen la orden de no hablar conmigo y obedecen con estricta puntualidad. Soy una apestada, una leprosa de quien todos huyen. ¡Ay! De nuevo este dolor. Y ahora es...¡Ahh!... más fuerte que nunca... Pedro... Teresa... Teresa... Teresa...

Esa tarde sor Ignacia de Santa Teresa, la encargada de la biblioteca conventual, abrió el libro de profesiones del convento y al encontrar el nombre que buscaba leyó:

"Yo soror Antonia de San Joseph, hija legítima de Joseph de León y de Petronila Ramírez de Vargas, vecinos de las minas de Tlalpujahua, de toda mi voluntad y por amor y servicio de Nuestro Señor Jesucristo y de la Purísima Concepción de su bendita madre, hago voto y prometo a Nuestro Señor Jesucristo y a la bienaventurada siempre Virgen María, y a los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo y a todos los santos y santas de la Corte del Cielo y al señor doctor don Manuel de Escalante y Mendoza, canónigo de esta santa Iglesia Catedral en cuyas manos hago profesión, en nombre del Ilustrísimo Señor Doctor Don Francisco de Aguiar y Seijas arzobispo de México y a todos los ilustrísimos, sus sucesores de vivir todo el tiempo y espacio de mi vida en su obediencia, sin propio, en castidad y perpetuo encerramiento guardando la regla que por nuestro muy santo padre Julio II, de feliz recordación, fue dada y mandada guardar a las religiosas de la limpia Concepción. En fe de la cual lo firmo de mi nombre en México en

18 de noviembre de este año de 1685. Antonia de San Joseph, Alfonsa de San Miguel, maestra, Petronila de San Joseph, abadesa, Doctor Don Manuel de Escalante, canónigo".

Sor Ignacia tomó la pluma de ganso, empapó en tinta su punta y con su cuidadosa caligrafía, que parecía dibujar las letras sobre el papel, escribió:

"Murió la madre Antonia de San Joseph, lunes a la una del día a 26 de junio del año de 1719, siendo abadesa la madre Leonor de San Ildefonso en su tercer año en la segunda hebdómada".

Al terminar su tarea, sor Ignacia recordó el caso criminal que años atrás conmocionó al convento. La abadesa, sor Antonia de Santa Clara, prohibió hablar del vergonzoso asunto, pero sus órdenes no fueron obedecidas y monjas, niñas, sirvientas y novicias lo comentaron con lujo de detalles. Cuando sucedió, ella era apenas una novicia y le impresionó hondamente que una religiosa hubiera llegado a tales extremos. Con el tiempo la historia se fue olvidando, aunque todas sabían de la existencia de la monja encerrada a perpetuidad en la celda de castigo. Siete años atrás, fray Joseph Lanciego y Eguilaz, recién llegado a la sede archiepiscopal, quiso mitigar la pena, pero la abadesa sor Elvira de San Francisco le mostró una orden expresa del arzobispo Aguiar para que ninguno se atreviera a liberar nunca a sor Antonia. Después de eso nadie lo intentó más.

"Qué curioso —pensó—, hoy por la mañana fueron exhumados los restos del señor arzobispo don Francisco de Aguiar y Seijas para solicitar la apertura de su causa de beatificación. Pareciera que Su Ilustrísima salió de su tumba para recibir el alma de sor Antonia. Pobre mujer, estuvo encerrada —y calculó las fechas con los dedos— 25 años... Que Dios la haya perdonado."

Y persignándose lentamente, cerró el libro.

Una gran parte del material utilizado para esta novela se encuentra manuscrito en el Archivo General de Indias de Sevilla (en adelante citado AGI), en los legajos de la sección Audiencia de México 316, 705, 706 y 708. Para la ambientación histórica fueron utilizados además numerosos textos impresos, algunos contemporáneos a los hechos narrados, y otros, trabajos de investigación realizados en este siglo.

En la reconstrucción de la vida conventual femenina se consultaron las constituciones y el costumbrero del convento de Jesús María, la *Plática doctrinal* del jesuita Antonio Núñez de Miranda (México, 1679), la *Vida y virtudes heroicas de sor María de Jesús* de Francisco Pardo (México, 1676) y el *Paraíso occidental* de Carlos de Sigüenza y Góngora (México, 1683), única crónica impresa de dicho convento. También fueron de gran utilidad la obra de Josefina Muriel, *Conventos de monjas de la Ciudad de México* (México, 1946); los numerosos artículos que Dolores Bravo ha escrito sobre la religiosidad femenina y la literatura; dos libros de Pilar Gonzalvo Aispuru, *Las mujeres en la Nueva España* (México, 1987) y *La educación popular de la Compañía de Jesús en la Nueva España* (México, 1990); el estudio de Manuel Ramos Medina, *Imagen de santidad en un mundo profano* (México, 1990), y sobre todo la obra de Nuria Salazar, *El convento de Jesús María de la Ciudad de México* (México, 1986), cuyo estudio bien documentado me permitió reconstruir la vida cotidiana conventual. En la historia de la madre María de la Trinidad se utilizaron además el testamento de Diego del Castillo, que está en el Archivo de Notarías de la Ciudad de México (Notaría 379 de Baltasar de Morante, vol. 1683, foj. 130 r. y ss.) y la *Oración panegírica* que mandó hacer Domingo de la Rea (fray Antonio Correa, *Fúnebre Panegyris*, México, 1683), que se encuentra impresa en la Biblioteca Nacional de México.

Para la reconstrucción de los ambientes donde los personajes populares se desenvuelven, fueron consultados numerosos textos y documentos originales. Muchas de las noticias están sacadas de Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables* (3 vols., México, 1972); ese autor y la obra de Carlos de Sigüenza y Góngora, *Alboroto y motín de México* (México, 1932), dieron cuerpo a los capítulos sobre la rebelión de 1692. En la recreación del mundo mági-

co popular, se tomaron en cuenta las narraciones de ritos curativos indígenas conservados por Juan Ruiz de Alarcón y Jacinto de la Serna en sus tratados de idolatrías, así como las numerosas obras de Noemí Quezada y el libro de Gonzalo Aguirre Beltrán, *Medicina y magia. El proceso de aculturación en la estructura colonial* (México, 1987).

Sobre la vida cotidiana en la Ciudad de México del siglo XVII y sus diversas fiestas y ambientes, fueron muy útiles las obras ya clásicas de: José María Marroqui, *La Ciudad de México* (México, 1903); Manuel Romero de Terreros, *Bocetos de la vida social en la Nueva España* (México, 1944); Gonzalo Obregón, *México viejo* (México, 1987); Artemio de Valle-Arizpe, *Historia, tradiciones y leyendas de las calles de México* (México,1986); Irving A. Leonard, *La época barroca en el México colonial* (México, 1974), y Francisco de la Maza, *La Ciudad de México en el siglo XVII* (México, 1968).

Junto a éstos, los más recientes estudios monográficos me permitieron describir aspectos poco conocidos del mundo colonial. Algunos de ellos son los siguientes: María del Carmen León Cázares, *La plaza mayor de la Ciudad de México en la vida cotidiana de sus habitantes* (México, 1982); Justina Sarabia, *El juego de gallos en Nueva España* (Sevilla, 1972); Benjamín Flores Hernández, *La ciudad y la fiesta* (México, 1986); Delfina López Sarrelange, *Una villa mexicana en el siglo XVIII* (México, 1957); Solange Alberro, *Inquisición y sociedad en México (1571-1700)* (México, 1988); Josefina Muriel, *Los recogimientos de mujeres* (México, 1974); Sonia Corcuera, *Entre gula y templanza* (México, 1981); Martha Fernández, *Arquitectura y gobierno virreinal* (México, 1985); Jaime Cuadriello, *Los teatros de México* (México, 1991), y Maya Ramos Smith, *La danza en México durante la época colonial* (La Habana, 1979).

Salvo los datos que aparecen en el juicio, y algunas referencias dispersas, la mayor parte de las situaciones que se describen en las historias de los personajes populares y de las religiosas son inventadas. No pasa esto, en cambio, con aquellas referidas a los clérigos, de quienes existe una abundante información debida a su actuación pública.

La historia de fray Diego Velázquez de la Cadena está sacada del material documental del Archivo de Indias citado y de mi artículo "Un eclesiástico cortesano en la Nueva España del siglo XVII" (*Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 1989). El ambiente cortesano en el que ese personaje se mueve tuvo como base las obras de Irving Leonard sobre la cultura barroca, ya citada, y su *Don Carlos de Sigüenza y Góngora, un sabio mexicano del siglo XVII* (México, 1984), así como el monumental estudio de Jorge Ignacio Rubio

Mañé, *El virreinato* (4 vols., México, 1983), la obra de Marie-Cécile Bennasy-Berling, *Humanismo y religión en Sor Juana Inés de la Cruz* (México, 1983) y el ensayo que hizo Octavio Paz sobre la monja jerónima, *Las trampas de la fe* (México, 1982).

La vida de fray Joseph Sicardo y su labor reformadora está publicada en mi libro *Una Monarquía criolla. La provincia agustina de México en el siglo XVII* (México, 1990). Las ambientaciones de las Cortes de Madrid y Roma y los hechos políticos europeos se pueden ver en Henry Kamen, *La España de Carlos II* (Barcelona, 1981), José Calvo Poyato, *Carlos II el hechizado y su época* (Madrid, 1991), Antonio Castro Zafra, *Los círculos del poder* (Madrid, 1987) y Ricardo Olaechea, *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII* (2 vols., Zaragoza, 1965).

Además de numerosas epístolas dirigidas a Sicardo, en el Archivo de Indias existen dos informes impresos por el fraile reformador en 1688 y 1690, que sirvieron de base para construir muchos de los dicursos, cartas y arengas que no están citadas en cursivas. Muchas noticias de los hermanos Sicardo fueron también tomadas de Gregorio de Santiago Vela, *Ensayo para una biblioteca iberoamericana de la orden de San Agustín* (8 vols., Madrid, 1913-1931).

Finalmente, la historia de don Francisco de Aguiar y Seijas está basada en la biografía que hizo de él don Joseph Lezamis, *Dedicatoria y breve relación...* (México, 1699) y en otros textos contemporáneos como el *Diario* de Robles, la crónica del oratorio de San Felipe Neri de Julián Gutierrez Dávila (*Memorias históricas de la congregación de el oratorio de la Ciudad de México*, México, 1736) y dos sermones fúnebres de la Biblioteca Nacional de México (obras de fray Joseph Torres Pezellin y de Juan de Narváez). La descripción de la travesía entre España y México está sacada de José Luis Martínez, *Pasajeros de Indias; viajes trasatlánticos en el siglo XVI* (México, 1984). Al no existir la descripción de las exequias de Aguiar, para reconstruirlas he tomado las del arzobispo Alonso de la Cueva y Dávalos (*Funeral lamento...*, México, 1666) que se encuentran en la Biblioteca Nacional de México. Asimismo hay referencias al documento "Expolios del arzobispo don Francisco de Aguiar y Seijas" en el Archivo General de Indias, sección Audiencia de México, 811.

Lib.I-6. Las referencias del diálogo de los hermanos Sicardo con don Juan Ortega y Montañés, están sacadas de un Informe de éste a la reina gobernadora, México, 7 de julio de 1673, AGI, México, 706.

Lib.II-2. La ceremonia de profesión y el sermón están tomados de la *Plática doctrinal* que hizo don Antonio Núñez de Miranda en la profesión de una señora religiosa (México, 1679). El modelo de la profesión de sor María de la Trinidad fue tomado de Josefina Muriel, *Conventos de monjas de la Ciudad de México*, p. 34.

Lib.II-3. Las citas de la *Summa Theologica* son textuales y corresponden a las cuestiones referidas. El párrafo atribuido a Odón de Cluny, en Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media* (Madrid, 1973), p. 217.

Lib.II-7. Informe de don Juan Ortega y Montañés ya citado. Memorial impreso de fray Joseph Sicardo (1688), AGI, México, 316.

Lib.III-3. Antonio de Robles, *Diario de sucesos notables*, vol. I, p. 297.

Lib.III-5. Edicto del Tribunal del Santo Oficio (1700), Archivo General de la Nación, México, Ramo Inquisición, exp. 20, v.I, fol. 23 (cortesía de la mtra. Dolores Bravo).

Lib.III-6. Carlos de Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental* (México, 1683), p. 202. Testamento de Diego del Castillo, Archivo de Notarías, Notaría 379 de Baltasar de Morante, vol. 1683, foj. 134 r. Fray Antonio Correa, *Fúnebre Panegyris*, México, 1683.

Lib.IV-1. Los memoriales y documentos del capítulo de 1684 están en AGI, México, 316.

Lib.IV-4. Juan de Palafox y Mendoza, *Vida de San Juan Limosnero, obispo de Alejandría*, en *Obras*, 15 vols., Madrid, 1762. vol. IX, p. 38. Joseph de Lezamis, *op. cit.*

Lib.IV-5. El verso "La vida de los eremitas...", en Juan de la Encina, *Teatro, segunda producción dramática*, introd. Rosalie Gimeno, Madrid, 1977, Égloga de Cristino y Febea, p. 239. Los demás poemas en Pierre Alzieu *et.al.*, *Poesía erótica del Siglo de Oro*, Barcelona, 1984, pp. 75 y 80.

Lib. IV-6. Francisco Pardo, *op. cit.*, fol. 28 v.

Lib. IV-7. El verso "Mis arreos...", en *Romancero viejo y tradicional*, ed. Manuel Alvar, México, 1979, p. 137.

Lib. V-2. La loa a fray Diego, en sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, introd. Méndez Plancarte (4 vols., México, 1951-57), v. III, pp. 483 y ss.

Lib.V-4. El verso "Adorada dueña mía...", en sor Juana Inés de la Cruz, *op.cit.*, vol. I, p. 93. El sermón está tomado en parte de Antonio Núñez de Miranda, *op. cit.* Los textos finales son del Costumbrero de Jesús María (manuscrito del archivo conventual, cortesía del mtro. Manuel Ramos).

Lib.V-7. Alonso Ramos, *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catharina de San Joan* (3 vols., México, 1989-1692), vol. I, fol. 39 vta. Lib. I, cap. XI. Costumbrero del convento de Jesús María ya citado. Francisco Pardo, *op. cit.*, fols. 22, 30 y 31. El verso "Amor empieza por desasosiego...", en sor Juana Inés de la Cruz, *op. cit.*, vol. I, p. 297.

Lib.VI-1. Las citas de la *Summa Theologica*, *Sobre la ira*, 2-2, q. 158, a. 1; v. X, pp. 282 y ss.

Lib.VI-2. Francisco Pardo, *op. cit.*, fols. 26 r. y s., 78 r. y 132 v.

Lib.VI-3. Las citas de la *Summa Theologica*, *Sobre la lujuria*, 2-2, q.153, a.2; 2-2, q. 154, a.1-12. V.X, pp. 185 y ss. *Sobre la flojedad*, 2-2, q. 138, a. 1 y 2. V. IX, p. 863 y s. Y *Sobre la acedia*, 2-2,q.35, a. 1, v. VII, pp. 1032 y ss.

Lib.VI-4. El poema "Detente sombra...", en sor Juana Inés de la Cruz, *op. cit.*, vol. I, p. 287.

Lib. VI-5. El verso "Madre yo al oro me humillo...", en Francisco de Quevedo, *Obra poética*, edición J.M. Blecua, 3 vols., Madrid, 1971, vol. II, p. 175.

Lib.VII-7. Alonso Ramos, *op. cit.*, Lib. II, cap. V; v. II, fol. 28; Edicto de Aguiar y Seijas, Archivo de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, G.I, leg. 78, exp. 1598.

Lib. VIII. "Autos y papeles sobre un caso criminal...", en AGI, México, 316.

Lib. IX-1. "Autos fechos por el padre prior del convento de San Agustín de México para el provincial de aquella provincia contra fray Pedro Velázquez", en AGI, México, 316.

Lib. IX-3. Joseph de Lezamis, *op. cit.* Juan de Narváez, Sermón fúnebre, Manifiesto dolor de la Santa Iglesia Metropolitana...

Lib. IX-4. Carta de fray Juan Fermín de Armendáriz, México, 4 de junio de 1699; complementada con la carta de fray Luis de Varona, San Pablo, 16 de junio de 1699. AGI, México, 313.

Lib. IX-5. Carlos de Sigüenza y Góngora, *Paraíso occidental*, fol. 68 y ss.

Lib. IX-6. Fray Pedro de Valderrama, Sermones Julio Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa* (Madrid, 1978), p. 178.

Lib. IX-7. Libro de profesiones del convento de Jesús María, foja 243 (cortesía de la mtra. Nuria Salazar).

En la transcripción de estos textos se ha modernizado la ortografía y a veces la sintaxis para facilitar la lectura.

AGOCIL. Camaroncillo de los lagos de la meseta central.

AGUITADO. Decaído, triste.

AHUIZOTE. Persona que ha sido tocada por un rayo y que tiene poder sobre la lluvia y el granizo.

AHUEHUETE. También llamado sabino o árbol viejo, tiene un tronco corpulento y crece a orillas de los ríos.

AJOLOTE. Anfibio de la familia de los urodelos que puede vivir en estado larvario o transformarse en salamandra.

ANAFRE. Cocinilla de carbón para calentar los alimentos.

ATOLE. Bebida hecha con masa de maíz diluida en agua.

CAMOTE. Tubérculo feculento oblongo e irregular. Boniato.

CAPULÍN. Una especie de cerezo nativo de México.

CEMPOALXÓCHITL. Planta herbácea de flores amarillas. Se le llama también flor de muerto y en España clavel de Indias.

CENZONTLE. Ave canora de la familia de los mímidos, de color cenizo, que puede imitar infinitud de sonidos.

COMAL. Disco delgado de barro o metal que se usa para cocer las tortillas y otros alimentos.

COPAL. Resina utilizada como incienso.

CUAPATLE. Raíz que se emplea como conservante del pulque.

CUANENEPILLI. Planta que curaba mordeduras de serpiente.

CHAHUIZTLE. Plaga de las gramíneas que ataca raíz y grano.

CHALCHIHUITE. Piedra semipreciosa de color verde.

CHANCACA. Azúcar morena, sin refinar.

CHICHICUILOTE. Avecilla acuática comestible de color gris.

CHILE. Nombre que reciben diversas especies del grupo *capsicum* de las solanáceas. Condimento picante.

CHILORIO. Salsa hecha con diversas variedades de chile.

CHINAMPA. Isla artificial construida sobre la superficie de los lagos para sembrar.

EQUIPAL. Sillón fabricado de palma, tule o cuero.

EPAZOTE. Hierba de fuerte olor usada como condimento.

GUAJE. Corteza de calabaza seca para portar agua.

HUACAL. Caja hecha de maderos delgados.

HUARACHE. Sandalia usada por los varones indígenas.

HUEXOTE. Árbol delgado, muy resistente a la humedad, que se usaba para fijar las chinampas al fondo de los lagos.

HUIPIL. Vestido bordado que usan las mujeres indígenas.

HUITLACOCHE. Hongo negro, parásito del maíz y comestible.

ITACATE. Provisión de alimentos para un viaje. Comida para llevar que se da a los invitados después de una fiesta.

IXTLE. Fibra hecha de maguey.

IZTACMICHIN. Pescado blanco de agua dulce.

JACAL. Casucha de madera y paja de los indios.

JÍCARA. Batea usada para contener líquidos.

MAGUAQUITE. Serpiente venenosa de las tierras tropicales.

MAGUEY. Planta de hojas duras que produce el aguamiel, el pulque y el ixtle.

MECAXÓCHITL. Planta piperácea de tallos retorcidos y delgados, cuyo fruto se utiliza en medicina.

METATE. Piedra plana que se utiliza para moler granos.

MILPA. Sementera, terreno para cultivo.

MITOTE. Fiesta con baile.

MORRAL. Bolso de tela o ixtle para portar objetos.

NAHUAL. Persona que tiene el don de convertirse en animal por medio de artes mágicas.

NOPAL. Planta cactácea de hojas carnosas y espinosas.

OCOTE. Árbol resinoso de la familia de las coníferas.

OLOLIUHQUE. Planta de la familia de las convolvuláceas cuya semilla se utiliza como alucinógeno y protección mágica.

OLOTE. Mazorca de maíz desgranada.

PAPALOTE. Cometa, barrilete; de *papalotl*, mariposa.

PETATE. Estera tejida de palma.

PEYOTE. Planta cactácea alucinógena muy común en México.

PILGUANEJO. Sirviente, criado.

PINOLE. Polvo hecho de maíz molido y azúcar.

PIPIÁN. Guiso preparado con salsa de semilla de calabaza tostada y molida.

PIRUL. Árbol de la familia de los sauces que da racimos de pequeñas frutas rojas.

PULQUE. Bebida alcohólica producto del fermento del aguamiel del maguey.

QUELITE. Nombre genérico de diversas herbáceas comestibles.

REBOZO. Manto o chal.

SARAMULLO. Vendedor que tenía un puesto en el mercado.

TAMAL. Pan de maíz envuelto en hojas y cocido al vapor.

TAMEME. Cargador.

TECOLOTE. Nombre genérico de la lechuza.

TECPANCALLI. Casa de la comunidad o casa de gobierno.

TECUALCAL. Lugar donde se vende comida.

TEMAZCALLI. Baño indígena de vapor.

TIANGUIS. Mercado.

TILMA. Manta que los varones indígenas usan atada al hombro.

TLACOYO. Pan hecho de harina de maíz, relleno de frijol.

TLACUACHE. Marsupial didéfido de cola larga y prensil.

TOCOTIN. Danza indígena que se bailaba en casi todas las festividades coloniales.

TONA. Animal tutelar cuya vida va ligada por siempre a la de su protegido.

TONALPOHUALLI. Textualmente "cuenta de los destinos". Calendario adivinatorio prehispánico.

TOPIL. Persona que desempeña funciones de alguacil en los ayuntamientos indígenas o de dirigente en la iglesia.

TORTILLA. Pan de maíz redondo y muy delgado.

TUNA. Fruto del nopal. En España, higo chumbo.

TULE. Junco lacustre cuya fibra tejida tiene muchos usos.

TRAJINERA. Canoa o barca grande.

XIUHCOLLIN. Planta de tallo retorcido cuya corteza se utiliza para detener el vómito.

XOCOPATLI. Hierbecilla de las peñas con flores amarillas que se usa para curar los ojos.

ZACATE. Pasto o yerba.

ZOPILOTE. Vultúrido negro de cabeza pelada y pico encorvado que se alimenta de carroña.

ÍNDICE

Prólogo 9

I. El libro de los personajes
1. Antonia de León 13
2. María del Castillo 18
3. Nicolasa de Tlaltelolco 23
4. Francisco de Aguiar y Seijas 28
5. Fray Diego Velázquez de la Cadena 33
6. Fray Joseph Sicardo 43
7. Pedro Velázquez 53

II. El libro de las vocaciones
1. El político 63
2. La monja 66
3. El misógino 75
4. La peregrina 83
5. El vago 93
6. La manceba 100
7. El informante 111

III. El libro de las mutaciones
1. Los vivos y los muertos 121
2. El viaje 127
3. La reforma 136
4. El cometa 143
5. Carnestolendas 154
6. Heredades 161
7. Las apariencias 168

IV. El libro de las virtudes
1. Diligencia 181
2. Paciencia 185
3. Caridad 190
4. Largueza 201

5. Castidad 205
6. Humildad 212
7. Templanza 220

V. El libro de las tentaciones
1. *Horror vacui* 231
2. Los caminos del poder 241
3. Los espejos del amor 251
4. El reflejo del otro 259
5. La caja de los secretos 268
6. Los laberintos de fuego 277
7. El imán del vacío 285

VI. El libro de los vicios
1. Ira 295
2. Gula 302
3. Pereza 311
4. Lujuria 321
5. Avaricia 328
6. Envidia 339
7. Soberbia 349

VII. El libro de las rebeliones
1. Jaque a la reina 363
2. Sembrar vientos 371
3. A río revuelto 377
4. La manzana de la discordia 385
5. La rueda de la fortuna 397
6. La sombra de Venus 404
7. Las aves del deseo 413

VIII. El libro de los testimonios
1. La denuncia 425
2. Los testigos 427
3. Confesión primera 433
4. Confesión segunda 438
5. Confesión tercera 442
6. El juicio 443
7. Las sentencias 446

IX. El libro de los destinos
1. El fraile 451
2. La mestiza 459
3. El arzobispo 465
4. El padrino 474
5. La nana 483
6. El reformador 489
7. La religiosa 496

Notas 503
Origen de los textos citados en cursivas 506
Glosario de mexicanismos 509

LOS LIBROS DEL DESEO
DE ANTONIO RUBIAL SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EL
DÍA VEINTE DE NOVIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
NOVENTA Y SEIS ESTÁ
COMPUESTO EN TIPOS
GOUDY DE EDICIONES DEL
EQUILIBRISTA

COLECCIÓN HORA ACTUAL

TÍTULOS PUBLICADOS

JUAN GARCÍA PONCE, *Cinco mujeres*
ANGELINA MUÑIZ-HUBERMAN, *Castillos en la tierra (seudomemorias)*
FERNANDO SOLANA OLIVARES, *La rueca y el paraíso*
FABIO MORÁBITO, *Los pastores sin ovejas*
MARÍA LUISA ELÍO, *Cuaderno de apuntes*
JAIME MORENO VILLARREAL, *El salón de los espejos encontrados*
JULIÁN MEZA, *Un famélico en busca de salvación*
ADOLFO CASTAÑÓN, *La batalla perdurable (a veces prosa)*
AURELIO ASIAIN, *Caracteres de imprenta*
MARIO BELLATÍN, *Salón de belleza / Efecto invernadero*
ANTONIO RUBIAL, *Los libros del deseo*

La historia que aquí se cuenta sucedió entre 1670 y 1730 y está documentada en varios papeles del Archivo General de Indias de Sevilla, sobre todo en uno que lleva por título "Autos y papeles de un caso criminal de oficio de la justicia eclesiástica". A partir del juicio contra sor Antonia de San José, monja profesa del convento de Jesús María, se nos presenta un fresco del México virreinal que presenció la azarosa vida de otra monja, sor Juana Inés de la Cruz. De la mano de siete personajes, esta novela histórica nos lleva a las calles, a las plazas, a los templos, a los conventos, a los palacios y a las vecindades de una ciudad que vivía entre el lujo y la miseria, entre la fiesta y la violencia. Las historias narradas en estas páginas, entrelazadas por un extraño destino, hablan de amor y de poder. ¿No son acaso estas dos fuerzas las que mueven el deseo, que es al fin de cuentas la base de donde parten todas las acciones humanas?

Antonio Rubial es doctor en Historia por las universidades de Sevilla y de México, y catedrático de Edad Media y de México colonial en la Facultad de Filosofía y Letras de esta última. Es autor de numerosos ensayos y de una decena de libros, entre los que destacan: *El convento agustino* (1989); *Una Monarquía criolla* (1990); *La capilla del Rosario de Puebla* (1990); *Santa María Tonantzintla* (1991) y *La Hermana pobreza* (1996). Esta es su primera novela.

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

9 789682 988561